

Según Hechos

Permaneciendo fiel a la Fe

David Gooding

ANDAMIO

Publicaciones Andamio

Alts Forns nº 68, Sót. 1º

08038 Barcelona

Tel. 93 432 25 23

editorial@publicacionesandamio.com

www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos
Universitarios de España (G.B.U.)

Según Hechos

Permaneciendo fiel a la fe

David Gooding

© **The Myrtlefield Trust, 1990**

Publicado originalmente en inglés con el título *True to the Faith*

Traducido por: Daniel Menezo

Diseño cubierta: Coated Studio

Fotografía de cubierta: StockPhoto

Depósito Legal: B-38384-2008, U.E.

ISBN 10: 84-96551-64-4

ISBN 13: 978-84-96551-64-0

Printed by Publidisa

Printed in Spain

© **Publicaciones Andamio**

2ª Edición Noviembre 2008

Contenido

Prefacio del autor	7
Introducción	9
El otro camino	21
Sección Primera: El cristianismo y la restauración de todas las cosas (1:1–6:7)	31
Sección Segunda: La adoración y el testimonio cristiano (6:8–9:31)	147
Sección Tercera: La santidad y su teoría y prácticas cristianas (9:32–12:24)	217
Sección Cuarta: La doctrina cristiana de la salvación (12:25–16:5)	269
Sección Quinta: El cristianismo y el mundo pagano (16:6–19:20)	323
Sección Sexta: El cristianismo y la defensa y confir- mación del evangelio (19:21–28:31)	439
Apéndice 1: El cristianismo, ¿es esencialmente antisemita?	549
Apéndice 2: Si Hechos es una obra literaria cuidada- mente estructurada, ¿se puede seguir considerando como una fuente histórica fiable?	555

Prefacio del autor

Un expositor de Hechos de los Apóstoles, sea cual sea el medio de comunicación que elija, no puede eludir la fuerza vibrante de las directivas del Alto Mando, aquellas que originariamente recibieron los doce apóstoles: «Id... y anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida» (5:20). El Señor resucitado, quien les encomendó esta misión, sigue vivo. Sus objetivos son los mismos, y su fuerza no se ha desvanecido. El Espíritu Santo, que guió a los apóstoles para definir los dogmas esenciales del evangelio cristiano en la era apostólica, sigue esperando de todos los seguidores del Señor vivo que demuestren la misma lealtad hacia esos requisitos básicos. El tiempo no ha desgastado las palabras de esa Vida imperecedera, ni ha empañado la esperanza que proclaman, ni ha reducido su importancia para nuestro mundo moderno, que, a pesar de sus sofisticaciones, cada vez se va pareciendo más en su aspecto y conducta al mundo del primer siglo, donde nació el cristianismo. Bajo un aluvión cada vez mayor de descubrimientos científicos y tecnológicos modernos, es comprensible que la capacidad de las personas para retener un conocimiento del pasado vaya mermando progresivamente. Por tanto, su punto de vista corre el peligro de volverse demasiado estrecho, y su comprensión del cristianismo histórico y esencial tan insegura que podrían llegar inconscientemente a considerar como evangelio cristiano unas derivaciones cristianas cuyo centro no es éste. El autor espera que este nuevo estudio de Hechos ayude a muchos lectores a capturar, o si es necesario recuperar, la gloria, riquezas, esperanzas y maravillas del evangelio que el Señor resucitado sigue proclamando al mundo, por medio de la obra inspirada de Lucas.

Este libro no ha sido escrito para expertos eruditos en el Nuevo Testamento, sino para un público general, inteligente, a quien le gusta meditar. Se basa en la convicción de que Hechos es una historia fiable, aunque, por los motivos adelantados en el Apéndice 2, no he

considerado necesario debatir constantemente la cuestión de la historicidad. Mi recurso constante han sido tres libros: Acts (Leicester: IVP, 1980), del profesor I. Howard Marshall; The Book of the Acts, edición revisada (Grand Rapids: Wm Eerdmans, 1988), y esa tremenda joya de erudición de Colin J. Hemer, The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989). digna de mención especial es una traducción deliciosamente nueva, precisa y vigorosa que ha realizado el profesor Bruce para la edición revisada de su comentario.

Hay muchos comentarios excelentes de Hechos que se han concentrado en el registro que hace Lucas de cómo se extendió el evangelio, y que han ofrecido a sus lectores una información geográfica, arqueológica e histórica, útil para dilucidar e ilustrar el relato de Lucas. Debo seguir recomendándolos como fuentes de ese tipo de información. Esta exposición se centra más bien en seguir los métodos que usaba Lucas para seleccionar y recopilar sus materiales; y partiendo de esa base, llega a la conclusión de que si bien Lucas está interesado en relatar la expansión del evangelio, aún lo está más para presentarnos cómo era ese evangelio que se extendió tan rápidamente por el mundo, y cómo debería ser hoy día.

En Hechos hallamos un elemento doloroso: los informes sobre los primeros conflictos entre el judaísmo y el cristianismo. Hoy en día no podemos leer cosas así sin pensar en el tremendo horror del Holocausto; por tanto, me he tomado la libertad de dedicar el Apéndice I a afirmar mi actitud personal respecto a ese tema tan penoso.

Hay muchas personas que merecen mi agradecimiento, y en especial, una vez más, Stewart Hamilton, el Dr. John Lennox, el Dr. Roderic Matthews, Michael Middleton y el Dr. Arthur Williamson, que han contribuido de diversas maneras a la elaboración de este volumen. Barbara Hamilton ha trabajado mucho y durante mucho tiempo, a menudo bajo una presión considerable, para producir un ejemplar mecanografiado técnicamente preciso y estéticamente atractivo. David Mackinder corrigió el manuscrito y ha contribuido mucho en organizar racionalmente los títulos y subtítulos, así como en dilucidar el significado de expresiones que, de otro modo, hubieran resultado poco claras. Para todos ellos, mi más sincera gratitud.

DAVID GOODING
Belfast

Introducción

¿POR QUÉ ESTUDIAR LOS HECHOS?

Supongo que la primera razón, la más obvia, para estudiar Hechos podría ser: para aprehender algunos datos directos y honrados sobre los comienzos del cristianismo y sobre el mundo antiguo en el que nació. Y hoy en día esta razón se ha convertido en algo urgente.

Como ven, es evidente que la mente moderna considera poco atractivos algunos rasgos del cristianismo. No se trata, claro está, de la enseñanza sobre el amor y la paternidad de Dios. Ni de su insistencia sobre temas sociales, el cuidado de los niños y los ancianos, amar al prójimo como a nosotros mismos... a pesar de que la gente masculle entre dientes diciéndole que este último consejo raya la perfección y no puede ponerse en práctica.

No, las cosas verdaderamente ofensivas para la mente moderna son, primero, el ámbito sobrenatural del cristianismo: su afirmación de que Jesús es Dios encarnado, que resucitó corporalmente de la tumba y ascendió al cielo, y que vendrá de nuevo literalmente. Y segundo, su exclusivismo dogmático: su insistencia en que no es posible hallar la salvación en otro que no sea Cristo, de que «no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (4:12). Así que en muchos países occidentales modernos el cristianismo

tradicional, que enfatiza estos rasgos, ha perdido decididamente su atractivo, y el número de miembros de las iglesias cristianas ha caído en picado.

Ningún cristiano puede ser testigo de todo esto y quedarse tan tranquilo; pero una de las características más alarmantes de esta situación es cierta receta para la recuperación espiritual que hoy en día se nos presenta con frecuencia, no por parte de los no cristianos, claro está, sino de los que estamos dentro. Cada vez más escuchamos a teólogos y líderes de iglesias de todo tipo que nos exhortan con la idea de que el evangelio cristiano puede volver a adquirir efectividad en el mundo moderno si los cristianos estamos dispuestos a actualizar el evangelio, a interpretarlo en términos que no supongan dificultades insuperables para la mente moderna.

Y nos aseguran que puede hacerse, fácilmente además. Después de todo, las cosas que la mente moderna encuentra en el evangelio cristiano no son, dicen ellos, una parte esencial de éste. Sólo encajaban en ese estadio de crisálida del cristianismo. Formaban parte del pensamiento primitivo precientífico propio del mundo antiguo, y conformaban esa corteza natural, y quizás necesaria, que protegía y alimentaba los primeros y humildes brotes de la vida y el pensamiento verdaderamente cristianos que había dentro. Pero nunca fueron parte esencial de esa vida. Ahora pueden dejarse de lado sin que esa vida sufra perjuicio alguno. Y deben serlo porque, para la mente moderna, dicen ellos, esos elementos llevan la marca de un estadio religioso en progreso, que se desarrollaba en un entorno precientífico. Además, en aquellos tiempos el conocimiento que tenía cada persona del mundo que le rodeaba era muy limitado, y tenían la sensación de que su religión era la única válida, igual que un niño piensa —y hay que permitirle pensarlo para que se sienta seguro— que su papá es el único papá de quien poder fiarse en este mundo.

Pero si queremos que el cristianismo acceda de algún modo a la mente moderna, aseguran ellos, ahora debemos liberarlo de esa envoltura contingente y sobrenatural propia de la fase

de crisálida, y presentarlo como una mariposa ya formada, atractivamente adaptada a la atmósfera científica y secular del mundo moderno.

Y además, añaden, tendrá que tomar en consideración el hecho de que ya no es la única mariposa del jardín. La ampliación moderna de nuestro conocimiento sobre el mundo ha abierto los ojos de la gente para ver que hay otras religiones, igualmente atractivas, que extraen su néctar de otras flores. Por consiguiente, apremian tales pensadores, lo que necesitamos es dejar de intentar convertir a las personas de otras creencias y, en lugar de eso, por medio del diálogo, sacar provecho y combinar las distintas visiones de todas las religiones, incluyendo el cristianismo. Hay una cosa, advierten, que la mente moderna ni puede ni piensa tolerar un minuto más: las exigencias monopolizadoras del cristianismo obsoleto y fundamentalista. En el mundo antiguo tuvo éxito, pero en el nuestro no puede sobrevivir.

Pero antes de que nos traguemos este argumento en apariencia plausible, sería aconsejable que releamos la historia que escribió Lucas sobre la aparición del cristianismo, aunque sólo sea para no caer de cabeza en un tipo espectacular de autoengaño, provocado por la mera ignorancia, el olvido o los hechos. La narración de Lucas, si la leemos con inteligencia y reflexión, nos demostrará, como mínimo, lo siguiente: nuestro mundo moderno, a pesar de todos sus progresos científicos y tecnológicos, no es esencialmente distinto del mundo antiguo en el que nació el cristianismo. Imaginar lo contrario es una falacia fundamental. De hecho nuestro mundo occidental postcristiano, lejos de ser diferente al mundo del siglo I, cada día se le parece más.

«Nuestro mundo moderno y científico ni cree ni quiere creer en la posibilidad de que los cadáveres salgan de sus tumbas», dice alguien, como si en este sentido el mundo moderno se diferenciara en algo del antiguo.

Pero el hecho es que la mayor parte de las personas que vivían en el mundo antiguo tampoco creían en esa posibilidad.

Los epicúreos, a los que Pablo se dirigió en Atenas (17:18), creían que el mundo estaba compuesto por átomos, y sostenían una teoría evolutiva. Creían en la existencia de dioses, pero, como los teólogos que hace unos años escribieron el libro *The Myth of God Incarnate* (El mito del dios encarnado),* sostenían (por diferente motivos) que los dioses nunca habían intervenido en nuestro mundo ni lo harían. Su teoría científica enseñaba que el alma humana, así como el cuerpo humano, se componía de átomos materiales. Tras la muerte, los átomos del cuerpo y los del alma se separaban. El alma se desintegraba de inmediato, y el cuerpo, más tarde. Nada sobrevive, excepto los átomos individuales. Por tanto, sobre una base científica, rechazaban la posibilidad de la resurrección. Por supuesto, Pablo les predicó, a pesar de todo, la resurrección de Cristo (17:31).

La mayoría de los griegos creían en la supervivencia del alma tras la muerte. Platón, aunque no Homero, se lo había enseñado (si es que hacía falta que nadie se lo enseñara). Pero ninguno creía en la resurrección del cuerpo. Su gran poeta clásico, Esquilo, había afirmado que tal cosa no existía. Por consiguiente, cuando Pablo predicó la resurrección física de Cristo a los griegos atenienses, algunos se le rieron en la cara, sin demasiada educación (17:30-32).

Pero no eran sólo los paganos los que no podían, o no creían, o no querían creer en la posibilidad de la resurrección física. Lucas nos dice que la primera oposición conjunta contra el evangelio cristiano provino de la religión judía; de hecho provino de los estratos más elevados de sacerdotes y clérigos en el templo de Dios, de Jerusalén. ¡Ellos tampoco creían en la posibilidad de que el cuerpo resucitara! Todos ellos eran, como un solo hombre, saduceos (4:1-7; 5:17-18; 23:6-8). Ni creían en la resurrección corporal ni en la existencia de los ángeles, ni siquiera en la supervivencia del espíritu humano

* John Hick (ed.), *The Myth of God Incarnate* (Londres: SCM Press, 1977), pág. 4.

después de la muerte. Y, lo que es más, ¡hubieran sido capaces de citar la Biblia para respaldar sus afirmaciones!

Este fenómeno de los religiosos pertenecientes a órdenes santas, con la Biblia en la mano, por así decirlo, que no sólo niegan la encarnación, la resurrección corporal y ascensión de Jesús, sino incluso la posibilidad teórica de que tales cosas sucedan, es un fenómeno que parece algo muy moderno, ya lo sé; y para muchos tiene el atractivo de ser «chic», «super-moderno», «vanguardista» y «adelantado al pensamiento moderno». El hecho es que es tan viejo como el nacimiento del cristianismo. La única diferencia es que en aquellos tiempos (aunque no por mucho tiempo, véase 1 Co. 15) tales personas estaban fuera de la Iglesia cristiana, no dentro.

Por tanto, necesitamos urgentemente permitir que la historia de Lucas sobre el nacimiento del cristianismo nos recuerde hechos contemporáneos. Cuando se trata de falta de voluntad para creer en la resurrección corporal del Señor Jesús, en el ámbito religioso, filosófico, científico o meramente cultural, el mundo antiguo no era demasiado diferente del moderno.

Por consiguiente, si los apóstoles hubieran escuchado consejos como los de nuestros avanzados pensadores modernos, y hubieran eliminado su insistencia en la resurrección física de Cristo, entonces las iglesias cristianas nunca hubieran perdido miembros: jamás habrían existido (ver 1 Co. 15:12-20).

O tomemos la afirmación cristiana de que la salvación se encuentra sólo en Cristo y no en ninguna otra religión o filosofía (4:12). Es evidente que molesta a muchas personas modernas: lo consideran un resultado de la ignorancia, por no decir arrogancia. Ellos dicen que era normal en el mundo antiguo, cuando el cristianismo era la religión oficial de una cultura monolítica, en la que la gente sabía muy poco sobre el mundo exterior, considerando que todo lo que venía de fuera era extranjero y hostil. Pero es que nosotros, dicen, ya no vivimos en un mundo así. Estamos bien metidos en el camino que lleva a una cultura universal. Y de cualquier forma, sabemos más acerca de otras religiones mundiales hoy en día de

lo que sabían los antiguos, y como resultado ya no podemos hacer las mismas afirmaciones que ellos (desde su grande, su enorme ignorancia del ancho mundo exterior) sobre que el cristianismo es la única vía de salvación.

Pero, una vez más, este argumento descansa sobre una mentira. Quizás estas personas estén pensando en el estado de cosas en las Épocas Oscuras o el período medieval. Pero durante el siglo I el cristiano griego o romano promedio conocía, por experiencia personal o por contactos cotidianos, muchas más cosas sobre otras religiones que el cristiano promedio (en nuestro mundo occidental moderno) sabe hoy día. Dejemos que la vívida descripción que hace Lucas de Atenas, con sus interminables altares a infinitos dioses y diosas, nos recuerde que el mundo en el que nació el cristianismo estaba repleto de religiones y filosofías de todo tipo. Estaba la religión clásica de los dioses del Olimpo, en su versión romana y griega, con sus hermosos templos y ceremonias oficiales. Estaban las religiones arcanas, que ofrecían a sus devotos unirlos con el dios y sacarlos fuera de sí mediante experiencias de éxtasis (1 Co. 12:2).

Eran bastante normales, al menos bajo su forma popular, los mitos sobre la transmigración de almas, el purgatorio y la reencarnación que provenían del hinduismo y se infiltraban en la religión y filosofía griegas por medio de los pitagóricos y de Platón. Existían religiones tremendamente ascéticas (Col. 2:20-23), y otras permisivas, que consideraban que la fornicación y la homosexualidad eran formas de conducta aceptables (2 P. 2; Jud. 7-8). Había religiones de corte filosófico calmado (Col. 2:8); había otras en las que el fanatismo podía desbordarse rápidamente en persecuciones, disturbios y asesinatos (Hch. 9:1-2; 19:21-40). Como remate de todo esto, en muchas ciudades del mundo antiguo, tal y como nos recuerda Hechos repetidamente, existían ya sinagogas judías, que a menudo tenían un buen número de adeptos gentiles. Y en medio de este torbellino de religiones, el cristianismo no fue, al menos durante sus primeros doscientos años de existencia, la religión

oficial de una cultura monolítica, sino una minoría reducida, cargada de problemas y a menudo perseguida, dentro de un imperio gigantesco y cosmopolita.

Entonces, los cristianos no predicaban a Jesucristo como el único Salvador del mundo porque no supieran mucho sobre otras religiones, sino porque sabían demasiado de ellas. Sabían que ninguna de ellas ofrecía una verdadera limpieza de conciencia, la paz genuina con Dios, la seguridad de la salvación y una sólida esperanza para el futuro del individuo y del mundo. Predicaban a Jesús como el único Salvador, no debido a su estrechez mental propia del imperialismo religioso, sino debido al puro gozo que suponía saber y comunicar que Dios, en la persona de Jesucristo, había hecho bastante por la salvación de toda la humanidad. No había otro sacrificio u otra salvación que fueran válidos; no existía otro sacrificio comparable en ningún otro lugar; pero tampoco era necesario otro sacrificio ni otra salvación. La paz con Dios es un don, disponible para todos, instantáneo y gratuito.

Alguien puede decir: «Sí, pero si está muy bien que los cristianos crean esas cosas dentro de su propio círculo. Pero hoy en día, en Occidente, vivimos en una sociedad pluralista, donde no encaja verdaderamente con el espíritu cristiano ir por ahí intentando convertir al cristianismo a personas de otras creencias. Esto podría llevarnos a malas relaciones intracomunitarias, por no decir a los conflictos civiles».

El peligro es demasiado real; y la violencia que se perpetra en mucho lugares en nombre de la religión enferma a todo el que tenga dos dedos de frente. Pero cuando nos ponemos a analizar su causa es cuando hemos de tener cuidado con los diagnósticos superficiales. Hoy en día suele etiquetarse de actitud «fundamentalista» religiosa.

Pero este término, que se puede aplicar con igual propiedad a las pequeñas iglesias Amish y Menonitas, que creen en la Biblia, y al mismo tiempo a los millones de militantes islámicos, es una palabra descalificada para el análisis. Por lo que respecta al cristianismo, lo que ha causado esa intolerancia

excesivamente frecuente, a la discriminación política y al derramamiento de sangre en nombre de la religión no ha sido la adherencia fiel a las doctrinas básicas de la Biblia. Ha sido más bien la desobediencia radical a la prohibición que hizo Cristo del uso de la espada, o de la violencia de cualquier tipo, ya fuere para promover o proteger la causa de Cristo, o para aumentar el número de iglesias o reducir el de «herejes» e infieles. Pero la desobediencia anterior no se puede arreglar ahora con una deslealtad que minimiza o compromete las exigencias soberanas de Cristo por temor a que éstas ofendan a alguien.

Pero aquí viene Hechos al rescate, una vez más; porque al decidir cuál debe ser la actitud cristiana, no podemos ignorar las prácticas de los apóstoles de la iglesia.

Se trata del dato, como suele registrar Hechos, de que los magistrados y gobernadores romanos, por ejemplo, se sentían irritados cuando se encontraban las primeras veces con el cristianismo. Se producían disturbios en zonas de las que ellos eran responsables, y una vez se investigaba el asunto parecía ser que los cristianos siempre tenían algo que ver. A veces, como en Filipos (16:16-40) y en Éfeso (19:23-41), se trataba de adeptos a diversas religiones gentiles a los que los cristianos habían molestado mucho. Con mayor frecuencia, como en Antioquía de Pisidia (13:50), Listra (14:19), Tesalónica (17:5-9), Berea (17:13), Corinto (18:12-17) y Jerusalén (21:27-26:32), se trató de los judíos.

Ahora bien, los romanos, por lo general, eran bastante tolerantes con otras religiones; pero había algo que les impacientaba mucho, y era que las diferencias entre las diversas creencias o prácticas provocara conflictos civiles. El propio Lucas nos cuenta (18:2) que el emperador Claudio, en un momento dado, ordenó que todos los judíos se marcharan de Roma; y a partir del relato de este acontecimiento que más tarde registró el historiador romano Suetonio (*Vida de Claudio*, XXV.4), parece ser que lo que provocó la ira de Claudio en esta ocasión fue «la disensión y los desórdenes dentro de la

comunidad judía de Roma consecuencia de la introducción del cristianismo en una o más de las sinagogas de la ciudad».*

Al ser esto así, es evidente que Lucas tenía que dar algunas explicaciones cuando escribió su «Sobre los orígenes del cristianismo» para beneficio de un tal Teófilo. No sabemos exactamente quién era Teófilo. Dado el título de «excelentísimo» que Lucas le dedica en el prólogo de su Evangelio (Lc. 1:3), podríamos pensar que se trataba de alguien importante. Podía haber sido «un miembro representativo del público de clase media, inteligente, de Roma»,** interesado en el cristianismo pero sin convertirse aún. O puede que ya fuera creyente. En cualquier caso, para Lucas era importante demostrarle que en ningún caso fueron los cristianos los que empezaron los disturbios. Los cristianos no iban por ahí insultando las religiones de otras personas o comportándose con desacato en sus templos (19:23-41; 21:27-29; 24:10-13). Los cristianos, aunque fueron muy perseguidos, nunca persiguieron a nadie. Es cierto que Pablo había perseguido con saña a algunos de sus compañeros judíos cuyas creencias no le gustaban (7:58; 8:3; 9:1-2) antes de convertirse en cristianos; pero tras convertirse, nunca volvió a perseguir a nadie, y ni siquiera intentó vengarse de aquellos que no dejaban de acosarle (28:17-22, en especial la última parte del v. 19).

Pero si Teófilo era un hombre reflexivo, como es probable que fuera, había una pregunta más profunda que Lucas tenía que responderle. Una vez concedido que los cristianos no habían comenzado los disturbios callejeros en el sentido de tirar piedras o atacar a sus oponentes, ¿por qué tenían que ir

* F.F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1988), p. 347, refiriéndose a Suetonio, Vida de Claudio XXV.4.

** Véase el correcto análisis en F. F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1988), pp. 28-30.

siempre diciendo cosas en sus sermones y predicaciones públicas que molestaran tanto a judíos como a gentiles?

¿Por qué Pedro y Pablo no dejaban de insistir en su afirmación de que Jesús había resucitado de entre los muertos y era el Mesías, aun cuando predicaran en la sinagogas judías, donde sabían que se trataba de un tema intocable? ¿Por qué no podían concentrarse en sus enseñanzas morales y en sus maravillosas visiones sobre la paternidad de Dios, sobre las cuales, tanto cristianos como judíos, estaban de acuerdo?

¿Y por qué tuvo que decir Esteban que el templo de Jerusalén nunca había sido más que un medio parcial y temporal de comunión con Dios, y que Jesucristo lo iba a dejar obsoleto, cuando debía haberse dado cuenta de lo ofensivo que resultaba para sus compatriotas judíos y sus susceptibilidades y máspreciadas creencias? (6:8-8:3).

¿Y por qué los apóstoles tenían que menospreciar aquel ritual tan antiguo y tan respetado de la circuncisión, diciendo que no contribuía en absoluto a la salvación de nadie, ya fuera gentil o judío? (cap. 15).

Una de los principales médiums espiritistas de Filipos (16:16-39), cuyos servicios eran tan necesarios para muchas de las personas de aquella ciudad, dio la bienvenida pública a Pablo y a su equipo evangelístico, y les sugirió que ellos y ella tenían mucho en común ya que en realidad apuntaban a la misma meta. ¿Por qué Pablo se volvió contra ella, rechazó su ayuda, denunció su peculiar forma religiosa como algo maligno, y como resultado provocó semejante amargura en la ciudad?

Los pensadores más destacados del momento ya hacía tiempo que habían sugerido que todas las religiones, fueran cuales fuesen los nombres con que definieran al Ser Supremo –Zeus, Yahvé, Júpiter, Baal o el Único– eran iguales. ¿Por qué los cristianos no podían aceptar que todas las religiones eran distintas pero igualmente válidas a la hora de alcanzar al mismo Dios? ¿Por qué ofender tantas tradiciones y culturas, creando semejante rencor y provocando esa animosidad religiosa, esos

disturbios civiles, y todo por intentar convertir sin cesar al cristianismo a personas de otros credos?

Incluso desde Julio César, sucesivos gobiernos romanos habían promulgado leyes especiales para proteger la religión judía, por extraña que les resultara. Y Lucas es testigo de que el gobernador romano promedio (aunque no estuviera corrupto como Félix, 24:26-27) insistía en que los cristianos tenían todo el derecho legal de propagar sus ideas propias (26:31). Pero un hombre como Pablo, que iba por todas partes exponiendo sus ideas hasta el punto de enfurecer a sus compatriotas judíos y acabar maltratado tanto por judíos como por gentiles...ese hombre no podía ser otra cosa que un loco (26:24).

Entonces, ¿por qué lo hacían los apóstoles? Al menos, los cristianos pueden decir que los apóstoles elegidos por Cristo, bautizados y llenos del Espíritu Santo, usados por Dios para fundar la Iglesia, fueran por ahí con una conducta no cristiana. Entonces, ¿qué explicación podía darle Lucas a Teófilo que justificara tal actitud y le convirtiera al cristianismo si es que no era creyente, o, si lo era, le confirmara en su fe y le inspirara a seguir el ejemplo de ellos?

La respuesta a estas preguntas es el libro de Hechos. Podemos citar unos ejemplos.

La explicación que dio Pedro al Sanedrín sobre por qué debía seguir predicando en el nombre de aquel Jesús al que ellos habían ejecutado, demostró que no estaba motivado por la venganza o la intolerancia religiosa: lo que estaba en juego era la salvación de la humanidad. Jesús era el Salvador universal de Dios para todos los hombres (4:12). Y tenía que seguir proclamando a Jesús para beneficio de toda esa gente, sin importar a quién le molestara.

Pedro y Santiago se cuidaron de explicar a sus compañeros creyentes por qué debían enviar cartas a las iglesias cristianas denunciando como falsas las ideas de aquellos «creyentes» (15:5) que enseñaban que el ritual de la circuncisión y guardar la ley eran cosas necesarias para salvarse. No enviaron aquellas cartas para garantizar la victoria de la mente estrecha

de una secta cristiana sobre otra, relativa a un punto teológico secundario. Una vez más, lo que se jugaban era la salvación del pueblo. Enseñar que la salvación depende de algún ritual o de guardar la ley suponía someter al pueblo a una intolerable esclavitud religiosa (15:10-11), dijo Pedro, cuando podían ser libres, y debían serlo. No se puede permitir que ninguna tradición religiosa, por sagrada que sea, mantenga a las personas en la esclavitud. Hacer eso sería tentar al propio Dios (15:10).

Los filósofos aciertan al considerar sus propios sistemas epistemológicos, físicos, morales y políticos con la debida desconfianza. El mejor de ellos es, después de todo, un sistema lógico imperfecto basado en unos axiomas elegidos arbitrariamente. El motivo por el que Pablo afirmaba la resurrección de Cristo ante el Areópago de Atenas con semejante certidumbre dogmática era que la resurrección de Cristo no es una teoría filosófica sino un hecho histórico, mediante el cual Dios comunica a todos los hombres que Cristo será su Juez (17:30-31). Los hombres no serán juzgados por diferentes jueces dependiendo del sistema filosófico en que haya militado en esta tierra. Todos los hombres se presentarán delante de Cristo. Esto es algo radicalmente cierto; y al llamar a todos los hombres, en todo el mundo, al arrepentimiento y a prepararse para enfrentarse a ese Juez, Pablo no actuaba con deferencia, presentando una moción para un debate filosófico: manifestaba una orden del Dios todopoderoso, y debía obedecerse.

De cualquier modo, esta fue el motor que motivó y capacitó a los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Hechos nos preguntará amablemente si estamos conectados a ese mismo motor.

El otro camino

En la superficie de Hechos descubrimos dos elementos. El primero es que el cristianismo nació del judaísmo, en el sentido de que todos los primeros cristianos eran judíos, sin que importe a qué secta de éste pertenecieran.*

El segundo elemento es que la cristiandad no apareció en el mundo como un sistema de doctrina y de práctica totalmente elaborado, acompañado de una directiva que dijera que, desde las dos de la mañana del siguiente domingo, todos los creyentes en el Señor Jesús debían dejar de practicar el judaísmo y comenzar a practicar el cristianismo. No, la cristiandad tenía que crecer y desarrollarse. Una semilla contiene los planos necesarios para desarrollar toda la planta, pero ésta desarrolla sus características inherentes sólo creciendo como reacción a la tierra en que ha sido plantada, bajo la influencia del sol, el viento y la lluvia. Del mismo modo, el cristianismo nació del judaísmo como reactivo, bajo la instrucción y dirección del Espíritu Santo, a los problemas y desafíos con que se iba encontrando en su camino hacia el testimonio universal en el nombre de Cristo.

De todas formas, esto era lo que podíamos esperar, si consideramos el anuncio que hizo el Señor a sus apóstoles en el aposento alto (Juan 16:12-13): «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando

* Hablando en términos estrictos, es un anacronismo referirse a los discípulos de Cristo, bajo el nombre de «cristianos», antes de Antioquía (11:26). Pero dado que no se produce confusión alguna, la conveniencia supera a la precisión.

venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad». Y vino en Pentecostés, y su venida fue instantánea (2:2). Pero la guía fue un proceso, y una parte del propósito de Lucas en Hechos es la de registrar las diversas etapas de ese proceso.

En primer lugar, el cristianismo tenía que extenderse geográficamente, como dijo Cristo en sus instrucciones a los apóstoles (1:8). Esto, por supuesto, convierte a Hechos en un informe sobre la extensión geográfica del evangelio; por tanto, cualquier estudio serio del libro siempre se ha interesado mucho en las cuestiones de geografía. Esto es correcto, dado que los informes geográficos de Lucas, que son copiosos, detallados, precisos y tremendamente fiables, nos demuestran que no está hablando de mitos o leyendas religiosas, sino de unos hechos históricos que tuvieron lugar en tal y tal lugares del planeta, que se pueden marcar sobre un mapa.*

El evangelio también se fue extendiendo a nivel numérico, mediante el creciente número de personas que llegaron a creer en él; y también cualitativamente, mediante el crecimiento y estabilidad espirituales de las iglesias resultantes. El propio Lucas enfatiza triunfante este hecho en los seis resúmenes formales con los que cierra cada una de las principales secciones de su obra:

- 6:7 «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe».
- 9:31 «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo».

* En F.F. Bruce encontramos una breve y útil introducción a este tópico, en su obra *The New Testament Documents* (Leicester: IVP, 1960). Para un estudio tremendamente detallado y actualizado sobre temas históricos y geográficos, ver, de C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J. C.B. Mohr, 1989).

- 12:24 «Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba».
- 16:5 «Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día».
- 19:20 «Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor».
- 28:30-31 «Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada... predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento».

Pero pronto es evidente que Lucas no sólo se interesa en la expansión del evangelio; porque si así fuera, ¿por qué no nos cuenta nada en absoluto de las labores evangelísticas y viajes de la mayoría de los apóstoles? ¿Es que ninguno de ellos contribuyó a extender el evangelio? Una y otra vez, los resúmenes finales enfatizan cómo crecía la palabra de Dios (6:7, 12:24, 19:20), pero, ¿es que la palabra de Dios no crecía también mediante la predicación de Juan, y no sólo la de Pablo? Entonces, ¿por qué no hallamos una sola palabra de un sermón de Juan junto con los numerosos ejemplos de sermones, conferencias y discursos de Pablo?

Por tanto, llegamos a la conclusión de que había otros intereses más allá de la expansión del evangelio, intereses que dominaban la selección que hizo Lucas de su material. ¿Cómo podemos decidir cuáles eran?

Hay uno, al menos, que es fácil de detectar, porque en las seis secciones centrales del libro se repite una cadena reconocible de acontecimientos.

Tomemos la primera sección (1:1-6:7). Con el poder del Espíritu Santo, que acababa de descender del cielo, los apóstoles desempeñaban con vigor la misión que Cristo les encomendó, la de ser sus testigos. Todo iba bien, miles de personas se convertían... y entonces llegó la crisis: el Sanedrín prohibió toda predicación en el nombre de Jesús. Ahora bien, el Sanedrín era, para el judaísmo normativo, la autoridad religiosa suprema (y, hasta cierto punto, la civil); y los apóstoles no eran, ciertamente, anarquistas espirituales. Desobedecer y desafiar al

Sanedrín era un paso muy grave, preñado de todo tipo de consecuencias, unas previsibles y otras no. Pero obedecer al Sanedrín era imposible sin negar la mismísima esencia, vida, alma y centro del cristianismo. Negar o silenciar la deidad y condición mesiánica del Señor viviente hubiera sido una traición desleal a Cristo, en directa oposición al Santo Espíritu de Dios, que había venido para capacitarles a dar ese testimonio. No era posible llegar a un compromiso. Sin dudarlo, los apóstoles desobedecieron y retaron al Sanedrín; y el cristianismo dio su primer paso alejándose del judaísmo oficial. Se basó en la deidad y condición mesiánica de Jesús.

En la segunda sección pasa algo parecido (6:8-9:31). Esteban, el primer mártir cristiano, bajo la iluminación del Espíritu Santo, empezó a percibir que el sacrificio de Cristo en el Calvario, su resurrección y entrada en la presencia inmediata de Dios en el cielo, tenía unas implicaciones que, a la larga, harían que el templo judío de Jerusalén quedara obsoleto, junto con su elaborado sistema de sacerdotes, sacrificios y rituales. Por exponer este punto de vista y sostenerlo en público y en diversos debates, al final lo llevaron a juicio ante el Sanedrín, para defender su vida. Pero cuando vio que en ese caso tenía todas las de perder, no intentó para nada desdecirse o comprometerse. Es evidente que, para él, la comprensión cristiana del modo en que el hombre se puede acercar a Dios, inaugurado por Cristo, formaba una parte tan esencial del evangelio que no era posible comprometerse. Así que Esteban murió, y el cristianismo dio otro paso definitivo para alejarse del judaísmo.

Lo mismo sucede en la Sección Tres (9:32-12:24). Cuando llegó el momento de que Pedro llevara el evangelio a Cornelio, el gentil, al principio se mostró remiso. Predicar el evangelio a Cornelio implicaría comer en su casa, y eso, a su vez, contravendría el código de santidad del judaísmo, y en especial sus leyes alimentarias, tal y como Pedro las entendía. Por tanto, Dios intervino, y enseñó a Pedro que las leyes alimentarias del Antiguo Testamento que Dios mismo había

establecido ahora quedaban abrogadas. Pedro era libre de ir y comer con los gentiles. Así que Pedro fue, pero cuando le vemos entrar en la casa de Cornelio, estamos viendo cómo el cristianismo da otro paso para alejarse del judaísmo, esta vez basándose en un asunto fundamental: la teoría y la práctica de la santidad.

Este mismo patrón es el que se repite en la Sección Cuatro (12:25-16:5). El judaísmo consideraba la circuncisión algo indispensable para ser miembro de la nación santa, y útil, si no necesaria, para la salvación. Por consiguiente, todos los primeros hombres cristianos ya se habían circuncidado antes de convertirse en cristianos, y no habían pensado todavía en qué relación tendría la circuncisión con la salvación por Cristo. Pero cuando los gentiles, por millares, llegaron a la fe en Cristo, formularse esa pregunta era inevitable. Algunos cristianos empezaron a pensar que la circuncisión seguía siendo necesaria para la salvación, y que por tanto todos los creyentes gentiles tenían que circuncidarse. Pero durante una reunión de los apóstoles y ancianos, convocada en Jerusalén para considerar aquella cuestión, Pedro y Jacobo pronunciaron la decisión oficial, autorizada y apostólica: la circuncisión no era necesaria y no contribuía en absoluto a la salvación, y no sólo en el caso de los gentiles, sino también en el de los judíos. Es imposible exagerar la importancia de semejante paso, tan trascendental, que apartó una vez más al cristianismo del judaísmo.

Detengámonos un momento y reflexionemos en lo que está pasando. A medida que Lucas registra las crisis y decisiones y soluciones a que llegaron los apóstoles y las primeras congregaciones, no está tanto informando sobre la extensión del evangelio como describiendo para nosotros qué es el evangelio, y cómo llegó a definirse. Concentra nuestra atención sobre los puntos en que el cristianismo discrepaba del judaísmo, no porque fuera un sectario de mente estrecha sino porque tenía el agudo sentido de un historiador para percibir lo que era verdaderamente significativo. Los temas sobre los que discre-

paba el cristianismo no eran asuntos triviales. Constitúan el meollo del evangelio. Tenían una importancia tan esencial que comprometerse en relación a ellas hubiera supuesto una deslealtad a Cristo, y hubiera dejado al cristianismo, aun si hubiera sobrevivido, sin evangelio.

Si esto es así, tiene unas implicaciones muy a largo plazo. El hecho de estudiar estos puntos de discrepancia y los temas involucrados en ellos definirá para nosotros qué era y es el cristianismo apostólico; nos mostrará cuáles son los puntos esenciales del evangelio sobre los que, en nuestro siglo tan distante del suyo, no podemos comprometernos si, a la vez, queremos ser fieles al Señor Jesús y defender su evangelio en nuestra generación.

Por supuesto, la labor de defender el evangelio siempre ha sido más fácil de definir en teoría que de poner en práctica; y, en este caso concreto, Hechos proyecta una instructiva luz sobre la historia posterior de la cristiandad. A través de los siglos, ésta ha mostrado una marcada tendencia a recaer en formas del judaísmo y a confundir el evangelio precisamente con aquellas cosas que los apóstoles insistieron en que no debía confundirse.

Un estudioso de la época victoriana, el doctor F.J.A. Hort, describió esas recaídas como unas asimilaciones al judaísmo por parte de los cristianos, que nacen del reconocimiento de la autoridad que tiene el Antiguo Testamento, pero sin tener en cuenta una clara percepción de la verdadera relación que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento... Este proceso comenzó en el siglo III, y siguió adelante con gran impulso después de que el Imperio se hubiera convertido al cristianismo; hoy en día seguimos inmersos en sus resultados. Este fue uno de los elementos del sistema medieval que menos tocó la Reforma, por el evidente motivo de que los principales reformadores tenían un sentido impreciso del progreso dentro de la Escritura, y de los distintos tipos de instrucción que se nos ofrecen en diversos pasajes, de acuerdo con la propia dispen-

sación divina de los tiempos y las edades, tal y como la propugnaron los apóstoles.*

Por tanto, leer Hechos nos invitará a examinar el cristianismo que profesamos y a practicarlo hoy día, comprobando si lo respalda o no el cristianismo apostólico, o si aún sigue lastrado con los resultados de esas recaídas seculares, o si incluso ahora, por primera vez, se siente tentado a comprometer los elementos esenciales del evangelio que los apóstoles defendieron con tamaña firmeza.

Pero Hechos tiene más que enseñarnos en esta línea en la Sección Cinco (16:6-19:20). En Filipos (16:16-18), Lucas nos informa cómo el Camino de salvación corría el peligro de confundirse, en la mente del pueblo, con el espiritismo; y cómo Pablo insistió en la diferencia entre ambas cosas, y por causa de ello acabó en la cárcel. Entonces, volviendo a la cuestión de la posesión demoníaca en el 19:13-19, Lucas nos cuenta cómo en Éfeso en mundo de los espíritus ofreció una rotunda evidencia de la diferencia entre, por un lado, Jesús y Pablo, y, por otro, de un presunto exorcista judío. En 17:8-9, Lucas nos explica cómo ciertos judíos intentaron convencer a los gobernantes de Tesalónica de que el evangelio que predicaba Pablo en realidad era un mensaje político, subversivo y enfrentado al gobierno romano. Por supuesto, el comentario sobre lo que Pablo dijo en aquel lugar nos demuestra a las claras la diferencia entre el cristianismo y cualquier sistema político.

Una vez más, el discurso de Pablo ante el Areópago de Atenas (17:16-34), nos demuestra la diferencia básica entre el evangelio cristiano y tanto la religión pagana como la filosofía griega. Y finalmente, Lucas considera incluso importante relatar un suceso que tuvo lugar en Éfeso (19:1-7), que evidenció la diferencia entre las experiencias espirituales de los discípulos de Juan el Bautista y los creyentes en Cristo Jesús.

* F.J.A. Hort, *Judaistic Christianity* (Londres: Macmillan, 1898), pp. 1-3.

No debemos detenernos a examinar cuáles fueron todas esas diferencias. La cuestión es que, al registrar los acontecimientos que exponían esas diferencias, Lucas no sólo muestra a los apóstoles predicando el evangelio: una vez más nos invita a contemplar al cristianismo definiéndose a sí mismo mediante los vigorosos contrastes entre sí mismo y el espiritismo, la política, la religión y la filosofía paganas.

Lo mismo sucede en la última y más amplia sección del libro (19:21-28:31). Esta sección es, en ciertos sentidos, muy distinta a las cinco primeras, dado que en ella Pablo se centra no tanto en predicar el evangelio como en defenderlo públicamente, a menudo en los tribunales. Está obligado constantemente no a definir qué es el evangelio, sino qué no es. Pero, para nuestro propósito, tiene el mismo efecto. El relato de Lucas deja claro que Pablo y el evangelio no son lo que la gente ha creído que eran, en su ignorancia, o lo que han dicho de ellos, maliciosamente; así, Lucas continúa definiendo, por contraste, qué es el cristianismo de verdad.

Por tanto, Pablo no es un salteador de templos paganos (19:37), ni un profanador del templo judío (21:28-29; 24:12), ni alguien que trata de hacerse rico mediante la religión (20:33-35), ni un burdo activista político o un líder de un grupo terrorista (21:37-39). Y el evangelio no es una herejía peligrosa y sectaria expuesta por un demagogo teológico falto de educación (22:3-5), o por un académico a quien se le han fundido los plomos (26:24-26); ni tampoco se basa en cierto principio absurdo que ninguna escuela teológica judía ni ningún intelectual podrían admitir sin caer en suicidio intelectual (23:6-10; 24:14-25; 26:8). El evangelio cristiano se basa en la revelación divina de su misma persona, por medio de Moisés y los profetas; tiene derecho a pretender ser el cumplimiento de la redención esbozada y prometida en las escrituras inspiradas de Israel; tiene un efecto liberador para el espíritu, que ennoblece (26:18); aboga por la integridad moral y se opone a la corrupción (24:24-27); produce el efecto contrario al estrecho judaísmo nacionalista (26:17), y ofrece una

esperanza genuina y magnífica a toda la humanidad (24:15; 26:6, 7, 23).

No hace falta decir que en los siglos posteriores la iglesia cristiana ha permitido a menudo que su evangelio se confundiera con la política y la filosofía paganas. En algunos países se han introducido en la iglesia, mediante una deliberada política misionera, costumbres y festivales paganos. Y, en nuestra propia época, cada vez es mayor la obsesión por lo oculto y la fascinación por diversas prácticas y formas del hinduismo; lo mismo sucede con las tentaciones de unirse a organizaciones secretas que, en sus reuniones de negocios, adoran a las mismas deidades paganas que prevalecían en el mundo antiguo o, en el otro extremo, casar el evangelio cristiano con el marxismo, para convertirlo en una potente fuerza política.

A la luz de todas estas tendencias, Hechos contiene, para nosotros, una poderosa e implícita exhortación a que nos examinemos honradamente, para ver si el cristianismo al que representamos y el evangelio que predicamos son los mismos, sin compromiso alguno, que establecieron los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo.

Sección Primera

El cristianismo
y la restauración
de todas las cosas (1:1–6:7)

Observaciones preliminares

Los Movimientos

Movimiento 1: El programa de Cristo para la restauración de todas las cosas (1:1–4:4)

Movimiento 2: La oposición al programa (4:5–6:7)

Sección Primera

El cristianismo y la restauración de todas las cosas (1:1–6:7)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Hay tres cimas imponentes que dominan la primera sección de Hechos: la ascensión de Cristo a los cuarenta días (1:9), la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés (2:1-4) y la segunda venida de Cristo (1:11; 3:20), inaugurando el gran y resplandeciente día del Señor (2:20).

Estas elevadas cumbres están rodeadas de gloria. El Hombre, Jesús, ha sido libertado de la agonía de la muerte (2:24), se le ha mostrado el sendero de la vida y se ha llenado de gozo ante la presencia de Dios (2:28). Por medio de su resurrección, ha alumbrado la vida y la inmortalidad para toda la humanidad. Se demuestra que es el *Archégos*, el mismo Autor de la vida (3:15), el que concede eterna salvación a todos los que confían en él (4:12). Ahora queda establecida sin lugar a dudas la credibilidad del programa mesiánico del Antiguo Testamento, el programa para la restauración de la raza, del planeta, del universo (1:6; 3:20-21, 24-25). Se acerca la hora (1:6-7; 3:10-21) cuando los inválidos dejarán de echarse en las escalinatas del templo del Creador, buscando caridad; la naturaleza será restaurada a una salud perfecta, tanto en su estado como en su función (3:16). Ya se nos ha presentado un anticipo de lo que será (3:1-16). El propio Cristo es la piedra angular de un templo nuevo, más hermoso y universal (4:11). Resucitado y ascen-

dido, ya ha derramado el don precioso del Espíritu Santo, que marca el inicio de una era (1:4-5; 2:16-18, 33-36, 38-39). De esta forma se adelantan sustancialmente las arras de las promesas veterotestamentarias. La historia humana ha dado un paso gigantesco hacia el pago final y completo.

Por muy impacientes que estemos por examinar en detalle estas cimas imponentes, vale la pena que primero reconozcamos el terreno que las circunda. Si tenemos razón al pensar que la primera sección de Hechos tiene su final en el resumen formal del 6:7,* entonces la sección consistiría de siete u ocho pasajes principales. Si los clasificamos según su tema central, podemos dividirlos en cuatro parejas.

1. Hay dos pasajes que cubren el período entre la resurrección y el Pentecostés (1:1-14 y 1:15-26). En el primero, Cristo prepara en persona a sus apóstoles para el testimonio a escala mundial, demostrándoles la realidad de su resurrección e informándoles del programa y fases cronológicas de su testimonio. En el segundo, los apóstoles y un grupo de unos ciento veinte creyentes se preparan para poner en práctica ese ministerio, disponiendo la elección de un apóstol extra que sustituyera a Judas Iscariote como testigo de la resurrección de Cristo (1:22).

2. Lo que viene después, el estupendo efecto de la venida del Espíritu Santo, se traduce en dos milagros (2:1-47 y 3:1-4:4): el primero, cuando los cristianos se ponen a hablar en diversas lenguas, y el segundo, la sanación de un hombre cojo de nacimiento. Después de cada milagro, Pedro explica su importancia a la multitud, y predica un sermón, tras lo cual se nos comunica el número de personas convertidas. Por tanto, ambos milagros dan testimonio de Cristo, pero el primero se realiza en los propios cristianos, mientras que el segundo entre un miembro del público. El primero llama la atención sobre

* «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén».

el poder sobrenatural por medio del que hablan los cristianos, justificando así su mensaje. El segundo ilustra la salvación que Jesús puede impartir a aquellos que reciben el mensaje.

Por consiguiente, hasta el momento hay cuatro historias que se encuadran en dos parejas, pero ahora hemos llegado al eje central de la sección, el punto en el que cambia el entorno: los sacerdotes y el capitán del templo intentan cortar de raíz el naciente cristianismo. A pesar de ello, los cristianos siguen haciendo muchos conversos (5:14; 6:7), y a disfrutar del respeto del pueblo (5:13); pero ahora lo hacen a costa de desafiar las órdenes prohibitivas que había formulado el Sanedrín contra ellos.

3. Del mismo modo, las dos historias de la segunda mitad de esta sección se agrupan en dos pares. Dos de ellas tratan de la oposición del Sanedrín (4:5-31 y 5:17-42). En ambas, se arresta a unos apóstoles, a quienes se mete en la cárcel y se lleva luego ante el Sanedrín: en el primer incidente, son dos apóstoles, Pedro y Juan; en el segundo, a los doce (véase 5:29). En cada ocasión, Lucas relata con naturalidad el veredicto del tribunal y luego añade cómo reaccionan los apóstoles y la comunidad cristiana ante sus amenazas y castigos.

4. Los dos pasajes restantes, como las otras parejas, comparten un tema en común: cada uno de ellos nos permite echar un vistazo a la vida interna de la primera comunidad cristiana en Jerusalén. El primero (4:32-5:16) cuenta cómo los cristianos que tenían propiedades de vez en cuando vendían una casa o un campo y entregaban el dinero a los apóstoles para aliviar las necesidades de los miembros necesitados. El segundo pasaje (6:1-7) describe la organización que establecieron los apóstoles para la correcta distribución del tesoro común y de todo lo que se compraba con él.

Para tener una comprensión completa y equilibrada de la historia que Lucas nos expone, tendremos que estudiar cuidadosamente las similitudes y, aún más importante, las diferencias entre estos pares de pasajes que comparten un tema. Al mismo tiempo, el sentido del equilibrio que tenía Lucas se

demuestra no sólo en esta forma de emparejar los pasajes, sino también en el énfasis constante (que evidencia la selección que hace de su material) en dos temas principales que se desarrollan casi en idéntica proporción a lo largo de esta primera sección al completo: por una parte la importancia de las cosas espirituales, y por la otra la de las cosas materiales.

Esta sección de su obra debía cubrir el Pentecostés y la espectacular explosión de energía espiritual que dio comienzo en ese acontecimiento. Por tanto, era inevitable que Lucas pusiera un énfasis firme y constante en las cosas espirituales: en la persona, poder y obra del Espíritu Santo; en las profundas experiencias espirituales de aquellos que le recibían, y en el testimonio dinámico que, capacitados por el Espíritu, podrían mantener. Lo que ya no era tanto de esperar es que en esta sección Lucas pusiera un énfasis casi idéntico en las cosas materiales, en la comida y el dinero, en comprar y vender, en las casas, campos, heredades y posesiones. Nada menos que tres de los ocho pasajes de esta sección se centran en parte o totalmente en este tema.

En 2:43-45 Lucas nos cuenta que uno de los primeros resultados, y según parece espontáneo, que produjo el primer sermón de Pedro fue que «todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno». No contento con registrar una sola vez este fenómeno, en 4:32-37 vuelve a describirlo, usando casi las mismas palabras pero con mayor detalle, añadiendo como ejemplo el caso de un tal José, que «como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio a los pies de los apóstoles».

Ahora bien, este llamado «comunismo» desaparece al final de la Sección Uno, y no vuelve a estar presente en el resto del libro de los Hechos. Por consiguiente, podemos sacar la conclusión de que fue un efecto temporal y secundario ocasionado por la excitación excepcional de los primeros días, pero destinado a desvanecerse de forma natural cuando se asentara el fermento del vino nuevo. Y podemos añadir que Lucas le

concedió a este fenómeno un espacio simplemente para ofrecernos un registro fidedigno de lo que sucedió, sin implicar necesariamente que este acontecimiento tuviera una enorme importancia o constituyera una parte esencial del cristianismo, o ciertamente que fuera algo más que un detalle periférico y temporal.

Pero pensar esto sería pasar por alto una característica muy importante del relato de Lucas. En relación con este asunto de la comida y el dinero, el comprar y vender las casas, campos y posesiones, Lucas elige introducir tres casos en que ciertos miembros del primitivo círculo cristiano usaron mal esta técnica:

«Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre» (1:18-19).

«Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió su heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles. Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? (...) Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró». Y lo mismo le sucedería a su mujer. (5:1-11).

«En aquellos días (...) hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria» (6:1).

A primera vista, puede parecer extraño que Lucas saque a colación estos borrones desagradables en el registro de la primera comunidad cristiana. Por supuesto, un poco de meditación nos revela que Lucas sólo registra estas perniciosas actitudes y prácticas con la intención de demostrar de qué forma tan inmediata y completa las repudiaron los primeros cristianos. Pero el mero hecho de que incluya estos incidentes

al completo, sin tener ninguna necesidad de ello,* es ciertamente significativo. Sugiere que, a los ojos de los primeros cristianos, el nuevo punto de vista que uno adquiriría al convertirse implicaba un cambio en la actitud hacia las posesiones materiales, como resultado de una fe verdadera en Jesús como Mesías, una consecuencia inevitable de la auténtica respuesta a la recepción del Espíritu Santo. Si esto es así, no lograremos comprender bien el cristianismo primitivo, tal como Lucas lo describe, si no consideramos cuidadosamente este sentido de equilibrio y proporción entre las creencias espirituales por una parte y los bienes materiales por otra.

Finalmente, hay otro rasgo formal de la narración de Lucas que llama nuestra atención antes de que sigamos adelante. Como segundo volumen de una obra de dos tomos, Hechos empieza con un resumen del primer volumen, algo muy normal. Pero vale la pena que notemos cómo estructura Lucas este resumen.

«En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido» (1: 1-2).

Este resumen sorprende por su brevedad: un par de versículos, que resumen todo lo que Lucas nos cuenta en el primer tratado sobre el nacimiento, vida, ministerio, muerte y resurrección de nuestro Señor, incluyendo la ascensión. No

* Es evidente que, si se hubiera sentido motivado, Lucas podía haber relatado la designación de Matías para sustituir al traidor Judas, sin mencionar el uso que hizo éste de su vergonzosa ganancia, que invirtió en un campo, y sin entrar en detalles sobre su horrible final; podía haber descrito la conducta normal de los cristianos con respecto a sus bienes sin describir con tanto detalle el caso de Ananías y Safira, y podía haber registrado que se nombraron a siete oficiales para distribuir correctamente el dinero y los bienes comunes sin tener que anunciar al mundo que esta política se debió a la inicial discriminación practicada por un grupo de cristianos hacia otros.

selecciona nada para destacarlo, excepto una sola cosa, y su propio aislamiento evidencia su importancia. Antes de que Cristo ascendiera a los cielos, nos dice Lucas, dio «mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido». El relato que hace el Evangelio de esos mandamientos se encuentra en Lucas 24:46-49, y los menciona aquí, destacándolos, porque todo el libro de Hechos, en cierto sentido, será la historia de cómo se pusieron en práctica esas órdenes.

Por lo tanto, dado que los versículos 1-2 resumen la vida de Cristo y su ministerio hasta el momento de la ascensión, podríamos pensar que los siguientes versículos deberían iniciar la nueva historia, lo que sucedió después de la ascensión. Pues no. En lugar de avanzar, el versículo 3 nos lleva de nuevo atrás, a los acontecimientos y actividades anteriores a la ascensión. Y cuando finalmente llegamos a la conclusión de este primer pasaje (v. 14), no habremos llegado más que hasta el último punto que se trata en el Evangelio: el regreso de los discípulos a Jerusalén inmediatamente después de la ascensión (cf. Lc. 24:52-53 con Hch. 1:12-14). Por consiguiente, lo que hace este resumen es volver sobre el período entre la resurrección y la ascensión, para destacar algunos de los elementos que habremos de tener en cuenta y debemos comprender si queremos seguir de forma inteligente el resto de la narración. Algunos de estos elementos ya habrán aparecido explicados con detalle en el Evangelio. Lucas asumirá que estamos familiarizados con ellos, e introducirá breves referencias para recordárnoslos. Habrá otros puntos que no había mencionado antes, y el hecho de que se mencionen por vez primera significa, presumiblemente, que tienen una importancia clave para la comprensión de Hechos. Tendremos que dedicarles una atención especial.

Ofrezco un esquema de la Sección Uno en las siguientes páginas 32-33.

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

El programa de Cristo para la restauración de todas las cosas (1:1-4:4)

Instrucciones para el testimonio universal (1:1-14)

Cristo, las primicias de la restauración venidera

¡Así que Jesús estaba vivo! No podemos aspirar a sentir el gozo y la admiración tan admirables que siguieron a semejante descubrimiento, pero al menos podemos dedicar nuestra atención en las muchas pruebas, convincentes, que persuadieron a los apóstoles de que era algo real.

Primero tenemos las apariciones del Señor ante ellos, que fueron intermitentes pero se repitieron a lo largo de cuarenta días. No fue un incidente aislado, sino una sucesión de ellos, hasta que aquellas manifestaciones, que al principio habían destruido casi cualquier norma, se convirtieron en algo casi habitual (1:3).

Luego vinieron las demostraciones que hizo Jesús sobre qué significa ser un ser humano resucitado. Los apóstoles, como cualquier otra persona, nunca habían visto nada similar; y cuando, por primera vez, Jesús apareció en medio de ellos en el aposento alto, pensaron que se trataba de su espíritu (lo cual es bastante lógico) (Lc. 24:36-39). Y se asustaron.

Jesús tuvo que demostrarles que no se trataba de un espíritu sin cuerpo material. Su cuerpo no seguía en el sepulcro, sino que estaba ante ellos. ¡No estaba muerto, en ningún sentido! Estaba totalmente vivo, como cualquier otro ser humano completo. No había sobrevivido a la muerte: la había derrotado. El

cuerpo que antes de morir había sido una parte integral de su personalidad humana no había quedado atrás, sino que había resucitado; no había sido sustituido, sino glorificado.

Les invitó a examinar sus manos y pies, porque llevaban impresas las huellas del Calvario (ver Jn. 20:27), y le identificaban como el Jesús físico que había sido crucificado. Pero había algo más. «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc. 24:38-40).

De esta manera, no sólo se identificaba ante ellos como el mismo Jesús al que un día conocieron: les enseñó un hecho básico sobre los seres humanos. No estaba negando que el alma y el espíritu del hombre sobreviven a su muerte. Por supuesto que es así. Pero estaba implicando que, para que los seres humanos sean ellos de verdad una vez hayan muerto, deben tener un cuerpo físico, tangible. Y no un cuerpo cualquiera, sino uno relacionado con el cuerpo que tuvieron antes, reconstruido y glorificado. Esto, y nada más que esto, es lo que Lucas quiere decir cuando usa el término «vivo», cuando dice (1:3) que Jesús se presentó vivo ante sus apóstoles.

Y tales manifestaciones no tenían como objetivo proporcionar información exótica pero irrelevante sobre el más allá. El cuerpo santo que estaba delante de ellos era tanto las primicias como el modelo de la gran restauración de todas las cosas que los apóstoles debían salir a predicar por todo el mundo, como esencia misma de su evangelio. Un día toda la creación será restaurada. Un día todo creyente tendrá un cuerpo glorificado como el del Señor. Pero el poderoso proceso de la restauración divina del universo había dado comienzo en el Hombre Jesucristo. Los apóstoles debían salir y predicar aquella restauración, no como una mera teoría, sino como una certeza, de la cual habían visto el primer resultado con sus propios ojos, algo que habían tocado con sus propias manos.

Y luego el Señor demostró otra cosa. Su cuerpo resucitado no era sólo físico: podía interactuar, si lo deseaba, con nuestro mundo físico, y lo que es más, con el mundo físico en su estado

MOVIMIENTO 1: EL PROGRAMA PARA LA RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS (1:1-4:4).

I. DE LA RESURRECCIÓN A LA ASCENSIÓN (1:1-14)

Cristo da instrucciones a sus apóstoles para que den testimonio universal de él

1. La demostración, que duró cuarenta días, mediante «pruebas indubitables», de que Jesús, tras sus padecimientos, está vivo (1:3)
2. Les dio instrucciones (1:2), órdenes (1:4); «y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra» (1:8)
3. «... recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...» (1:8)
4. «Todos estos perseveraban unánimes en oración...» (1:14)

II. DE LA ASCENSIÓN A PENTECOSTÉS (1:15-26)

Se llena el vacío en el testimonio apostólico producido por la ausencia de Judas

«Judas... tenía parte en este ministerio [apostolado]. Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acédalma, que quiere decir, Campo de sangre» (1:16-19)

«Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión» (1:24-25)

«... uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección» (1:22)

MOVIMIENTO 2: LA OPOSICIÓN AL PROGRAMA (4:5-6:7)

V. LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DEL SANEDRÍN (4:5-31)

Para explicar el milagro de la sanación, y para evitar que se dejara de predicar en el nombre de Jesús

1. La sanación de un paralítico de por vida, de unos cuarenta años, constituye una innegable evidencia de que Dios ha resucitado a Jesús de los muertos (4:9-10, 14, 22)
2. «... señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria a todos los que moran en Jerusalén.» Sin embargo, para que no se divulgue más entre el pueblo... les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús» (4:16-18)
3. «... el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios» (4:31)
4. «...Y ellos... alzaron unánimes la voz a Dios» (4:24)

VI. UNA MIRADA A LA COMUNIDAD CRISTIANA (4:32-5:16)

El juicio de dos miembros deshonestos fortalece el testimonio de la comunidad.

«... y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía... porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y los ponían a los pies de los apóstoles... José... levita... como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles» (4:32-37)

Ananías y Safira vendieron un terreno, fingieron entregar todo el dinero a los apóstoles y en cambio se quedaron una parte. Por mentir al Espíritu Santo, ambos cayeron muertos. «...¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?» «Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas» (5:1-11)

«Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús» (4:33)

III. EL MILAGRO DE LA GLOSOLALIA (2:1-47)

Pedro explica la importancia del milagro: como resultado se convierten unas 3.000 personas

1. La resurrección de Jesús de la tumba: «...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.» «Me hiciste conocer los caminos de la vida...» (2:24-28)
2. «Arrepentíos... y recibiréis el don del Espíritu Santo» (2:38)
3. «... exaltado por la diestra de Dios... a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (2:33-36)
4. «Al oír esto, se compungieron de corazón... Pedro les dijo: Arrepentíos... Sed salvos de esta perversa generación» (2:37-40)
5. «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles...»(2:42)

IV. EL MILAGRO DE LA SANACIÓN (3:1-4:4)

Pedro explica el poder que hay detrás del milagro: el número de convertidos sube a 5.000 hombres

1. Llevan cada día a un parálítico a la puerta del templo, para que pida limosna (3:2-3)
2. Los apóstoles, que no pueden ayudarlo económicamente, le conceden el don superior de ser completamente sano, en el nombre de Jesús (3:4-10)
3. «... los sacerdotes... les echaron mano [a Pedro y Juan], y los pusieron en la cárcel...» (4:1-3)

VII. LA SEGUNDA INVESTIGACIÓN DEL CONCILIO (5:17-42)

Para que los apóstoles explicaran por qué habían desafiado la prohibición de predicar en el nombre de Jesús

1. La milagrosa liberación de los apóstoles de la cárcel: «Mas un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo: Id... y anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida» (5:19-20)
2. «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (5:32)
3. «El Dios de nuestros padres levantó a Jesús... A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador» (5:30-31)
4. «Ellos, oyendo esto, se enfurecían y querían matarlos... Entonces... Gamaliel [dijo]:... Apartaos de estos hombres, y dejadlos» (5:33-35)
5. «... no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (5:42)

VIII. OTRA MIRADA A LA COMUNIDAD CRISTIANA (6:1-7)

Se arregla otro problema, sin que los apóstoles se aparten del ministerio de la palabra

1. Ciertas viudas quedaban desatendidas en la distribución diaria de ayudas (6:1)
2. Los apóstoles comentan que, si bien el ministerio de la ayuda social es importante, ellos deben limitarse al ministerio de la palabra (6:2-4). Se nombra a siete encargados de ocuparse de esa distribución cotidiana (6:3-6)
3. «... también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe» (6:7)

actual y no meramente con el mundo como será; el mundo no tenía que estar total y finalmente transformando antes de que el Señor lo visitara e interactuara con él. Les pidió de comer. Le dieron un poco de pescado hervido y vieron cómo se lo comía.* Fue una visión que permaneció fija en sus memorias, dominando lo que ellos pensaban cada vez que hablaban de la resurrección de Cristo. Escuchemos a Pedro un año después, más o menos, hablando a Cornelio y garantizándole la realidad de la resurrección de Cristo: «Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo» (10:39), a lo que añade: «nosotros que, comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos» (10:40-41).

Las constantes demostraciones enseñaron a los apóstoles que el cuerpo de Jesús no era como el que tenía antes, en diversos aspectos. Había sido transformado, y ya pertenecía a un mundo más allá, a un nuevo orden. Podía visitar nuestro mundo, entrar en él instantáneamente, en cualquier lugar, tomar parte en sus asuntos y desaparecer tan inmediatamente como había aparecido. Era lo que el apóstol Pablo describiría más tarde como un cuerpo «espiritual» (1 Co. 15:44).**

Sería inútil conjeturar cómo funciona y está formado un cuerpo semejante, del mismo modo que no sería científico afirmar que la «ciencia» declara que esto es algo imposible.

* Comparemos la referencia a la comida que hizo Cristo con los apóstoles cuando les daba instrucciones, en Lucas 24:41-43, y el resumen en Hechos 1:4, donde parece que la lectura original era *sunalizomenos*, con espíritu suave sobre la a, y no *sunalizomenos*, voz pasiva de *sunálizo* («ser traído junto a», es decir, «reunirse con»), ni tampoco *sunaulizomenos* («permanecer con»).

** Algunos han dicho que, al describir el cuerpo resucitado de Cristo como cuerpo espiritual, Pablo contradice la afirmación del evangelio de que se trataba de un cuerpo físico y material. Pero este argumento es falso, y se basa en una mala interpretación de lo que quiere decir Pablo con el término «espiritual». Para un debate más completo, véase David Wenham (eds.), *Gospel Perspectives*, vol. 1 (Sheffield: JSOT Press, 1980), pp. 47-74.

La verdadera ciencia intenta comprender y describir las cosas normales. La historia es la encargada de decirnos si alguna vez ha sucedido algo anormal que la ciencia no ha podido explicar todavía. La ciencia no es omnisciente (no puede explicar todo lo que puede observar), y por tanto no puede negar de antemano esa posibilidad. Si la historia ha ofrecido poderosas evidencias de que en la resurrección de Cristo el poder redentor y re-creador de Dios ha desmoronado las regularidades de nuestro mundo caído, la verdadera ciencia adaptará su punto de vista para permitir semejante posibilidad.

Pero volvamos al resumen. Las reiteradas idas y venidas de Cristo establecen dos puntos básicos para el evangelio cristiano. Primero, su partida no implica un proceso irreversible: podía regresar y de hecho lo hizo. Y segundo, cuando volvió, lo hizo con el mismo cuerpo físico. Por consiguiente, cuando, en la ascensión, los ángeles dijeron a los apóstoles: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (1:11), ellos ya están preparados para aceptar la idea de que su segunda venida implicará también el regreso físico, corporal del Señor. Y cuando predicaron, como consecuencia de ello, la segunda venida de Cristo como elemento esencial del evangelio (p.ej., 3:20), no es que intentaran describir lo indescriptible, usando una terminología apocalíptica que hay que desmitificar antes de que el hombre moderno pueda comprenderla. Estaban anunciando en términos bien claros que Cristo regresaría a nuestro mundo de una forma tan literal como lo había hecho durante aquellos cuarenta días. Lo haría con un esplendor inimaginablemente grande, ya no de forma privada, sino de un modo que el mundo entero percibirá (Ap. 1:7), con la misma realidad física, corporal.

Y luego tenemos otra prueba que convenció a los apóstoles de que la resurrección de su Señor era real. No sólo se les apareció durante ese período de cuarenta días: también les habló del reino de Dios (1:3). Hasta el día de su muerte, ninguno de ellos olvidaría las conversaciones que corrigieron

sus puntos de vista equivocados sobre ese tema, unas ideas erróneas que casi destruyeron su fe cuando vieron a Jesús crucificado:

El aspecto concreto del reino de Dios que antes les había interesado no era, por supuesto, el del gobierno providencial del mundo a cargo de Dios. Siempre habían creído en el reino de Dios en ese sentido, y daban por hecho su existencia ininterrumpida y su operación incesante. Ellos creían que, aunque se tratara de un reino invisible, podía intervenir de repente y destruir a un faraón malvado por aquí o castigar a un orgulloso Nabuconodosor por allá. El problema era que el reino de Dios, en ese sentido, seguía permitiendo que el mundo estuviera lleno de maldad sin castigo.

No, lo que les interesaba era la venida del reino de Dios en el sentido del advenimiento del Mesías, que establecería su reino mesiánico en este mundo. Habían oído las antiguas profecías contenidas en el Antiguo Testamento, y las interpretaban diciendo que una vez aquel Mesías recibiera el reino, no se limitaría a destruir a un faraón desagradable o a un Nabuconodosor más bien fatuo. *Toda* la maldad desaparecería; todos los gobiernos serían derrocados o destruidos, y el Mesías en persona establecería visiblemente su reino por todo el mundo (Dn. 7). Con esta firme esperanza en sus mentes, habían creído que Jesús de Nazaret era el Mesías y, por tanto, como es lógico, estaban interesados sobre todo en las fechas en que el Mesías establecería ese reino. ¿Cuándo iba a suceder?

Mientras nuestro Señor se acercaba a Jerusalén por última vez, estaban convencidos de que el reino de Dios, en el sentido mesiánico, estaba a punto de inaugurarse (Lc. 19:11-27). Él les dijo que no sería así, pero ellos no quisieron escucharle. Él les dijo que primero debía «partir» «a un país lejano», al cielo, y que sólo cuando regresara recompensaría a sus siervos por su fidelidad durante ese intervalo, procediendo luego a humillar a todos sus enemigos y fundar su reino. Pero sus palabras cayeron en oídos sordos, con el resultado de que, cuando le vieron crucificado, su fe casi se desvaneció (Lc. 24:18-21).

Nunca olvidarían cómo, cuándo y quién restauró su fe. No fue el sentir que, por medio de la fe en Dios, el espíritu del hombre puede volver a levantarse después de cualquier desastre, por devastador que sea. Tampoco fue por oír la noticia de que Jesús había resucitado (Lc. 24:1-11). Fue al encontrarse con el Señor resucitado y escucharle, en persona, desgranar todos los pasajes del Antiguo Testamento exponiendo cuál sería el orden de los acontecimientos para el establecimiento del reino mesiánico: primero, el Mesías tenía que padecer, y después, y sólo después, entrar en su gloria (Lc. 24:26).

Ahora el sufrimiento ya había pasado. El Señor estaba vivo otra vez. Pronto le verían ascender a aquel lejano país. ¿Cuál sería el siguiente paso en el programa divino para la restauración de todas las cosas? El les dijo que su bautismo en el Espíritu Santo. Pero, ¿eso qué quería decir?

Las primicias del Espíritu

Con la llegada del Espíritu Santo el día de Pentecostés, sucedió algo que jamás había ocurrido en toda la historia humana. Ciertamente, como más tarde comprenderían los cristianos (1 Co. 12:12-13), entró en el mundo una entidad que jamás había existido antes en todo el universo: el cuerpo de Cristo.

Por su parte, Hechos nos ayuda a comprender la tremenda importancia de este acontecimiento. Primero, al registrar el anuncio que hizo nuestro Señor de su llegada, y sus estrictas normas respecto a que los apóstoles no abandonaran Jerusalén hasta que hubiera tenido lugar.

Segundo, al incluir la descripción que Cristo hizo sobre qué era lo que debían esperar. Les dijo que «esperasen la promesa del Padre, la cual... oísteis de mí» (1:4). Si sólo hubiera dicho «la promesa del Padre», podría estar refiriéndose simplemente a los pasajes del Antiguo Testamento en los que Dios prometió derramara su Santo Espíritu (p.ej., Jl. 2:28-29; cfr. Hch. 2:16-

18). Pero la frase añadida, «la cual... oísteis de mí» apunta a las enseñanzas sobre el tema que el Señor les había dado antes, y en especial la noche antes de ir al Calvario, tal y como registra Juan.*

Ahora bien, en el discurso del aposento alto que recoge Juan, Cristo había hablado cuatro veces de la «venida» del Espíritu Santo (Jn. 15:26; 16:7-8, dos veces; 16:13), incluso diciendo en uno de los casos que debía partir él mismo para que pudiera descender el Espíritu Santo (16:7). Ahora, levantado de entre los muertos, y a punto de «partir», recordaba a sus apóstoles la promesa de que la «llegada» del Espíritu Santo estaba cerca.

Pero, ¿en qué sentido era una «llegada»? El Espíritu Santo llevaba mucho tiempo activo en el mundo, fortaleciendo a los grandes santos y guerreros de Dios. ¿Cómo podía decir Cristo que no «vendría» si él no se iba primero? ¿Qué tenía esa «venida» que fuera esencialmente diferente, que careciera de precedentes?

Una analogía nos ayudará a clarificarlo. Cuando el Señor nació en Belén, esa no fue la primera vez que la Segunda Persona de la Trinidad había visitado este mundo. Las muchas teofanías de la historia del Antiguo Testamento fueron apariciones del Hijo de Dios pre-encarnado.** Pero existía una enorme diferencia de categoría entre las muchas «venidas» de las teofanías pre-encarnadas y la llegada única a Belén del Verbo irreversiblemente hecho carne. De forma parecida, también habría una diferencia de grado entre las muchas venidas del Espíritu Santo sobre las personas del Antiguo Testamento y su venida el Día de Pentecostés, para residir permanentemente en el cuerpo de Cristo. Estaba a punto de despuntar una era nueva y distintiva de la obra de Dios en la tierra.

* Algunos han pensado que Lucas no podía estar refiriéndose a unas enseñanzas recogidas por Juan, sino sólo a las que estaban incluidas en su propio Evangelio, como por ejemplo en Lc. 11:13. Pero Lucas no se inventa

Es comprensible que así fuera. La encarnación había sido un suceso sin precedentes en los anales de la creación. El Calvario fue también un hito. La tierra jamás había sido testigo del Creador clavado en una cruz. La resurrección posterior fue algo totalmente nuevo en toda la historia de la raza humana, desde Adán. Y la eternidad del cielo jamás había experimentado lo que supondría la ascensión del Hombre Jesucristo a la misma presencia de Dios. Es comprensible, por tanto, que lo que esto posibilitó fue algo que antes había sido muy normal, pero se trataba de un suceso sin paralelos, algo imposible, la venida del Espíritu Santo para residir para siempre en el creyente individual (1 Co. 6:19) y en la iglesia (1 Co. 3:16-17).

En tercer lugar, Cristo subrayó aún más la novedad de la era venidera al enfatizar la distinción exclusiva de la obra que la inauguraría. «Porque Juan ciertamente bautizó con agua», les recordó, «mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (1:5).

Como recordamos, Juan había revolucionado a toda la nación cuando hizo su primera aparición pública. Su voz había roto el silencio de siglos desde que Israel reconociera al último profeta que había hablado. Juan fue «la voz que clamaba en el desierto» prometida, que anunciaba la llegada del Mesías, prometido desde hacía tanto tiempo; él era su mensajero (Is. 40:3; Lc. 3:1-6).

Juan, según el Señor, fue el más grande entre los hombres (Lc. 7:28). Aun así, según la confesión del propio Juan, entre

la referencia que hace el Señor a sus enseñanzas, registrando solamente que hizo esa referencia. En aquellos momentos, ni siquiera estaba escrito el propio Evangelio de Lucas. Y no podemos suponer que el Señor resucitado se limitara a referirse a aquella porción de su enseñanza que un día escribiría Lucas en su Evangelio. Además, cf. los dos elementos incluidos en su instrucción de esperar («la promesa del Padre» y «la cual... oísteis de mí») con Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7, 13-15.

** Ver, por ejemplo, Gn. 32:24-30; Jue. 13:15-23; Éx. 14:19 y 1 Co. 10:4.

él y Jesús había una diferencia inconmensurable. Juan podía señalar al Cordero de Dios, pero Jesús lo era. Juan podía apuntar al inminente sacrificio por el pecado del mundo, pero Jesús lo ofreció. Juan podía predicar sobre el perdón, pero Jesús tenía la autoridad de garantizarlo. Juan podía exigir el arrepentimiento y bautizar al pueblo con agua, como señal de ello. Sin embargo, tal y como admitió él mismo (Lc. 3:16), no podía bautizar en el Espíritu Santo a los pecadores arrepentidos y perdonados, uniendo así a los hombres con Dios. Pero el Señor Jesús podía hacerlo y lo haría. Y cuando lo hizo en Pentecostés, haría lo que ningún otro hombre, por santo y puro que fuera, había hecho desde que el mundo fue creado. En Pentecostés daría comienzo una nueva era: la obra redentora de Dios seguiría su curso, entrando en un nuevo plano.

Finalmente, Cristo señaló cuál era la naturaleza de esa era inminente, informándoles que serían bautizados en el Espíritu Santo al cabo de pocos días, haciéndoles esperar hasta el día de Pentecostés. Esto demuestra, como mínimo, que la elección del día de Pentecostés para la venida del Espíritu fue deliberada. Pero, ¿qué sentido tenía esta elección?

Una posible respuesta es la publicidad que recibiría aquel día. El día de Pentecostés era uno de los festivales religiosos más importantes del año. Si el propósito divino era el de anunciar la venida del Espíritu Santo por medio del milagro de la glosolalia, ¿qué mejor momento para realizar el milagro que aquel cuando Jerusalén estaría repleta de extranjeros que hablaban y reconocerían los distintos idiomas?

Pero la publicidad no fue el único motivo. Tomemos la analogía de otro famoso festival judío, la Pascua. Su celebración anual era un recordatorio de la liberación original de Israel cuando salió de Egipto, un suceso histórico que había sido válido, efectivo e importante por propio derecho. Por tanto, la Pascua no era obviamente una profecía, que debía cumplirse del modo en que se cumplen las profecías. Pero la historia demostraría que fue un esbozo de cosas mayores. Justo antes de padecer, el Señor Jesús indicó que por medio de su muerte,

se «cumpliría» la Pascua (Lc. 22:15-16); y la mente espiritual llegaría a comprender que la muerte de Jesús en la época de la Pascua no fue un accidente. Tuvo lugar según la disposición divina, que había ordenado desde antes de la fundación del mundo que Cristo fuera sacrificado como nuestra Pascua (1 Co. 5:7), para liberarnos de una esclavitud más amarga que la que había impuesto Faraón.

Originariamente, Pentecostés era uno de los dos festivales agrícolas, que celebraba el principio de la primera cosecha anual. Antes de que el trigo estuviera totalmente maduro, listo para recogerlo, se cortaba una espiga y se ofrecía a Dios como las primicias (Lv. 23:9-11). Cincuenta días después (es decir, el día de Pentecostés) se ofrecían a Dios dos panes elaborados con la harina de la primera cosecha, la del grano recién cosechado (Lv. 23:15-17). El momento de la cosecha, en cualquier economía primitiva, siempre constituye una ocasión muy alegre. En Israel, el gozo era tanto natural como sagrado. Ellos creían que Dios les había dado Canaán como herencia; la cosecha suponía recoger las bendiciones producidas por la herencia divina. Cuando el año ya estaba más avanzado, llegarían otras cosechas, de uvas y otros frutos, algo que celebrarían en otros festivales. Pero no había nada parecido al gozo de aquellos primeros dos festivales, cuando la penosa escasez del invierno daba paso al glorioso sabor de las primicias de la primera cosecha del año.

Israel había celebrado estos festivales agrícolas durante siglos. Pero el año que Jesús resucitó de la tumba hubo más cosas que celebrar. Su resurrección fue el final del invierno más espantoso, y su cuerpo glorificado las primicias de una cosecha más vasta (1 Co. 15:23).

Cincuenta días después, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió como las primicias de una nueva herencia, el preludeo y la garantía de la restauración final de la creación (Ro. 8:18-23; 2 Co. 5:1-5; Ef. 1:13-14). Su frescor y gozo siguen presentes en el relato de Lucas.

El momento de la restauración plena

La siguiente vez que el Señor se apareció a los apóstoles, tenían una pregunta para él (1:6): «Señor», le dijeron, «¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» Y podríamos pensar que se trataba de una pregunta muy sensata. El Antiguo Testamento prometía que Dios haría muchas cosas por medio del Mesías cuando viniera, y el Señor Jesús ya había hecho algunas. Era algo extraordinario, puesto que había padecido la muerte y había resucitado. Ahora les anunciaba que al cabo de pocos días el Espíritu Santo se derramaría sobre ellos. Pero la restauración completa de la que hablaba el Antiguo Testamento incluía otras muchas cosas. Por ejemplo, aquel famoso pasaje de Joel, que pronto citaría Pedro en Pentecostés, siguió a la promesa de que el Espíritu Santo sería derramado (Jl. 2:28-32), mediante el anuncio de la llegada del grande y terrible día del Señor, cuando Dios «restauraría las fortunas de Judá y Jerusalén», visitaría las naciones gentiles con un juicio apocalíptico, quebrantaría su dominio sobre Israel y restauraría a Jerusalén como el centro de la presencia divina (Jl. 3: 1-21).

Esto, naturalmente, suscitaba la pregunta: ¿Cuándo pasarían esas cosas? Según la comprensión judía del Antiguo Testamento, el Mesías sólo vendría una vez. Si ahora se iba a pedir a los cristianos que creyeran en dos venidas de un mismo Mesías, obviamente era importante que los apóstoles supieran qué partes del programa prometido se iban a cumplir y cuándo. Después de todo, eran los que tendrían que salir y predicar ese programa. Y lo mismo sucede con nosotros, claro está. Si hemos de creer en dos venidas del Señor (la primera y la segunda), y predicar sobre ellas, hemos de conocer claramente qué aspectos de la gran restauración se cumplieron en la primera venida, cuáles sólo se cumplirán cuando regrese, y cuáles podemos esperar que se cumplan en el ínterin. Tener las ideas poco claras sobre este asunto nos llevaría a confusión en nuestras esperanzas y predicaciones. De hecho, entre los pri-

meros cristianos se produjeron algunas confusiones de este tipo, ya que algunos llegaron a pensar que el grande y resplandeciente día del Señor que profetizó Joel ya se había cumplido antes de la segunda venida de Cristo (2 Ts. 2:1-12).

Por tanto, podemos estar agradecidos a los apóstoles por formular aquella pregunta. Sin embargo, hay algunos sectores que los han criticado mucho por hacerlo, y hasta hoy día se sigue discutiendo el significado tanto de su pregunta como de la respuesta del Señor. Por consiguiente, comencemos centrándonos en la parte significativa del relato de Lucas:

«Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hch. 1:6-8).

Por supuesto, los críticos de los apóstoles suavizan sus comentarios con excusas condescendientes: dicen que el Espíritu Santo aún no había descendido sobre ellos para enseñarles. Sin embargo, dicen, los apóstoles introdujeron un desafortunado anticlímax en la conversación. El Señor les había estado hablando sobre la venida del Espíritu Santo, que concedería a su pueblo una comprensión auténtica y espiritual de las promesas del Antiguo Testamento que había hecho el Padre (1:4), y la reacción de los apóstoles fue saltar con una pregunta basada en una interpretación terriblemente literal de esas promesas. El Señor estaba a punto de inaugurar la nueva era del Espíritu, cuando los testigos llenos del mismo establecerían el reino espiritual de Cristo por todo el mundo, trayendo bendición a todas las naciones (1:8), y no solamente a Israel. Y a los apóstoles lo único que les interesaba era la esperanza carnal, de mente estrecha, nacionalista, de si Israel recibiría un reino material, político.

Según esta interpretación, dicen que la pregunta iba mal encaminada, pero que nuestro Señor, en su gracia, les corrigió. Primero rechazó sus presuposiciones: Israel, como nación, jamás volvería a constituir un reino. Luego, rápida y abruptamente (1:8), volvió a encauzar mejor sus pensamientos. La «restauración del reino» prometido por Dios por medio de los profetas se refería al propio reino de Cristo, presente y espiritual. Inaugurado ya por su muerte y resurrección, ahora se expandiría por todo el mundo gracias a los esfuerzos misioneros y pastorales de la iglesia de aquella época (1:8). Comenzaría con la venida del Espíritu Santo al cabo de unos días.

Pero los críticos de los apóstoles, por lo general, acaban alabándoles, o más bien lo que alaban es la llegada del Espíritu Santo, que reorientó su punto de vista. El profesor E.M. Blaiklock dice al respecto: «El cambio entre la perspectiva que les motivó a formular la pregunta del versículo (6) y la que llevó a Pedro (2:38-29) a predicar el arrepentimiento y el perdón para todos aquellos a los que llamara el Señor, es una de las mayores evidencias del milagro de Pentecostés».*

Pero esta interpretación plantea ciertos problemas. Primero, en el nivel básico de comprender el hilo del pensamiento entre el Señor y los apóstoles. Supongamos, antes que nada, que lo que Cristo quería decir después de todo es que el reino nunca le sería devuelto a Israel. Veamos entonces cómo debería haber ido la conversación:

Discípulos: Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel?

Cristo: No podéis saber el momento en que tendrá lugar esa restauración, porque el Padre ha reservado este asunto para sí mismo. Y, de cualquier modo, a Israel nunca le será devuelto el reino.

* E.M. Blaiklock, *The Acts of the Apostles*, Tyndale New Testament Commentaries (Londres: Tyndale Press, 1969), p. 50, citando a J. R. Lumby, *Cambridge Greek Testament*, 1894, p. 83.

Pero esto no tiene sentido. Si el reino nunca les sería devuelto, no habría una fecha que nadie pudiera saber, ni siquiera el Padre.

Intentémoslo de nuevo. Supongamos que lo que el Señor quería decir es: «Sí, voy a restaurar el reino a Israel, pero no en ese sentido tan estrecho que vosotros suponéis. La restauración prometida del reino a Israel, bien entendida, se refiere al establecimiento de mi reino espiritual a partir de Pentecostés». El discurso del pasaje tendría que haber sido algo así:

Discípulos: Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel?

Cristo: No os puedo decir cuándo tendrá lugar la devolución del reino a Israel, porque el Padre ha reservado para sí mismo la fecha de este acontecimiento. De hecho, la restauración del reino a Israel se refiere al establecimiento de mi reino espiritual aquí y ahora, que, por supuesto, sí puedo deciros cuándo sucederá. Será dentro de pocos días, cuando descienda el Espíritu Santo en Pentecostés.

Esto tampoco tiene sentido. Pero por importante que sea captar el modo en que se desarrolla el pasaje, hay otras cuestiones más importantes a tener en cuenta. El pasaje donde se enuncia con mayor claridad la promesa de la restauración del reino es Miqueas 4:8, cuyo contexto es uno de los textos más famosos del Antiguo Testamento. Leamos la promesa dentro de ese contexto:

«Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a las naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada

nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado. (...) En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí (...) y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion desde ahora y para siempre. Y tú (...), fortaleza de la hija de Sion, *hasta ti vendrá el señorío primero, el reino de la hija de Jerusalén*» (Mi. 4:1-8).

Por tanto, aquí tenemos muy clara la promesa del dominio restaurado. Pero, por el momento, hay otras cuestiones más grandes y urgentes que ésta.

¿Cómo hemos de entender esta hermosa promesa de que un día cesará todo conflicto, prevalecerá la justicia y el mundo conocerá la paz universal? ¿Es tan sólo la expresión poética de un ideal, que hemos de procurar pero no alcanzar nunca? ¿O se trata de una promesa específica de Dios? Y si es realista, y tiene garantías de cumplimiento, ¿qué significa exactamente? ¿Cómo hemos de interpretarla? Y, sobre todo, ¿cuándo piensa Dios ponerla en práctica?

Parece ser que hemos regresado a una parte de la pregunta que hicieron los apóstoles: «¿Restaurarás en este tiempo...?» Lo que sucede es que ahora la formulamos en un contexto alterado e intensamente práctico. Como testigos responsables del Señor Jesús, debemos conocer con toda la precisión posible qué promesas hizo el Señor que sean aplicables a esta era presente del Espíritu, y cuáles no lo son; qué resultados podemos esperar razonablemente de nuestra evangelización y acción social, y cuáles no. No podemos rebajar una esperanza que proviene de Dios, pero tampoco hemos de perseguir espejismos. Entonces, ¿cómo podemos interpretar el pasaje?

Intentemos una interpretación «espiritual»: la promesa de la devolución del dominio a la Hija de Sion (Mi. 4:8) significa el establecimiento del reino espiritual de Cristo en la iglesia el día de Pentecostés. Miqueas 4:6 anuncia que esta «restauración» tendrá lugar «en aquel día», que dentro del contexto

significa el día en el que muchas naciones habrán rechazado el conflicto armado. Obvia decir que el significado no puede ser literal: ¿qué naciones procedieron al desarme antes o después de Pentecostés? Por consiguiente, hay que entenderlo figurativamente, como algo que les empezó a suceder a los individuos, y ha seguido haciéndolo, que creyeron en el evangelio y se reconciliaron con Dios. Ellos han «dejado las armas de su rebelión contra Dios», viven en paz en la iglesia y nunca han vuelto a combatir con sus hermanos cristianos.

Por tanto, es aplicable a la iglesia, porque las naciones han seguido guerreando unas contra otras sin cesar desde Pentecostés. Y lo que es más, no se aplica a las vidas de los cristianos fuera de la iglesia. En la última guerra mundial, por ejemplo, miles de auténticos creyentes, que eran miembros de las fuerzas aliadas o del Eje, lucharon y se mataron unos a otros, tal y como lo han hecho millones durante los siglos en situaciones parecidas, y siguen haciéndolo.

En esta visión, Miqueas 4:1-8, a pesar de sus grandes promesas, nos hace tener poca esperanza para nuestro mundo, destruido por las guerras. ¿Y qué es lo que reserva aun para la iglesia? ¿Es que no han habido guerras religiosas dentro de la cristiandad?

No hace falta que sigamos. Si esta interpretación «espiritual» es todo lo que ofrecen las promesas de Miqueas, a muchos de nosotros nos quedarán pocas fuerzas para seguir creyendo en cualquier otra promesa bíblica, y menos aún para predicar este programa como una esperanza realista para el mundo.

Pero intentemos desarrollar otra interpretación más sofisticada, más matizada. Una vez más, la promesa de la restauración del dominio se refiere a la fundación del reino espiritual de Cristo por medio de la iglesia, en Pentecostés. El establecimiento del templo/la casa del Señor como dominadora de las montañas (Mi. 4:1) vuelve a referirse a la iglesia y a la posición de influencia dominante que ha ido ejerciendo sobre el mundo desde Pentecostés. Dios ofreció la imagen de los versículos 2-5 como profecía de que las naciones, como tales, vendrían cada

vez con mayor agrado a escuchar las enseñanzas de la iglesia, y que esto, a su vez, conduciría a que las naciones abandonaran cada vez más la lucha armada. Por consiguiente, este era también el punto de vista sobre el futuro que proyectó el Señor cuando informó a sus apóstoles sobre la misión universal que tendrían.

Pero si esto es lo que en realidad quería decir Dios por medio de Miqueas, tendremos que preguntarnos: ¿cómo se ha cumplido esta promesa? Y si realmente es eso lo que Jesús instruyó a sus apóstoles que debían esperar, ¿qué nos queda sino desesperación? A través de todos los siglos, desde Pentecostés, no ha habido ninguna ocasión en que la predicación del evangelio y el establecimiento del reino espiritual de Cristo llevara a una nación al desarme, y mucho menos a nivel universal. De hecho, las así llamadas naciones cristianas han sido líderes en la producción de armas cada vez más mortíferas, e incluso ahora, cuando gracias al cielo los bloques políticos han empezado a reducir sus armamentos, no lo han hecho como respuesta al evangelio de Cristo, ni porque las naciones se hayan interesado con mayor rigor en aprender y obedecer la ley divina. Hasta ahora, la esperanza de que la promesa de Miqueas se cumpliría por medio de la predicación del evangelio, ha resultado ser una evidente ilusión. Sólo se podría salvar si devaluáramos drásticamente el valor de Miqueas como profeta.

Esto no significa que, como cristianos, debemos ser cínicos. Aplaudimos debidamente que las Naciones Unidas hayan adoptado la profecía de Miqueas como su ideal. Aplaudimos, respaldamos y oramos por cualquier esfuerzo sincero para restaurar la paz; y reconocemos con genuina gratitud a Dios el progreso que se ha hecho, y que se sigue haciendo, en dirección a la paz y el desarme en diversas regiones del mundo.

Pero no nos engañemos. La historia ha demostrado que la paz mundial viene a ser como la roca de Sísifo. Cada vez que se ha acercado a la cima, se ha escurrido entre las manos cansadas, volviendo a rodar al valle. Además, la Biblia parece

advertirnos que un día alcanzaremos cierto tipo de paz y seguridad universal. Pero será una paz falsa, que precederá a la terrible tormenta del día del Señor, que se abatirá sobre un mundo que no se habrá arrepentido (1 Ts. 5:1-3).

Todo esto resulta muy deprimente, pero no tenemos por qué desesperar. Tenemos un genuino mensaje de esperanza para nuestro mundo, agotado por las guerras, para nuestras ciudades asediadas por el terrorismo, para esos países torturados por el hambre. Dios fue el que dio la promesa que leemos en Miqueas, y no cabe duda de que se cumplirá, y de tal manera que no hemos de creer en su cumplimiento simplemente por fe, frente a montañas de potentes evidencias en contra. La justicia universal, el desarme y la paz prevalecerán. Todo lo que Dios ha prometido que será restaurado lo será (Hch. 3:21), incluyendo el reino a Israel, en el sentido en que Dios lo entiende. (No estamos hablando del Estado Sionista de Israel. A Israel no se le devolverá nada ni nadie, excepto el Mesías.) Pero si queremos salvarnos de las falsas expectativas y de la consiguiente desilusión, debemos entender bien este asunto del momento preciso en que tendrá lugar tamaña restauración. Volvamos a la pregunta de los apóstoles y la respuesta del Señor.

Primero centrémonos en lo más obvio: su pregunta no fue «Señor, ¿le devolverás el reino a Israel?» Semejante pregunta hubiera producido una respuesta del tipo: «Sí, lo haré» o «No, no voy a hacerlo».

La pregunta de los apóstoles fue distinta. Daba por hecho que él iba a restaurar el reino a Israel, y lo único que preguntaban era el cuándo. La fuerza del griego es patente: «Señor, ¿es en este momento cuando restaurarás el reino a Israel?»*

* Cf. H. Alford, «The Acts of the Apostles», *The Greek New Testament*, vol. 2 (Londres: Rivingtons, 1871), *ad loc*: «El énfasis de esta pregunta está en sus términos, que tienen un prefijo para reforzarlo, *en toi chronoi toutoi*. Era evidente que el reino se devolvería a Israel en cierto sentido y en cierto momento; el propio Señor no niega esta implicación».

El Señor respondió exactamente a la pregunta que le hicieron: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad» (o «dispuso según su autoridad»). El no negó que iba a restaurar el reino a Israel, simplemente observó que no les podía decir el momento exacto, dado que el Padre había reservado para sí todo este asunto de las fechas.

Pero la respuesta del Señor levanta ciertos ecos. En su famoso discurso profético, había usado un lenguaje similar para hablar del momento de la segunda venida: «Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre» (Mt. 24:36).

Del mismo modo, en ese pasaje que vimos antes (1 Ts. 5:1-3), cuando Pablo se refiere a «los tiempos y las sazones», está hablando de la venida del día del Señor, es decir, la segunda venida de Cristo.

Debemos sospechar, pues, que la respuesta de Cristo a la pregunta de los apóstoles se refería a la restauración del reino a Israel, al momento desconocido en que se produciría la segunda venida. Y esta sospecha se confirma dos capítulos después, cuando Pedro demuestra en su sermón que así es precisamente cómo entendió él la respuesta del Señor. Su público era judío y, como él, habrían entendido que «la restauración de todas las cosas que Dios había prometido restaurar» incluiría, como dijeron los profetas, la restauración del reino a Israel. Aquí es cuando le dice a su público:

«Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario *que el cielo reciba HASTA los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo*» (3:19-21).

Lo siguiente que deberíamos observar en 1:8 es que el Señor no descarta abruptamente el interés que tienen los apóstoles en la restauración del reino a Israel, pasando deliberadamente a hablar de algo que no tenía nada que ver con ella. Tal y como indicó Pedro a su audiencia judía (3:19-26), si quieren prepararse para la segunda venida del Mesías, y para participar con todas las demás naciones en las bendiciones de la gran restauración, debían arrepentirse. El testimonio de la iglesia, universal y fortalecido por el Espíritu, está dirigido a ese mismo propósito, al de hacer que todos los pueblos, incluyendo Israel, se vuelvan al necesario arrepentimiento y a la fe en Cristo.

El marco de referencia para el testimonio universal de la iglesia

Cristo había concluido el cursillo para sus discípulos sobre su misión universal, breve pero famoso por propio derecho. Sus últimas palabras casi flotaban aún en el ambiente, y todos seguían mirándole (como miran las personas el rostro de alguien que les absorbe), cuando, de repente,

«fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (1:9-11).

En este momento recibieron la respuesta completa a la pregunta que había motivado las instrucciones del Señor: «¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» Su ascensión les respondió: «No, no en este tiempo. Ahora debe partir». Ahora el noble de la parábola se iba a aquel país lejano (Lc. 19:11-27).

Sin embargo, la ascensión no estaba completa. El Señor aún estaba en el proceso de partir (1:10), cuando dos ángeles se pusieron junto a ellos para garantizarles la certidumbre de su regreso. El noble volvería. Esto tanto completaba la respuesta a su pregunta como les proporcionaba un claro marco de referencia para su misión de testimonio. La restauración plena no sería entonces: no habría «restauración del reino» antes del momento desconocido en que Jesús volviera por segunda vez. Pero ese regreso era algo cierto: entonces tendría lugar la restauración completa. El propósito del intervalo no era el de restaurar el reino a Israel, sino el de dar testimonio universal de Cristo.

Según el relato del propio Lucas, las idas y venidas del Señor durante aquellos cuarenta días habían sido instantáneas. Sin embargo, en esta ocasión fue distinto. Eligió primero ascender de forma visible por el cielo a una cierta distancia, hasta que la nube de la gloria de Dios le envolvió (sekináh), y allí fue donde tuvo lugar la transición (mediante un mecanismo que para nosotros es tan inconcebible como invisible fue para los apóstoles) al mundo de más allá.

Esa ascensión física preliminar cumplió al menos tres propósitos. Marcó el final de las apariciones previas: ya no volvería a haber más. Supuso también una ceremonia sencilla pero sobrecogedora, expresando mediante una acción simbólica una realidad infinitamente más elevada: que, por invitación del Padre, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, era exaltado sobre todos los cielos, con la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiese. Finalmente, sirvió como modelo para la segunda venida. Los ángeles no fijaron ninguna fecha para su regreso, porque ellos saben tanto como cualquier otro: sólo lo sabe el Padre. Pero llamaron la atención sobre su forma de partir, asegurando a los apóstoles que su forma de volver sería igual: «Este mismo Jesús... así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (1:11).

Aquel Jesús que era el Verbo de Dios encarnado, en quien y a través de quien Dios entró en nuestro espacio y tiempo, no

era un Cristo engañoso, que parecía ser hombre cuando no lo era. Era tanto hombre como Dios. Su humanidad tampoco fue una fase temporal de la revelación divina, a la que acabaría superponiéndose una forma de revelación «superior». Su manera de ascender nos dice que sigue siendo el mismo Jesús ahora, cuando ya está en el tiempo y el espacio de Dios, que cuando estuvo en esta vida terrenal y, resucitado, y pidió a sus discípulos que comprobaran que realmente era él mismo. Y si en él Dios pudo penetrar en nuestro espacio y tiempo una vez, hemos de creer a los ángeles cuando dicen que volverá a hacerlo; y no sólo eso, sino que lo hará de una forma tan física y visible como lo hizo al partir. Al volverse genuinamente humano por causa de nuestra redención, la Segunda Persona de la Trinidad se convirtió en algo que nunca había sido antes, y seguirá siéndolo toda la eternidad.

Una vez concluyó la ascensión, los apóstoles regresaron al aposento alto a reunirse con María, la madre de Jesús, las otras mujeres y los hermanos de Jesús, a esperar que el Espíritu Santo les capacitara para dar testimonio del Señor. Y mientras esperaban, oraban (1:12-14).

El testimonio que debían dar (1:15-26)

Aún no hacía siete semanas que el Señor Jesús había sido ejecutado, y al cabo de unos pocos días los apóstoles tendrían que predicar abiertamente en la ciudad, para dar inicio a su testimonio. La confianza de los hombres que habían visto, tratado y hablado con el Señor resucitado, no se puede cuestionar. Pero tenían un problema.

Los términos de su misión estaban claros: tenían que dar testimonio de Cristo (1:8). En concreto, tenían que dar testimonio de su resurrección (1:22). Pero la cosa no acababa ahí. La resurrección de un hombre cualquiera ya hubiera constituido un acontecimiento sorprendente. Pero Jesucristo no era un simple hombre. La importancia de su resurrección estribaba,

en gran medida, en lo que había hecho y afirmado antes de ser crucificado. Por consiguiente, el testimonio apostólico oficial debía darlo alguien que hubiera sido un compañero constante de Jesús y sus discípulos, desde el momento en que lo bautizara Juan hasta la ascensión (1:22). Tenía que ser un apóstol el que fuera testigo directo de todo lo que Cristo había hecho, de todo lo que él representó, de todo lo que quedaba justificado en su resurrección.

Ahora bien, según el Evangelio de Lucas (Lc. 19:45-48), había una cosa que Jesús hizo con máxima publicidad durante su última y agitada semana en Jerusalén: había limpiado el templo. Esto, junto con algunas otras cosas, había precipitado su muerte (ver Mr. 11:17-18).

Era la segunda vez que Jesús limpiaba el templo.* En la primera ocasión, ya había causado bastante consternación, pero librar al templo de los abusos que se cometían en él era el tipo de cosas que se suponía que haría el Mesías, y muchos israelitas de a pie seguramente aprobaron su actuación. Pero esta segunda vez había acusado a las autoridades del templo, en presencia del pueblo, de ser ladrones descarados, bandidos que habían abusado de su sagrado oficio para hacerse ricos. Fue la gota que colmó el vaso: decidieron destruirle antes de que minara su poder sobre el pueblo, arruinando sus propios intereses.

La reacción del Señor había sido la de contar una parábola que exponía la importancia del acto que se proponían poner en práctica. Israel era la viña de Dios, y los principales sacerdotes y los líderes religiosos eran los arrendatarios nombrados por Dios, cuyo sagrado oficio era el de cultivar esa viña y producir fruto para disfrute del Dueño. Durante muchos años, los

* Para la primera, ver Jn. 2:13-22, y en especial el versículo 22; para la segunda, ver Lc. 19:45-48. C. Blomberg, *The Historical reliability of the Gospels* (Leicester: IVP, 1987), pp. 171-3, hace una lista de seis impresionantes motivos para pensar que Cristo limpió el templo en dos ocasiones, la una al principio y la otra al final de su ministerio público.

arrendatarios se habían apropiado indebidamente del producto, pero ahora, al fin, había llegado el Hijo del Dueño, al que su Padre envió para recoger sus beneficios. El pecado que los principales sacerdotes y los líderes religiosos estaban dispuestos a cometer era el de asesinar al Heredero de la viña, para quedarse no sólo con el producto sino también con la viña entera (Lc. 20:9-18).

Eso es exactamente lo que hicieron y ahora, menos de dos meses después, los apóstoles deben ir al templo, enfrentarse a esos mismos arrendatarios y a las multitudes que componían la viña, y afirmar que Jesús había resucitado de los muertos y que quedaba demostrado, por tanto, que era el heredero por derecho del amor y la lealtad del pueblo.

¡Menuda dificultad! Y no se trataba de miedo. Uno de ellos, Judas, había sido culpable del mismo pecado que los principales sacerdotes. Judas, en realidad, había ido mucho más lejos que ellos. Había sido llamado al elevado, al sagrado oficio de ser uno de los compañeros del Mesías, uno de los representantes del mismo Hijo y Heredero. Pero cuando el Hijo y heredero vino a reclamar su herencia, Judas no sólo se había pasado al bando de los arrendatarios: había abusado del conocimiento adquirido en su santo oficio, y les había conducido a donde estaba Jesús para que pudieran prenderle. También él lo había hecho por dinero, y con su miserable ganancia se compró un campo (1:16-19).

Por supuesto que los apóstoles podían (y lo hicieron) disponer que otro hombre se encargara del ministerio de Judas: no había carestía de hombres adecuados, bien preparados, que seguían siendo fieles al Señor Jesús. Pero sólo con eso no salvaban la dificultad. En toda Jerusalén conocían aquella lamentable historia, y el nombre popular con el que los lugareños conocían el campo de Judas mantenía frescos en su memoria los sangrientos detalles del fin de Judas (1:19). Podemos imaginar lo que diría el hombre de la calle (o al menos algunos de ellos): «Esa religión es cosa tuya. No me importa si proviene del gobierno o se trata de una secta fanática.

Cuando escarbas un poco, siempre encuentras lo mismo. Dinero. Mansiones. Tierras».

Los que pensaban un poco más formularían una pregunta más seria. «¿Vosotros decís que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías, Salvador y Restaurador, que vino a solventar nuestras injusticias y a denunciar a los sacerdotes por corromper su oficio? Entonces, ¿cómo es que no supo elegir a otro hombre que no fuera Judas para ser nada menos que uno de sus principales compañeros, representantes y ejecutivos? Y, si nos presionáis, incluso tesorero del grupo (Jn. 12:6). Pero si realmente era el Hijo de Dios, debería saber cómo era Judas, y no haberle elegido. Después de todo, si no sabía escoger mejor a sus propios acólitos, ¿qué esperanza tenía de restaurar el reino a Israel e introducir el reino de Dios?»

Cuando, al final, Pedro se dirigió a lo que en aquel momento ya se había convertido en una multitud de unos ciento veinte discípulos, les aseguró que la solución al problema estaba en las directrices que dio el Espíritu Santo acerca de Judas, en los Salmos 69 y 109. Pero la pregunta que nos hacemos es: ¿de dónde sacó Judas que esos salmos tenían algo que ver con Judas, o que sus detalles podían constituir una instrucción autorizada para saber cómo solventar su traición?

Lucas ya nos lo había dicho (Lc. 24:27, 44-47). Pedro lo supo no gracias a su conocimiento anterior sobre los principios rabínicos de la interpretación veterotestamentaria, ni porque el Espíritu Santo se lo transmitió en Pentecostés, sino porque se lo dijo el propio Señor Jesús. Es impensable que, al repasar la ley, los profetas* y los salmos, Cristo hubiera omitido toda referencia a David, el prototipo de rey de la línea real de Judá, cuando él mismo, como Mesías, era heredero físico y espiritual de David. Y del mismo modo, es impensable que hubiera

* El término «profetas», en el Antiguo Testamento, incluye los libros históricos (Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes), así como los profetas mayores y menores.

omitido el modo en que David llegó al trono, cuando el propósito de su repaso del Antiguo Testamento era el de establecer el patrón según el cual el Mesías debía padecer antes de entrar en su gloria (Lc. 24:25-26).

David, ungido por Dios y señalado como el salvador de Israel debido a su victoria sobre Goliat, así como en muchas otras batallas contra los filisteos, a pesar de todo ello (o quizás debido a ello) fue rechazado, perseguido y condenado a muerte por el gobierno, obligado a huir a los gentiles. Sin embargo, Dios preservó allí su vida, hasta que al fin volvió para ser reconocido rey, primero en Judá y luego en Israel. Y más adelante sucedió lo mismo: durante la rebelión de Absalón, no sólo se volvió contra David la mayor parte del pueblo, y sobre todo los jefes militares de Judá, sino que su amigo íntimo y consejero Ahitofel resultó ser un traidor, y aconsejó a Absalón la forma de acosar y destruir a David (2 S. 17:1-4), del mismo modo que Judas explicó a los principales sacerdotes cómo podían encontrar y prender a Jesús.

El Señor habría enseñado a sus apóstoles y discípulos que estas analogías entre el registro de las experiencias de David y las suyas propias no era algo accidental: eran la filigrana del diseño divino, su propósito que se desarrollaba por medio de la historia inspirada de la redención. Y también les debió enseñar cómo aquellas experiencias de David, aunque en sí mismas no eran predicciones, venían a ser prototipos que se verían cumplidos a un alto nivel, en los padecimientos del Mesías y en su justificación final; del mismo modo que la Pascua israelita, aunque tampoco era una predicción, debía cumplirse en su muerte redentora y su resurrección (Lc. 22:16). Además, les habría señalado que algunas de las experiencias descritas en los salmos de David iban más allá de lo que este rey experimentó jamás. No eran análogas a las experiencias del Mesías: eran predicciones directas de éstas; porque David era profeta, y hablaba guiado por la inspiración del Espíritu Santo (véase el comentario de P. 2:29-31). Por consiguiente, fue la enseñanza del Señor lo que llevó a Pedro a la convicción sobre el

significado final y la aplicación correcta de los salmos 69 y 109.

«Varones hermanos», empezó Pedro, cuando se levantó para tratar el tema de la traición de Judas (1:16), «era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús...» *Era necesario*. Notemos que es tiempo pasado. Pedro está pensando en todo el episodio: que tenía que haber un Judas, que debía ostentar un cargo elevado como apóstol y que caería luego en las despreciables profundidades que supusieron vender a Jesús por dinero. ¿Y por qué? Porque la Escritura decía que iba a suceder, y la Escritura, inevitablemente, debía cumplirse.

Es evidente que esto no era fatalismo. Pedro estaba manifestando lo mismo que Cristo cuando dijo: «¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» (Lc. 24:26) «Era necesario» porque Moisés y los profetas, de diversas maneras, por medio de prototipos, atisbos o predicciones explícitas, habían dicho que sería así; y la Escritura tenía que cumplirse. Judas, por su parte, hizo lo que hizo por propia voluntad. Dios no le forzó, igual que no forzó a los gobernantes de Israel a crucificar a Jesús cuando le entregaron según a su propio propósito y presciencia (2:23). Judas debía cargar con la responsabilidad de su acto. «A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado», había dicho Jesús cuando Judas podía oírle, «pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!» (Lc. 22:22; cf. Jn. 13:18-20)

Por otra parte, mirando atrás, a la estructura prototípica, a partir del acontecimiento, queda claro que éste encajó en la primera como un guante. ¡Entonces veamos las implicaciones! El hecho de que uno de los apóstoles a los que había elegido el propio Señor le hubiera traicionado no era una debilidad en el caso de los apóstoles, que destruyera la afirmación de que Jesús era el Mesías prometido por los profetas del Antiguo Testamento y presagiado en sus historias y poesías. ¡Al contrario! Fortalecía esa pretensión.

Lo mismo sucede con el campo que se había comprado con el dinero del traidor. Los apóstoles no podían esperar que los habitantes de Jerusalén se olvidaran de Judas y de su Campo de sangre, ni Pedro tenía motivos para omitir discretamente el episodio. ¡No! ¡Más bien lo anunció! ¡Que todo el mundo se enterara de por qué habían sustituido a Judas! Recordarles, de hecho, si es que corrían peligro de olvidarlo, que la parcela de tierra comprada con el dinero del traidor, donde Judas había encontrado su macabro y horrible final, se había convertido en un cementerio. No cabe duda de que la orden que dio el Espíritu Santo a través de David —«Sea su palacio asolado; en sus tiendas no haya morador» (Sal. 69:25)— se refería, al emplear el plural, a los sacerdotes y líderes de la nación que habían colaborado con Judas para destruir a Jesús; y estaba destinado que se cumpliera en aquel nivel más amplio cuando su templo de Jerusalén fue destruido y estuvo abandonado durante siglos (Mt. 23:38). Pero en el caso de Judas y su campo convertido en cementerio, ya se había cumplido (toda Jerusalén era tesigo de ello), y además con una vívida ironía y una terrible elocuencia.

Pero cometeríamos una grave injusticia con los apóstoles, y en última instancia con el Señor Jesús, si imagináramos que estos versículos que los apóstoles interpretaron como directivas del Espíritu Santo no eran más que textos sacados de su contexto, que tenía poco o nada que ver con el Mesías y la traición de Judas. Estas dos citas son, en realidad, invitaciones abiertas para retroceder y analizar el contexto original.

En el salmo 69, David está inmerso en un problema grave y prolongado, y ha estado rogando a Dios que le libre de él (hasta el momento, sin éxito, vv. 1-3). Se ha granjeado el odio de innumerables y poderosos enemigos, que están dispuestos a destruirle, aunque no tengan motivos para semejante inquina (v. 4). Sin embargo, una de las razones de este odio es, en parte, que David se ha sentido consumido de celo por la casa del Señor, con el resultado de que se ha atraído los insultos que el pueblo había dirigido antes contra el propio Dios (v. 9). Su

celo ha sido tan intenso, y sus consecuencias tan radicales, que incluso los miembros de su propia familia se han distanciado de él, convirtiéndolo en un «extraño» (v. 8).

Pero ahora llega el golpe definitivo: el propio Dios le ha herido (v. 26). Y con justicia, además: David confiesa sus pecados y su necesidad (v. 5). Pero esto ha hecho que lo aplaste una enorme ola de desprecio y vergüenza (vv. 7, 12, 20-21). Es inútil que esperara simpatía o consuelo: todo lo que consigue es hiel y vinagre (vv. 20-21). Persiguen a aquel al que el mismo Dios ha golpeado (v. 26: no «los que», como se traduce en la N.V.I. y la Reina-Valera).

De modo que ora: «No sean avergonzados por causa mía los que en ti confían, oh Señor Jehová de los ejércitos; no sean confundidos por mí los que te buscan, oh Dios de Israel» (v. 6). Parece ser que había algunos cuya fe en Dios había corrido pareja a su fe en David, y en todo lo que él había hecho y propugnado como ungido de Dios. Ahora que Dios le había abatido, para el gran y amargo deleite de sus enemigos, estos seguidores corrían el riesgo de sentirse totalmente decepcionados, perdiendo su fe en David y quizás también en Dios. Por tanto, David ruega que Dios le libre (v. 1), que le rescate y redima a causa de sus enemigos (v. 18), y que ya no oculte su rostro de él, sino que le justifique y dé a sus enemigos la retribución que se merecen (vv. 22-24), incluyendo la desolación de su casa.

Nadie, de entre los ciento veinte discípulos reunidos en el aposento alto, podría haber leído esta lamentación de David sin entender la inmediata relevancia que tenía para la situación a la que entonces se enfrentaban. Ya incluso cuando Jesús limpió el templo por primera vez algunos habían recordado aquella frase de «me consumió el celo de tu casa» (Sal. 69:9), mientras contemplaban el fuego de los ojos de Jesús y el látigo de cuerdas en su mano, ganándose la eterna hostilidad de las autoridades del templo (Jn. 2:17). Sus amigos pensaron que estaba fuera de sí (Mr. 3:21), y sus hermanos no habían creído en él (Jn. 7:5), a pesar de que ahora, reunidos con los ciento

veinte discípulos (Hch. 1:14), habían cambiado de opinión, y el pensar en este versículo y este salmo fortalecía la fe de los discípulos (Jn. 2:22).

Justo antes del Calvario, Jesús había citado el versículo 4 de este salmo para preparar a sus apóstoles para lo que se les venía encima. Había señalado que la experiencia de David, «me aborrecen sin causa», se había cumplido incontables veces en su propia vida (Jn. 15:25), y les advirtió de que podían esperar que el mundo les tratara de la misma manera cuando comenzaran a dar testimonio de él, una vez hubiera partido (Jn. 15:18-25; 16:1-4). Pero ahora, mientras reflexionaban sobre este salmo en el aposento alto, seguro que recordaron hasta que les salieran los colores qué avergonzados se habían sentido de él cuando le vieron condenado y crucificado. Seguramente revivieron aquella experiencia del desprecio que demostraron los sacerdotes hacia Cristo en el Calvario, cuando se habían burlado de aquel «reformador del templo» que tenía la pretensión de ser Hijo de Dios (Mt. 27:39-43). Seguramente temblaron al recordar la hiel y el vinagre, que en el caso de David eran metafóricos (Sal. 69:21), pero en el de Cristo fueron espantosamente reales; y luego, la aplastante consternación que les hizo estar a un paso de perder su fe no sólo en Cristo sino también en la justicia de Dios, cuando los cínicos de los sumos sacerdotes pasaban indemnes junto a la cruz, mientras Jesús tuvo que gritar que Dios le había herido y abandonado. El desprecio, el reproche, la vergüenza, el rechazo, la persecución acérrima de Aquel al que Dios abatió... los discípulos sabían perfectamente de qué hablaba el salmo 69.

Ahora es evidente que comprendían que, a diferencia de David, Jesús había sido herido no gracias a sus propias transgresiones, sino por las de ellos; había llevado el pecado de muchos y había entregado su vida como rescate por la de ellos. Ya no se sentían avergonzados de él, ya no se sentían desgraciados (Sal. 69:6). El mar embravecido no lo había ahogado, ni el pozo había cerrado sobre él su boca para siempre (Sal. 69:15).

Pero al cabo de pocos días, los apóstoles tendrían que ir a enfrentarse no sólo a las multitudes de Jerusalén, sino a las mismísimas autoridades del templo, que habían crucificado a Jesús. Por consiguiente, debían estar listos para dar testimonio. No podían presentarse en público sin haber gestionado antes la sustitución de Judas, porque eso hubiera significado que no tenían a ningún candidato cualificado y competente para ocupar ese puesto. Por tanto, se dejaron guiar por la orden del Espíritu Santo en el salmo 109:8: «tome otro su oficio». «Es necesario», dijo Pedro, usando por segunda vez el verbo *dein*, y esta vez en presente (1:22): «que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros... sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección».

Por tanto, esto es lo que diremos sobre la evidencia de que el salmo 69 presagiaba el rechazo de Cristo por parte de los gobernantes de la nación, y el destino del que le había traicionado, de modo que la traición de Judas fortaleció, en lugar de debilitar, el caso de Jesús como Mesías prometido. Examinemos ahora el otro salmo.

La cause célèbre de la historia

El relato que hace David de sus sufrimientos en el salmo 109 está impregnado del lenguaje propio del tribunal. Habla tres veces de aquellos que le han atacado y acusado como sus adversarios legales (He. *satan*: vv. 4, 20, 29). Sus oponentes le «devuelven mal por bien, y odio por amor» (v. 5). Por tanto, ruega que, cuando llegue el momento de que Dios los juzgue, ponga sobre ellos al impío, y a un enemigo a su diestra para que actúe como fiscal (vv. 6-7).*

* Cf. el uso de *satan* en la escena del tribunal que nos muestra Zacarías 3:1-5.

Este salmo prototípico nos invita, por tanto, a considerar la disputa entre Jesús de Nazaret y la estructura religiosa del judaísmo, y a hacerlo en términos de un proceso judicial. Lo cual resulta bastante razonable: es la *cause célèbre* más importante de la historia del mundo. Por supuesto que Jesús fue juzgado literalmente delante del sumo sacerdote y del concilio, condenado, sentenciado a muerte y entregado a los romanos para que le ejecutaran. Pero su resurrección volvió a abrir el caso. O más bien demostró que si el caso lo hubiera llevado el Tribunal de Apelación Superior y Definitivo, habría fallado indiscutiblemente a favor de Jesús. En palabras del salmo 109:25, había sido objeto de burla para sus acusadores y, mientras pasaban por delante de la cruz, «meneaban la cabeza» (Mr. 15:29-32). Pero Dios «había estado a su diestra», como el abogado defensor de los antiguos tribunales, había defendido su caso, había ganado aquel día y le había justificado en triunfo, resucitándoles de los muertos, dejando claro para todos que «era la mano de Jehová: Dios lo había hecho» (Sal. 109:25-31). Al cabo de unos días, el Espíritu Santo descendería a publicar el veredicto de la Corte Suprema (Jn. 16:18-11). Convencería al mundo de su pecado esencial, el de negarse a creer en el Hijo encarnado de Dios; probaría ante el mundo quién tenía la razón en aquel caso. Cristo había «subido al Padre», Dios le había justificado, es decir, había declarado y demostrado que Jesús era el que tenía la razón y que los sumos sacerdotes, sus jueces, estaban equivocados. Después de todo, Jesús era el Hijo y Heredero del Dueño de la viña.

Además, a medida que el gran Paracletos siguiera con su programa, también los apóstoles, como había prometido Cristo (Jn. 15:26-27) tendrían el inmenso honor de actuar como sus embajadores, «porque habían estado con Cristo desde el principio» (cf. Hch. 1:21-22). También Judas podía haber tenido ese honor. Eligió pasarse al otro bando, pero esa traición, al cumplir la Escritura como lo hizo, supuso una evidencia más a favor del caso del Espíritu Santo.

La gran traición

Pero no podemos cerrar el caso aquí porque, tal y como lo hemos presentado hasta ahora, aún formula una pregunta más fundamental. Concedemos que Dios previó que Judas traicionaría a Cristo, y además lo había previsto en la Escritura, de manera que cuando sucediese se viera que todo funcionaba según el plan previsto por Dios, y su omnisciencia. Pero, ¿por qué era necesario tener un traidor? Si Cristo no hubiera elegido a un traidor, no hubiera habido necesidad de que se previera su existencia. O, mirándolo desde otro ángulo, si la Escritura no hubiera indicado de antemano que uno de los apóstoles sería un traidor, no hubiera habido necesidad de que Cristo eligiera, y luego perdiera, a Judas, para que la Escritura se cumpliera (Jn. 17:12).

La respuesta parece ser que, por lo que respecta a Dios, fue dispuesto así para exponer la naturaleza esencial del pecado. Fue un tremendo escándalo que los principales sacerdotes del judaísmo, por el mismo motivo (pero por mucho menos dinero) traicionaran al Heredero del Universo.* Pero tales actos no constituyeron la expresión infrecuente, sin precedentes, excepcional, del estado del corazón. Dios ya había previsto todo este episodio reflejándolo en la historia de David, y en el registro inspirado de esa historia, de modo que cuando sucediera en el caso del Mesías no constituyera una mera repetición o coincidencia, sino algo que nace de una lacra básica y letal en la actitud que tiene el hombre hacia el mundo y hacia Dios.

El apóstol cristiano, Judas, traicionó al Hijo de Dios; los principales sacerdotes lo prendieron; Pilato, bajo presión, ordenó que lo crucificaran. Y aquella cruz, clavada en tierra, reveló lo que desde la Caída había estado latente en el corazón

* La corrupción económica dentro de la cristiandad, a través de los siglos y hasta la época actual, ha sido con toda seguridad mucho peor de la que caracterizó al judaísmo.

humano, ¡y que sigue dentro de él! El Calvario fue tan sólo el cráter del volcán, a través del cual, en un momento determinado de la historia, hizo erupción el abandono del mundo respecto a su Creador. «Estaba en el mundo, pero el mundo, aunque le debía su misma existencia, no le reconoció. Entró en su reino, y los suyos no le recibieron» (Jn. 1:10-11, Nueva Biblia Inglesa).

Ahí está la raíz de todos los problemas del mundo. El mundo, el universo, tiene un Dueño Personal; los seres humanos no somos sino arrendatarios, siervos. Pero esto es algo que a la gente no le gusta ser. Viven como si el Terrateniente no tuviera derecho a esperar su amor, obediencia, devoción y servicio. Viven como si no existiera ningún Dueño. Lo que es peor, aspiran a ser, cada uno de ellos, dueños por propio derecho. No sienten amor alguno hacia el Hijo del Dueño, a través del cual se creó el universo, el agente de la creación, el sustentador de su estabilidad actual, y su redentor y eventual restaurador (Col. 1:16-20). Por supuesto, mientras mantenga las distancias al mundo no le preocupa. Incluso es capaz de fingir cierto grado de religión. Pero en cuanto se acerca, insiste en su calidad de propietario y exige lo que se le debe, entonces es cuando empieza la resistencia. La gente se ha acostumbrado a vivir como si fueran los dueños de su propia vida. Acusan a Dios de que sus exigencias son absolutistas. Luchan por su independencia, rechazando de plano, si es necesario, al propio Hijo de Dios. Esto es lo que llamamos «mundanalidad».

Cristo ha resucitado. Un día restaurará el universo, su herencia. Pero mientras espera que el Padre le entregue «hasta lo último de la tierra», y mientras el Espíritu Santo sigue con su juicio del mundo, nos ofrece el sagrado privilegio de ser sus testigos en este litigio. Judas también pudo optar por este santo honor, pero eligió no hacerlo. Prefería el dinero, quería tener un campo.

Y allí murió, en aquella misma parcela de tierra, con una muerte espantosa. Su campo se volvió árido, y los sacerdotes, sus cómplices, lo convirtieron en cementerio. El tétrico Campo

de sangre sigue gritándonos su advertencia. Si para asegurarnos nuestros pequeños campos en este mundo rechazamos, traicionamos o vendemos al Creador y Restaurador del mundo, al propio Autor de la vida (3:15), ¿cómo no se convertirán esos terruños en la causa de nuestra muerte y de nuestra eterna desolación?

También los habitantes de Jerusalén podían meditar sobre la desolación del campo de Judas. Se nos dice que fue un acto de piadosa caridad el que los sacerdotes permitieran que en el campo de Judas fueran enterrados los extranjeros (Mt. 27:7). En el pensamiento contemporáneo, concedía a aquellos afortunados forasteros el privilegio de estar en el mismísimo punto donde comenzara la era mesiánica, donde tuvo lugar la resurrección y donde el Rey Mesías se instalara, en Jerusalén. Pero si Jesucristo no es el Hijo de Dios resucitado de los muertos, es vana la esperanza de cualquier otra resurrección (1 Co. 15:12-19); porque entonces, como nos dicen los científicos, nuestro planeta está condenado a convertirse, eventualmente, no sólo en el cementerio sino en el incinerador de toda la raza humana.

Pentecostés y el día del Señor (2:1-47)

Si es cierto que Jesucristo era el Hijo del Dueño de la viña, y además el Heredero del universo; y si en realidad fue expulsado de su propia viña y crucificado por sus propias criaturas, entonces lo que sucedió en Pentecostés expresa una misericordia que sobrepasa todo entendimiento. La historia hubiera sido más creíble si las «lenguas de fuego» que descendieron del cielo en aquella ocasión lo hubieran hecho para consumir hasta la última piedra de Jerusalén y todo lo que había en ella. Pero lo que sucedió fue que aquellas lenguas de fuego vinieron a anunciar a los asesinos de Jesús que había resucitado de los muertos y había ascendido a la diestra de Dios; para afirmar que quedaba así demostrado que el Jesús al que habían matado

era tanto Señor como Mesías y que ahora, por tanto (y esto es lo más increíble), les ofrecía el perdón, a ellos y a toda la raza, junto con el don sin precedentes de una nueva vida y una nueva relación con Dios.

Esto no quiere decir que un día no descenderá un fuego de un tipo muy distinto. Expulsar del mundo al Hijo y Heredero de Dios no ha convertido la tierra en una parcela autosuficiente, y menos aún en una fortaleza impenetrable, dentro de la cual la humanidad puede resistir cualquier invasión, o incluso interferencia, exterior. Los hombres viven como si el mundo les perteneciera, pero siguen siendo meros arrendatarios, y el Terrateniente tiene planes para revalorizar su heredad. No va a esperar eternamente, y su Hijo y Heredero volverá a adueñarse de su propiedad y restaurará la tierra, haciendo de ella lo que siempre debió ser.

Dios no mantiene el secreto de sus gloriosos proyectos. La sujeción de la naturaleza a la frustración, la corrupción y el dolor es sólo temporal: al final será liberada, y reconstruida en toda su magnificencia (Ro. 8:20-21). Pero dado que sería imposible liberar a la naturaleza de la corrupción dejándola aún en manos de hombres pecadores, rebeldes, primero tendrá que llegar lo que la Escritura define como «el día del Señor». Precedido por convulsiones cósmicas de gran magnitud, aquel día pronunciará juicios cataclísmicos sobre todos los arrendatarios recalcitrantes, que no se hayan arrepentido, destruyendo su oposición y quitándolos de la tierra.

Los profetas del Antiguo Testamento fueron los primeros que hablaron de este día del Señor, con sus convulsiones universales precedentes, pero el propio Jesús utilizó este lenguaje para describir los acontecimientos que precederán a su regreso:

«Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces

verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria» (Lc. 21:25-27).

Y también el apóstol Pablo escribió que el día del Señor coincidirá con la revelación del Señor Jesús:

«... cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Ts. 1:7-9; cf. 2:1-2).

Por otra parte, Dios ya había prometido por medio del profeta Joel que el día grande y resplandeciente del Señor vendría precedido no sólo por uno sino por dos acontecimientos con una dimensión e importancia universales; y dado que vamos a escuchar a Pedro citar a fondo esa profecía, vale más que nos preparemos leyéndola antes:

«Y después de todo esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado» (Jl. 2:28-32).

Por tanto, según Joel, habrá dos sucesos que precederán a la venida del día del Señor, ambos espectaculares, ambos con un efecto universal, pero por lo demás tan distintos entre sí que es imposible imaginar que sucedan al mismo tiempo.

El profeta dice que el segundo de estos acontecimientos adoptaría la forma de unos cataclismos espantosos, tanto cósmicos como terrenales. Joel no especifica cuánto tiempo antes del gran día sucederían estas cosas, pero es evidente que servirán de muestras premonitorias de los juicios que desatará el día del Señor.

El otro suceso que se menciona como precedente al gran día será también una alteración sobrenatural de los procesos terrenales; sin embargo, en este caso serán los espirituales, no los físicos. No un derramamiento sin precedentes de la ira de Dios, sino de su Espíritu; no una destrucción universal, sino la salvación del mundo; no un preludio a los grandes terrores del gran día del Señor, sino una muestra (las primicias) de la restauración final.*

Y este primer y glorioso acontecimiento es el que Pedro anunció a la asombrada multitud, diciéndole que se estaba cumpliendo en las calles de Jerusalén, ante sus mismos ojos. Habían matado al Hijo y Heredero, pero su muerte no había anulado la promesa del Espíritu, sino que había facilitado su cumplimiento. La promesa iba destinada a ellos y a sus hijos, y de hecho a todas aquellas personas en este mundo a las que llamaría el Señor (2:39). Y la promesa se mantenía firme.

* Una vez más, Joel no indica cuánto tiempo transcurrirá entre el momento en que Dios derrame su Espíritu sobre toda carne y las alteraciones cósmicas; en realidad, en su profecía, el segundo acontecimiento sigue al primero sin ninguna indicación de que entre ellos transcurra tiempo alguno. Por lo que respecta a Joel, ambos sucesos se mencionan juntos, uno tras otro, simplemente porque está destinado que ambos sucedan «después de estas cosas» (es decir, en los últimos tiempos), y ambos preparan el advenimiento del grande y resplandeciente día del Señor, al final del «cautiverio» de Israel y su restauración final (Jl. 3:1, 18-21). Comparemos cómo Isaías mencionaba, uno tras otro, «el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro» (Is. 61:2), sin indicar entre ellos intervalo alguno; y, sin embargo, cómo el Señor anunció que el primero se había cumplido en su época, pero el segundo no, dejando sin especificar el momento en que se cumpliría (Lc. 4:19-21).

Algunos ya habían recibido aquel don de la gracia, y ellos también podrían obtenerlo si lo deseaban, ya que era totalmente gratuito. Era nada menos que el Espíritu Santo. No simplemente uno de los dones del Espíritu, que éste reparte entre el pueblo de Dios para que le sirvan. No, se trataba del propio Espíritu Santo. «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don [notemos el singular] del Espíritu Santo» (2:38). Habían matado al Hijo de Dios, y él ahora les ofrecía su Espíritu. Habían crucificado a la segunda Persona de la Trinidad, y ahora él les ofrecía a la Tercera. Habían expulsado de la viña al Hijo de Dios, con la esperanza de heredarla ellos mismos, y ahora él les invitaba a recibir el don del Espíritu Santo no sólo en su viña, sino también en sus corazones, para tener la vida eterna, para ser la señal y la garantía de una herencia infinita e incorruptible.

Y era un don ofrecido a escala universal: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne». En los tiempos del Antiguo Testamento, el Espíritu Santo había descendido sobre ciertas personas, inspirándoles a realizar tareas difíciles y poderosas, o palabras de autoridad profética. Ahora se ofrecía el Espíritu Santo a todos, indiscriminadamente: a hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, sin distinción.

Además no había necesidad de que temieran la llegada del grande y resplandeciente día del Señor, con todas sus señales y juicios terribles. El camino de la salvación seguía siendo el mismo que Dios había indicado por medio de Joel, que seguía siendo universalmente válido: «Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo» (2:21). Lo único era que el Señor al que debían clamar era aquel mismo Jesús al que habían crucificado. Había resucitado, estaba exaltado. Dios le había hecho tanto Señor como Cristo (2:36), y el propósito básico de la venida del Espíritu Santo era el de probar que esto era así.

El testimonio del Espíritu Santo sobre Cristo

Cada uno de los detalles del día de Pentecostés revela que el objetivo primario de la venida del Espíritu Santo era el de dar testimonio del Señor Jesús. Esto es lo que se desprende del impactante clímax del sermón de Pedro: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (2:36). Pero ya aparece en el milagro que precedió y preparó el camino para su discurso. Fue el milagro de las lenguas.

El elemento dominante en el testimonio del Espíritu siempre sería la palabra hablada. Por supuesto que capacitaría a los apóstoles para que, de vez en cuando, realizaran muchas señales y maravillas, tanto para ilustrar como para respaldar lo que decían (2:43; 3:6-10; 4:29-30; 5:12-16). Pero sin la palabra que explicara su significado, nadie podría saber cuál era, o de qué daban testimonio aquellos milagros. Sin palabras, nadie podría alcanzar la fe en Jesús como Cristo, o comprender los verdaderos términos o contenido de la salvación accesible por medio de él. Por consiguiente, la palabra debía tener un papel predominante, y como aquella palabra se iba a transmitir por medio de labios humanos, la primera necesidad sería la de dotar de autenticidad al canal de transmisión.

Por tanto, el primer gran milagro de Pentecostés no consistió en un acto externo y adicional, externo para el mensaje y para sus transmisores, como el posterior milagro del hombre cojo (3:1-10). El milagro consistió en el modo en que hablaban los mensajeros. El hecho de que los discípulos pudieran hablar en unas lenguas que nunca aprendieron y que no comprendían fue esencial para la efectividad del milagro, así como el que fueran inteligibles para los componentes de la multitud, al ser las suyas propias. La propia multitud pudo hacerse cargo entonces de que estaba en presencia de un verdadero milagro, y que el mensaje que más tarde escucharían iba destinado y era aplicable a ellos, sin importar sus lugares de procedencia. Haber hablado en unas lenguas que ni los discípulos ni las

personas del gentío entendieran, y que les sonaran a balbuceos sin sentido, hubiera hecho que aquellas gentes no consideraran que se trataba de un milagro, sino un indicio de perturbaciones mentales... o cosas peores. Es natural que la primera impresión que se llevaban las personas a medida que se acercaban a la creciente multitud fuera la de un galimatías incomprensible, típico según ellos de los que se excedían bebiendo. Pero a medida que los frigios, por ejemplo, se fueran moviendo por entre la gente, escucharían a alguien hablando en un frigio correcto, inteligible; y dado que el que hablaba era un galileo que no conocía el frigio (2:7), estaba claro que se trataba de un milagro. Y lo mismo se puede aplicar a todos los pueblos allí representados.*

Ahora bien, el tema del que estaban hablando los discípulos en las diversas lenguas era el de las obras poderosas de Dios (2:11). Lo más normal, quizás, era que algunos de los que estaban entre el gentío hubieran considerado que los relatos sobre los hechos poderosos de Dios eran atribuibles al fervor religioso y a la imaginación de los oradores, y no tanto a los sobrios datos históricos. Pero ahora, precisamente el medio por el que hablaban de esos hechos poderosos era un hecho poderoso. Allí, enfrente de sus propios ojos, los procesos naturales de su mundo se veían invadido por el poder sobrenatural de Dios. ¿Qué podía significar?

* Algunos han presionado para afirmar que el 2:8 («¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en *nuestra* lengua en la que hemos nacido?») significa que los discípulos en realidad estaban hablando en su arameo natal, pero que Dios obró milagrosamente en los oídos del público, de forma que ese arameo se traducía al idioma propio de cada oyente a medida que pasaba por sus oídos y su mente. Pero el 2:4 deja claro que los discípulos habían empezado a hablar en otras lenguas, tal y como les capacitaba a hacerlo el Espíritu Santo, antes de que se reuniera la multitud. El milagro tuvo lugar a nivel de los hablantes, no de los oyentes, e iba destinado a demostrar que el Espíritu Santo había descendido sobre ellos, y no (al menos todavía) sobre los oyentes.

Pedro se levantó para explicar qué era y qué significaba, y al cabo de muy poco les estaba recordando otros hechos poderosos más recientes. Durante los tres años anteriores las leyes de la naturaleza se habían suspendido o alterado de vez en cuando, todo a lo largo de Palestina, donde Jesús de Nazaret había realizado hechos poderosos, maravillas y señales (2:22). Muchos de los lugareños habrían conocido aquellos milagros de primera mano; y aquellos otros que eran visitantes durante el festival de la Pascua en que Jesús murió ya habrían oído hablar del tema, gracias a las incesantes conversaciones y discusiones que habían tenido lugar en el templo y la ciudad antes de la crucifixión (ver, p.ej., Jn. 11:56; 12:9, 17-18). Todo el mundo había oído hablar sobre la naturaleza y la cualidad de aquellos milagros. En ninguno de ellos se había distorsionado la naturaleza de una forma grotesca, ni habían sido una simple manifestación de poder, una mera exhibición de fuegos artificiales espirituales. Cada uno de los milagros había sido una obra de misericordia, produciendo vida y paz, plenitud mental y física, liberación del temor y la esclavitud, gozo, confianza y satisfacción. la única excepción aparente fue la de la maldición de la higuera, pero no le hizo daño a nadie y supuso una sana lección espiritual. El poder que se iba introduciendo en este mundo, por medio de Jesús de Nazaret, no era un poder extraño. Sus milagros revelaban «no tan sólo a un dios, sino a Dios: aquel que está fuera de la naturaleza, no como algo ajeno, sino soberano».* El intento del gobierno para denunciar los milagros de Jesús como engaños perpetrados por los poderes satánicos era flagrantemente absurdo (Lc. 11:14-20). No sólo habían sido milagros de poder: habían sido señales de la grandeza, amor, misericordia y compasión de Dios, milagros de provisión física, rescate y sanidad que, al mismo tiempo, eran parábolas de la salvación espiritual que, como

* C.S. Lewis, «Milagros», en *Dios en el banquillo* (Londres: Collis Fount, 1979), p. 20.

Salvador del mundo, ofrecía Jesús al mundo que no podía salvarse por sus propias fuerzas humanas. Toda la vida de Jesús constituyó el epicentro de una invasión constante: nuestro mundo caído, quebrantado y pecaminoso estaba siendo invadido por el poder sobrenatural y la gracia salvadora de Dios. ¿Cabría alguna otra acción más plena de gracia con la que Dios acreditara a su Hijo cuando le envió a Israel como Mesías y Soberano por derecho?

Y sin embargo le ejecutaron. La descripción de Pedro es violenta: «a éste.. prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole» (2:23). ¿Por qué lo hicieron? Los principales sacerdotes lo hicieron por motivos de seguridad. Afirmaron que la actividad de Jesús suponía una amenaza para la estabilidad del estado. Pilato, el gobernador romano, consideró que aquella afirmación era una estupidez, y Herodes la rechazó casi riéndose (Lc. 23:1-15). La realidad es que sus enseñanzas, sus pretensiones y su actividad desafiaban la autoridad espiritual que tenían los sacerdotes sobre el pueblo, y la seguridad de sus intereses financieros invertidos en el templo.

Algunos de los fariseos lo hicieron por motivos de seguridad, pero en otro nivel. Con un celo incansable, se habían fabricado una enorme reputación de santidad. Sin embargo, Jesús manifestó que gran parte de ella era superficial, un mero sustituto de la verdadera santidad, una forma de tapar la corrupción moral; parte de ella era una crueldad inmisericorde hacia los demás, y la mayor parte una auténtica desobediencia a la palabra de Dios y una mala interpretación de su carácter (Lc. 6:6-11; 11:14-12:12; 13:10-17; 14:1-6; 20:45-47). Esto desinfló sus ilusiones de poseer una superioridad espiritual y su presunta condición aceptos ante Dios, que edificaban sobre esa falsa superioridad. Amenazaba con destruir también su respetado estatus ante el pueblo.

Por lo que respecta a éste, habían disfrutado de las comidas gratis que les proporcionaron los milagros de Jesús, y si él hubiera deseado ser su rey y les hubiera facilitado una eterna sucesión de banquetes, le hubieran respaldado. Pero no les

interesaba la importancia espiritual de esos milagros, ni descubrir quién era Jesús de verdad. El Pan de Vida encarnado, que descendió del cielo para establecer una relación eterna entre ellos y Dios, no les resultaba atractivo (Jn. 6). Tenían la opinión de que un hombre podía vivir sólo de pan y, al final, estaban convencidos de que los activistas políticos, como Barrabás, estarían más a favor de sus intereses.

Todos ellos sintieron, por sus motivos particulares, que se sentirían más seguros si expulsaban a Jesús de su mundo. De esta forma abrieron la puerta de la muerte, le hicieron pasar por ella y luego volvieron a cerrarla.

Pero Dios le levantó (2:24). No se limitó a volverle a hacer cruzar el portal: en el caso de Jesús lo abolió. El pueblo tenía que aprender que la muerte no era la barricada de seguridad que ellos pensaban. De hecho, por eso Dios había permitido que sucediera. En realidad, en cierto sentido, lo planeó así, como dice Pedro: «a éste [Jesús de Nazaret], entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios» (2:23). Por supuesto, esto no paliaba su crimen: hicieron lo que hicieron por propia voluntad, y jamás se les pasó por la cabeza que sus actos demostrarían al final que Jesús era el Hijo de Dios.

Pero entonces surge la pregunta: si Jesús era en realidad el Hijo de Dios, ¿por qué éste no intervino con algún otro milagro espectacular que le librara de pasar por la muerte, dándole así unas credenciales fuera de toda duda? La respuesta la encontramos en la secuela de esa situación. Dios había propuesto enseñar, por medio de Jesús, no sólo a Israel sino a toda la humanidad, un hecho fundamental del universo: la muerte no es una regularidad natural permanente, inalterable e irreversible. Por tanto, la muerte no es un tremendo desastre para los buenos ni una inexpugnable atalaya para los malos. Los saduceos no creían en la resurrección. Sostenían que la muerte es el fin de todas las cosas. Por consiguiente, Dios había permitido deliberadamente a los saduceos utilizar su arma más definitiva, pero les explotó en las manos. Mataron a Jesús, pero Dios le levantó de los muertos (2:24).

De forma que allí estaba, para todos los que habían rechazado el mensaje de los anteriores hechos poderosos, el hecho más formidable de todos, y su mensaje era el del evangelio. Como más tarde diría Pablo (2 Ti. 1:10), Jesucristo «quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio»; no la vida y luego la supervivencia tras la muerte, sino la vida y la ausencia de muerte. Dios le había dado a conocer los caminos de la vida, y le había hecho sentir el gozo de su presencia (2:28).

La resurrección de Jesucristo ha alterado el aspecto del universo. La muerte ya no sólo no es un proceso irreversible, es que ni siquiera es una institución permanente. Lo que es más, se la ha vuelto del revés, destruido, abolido en el caso de un hombre, Jesucristo, para que sea extensible, en ciertas circunstancias, a todo el mundo. «Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Co. 15:21-22).

El testimonio que da la Escritura sobre la resurrección y exaltación de Cristo

El poder acusador de lo que Pedro había dicho hasta este punto provenía, claro está, del Espíritu Santo, que hablaba por medio de él. Pero ahora el Espíritu guiaba a Pedro a otra fuente poderosa de autoridad, la Palabra escrita de Dios. Ambas fuentes de autoridad son necesarias para un testimonio efectivo. Además, en este momento, Pedro, al apelar a la Escritura, como buen predicador, estaba respondiendo de antemano a la objeción que se podían estar planteando algunos de sus oyentes: «¿Pero qué significa toda esta historia? ¡Es inaudito, increíble! ¿Jesús, resucitado de los muertos?»

Pedro les está diciendo: «No, no es inaudito, ni improbable siquiera. Una profecía que Dios envió por medio de David en el salmo 16 anunció, hace ya siglos, que Dios no permitiría que

el cuerpo del Mesías se corrompiera en un sepulcro, sino que lo levantaría de entre los muertos. Todo el mundo puede comprobarlo, si lo desea. Y dado que fue Dios quien inspiró aquella profecía, era imposible que la muerte pudiera retener al Mesías. Jesús, al que crucificasteis, es ese Mesías, y Dios, como lo había anunciado, le levantó de entre los muertos».

Y alguien pudo decir: «Pero... en el salmo 16 David habla de sí mismo, y expresa su confianza de que Dios no le dejará morir. ¿Cómo se te ocurre decir que David no habla de sí mismo sino del Mesías?»

«Por la obvia razón», dice Pedro, «que si David estuviera hablando de sí mismo habría demostrado que su confianza estaba mal enfocada. El murió, y su alma descendió al Hades; fue enterrado, es decir, entregó su cuerpo a la tumba. ¡Y allí le ha dejado Dios!

¡Ahí tenéis el sepulcro! Apartad la piedra de la entrada y lo comprobaréis. En cambio, la tumba de Jesús está vacía. Por tanto, David no estaba hablando de sí mismo, sino del Mesías».*

* La frase «dejar el alma en el Hades» puede describir en sí misma dos acciones distintas. Podemos decir que una tripulación amotinada abandonaría a su capitán en una isla desierta en el Pacífico si le sacaran del barco, lo depositaran en la orilla y le dejaran allí. En este caso, «no dejarás mi alma en el Hades» significaría «abandonarla en él». Pero si más adelante llegara otro barco a aquella isla, encontrara en ella al capitán pero rehusara rescatarle, y siguieran su rumbo, entonces «abandonado en la isla» no significaría dejado en ella, sino «no sacado de ella».

La expresión «no dejarás mi alma en el Seol» del salmo 16:10 sólo podía referirse a David en el primer sentido. Pero este sentido no encaja apenas en el contexto del salmo, porque en él, «dejar el alma en el Seol» implica descubrir el camino de la vida que lleva a la presencia de Dios, regocijarse porque allí, a la diestra divina, habrá «delicias para siempre». Para encajar estas expresiones con alguna experiencia de la vida de David (por ejemplo, que sobreviviera a algún peligro grave y, durante algún tiempo, pudiera volver a disfrutar de la presencia de Dios en el tabernáculo) sería reducir gravemente su significado.

«Pero, ¿es tan probable que David estuviera hablando del Mesías?»

«Por supuesto. En primer lugar, no sólo era rey: era también profeta (2:30). Y, por lo general, los profetas hablan del futuro. En segundo lugar, ¿de qué tema sería probable que hablara más un profeta sino del propio Mesías, el más ilustre de sus descendientes? Y en tercer lugar, se le había concedido una promesa, Dios le había hecho el juramento de que mantendría su línea real en el trono para siempre (Sal. 132:11). Por tanto, es lo más normal del mundo ver cómo el Espíritu de Dios inspiró a David para escribir su profecía sobre el hecho de que Dios intervendría para cumplir su promesa, rescatando al Mesías del sepulcro y otorgándole el trono real para siempre. Esto es mucho más probable, en todo caso, que el salmo inspirado de David resultara ser cierto, al final, sólo sobre sí mismo, e incluso entonces cuando lo despojáramos de las exageraciones y lo aplicáramos a alguna liberación menor que, al final, acabó en la muerte».

Por consiguiente, según Pedro, esta era la primera razón por la que la muerte no podía mantener prisionero a Jesús: el inevitable cumplimiento de la promesa de Dios, mediante la Escritura, lo hacía imposible.

Jesús de Nazaret y la estabilidad última de la vida

Pero existía otro motivo, que aparece cuando leemos todo el pasaje del salmo 16 que citó Pedro. Es posible que el propio Pedro no pretendiera ilustrar más que una idea basándose en este texto, pero no hay motivo para que nosotros nos limitemos en este sentido y no reflexionemos sobre el desarrollo del pasaje en su globalidad.

Aquí lo tenemos:

«A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se

gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre»

(Sal. 16:8-11; Hch. 2:25-28)

Lo primero que nos llama la atención en esta profecía es que no solamente habla del Mesías, sino que introduce al propio Mesías hablando. No se limita a anunciar que, tras su muerte y entierro, Dios intervendrá para librarle de la muerte. Presenta al Mesías, enfrentándose a la muerte, revelando el secreto de su relación con Dios que destruye el poder de la muerte sobre él. Completamente fiel y constante a la hora de centrar en Dios el amor de su corazón, la energía de su alma, el poder de su mente y su fuerza física, nunca, ni por un instante, dejó de centrar su visión interior en Dios, a quien obedecía constantemente, a quien dedicaba toda su devoción. Era el «Santo» de Dios, absolutamente fiel y carente de todo pecado. Veía al Señor siempre delante de él, y era consciente de que Dios «estaba a su diestra» y «no sería conmovido».* Eso le confería la estabilidad de una roca, que la oposición, la persecución e incluso la muerte inminente no podían conmover. La fe que tenía en Dios era tal, que ni siquiera los sufrimientos y el abandono del Calvario podían anularla o destruirla; era una sumisión tan perfecta a la voluntad de Dios que el propio Dios no podía evitar justificarla, levantándole de entre los muertos. Tal y como lo diría el autor de Hebreos, pasó su vida «ofreciendo ruegos (...) al que le podía librar de la muerte», y «fue oído a causa de su temor reverente» (He. 5:7). Si Dios no respondía a esa fe, dejaría de ser moral; igualmente,

* La palabra griega para «conmovido», saleuo, quiere decir «sacudido». Se usa hablando de la conmoción en los poderes celestiales (Mt. 24:29), de los cimientos de una cárcel cuando temblaron (Hechos 16:26), o de las personas cuando su mente está conmocionada (2 Ts. 2:2).

si respondía a semejante lealtad con infidelidad, si abandonaba en la muerte, la desintegración y la corrupción semejante amor perfecto y una obediencia tan grande. Por tanto, cuando Jesús inclinó el rostro en su muerte, lo hizo con una confianza inmutable en el carácter de Dios, y con la lengua llena de alabanza hacia él; y su carne se abrigaba en la calma y la esperanza cierta de que Dios abriría ante él los senderos de la vida, y le llenaría de gozo eterno en su presencia.

Y, por supuesto, Dios le resucitó demostrando así que la estabilidad última de la raza humana depende no simplemente ni en última instancia de las leyes físicas según las cuales se rige normalmente el universo, sino del carácter moral de Dios, el Creador, que es la fuente y el que, después de todo, controla todos sus procesos. Si la vida sin pecado de Jesús, quien por su perfecta devoción hacia Dios había disfrutado de una comunión constante con él, pudiera haberse visto abandonada por éste a la muerte y a la corrupción, entonces el universo carecería de estabilidad, en última instancia; no solamente la tierra física y los cielos, sino todos los seres creados inteligentes, morales y espirituales acabarían desintegrándose, desapareciendo toda esperanza de un cielo espiritual. La resurrección nos garantiza que eso nunca sucederá. Dios es justo, fiel y verdadero. El universo moral es estable.

Por tanto, era imposible que la muerte mantuviera a Jesús prisionero. Dios le levantó de los muertos. Pero si el carácter de Dios lo exigía, la historia lo confirma: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (2:32); y, en el momento en que Pedro dijo esto, ese «todos» se refería nada menos que a unas ciento veinte personas.*

* El número total de los que vieron al Cristo resucitado fue, claro está, mucho mayor: cf. 1 Co. 15:6.

La exaltación de Jesús y la demostración de su deidad

«Entonces, si Jesús ha resucitado de los muertos, ¿por qué no aparece ahora mismo ante nosotros para que le veamos y nos convenzamos?»

Podemos imaginarnos a alguien que, entre el gentío, interrumpe a Pedro para formular esta objeción. Y si ninguno lo hizo, al menos podemos permitirnos formularla nosotros.

La respuesta a esta crítica, por supuesto, la encontramos en lo que dijo Pedro a continuación. El testimonio cristiano no se limita al hecho de que Jesús de Nazaret se levantó de entre los muertos, sino que aparte de resucitar fue exaltado. Primero, lo fue física, corporalmente: ascendió a la diestra de Dios por el poder de ésta, llegando a la misma presencia divina. Y segundo, exaltado en el sentido de que Dios le hizo tanto Señor como Mesías; es decir, mediante su exaltación, Dios ha demostrado que Jesús posee estos dos atributos porque le otorgó la posición en el universo que es coherente con el hecho de que sea Señor y Mesías, una posición y un status que declaran que lo es. ¡Este es, nada menos, el hecho portentoso que el Espíritu Santo ha descendido a confirmar! «este Jesús, a quien vosotros crucificasteis», no sólo es Mesías, sino también Señor, y en el sentido más riguroso del término: es Jehová encarnado (2:36).

Y la evidencia de esta exaltación no es la de que apareciera ante la multitud (¿cómo podía demostrar eso que había sido *exaltado*?), sino la de que fuera él el responsable de derramar el Espíritu Santo que podían ver y escuchar en torno a ellos.

Y es que, en este momento, Pedro retoma la idea con la que comenzó. Primero identificó el fenómeno milagroso que estaba teniendo lugar ante sus ojos: era el advenimiento prometido del Espíritu Santo. Pero eso, necesariamente, generaba una pregunta: «¿Por qué ahora? ¿Por qué, después de tantos siglos de retraso, tiene que ser derramado el Espíritu Santo justo ahora, en esta fiesta de Pentecostés?» Y la respuesta es: «Por Jesús». Y no significa simplemente que este advenimiento siguiera a la muerte, resurrección y exaltación de Jesús, para centrar la

atención en él; se trata de que fue él quien, por medio de su exaltación, hizo posible ese derramamiento del Espíritu. Al ser el único hombre libre de pecado en toda la historia de la humanidad, él es quien ha ganado para la humanidad ese don supremo, que recibió del Padre, con la autoridad de dispensarlo a quien él desee. Esto vindica su estilo de vida, sin pecado, pero hace algo más. El Espíritu Santo no es una fuerza creada que cualquier otra criatura (superior) pueda controlar por derecho propio. El Espíritu Santo es una Persona no creada, divina. Ningún simple humano, a pesar de carecer de pecado, podría conferirlo a otros. Si Jesucristo había derramado el Espíritu Santo —y lo había hecho— toda la casa de Israel podía saber fuera de toda duda que Jesús de Nazaret no era sólo el Mesías: debía ser Dios encarnado.

Pero si esto es lo que implica la exaltación de Jesús, ¿cómo podría un judío, al que habían educado en el monoteísmo del Antiguo Testamento, llegar a comprender esta idea sin dejar de lado todo lo que había aprendido durante su vida?

Pedro, una vez más, tiene una respuesta preparada para esta pregunta: «Muy sencillo. El Antiguo Testamento ya anunciaba la exaltación del Mesías con estas palabras, que escribió David en el salmo 110:1:

«Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies».

Es evidente que David no podía estar hablando de sí mismo: David no podía ser su propio «Señor» al que Jehová dirigía la invitación: «Siéntate a mi diestra». Y Pedro repite que David no había ascendido al cielo. Debía estar refiriéndose a su Señor, el Mesías.

Pero entonces, claro está, el mismo hecho de que Dios invitara al Señor de David a sentarse a su diestra implica, como podemos entender fácilmente, que llegaría un momento en que el Mesías no estuviera sentado a la diestra de Dios, teniendo que ser elevado a semejante posición. Y sin embargo, por otra

parte, ¿qué simple criatura podía verse invitada a compartir semejante posición de igualdad con Dios? Por consiguiente, el salmo 110:1 indicaba de antemano toda esa majestuosa historia, aunque necesariamente en unos términos que resultaban misteriosos hasta que su cumplimiento revelara su significado verdadero y pleno: cómo es que Jesucristo,

«el cual siendo igual a Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:6-11).

La exaltación de Jesús y el problema del mal

Quizás, a pesar de todo, hubiera alguien entre la multitud que tuviera una objeción más importante: si Jesús era de verdad el Mesías, ¿dónde había alguna evidencia de su reino? ¿Cuándo pensaba empezar a arreglar el problema del mal? Y si no pensaba hacerlo, ¿cómo podía ser el Mesías?

La pregunta nos impacta hoy con más fuerza de lo que podía haberlo hecho con aquellos habitantes de Jerusalén. Han pasado casi dos mil años desde la exaltación de Jesús. Pero, ¿hemos visto alguna evidencia importante de que haya intentado alguna vez resolver el problema del mal? De hecho, nuestro propio siglo ha sido testigo del Holocausto, de las purgas de Stalin, de los campos de exterminio camboyanos, y de cientos de atrocidades comparables, una explosión de maldad superior quizás a la del siglo pasado. Obviamente, Jesús no ha intentado erradicar el mal. Entonces, ¿puede resultar creíble que sea Señor y Mesías?

Una vez más, el salmo tiene una respuesta. Nunca formó parte del programa divino que el Mesías empezara a erradicar el mal inmediatamente después de su ascensión. La invitación decía: «siéntate a mi diestra *hasta* que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». Iba a haber un intervalo entre su exaltación y la subyugación de sus enemigos, durante el cual estaría sentado a la diestra de Dios, esperando el momento de su segunda venida. Sólo entonces sus enemigos serían puestos por estrado de sus pies.

¡Y qué señal más grande de misericordia es que este intervalo estuviera incluido en el programa! No sólo para nosotros, por supuesto, sino en especial para los componentes de aquella multitud, que estaban escuchando a Pedro. Habían crucificado al Dios encarnado, y ahora éste había sido elevado a la posición del poder supremo sobre el universo. ¿Qué hubiera pasado de no haber existido ese intervalo y se hubiera dedicado a destruir el mal de inmediato? Como dijo Pedro, estamos en los últimos días de esta era. Las convulsiones cósmicas no tardarán en llegar, y tras ellas vendrá el gran y resplandeciente día del Señor y el amanecer de la era mesiánica futura. Pero demos gracias a Dios por este paréntesis en el que vivimos.

La evidencia última

A estas alturas, a unas tres mil personas de aquel gentío les había llegado al corazón el mensaje y, alarmados, preguntaron a los apóstoles qué podían hacer. La respuesta de Pedro para aquellos que habían ejecutado a Jesús fue el evangelio: ellos también podían obtener el don del Espíritu Santo, el que se obtiene por medio de la obediencia perfecta al Hombre al que habían crucificado. Ya no tendrían que angustiarse por las intervenciones futuras de Dios en la naturaleza, por la sangre, el fuego y el humo, a pesar de que llegarían inevitablemente. Ya no tenían por qué soportar los juicios del día del Señor. En cambio, podrían experimentar su intervención llena de gracia,

en aquellos mismos instantes, su misericordia y salvación. Debían arrepentirse de verdad, reconocer que Jesús era el Señor del que hablaba Joel, y clamar a él. El les otorgaría (a ellos y a cualquier otro, judío o gentil que clamara a él) el Espíritu Santo de la promesa y, al recibirle, tendrían, en su propia experiencia subjetiva, la evidencia última de la resurrección y exaltación de Jesús. Y así también podrían, a pesar de no merecerlo, conocer, por los méritos de otro, la estabilidad incommovible en medio de un mundo cambiante y decadente. Es la estabilidad derivada de la relación personal con Dios, formada por el Espíritu inmortal del Dios vivo, recibido en el aquí y el ahora, y destinado a no abandonarnos nunca, ni siquiera en el Hades. De este modo, también nosotros podemos decir: «El está a mi diestra; no seré conmovido».

Pero, claro está, había determinadas condiciones. Primero, necesitaban el perdón. La recepción del Espíritu Santo comporta la relación íntima y directa de una vida compartida entre la persona interesada y el Dios santo. Esta relación nunca se podrá establecer hasta que cada persona se haya enfrentado honradamente a la cuestión del pecado y la culpa, y la haya resuelto.

Por tanto, si debían recibir el perdón, antes tenían que arrepentirse, y no sólo de sus pecados en general, sino del pecado más sobresaliente: su actitud falsa y rebelde ante Jesucristo y ante el Padre que le envió. Además, debía ser un arrepentimiento genuino, que demostrara serlo. Y eso no como multitud, sino como individuos, cada uno por sí mismo; y no con palabras, sino con obras: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (2:38).

Hay dos cosas en estas condiciones que Pedro estableció que han preocupado a mucha gente. Primero, ¿por qué no menciona la necesidad de creer, que aparece en otras ocasiones? (p.ej., 10:43; 13:39; 16:31; 20:21) Seguramente la respuesta es que las personas a las que se estaba dirigiendo ya habían creído que Jesús era el auténtico Señor y Cristo. Si no

lo hubieran creído, no le hubieran preguntado qué debían hacer.

En segundo lugar, ¿cómo pudo insistir Pedro en que para obtener el perdón y el don del Espíritu Santo tenían que bautizarse primero? ¿Acaso esto no contradice el patrón que se registra en otros pasajes (p.ej., 10:44-48), según el cual las personas primero creen, reciben el perdón y el Espíritu Santo y después, y sólo después, se bautizan? Y esa orden en la que insiste Pedro, ¿no corre el riesgo de sugerir que la ceremonia del bautismo *garantiza* el perdón y el don del Espíritu Santo, en lugar de hacerlo la fe?

Encontramos la respuesta en la circunstancia específica en la que se encontraba Pedro. Muchos de los que formaban aquella multitud que tenía delante, unas semanas antes habían pedido a gritos la crucifixión de Jesús. Ahora decían que se arrepentían, pero Pedro no estaba dispuesto a aceptar su palabra, sin más. Y Dios tampoco. Como Juan el Bautista antes que él, Pedro insistió en que hicieran «pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Lc. 3:8). Habían pedido públicamente la muerte de Jesús; si ahora estaban arrepentidos de verdad, que se bautizaran, también públicamente, en el nombre de Jesús. Debían salvarse de «esta perversa generación» (2:40). No podían pretender que creyeran que se habían arrepentido del asesinato de Jesús y seguir de parte de sus asesinos. Debían renunciar a su postura y su actitud anteriores, y hacerlo tan públicamente como las habían adoptado. Si no estaban dispuestos a hacerlo, Dios no estaba dispuesto a reconocer que su arrepentimiento era genuino; y, sin arrepentimiento, no puede haber perdón.

La nueva comunidad del Mesías

Lucas nos dice que los que aceptaron el mensaje de Pedro se bautizaron. Y no sólo eso. No se limitaron a apartarse de los que aún estaban de acuerdo con la crucifixión de Jesús, sino que se unieron a la nueva comunidad que estaba tomando

forma en Jerusalén, aquellos que creían en Jesús. No podía haber una posición neutral. Si ahora uno creía que Jesús era el Mesías, tenía que ponerse de parte de los apóstoles, interesarse por sus enseñanzas, reunirse con los creyentes para partir el pan (símbolo de la muerte de Jesús por sus pecados y la unidad de los creyentes en él) y tomar parte activa en las oraciones de la comunidad.

Además, la constante realización de milagros por parte de los apóstoles no sólo les ganó el respeto del pueblo, sino que obviamente señaló aparte la comunidad de los creyentes cuando, día tras día, se reunían en el templo y con el creciente número de convertidos. Y con aquella multitud de cerca de tres mil, a los que había que alimentar, muchos de los cuales eran forasteros en Jerusalén, como nos informó este capítulo al principio, los gastos debieron dispararse, y los recursos de los creyentes locales llegarían al límite. En un gesto aparentemente espontáneo de su recién descubierto amor y lealtad, pusieron en común sus beneficios, y vendieron sus posesiones cuando fue necesario, para sufragar necesidades específicas.

Así nació en la tierra, en la ciudad de Jerusalén, la comunidad de la cual Cristo dijo que las puertas del Hades no prevalecerían contra ella (Mt. 16:18). Su señal distintiva fue su fundamento: la confesión de que Jesús, resucitado de los muertos, es Señor y Cristo.

El Autor de la Vida y la restauración de la naturaleza (3:1–4:4)

El milagro del día de Pentecostés fue seguido de muchos otros los días siguientes, pero sólo uno de ellos se describe en detalle. Fue elegido para registrarlo con mayor amplitud probablemente porque completa el mensaje transmitido en Pentecostés. El hecho milagroso de que los apóstoles hablaran en idiomas extranjeros respaldó su testimonio de que Jesús había resucitado de entre los muertos, pero el sermón de Pedro no

incluía la promesa explícita de que alguien más iba a resucitar (aunque nos invita a pensar de esta forma). La oferta que se hizo a todos los que se arrepintieran fue el perdón y el don del Espíritu Santo, ambos beneficios espirituales que se recibían de inmediato, para disfrutarlos en aquel mismo momento. Nada se nos dice sobre beneficios físicos futuros.

Sin embargo, ya está presentada esta parte de nuestro evangelio, primero mediante la restauración a la plena salud física de un hombre cojo de nacimiento y luego mediante la exposición de Pedro sobre las implicaciones que tendrían la resurrección y exaltación de Cristo sobre esperanza de la restauración de todas las cosas.

El problema de la deformidad congénita

Cuando Pedro y Juan fueron un día al templo, a la hora de la oración, se encontraron con un hombre cojo postrado a las puertas del templo. Aquel hombre había sido cojo de nacimiento, y sus amigos lo dejaban cada día ante las puertas del templo para que mendigara. Era un buen lugar para un pobre mendigo. La adoración al Creador amante y compasivo siempre ha movido a las personas, y en especial a los judíos, a mostrar amor y compasión hacia sus semejantes físicamente incapacitados, mucho más al menos, que las religiones y filosofías que han considerado que el sufrimiento es lo que recibe el que lo padece gracias a un merecido e inevitable karma.

El hombre pidió dinero a Pedro y a Juan, pero resultó que ellos no llevaban nada encima. Por supuesto que, si lo hubieran tenido, se lo hubieran dado de buena voluntad, como nosotros en circunstancias parecidas. Pero todo el dinero y el interés compasivo dado en nombre de un Creador también compasivo sólo hubieran disminuido, pero no solventado, el problema de aquel hombre cojo. El hecho de ver a una persona deforme de nacimiento ya es de por sí bastante duro, pero para aquellos que creían en un Creador amante, contemplar a semejante

persona yaciendo indefensa en las escaleras del templo del Creador, suponía plantearse una difícil pregunta. Si el Creador tiene un amor perfecto y es omnipotente, ¿por qué permite, ya de entrada, que nazca alguien con una deformidad congénita? ¿Cómo es que existen personas mental o físicamente incapacitadas que necesitan la compasión de su prójimo?

Las mentes reverentes y creyentes aceptarán la explicación bíblica de que las taras espirituales, mentales y físicas de la raza humana son consecuencia de la Caída; incluso esta es una explicación más noble y esperanzadora que la fría teoría que dice que el dolor es el resultado que hay que esperar de unas fuerzas impersonales y carentes de propósito, que actúan sin designio alguno sobre una materia ciega, y que producen por azar seres personales destinados a ser destruidos sin motivo, al final, por esas mismas fuerzas ciegas e impersonales. Pero, aun admitiendo con la mente que estas taras del hombre son resultado de la rebelión de la raza humana contra el Creador, el corazón sigue teniendo irresistibles preguntas. ¿Es que el Creador no escucha el clamor lastimero de su creación quebrantada? Y si lo escucha, ¿no piensa hacer otra cosa que pedirnos que demos amor y compasión? Y si no piensa hacerlo, ¿cómo podemos nosotros, que por el momento estamos sanos, seguir adorándole en su templo por su amor y compasión? ¿Es que los gritos y los gemidos de las personas deformes que están fuera de las puertas del templo no ahogarán nuestras alabanzas?

Aunque todos los cristianos del mundo entregaran su dinero e invirtieran su vida en la ayuda del necesitado, esa nunca sería la respuesta final a las cuestiones de este tipo. Y por lo que respecta al mundo de ahí fuera, si todo lo que el evangelio cristiano puede decir frente al dolor del mundo es que debemos actuar como el buen samaritano, y hacer lo que podamos para ayudarnos unos a otros, nuestro evangelio sólo merecería, en última instancia, no la gratitud del mundo, sino su piedad, por no decir su desprecio. El cristianismo debe tener una respuesta mejor que esa si quiere hablar con credibilidad de un Creador amante y todopoderoso. Y, por supuesto, la tiene.

Al no llevar dinero para dar al paralítico, Pedro le dio algo mucho mejor. En nombre de Jesús de Nazaret realizó un milagro, le quitó su cojera y le devolvió la plena salud física. Es evidente que el hombre estaba fuera de sí de alegría, y acompañó a los apóstoles al templo, caminando con ellos, saltando y alabando a Dios. Algo estupendo, por supuesto, pero para nosotros, que leemos la historia, sigue en pie la pregunta original, que no queda contestada del todo. En realidad, complica aún más las cosas. Si el Cristo resucitado *capacitó* a sus apóstoles para realizar milagros como este de vez en cuando, ¿por qué no les ordenó que dejaran todo lo demás y se dedicaran a librar al país de todo tipo de mal y enfermedad? Más adelante Lucas registra (5:12-16) que los apóstoles sanaron a todos los enfermos que les trajeron del área de Jerusalén. Entonces, ¿cómo es que Cristo no les dijo que se tomaran veinte años más y sanaran a todos los miembros enfermos del Imperio Romano? ¡Eso sí que hubiera hecho que el cristianismo tuviera una mención de honor en los libros de historia! Pero no hay evidencias de que los apóstoles intentaran hacer algo así.

Y entonces, como es de suponer, todos aquellos que reconocieron al cojo y vieron con sus propios ojos el tremendo milagro que había tenido lugar, se agolparon en torno a los apóstoles, buscando explicaciones.

Es posible que ver a un cojo caminando, saltando y alabando a Dios les hiciera recordar algo. Seguro que desde pequeños habían asistido a las sinagogas y habían oído leer la ley y los profetas cada sabbath (13:27). Algunos de los pasajes escritos por los profetas eran claramente líricos al hablar sobre la venida del reino mesiánico. Por ejemplo, tomemos Isaías 35:5-6:

«Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo...»

Por supuesto que los cínicos, los incrédulos, rechazaban esto como si fuera una fantasía utópica. Por otra parte, los fieles

de Israel creían en esta promesa. Los de corazón sencillo la aceptaban como algo literal, y los más sofisticados como una descripción poética. Pero todos sacaban de esta promesa una gran consuelo, una enorme esperanza, igual que lo han hecho miles de creyentes judíos y cristianos a través de siglos de padecimientos, y como siguen haciéndolo hoy día.

Pero, ¿qué era aquello? ¿Un cojo saltando? ¿Había empezado la era mesiánica? ¿Es que las profecías se cumplían delante de sus propios ojos? ¿Y además, literalmente?

La respuesta de Pedro a esta pregunta no deja lugar a dudas: No, no se trataba de que ya hubiera empezado la era mesiánica. Su exposición de Joel el día de Pentecostés había señalado cuál era su posición: estaban en los últimos días de la era presente (2:17). La era por venir, la mesiánica, aún no había amanecido. Y para solventar todas las dudas al respecto, se encargaría de decir a la multitud, antes de terminar su discurso, que la era mesiánica de restauración de todas las cosas no comenzaría hasta el regreso del Mesías (3:20-21).

El milagro que acababa de tener lugar era, como muchos de los que hizo el propio Señor, una simple señal, algo que apuntaba hacia esa era futura, una muestra anticipada de la restauración final de todas las cosas, una exhibición de los poderes de la era por venir (He. 6:5). Por tanto, constituía una garantía poderosa de que la era mesiánica llegaría algún día, pero aún fomentaba más la pregunta «¿Y por qué no ahora?» Si Pedro y Juan tenían el poder para sanar a un hombre cojo de nacimiento, ¿por qué no a todos los enfermos? ¿Cómo podía ser ético, por no decir cristiano, tener el poder de hacerlo y no emplearlo para beneficio de todos los que sufren? Dejemos que el propio Pedro lo explique.

La plenitud perfecta y el Autor de la Vida

Primero amonestó a la multitud por estar tan sorprendida ante el milagro: «Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de

esto?», y luego por pensar que Pedro y Juan habían sanado a aquel hombre por su propio poder o santidad (3:12).

Existía (y existe) la idea de que los hombres, por medio de una vida santa y unos ejercicios espirituales, pueden obtener grandes méritos según los cuales pueden realizar milagros. Esta idea ha infestado de vez en cuando algunas formas supersticiosas del judaísmo y el cristianismo. Pero nunca ha constituido una auténtica creencia. En realidad se trata de un concepto totalmente pagano. Por muchos que sean los milagros que hayan realizado cristianos o cristianas, estas personas nunca han sido más que instrumentos en manos del Señor resucitado, que los ha usado, o no, cuando y donde ha querido. Ningún cristiano auténtico ha realizado, o ha creído realizar, un milagro por medio del poder nacido de sus méritos; tampoco han realizado milagros según un poder innato, casi independiente, que les capacitara a hacerlos cuando les viniera en gana, anunciando de antemano que iban a hacer un milagro. Más bien esta es la marca de fábrica de los poderes parapsicológicos.

Y de cualquier manera, después de las predicaciones posteriores a Pentecostés, y después de todos los demás milagros, la gente no tenía motivos para sorprenderse por este nuevo milagro, o para preguntarse cuál sería su origen. Ya sabían, en lo profundo de su corazón, cuál era la fuente del milagro, y qué era lo que Pedro les iba a decir. Pero era importante, para beneficio de ellos y nuestro, que una vez más Pedro evidenciara ante el pueblo la irracionalidad y perversidad de lo que habían hecho recientemente. Cuando haya acabado de hablar, habremos vuelto a aprender por qué este mundo no es aún un paraíso, y por qué se retrasa la era mesiánica y la restauración de todas las cosas.

De modo que Pedro comienza con su explicación: «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús» (3:13). Esta no es la florida retórica propia de un mal predicador. Pedro recuerda deliberadamente al público el enorme fenómeno histórico de la mera existencia de Israel entre las demás naciones,. Comienza con

esta referencia a Abraham como fundador y cabeza de la raza hebrea, sigue mencionando a los patriarcas (3:13, 35), se refiere a las grandes profecías de Isaías sobre el Siervo del Señor, cita la larga lista de profetas (3:18, 21, 24, 25), y en concreto a Samuel (3:24) y, sobre todo, a Moisés (3:22), y al final retoma el tema de Abraham, de la simiente prometida de éste, y del Siervo del Señor (3:25-26).

¡Qué brillante sucesión de acontecimientos, la de este paseo por la historia! Ninguna otra nación ha pasado por cosas así a lo largo de su historia. Y su importancia no es exagerada. Fue el primer gran paso de la estrategia divina para reconciliar al mundo consigo mismo, y para introducir la era de la paz.

Israel fue la recién llegada entre las naciones. Su creación como nación especial, por medio del llamamiento a Abraham y el establecimiento de su simiente, fue la respuesta divina a la interpretación idólatra del universo en la que habían caído todas las naciones contemporáneas. Fue el movimiento protesta de Dios, dando testimonio a todo el mundo de que la paz mundial y el paraíso no se pueden sustentar sobre el fundamento de la deificación y adoración de la materia, ni sobre la base de las necesidades psicológicas y físicas del hombre, también deificadas, como el sexo, la avaricia, la auto-glorificación y la violencia. La idolatría es falsa. Vivir siendo idólatra es vivir una mentira. Nuestro universo es la obra de un Dios Creador y verdadero. El paraíso sólo se puede afirmar en la auténtica relación entre la humanidad y ese Creador.

Entonces llegaron Moisés y una larga lista de profetas, dando testimonio no sólo a las naciones gentiles, sino en concreto a Israel, de que la paz y el paraíso nunca se pueden basar en una religión (por píamente monoteísta que sea) amoral o inmoral, que no se interesa por la verdad, la santidad y la justicia, individual, social y política. Y las incontables revoluciones de las naciones gentiles nos han demostrado lo mismo, pues aunque se fundamentaron en principios pasablemente buenos, no han logrado solventar la pecaminosidad intrínseca del corazón humano, ni siquiera sus adeptos más comprometidos.

Dios se tomó su tiempo en relación a estos dos «movimientos protesta». Las condiciones externas del paraíso podrían producirse sólo con que Dios moviera su varita. Pero un paraíso sin hombres ni mujeres que lo habitaran sería inútil. Conseguir que la raza humana comprenda y admita que lo único que funcionará para crear el paraíso es el proyecto divino... *eso* no podía conseguirse sólo mediante las revelaciones inspiradas por Dios o sus mandamientos. La humanidad ha tenido (y aún tiene) que aprenderlo mediante la repetición rigurosa de las experiencias históricas.

Y sin embargo, desde buen principio (de hecho, tal y como señala Pedro al público (3:25), desde el momento en que Dios había establecido el pacto con Abraham), siempre hubo una segunda parte en el plan divino: su decisión de bendecir a la humanidad y restaurar su creación caída. El punto central de su pacto con Abraham fue: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra». Al principio pareció que con la frase «en tu simiente» Dios se estaba refiriendo a la nación que nacería de Abraham, y en cierto sentido es así. Pero a medida que avanzaba la historia, aquella nación se buscó todo tipo de problemas una y otra vez, a nivel moral y espiritual, tan graves que sólo el recuerdo del pacto hecho a sus padres, Abraham y los patriarcas, mantuvo viva la esperanza de que un día todas las naciones de la tierra serían benditas a través de la simiente de Abraham.

Entonces, a medida que pasaban los siglos, Dios empezó a enfocar su promesa cada vez más claramente. Moisés, que liberó a Israel de su esclavitud en Egipto, fue inspirado para prometer que Dios levantaría en Israel un profeta especial, que seguiría el modelo del propio Moisés (3:22; Dt. 18:15-20). Unos siglos después, Dios ordenó a Isaías que proclamara la promesa de que tras el fracaso de la nación como siervo de Dios (y a pesar de él), Dios levantaría al Siervo por excelencia, que no sólo redimiría a Israel sino que sería el Salvador del mundo (3:13, 26; Is. 49:1-6).

Como dice Pedro (3:21, 24), hay un tema central que de hecho estuvo presente en todos los profetas, desde Samuel en adelante, por medio de prototipos, promesas y profecías: que Dios enviaría a su Libertador, Rey, Siervo, Mesías, y que un día restauraría todo aquello que sus profetas habían prometido que restauraría. Entonces amanecería la era de la paz y el paraíso.

Pero ahora llegaba el momento de que Pedro amputara aquella horrible gangrena que infestaba el recuerdo del pueblo. El nombre de ese Siervo, les dijo, es Jesús. Dios le levantó y os lo envió (3:26), pero vosotros lo rechazasteis y matasteis (3:13-15), y Dios le ha glorificado elevándole hasta su diestra en los cielos (3:13).

Podemos imaginarnos la consternación, los sentimientos de culpabilidad, el resentimiento y las objeciones de la multitud: «¿Cómo puedes afirmarlo con tanta seguridad? ¿Qué derecho tienes para hacerlo?»

Pero tenían la evidencia delante de sus ojos. El cojo estaba en pie (¡y caminando, y saltando!) delante de ellos. «A éste no lo sanamos completamente mediante nuestro poder o nuestra santidad. Es el nombre de Jesús, y por la fe que se deriva de ese nombre y se centra en él, el que ha restaurado su cuerpo a una salud perfecta, como véis». Y tras decir esto, Pedro desarrolla su triple análisis de la culpabilidad del pueblo:

1. «... a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad» (3:13). El día de Pentecostés, Pedro había acusado al pueblo de utilizar a hombres fuera de la ley (judía), es decir, gentiles, para acabar con Jesús (2:23). Aquí el caso es ligeramente distinto. Pedro les recuerda el hecho de que, cuando entregaron al Siervo de Dios a Pilato el gentil, éste no consideró que hubiera motivos para crucificarle, no quiso hacerlo, e hizo lo que pudo para liberarlo. Pero ellos, los propios hijos del pacto, lo rechazaron; ellos, que eran miembros de la nación privilegiada por medio de la que vendrían la simiente prometida y el Siervo para bendición de los gentiles. Les dijeron al gentil que sus afirma-

ciones eran una estupidez, e insistieron en que le crucificara. Y sin él, desde aquel momento, jamás han tenido una esperanza creíble que presentar a los gentiles. De hecho, parece ser que ya han abandonado la idea de evangelizar a los gentiles.

2. «Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese a un homicida» (3:14). Pilato les había dado a elegir entre Jesús y Barrabás pensando que, dada la diferencia moral entre los caracteres de ellos dos (y por poco que les gustara Jesús), nunca escogerían a Barrabás. Pero teniendo que optar entre un Hombre santo y justo u otro que, por motivos políticos, estaba dispuesto a asesinar, se sintieron más cómodos eligiendo a Barrabás, y le escogieron. Hoy en día hay miles de personas que siguen eligiéndole. En realidad, no es extraño que los asesinos de hoy formen el gobierno de mañana, pero es evidente que este proceso no conduce a la paz y al paraíso.

3. «Y matasteis al Autor de la vida» (3:15), con lo cual demostraron la locura suicida que supone la rebelión contra Dios, y el rechazo del Salvador que había designado. Ninguna obra de caridad que pueda hacer la iglesia, ningún milagro o sanación física, podría conceder la vida eterna y el paraíso a las personas, mientras sigan rechazando al autor de la vida.

No hace falta decir que Pedro no era antisemita, del mismo modo que tampoco lo fueron los profetas que, con lágrimas, denunciaron el pecado del pueblo. Pedro era un hijo fiel de Israel, y estaba muy dispuesto a reconocer que la multitud, y ciertamente los gobernantes de los que se esperaba que actuaran mejor, obraron, en cierto sentido, por ignorancia (3:17).

Además, su voz denotaba conciliación al indicar que Dios había permitido que la ignorancia del pueblo provocara el sufrimiento y la muerte del Mesías, que los profetas habían dicho que tenía que suceder inevitablemente (3:18). Isaías había explicado por qué tenía que padecer el Siervo del Señor. Si «los muchos» debían ser justificados, entonces el Siervo debía cargar con sus iniquidades (Is. 53:11). Debía ser herido por sus transgresiones, aplastado por sus iniquidades; debía

padecer el castigo que obtuvo la paz para ellos, de forma que por medio de sus heridas fueran sanados, y tuviera lugar la reconciliación con Dios (Is. 53:5).

Dios no pensaba abrogar su pacto con Abraham. De acuerdo con ese mismo pacto, había enviado a su Siervo Jesús para que bendijera a Israel en primer lugar, antes de hacer extensiva esa bendición a los gentiles (3:25-26). Dios seguía fiel a su propósito: llegaría el día de la restauración universal, el momento que Dios había previsto y del que había hablado ya antes de la fundación del mundo (3:21), el momento en que la creación quedaría libre de su esclavitud a la corrupción y sería traída a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Ro. 8:21); llegaría el día en que ya no habría personas mental o físicamente limitadas que se postraran en las escaleras del templo de Dios, buscando caridad y compasión.

Si el pueblo lo deseaba, sus pecados podían ser borrados, podían prepararse para participar en el futuro reino mesiánico de paz y gloria. Estaba abierta la puerta al arrepentimiento y, por la misericordia de Dios, había incluido en su programa un tiempo para arrepentirse: el Mesías, ahora exaltado, no iba a dedicarse de inmediato a destruir a sus enemigos y establecer su reino (3:19-21).

Por otra parte, el Mesías vendría otra vez (3:20). Necesitaban arrepentirse. El propio Moisés había advertido que, cuando Dios levantara a un «profeta como Moisés», habría que prestarle atención. Y todo aquel que no lo hiciera, sería separado radicalmente de su pueblo (3:22-23). Dios no va a esperar eternamente para establecer el reino de paz del Mesías.

La lección para nosotros

Continuamos necesitando escuchar la exposición que hace Pedro del evangelio cristiano. El mundo que nos rodea sigue hecho trizas, y necesita la compasión y el interés de la iglesia. Y nosotros, como cristianos, debemos ofrecerlo cuando

podamos; «pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1 Jn. 3:17).

Lo que no debemos hacer es cometer el error de pensar que nuestro interés cristiano por el mundo *es* el evangelio, ni tampoco dejar que nuestra obra social crezca en exceso a costa de la predicación del evangelio.

Al mundo de hoy le apetece tantø escuchar el diagnóstico sobre su pecado y la invitación a arrepentirse y a creer en Cristo como le apetecía a aquella multitud en el templo. Si se lo permitimos, nos dará una lección de ética, incluso sobre lo que es el cristianismo. El mundo sugiere: «Si fuerais auténticos cristianos, dejaríais de lado tanta doctrina, tantos dogmas y predicaciones y tanto intentar que la gente se convierta, y en su lugar empezaríais a ayudar a los pobres y a los enfermos siguiendo el auténtico estilo de Jesús». Lo cierto es que el mundo desea la caridad de la iglesia, pero no a su Salvador. Enfrentado directamente con Cristo, «el Santo y Justo», el mundo prefiere el pecado, elige al asesino, rechaza su necesidad de salvación, y desprecia al Salvador. Quisieran tener un paraíso sin arrepentimiento, el servicio misericordioso de Dios sin su Siervo.

Pero no puede ser. Nuestra tierra no es una máquina que se haya creado a sí misma, que por casualidad funciona un poco mal, pero que nosotros, con nuestros creciente conocimientos y tecnología podemos reparar, siempre que contemos con cooperación a escala mundial y un esfuerzo sincero por parte de todos. Pero detrás de nuestro mundo, y del universo, hay un Creador y un Salvador personal. Si cogiéramos toda la ingeniería tecnológica, los servicios médicos, las ayudas sociales, la estrategia económica, la prudencia política y la educación de las masas, y las aplicáramos a los problemas del mundo, ninguna de estas cosas podría resolverlos ni producir un paraíso, mientras el mundo siga enfrentado a su Creador y rechace al Salvador al que él designó (3:20).

Así que tengamos una cosa bien clara: no habrá restauraciones del reino, ni «momentos de descanso», ni la restauración

de todas las cosas (que los profetas prometieron) hasta la segunda venida de Cristo (3:20-21). Escuchemos las afirmaciones explícitas de la Escritura, y no nos envolvamos en falsas expectativas.

Y no dejemos de predicar. El dolor del mundo es inmenso: pero su necesidad más básica y urgente es la de arrepentirse y reconciliarse con Dios (2 Co. 5:20). Asegurémonos también de que lo que predicamos sea el evangelio, y no una simple moralidad. Este es un mundo pecaminoso y rebelde, pero Dios, en Cristo, ha tomado la iniciativa, y existe una salida bien expedita hacia el perdón y la reconciliación. Y no nos avergoncemos de nuestra esperanza, sino más bien expongámosla positiva y alegremente. El mundo se burlará de ella diciendo que es una panacea imaginaria, pero no podrá ofrecernos esperanza alguna para el planeta (si no, preguntemos a los cosmólogos); y, sin tener a Dios y al Mesías, tampoco podrá presentar una esperanza última para el individuo. A una madre joven, de treinta y tres años, que padece cáncer terminal, ¿de qué le sirve la promesa de una nueva era sociopolítica futura? En Cristo tiene esperanza, una esperanza auténtica, para ella y para toda la naturaleza. El Dios que creó nuestro mundo, y nos puso sobre él, anticipó la rebelión de la humanidad, y tiene un programa de redención que responde a nuestra necesidad y cumple la labor. Y ya está bastante avanzado. Pronto el gozo de la restauración llenará el universo.

El conflicto entre formas de ver el mundo

La gente había estado escuchando a Pedro en uno de los atrios del templo. De repente llegó el oficial del templo, arrestó a Pedro y Juan y les metió en la cárcel (4:1-3). Fue un momento decisivo, porque entonces comenzó la separación entre el judaísmo oficial y el incipiente cristianismo que más tarde se convertiría en un abismo insalvable. Por consiguiente, en este momento, Lucas tiene interés en identificar a estas primeras

personas que hicieron el primer intento de erradicar el cristianismo, y sus motivos para hacerlo.

Hemos de decir que no representaban a la nación judía como un todo. El oficial del templo vino acompañado de sacerdotes y saduceos, dice Lucas (4:1), y la frase «los sacerdotes... y los saduceos» sugiere que aquellos saduceos no eran sacerdotes, sino seglares. Este tipo de saduceos laicos, lejos de ser típicos del pueblo judío, pertenecían a una élite cerrada de aristócratas que descendían de las antiguas familias patricias.

Los sacerdotes que acompañaban al jefe de la guardia es probable que fueran, como él, jefes de sacerdotes; es decir, que tenían un rango elevado dentro de la jerarquía sacerdotal, cumpliendo los altos oficios propios de su misión, y junto a los sumos sacerdotes controlaban el templo y sus servicios. No eran típicos del sacerdocio más general, que normalmente se componía de fariseos. Los sumos sacerdotes y los jefes sacerdotales formaban la aristocracia religiosa que hacía lo que podía para repartir los altos cargos clericales dentro de un estrecho círculo de familiares y amigos (4:6). Como nos dice Lucas, también ellos eran saduceos (5:17).

En la época del Nuevo Testamento, en el Sanedrín había muchos fariseos. Gamaliel (5:34), que aconsejó prudencia a la hora de tratar a los cristianos, era uno de ellos, y suponían una cortapisa importante para los saduceos. Sin embargo, la aristocracia sacerdotal saducea, respaldada por su contrapartida laica, ostentaba el poder a pesar de su escaso número.

El sumo sacerdote presidía el Sanedrín. Además, era el único mediador entre el pueblo y Dios, por ser el único que entraba en el Lugar Santísimo el día de la expiación. Actuaba como intermediario en las negociaciones de la nación con los gobernadores políticos herodianos y romanos, y bajo su mando era responsable, hasta un grado importante, del comportamiento del pueblo. Además de ello, era la suprema autoridad espiritual para los judíos que vivían en el extranjero, y el templo que él presidía era el centro de su peregrinación y el lugar donde se destinaban sus contribuciones económicas, diezmos y ofrendas.

Por consiguiente, la primera oposición al cristianismo primitivo provino del poderoso partido saduceo, y se debió a diversas razones. La primera es que los apóstoles estaban predicando directamente lo contrario a las creencias teológicas saduceas. Los apóstoles proclamaban la resurrección de los muertos (4:2), pero dentro de la religión saducea una de las creencias básicas era que no existía nada parecido a la resurrección, e incluso afirmaban que el espíritu humano tras la muerte no resucitaba (23:8).

Por si fuera poco, los saduceos eran hombres de mundo. Durante los últimos siglos, habían sido poderosamente influidos por la racionalidad y la cultura helénicas, y aquello, combinado con la satisfacción de ostentar el poder político-religioso en el mundo, les había llevado a tener un punto de vista mundano y a una comparativa laxitud en los asuntos religiosos.* Tenían riquezas (disfrutaban de los grandes porcentajes del templo), tenían poder, se codeaban con los miembros de los círculos más selectos (tanto judíos como gentiles), eran educados, cultos y sofisticados. El mundo, tal como era, ya les gustaba. No lograban ver qué era lo que funcionaba mal. Como más tarde diría Pablo, amaban este mundo presente. Era el único mundo en el que creían de verdad.

Y ahí estaban aquellos apóstoles cristianos llenando las cabezas del pueblo de profecías, escatología y la creencia de que un día llegaría un reino mesiánico, basado todo ello en la presuposición de que la resurrección era una realidad. Esto ofendía a su sentido helenístico de la racionalidad, desafiaba su estilo de vida, su forma de ver el mundo, y los derechos de los que eran titulares.

Y aún había más. Los fariseos, después de todo, creían, como los cristianos, en la resurrección y la supervivencia del

* E. Schurer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, vol. 2, revisado y editado por G. Vermes, F. Millar, M. Black (Edimburgo: T. & T. Clark, 1979), p. 412.

espíritu humano tras la muerte, y los saduceos habían aprendido a tolerarlos. Pero aquellos cristianos no sólo estaban predicando la resurrección, sino que anunciaban «en Jesús la resurrección de entre los muertos» (4:2). Las implicaciones podían ser graves para la aristocracia sacerdotal si el pueblo creía en el mensaje de los apóstoles. Jesús les había denunciado delante de las multitudes, dentro de su propio templo, acusándoles de ladrones y sacrílegos, debido al comercio que allí realizaban. Y habían sido los cabecillas de los que le crucificaron. Habían aprendido a usar su *savoir faire* político para chantajear a Pilato, y habían sido ellos quienes, con su inteligencia, habían impulsado a la multitud a elegir a Barrabás y no a Jesús (Jn. 19:14-16; Mr. 15:11). Sería peligroso que ahora el pueblo creyera que la ejecución de Jesús había sido un asesinato, que Jesús era el verdadero Mesías, que Dios le había levantado de entre los muertos y que un día regresaría. Como eran saduceos, no creían en un juicio personal futuro; para ellos era una estupidez la idea de que Jesús era el Señor y de que debían clamar a su nombre si querían escapar a los juicios del grande y resplandeciente día del Señor. Pero podía suponer un peligro si el pueblo se lo creía. Había que evitar que las masas lo creyeran (4:17; 5:28). En Jerusalén ya se había formado una considerable comunidad de conversos, unos cuantos miles, bajo el control de aquellos presuntos apóstoles. La predicación de aquella tarde daría como resultado una nueva cantidad de ellos (4:4). Ya era hora de frenarles los pies. Así que arrestaron a Pedro y a Juan delante del público, y les encarcelaron.

Incluso partiendo de este somero esbozo, vemos que los cristianos primitivos tenían una mayor afinidad con el punto de vista de los fariseos que con el de los saduceos (cf. la afirmación de Pablo, 23:6: «Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza de la resurrección de los muertos se me juzga»); y lo mismo ha sucedido con la cristiandad normativa a lo largo de los siglos. Hasta el punto de que incluso hoy en día, muchas personas dentro de la cristiandad (y un buen número fuera de ella) encontrarían muy extraña

la idea de que un hombre pudiera hacer carrera dentro del sacerdocio, el ritual y el sacrificio y creer al mismo tiempo que la muerte es el punto final, y que no hay ni resurrección ni juicio final. Preguntarían: «¿Y qué sentido tendría la religión si eso fuera así?»

Los saduceos replicarían que la meta de la religión era mantener al individuo y a la nación en buenas relaciones con Dios durante su vida en este mundo; y además, la de influir (si no controlar) la vida política, comercial, social y familiar del pueblo según la ley de Dios, expresada en los cinco primeros libros del Antiguo Testamento.

Durante las últimas décadas ha habido la tendencia dentro de algunos campos del cristianismo de volver a la interpretación saducea de la religión. Los partidarios del así llamado cristianismo secular, que tuvieron su importancia durante los años 60-70, desde el punto de vista teológico eran más saduceos que los propios saduceos. Por supuesto, las distintas versiones de la teología de la liberación se han aprestado a combatir la actitud aristocrática y saducea de algunos, que usaron el sacerdocio para hacerse ricos y no sólo engañaron al pueblo, sino también a otros sacerdotes inferiores en la escala jerárquica.* Mas en lo que respecta a la actitud que demuestra la teología de la liberación respecto a la segunda venida de Cristo y a la cuestión de cómo se introducirá la era de justicia, paz y riqueza, su forma de ver el mundo es más saducea que cristiana.

Frecuentemente, se trata más de una cuestión de énfasis que de adhesión a una escuela teológica particular. Por lo menos, en Gran Bretaña, un sermón radiofónico pocas veces afirmará la esperanza cristiana con la misma claridad y el mismo énfasis que puso Pedro en el sermón que acabamos de estudiar. Esto no quiere decir que el cristianismo no haya llegado a una comprensión más profunda de la resurrección, exaltación y

* Cf. J. Jeremias, *Jerusalem in the Time of Jesus* (Londres: SCM Press, 1969), pp. 106-108.

segunda venida de Cristo. Es más probable que se deba a que muchos cristianos notables, en lo profundo de su corazón, han vuelto a adoptar una forma saducea de ver el mundo.

MOVIMIENTO 2

La oposición al programa (4:5–6:7)

Orientándonos

Hemos llegado a un punto decisivo en el relato de Lucas; de manera que hagamos una pausa y orientémonos.

Volviendo a considerar los cuatro primeros temas de la Sección Uno (ver pp. 20-21), ahora ya podemos ver cómo están agrupados, por así decirlo, dentro del tema de la restauración de todas las cosas. Ya hemos contestado la pregunta que hablaba del momento de su cumplimiento, una cuestión importante en el Punto 1 y, también, en el 4:

Punto 1: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber *los tiempos o las sazones...*» (1:6-7).

Punto 4: «...y él envió a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas...*» (3:20-21).

A medida que avancemos, encontraremos los cuatro siguientes temas agrupados de un modo similar:

Punto 5: «... y el sumo sacerdote Anás, y *Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes; y poniéndoles en medio [a Pedro y Juan], les preguntaron...*»

Punto 8: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; *también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe*» (6:7).

Por consiguiente, la actitud que tuvieron los sacerdotes judíos frente a los primeros cristianos constituirá uno de los temas principales de estos cuatro últimos puntos. En concreto, descubriremos que los que se opusieron con tanta insistencia a los apóstoles fueron el sumo sacerdote, los sacerdotes de rango superior de su familia (distintos de los sacerdotes normales). Y es comprensible. Ellos, junto con la aristocracia laica, eran la clase dominante en el judaísmo; y la creciente influencia de los apóstoles sobre el populacho fomentaba tanto su envidia (5:17) como su temor (5:28).

En los siglos más recientes, como sucede con todas las funciones espirituales que se institucionalizan, el oficio de sumo sacerdote había quedado sujeto a una gran dosis de manipulación políticas e intrigas, y su santidad se había deteriorado grandemente. Algunas sectas «inconformistas» dentro del judaísmo repudiaban con acritud a los sumos sacerdotes de la época. Pero el sumo sacerdote seguía disfrutando de la obediencia de la gran mayoría del pueblo, en su ciudad y fuera de ella, aunque no siempre su respeto. Sin embargo, todo aquel asunto de Jesús de Nazaret, y luego la predicación de sus apóstoles, les hacía correr grave peligro de que las masas se revolucionaran.

En su Evangelio, Lucas enfatiza el hecho de que el pueblo llano estaba de parte de Jesús (Lc. 21:37-38), y que fue sólo en el último momento cuando la clase sacerdotal dirigente se las arregló para poner a la gente en contra de él. Ahora, en estos capítulos de Hechos, Lucas enfatiza la misma idea: el pueblo, incluso aquellos que no se convertirían, estuvieron al principio favorablemente dispuestos hacia los apóstoles y los cristianos. Si a los predicadores cristianos les convencían de que, después de todo, la crucifixión de Jesús había sido el asesinato del Mesías, destruirían la autoridad espiritual del sumo

sacerdote sobre el pueblo, llevando a quién sabe qué consecuencias políticas. Por elevado y poderoso que fuera el rango de los sumos sacerdotes y de la aristocracia laica, no podían ser indiferentes a lo que sucedía entre el pueblo (4:2, 17, 21; 5:17, 25-26).

Ellos se daban cuenta de que tenían que proteger y mantener su autoridad, forzando a la gente a obedecerla. Por tanto, la obediencia a la autoridad se convirtió en la piedra de toque entre los apóstoles y los tribunales: «Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios» (4:19); «Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (5:29).

Pero esta misma fraseología es la que aparece en otras conexiones, de modo que, como el repicar de una campana, reforzará la idea central. En el 5:36, los seguidores de un cabecilla, un tal Teudas, se nos dice que «le obedecían»; y en el 5:37 los adeptos a la causa de Judas el galileo también se nos describen como aquellos que «le obedecían». En un sentido más positivo, Pedro dice, en el 5:32, que Dios ha concedido el Espíritu Santo a «los que le obedecen»; y en el 6:7 leemos que muchos sacerdotes «obedecían a la fe».

Ahora bien, este conflicto de autoridad entre los apóstoles y los líderes espirituales del judaísmo oficial genera una pregunta interesante sobre la naturaleza y el punto de vista del cristianismo primitivo: ¿fue, al menos en sus comienzos, un movimiento caracterizado por su rechazo de las autoridades espirituales nombradas por el hombre? ¿Y sería esa la causa del cisma entre el judaísmo y el cristianismo? El cristianismo, ¿fue simplemente un movimiento popular y básicamente anárquico?

Lo primero que hemos de observar en esta relación es que los apóstoles, como reconoció el tribunal (4:13), eran hombres sin estudios, laicos de a pie. Que unos hombres así desobedecieran a la autoridad espiritual más importante y al Sanedrín al completo, ya constituía por sí mismo una actitud peligrosa,

que requería tener buenos nervios y mucho valor; una actitud, podríamos pensar, que ellos no adoptaban sin pensar.

Por si fuera poco, los primeros cristianos eran los que creían más firmemente en el Antiguo Testamento, y por consiguiente en la autoridad divina de las instituciones religiosas israelitas. Lo más normal es que fueran los últimos en adoptar una actitud revolucionaria o anárquica en asuntos espirituales, o en fomentar esa actitud entre el pueblo. Y hemos de precisar que en ningún episodio del Nuevo Testamento les vemos incitando al pueblo en contra del Sanedrín. Al hablar a las masas, incluso excusaron en parte a los gobernantes por haber crucificado a Cristo (3:17).

Además, el propio Cristo les había amonestado contra la anarquía espiritual: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen» (Mt. 23:2-3). Sin importar lo que pudieran pensar de los que ostentaban aquel oficio sacerdotal, el de expositores de la Escritura, el cargo debían respetarlo, así como la autoridad de las Escrituras que ellos desarrollaban.

Y lo mismo sucedía con el sacerdocio. En una ocasión Pablo, resentido por una flagrante injusticia que ordenó el líder del concilio judío delante del que lo estaban juzgando, lo denunció en los términos más radicales (23:1-5). Pero inmediatamente se disculpó al darse cuenta de que el líder en cuestión era el sumo sacerdote, y lo hizo recordando esa ordenanza escritural que disponía: «No injuriarás a los jueces» (Éx. 22:28).

Advertidos por Cristo contra la anarquía religiosa, los apóstoles sin embargo repudiaron deliberadamente las órdenes del sumo sacerdote y desafiaron al tribunal supremo de su nación, como veremos ahora. Así que, ¿qué fue lo que les hizo dar ese paso tan extremo?

La ira contra Dios: la primera investigación del concilio (4:5-31)

La autoridad y la resurrección

El concilio que interrogó a Pedro y Juan estaba compuesto de los gobernantes, ancianos y maestros de la ley. Eran expertos en interrogar e investigar, y comenzaron el proceso preguntando, como si no lo supieran, y como si hubieran cientos de posibles respuestas: «¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?» (4:7) Por supuesto que ya lo sabían; Lucas acaba de decirnos que el motivo por el que les detuvieron fue porque les molestaba que «anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos» (4:2). Pero estaban sutilmente preparando a los apóstoles para su exigencia de que dejaran de insistir en la relación necesaria entre el poder de la iglesia y su servicio en el mundo y su creencia en la resurrección física de Jesús de Nazaret de entre los muertos.

El tribunal no ponía pegas a que los apóstoles ayudaran a los enfermos e incapacitados, ni que de vez en cuando hicieran algún milagro. Y si los apóstoles se hubieran contentado con decir vagamente que habían realizado aquel milagro en nombre y por el poder de Dios, al tribunal le hubiera encantado, y hubiera retirado la demanda. Pero que los apóstoles insistieran en que existía una relación necesaria e indispensable entre el milagro y la resurrección corporal de Jesús, y la implicación de que Jesús era el Cristo, era algo que el tribunal no podía soportar. Ellos eran, por encima de cualquier otro, los responsables de su ejecución. Era impensable que aquellos hombres incultos mantuvieran, ante el sumo sacerdote y el Sanedrín, una posición que sugiriera que el sumo sacerdote era el anticristo y, por tanto, anti-Dios.

La respuesta de los apóstoles fue radical, no negociable. No es que negaran u olvidaran la historia, ni podían descartar la persona del Señor Jesús viviente y resucitado en favor de un «Dios en el que pueda creer todo el mundo». Y ni siquiera

sus obras sociales podían dissociarse del evangelio de Jesucristo:

«Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste haya sido sanado,* sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano» (4:9-10).

Es evidente que los apóstoles no creían que debiéramos contentarnos con hacer nuestras buenas obras cristianas sin comunicar a los demás las afirmaciones que hizo Cristo.

La autoridad y la Escritura

Pero, delante de aquella situación, ¿es que la posición de los apóstoles no resultaba absurda? ¿No era ridículo sugerir (y en especial que fueran dos legos quienes lo hicieran) que las autoridades religiosas y espirituales más eminentes de la nación hubieran cometido un error tan grave como el de (1) no reconocer al Mesías de Dios cuando vino, y (2) crucificarle? Más bien, era admisible que la aristocracia de los sumos sacerdotes no tenían mucho derecho a ocupar su cargo, que eran corruptos a la hora de administrar las ofrendas del templo, y que actuaban como auténticos tiranos sobre los sacerdotes sin grado. Pero, ¿era siquiera concebible que en el campo de la religión y la espiritualidad, donde después de todo eran expertos, hubieran emitido un juicio tan perverso y chocante como el que supuso rechazar y ejecutar al Mesías?

Sí, desgraciadamente sí era concebible, y el siguiente comentario de los apóstoles atajó esa objeción. Citaron un pasaje

* El término utilizado en este caso es «salvo», estableciendo así la relación entre este versículo y el 12.

de la Escritura, del Salmo 118:22, que dice: «La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo» (es decir, el enorme bloque de piedra que, en los edificios antiguos, se colocaba en una esquina y que sustentaba todo el peso del edificio, marcando su orientación). Dentro de este contexto, el salmista estaba hablando de la puerta del Señor (v. 20), del sacrificio (v. 27) y de la casa del Señor (v. 26). La imagen es la del templo, y así es como debemos interpretar las metáforas. Entonces, ¿quiénes podían ser los «edificadores» sino los encargados del templo, el sumo sacerdote, el oficial del templo y el resto de los principales sacerdotes? Y, ¿a quién sino al Mesías se podría aplicar con toda propiedad la figura de «cabeza del ángulo»? Como prototipo, el salmo-pasaje estaba diciendo que el sumo sacerdote y sus colegas un día podrían rechazar al Mesías, sin querer incluirlo en su sistema religioso; pero que, a pesar de ellos, Dios intervendría para hacer del Mesías el fundamento de la vida religiosa de la nación, la piedra angular del edificio del universo.

Y así lo aplicó Pedro: «Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo» (4:11). Era una cita sorprendentemente idónea.

La autoridad y la salvación

A estas alturas, Pedro ya había respondido, estrictamente hablando, la pregunta que le habían formulado. Recordemos que la pregunta era: «¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?» Y él acababa de responder que el cojo había sido «salvado» en el nombre de Jesús (4:9). Pero Pedro no quiso dejarlo ahí. La sanación del cojo era un ejemplo de «salvación» física (por eso algunas versiones traducen la palabra, correctamente, como «sanado» o «curado»), pero estos mismos principios eran aplicables a la salvación en el sentido más elevado del término. Si Pedro no hubiera añadido lo que dijo luego, el sumo sacerdote podía haber parado la estocada

que suponía la cita del salmo diciéndose a sí mismo, si no a los demás, que mientras no cabía duda de que Jesús era importante para los apóstoles, era un error pensar que era el único camino hacía Dios y la salvación, y que si la gente era sincera al rechazarle, aún podrían encontrar otras vías de acceso a Dios.

Pero según Pedro no era así, dado que añade: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (4:12).

En cierto sentido, Pedro denunciaba un principio que creía todo el personal del Sanedrín, o al menos profesaban creerlo: «Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros dios ajeno... Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más» (Is. 43:11-12; 45:22). Siendo estrictos monoteístas, no se avergonzaban de sostener la unicidad de Dios frente a los absurdos, inmoralidades y crueldades de los dioses que había creado la deificación pagana de la naturaleza. Aquellos dioses no podían ofrecer una salvación moral o espiritual: el pueblo seguía si ser salvo y sin tener esperanza. El judaísmo era admirado —y sigue siéndolo— por su larga lucha y su victoria espiritual contra la tentación del sincretismo; por resistir la presión para abandonar el monoteísmo bajo la acusación de que es estrecho de miras, exclusivista; y por evidenciar la mentira manifiesta de que todas las religiones son iguales y que en el fondo no existe diferencia entre Yahvé y las deidades paganas. Aparte de las enormes diferencias en moralidad y ética, y desde el punto de vista de la importancia que tiene la vida humana y el destino del hombre, las religiones paganas no salvan a nadie.

En eso el Sanedrín hubiera estado de acuerdo con los apóstoles.* La cuestión es que Pedro no estaba abogando por que

* Aunque en tiempos de Antíoco Epífanes los sumos sacerdotes y su selecto partido, y suscitando la ira del pueblo en general, habían abrazado la cultura helénica y la habían propagado sin reservas, y, junto con ella, el sincretismo religioso.

deificaran a un simple humano junto a Yahvé. Más bien, lo que Dios había anunciado por medio de Isaías lo había vuelto a reafirmar al elevar a Cristo a su diestra, demostrando que era no sólo Mesías sino también Señor: Jesús era Yahvé encarnado. Por definición, no había salvación fuera de Jesús. Rechazarle era rechazar a Dios, y hasta ese momento el sumo sacerdote, y con él todos los miembros del Sanedrín presentes en el interrogatorio, habían rechazado a Jesús.

Ahora bien, ya era bastante malo que unos simples hombres seculares les dijeran a los aristócratas, los sumos sacerdotes, que, como forjadores de la vida religiosa de la nación, habían cometido un tremendo error a la hora de juzgar espiritualmente. Pero lo que pasaba de la raya era que unos legos dijeran a los sacerdotes profesionales que se habían equivocado completamente a nivel religioso: no eran salvos, ni lo serían a menos que tomaran algunas dosis de humildad, se arrepintieran y pusieran su fe en un hombre al que habían condenado a muerte. Pero esta era la implicación simple y lógica del evangelio que predicaban. Uno puede tener el oficio religioso más elevado, potenciado por siglos de tradición, envuelto en magnas formas de liturgia y ritual, y profesar fe en el único Dios verdadero... y seguir sin ser salvo. Eso es lo que creían los apóstoles, y no tenían miedo de proclamarlo en el nombre de Cristo resucitado.

El testimonio final

Por consiguiente, es interesante que Lucas no diga aquí que el tribunal se puso furioso y consideró la posibilidad de ejecutar a los apóstoles (es lo que harían en el segundo juicio, 5:33). Por muy en desacuerdo que estuvieran con los apóstoles sobre su concepto de la salvación, había una cosa que les impresionó. No cabe duda de que, a lo largo de su vida profesional, habían entrevistado a cientos de personas, y eran muy hábiles juzgando los caracteres. Lo primero que les chocó fue la forma tan

valiente y confiada en que hablaban aquellos hombres incultos. ¿De dónde sacaban esa confianza en temas religiosos? ¿Y sus citas del Antiguo Testamento (perfectamente aplicables, además)? Había que explicar semejantes conocimientos en hombres así, y semejante explicación la conectaban con el hecho de que ellos habían estado con Jesús (4:13). El propio Jesús les había reprendido una vez en público, citando el mismo salmo (Lc. 20:17). Y lo que ahora sucedía es que, del mismo modo que lo prometió, el Espíritu Santo les iba enseñando qué decir ahora que estaban delante de los gobernantes y autoridades. Los gobernantes de Israel, tras haber rechazado el testimonio de Jesús, recibían el del Espíritu Santo. Sería el último testimonio (Lc. 12:10-12). Podían recibir el perdón por haber rechazado a Jesús, pero no lo habría si rechazaban conscientemente el último testigo de Dios, el Espíritu Santo.

Sin embargo, a estas alturas se sentían confiados, sabiendo que disponían de suficientes reservas de autoridad «espiritual» y de estatus para mantener a raya a los apóstoles. Después de todo, eran simples laicos. Es evidente que los sacerdotes no podían negar el milagro, porque toda Jerusalén se había enterado; ni tampoco podían decir que el milagro en sí era malo (4:14-16). Pero tenían la impresión de que lo único que debían hacer era dejar caer sobre los apóstoles el peso de su autoridad eclesiástica y profesional, y podían estar tranquilos de que ese respeto y temor que los legos sentían por los sacerdotes profesionales harían su trabajo: los apóstoles se vendrían abajo. Decidieron amenazarlos (4:17). Sabían que no debían ir más lejos, azotándoles. Aquel hombre que había sido cojo tenía más de 40 años: no se trataba de un caso de sugestión hipnótica. Era un milagro auténtico, y el pueblo glorificaba a Dios por él. Castigar a los apóstoles que habían realizado el milagro haría que la gente dejara de adorar a Dios: eso es algo que difícilmente haría un sacerdote si quería seguir conservando la credibilidad del pueblo (4:21-22). Así que optaron por amenazar a los apóstoles (4:17), y las suyas no eran amenazas huecas, dado que tenían determinados medios de disciplina a su disposición.

Pero sus tácticas no funcionaron. Pedro les dijo que juzgaran si a los ojos de Dios era mejor obedecerles a ellos que a él (4:19). Los apóstoles habían tenido que elegir. El Señor Jesús les había ordenado que predicaran y fueran sus testigos (1:2, 4, 8). No podían obedecerle sin desobedecer y desafiar al tribunal, ni someterse a éste sin desobedecer por completo los mandamientos de Jesús. Esto, a su vez, generaba la cuestión de quién era Jesús. Podía haber sido un mero reformador religioso que sostenía, como muchos de los contemporáneos, que el sumo sacerdote desempeñaba ilegítimamente su cargo; podía haber sido un simple profeta que protestara, como lo hacían muchos de los sacerdotes, contra el nepotismo de la aristocracia sacerdotal, y por la violencia y tiranía que ésta ejercía sobre los sacerdotes de a pie;* podía haber sido otro rabí con una interpretación radicalmente nueva de la Torá. Si este hubiera sido el caso, los apóstoles, en interés del buen orden y la unidad religiosa, podrían haberse sometido a regañadientes a la prohibición del concilio, e intentado una reforma gradual.

Pero Jesús no era simplemente un reformador, un profeta o un rabino. Dios había demostrado que era tanto Señor como Cristo. Era el Señor encarnado, exaltado a la posición de poder y autoridad supremos en el universo. La posición del sumo sacerdocio (aunque no el que la ocupaba en aquel momento) debía su autoridad al hecho de que fue Dios quien inspiró los términos en que se instituyó en el Antiguo Testamento. Si Jesucristo era Dios encarnado, en cualquier caso uno no podía rechazar su autoridad sin renunciar también a cualquier autoridad que pudiera tener el sumo sacerdote. Pero, para los apóstoles resultaba imposible desobedecer al Señor Jesús por respeto a la autoridad del sumo sacerdote, y en aras del buen orden y la unidad religiosa. Esto hubiera destruido el propio

* Ver J. Jeremías, *Jerusalem in the Time of Jesus* (Londres: SCM Press, 1969), pp. 180-1, 190, 196-8.

fundamento de la iglesia (Mt. 16:13-18) y, lo que es peor, hubiera supuesto una infidelidad contra aquel al que Dios había constituido Señor y Cristo.

El arbitraje final

A pesar de ello, que unos legos poco cultivados dieran semejante paso, desafiando a la autoridad espiritual más elevada de esa tierra, ya era intolerable. Por consiguiente, resulta instructivo estudiar los detalles de la oración con la que se fortaleció la comunidad cristiana cuando oyeron las noticias de los apóstoles sobre la prohibición impuesta por los principales sacerdotes (4:23). Esta oración revela claramente su actitud sobre dónde consideraban que estaba, en caso de disputa, la autoridad dominante.

En primer lugar, apelaron, por encima de la autoridad de los principales sacerdotes y del Sanedrín, directamente a la autoridad del propio Creador. «Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay» (4:24).

En segundo lugar, apelaron a la Sagrada Escritura, inspirada por Dios, como la autoridad por la cual había que juzgar al sumo sacerdote, a los principales sacerdotes, el Sanedrín y todos sus actos: «... que por boca de David tu siervo dijiste...» (4:25). Ellos sabían que el Sanedrín le hubiera dado una interpretación muy distinta a esta cita, pero obviamente consideraban que tenían el derecho y el deber de juzgar las decisiones de los jueces a la luz de la Escritura, tal y como el propio Cristo les había hecho entenderla.

En tercer lugar, había basado su juicio no sobre una o dos frases de la Escritura sacadas de su contexto, sino sobre una detallada comparación entre la Biblia y su situación. Citaron en profundidad el Salmo 2:1-2:

«¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo»,

y luego expusieron en oración ante Dios con detalle cómo la acción combinada de Herodes y Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel, encajaban perfectamente con la situación descrita en el salmo (4:25-28).

En cuarto lugar, a la luz de este pasaje, especificaron lo que creían que estaba en juego. La crucifixión de Jesús, aunque en un cierto nivel había sido decidida de antemano por el poder y voluntad divinas, había sido una «rebelión contra Dios», un ataque conjunto contra el Santo y Ungido Siervo de Dios, Jesús (4:25, 27-28). No era un asunto sobre el que pudieran negociar. Lo que estaba en juego era el honor de Dios y de su Mesías.

Finalmente, solicitaron a Dios una justificación, no para ellos sino para el nombre del Señor Jesús. Y rogaron que tal justificación tuviera dos vertientes: (1) que se les concediera una gracia más que humana, para no hundirse frente a las amenazas del Sanedrín ni suavizar la cuestión, hablando con valor y sin negociar; y (2) que el propio Dios interviniera no sólo mediante milagros, sino milagros realizados en el nombre de su santo siervo Jesús (4:29-30). Le habían dicho a la multitud (3:16) y al Sanedrín (4:10-12) que el cojo había sido sanado en el nombre de Jesús, y el Sanedrín no les había prohibido hacer milagros, sino «hablar... a hombre alguno en este nombre» (4:17). Las simples obras sobrenaturales, por sí solas, son ambiguas: parece ser que el hombre de pecado también puede hacer muchas de ellas (2 Tes. 2:9-10). Lo que era necesario era hacer milagros en el nombre del Señor Jesús, para que su nombre quedara justificado, dejando aparte los beneficios que de ellos se derivaran.

Y su oración obtuvo respuesta: «el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios» (4:31).

Tentando al Espíritu de Dios: un vistazo a la comunidad cristiana primitiva (4:32-5:16)

Por tanto, la primera historia del Movimiento 2 tuvo que ver con la oposición a los primeros cristianos; lo mismo sucede con la historia siguiente. En la primera la oposición venía de afuera, pero en esta segunda vino desde dentro. En la primera, se describió la oposición nada menos que como los reyes de la tierra «reuniéndose contra Dios» (4:25-26), y adoptó la forma de un ataque «contra el Señor y su Cristo». En esta segunda historia, la oposición proviene de Satanás (5:3), y utilizará a una pareja ostensiblemente cristiana, aunque por lo demás desconocida, Ananías y Safira, y se la describe de diversas maneras: «mentir a Dios» (5:4), «engañar, o mentir al Espíritu Santo» (5:3) y «tentar al Espíritu del Señor» (5:9). La primera historia tenía como tema central la cuestión de la autoridad, y establecía el principio de que cuando las órdenes de los gobernantes entraban en conflicto con las de Cristo, los apóstoles debían rechazar la autoridad de éstos y obedecer a Dios antes que a los hombres. La segunda historia también tendrá que ver con la autoridad, y establecerá la realidad del gobierno de Dios en la iglesia, que el Espíritu Santo pone en práctica por medio de los apóstoles del Señor Jesús.

Por tanto, la historia principal, en esta sección de Hechos, se centra en la mala acción de Ananías y Safira. Hay dos cosas que nos ayudan a entender la importancia de lo que hicieron. Primero, Lucas ha introducido su historia relatando cuál era la práctica habitual de la comunidad cristiana (4:32-37), tras la cual incluye una descripción de la actitud y las reacciones de los que no eran cristianos hacia la iglesia (5:12-16). En segundo lugar, en la estructura de esta narrativa, Lucas opone la historia de Ananías y Safira a la de Judas (ver. p. 37). Es una comparación que resulta instructiva.

La práctica habitual de los primeros cristianos

Se hacen tres afirmaciones sobre este tema: la primera en el 4:32, la segunda en el 4:33-35 y la tercera en el 4:36-37. Las tres tratan de la actitud hacia las posesiones materiales, pero cada una añade un matiz especial, y no podemos confundirlas entre sí.

La primera afirmación aclara que los cristianos compartían todo lo que tenían, y explica qué les motivó a actuar así y qué significaba «compartir». Lucas nos dice que todos los creyentes «eran de un mismo sentir», y era esta sensación dominante de unidad espiritual la que afectaba a su actitud sobre las posesiones materiales. Ya no sostenían que sus posesiones eran «suyas», es decir, que quedaban restringidas a su uso privado y personal. Cada uno deseaba que sus hermanos/as en la fe consideraran y dispusieran de sus posesiones como si fueran las propias. Era algo totalmente espontáneo. Nadie les obligaba. En ningún lugar se nos dice que esta fuera una condición necesaria e indispensable para ser salvos, o para ser aceptados como cristianos genuinos. Era una reacción natural, voluntaria. Y si bien es cierto que no queremos subestimar la devoción de los primeros cristianos, es una actitud que se ha repetido incontables veces desde entonces. Cada vez que los creyentes se ven involucrados en la realidad de la salvación, y sienten la unidad con sus hermanos en la fe de Cristo, no sólo están dispuestos a compartir con ellos lo que tienen, sino que lo desean con entusiasmo. Cuando la iglesia pierde este sentido de la realidad de la salvación y de ser familia de Dios, entonces aparece esa actitud egoísta y posesiva respecto a los bienes materiales.

La segunda afirmación va más allá, aunque hemos de tener cuidado para no hacerla decir lo que no dice. Lo que explican los versículos 33-35 es el gran poder que tenía la predicación de los apóstoles y la enorme gracia que estaba con todos ellos: «así que (dice en griego) no había entre ellos ningún necesitado», escribe Lucas. Hubieran rebajado el poder de su testimonio si, mientras predicaban públicamente que Jesús era el

Mesías, y que todos los creyentes eran «hermanos», hubieran permitido que los «hermanos pobres del Mesías» siguieran cargando con sus vidas de miseria. Los vv. 34 y 35 nos cuentan cómo cubrían las necesidades de los pobres, y la Versión Reina Valera capta muy bien la importancia de los tiempos verbales (en imperfecto), que usa Lucas para describir lo que sucedió: «todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad».

Lucas no está diciendo que cualquier creyente que poseyera una casa, inmediatamente después de convertirse, la vendiera y repartiera los beneficios. Porque si así fuera, ¿dónde hubieran dormido esa noche? Según este principio, los cinco mil creyentes, más sus mujeres e hijos, se hubieran encontrado desprovistos de cobijo; y María, la madre de Marcos, no hubiera tenido una casa donde Pedro acudiera tras salir de la cárcel (12:12).

No, la frase «todos los que poseían heredades o casas» describe a las personas a las que hoy en día llamaríamos «terratenientes», «propietarios»; y lo que sucedía era que, de vez en cuando, cuando surgían necesidades especiales, un hombre o una mujer (y no necesariamente de una sola vez) rechazaría alguna inversión vendiendo una propiedad o un terreno y repartiendo los beneficios para ayudar a los cristianos pobres.

Hay otro detalle importante. Lucas no dice que estos propietarios vendieran sus terrenos y repartieran el dinero a los pobres, sino que los entregaban a los apóstoles, que los distribuían a los necesitados. Esta era una acción tanto sabia como simbólica. No había ninguna ley que les prohibiera, si ellos querían, repartir el dinero directamente entre los cristianos pobres. Pero esto hubiera dado como resultado que los pobres dependieran demasiado de unos pocos individuos ricos. Era mejor que se les atendiera sacando del fondo de la iglesia en Jerusalén.

Pero el hecho de «poner el dinero a los pies de los apóstoles» tenía un significado adicional y más profundo. Los

apóstoles eran los representantes oficiales del Señor. Al poner el dinero a sus pies, los creyentes no sólo practicaban la caridad: lo estaban entregando al Señor, y expresando su derecho soberano sobre todo lo que ellos poseían. Él no era sólo su maestro: era su redentor, que les había comprado a ellos así como a todo lo que poseyeran (1 Co. 6:20). Era el Mesías de Israel: la viña entera, y sus productos, le pertenecían por derecho. Había sido exaltado hasta la diestra de Dios: el universo le pertenecía. Con una lógica alegre, expresaban sus creencias en sus actos.

En tercer lugar, Lucas menciona el caso especial de José, apodado Barnabás, «especial» porque era levita (4:36-37). Teniendo en cuenta que procedía de Chipre, es posible que nunca ejerciera el sagrado oficio de levita en el templo de Jerusalén. Pero ahora, cuando vendió un campo que poseía, y presentó el dinero ante el Señor al ponerlo a los pies de los apóstoles, estaba cumpliendo el espíritu de la antigua ley, que decía: «Mas a la tribu de Leví no dio Moisés heredad; Jehová Dios de Israel es la heredad de ellos, como él les había dicho» (Jos. 13:33). Los últimos capítulos de Hechos demuestran que era un hombre consagrado al Señor, dispuesto a dejar su hogar y viajar por el mundo por amor a Cristo. Constituye un marcado contraste con Judas, quien, ocupando el sagrado oficio de apóstol, lo rechazó y compró un campo con los beneficios de su traición a Cristo (1:16-18).

El extraordinario caso de Ananías y Safira

Por tanto, fue en este contexto de la devoción a Cristo y a su pueblo, expresada espontáneamente, cuando Ananías y Safira cometieron su maldad. La severidad de su castigo presupone que fue un acto extremadamente grave. Para poder entender su gravedad, primero aclaremos algunas otras cosas.

Primero, que no estaban obligados a vender su campo y entregar el dinero a la iglesia. Pedro lo deja bastante claro:

«Reteniéndola [la heredad], ¿no se te quedaba a ti?» (5:4) Sí, por supuesto. La conversión a Cristo no destruye el derecho a la propiedad privada. Y si fuera esencialmente malo que un cristiano tuviera una propiedad privada, también lo sería que la entregara a otra persona.

En segundo lugar, «vendida, ¿no estaba en tu poder?», dice Pedro (5:4; literalmente, «bajo tu propia autoridad»). Otra vez sí. Si hubieran vendido la propiedad con la intención de dar el dinero al Señor, no tenían por qué ponerlo a los pies de los apóstoles, para que ellos decidieran qué hacer con él. Ellos mismos tenían derecho, como mayordomos del Señor, a distribuir el dinero como les pareciera bien.

En este sentido hemos de tener muy clara cuáles son las exigencias del Señor a sus discípulos, y cuáles no. El dice: «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:33). Esto genera dos preguntas:

1. ¿Qué se incluye en «todo lo que posee»? El peligro es que limitemos esta idea a nuestras posesiones físicas. Pero eso no funciona. Si, como sucede en algunos países, un hombre es obligado a abandonar a su mujer y a sus hijos y marcharse al exilio si se convierte al cristianismo (como le pasó a un amigo mío), debe estar dispuesto, según Lucas 14:26, a abandonarles.

2. Si concedemos que al convertirnos en discípulos debemos renunciar a todo lo que tenemos, ¿a favor de quién lo haremos? La respuesta es, por supuesto, del Señor. Por ejemplo, a una mujer cristiana se le dice que su cuerpo no le pertenece, sino que es del Señor (1 Co. 6:19-20). Pero una vez le ha cedido este derecho de propiedad fundamental, él mantiene el derecho que ella tiene a la propiedad de su cuerpo frente a los demás. Bajo el dominio del Señor, ella tiene libertad para elegir con quién casarse. Ser cristiana no quiere decir que tenga que casarse con el primer hombre cristiano que necesita una esposa y se lo pide.

Y lo mismo sucede con nuestras posesiones materiales. Cuando cedemos (como debe ser) nuestra propiedad sobre ellas al Señor, él las pone a nuestro cuidado y nos da, como Pedro le recordó a Ananías, la autoridad para decidir, bajo su guía, cómo usarlas: qué y cuánto gastaremos en nosotros y nuestras familias, qué concederemos a la iglesia, a la evangelización, a la ayuda social, etc.

Por tanto, si entendemos «dar al Señor» en este sentido limitado de dar a la comunidad cristiana como algo distinto a, por ejemplo, comprarnos un traje o un coche nuevo, Ananías tuvo la oportunidad de, una vez vendido el campo, dar una parte a la iglesia y retener el resto para él.

Entonces, ¿cuál fue el pecado de Ananías y Safira? En primer lugar, «mentir a Dios» (5:4). Cuando entregaron el dinero a los apóstoles, dijeron que le daban al Señor todos los beneficios de la venta, y cuando les preguntaron explícitamente si esos eran todos los beneficios, afirmaron que sí (5:8). Pero declarar que estaban entregando todos los beneficios al Señor hacía que éstos le pertenecieran en el sentido más estricto y limitado del término. En ese caso su pecado fue el de *sisar*, el de apropiarse de un dinero que ahora pertenecía al Señor.* Por tanto, era un caso de robo al Señor, de «robar a Dios», como hubiera dicho Malaquías (Mal. 3:8), o de engañar al Espíritu Santo apropiándose de parte de su dinero, como lo describió Pedro (5:3).

Sin embargo, por malo que esto fuera, no era el elemento más significativo de lo que hicieron. Después de todo, podían haber decidido en privado entregar todo el dinero al Señor y más tarde, también en privado, haberse echado atrás, sin siquiera haberse acercado a los apóstoles. En ese caso hubiera sido un pecado grave contra el Señor, pero no hubiera tenido implicaciones sobre la realidad o la presencia de Dios Espíritu Santo en la iglesia; y en aquellos primeros días, esto era lo que

* El término griego para «sustraer» tiene este significado.

estaba en juego, tanto frente a las multitudes de Jerusalén como delante del Sanedrín. ¿Qué clase de poder era aquel que se apoderó de los discípulos en Pentecostés y los puso a hablar en idiomas extranjeros e ininteligibles que jamás habían aprendido? ¿Qué poder había permitido que Pedro y Juan restauraran miembros paráliticos? ¿Era su propia santidad, o qué? (3:12). La gente quería saberlo, y los cínicos de los principales sacerdotes exigían saber: «¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho esto?» (4:7) ¿Cuál era aquel «gran poder» gracias al cual daban testimonio los apóstoles (4:33) y que daba tanta efectividad a su predicación? Por supuesto, los apóstoles sostenían que se trataba del poder de Dios, del Espíritu Santo, venido al mundo para dar testimonio de la resurrección y exaltación de Jesús, y que usaba a los apóstoles y los discípulos como canales para expresarse. Pero, ¿sería realmente así?

Dentro de este contexto, lo que hicieron Ananías y Safira estuvo tan mal como lo que hizo Judas. Satanás llenó el corazón de Judas para que traicionara al Señor Jesús (Lc. 22:3-4; Jn. 13:2, 27). Ahora, una vez más, Satanás llenó el corazón de Ananías para engañar y mentir al Espíritu Santo (5:3), y hacerlo, como en el caso de Judas, por dinero. Si Ananías se hubiera salido con la suya, hubiera desacreditado a la realidad subyacente en Pentecostés, es decir, que era Dios Espíritu Santo el que daba poder al testimonio de la iglesia. Como los israelitas en el desierto (Nm. 14:22), Ananías y Safira tentaron al Espíritu del Señor a pesar de todas las señales y maravillas que había hecho Dios recientemente en nombre de Jesús (5:9), y lo hicieron deliberadamente. Si hubieran sido gente pobre, presionada por la devoción a Cristo de los que les rodeaban para que hicieran un sacrificio espectacular cuando no tenían los medios para ello; si por vergüenza, para salir con bien del asunto, hubieran querido aparentar que daban más de lo que dieron, entonces probablemente hubieran recibido gracia por parte de Dios. Pero no fue así. Se dispusieron deliberadamente a tentar al Señor, a ver hasta dónde podían llegar y salirse con la suya.

Habían oído la proclamación de que Jesús había resucitado y había sido exaltado, que era Señor y Cristo. Habían sentido el poder de la predicación, fueron testigos de los hechos milagrosos, y habían oído la voz del Espíritu Santo en sus corazones. También conocían las advertencias sobre el Día del Señor, y deseaban escapar a su juicio. Así que se unieron a la iglesia y profesaron devoción a Cristo. Pero era una farsa. No estaban dispuestos a obedecer por completo al Señor Jesús, a entregarse a él; sólo fingían que era así. Imaginando que podrían engañar a los apóstoles, probaron a ver hasta dónde podrían llegar. Descubrieron que, en realidad, estaban intentando tentar al Espíritu del Señor, mentir a Dios, engañar al Espíritu Santo. Pero él manifestó su hipocresía, y se justificó a sí mismo y a su presencia en la iglesia. Ananías y Safira cayeron bajo el juicio de Dios.

¿Por qué lo hicieron? Parece ser que fue porque, como los israelitas en el desierto, no eran verdaderos creyentes. Pero dejemos que sea Lucas el que tenga la última palabra. Dice: «Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común» (4:32). Está claro que, si esto era lo que eran y hacían los verdaderos creyentes, Ananías y Safira no podían serlo.

El efecto del juicio

El efecto del juicio divino sobre Ananías y Safira fue el miedo, tanto en la iglesia como fuera de ella (5:5, 11, 13). Y fue un miedo muy saludable y necesario. No inhibió las verdaderas conversiones, como explica Lucas en 5:13-14, pero impidió que una multitud de personas sin una fe auténtica se uniera a la iglesia debido a la excitación que producían los tremendos milagros (5:15-16), o porque se sintiera atraída por los beneficios económicos que se podían recibir al afiliarse a la iglesia: «De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con

ellos; mas el pueblo los alababa grandemente» (5:13); más bien, lo que se añadió a la iglesia fueron *creyentes*, grandes números de hombres y mujeres (5:14). Es cierto que los primeros cristianos se vieron obligados a desafiar la autoridad de los principales sacerdotes y del Sanedrín. Pero no eran anarquistas espirituales. En la iglesia sí había una autoridad, la de Dios, la del Espíritu Santo, vivo y activo entre los creyentes.

Alguien puede preguntar: si en aquel caso asistimos a un juicio radical de Dios, ¿por qué no pasa siempre igual? La respuesta parece ser que el juicio de Ananías y Safira fue un caso excepcional, necesario para establecer y reivindicar la realidad de la llegada y presencia del Espíritu de Dios en la iglesia. Pero ni la llegada del Espíritu ni el juicio sobre Ananías y Safira iban destinados a ser la inauguración del Día del Señor, como la sanación del cojo tampoco tenía por objetivo marcar el comienzo del tiempo de la restauración de todas las cosas. Ese día vendrá, pero está programado para más adelante. El Señor Jesús juzgará a los vivos y a los muertos cuando aparezca (2 Ti. 4:1). Por el momento, dejará las lacras como están, pero no para siempre. Y nadie puede engañar al Señor. Recordemos a la mujer de Lot, pero también a Ananías y Safira.

¿Luchando con Dios? La segunda investigación del concilio (5:17-42)

El evangelio se estaba extendiendo rápidamente no sólo en Jerusalén, sino también en todo el territorio de alrededor. El mensaje de la resurrección que predicaba (5:20) resultaba muy atractivo, y los milagros extraordinarios que acompañaban a la predicación estaban llenando a Jerusalén de personas que venían de todas partes buscando sanación (5:15-16). Esto llenaba de una corrosiva envidia a la aristocracia sacerdotal (5:17), y de aprensión (5:28). Decidieron que debían hacer otro intento para erradicar aquel movimiento. Así que arrestaron a los apóstoles, esta vez a los doce, y les llevaron ante el Sanedrín.

¿Culpables de la sangre de Jesús?

La acusación que lanzaron contra ellos demostró la ira de los sacerdotes al ver que los apóstoles habían ignorado por completo la prohibición de predicar en el nombre de Jesús. Pero, junto con esa ira, había también miedo: «... Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre» (5:28).

De lo que tenían miedo el sumo sacerdote y los principales era de que las masas, a las que habían convencido de que pidieran la crucifixión de Jesús, se pusieran ahora tan de parte de los apóstoles que se volvieran contra los principales sacerdotes, incluso usando la violencia, por algo que consideraban el asesinato de Jesús. Por supuesto que esto nunca sucedió, ni los cristianos incitaron al pueblo a que lo hiciera. Pero hoy en día no podemos escuchar al sumo sacerdote hablando de sus miedos si pensar en el Holocausto y en la acusación, por exagerada y hasta cierto punto injustificada como lo es, que dice que, al enseñar que los judíos mataron a Jesús, los cristianos han sido culpables del antisemitismo mundial y el intento de genocidio de la raza judía. Nada de lo que vamos a considerar minimiza nuestra confesión de la culpabilidad real de la cristiandad en esa cuestión del antisemitismo (ver Apéndice 1, pp. 549-553?). Por otra parte, la respuesta que dio Pedro a la acusación del sumo sacerdote sigue siendo válida hoy día.

Por supuesto que, en primer lugar, a Pedro no se le podía acusar de antisemita. Era un miembro fiel de Israel, igual que los componentes del concilio. No era más antisemita de lo que pudiera haberlo sido Isafías o Jeremías cuando denunciaron los pecados de la nación. Pero no se podía negar o dar la vuelta a la historia. «...a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero» (5:30). Ahora Pedro no se estaba dirigiendo a la nación entera, sino a los principales sacerdotes y al Sanedrín. La realidad inalterable era que habían presionado a Pilato para crucificar a Jesús y, al exigir esta crucifixión, habían hecho que

Jesús sufriera el castigo más vergonzoso e infame que conocían. Según su ley (Dt. 21:22-23), una persona colgada en una cruz era maldita de Dios.

Es evidente que la Historia no es reversible, pero, ¿por qué no usar la técnica de «pelillos a la mar»? ¿Qué necesidad había de seguir predicando al pueblo sobre el tema? ¿De qué iba a servir, excepto para fomentar la animosidad del pueblo, sus deseos de venganza? ¿Por qué no aceptar la prohibición y dejar correr el asunto?

«Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres», dijo Pedro. Ha sido el Dios de nuestros padres (que no es antisemita) el que ha resucitado a Jesús, a quien vosotros matasteis, y le ha exaltado. Dios le ha dado la vuelta a vuestro veredicto, y quiere hacerlo público. ¿O queréis someter a Jesús al oprobio que supone una muerte maldita por Dios y no permitir luego que ese mismo Dios manifieste su justificación de Cristo, sólo porque os avergüenza? Dios es quien quiere darle publicidad, y nosotros debemos obedecer sus órdenes, no las vuestras.

Pero, bien mirado, aquella publicidad no tenía por qué inquietarles. Dios no estaba buscando venganza, ni intentaba sembrar esas semillas en las mentes del pueblo: «A éste, Dios ha exaltado, con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados» (5:31). La nación de Israel al completo, el pueblo tanto como vosotros, los sacerdotes, necesitáis el perdón. Y podéis tenerlo, todos sin excepción, no sólo a pesar de la crucifixión de Jesús, sino por medio de ella.

Por supuesto, había un requisito previo al perdón: el arrepentimiento. Arrepentimiento por la muerte de Jesús, y también en el sentido de reconocer la necesidad de salvación. Pero ni siquiera este arrepentimiento se podía considerar hostil, sino más bien un don maravilloso, magnánimo. «A éste [Jesús], Dios ha exaltado... para *dar* a Israel arrepentimiento» (5:31). Permitir que nos arrepintamos supone una misericordia inimaginable.

«Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas», dice Pedro: de que existe un perdón pleno que Israel puede alcanzar mediante la muerte y exaltación de Jesucristo. Y aún tenían a su disposición otro testimonio mayor y más directo. Dios ya había concedido el Espíritu Santo a miles de personas en Jerusalén. El Sanedrín al completo podía recibir a ese mismo Espíritu y, con él, el perdón, la reconciliación y la paz con Dios, sobre la misma sencilla condición: la sumisión obediente a Dios mediante el Señor Jesucristo (5:32).

El consejo de Gamaliel

Cuando escucharon la respuesta de Pedro, les impactó en gran manera, pero no porque les produjera remordimientos y arrepentimiento, como había sucedido con la muchedumbre en Jerusalén el día de Pentecostés (2:37); lo que provocó en ellos fue la ira rabiosa de sentir que el argumento había alcanzado el blanco, y de saber, en lo más íntimo de su ser, que era cierto, y a pesar de ello pretender justificarse antes que arrepentirse, silenciando a sus acusadores a cualquier precio. Se enfurecieron, y determinaron matar a los apóstoles (5:33).

Pero entonces, juntamente con el testimonio de éstos, recibieron dos advertencias.

Primera: el día anterior habían apresado a los apóstoles y los habían metido en la cárcel, para pasar la noche antes de llevarlos ante el Sanedrín al día siguiente. De modo que cuando éste se reunió, enviaron a los oficiales a buscar a los apóstoles a la celda. Pero los oficiales regresaron diciendo que, aunque las puertas estaban completamente cerradas, y los guardias estaban ante ellas, cuando las abrieron dentro no había nadie.

El Sanedrín apenas tuvo tiempo de recobrase de la sorpresa, cuando recibieron otra: les llegó la noticia de que los apóstoles estaban en el atrio del templo, enseñando al pueblo, como era habitual, transmitiendo su mensaje de vida e inmortalidad mediante la resurrección de Cristo (5:20, 25). Y que el

capitán del templo, encargado de su gestión, fue en persona junto a sus soldados y llevaron a los apóstoles al tribunal.

Lucas nos cuenta que un ángel abrió la puerta de la celda durante la noche, sacó a los apóstoles y les dijo que fueran al atrio del templo a presentar al pueblo el mensaje de esta nueva vida (5:19-20). Pero los principales sacerdotes eran saduceos (5:17); no creían en la resurrección, ni en ángeles o espíritus (23:8). De forma que no cabe duda de que tuvieron su propia explicación racionalista de aquella fuga. A pesar de ello, estaban preocupados, y se preguntaban en qué acabaría todo aquello (5:24). Por el momento, estaba en marcha otro proceso poderoso y psicológico. Tanto si lo admitían como si no, había una estructura que se repetía. Hacía tan sólo tres meses, habían colocado una guardia romana delante de la puerta de una tumba para asegurarse de que nadie saliera de ella. Y a la mañana del tercer día, los soldados informaron que el cadáver ya no estaba allí. En aquella ocasión también habían elaborado su propia explicación racionalista (Mt. 28:11-15). Pero el paralelo entre aquel suceso y el actual era más bien inquietante.

Esa era la intención. De hecho, se trataba de un acto de misericordia divina hacia aquellos hombres que no estaban dispuestos a arrepentirse, y que en su furor (producido por el molesto recuerdo de la crucifixión) estaban a punto de ser tentados a acabar con el mensaje del evangelio mediante la ejecución de los apóstoles. Esta era una advertencia bien cronometrada para que no añadieran un crimen terrible a su ya pesada culpa, intentando hacer lo imposible. Habían matado a Jesús y puesto soldados frente a su tumba. Pero, como dijo Pedro en Pentecostés, «era imposible que [Jesús] fuera retenido por ella [la muerte] ... [Dios le hizo] conocer los caminos de la vida» (2:24, 28). La vida que ahora daba poder a los apóstoles, la vida que predicaban a la multitud, era la vida irreprochable del Cristo resucitado. Podían encarcelar e incluso matar los cuerpos de los apóstoles, pero jamás podrían suprimir o destruir aquella vida. Si estaban dispuestos a no arrepentirse, a no aceptar al Autor de la Vida o el perdón que él les ofrecía,

al menos era aconsejable que no añadieran más leña a su culpabilidad intentando interceptar el mensaje de vida, para que no llegara a los demás.

La segunda advertencia provino de un miembro del mismo Sanedrín, Gamaliel, un maestro de la ley que gozaba de respeto en toda la nación. A diferencia del sumo sacerdote, los principales sacerdotes y los aristócratas laicos, que eran saduceos, él era fariseo (5:34). Sí debía, pues, creer en la doctrina y en la teórica posibilidad de la resurrección, aunque no (al menos por el momento) en la específica y auténtica resurrección de Jesús. Muchos han considerado que el consejo que le dio al Sanedrín era «ver los toros desde la barrera», pero, en realidad, se trataba de un buen consejo para aquellos que no deseaban arrepentirse. Al menos les ahorra cometer la atrocidad de ejecutar a doce hombres inocentes. Por tanto, en este sentido, hemos de aplaudir a Gamaliel. Representa a la mayoría de los judíos a lo largo de los siglos; judíos que, desgraciadamente, no creen en Jesús como Mesías, ni en su resurrección, ni en la salvación que ofrece ni, sobre todo, en su deidad, pero que, al mismo tiempo, se lamentan de su crucifixión, y se oponen a toda persecución por causas religiosas, incluyendo a los cristianos.

En resumen, el consejo de Gamaliel fue el siguiente. Citando el ejemplo de dos agitadores políticos más o menos recientes, que habían encabezado movimientos rebeldes que habían acabado en tragedia, argumentó que el Sanedrín no tenía por qué eliminar aquel incipiente movimiento cristiano. En definitiva, si procedía de Dios, intentar suprimirlo sería absurdo. Y peor aún: podía suponer enfrentarse a Dios (5:35-39).

Esto convenció al Sanedrín, y por el momento renunciaron a la idea de acabar con los apóstoles. Por supuesto, pusieron en práctica sus métodos disciplinarios, los azotaron y renovaron la prohibición de predicar en el nombre de Jesús. Siguiendo las instrucciones del Señor Jesús (Lc. 6:22-23), ellos se alegraron por tener el gran honor de ser dignos de padecer afrenta por el Nombre, y siguieron predicando con mayor fuerza e insistencia que antes (5:40-42).

A la luz de todo esto, el informe que más adelante daría Pablo a los gentiles conversos en Tesalónica, sobre los judíos, fue más bien triste (no los judíos de todo el mundo, sino los de Judea), aunque en este contexto se refiere a los líderes, en concreto a la aristocracia saducea, tanto sacerdotal como laica:

«Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo» (1 Ts. 2:14-16).*

Aquí tenemos a Pablo hablando a la familia, por así decirlo, a sus propios conversos que padecían persecución. A este respecto hemos de añadir dos cosas. Primero, su comentario a la iglesia de Roma: «Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres» (Ro. 11:28). Y, segundo, su explicación a los líderes judíos de Roma del por qué apelaba al César Nerón, «los cuales [los romanos], habiéndome examinado, me querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte. Pero oponiéndose los judíos, me vi obligado a apelar a César; *no porque tenga de qué acusar a mi nación*» (Hch. 28:18-19).

El resto es historia. Los romanos destruyeron el templo el año 70 d.C. Por supuesto que esto no destruyó el judaísmo, que se adaptó vigorosamente y bien a las nuevas condiciones, bajo

* Para la traducción de la última frase, que se opone a la de la N.V.I., véase C.C. Caragounis, «Kingdom of God, Son of Man and Jesus' Self-Understanding (Part I)», *Tyndale Bulletin* 40 (1989), pp. 12-23.

las que se convirtió cada vez más en una religión de sinagoga y de libro. Pero sin el templo, los principales sacerdotes saduceos, y todos los sacerdotes de rango inferior, perdieron su importancia y renombre, y poco a poco fueron desapareciendo.

La discriminación contra los hermanos en la fe: otro punto de vista de la comunidad cristiana (6:1-7)

El último punto de la Sección Uno es muy breve, y se extiende sólo del 6:1 al 6:6. Hay dos consideraciones que nos indican que deberíamos considerarlo como parte de esa Sección. Primero, Lucas ha colocado su división formal en el 6:7. Segundo, el tema que aparece en este punto es el mismo que se ha desarrollado a lo largo de toda la Sección Uno, y la idea que desarrolla es necesaria para completar el tema y presentarlo de una forma equilibrada, bien acabada.

El Punto 2 hablaba de Judas, su traición de Cristo por dinero, y la compra de su campo; el Punto 4 contaba cómo el cojo pedía limosna cada día, y el Punto 6 hablaba de Ananías y Safira, su mentira al Espíritu Santo sobre la venta del campo. Este último punto también habla de la actitud que tenía la comunidad cristiana hacia el dinero y las posesiones materiales. Describe lo que hacían respecto a un caso de mala distribución cotidiana de la comida que entonces se produjo.*

En concreto, el mensaje de este punto encaja y complementa la lección que nos expuso la historia de cómo fue sanado el cojo. Ambas historias demuestran que los primeros cristianos se tomaban muy en serio sus responsabilidades sociales, la que tenían respecto al mundo que les rodeaba (como en el caso del cojo) y respecto a los otros miembros de la iglesia (la distri-

* Algunos interpretan que la frase en griego se refiere al dinero, no a la comida. Quizá implique ambas cosas.

bución diaria de alimentos a las viudas cristianas). Y ambas historias nos recuerdan la tremenda importancia que tiene mantener nuestra responsabilidad social en su lugar y proporción adecuados, sin permitir que usurpen o eclipsen la posición preeminente que tiene la predicación del evangelio y la enseñanza de la Palabra de Dios.

En la historia de la sanación del leproso, vemos cómo el pueblo, en general, estaba muy dispuesto a aceptar la caridad de los cristianos para beneficio de los pobres, y cómo los apóstoles estaban preparados no sólo para repartir dinero (si lo tenían), sino mucho más aparte de él. Pero cuando la multitud se reunió para escuchar la explicación que dio Pedro sobre el milagro, éste no les permitió sacar la conclusión de que la caridad hacia los pobres y la sanación para los enfermos eran los temas centrales del cristianismo. Más bien fue al revés. Para Pedro, el tema central era la predicación del evangelio. Señaló a la muchedumbre que habían asesinado al Autor de la Vida, y que ahora necesitaban, sobre todo, arrepentirse y creer en el Salvador, dado que no había otra manera de asegurarse la salvación, y que era una necesidad absoluta tener una fe personal en Cristo, si deseaban estar listos para su segunda venida. Si se hubieran limitado a ofrecer a un mundo culpable ayuda social y salud física sin haberle predicado el evangelio, cuando su mayor y más acuciante necesidad era la de explicarles cómo tener una relación con Dios y recibir la vida eterna, hubiera supuesto distorsionar lamentablemente las verdaderas prioridades. Si hubieran permitido que la ayuda social excluyera la evangelización, hubieran fallado tanto respecto a Dios como a los hombres.

La historia final expone una lección parecida, sólo que esta vez en relación con la vida interna de la iglesia. Demuestra que los primeros cristianos tenían un interés vigoroso y activo por las necesidades sociales de sus miembros. En concreto, cada día repartían comida a las viudas. Además, cuando descubrieron que algunas de ellas no la recibían (por no decir que padecían discriminación), los apóstoles aconsejaron a la iglesia que

nombrara hombres eficientes y espirituales para repartir los recursos comunes de un modo justo y sistemático. Las necesidades sociales de los creyentes no se podían tratar de una forma casual, descuidada. La ayuda tenía que estar bien organizada.

Pero –y este es el quid de la historia– los apóstoles no estaban preparados para administrar por sí mismos la ayuda social. Y las razones que dieron para ello demuestran su urgente sentido de la prioridades:

«No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones... llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra» (6:2-4).

Y para que esto quedara claro, Lucas elige muy bien sus palabras para formular la conclusión de la sección: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe [es decir, se convertían]» (6:7).

Es evidente que la relación entre el crecimiento de la iglesia y las actividades parejas de la predicación del evangelio y la enseñanza de la palabra no era accidental, y debemos dejar que este informe sobre los inicios del cristianismo nos juzgue hoy día, no sólo a nosotros sino también a nuestra práctica. Por lo que respecta a la imagen que presentamos ante el mundo, muchas iglesias parecen haber perdido su confianza en el evangelio como capaz de convencer de pecado al mundo y convertir a sus moradores en discípulos del Señor Jesús. De este modo, se concentran exclusivamente en hacer obra social, ofreciendo ayuda al mundo. Y el mundo, sin saber que el cristianismo es algo más que eso, recibe la ayuda, pero no siente la necesidad de acudir a Cristo en busca de salvación; no hay genuinas conversiones, y las iglesias menguan.

Lo mismo sucede dentro de las iglesias. Es muy fácil que las actividades sociales se conviertan en el cuco dentro del nido, y expulsen la predicación de la palabra y la oración. Algunos hoy día se quejan de que uno no puede esperar que las iglesias aguante los sermones que sería y sistemáticamente expongan la palabra de Dios; hay que darles un contenido más «ligero» y relevante. Puede que sea cierto. Pero si lo es, ¿no sugiere que no son discípulos en el mismo sentido en que lo concebían Lucas y los apóstoles? Y si las iglesias consideran que la palabra de Dios es un aburrimiento insoportable, ¿cómo pueden esperar que el mundo escuche cuando la prediquen? Y si no predicamos la palabra de Dios, si no se extiende, ¿cómo aumentará el número de los discípulos, y mucho menos rápidamente?*

* Recomendamos las obras siguientes para más información sobre los temas de la Sección Uno. Sobre los milagros: C.S. Lewis, «Miracles» y «Religion and Science» en *Dios en el banquillo* (Londres: Collis Fount, 1979), pp. 11-26, 46-50. Sobre la ascensión, tanto en un sentido literal e histórico y como en el de acto simbólico: B.M. Metzger, «The Ascension of Jesus Christ», en *Historical and Literary Studies* (Leiden: E.J. Brill, 1968), pp. 77-87; Peter Toon, «Historical Perspectives on the Doctrine of Christ's Ascension», *Bibliotheca Sacra* (1983), pp. 195-205, 291-301; (1984), pp. 16-27, 112-19. Sobre la actitud de la ciencia moderna hacia los acontecimientos de la resurrección y ascensión, como distinta a la de la erudición liberal y su actualmente devaluada desmitificación: T.F. Torrance, *Space, Time and Resurrection* (Edimburgo: Handsel Press, 1976); *The Ground and Grammar of Theology* (Belfast: Christian Journals Ltd., 1980), pp. 17-20; *Theological Science* (Oxford: Oxford University Press, 1978), pp. 334-7.

Sección Segunda

La adoración y el
testimonio cristiano
(6:8–9:31)

Observaciones preliminares

Los movimientos

- Movimiento 1:* El evangelio y la adoración ortodoxa judía (6:8-8:3)
- Movimiento 2:* El evangelio y la adoración no ortodoxa samaritana (8:4-25)
- Movimiento 3:* El evangelio del siervo sufriente (8:26-40)
- Movimiento 4:* El evangelio del Hijo de Dios (9:1-31)

Sección Segunda

La adoración y el testimonio cristiano (6:8–9:31)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Llegamos ahora a la segunda divergencia en el camino entre el cristianismo y el judaísmo. Esta vez los puntos en los que discrepan son complejos, pero quizá podamos resumirlos, con bastante precisión, bajo el encabezado «adoración y testimonio cristiano».

En la Sección Dos hay cuatro Movimientos principales. El primero cubre la larga historia de la persecución, defensa y martirio de Esteban (6:8-8:3). El caso que presentaron sus perseguidores se centraba en su actitud hacia el templo y sus comentarios sobre él (6:13-14).

El segundo Movimiento nos relata la evangelización de Samaria (8:4-25). Ahora aparece el hecho de que los judíos y los samaritanos no se llevaban bien, en especial debido a sus distintos puntos de vista sobre la adoración en el templo. Tal y como le comentó al Señor Jesús la samaritana en Sicar: «Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar» (Jn. 4:20).

Por tanto, son cuestiones de adoración: en la primera historia, lo que tenía que decir el cristianismo sobre el templo ortodoxo del judaísmo, y su culto, centrado en Jerusalén; en la segunda, lo que el cristianismo tenía que decir a los samaritanos inconformistas que, aunque aceptaban los libros de

Moisés como palabra de Dios, rechazaban el templo de Jerusalén y adoraban en el monte Gerizim, en Samaria.

El tercer Movimiento presenta la historia de la conversión de un etíope que había ido a Jerusalén a adorar, y que mientras volvía a su país iba leyendo una porción de Isaías (8:26-40). El templo de Jerusalén no sólo era el centro de la adoración para los judíos, sino que también daba un poderoso testimonio a las naciones gentiles de alrededor. El etíope era sólo uno entre los hombres y mujeres inteligentes del mundo antiguo que, insatisfechos con el crudo politeísmo del paganismo, se sentían impresionados por el templo sin imágenes de Jerusalén, y su testimonio del único Dios verdadero. A medida que transcurra esta historia veremos qué podía ofrecer el cristianismo a estas personas que el judaísmo no pudiera darles.

El cuarto y último Movimiento narra la conversión de Saulo de Tarso (9:1-31). Hay una característica que nos llama la atención. Cuando ordenó a un tal Ananías que fuera a decirle a Pablo (entonces ciego) qué debía hacer, el Señor le explicó: «Vé, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (9:15). De manera que también esta historia guarda relación con el testimonio de Israel ante los gentiles.

Como acabamos de observar, durante siglos el judaísmo había dado testimonio de Dios en este mundo. Esto fue así, especialmente, durante los períodos helenístico y romano, cuando miles de judíos expatriados vivieron y trabajaron en muchos países que rodeaban el Mediterráneo, judíos algunos de los cuales llegaron a alcanzar posiciones importantes.* Pero el movimiento misionero que salió de Israel bajo la forma del cristianismo ha resultado ser único por su tamaño, vigor y efectividad. Buena parte de ese movimiento fue el que encabezó Saulo de Tarso y, a medida que leamos su historia, desearemos

* Como Onías IV y Dositeo bajo Cleopatra II de Egipto, y Chelquias y Ananías bajo Cleopatra III.

saber qué fue lo que le cambió de una forma tan radical, de modo que pasó de ser un implacable perseguidor de los cristianos, empeñado en impedir que el cristianismo se extendiera más allá de las fronteras de Israel (9:2), a ser el misionero israelita más grande que haya habido en el mundo.

Consideremos ahora las relaciones temáticas más obvias entre las cuatro historias que componen esta sección.

En la primera, Saulo de Tarso acepta parte de la responsabilidad por la muerte de Esteban: «y los testigos pusieron sus ropas a los pies del un joven que se llamaba Saulo» (7:58). En la última historia, ese mismo Saulo es quien se convierte, para no volver a perseguir a nadie jamás, y empieza a predicar la fe que previamente había intentado destruir.

Pero existe otra similitud, aún más importante. Al principio de la primera historia (7:2-3), Esteban comenta: «El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham». Al final de la cuarta (9:3), Lucas nos dice que «aconteció que... repentinamente le rodeó [a Saulo de Tarso] un resplandor de luz del cielo». Es obvio el parecido entre las palabras e ideas, pero consideremos su importancia. La aparición del Dios de gloria a Abraham era la experiencia espiritual fundamental tras el nacimiento de la nación hebrea. No es posible exagerar demasiado su importancia. Sus efectos siguen con nosotros hoy en día. Pero démonos cuenta de la dirección que sigue el movimiento que inició: sacó a Abraham de entre los gentiles para fundar una nación que llegaría a ser distinta de todas la demás, única en su testimonio del Dios verdadero y enemiga del politeísmo gentil. «Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré» (7:3).

Sin embargo, cuando la luz celestial brilló en torno a Saulo, comenzó una nueva fase en la historia de Israel, no menos importante que la primera. No obstante, llevó a Saulo en una dirección exactamente opuesta a la de Abraham. Hebreo entre los hebreos (Fil. 3:5), fue enviado al centro de la nación hebrea y de vuelta a los gentiles, «para llevar mi nombre [el de Dios] en presencia de los gentiles, y de reyes» (9:15).

A primera vista podría parecer que el segundo Movimiento contradice al primero. Pero no es así. Cuando Dios llamó a Abraham de entre los gentiles, fue con el propósito de que en él fueran benditas todas las familias de la tierra (Gn. 12:3). Con la llegada del Mesías y la conversión y comisión de Saulo de Tarso, se iba a cumplir el propósito original que tuvo Dios al llamar a Abraham de entre los gentiles, traducido en una bendición sin precedentes y universal para éstos. Por medio de Saulo de Tarso, de su predicación y escritos, incontables millones de gentiles, a lo largo de los siglos, llegarían a depositar su fe en el Dios de Abraham.

Por supuesto, ambos movimientos eran necesarios para evangelizar el mundo. El llamamiento divino a Abraham, que lo sacó del mundo de los gentiles, no implicó que a partir de aquel momento cualquier persona fuera de Abraham y de su familia quedara abandonada por Dios y perdida eternamente. Por otra parte, la tendencia decadente que ha tenido la humanidad apartándose del conocimiento original del Dios verdadero, pasando a una interpretación del mundo politeísta e idólatra, en aquel momento era prácticamente universal. La única manera para restablecer el conocimiento en este mundo del Dios verdadero, y la conducta moral basada en ese conocimiento, era que Dios empezara de nuevo con un hombre, que se le revelara, que estableciera una relación especial entre sí mismo y los descendientes de aquél, y que edificara toda una nación a partir de aquel hombre que, como tal, pondría su fe en el único y verdadero Dios.

Resultó una misión difícil porque, tal y como demuestran los propios profetas de Israel, la nación no dejaba de comprometer y apartarse de su conocimiento de Dios, recayendo en la idolatría y la inmoralidad de las naciones paganas. Pero si no hubiera podido hacerse, Dios ya no se hubiera revelado en la persona de Cristo. ¿De qué serviría predicar que Jesús es el Hijo de Dios a un mundo cuyo concepto del propio Dios era extremadamente falso y perverso? Pero al final se venció en la batalla, y de una manera permanente. Tras el regreso de Israel

del exilio, como nación nunca volvió a caer en la idolatría. Hoy día hay muchos judíos que pueden ser agnósticos o incluso ateos, pero desde el exilio, el templo (mientras duró) permaneció, y las sinagogas judías siguen repartidas por todo el mundo, sin comprometer para nada su fe monoteísta.*

Por tanto, a pesar del éxito que tuvo en Israel ese primer movimiento, requirió otra táctica para implantar el conocimiento del Dios verdadero, y la fe personal en él, por todas las naciones del mundo gentil. De manera que llegó un momento en que el mismo Dios de gloria tuvo que aparecerse a otro hebreo para enviarle, en un proceso inverso, desde Israel hacia las naciones. No se trataba de convertir a los gentiles llevándolos a aquella nación aparte, Israel; eso, a pequeña escala, ya había sido así durante siglos. Se trataba más bien de establecer el conocimiento del Dios único y verdadero entre los gentiles. Y esto es lo que hizo Dios cuando la luz celestial brilló alrededor de Saulo de Tarso y cuando le envió como el apóstol de los gentiles. Desde entonces, directa o indirectamente, por medio de sus predicaciones y escritos, millones de gentiles han abandonado su idolatría. No se han convertido en judíos, o en miembros de la nación israelita o de la sinagoga; pero han llegado al conocimiento del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el único y verdadero Dios.

Aquello que sucedió a un nivel macrohistórico debería ser cierto también en el micronivel de nuestra experiencia personal. El Dios de gloria se apareció a Abraham y le convirtió en peregrino. La luz del cielo resplandeció sobre Saulo y le convirtió en misionero. Es poco probable que seamos verdaderos misioneros si antes no nos convertimos en peregrinos. Lo que apartó a Abraham de los gentiles no fue una serie de prohibiciones y mandamientos sobre la abstinencia. Fue la revelación de la gloria superlativa del Dios vivo y la visión de la ciudad

* Aparte, claro está, del breve episodio de ciertos sumos sacerdotes bajo el reinado de Antíoco Epífanes.

eterna que éste le prometió. Esta fue la atracción que le hizo abandonar su tierra natal y confesar «que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra» (He. 11:13). ¿Cómo podremos dar un testimonio efectivo a nuestro mundo moderno y pagano a menos que una visión parecida de la gloria de Dios haya eliminado en nosotros ese «amor del mundo» que no proviene «del Padre» (1 Jn. 2:16), y nos haya concedido unas metas superiores y un estilo de vida diferente al de aquellos cuyo punto de vista está limitado a esta tierra?

Pero supongamos que compartimos la visión de Abraham, y que en nuestro corazón hemos abandonado el mundo como él lo hizo. Eso no basta: como Pablo, debemos convertirnos en misioneros y regresar al mundo, para dar a conocer a Dios. Poco podremos afirmar que la luz del cielo nos ha rodeado a menos que ésta nos confiera, al menos en cierto grado, la misma compasión que tenía Pablo por los que esperaban sentados entre tinieblas.

Pero volvamos al tema que tenemos entre manos. Hemos visto las conexiones de pensamiento entre los Movimientos 1 y 4; ahora encontramos una entre los Movimientos 2 y 3.

El relato que hace Lucas de cómo Felipe evangelizó Samaria confiere una tremenda importancia a un tal Simón que, basándose en el poder de la hechicería, de la magia, se consideraba alguien importante. ¡Un charlatán religioso de lo más evidente! Sí, pero la cuestión es que los samaritanos locales habían caído en su trampa, y lo tenían en un gran concepto. Decían que Simón era el poder de Dios llamado «el gran poder». Para los judíos, sean o no cristianos, semejantes afirmaciones hubieran resultado blasfemas. Pero claro, para la mayoría de los judíos, tanto entonces como ahora, también es una blasfemia la afirmación cristiana de que Jesús es el Hijo de Dios (quizá incluso mayor). ¿Cómo podemos estar seguros de que los primeros cristianos no estaban tan equivocados en su concepto de Jesús como lo estaban los samaritanos con respecto a Simón? ¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús no fue, como algunos eruditos judíos sostienen, un mero rabino

«obrador de milagros» entre otros muchos, cuya reputación han exagerado sus seguidores gentiles convirtiéndola en pura blasfemia?

En el Movimiento 3 encontramos una respuesta a esta pregunta. Allí Felipe predica a un etíope, presentando a Jesús como el Siervo Sufriente de Isaías 53 (8:32-35). Los cristianos creen, ciertamente, que Jesús hizo milagros, y además muy importantes. Su fe se basa en el supremo milagro de su resurrección. Pero debe quedar claro que no es Jesús el milagrero el que ha cautivado los corazones de millones de seguidores. Ha sido Jesús, el Siervo Sufriente de Dios, el Cordero llevado al matadero y silencioso delante de sus trasquiladores, el Cristo crucificado que fue herido por nuestras transgresiones, que fue molido por nuestras iniquidades y por cuyas llagas fuimos nosotros sanados. No hay comparación posible entre él y los Simones de este mundo.

A continuación incluyo una breve tabla de contenidos seccionados que puede ayudarnos a tener en mente una panorámica de la sección, y que puede sugerir cómo se relacionan entre sí y con el contexto general los cuatro movimientos.

SECCIÓN SEGUNDA: LA ADORACIÓN Y EL TESTIMONIO CRISTIANOS
(6:8-9:31)

I. LA MUERTE DE ESTEBAN; PABLO PERSIGUE A LA IGLESIA (6:8-8:3)

1. «El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham... y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela» (7:2-3).
2. El Señor en la zarza que ardía sin consumirse. El Señor se identifica ante Moisés como «el Dios de tus padres... he visto la aflicción de mi pueblo... y he descendido para librarlos...» (7:30-34).
3. «Pero Esteban... vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios... y dijo: He aquí, veo... al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos... le apedrearon» (7:55-58).

II. FELIPE Y LA CONVERSIÓN DE LOS SAMARITANOS (8:4-25)

1. Samaria y las hechicerías de Simón (8:9).
2. «Pero había un hombre llamado Simón... haciéndose pasar por algún grande... A éste oían atentamente todos... diciendo: Este es el gran poder de Dios» (8:9-10).

III. FELIPE Y LA CONVERSIÓN DE UN ETÍOPE (8:26-40)

1. Jerusalén y sus santas escrituras (8:27-28).
2. «Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia»... el eunuco dijo a Felipe: Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto...? Entonces Felipe... le anunció el evangelio de Jesús» (8:32-35).

IV. LA CONVERSIÓN DE SAULO EL PERSEGUIDOR (9:1-31)

1. Saulo persigue a los discípulos; el Señor se le presenta como «Jesús, al que tú persigues» (9:4-5).
2. «Le rodeó un resplandor de luz del cielo» (9:3); «instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles...» (9:15)
3. «En seguida predicaba a Cristo... diciendo que éste era el Hijo de Dios. Y... los judíos resolvieron en consejo matarle» (9:20-23).

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

El evangelio y la adoración ortodoxa judía (6:8–8:3)

La ola de nueva vida que atravesaba la Sección Uno continúa con la misma intensidad en la Dos. Antes de que se cierren sus breves capítulos, el evangelio se habrá extendido desde Judea a Samaria; la primera luz del alba cristiana habrá llegado a Etiopía, y se habrá convertido un apóstol especial, enviado y especialmente preparado para llevar el evangelio a todos los confines del mundo de los gentiles.

Una de las características de la vida no es sólo que se extienda, sino que madure, que progrese: de la infancia a la madurez; de jugar con muñecas a convertirse en enfermera o en madre; de las lecciones escolares a las actividades y responsabilidades adultas; de conducir carros de caballos a inventar trenes de vapor, automóviles, aviones y cohetes espaciales.

Lo mismo sucede con la vida espiritual. Una vez Israel había sido un niño (Os. 1:1), un nuevo fenómeno en el mundo, tanto histórica como espiritualmente. El amor de Dios hacia su hijo en aquellos días de su infancia había sido intenso, fuerte y compasivo. Había quebrantado su esclavitud en Egipto, le había concedido independencia y una herencia propia en Canaán. Año tras año, a partir de aquel momento, Israel había recordado agradecido el sacrificio de la Pascua que hizo posible su libertad. Cada año celebró la alegría de la nueva herencia, en los festivales de las Primicias y de Pentecostés. Entonces, partiendo de su infancia de nómadas errantes por el desierto, pasando por su adolescencia de conquistas y desarrollo de su herencia en Canaán, había señalado la llegada de su primera madurez, de gloria monárquica e imperial, sustituyen-

do su tabernáculo portátil del desierto por un templo permanente, majestuoso, hecho de piedra.

Ahora, con el advenimiento del Mesías, el Hijo de Dios, había llegado el momento de pasar a la madurez completa. Los corderos de miles de Pascuas fueron sustituidos por el sacrificio del propio Cordero de Dios; las humildes tortas de Pentecostés, hechas con el trigo recién molido, habían quedado superadas por la llegada del Espíritu de Dios, las primicias de una herencia celestial. Y ahora había una sombra que empezaba a ascender por el glorioso templo de piedra en Jerusalén: pronto quedaría eclipsado por la gloria poderosa de una morada para Dios infinitamente superior al templo.

El cambio perjudicial simplemente niega, traiciona y destruye el bien del pasado y el presente; el verdadero cambio da plenitud a ese bien o lo reemplaza por algo mejor. Oponerse al cambio nocivo es bueno, pero molestarse por el cambio auténtico y enfrentarse a él, como hicieron muchos judíos, implica convertir lo bueno del pasado y del presente en algo malo. El niño que no quiere dejar sus juguetes y asistir a la escuela, convierte su juego en una expresión de fracaso humano.

Esto es lo que sucedió con el sumo sacerdote y los principales, los «edificadores» del templo de Jerusalén. Cuando Dios envió a su Hijo para que fuera la piedra angular de un templo nuevo, universal, espiritual, los constructores procuraron destruirle; y Pedro tuvo que informarles de que Dios había emplazado la piedra que ellos habían rechazado como piedra angular de su nuevo templo (4:11). Luego llegó Esteban, que advirtió a esos mismos sacerdotes que, al rechazar a Cristo en favor de su templo tradicional, se estaban aferrando a un sistema de adoración que se quedaba anticuado, y que al final desaparecería. Y le asesinaron por decir esto; hasta tal punto llegaba su antipatía hacia el cambio.

Así, Esteban se convirtió, después de nuestro Señor, en el primer mártir cristiano. Ahora bien, por lo general las personas no acceden a padecer martirio si no es por unas verdades o principios que consideran más importantes que la propia vida;

y Esteban murió por la diferencia que existe entre el punto de vista que tienen de Dios el judaísmo y el cristianismo.

Por supuesto que Esteban no fue el único, entre sus contemporáneos, que sugiriera que la adoración en el templo de Jerusalén tenía algo de insatisfactorio. La propia comunidad religiosa de judíos en Qumrán, tan estricta, a orillas del Mar Muerto, hacía mucho tiempo que se habían abstenido de participar en los servicios del templo. Dice Geza Vermes: «Para los sectarios, el templo de Jerusalén era un lugar de abominación; consideraban que su recinto estaba contaminado, que sus sacerdotes eran malvados, y el calendario religioso que allí se observara iba en contra de la ley».* Por consiguiente, en aquel momento no eran capaces de tomar parte, conscientemente, en la adoración del templo, tal y como se practicaba. A pesar de esto, su actitud hacia el templo difería mucho de la de Esteban. No ponían objeciones al templo en sí y a la adoración en él, sino sólo a los abusos descarados. Su esperanza era que algún día la adoración en el templo recuperaría su pureza original y volvería a conformarse de nuevo a las reglas veterotestamentarias tal y como ellos las entendían. Cuando eso sucediera, y ellos estaban seguros de que sería así, volverían a tomar parte en ella alegremente.

Como contraste, los primeros cristianos al principio fueron más ortodoxos que la comunidad de Qumrán. Siguieron subiendo alegremente al templo a participar en sus servicios (Lc. 24:52-53; Hch. 2:46-3:1). Pero entonces llegó Esteban, y empezó a difundir ideas que, una vez maduras, incitarían a sus hermanos cristianos a abandonar por completo el sacerdocio, el templo, sus sacrificios y rituales. Él no se quejaba, como los hombres de Qumrán, de que el templo y sus servicios se habían apartado de la Escritura y había que reformarlos; él lo que afirmaba es que ya estaban obsoletos, y que pronto desapare-

* Geza Vermes, «The Dead Sea Scrolls», *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, Supplementary Volume (Nashville: Abingdon, 1976), p. 215b.

cerían. Debido a estas ideas revolucionarias y ofensivas (para los judíos ortodoxos de la época), fue llevado ante el tribunal supremo de la nación, acusado, condenado y ejecutado.

Los cargos básicos que se le imputaron a Esteban fueron: «Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dijo Moisés» (6:13-14). Sobre la base de estos cargos específicos el fiscal formuló la acusación general de que Esteban era culpable de «palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios» (6:11). No hace falta decir que esta acusación era muy grave: si podían probarla, acarrearía una sentencia de muerte segura (Lv. 24:16). Lucas nos advierte (6:11, 13) que los cargos concretos eran una distorsión de los hechos, y que los testigos que los respaldaron estaban corruptos. Casi lo hubiéramos podido suponer solos, partiendo de la lectura de los cuatro Evangelios. En ninguno de ellos se nos dice que Cristo destruiría físicamente el templo de Jerusalén; es bastante improbable que Esteban hubiera afirmado una cosa así.*

Por otra parte, es significativo que en ningún punto de su dilatado discurso (al menos, en lo que Lucas registra de éste) Esteban no intenta explicar lo que no había dicho nunca, en el sentido en que ellos pretendían, es decir, que Jesús destruiría físicamente el templo. Lo más probable es que considerara que no valía la pena; porque la otra parte del cargo sí era cierta. Sí que había dicho que Jesús de Nazaret cambiaría —en realidad

* Por supuesto, lo que sí dijo Cristo fue que, debido al rechazo oficial por parte de Israel del Mesías que su Dios había establecido, y debido a su persistencia en ese rechazo a pesar de su resurrección y ascensión, Dios permitiría que los enemigos de Israel destruyeran tanto la ciudad de Jerusalén como el templo (Mt. 24). No había nada intrínsecamente blasfemo en decir que Jeremías, en su época, les dijo a sus contemporáneos que Dios permitiría que el templo fuera destruido debido a sus pecados. Y esto es lo que sucedió, bajo el reinado de Nabuconodósor. Por supuesto, Jeremías no dijo que él (Jeremías) destruiría el templo, ni tampoco Cristo.

ya lo había hecho— las costumbres que Moisés había legado a la nación. Y, la primera vez que lo oyeron, esto debió sonarle al concilio igual de blasfemo. Creían que Moisés había recibido de Dios las costumbres que, a su vez, les había transmitido, y también creían en las escrituras del Antiguo Testamento en las que estaban registradas semejantes costumbres, bajo la inspiración directa de Dios. Para el concilio, decir que Jesucristo cambiaría, o había cambiado, esas tradiciones, suponía una evidente blasfemia; por tanto, el énfasis que Esteban debía poner en su discurso iría orientado a demostrar que decir tal cosa no era una blasfemia ni contra Moisés ni contra Dios, y hacerlo basándose en esas mismas escrituras.

Pero surgen algunas preguntas. ¿Qué fue lo que hizo pensar a Esteban que el Señor Jesús cambiaría o había ya cambiado las instrucciones de Moisés respecto al templo y la manera que tiene el hombre de acercarse a Dios? Y, ¿cuáles eran esos cambios? Y, si era consciente de que sus compatriotas judíos los rechazaban con tanta amargura, ¿por qué seguía hablando de ellos? ¿Y por qué, cuando iban a condenarlo, pensaba que esos cambios eran tan importantes que prefirió morir antes que retractarse?

El trasfondo al pensamiento y al testimonio de Esteban

Para comprender lo que pensaba y dijo Esteban sobre este asunto, no basta con consultar su discurso, porque en él, como hemos visto, no intentaba explicar los cambios que había introducido e introduciría Cristo; lo que le interesaba era demostrar que no suponía ninguna blasfemia decir que tales cambios estaban ahí. Para reconstruir el pensamiento de Esteban, debemos acudir a otras fuentes. Tenemos a nuestra disposición tres fuentes principales.

Primero, su propia experiencia de Cristo; segundo, lo que habría aprendido de los apóstoles y de los otros creyentes

palestinos sobre las afirmaciones que hizo nuestro Señor durante su ministerio terrenal sobre el templo, su muerte, resurrección y ascensión; y tercero, la carta a los Hebreos, mucho más tardía. Fuera quien fuese el escritor de esta carta parece ser que se trataba, como Esteban, de un helenista y, como ha sugerido el Profesor W. Manson, desarrolló las ideas que Esteban había expresado primero.*

La experiencia del perdón de Esteban

Por tanto, la primera fuente fue la de la experiencia personal del perdón de Jesucristo que tuvo Esteban.

No sabemos cuándo Esteban puso su fe en Jesús como el Cristo, o de labios de quién escuchó el evangelio. Pero si consideramos que Hechos nos puede servir de guía, es probable que el sermón que escuchó hubiera seguido la estructura tradicional: una afirmación sobre los hechos de la vida de Cristo (es decir, su crucifixión, resurrección y ascensión), que le señalaban como Señor y Mesías. Y después la oferta del perdón completo y el don del Espíritu Santo para todos los que se arrepintieran sinceramente y pusieran su fe en el Jesús crucificado, resucitado y glorificado (2:38; 3:19; 10:42-43; 13:38-39). Una vez creyó, habría recibido el consiguiente perdón y hubiera experimentado el gozo y el asombro que eso supone. Sintió su corazón llenarse de la sensación de que Dios le aceptaba, a medida que el Espíritu Santo obró en su corazón lo que fue enviado a hacer: «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Ro. 5:5).

Para Esteban, esto fue algo completamente nuevo. Por supuesto que, como judío devoto, antes ya habría conocido y

* W. Manson, *The Epistle to the Hebrews* (Londres, 1951), capítulo 2, «Stephen and the World-Mission of Christianity».

experimentado el perdón. Pero en toda su vida jamás le habían ofrecido el perdón mediante la fe en un hombre que hubiera vivido en este mundo. En ninguna de las páginas del Antiguo Testamento se le decía que si creía en, digamos, Moisés o Elías, recibiría el perdón de los pecados. Pero el perdón del que ahora disfrutaba no sólo le vino *después* de creer en Jesús, o simplemente *porque* creía en él: le llegaba *por medio de* Jesús (Hch. 4:30; 10:43; 13:39); esto era así porque, según le dirían, Jesús, el Hijo del Hombre, tenía la autoridad personal para dispensar el perdón de los pecados, autoridad que había quedado confirmada por su resurrección (Lc. 7:48-49; Hch. 4:30).

Y Esteban pronto aprendería que el perdón venía por medio de Cristo en otro sentido. Lucas nos cuenta que, desde buen principio, los cristianos «perseveraban... en el partimiento del pan» (Hch. 2:42). Seguro que Lucas quería decir algo más que comían su pan diario: ¿no lo habían hecho toda la vida, antes de ser cristianos? Lucas quiere decir que ellos observaban con regularidad la Cena del Señor, en la que Esteban debió participar una vez se convirtió. Allí habría recordado una y otra vez las palabras del Señor Jesús: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo... esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt. 26:26, 28).

Y cuando Esteban preguntara, como seguramente lo hizo, qué quería decir Cristo con lo de «esta es mi sangre del nuevo pacto», los apóstoles le dirían lo que también explicaron a Lucas (Lc. 22:20), que el pacto en cuestión era el nuevo pacto que Dios había prometido a través del profeta Jeremías (Jer. 31:31-34). Esteban tenía un agudo sentido de la historia, tal y como se desprende de su discurso. Es imposible que hubiera escuchado constantemente esta referencia al nuevo pacto sin pensar larga y profundamente sobre sus implicaciones. En el mundo antiguo, por lo general, en la práctica del Antiguo Testamento en particular, había que ratificar los pactos vertiendo la sangre de los sacrificios del pacto. Así se había ratificado el pacto que había hecho Dios por medio de Moisés (Éx. 24:5-8). Era de esperar que el nuevo pacto quedara ratificado de esta

misma forma. En la Cena del Señor, Cristo no paraba de recordarle a Esteban que lo que ratificaba este nuevo pacto era la sangre de su propio sacrificio en el Calvario.

Inevitablemente, la pregunta tenía que surgir tarde o temprano: ¿qué relación tenía este nuevo pacto con el antiguo? El escritor a los Hebreos, posterior a estos hechos, vio la relación claramente, y la expresó concisamente: «Al decir Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer» (He. 8:13). Pero ese mismo escritor se preocupa de explicar que sacó esa conclusión de las afirmaciones explícitas del texto veterotestamentario. Allí el propio Dios afirma que el nuevo pacto *no será como el antiguo* porque éste era incapaz de obtener resultados satisfactorios (Jer. 31:32), y tenía que ser reemplazado por un pacto nuevo y distinto. Está claro que Esteban era tan perspicaz como el autor de Hebreos. Él también se daría cuenta que no serviría de nada tener un nuevo pacto si el antiguo continuaba vigente. Y el pueblo de Dios tampoco podría relacionarse con él bajo los términos de dos pactos simultáneos. Por consiguiente habría llegado a la conclusión, como el autor de Hebreos, de que el viejo pacto quedaba abrogado. Jesucristo había cambiado las costumbres transmitidas desde Moisés. Él era el mediador de un pacto mejor, basado en unas promesas también mejores (He. 7:22; 8:6). Y Esteban lo dijo públicamente, y lo seguiría diciendo a pesar de la oposición más dura concebible, e incluso con el riesgo eventual de perder su vida, porque este no era un elemento intrascendente del pensamiento cristiano. Este era el verdadero meollo del evangelio cristiano: los términos y condiciones del perdón y la aceptación divinos bajo el nuevo pacto, por medio del sacrificio de Jesucristo nuestro Señor.

Cristo y el nuevo tipo de templo

Pero Esteban también había oído de los apóstoles y de los creyentes palestinos las acciones y afirmaciones de Cristo

respecto al templo de Jerusalén. Su limpieza del templo se había hecho famosa. Ciertamente, cuando los falsos testigos acusaron a Cristo, durante su juicio (como acusaban ahora a Esteban de repetir) que «era capaz de destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días» (Mt. 26:61), estaban ofreciendo una versión presumiblemente equivocada de lo que él había dicho en aquella ocasión: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Jn. 2:19). Juan nos dice que ni siquiera los discípulos de Cristo no comprendieron en aquel momento que se estaba refiriendo al templo de su cuerpo, pero tras su resurrección sí lo entendieron (Jn. 2:22).

Lo mismo sucedería con Esteban, por supuesto. Primero habría entendido que Cristo anunciaba un nuevo tipo de templo y, después, que no se limitaba a decir que durante su vida en esta tierra su cuerpo constituiría el templo de Dios. Lo que dijo es que el templo de su cuerpo sería levantado de entre los muertos y «reedificado» como un templo. Automáticamente, esto reorientó el punto de vista de Esteban sobre Dios. Como judío devoto, siempre había creído en la omnipotencia divina, expresada por ejemplo en el magnífico Salmo 139. Pero durante siglos Dios había dispuesto en Israel un edificio, un templo, un lugar en esta tierra donde pudiera manifestarse su presencia de una forma singular, un lugar «que Jehová escogiere para que habite allí su nombre» (Dt. 16:2), donde el pueblo pudiera acudir para encontrarle. A través de las generaciones, millones de personas acudieron y encontraron. Sin embargo, durante la vida del Señor en esta tierra, su cuerpo había constituido un templo donde la gente podía encontrar a Dios más directamente que un templo de piedra. Y ahora, desde su resurrección y ascensión, el Señor Jesús vivo y exaltado seguiría siendo el «lugar», dentro del universo de Dios, donde el pueblo podría encontrar a Dios: Esteban lo habría comprobado en su propia experiencia. Cuando quisiera acercarse a Dios, lo más natural es que se dirigiera al Cristo viviente. Ya no sentiría que, para estar cerca de Dios, tuviera que acudir al templo de Jerusalén.

Lo cierto es que nunca había logrado sentirse cerca de Dios en el templo. La presencia de Dios se localizaba en su santuario más oculto, el Lugar Santísimo. Los laicos no podían acercarse a él jamás. Ni siquiera podían entrar en la primera división del templo, y mucho menos en el Lugar Santísimo. Los sacerdotes sí podían entrar en esa primera zona del templo, pero tampoco ellos podían acceder a aquel Lugar. La única excepción era una vez al año, en el día de la Expiación, cuando se permitía al sumo sacerdote descorrer el gran velo que normalmente cerraba el acceso al Lugar Santísimo, para entrar en él y estar en la presencia directa de Dios; y allí debía rociar el arca y el propiciatorio que formaban el trono terrenal de Dios con la sangre del sacrificio nacional por sus pecados. Ciertamente, era un momento tremendamente solemne para el pueblo que aguardaba en el atrio, porque el sumo sacerdote actuaba como representante suyo. Si Dios le aceptaba, y salía vivo, quería decir que Dios les había aceptado a ellos, al menos durante el próximo año, hasta el siguiente día de la Expiación. Pero, por muy real y profundo que fuera su sentimiento de aceptación divina, nunca les concedía la libertad de acercarse o de entrar en el Lugar Santísimo. La puerta del templo siempre estaba cerrada para ellos, y el tupido velo siempre cerraba el paso a la presencia de Dios.

Por supuesto, Esteban entendía bien la función y el significado de ese velo. Y, por tanto, se sintió más que interesado cuando los creyentes palestinos les dijeron que, en el momento en que Cristo moría en el Calvario, el velo del templo se había rasgado en dos mitades, de arriba abajo (Mt. 27:51). Y se hubiera sentido lleno de gozo y adoración al escuchar de los apóstoles que, después de que Cristo hubiera muerto y vertido su sangre por sus pecados, y tras haber resucitado, le había visto físicamente ascender para entrar no ya en el lugar más recóndito del templo de Jerusalén, sino en los propios cielos. Les había llevado hasta Betania, y había alzado sus manos para bendecirles, como un sacerdote. Y fue entonces, mientras estaba en aquella actitud sacerdotal, cuando fue tomado al cielo,

a la misma presencia de Dios. En realidad, al final de su discurso a Esteban se le concedió que viera con sus propios ojos lo que sabía por fe que era cierto: el Hijo del Hombre a la diestra de Dios (7:56), que le garantizaba la bienvenida a la presencia del Padre. Desde hacía mucho tiempo, Esteban ya habría vivido disfrutando de esa bienvenida. Sabría instintivamente que el Cristo resucitado que bendecía a los suyos en el mismo momento de su ascensión no había dejado de hacerlo desde entonces. Ni les había rechazado ni olvidado. Había entrado en la presencia de Dios como su Salvador y representante, del mismo modo que el sumo sacerdote israelita entraba en el Lugar Santísimo del templo de Israel. Era evidente que Dios aceptaba a ese representante de una forma completa y permanente. ¡Y lo mismo los aceptaba a ellos! Por medio de Cristo, ahora obtenían una «entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Ef. 2:18), como lo expresaría Pablo más adelante. Por medio de ese camino que Cristo había inaugurado, estaban invitados a penetrar en el Lugar Santísimo del cielo, como lo diría más tarde el escritor de Hebreos (He. 10:19-22), y se les urgía osadamente que aceptaran la invitación. Puede que el pensamiento de Esteban no estuviera tan formado como el de Pablo o el del escritor de Hebreos, pero habría disfrutado tanto como ellos la inconmensurable bendición que supone el derecho de nacimiento de todos los creyentes en Cristo: la seguridad, aquí y ahora, de que Dios le aceptaba completamente en su presencia.

El saber, como sabía a partir de la profecía de Cristo, que el templo en Jerusalén sería destruido un día, no le causaría mucha pena a Esteban. Ya estaba perdiendo el interés por el templo, cada vez más rápidamente. Durante siglos había servido a Israel como la «parábola» que Dios le había dado, como «símbolo» de las cosas celestiales, «figura y sombra de las cosas celestiales» (He. 9:9; 8:5; 10:1). Con la llegada de estas «cosas» mediante Cristo, su simple sombra ya no era necesaria. Las personas como Esteban, que eran conscientes de que el Hijo de Dios había muerto por sus pecados, que había

ascendido a los cielos y que en aquel mismo momento estaba actuando ante Dios como representante de ellos, ya no podían sentirse interesadas durante mucho tiempo observando cómo un simple sumo sacerdote humano –por muy recargadas que estuvieran sus vestiduras y por muy impresionante que fuera el ritual– descorría una cortina y desaparecía unos minutos cada año, entrando en la habitación trasera de un edificio aquí en la tierra.

Por tanto, en cierto sentido no era cierto decir que Jesucristo destruiría el templo, y Esteban nunca lo había afirmado. En otro sentido, Cristo ya había destruido el templo. Al principio, los cristianos no se dieron cuenta, y Dios no intentó meterles prisa. Pero a medida que fueron comprendiendo más y más la redención que Cristo había obtenido para ellos, Dios les llamaría por medio de sus siervos inspirados, como el escritor de Hebreos, a que abandonaran el templo. No se podía perpetuar un sistema según el cual sólo se podía entrar una vez al año en el Lugar Santísimo de la presencia divina, y además sólo podían hacerlo los sumos sacerdotes; cuando de hecho, todo el pueblo creyente de Dios, sin distinción, es bienvenido para entrar en su presencia en los cielos cada día de sus vidas. Continuar este sistema hubiera supuesto oscurecer, si no negar, el evangelio. No era posible seguir ofreciendo sacrificios para obtener el perdón de los pecados cuando Cristo ya había conseguido la redención eterna y el perdón completo por nosotros mediante su sacrificio consumado en el Calvario; eso hubiera confundido las mentes de las personas sobre la cuestión de si Dios les había o no aceptado. Adherirse a los términos y disposiciones del viejo pacto cuando Dios ya las había abrogado introduciendo un nuevo pacto... hubiera supuesto frustrar al propio Todopoderoso.

Los primeros cristianos, llenos de reverencia hacia las antiguas tradiciones del templo, seguramente necesitaron (y obtuvieron) cierto tiempo para comprender estas cosas y extraer sus implicaciones. Pero Esteban ya las había asimilado. Por amor al evangelio, por amor al hecho de que las personas

comprendieran y disfrutaran la salvación, habló públicamente, clara y repetidamente, sin comprometer el mensaje, y con el poder evidente del Espíritu Santo (6:10), hasta que las piedras acabaron con su vida terrenal.

El discurso de Esteban ante el Sanedrín

Es posible objetar que si Esteban tenía en mente de verdad todo lo que hemos sugerido en las páginas anteriores, debió mencionar al menos una parte de ellas en el curso de su mensaje, para explicar al Sanedrín por qué y en qué sentido sostenía que Jesucristo había cambiado las costumbres que Moisés había transmitido. Y también se puede argumentar que el hecho de que apenas mencione estos temas en su discurso demuestra que no estaba pensando en ellos, y que nuestra reconstrucción de su forma de pensar es, si no falsa, al menos irrelevante.

Pero sostener esto supondría malentender el propósito de su mensaje, desencajando su argumento. Al Sanedrín no le habría interesado que Esteban les contara cómo y por qué pensaba que Jesucristo había vuelto obsoletas las instituciones mosaicas del templo, el sacerdocio y los sacrificios. La propia sugerencia de que Jesús convirtiera el templo en algo anticuado (sin importar cómo o por qué motivos) para ellos constituía una blasfemia contra Dios, un rechazo de su revelación a y por medio de Moisés. Por consiguiente, Esteban tenía que demostrar que no era una blasfemia, y lo hizo relatando la historia y el carácter de la revelación divina tal y como la presenta esa autoridad indiscutible que es el Antiguo Testamento. Podemos resumir los diversos elementos presentes en su argumento de la siguiente manera:

Primero, el Antiguo Testamento demuestra que la revelación divina a Israel no fue algo inmediato, sino que se fue desarrollando en diversos momentos y por medio de distintas personas: a Abraham y por medio de él en Harán (7:2-3), luego

en Canaán (7:5-8); a y por medio de José (7:9-14); a y por medio de Moisés, primero en Egipto (7:17-29), luego en tierra de Madián (7:30-35), después de nuevo en Egipto (7:36), en el desierto y, en especial, en el Sinaí (7:36-38, 44); por medio de Josué, David y Salomón (7:45-47); más adelante por medio de Amós (7:42-43), Isaías (7:48-49) y todos los otros profetas (7:52); y, finalmente, por medio del propio Mesías (7:52). La autorrevelación de Dios, por tanto, no era algo estático, sino progresivo. Por otra parte, si bien esta revelación progresiva fue dada por medio de muchas personas y en diversas épocas, era siempre el mismo Dios quien hablaba, actuaba y se revelaba.*

En segundo lugar, a medida que cada fase en la revelación de la gloria divina iba produciendo en su pueblo una respuesta amante de fe y obediencia, iniciaba un nuevo movimiento, un nuevo paso adelante, una experiencia nueva y más extensa de la provisión divina orientada a la redención de ellos.

La revelación de la gloria divina a Abraham le llevó a abandonar el paganismo tanto de Mesopotamia como de Harán, y seguir por fe la guía de Dios hasta llegar a Canaán, donde se le concedió la semilla prometida y donde vio la luz la nueva nación (7:2-8).

La revelación siguiente de Dios por medio de una visión dada a Jacob (Gn. 46:2-4), le llevó en la dirección opuesta, abandonando Canaán y llevando a su familia (los patriarcas y sus hijos) hasta Egipto, donde experimentaron de una forma maravillosa cómo Dios había anticipado sus necesidades. Había enviado a José por delante, para que les salvara de la hambruna, para que les protegiera y animara, para ofrecerles unas condiciones necesarias en las que aquella familia pudiera convertirse en tribu, y luego en nación (7:9-16).

* Cf. Hebreos 1:1-2: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...»

Aun así, al llevar a Jacobo y a los patriarcas a Egipto, la intención de Dios nunca fue la de que se quedaran allí. Según el plan que había anunciado de antemano a Abraham (7:6-7), llegó el momento en que la nación tenía que ponerse en marcha de nuevo. Anticipando su necesidad, Dios, en su providencia, había protegido a Moisés y le había ofrecido la mejor educación posible en todo Egipto (7:19-22), procediendo luego a revelársele, primero en la zarza ardiente y luego en el Monte Sinaí, para prepararle para liberar a Israel de la esclavitud en Egipto, llevándoles a Canaán atravesando el desierto (7:30-38).

Ahora, su revelación a Israel por medio de Moisés fue mucho más amplia que la ofrecida a Abraham, Isaac, Jacob y José; y la experiencia de la nación había sido, en consonancia, también mayor. Por consiguiente, en este punto Dios fue capaz de hacer que Israel diera un paso significativo adelante, y de empezar a enseñarles, por primera vez, lo que significaba tener a Dios habitando en medio de ellos, con ellos. A Moisés se le instruyó para que construyera el tabernáculo (7:44). El tabernáculo tuvo el privilegio de contener la gloria de la presencia de Dios (ver Éx. 40:34-38), tuvo un ritual dado por Dios y enriquecido con un mobiliario simbólico y unas ceremonias instructivas. A pesar de ello, sólo fue una primera fase en este aspecto de la revelación divina. Más adelante, cuando David completó la conquista de Canaán que había empezado Josué, Dios le dio unas instrucciones, que ejecutó su hijo Salomón, para que reemplazara el tabernáculo portátil por un templo más elaborado, glorioso y permanente, hecho de piedra (7:45-47). Sólo hemos de leer los capítulos adecuados de 1 Reyes y 2 Crónicas para darnos cuenta del acrecentado concepto de la gloria de Dios y de la magnificencia de su salvación que daba a Israel la construcción de ese templo.

Aun así, esta no fue la última palabra de Dios sobre el tema, y ese glorioso templo de piedra no era el templo ideal que él tenía en mente. No podía ser. Por definición, «el Altísimo no habita en templos hechos de mano» (7:48). Por lo tanto, si

miramos más allá de la destrucción del templo de Salomón, y más allá del momento en que los que volvieron del Exilio lo reedificaron, Dios procuró, por medio del profeta Isaías, ampliar el pensamiento de su pueblo mediante la plena revelación de su grandeza como Señor Creador trascendente, de forma que consideraran el único tipo de templo que iba a satisfacer a Dios en última instancia: «El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis?, dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?» (7:49-50) Incluso el templo de Herodes, a pesar de su magnificencia que no tenía rival (en Israel), debía volverse obsoleto y quedar abandonado en favor del tabernáculo ideal de Dios, «aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor... el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación» (He. 8:2; 9:11).

No se trataba, pues, de propaganda cristiana antisemita. Ni siquiera se podría considerar como un punto de vista sectario dentro del judaísmo. Este era el punto de vista sobre el futuro que hacía tanto tiempo que había anticipado el profeta clásico Isaías, y que los más intelectuales de Israel habían comprendido. El judaísmo, cuando fue fiel al Antiguo Testamento, siempre había entendido que la revelación divina era progresiva, y que Dios no podía permitir que su pueblo descansara permanentemente y se estableciera sin haber alcanzado el ideal.

Pero en tercer lugar, la exposición de Esteban de la historia del Antiguo Testamento dejaba claro que, mientras que la revelación divina era progresiva, nunca fue errática, inconsistente o arbitraria. A través de todos los cambios aparentes en la dirección en que Dios conducía a Israel, siempre se había atenido a su propósito original. La manifestación de su gloria a Abraham, y por medio de éste a la nación, estaba destinada a generar en ellos una respuesta de obediencia y adoración. Si tras haber conducido a Abraham desde Mesopotamia a Canaán, Dios le informó de que sus descendientes tendrían que abandonar esa tierra y habitar en Egipto durante muchos siglos, Dios no estaba actuando de forma incoherente, ni había abandonado

o modificado su propósito original. Al final de sus instrucciones a Abraham, Dios le informó de que «después de esto saldrán y me servirán en este lugar» (7:6-7; Gn. 15:13-14). Los siglos que pasó el pueblo en Egipto, lejos de la tierra prometida, no fueron un abandono del proyecto sino el medio para ascender un escalón más. La revelación a Abraham de la gloria divina le había llevado desde Mesopotamia hasta Canaán, donde tendría inefables experiencias de profunda adoración a Dios (Gn. 12:7, 8; 13:4, 18; 22:5, 9). Como resultado de la revelación de la gloria divina a Moisés por medio de la zarza ardiente y en el Sinaí, todo el pueblo de Israel saldría de Egipto para llegar, al fin, a Canaán, para adorar a Dios allí como lo había hecho Abraham. Pero mientras que éste jamás poseyó ningún territorio cananeo, y se limitó a levantar su altar familiar donde plantara la tienda, cuando Israel entró en Canaán lo hizo llevando consigo el tabernáculo, más elaborado, y una vez tomaran posesión de la tierra establecerían ese tabernáculo y su altar como el centro permanente de la adoración nacional.*

De forma similar, cuando después de la provisión del tabernáculo de Moisés, e incluso del glorioso templo de Salomón, Dios anunció por medio de Isaías que ningún edificio terrenal podía funcionar adecuadamente como morada del Creador trascendente, no es que Dios abandonara la idea de habitar entre los hombres o negarles el acceso a su presencia. En el tabernáculo y el templo Dios no sólo habitaba entre ellos en cierto sentido, sino que, como antes recordábamos, una vez al año se permitía a un hombre entrar a la presencia de Dios en esta tierra.

Al anunciar que ahora Jesús había vuelto obsoleto el templo, Esteban estaba diciendo que Dios había dado otro paso en él

* Las palabras «saldrán y me adorarán en este lugar», al final del 7:7, no se encuentran en Gn. 15:14. Esteban las añade siguiendo el modelo de las palabras de Dios a Moisés en Éx. 3:12, para dejar claro que incluso en tiempos de Abraham Dios miraba más allá de Moisés, al cumplimiento del propósito con que llamó a Abraham.

cumplimiento de ese mismo propósito y deseo, pero a un nivel infinitamente superior. «He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios» (7:56). ¡No es de extrañar que el Sanedrín viera su rostro como si fuera el de un ángel (6:15)! El Hijo del Hombre a quien vio no era otro que Jesús, el Jesús real y humano que hacía tan poco tiempo había caminado por esta tierra. Ahora ese mismo Jesús, resucitado físicamente de los muertos, y corporalmente ascendido a los cielos, estaba a la diestra de Dios. Y no sólo por sí mismo. Como Hijo del Hombre, como Hombre Ideal, incorporaba a sí mismo a todos los suyos. Si él podía entrar y ser bienvenido en aquel cielo exaltado, también ellos podrían. Esto era algo nuevo, sobrecogedor, glorioso, pero nuevo. Pero no se trataba de una negación o rechazo de la idea que estaba detrás de la entrada del sumo sacerdote en el lugar más santo de la tierra: era más bien su cumplimiento, y por tanto su sustitución, en un nivel infinitamente más elevado.

Pero en cuarto lugar, Esteban dejó muy claro que mientras las fases sucesivas en la revelación divina siempre fueron coherentes con la consecución, en un nivel cada vez más alto, de su propósito original, el advenimiento de una nueva fase en esa revelación solía requerir que Israel comenzara a actuar de un modo muy distinto del que hasta entonces lo había hecho. A un niño a quien le enseñaron los rudimentos de la suma por medio de fichas de colores, y le dijeron que uno y uno son dos, no abandonará ese principio cuando pase de las fichas a los ordenadores. Pero dejará de usar las fichas.

De modo que Dios sacó a Abraham de Mesopotamia y lo llevó a Canaán, y le dijo a Isaac que no bajara a Egipto, sino que se quedara allí (Gn. 26:2-3). Pero cuando comenzó la siguiente fase en el propósito divino, Dios le dijo a Jacob que hiciera exactamente lo contrario, y descendiera a Egipto (Gn. 46:2-4). Por supuesto, Dios le dejó claro a Jacob que no se estaba apartando de su propósito original y manifiesto: al final la nación regresaría; y, creyendo esta promesa, Jacob y los patriarcas habían sido enterrados en Canaán (7:15-16). Pero si

Jacob hubiera decidido que, como a Abraham le había ordenado Dios que subiera a Canaán, y como a Isaac le había dicho que se quedara allí, él también debía permanecer en aquella tierra sin bajar a Egipto, esa decisión hubiera supuesto no ser fiel a la palabra y propósito divinos, la incapacidad de mantener el ritmo del Dios vivo y de su creciente revelación.

Cuando Moisés vino a sacar a Israel de Egipto sucedió algo similar. Si alguien hubiera argumentado que, dado que al principio Dios había ordenado a Jacob que llevara a los patriarcas a Egipto, sería un error abandonar aquella tierra en dirección a Canaán, pero ese argumento no hubiera manifestado obediencia a la voluntad revelada de Dios, sino un celo mal entendido por el pasado. Y comenzar el viaje alejándose de Egipto, y sin embargo dejar allí sus corazones, como hicieron algunos (7:39), era ni más ni menos que desertar de Dios.

Lo mismo pasó con los coetáneos de Esteban. Era un error y una mentira afirmar que por el hecho de que Dios le había dado instrucciones a Moisés para levantar el tabernáculo, y a David y Salomón otras para edificar el templo, era una blasfemia contra Dios decir que Cristo lo había convertido en un elemento anticuado, introduciendo una fase más en el cumplimiento del propósito divino. Rechazar esto no manifestaba fidelidad a la palabra divina, sino reluctancia a aceptar el principio de la revelación divina progresiva, de la que su palabra daba testimonio.

Quizás alguno de los contemporáneos de Esteban argumentara —como pueden hacerlo algunos hoy día— que esta doctrina del progreso de la revelación divina es una idea muy peligrosa. Abre el camino para que cualquier presunto profeta introduzca doctrinas y prácticas de última moda que contradigan directamente las afirmaciones claras de la palabra de Dios, haciéndolo sobre la única autoridad de ese presunto profeta. Ciertamente, el cristianismo ha padecido mucho debido a esto. Bajo la supuesta guía del Espíritu Santo, y justificadas por la doctrina de la progresión, se han introducido todo tipo de tradiciones, doctrinas y prácticas que o no se basaban en la Biblia o incluso

la contradecían, elementos que desde el primer momento han colisionado con la Escritura y, al final, la han sustituido.

Concretamente, a algunos teólogos liberales les gusta mucho pensar que Jesucristo, en su época, descartó algunas partes del Antiguo Testamento y reinterpretó el resto y que, al hacerlo, nos estaba dando ejemplo de lo que debemos hacer: no creernos o seguir el Nuevo Testamento tal y como está escrito. Hemos de leer sus palabras y las de los apóstoles, seguir algunas, descartar otras y reinterpretar el resto a la luz de cualquier filosofía o punto de vista que, hoy día, parezca el más plausible.

No hace falta decir que la doctrina de la progresión que expresó Esteban no tiene nada que ver con este engendro. La quinta lección básica que aprendemos en su exposición de la historia del Antiguo Testamento es que, tras la aparición inicial de Dios a Abraham, Dios anunció y prometió explícitamente y de antemano cada una de las fases de su propósito, con su correspondiente corolario (el llamamiento a Israel para que cambiara sus prácticas). La visión de Jacob (Gn. 46:2-4), que según él le autorizaba a llevarse a los patriarcas y a sus familias desde Canaán a Egipto, cumplía lo que Dios hacía tanto tiempo que había dicho a Abraham que sucedería (7:6). Y el hecho de que Moisés sacara a Israel de Egipto de vuelta a la tierra prometida, era algo que Dios ya había anunciado a Abraham cuatrocientos años antes (7:17).

La venida del Mesías, cuando sucedió, no fue una novedad sin precedentes, sin avisos previos. Moisés la había vaticinado siglos antes (7:37), así como todos los profetas (7:52).

La idea posterior de que el templo terrenal de Jerusalén resultaría no ser el ideal final y permanente de Dios no la inventaron los cristianos, ni fue Esteban el primero en anunciarla. Siglos atrás Dios la había expresado mediante el profeta Isaías (7:48-50).

Y Esteban podría haber añadido correctamente, como lo hizo después el escritor de Hebreos, que el nuevo pacto, el nuevo sacerdocio según el orden de Melquisedec, y la abolición

de los sacrificios de animales en favor de algo mejor, eran cosas que ya se habían anunciado en los profetas y los salmos, siglos antes de que Cristo las pusiera en práctica (véase He. 7-8, 10).

Como sorprendente contraste, en el Nuevo Testamento no encontramos ningún indicio, ni por parte de Cristo ni de los apóstoles, de que en el transcurso de los siglos habría que abandonar algunos elementos del evangelio cristiano en favor de otros mejores. Por ejemplo, no hay nada que apunte a que la Cena del Señor con el tiempo se volverá algo obsoleto y habrá que sustituirla por otro conjunto de símbolos que indiquen una vía de salvación diferente y mejor. Más bien al contrario. Se nos dice que los cristianos deben seguir celebrando la Cena del Señor, proclamando así su muerte, hasta que él vuelva (1 Co. 11:26). Nuestra comprensión subjetiva de la revelación que nos viene dada por medio del Hijo de Dios va destinada, por supuesto, a que progresemos «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13). Pero en lo que respecta al objetivo de la revelación divina escrita, se nos dice explícitamente que «ha sido una vez dada a los santos» (Jud. 3). Por supuesto, el Nuevo Testamento nos dice que habrá una nueva fase en la revelación divina a nosotros: tendrá lugar cuando regrese nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (1 Jn 3:2). Nuestra misión es guardar «el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (2 Ti. 1:14). En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Col. 2:3). Más allá de él no hay nada.

Pero volvamos al discurso de Esteban. El Sanedrín estaba a punto de condenarle por blasfemia, a sacarle a empujones del tribunal para apedrearle. Al hacerlo, se las darían de defensores de la palabra de Dios, de guardianes de la fe ortodoxa, de severos castigadores de la herejía. Quizás estaban convencidos de que era así. Pero la realidad era distinta: y Esteban tenía por destacarles una sexta y muy solemne lección a partir de su exposición de la historia del Antiguo Testamento. En cada

fase nueva de la revelación divina, y con invariable regularidad, al principio Israel había rechazado a aquel que Dios proponía para comunicar su revelación, ser su salvador o educarles en las nuevas pautas de conducta adecuadas para la nueva revelación.

José, que demostró ser el salvador que Dios dispuso para ellos en Egipto, llegó allí porque sus hermanos le odiaban por las visiones que Dios le transmitía (Gn. 37:8), y debido a sus celos le vendieron como esclavo (7:9).

Moisés, a quien Dios envió para liberar a Israel de la opresión e injusticia de Egipto, al principio fue rechazado por sus compatriotas (7:25-29), y fue obligado a huir a Madián. Y aun después de que Dios se le hubiera revelado, primero en la zarza ardiente y luego en el Sinaí, y una vez Moisés había liberado a la nación de Egipto, llegaron a repudiarle, apostataron del único Dios verdadero, se volcaron a la idolatría y, en sus corazones, se volvieron a Egipto (7:38-41).

La primera generación a la que se concedió el tabernáculo, en gran medida lo rechazó durante los primeros cuarenta años de existencia en el desierto, y tendieron a preferir la flagrante idolatría que practicaban los paganos de alrededor. Y unos siglos después, Amós recordaba esta actitud hacia el tabernáculo porque sus propios contemporáneos adolecieron de una conducta herética parecida hacia el templo, hasta que Dios ya no pudo tolerarlo, y desterró diez tribus a Asiria y dos a Babilonia (7:42-43). Y profeta tras profeta, que prometió que un día Dios les llevaría al arrepentimiento, les devolvería a su tierra y les enviaría al Justo, aquel que es el Mesías, que les conduciría por sendas de justicia por amor a su nombre, fue duramente perseguido por sus propios compatriotas.

Por consiguiente, al traicionar y asesinar a Jesús, el partido sacerdotal gobernante, que dominaba sobre la nación y el Sanedrín, no se estaba revelando como el leal y fiel defensor de la revelación divina, ni como el paladín de la ortodoxia. Su rechazo de Jesús el Justo fue la obstinación propia de hombre por regenerar, enemigos del Espíritu Santo, ciegos y sordos al

evangelio, como sus antepasados lo había sido a la ley y los profetas (7:51-53).

Pero este era un lenguaje muy directo y muy fuerte. Se enfurecieron porque, en lugar de retractarse, Esteban había mantenido su afirmación de que Jesús había cambiado y cambiaría las costumbres transmitidas por Moisés, haciendo que el templo y sus rituales quedaran anticuados. De forma que cuando, al final, anunció que veía los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios, consideraron que ya era suficiente, y al cabo de una hora Esteban estaba muerto.

Y al cabo de pocos años, en el 70 a.C. para ser exactos, el templo ya no existía, y toda la familia saducea de sumos sacerdotes, y toda la orden de sacerdotes, poco a poco se fueron sumiendo en la oscuridad hasta desaparecer.

Pero esto, esperamos, no fue el final de la historia. Por solemne que fuera la acusación de Esteban, mientras moría clamó a gran voz, para que todos pudieran oír que les perdonaba: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (7:60). E incluso su mensaje, cuando lo releemos, contiene más que un atisbo de esperanza. Los hermanos de José, que al principio le rechazaron, al final llegaron a reconocerle como su salvador, se arrepintieron y se reconciliaron con él (7:11-14). A pesar de que los compatriotas de Moisés al principio le rechazaron y tuvo que refugiarse en Madián, cuando regresó le permitieron que les condujera fuera de Egipto. Y aunque tras el episodio del Sinaí volvieron a rechazar su liderazgo y se negaron a que les guiara a la tierra prometida, la siguiente generación le creyó y entraron en ella. Si al traicionar a Jesús y conseguir que los romanos le ejecutaran sus contemporáneos siguieron el modelo del rechazo inicial, podemos estar seguros de que algún día la nación repetirá el modelo de la aceptación final. Reconocerán a este Más Grande que José, obedecerán a este Profeta como Moisés, y entrarán por Cristo en las bendiciones que Dios irrevocablemente prometió a Abraham y a su simiente.

Algunas reflexiones ulteriores

Nos queda por considerar las diversas maneras en las que el judaísmo y el cristianismo han reaccionado frente a la destrucción del templo.

Se dice del Señor Jesús que, la última vez que se acercó a Jerusalén y vio la ciudad, y pensó en las tristezas y horrores que vendrían el día de su destrucción, lloró sobre ella (Lc. 19:41-44). Y todo cristiano verdadero se sentirá igual.

Israel sobrevivió a la destrucción de la ciudad y el templo no sólo como pueblo, sino como pueblo que mantuvo su fe en Dios inalterable a pesar de la catástrofe. Los verdaderos cristianos se alegrarán por ello. Como Pablo dice, puede que Israel sea un enemigo por lo que al pueblo se refiere, pero en lo relativo a la lección divina él la ama por amor a los patriarcas, porque los dones y llamamientos divinos son irrevocables (Ro. 11:28-29). ¡Sí, han tropezado! Pero no hasta el punto de caer sin remedio (Ro. 11:11). Un día «toda Israel» (es decir, la nación global, distinta del «remanente escogido por gracia», Ro. 11:5), «será salva» (Ro. 11:26). E incluso la ciudad de Jerusalén, tal y como dijo nuestro Señor, sólo será ocupada por los gentiles hasta que el tiempo de éstos se cumpla (Lc. 21:24).

Un secreto tras la supervivencia de Israel tras la destrucción del templo, tal y como dice el rabino Dr. Isidore Epstein, fue la institución de la sinagoga:

«Habían desarrollado la institución de la sinagoga con su elaborada liturgia, que ahora podía sustituir al templo en la oración y adoración. Además, el concepto de la Ley oral les permitía reconciliar el desarrollo y el cambio con la lealtad hacia la tradición, y para llevar a cabo los amplios reajustes dentro de la vida judía que exigían las nuevas condiciones... Adoptaron un cierto número de medidas para resolver los confusos problemas que nacieron de las numerosas observancias que se centraban en el templo y el sacerdocio. Los cultos divinos y la liturgia se

reformularon y readaptaron por medio de la sustitución de las oraciones por los sacrificios de animales, y mediante la inserción de las súplicas por la rápida restauración del templo y la antigua forma de gobierno hebrea».*

Ahora bien, los cristianos debían estar dispuestos a reconocer la deuda que tenían con la institución de la sinagoga, porque sus primeras iglesias tenían el aspecto de sinagogas, en especial por su forma de gobierno.** Pero «la sustitución de las oraciones por los sacrificios de animales» indica una diferencia elocuente e irreconciliable entre el judaísmo y el cristianismo. La destrucción del templo, el único lugar donde Israel podía ofrecer sus sacrificios por el pecado, había dejado al judaísmo sin la sangre redentora; y entendemos la inadecuación e inconsistencia de su posición cuando consideramos la razón que Dios ofrecía en la Ley para realizar sacrificios expiatorios:

«Y cualquier varón que hubiere de la casa de Israel, o de los extranjeros que habitan en medio de ellos, que comiere cualquier clase de sangre, yo pondré Mi rostro contra aquel que comiere sangre, y le cortaré de entre su pueblo. Porque la vida de la carne está en la sangre, y yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas, pues es la sangre la que hace expiación por causa de la carne» (Lv. 17:10-11).***

* I. Epstein, *Judaism* (Harmondsworth: Penguin Books, 1959), pp. 112-113.

** Y hubiera sido beneficioso que los cristianos se hubieran contentado con eso en lugar de intentar encajar después con el sistema del templo, con sus sumos sacerdotes, sacerdotes menores, levitas, laicos y «sacrificios cuarentos» reiterados.

*** La versión citada aquí es la de *The Holy Scripture According to the Masoretic Text*, una traducción que se apoya en versiones anteriores y para la que se ha consultado constantemente a las autoridades judías sobre el tema (Filadelfia: The Jewish Publications Society of America; Cambridge: Cambridge University Press, 1917).

Hasta el día de hoy, el judaísmo ortodoxo observa estrictamente la prohibición de comer sangre, considerándola como ley inmutable de Dios. Pero Dios explica que el motivo originario para esta prohibición es que «la sangre sobre el altar» es la expiación por el alma. Y sin embargo el judaísmo, aunque respeta la prohibición, ya no le da a ese motivo el lugar que le pertenece. Ya ha abandonado la idea de la expiación mediante la sangre, y la ha sustituido por la oración. Pero es evidente que ésta no es un sustituto adecuado del derramamiento de sangre y del sacrificio de la vida inocente sobre el altar, en lugar del culpable. Pero quizá sea injusto decir que el judaísmo ha *abandonado* el concepto de la expiación mediante la sangre. El cese del sacrificio de animales les fue impuesto por la destrucción del templo. Si el templo siguiera en pie, el judaísmo ortodoxo, por lo menos, seguiría ofreciendo sacrificios sobre el altar del templo para obtener el perdón de los pecados. Y, como nos recuerda el Dr. Epstein, la sinagoga sigue orando por la pronta restauración del templo y, por consiguiente, de los sacrificios (presumiblemente).

Como contraste, el cristianismo no ha abandonado la exigencia divina de que el pecado tiene que ser expiado mediante el derramamiento de sangre. Por supuesto que el cristianismo admitirá, y de hecho insistirá, que la sangre de los animales no puede, ni nunca pudo, quitar los pecados (He. 10:4). Los sacrificios de animales eran notas promisorias. Reconocían la deuda del pecado; prometían un pago; ilustraban la manera en que, en última instancia, había que hacer ese pago; pero, en sí mismas, no pagaban nada. Por otra parte, no se las podía abandonar y olvidar sin más ni más. Había que cumplir las promesas contenidas en ellas.

Y eso es lo que hizo el Señor Jesús. El honró las miríadas de notas promisorias que los fieles de Israel firmaron al ofrecer sacrificios de animales, y pagó por completo su deuda acumulada mediante el derramamiento de su propia sangre y de su sacrificio. Por supuesto, cuando la deuda que ha admitido esa sucesión de notas promisorias se ha pagado finalmente, sí

que podemos olvidarnos de esas notas. Pero eso es muy distinto de abandonarlas porque sí, sin cumplir sus promesas ni pagar su deuda. Cuando el Señor Jesús se sentó a comer su última Pascua con los discípulos, les dijo: «¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más; hasta que se cumpla en el reino de Dios» (Lc. 22:15-16). El judaísmo, sencillamente, ha abandonado los sacrificios cruentos: Cristo los ha satisfecho para siempre.

Entonces, ¿cómo ha reaccionado el cristianismo frente a la destrucción del templo, sus sacrificios, y sus sacerdotes, sumos o no? Si podemos fiarnos de Esteban y del escritor de Hebreos, los cristianos primitivos vieron el final de todo eso sin sentir una angustia indebida. Seguían teniendo un Sumo Sacerdote, que era infinitamente superior a cualquiera de la línea genealógica de Aarón. Tenían un tabernáculo, pero por supuesto no terrenal: tenían el mayor y más perfecto tabernáculo en el que Cristo ministra, y al cual tenían libre acceso. Y tampoco considerarían un desastre el fin de la ofrenda de animales con el propósito de obtener el perdón de los pecados. Ya habían obtenido el perdón completo por los pecados mediante el sacrificio de Cristo, y ya no veían la necesidad de seguir ofreciendo sacrificios para conseguirlo. No necesitamos sacrificar nada para conseguir lo que tenemos.

Pero una vez dicho esto, es de dominio público que más adelante la cristiandad, llegando a extremos alarmantes, perdió su comprensión del evangelio y recayó en el judaísmo precristiano, reviviendo elementos que hasta el propio judaísmo había abandonado.

Consideremos el sacerdocio. Según el evangelio del Nuevo Testamento, todos los creyentes, sin excepción, son sacerdotes, y no hay motivo alguno para dividir al pueblo de Dios en dos grupos distintos, el de los sacerdotes y el de los laicos (Ap. 1:6; 5:10; 1 P. 2:5, 9). De forma parecida, según el evangelio, los cristianos sólo tienen un sumo sacerdote, como sucedía en el judaísmo, y ese sumo sacerdote es Cristo.

Pero al cabo de unos siglos la cristiandad no estaba satisfecha del simple evangelio. Volvió atrás e inventó un sacerdocio siguiendo el modelo del antiguo judaísmo. Dividió el pueblo de Dios, hasta entonces indiviso, en dos grupos bien diferenciados: el sacerdocio y el laicado. Luego procedió a dividir ese nuevo «sacerdocio» en las tres divisiones sacerdotales del antiguo judaísmo: los diáconos (que correspondían a los levitas), los sacerdotes de pleno derecho y un sumo sacerdote terrenal, obteniendo así una anomalía que el judaísmo nunca tuvo, la de tener dos sumos sacerdotes a la vez, uno en el cielo y otro en la tierra.

Y entonces, dado que los sacerdotes del judaísmo ofrecían repetidamente sacrificios sobre el altar para el perdón de los pecados, la cristiandad levantó altares en los lugares de culto, y les dijo a sus «sacerdotes» que ahora también tenían un sacrificio real que podían y debían ofrecer repetidamente en sus altares para obtener el perdón para ellos mismos y para el «laicado».

Y yendo aún más lejos, dividieron el templo del antiguo judaísmo en dos compartimentos, mediante un gran velo: primero el lugar santo y luego, al otro lado del velo, el Lugar Santísimo. Así fue cómo la cristiandad comenzó a edificar sus lugares de culto siguiendo el modelo del templo judío: primero la nave, donde el laicado podía estar en pie o sentado, y después, separado por una barandilla, o un trabajado plafón de madera, o incluso un tabique, el coro y el presbiterio, donde sólo pueden entrar los sacerdotes, los acólitos y los miembros del coro. No es de extrañar que, a la larga, la gente tuviera la impresión de que, si no se les permitía acceder al lugar más santo de este edificio terrenal, tampoco podían tener la seguridad de entrar al fin en el cielo divino, y mucho menos entrar por fe en el lugar más santo mediante la sangre de Jesús.

Podemos preguntarnos qué hubiera dicho Esteban sobre esto de haber seguido vivo. Seguro que no lo hubiera considerado una inocente atracción por lo antiguo, si bien mal aconsejada. El creía que las diferencias entre el judaísmo y el

cristianismo en estos aspectos concretos eran tan esenciales para el meollo del evangelio y para que todos gozaran del pleno disfrute que supone la salvación obtenida por Cristo, que estaba dispuesto a morir antes que callarse. Si consideraba que la reticencia del judaísmo a seguir adelante, hacia la completa y definitiva revelación de Dios en Cristo, era una forma de rechazar a Dios, ¿qué hubiera dicho de la recaída de la cristiandad en prácticas propias del judaísmo tradicional?

Hay indicios de que en las últimas décadas la cristiandad ha comenzado a purgarse de esas recaídas, centenarias, en el judaísmo más antiguo. Pero aún queda un largo camino antes de que defienda, constantemente y en todas partes, la plenitud incontrovertida y e innegociable del verdadero evangelio cristiano.

MOVIMIENTO 2

El evangelio y la adoración no ortodoxa samaritana (8:4-25)

La segunda historia de la Sección Dos es la evangelización de Samaria a cargo de Felipe; y la relación de pensamiento entre esta segunda historia y la primera no es demasiado difícil de encontrar. Como los judíos, los samaritanos tenían un templo, o al menos lo habían tenido hasta que el sumo sacerdote judío Juan Hircano lo destruyó hacia el 128 a. C. (algunos dicen que el 108 a.C.). A diferencia del templo de los judíos, el suyo no fue edificado en Jerusalén, sino en el monte Gerizín, y aunque ya no existía, los samaritanos seguían adorando en aquel punto en que se había erigido su templo. Para ellos, ese lugar no era accidental, algo indiferente. Lo habían elegido con sumo cuidado, y mantenido con un vigoroso orgullo étnico y religioso (ver Jn. 4:20).

Como en el caso de los judíos, la llegada del Espíritu Santo posibilitaría que los samaritanos avanzaran hacia una forma de adoración más elevada de todo lo que habían conocido hasta entonces. Su templo, como el judío, había sido un edificio físico, hecho de piedra, situado en un punto fijo del monte Gerizín. Ahora, al don de la morada entre ellos del Espíritu Santo transformaría a todo aquel samaritano que le recibiera en un templo espiritual. El lugar geográfico ya no tendría importancia, como le dijo una vez nuestro Señor a una mujer samaritana: «Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre» (Jn. 4:21).

Ya había llegado ese momento, y por medio de la predicación del evangelio a cargo de Felipe, se les ofrecería a los samaritanos esa fuente de agua viva (Jn. 4:14), ese don del Espíritu Santo por medio de la fe en el Señor Jesús, que les capacitaría para adorar a Dios con ese tipo ideal de adoración que es el único que puede satisfacer el corazón divino. «Mas la hora viene», le dijo el Señor a la samaritana, «y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren» (Jn. 4:23-24).

Pero los samaritanos tenían una dificultad especial. Por su parte, los judíos veían muy difícil cambiar su forma tradicional de adoración, al ser buena y dada por Dios, para alcanzar esa forma elevada de adoración que ahora era posible por medio de Cristo. En realidad, muchos judíos nunca consiguieron dar ese paso. Como contraste, muchos samaritanos demostraron estar dispuestos a cambiar su forma tradicional de adorar, adoptando la nueva. Pero desgraciadamente, en esa forma tradicional existía un error tan básico y tan grave que incluso cuando creían en el Señor Jesús y se bautizaban en su nombre, durante un tiempo no les permitían o no podían cambiar esa tradición. El Espíritu Santo, sin el que jamás podrían conocer al Padre tal y como es en realidad, sin el cual no podrían adorarle en espíritu y en verdad, no se les concedió durante un

tiempo, hasta que se enfrentaron a su error pasado, se arrepintieron y, conscientemente, lo rechazaron (8:14-17).

Pero entonces, ¿cuál era aquel error? ¿Y por qué era tan grave? Para descubrirlo, debemos dar un repaso a su historia.

El trasfondo a la evangelización de Samaria, encomendada a Felipe

Si, como nos demuestra la historia, para la mayoría de los judíos el respeto hacia el templo de Jerusalén constituía una importante manifestación de ortodoxia, los samaritanos no eran demasiado ortodoxos. No demostraban respeto alguno por el templo de Jerusalén. Esto no era así porque fueran paganos. No lo eran. Creían en el único Dios verdadero, como los judíos, y aceptaban los cinco libros del Pentateuco como palabra inspirada por Dios. Creían que algún día Dios enviaría a su Mesías al mundo, como su Salvador.* También creían en el día del juicio. Y también ofrecían, religiosamente, los sacrificios exigidos por la ley de Moisés.

Pero rechazaban Jerusalén y su templo. No es que pensarán como la gente de Qumrán. Como recordarán, estos últimos creían que el templo de Jerusalén, en sí mismo, era bueno; lo único que pasaba era que los desmanes e irregularidades que perpetraban en él los sacerdotes y los festivales no les permitía participar en sus servicios. Por el contrario, los samaritanos no creían en el templo de Jerusalén en absoluto.

Ni tampoco pensaban, como Esteban, que los templos terrenales, el sacerdocio levítico y los sacrificios de animales fueran obsoletos y estuvieran a punto de desaparecer. Es cierto que en el momento en que Felipe les llevó el evangelio ya no tenían un templo propio. Pero seguían teniendo un sumo

* Se referían a él como el Taheb; una traducción posible de este término es «el restaurador».

sacerdote, y ofrecían sacrificios de animales en el lugar en que se había levantado su templo, y no estaban dispuestos a abandonar tales cosas.*

Ni siquiera objetaban a la forma del templo de Jerusalén, ni a sus sumos sacerdotes.** No, la posición de los samaritanos era la siguiente: aceptaban, como los judíos, que las instrucciones de Moisés en Deuteronomio 12:4-18 establecían que debía haber un único centro de adoración en toda la tierra prometida, donde se ofrecieran legítimamente los sacrificios. Lo que pasa es que no creían que sólo debiera existir un único centro en toda la tierra prometida en el que se pudieran ofrecer legítimamente los sacrificios. No creían que el templo de Jerusalén fuera ese centro ordenado por Dios. Según ellos, el centro estaba en el monte Gerizín. Como le dijo la samaritana a Cristo: «Nuestros padres adoraron en este monte [es decir, el Gerizín], y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar» (Jn. 4:20).

Este desacuerdo se retrotraía al momento del regreso desde el Exilio, cuando la adoración de los samaritanos estaba muy mezclada con la idolatría, motivo por el cual los judíos rehusaron permitir a los samaritanos que participaran en la reconstrucción del templo de Jerusalén. Más adelante los samaritanos renunciaron a su idolatría, pero los judíos siguieron sin aceptarles, debido a su insistencia de que debían tener un templo propio en el monte Gerizín.

* Hasta hoy día, hay una comunidad de samaritanos que viven en Siquem (el Nablus actual) y otra en Holon, cerca de Tel Aviv. Y, el día de la Pascua, siguen sacrificando un cordero en su lugar santo del monte Gerizín.

** Roger Beckwith, *The Old Testament Canon in the New Testament Church* (Londres: SPCK, 1985), p. 130, nos ha recordado recientemente que según Josefo, «el templo samaritano imitaba al de Jerusalén» (*Guerra* 1.2.6, o 1.63; *Ant.* 11.8.2, o 11.310; 13.9.1 o 13.256), que el sumo sacerdocio samaritano se derivaba de la familia del alto sacerdocio judío, por medio de uno de sus miembros que había caído en desgracia, y que muchos de los sacerdotes samaritanos provenían de Jerusalén, en circunstancias similares (*Ant.* 11.8.2, 4, 7 o 11.306-12, 322-4, 346 y ss.).

Este desacuerdo básico entre judíos y samaritanos se convirtió en una llaga crónica, amarga, y en la época de nuestro Señor ya había desembocado en violencia, de uno u otro tipo. Por su parte, los judíos, como ya hemos observado, destruyeron el templo de los samaritanos, y éstos se vengaron.

Strack y Billerbeck relatan la siguiente historia:

R. Ishmael ben Jose se dirigía a Jerusalén a orar. Justo cuando pasaba al lado de un platanero (en Gerizín) se encontró con un samaritano. Este le preguntó: «¿Dónde vas?» Y el otro respondió: «Voy a orar a Jerusalén». El otro repuso: «¿No sería mejor que oraras en este monte sagrado en lugar de en aquel estercolero?»*

En algún momento entre el año 6 y 9 a.C. algunos samaritanos subieron a Jerusalén durante la Pascua y esparcieron huesos por el templo, un acto calculado para fomentar al máximo la contaminación ritual (ver Nm. 19) en el lugar más santo para los judíos.

Una vez más, cuando Cristo y sus discípulos intentaron pasar la noche en una aldea samaritana, los lugareños «no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén» (Lc. 9:51-56). Y el año 52 a.C. los samaritanos llegaron a matar a algunos peregrinos judíos en En-gannim, por lo cual los judíos, como era de esperar, se vengaron.

La reacción moderna ante esta lucha religiosa suele ser la de disgusto e impaciencia, sobre todo porque la historia de la cristiandad contiene ejemplos peores que los que encontramos en la historia entre judíos y samaritanos. La gente está cansada de tanto rencor y violencia en nombre de la religión. Condenan a ambos bandos. Afirman con fuerza que la verdadera

* Strack-Billerbeck, Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrash, vol. 1 (Munich, 1922-28), p. 549. La cita se ha tomado de L. Morris, The Gospel According to John (Gran Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1973), p. 268, n. 51.

espiritualidad tiene que ver con el amor, y que no vale la pena discutir por las cuestiones doctrinales que laten en el fondo de tales disputas.

Pero esa no era la actitud de Cristo hacia tales diferencias. Una y otra vez, por medio de sus acciones y enseñanzas, se apartó claramente del odio rencoroso y la reticente hostilidad de los judíos hacia los samaritanos, expresando abiertamente el amor que Dios sentía hacia ellos (Lc. 10:30-37; 17:11-19; Jn. 4). Pero con su compasiva y firme fidelidad, no dudó en manifestar a los samaritanos el error de su postura. Cuando la samaritana le expuso aquella cuestión secular, él replicó: «Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos» (Jn. 4:22).

Todos están de acuerdo en qué quería decir. Aludía a la ignorancia que los samaritanos se habían acarreado al rechazar todo el Antiguo Testamento que no fuera el Pentateuco. Westcott parafrasea las palabras de nuestro Señor a aquella mujer: «Vuestra adoración... va dirigida a Aquel con un carácter que se ha revelado a sí mismo por medio de los profetas y de la historia de su pueblo, cosas que vosotros ignoráis. Sabéis a quién debéis adorar, pero no le conocéis».* Esta ignorancia era, ciertamente, triste, pero también culpable, dado que ellos mismos se la habían acarreado.

Aparte de esa pérdida inconmensurable, autoinflingida, se produjo otra grave consecuencia. Si hubieran leído y aceptado los Primeros y Últimos Profetas y las Escrituras (las divisiones segunda y tercera del Antiguo Testamento), hubieran encontrado la respuesta para la pregunta de dónde debían adorar y presentar sacrificios ante Dios. Por ejemplo, hubieran leído en 2 S. 5:6-10 y 2 S. 7, que Dios hizo un pacto con el rey David de Judá y Jerusalén; que le garantizó mantener una relación especial entre él y la simiente de David, y que dispuso que el

* B.F. Westcott, *The Gospel According to St John* (Londres: John Murray, 1898), p. 72.

hijo de David, Salomón, edificara un templo para su Nombre (2 S. 7:13). Y hubieran descubierto, en el resto de los libros históricos, los Profetas y los Salmos, que Jerusalén era el lugar que Dios escogió para levantar ese templo (ver, por ejemplo, Sal. 132, en especial los vv. 13-14, y Zac. 3-4).

Solía decirse, en favor de los samaritanos, que cuando se produjo el cisma entre ellos y los judíos, el Pentateuco era la única parte del Antiguo Testamento que se consideraba canónica, aun por los judíos, y, por tanto, la que tenía autoridad. Por consiguiente, los samaritanos aceptaron el Pentateuco porque ya formaba parte del canon, pero luego, como es natural, habiendo rechazado Jerusalén, ignoraron cualquier otro libro que emanara de esa fuente. Pero la evaluación moderna de la evidencia disponible demuestra que el cisma no tuvo lugar tan temprano, en tiempos de Nehemías, como podría suponerse. Aunque los samaritanos edificaron un templo hacia el año 400 a.C., su escisión definitiva del judaísmo y su rechazo de Jerusalén no se produjo hasta el período de los Hasmoneos, probablemente después de su propio templo, a manos de Juan Hircano, hacia el 120 a.C.* Es evidente que en aquella época los judíos consideraban que los Primeros y Últimos Profetas eran canónicos, y es muy probable que pensarán lo mismo de las Escrituras. Por tanto, el cisma final entre el judaísmo ortodoxo y los samaritanos, y su rechazo de Jerusalén y de su templo se llevó a cabo (es decir, los llevaron a cabo sus líderes, sacerdotes y maestros; no podemos culpar al pueblo llano, como por ejemplo a la mujer de Sicar) teniendo pleno conocimiento de lo que decían aquellas Escrituras.**

* Véase Bruce K. Waltke, «The Samaritan Pentateuch and the Text of the Old Testament», en J. Barton Payne (ed.), *New Perspectives on the Old Testament* (Waco, TX: Word Books, 1970), pp. 225-6, y Roger Beckwith, *The Old Testament Canon in the New Testament Church* (Londres: SPCK, 1985), pp. 130-1.

** El Pentateuco samaritano contiene algunas diferencias notables respecto al texto masorético y la Septuaginta, diferencias que apoyan la tesis

Por tanto, su rechazo de Jerusalén y de los dos tercios del Antiguo Testamento debido a su preferencia por Gerizín, revestía una doble gravedad. Primero, implicaba desobediencia hacia la expresa voluntad de Dios en lo relativo a la adoración. Pero además oscurecía, por no decir negaba, la trascendental cuestión del lugar del que procedería el Salvador del mundo. «Vosotros [samaritanos] adoráis lo que no sabéis; nosotros [judíos] adoramos lo que sabemos», dijo el Salvador, «*porque la salvación viene de los judíos*» (Jn. 4:22). Los samaritanos creían que un día Dios enviaría al Mesías, porque Moisés había prometido en el Pentateuco que «profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios» (Dt. 18: 15). Pero a medida que pasaban los siglos, Dios añadía nuevas promesas a esta promesa, indicando cuándo y dónde nacería el Mesías prometido, el Salvador del mundo, de manera que los hombres pudieran saber dónde buscarle, dónde encontrarle, y fueran capaces de reconocerle cuando le vieran. Entre muchos otros detalles, Dios había señalado que el Salvador descendería de la línea de David (Is. 11:1), y cuando llegara oficialmente vendría a la ciudad de Jerusalén como su Rey (Zac. 9:9).

Por consiguiente, rechazar a Jerusalén y las promesas y profecías que Dios ofrece en dos tercios del Antiguo Testamento, había llevado a los samaritanos a una ignorancia deplorable y potencialmente peligrosa. Por supuesto que debió resultarles duro, después de haber toda aquella hostilidad por parte de los judíos, abandonar sus enraizados prejuicios, conservados a través de los siglos, y aceptar que «la salvación viene de los judíos». Ciertamente, el Señor Jesús no estaba justificando o

de que el lugar correcto para el templo de Dios era el monte Gerizín. Es altamente improbable que representen el texto originario del Antiguo Testamento. Véase Bruce K. Waltke, «The Samaritan Pentateuch and the Text of the Old Testament», en J. Barton Payne (ed.), *New Perspectives on the Old Testament* (Waco, TX: Word Books, 1970), pp. 225-6. No cabe duda de que los samaritanos alteraron el texto original para que respaldara su preferencia por Gerizín.

excusando el terrible comportamiento, orgullo, arrogancia y rencor de los judíos, que sabían más que los samaritanos. Pero si estos últimos deseaban hallar la salvación y la satisfacción, y recibir el don del Espíritu que les capacitara para ofrecerle a Dios la verdadera adoración que él desea, tendrían que reconocer que el Salvador del mundo era judío, no samaritano, un rey cuya capital terrenal era Jerusalén, no Gerizín, que llamaba al templo de Jerusalén «la casa de mi Padre» (Lc. 2:49; cf. 19:46); el mismo judío, en definitiva, que hacía tanto tiempo que las señalaban esas Escrituras que los samaritanos habían rechazado.

Felipe, una ciudad samaritana y la recepción del Espíritu Santo

No cabe duda de que la noticia de que sus paisanos de Sicar habían puesto su fe en Jesús como Mesías (Jn. 4:39-41) se habría extendido a otros pueblos de la provincia. Esto contribuye a explicar el éxito que tuvo la predicación del evangelio que hizo Felipe cuando visitó una ciudad en Samaria.* Por supuesto que, como su Señor antes que él, Felipe actuó sabiamente. No enfocó su mensaje a aquellos samaritanos centrándose en la vieja controversia, y ciertamente no defendió los derechos del templo de Jerusalén. Lucas nos dice que proclamó al Cristo (8:5), y Dios confirmó su mensaje mediante numerosos milagros.

Se convirtió una multitud de personas. Pero entonces sucedió algo extraño: el Espíritu Santo no descendió sobre ellos

* Muchos manuscritos dicen «la ciudad de Samaria», como si la ciudad en cuestión fuera la principal, Sebaste, que en aquella época era un núcleo eminentemente gentil. Pero es poco probable que Lucas se refiera a Sebaste, porque en ese caso se hubiera referido a ella por su nombre. La ciudad podía ser la de Gita, el lugar donde había nacido Simón. Es mejor seguir aquellos manuscritos que dicen «una ciudad de Samaria».

(8:15-16). No recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron, como era el caso con los gentiles, antes de ser bautizados (ver el caso de Cornelio, 10:44-48; 11:15-17, y los comentarios de Pedro en 15:7-9). Ni lo recibieron después del bautismo, como los judíos el día de Pentecostés (ver 2:38). Al final llegaron a recibir al Espíritu Santo, pero al principio tuvieron que esperar.

¿Por qué? Se han ofrecido muchas respuestas para esta pregunta, pero lo más prudente es darse cuenta de qué sucedió, y qué es probable que tuviera que suceder, antes de que Dios estuviera dispuesto a otorgarles el Espíritu Santo. Tenían que llegar unos apóstoles de Jerusalén (notemos el preciso lenguaje de Lucas), tenían que orar por ellos e imponerles las manos; y los samaritanos, por su parte, tenían que someterse a que los apóstoles de Jerusalén les impusieran las manos; y entonces, y sólo entonces, Dios estaría dispuesto a reconocer públicamente la autenticidad de su conversión, enviándoles su Espíritu Santo (8:14-17).

Y volvemos a preguntar: ¿por qué? No se trata, evidentemente, de que Felipe fuera un mal predicador: en la historia siguiente, la conversión del etíope, no sugiere nada de esto (8:26-40), ni tampoco que el ministerio de Felipe tuviera que complementarse con el de los apóstoles de Jerusalén si quería ser efectivo. Y en todo el libro de los Hechos tampoco se recoge el hecho de que los apóstoles tuvieran que venir desde Jerusalén e imponerles las manos antes de que los conversos pudieran recibir al Espíritu Santo.

La respuesta a esta pregunta parece bastante clara: los samaritanos tuvieron que reconocer, primero mediante la espera y luego a través de ese gesto visible y físico de la imposición de manos, que dependían de Jerusalén, y que se identificaban con los apóstoles de dicha ciudad. Debían abandonar su ancestral rechazo a Jerusalén. Es cierto, nadie les iba a pedir que empezaran a visitar el templo de esa ciudad: tanto él como el lugar de culto en el monte Gerizín habían quedado obsoletos. Ni tampoco estaba diciendo Dios que a partir de ese momento la sede eclesiástica central debía estar en Jerusalén. Lo que sí

se les pedía era que admitieran lo que el Salvador le había dicho a la mujer de Sicar: históricamente hablando, «la salvación viene de los judíos», y por medio de Jerusalén.

En este mundo hay un solo Salvador y una única salvación (4:12). En un mundo repleto de mil y una voces, que abogan por las pretensiones de innumerables religiones, es de máxima importancia que tengamos una evidencia clara, objetiva e histórica que respalde quién es ese Salvador único. Dios ha dedicado siglos a ofrecernos tal evidencia: al llamar a Abraham; al desarrollar una nación especial; al establecer unos patrones legales, de redención y de adoración por medio de Moisés; y, finalmente y de forma suprema, levantando a David, rey de Judá en Jerusalén, ancestro y prototipo del Mesías; todo ello junto con numerosas profecías extendidas a lo largo de muchos siglos que predecían el nacimiento del Mesías, su lugar de nacimiento, su ministerio, muerte, resurrección y ascensión. El evangelio cristiano no es una filosofía que alguien, sin que importe quién y en qué país, pudiera haber pensado y desarrollado (teniendo en cuenta que fuera un genio), basándose en unos principios universales, generales. Como Pablo diría más adelante, el evangelio es el que «él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne...» (Ro. 1:1-3). El evangelio es producto de un proceso largo, objetivo, histórico y geográfico, controlado en cada fase por el dueño de ese evangelio, que es Dios.

Desde el punto de vista histórico, el evangelio es inseparable de Jerusalén. Según Lucas, cuando entre su resurrección y su ascensión Cristo instruyó a los apóstoles sobre su misión a escala mundial, lo hizo con estas palabras: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lc. 24:46-27). El evangelio está inseparable y eternamente unido a ciertos acontecimientos históricos que tuvieron lugar en Jerusalén.

Por tanto, si Dios hubiera permitido que los samaritanos recibieran al Espíritu Santo sin haber renunciado antes a su tradicional rechazo de Jerusalén y de todas aquellas profecías escriturales que indicaban que el Mesías sería «del linaje de David», hubieran corrido un grave peligro. Podía haberse imaginado, fácilmente, que podía creer en Jesús y «recibir el Espíritu» sin arrepentirse de su actitud. Podían haber nacido dos formas distintas de cristianismo: una judía, basada en el Jesús histórico, inseparablemente unida a Jerusalén, y la otra una versión samaritana, con un «Jesús» y un «Espíritu Santo» que no tuvieran nada que ver necesariamente con Jerusalén; y también podrían haberse jactado de tener una salvación que no viniera «de los judíos». Esa versión samaritana hubiera sido, qué duda cabe, falsa. Hoy día existen ciertos cultos que afirman ser cristianos y que hablan mucho sobre Jesús y el Espíritu, pero que niegan o bien que Jesús murió real e históricamente en Jerusalén, o que resucitó corporalmente, y que rechazarían la autoridad de los apóstoles de Jerusalén. Su Jesús y su Espíritu poco o nada tienen que ver con los hechos históricos.

Y no es que estemos hablando de peligros imaginarios. Las instrucciones divinas por medio de Moisés sobre que su pueblo no debía ofrecer sus sacrificios en cualquier lugar, sino en un solo lugar, que él mismo elegiría, no estuvieron motivadas por un exclusivismo religioso de mente estrecha. Iban destinadas a proteger al pueblo del peligro real de que les sedujeran los cultos cananeos falsos, que les rodeaban en Palestina. Para las personas era muy sencillo, en especial en aquella época precientífica, caer presa de las supersticiones, magias y satanismo de las religiones paganas. Deuteronomio 12 dice explícitamente que si Dios ordenó a Israel que levantara un centro de culto fue para protegerles de dicho engaño; y ese lugar de culto debía ser donde se perpetuara el conocimiento del verdadero Dios. Es cierto que Israel desobedeció y levantó otras capillas ilegítimas, y la deportación de las diez tribus y el sincretismo de los primeros años de la religión samaritana

demuestran cuál fue la consecuencia de esa situación. También es cierto que el templo de Jerusalén se corrompió, fue destruido cuando el Exilio, y tuvieron que reedificarlo. Pero nunca se perdió la verdadera tradición, y Jerusalén continuó siendo el centro que Dios había elegido, y donde se le podía conocer mediante su palabra escrita, por medio del templo sin imágenes y del sistema de sacrificios y adoración (instaurado por Dios).

Pero los samaritanos habían repudiado el centro indicado por Dios, Jerusalén, y dos tercios de su palabra escrita. Por consiguiente, no nos debe sorprender que cuando Felipe llegó a Samaria hubieran pagado el precio de su error: un hechicero llamado Simón los había engañado por completo. El ofrecía una mezcla de magia y espiritismo, y se consideraba alguien importante. Sorprendidos por su magia, ellos habían caído en el engaño de que Simón era «el gran poder de Dios» (8:10). Incluso antes de la llegada de Felipe, que proclamaba al verdadero Mesías, los samaritanos no tenían por qué haber caído en ese engaño. Puede que Anás y Caifás, en Jerusalén, no hubieran sido el máximo exponente de la verdadera espiritualidad, pero en su templo y en sus servicios no cabían personas como Simón. Y si los samaritanos no hubiesen rechazado dos tercios del Antiguo Testamento, hubieran descubierto descripciones del verdadero Mesías que les hubieran evitado que Simón les engañara, con sus conceptos paganos de la deidad, su terminología no bíblica y sus poderes demoníacos.

Además, resulta instructivo darnos cuenta de que cuando Simón escuchó hablar de Jesús y vio los milagros que se hacían en su nombre, estuvo muy dispuesto a «creer» en Jesús y bautizarse en su nombre. Pero lo que vino después demostró que no tenía ni idea de qué representaba el Jesús histórico, ni de quién era el Espíritu de Dios. Para él, «Jesús» y «el Espíritu» eran simplemente dos poderes demoníacos, más poderosos que los que él utilizaba pero del mismo tipo. Estaba dispuesto a pagar una considerable suma de dinero para añadir a «Jesús» y a ese «Espíritu» a su repertorio, para obtener una mayor

ascendencia sobre las personas, cimentar su religión y ganar más dinero.

Por consiguiente, Dios enseñó a los samaritanos una lección muy necesaria y saludable cuando se negó a autentificar su profesión de arrepentimiento y fe en el Señor Jesús hasta que se hubieran sometido e identificado con los apóstoles de Jerusalén.

Unas reflexiones finales

Hemos dedicado mucho tiempo a estas dos primeras historias en esta sección de Hechos, mucho más del que necesitaremos invertir en las dos siguientes. Aun así, hemos de detenernos brevemente para considerar cómo se complementan las lecciones que nos ofrecen estas dos historias.

La historia de Esteban expresa con fuerza el hecho de que Dios es el Dios de la revelación progresiva, el Dios que ha estado moviéndose durante toda la historia; esta historia nos exige que estemos seguros de habernos movido junto a Dios para llegar a su revelación plena en el Hijo, sin habernos quedado en el judaísmo o incluso retrocedido a una mezcla de cristianismo y judaísmo precristiano.

La historia de Felipe hace exactamente lo contrario, pero expone un punto igualmente importante: que el verdadero cristianismo está enraizado en la historia, y que no debemos cortar jamás esas raíces. No podemos rehusar aceptar la inspiración divina y la autoridad del Antiguo Testamento y, al mismo tiempo, seguir siendo fieles a Cristo y al cristianismo. Y, sobre todo, no podemos rechazar la enseñanza y la autoridad de los apóstoles de Jerusalén, y a la vez afirmar que tenemos el derecho de predicar a Cristo. Aquellos que rechazan la inspiración y autoridad del Antiguo Testamento y abogan por un cristianismo divorciado de la fe en la historicidad de los sucesos sobre los que se basa la cristiandad, en realidad no están predicando un cristianismo verdadero. Han cortado esas

raíces que lo afirman en la historia. Lo que están predicando es, como mucho, una mezcla de ética cristiana y un punto de vista sobre el mundo que les es ajeno, pagano, por moderno que sea; y, en el peor de los casos, ofrecerán al mundo poco más que las supersticiones de Simón.

MOVIMIENTO 3

El evangelio del Siervo Sufriente (8:26-40)

La tercera historia en esta sección es incluso más breve que la segunda, quince versos frente a veintidós. Además, no será necesario recordar demasiado trasfondo histórico para entender la idea central de la historia, que contribuye al mensaje de la Sección Dos.

Una vez más, como en las dos primeras historias, lo que primero nos interesa es el templo de Jerusalén: el Ministro de Estado etíope había subido a adorar a Jerusalén, y en el camino de vuelta, sentado en su carruaje, se dedicaba a leer el libro del profeta Isaías, una copia que seguramente habría adquirido en la ciudad (8:27-28). Esto nos lleva a pensar no sólo en la adoración del judaísmo y su forma de entender a Dios, sino también en su testimonio a las naciones gentiles de alrededor. Ese testimonio contenía dos elementos principales: su templo y su Biblia. Ambas cosas eran, en cierto sentido, únicas. A diferencia de los templos de las naciones circundantes, el de Israel no contenía una imagen de la deidad, y era una expresión de su testimonio del Creador único, invisible y trascendente. Para los gentiles cultos, como el etíope, esto debió constituir un sorprendente contraste frente al absurdo intelectual y la torpeza moral del politeísmo, tan presente en el mundo antiguo.

Es difícil calcular cuántos gentiles cultos había que, por medio del testimonio del templo, habían depositado su fe en

el Dios vivo. Los gentiles, en grandes números, y a veces con una posición social y política importante, ofrecían sacrificios en el templo de Jerusalén. Pero esto no implicaba necesariamente la aceptación del monoteísmo judío ni la fe personal en el Dios verdadero:

«Muy a menudo, el ofrecer sacrificios en algún santuario famoso no era más que una expresión de piedad que se había vuelto cosmopolita, un acto de cortesía hacia la nación o la ciudad concretas, que de ningún modo reflejaba la adhesión a ninguna religión particular. Dado que esto era lo que sucedía en otros famosos santuarios, ¿por qué no en el de Jerusalén? Y por su parte, los gentiles y sus sacerdotes no tenían motivos para rechazar la reverencia demostrada hacia su Dios, aunque sólo fuera un acto de buena educación».*

Muchos gentiles, cuando descubrían que los judíos no estaban dispuestos a devolverles el cumplido demostrando su respeto hacia otros dioses, se sentían ofendidos. También solían resentirse de los términos no negociables en los que los maestros judíos, basándose en los estándares del Antiguo Testamento, denunciaban los vicios y perversiones comunes dentro de la sociedad gentil, dado que los templos y sacerdotes gentiles no solían preocuparse por tales cuestiones. A pesar de ello, el templo de Jerusalén lo visitaban multitud de gentiles que, aunque no se habían convertido plenamente al judaísmo ni se habían hecho judíos, sentían una cierta simpatía por la fe de éstos; también acudían personas como el etíope, que buscaban con sinceridad algo mejor que lo que les ofrecía el politeísmo de los gentiles.

Pero el hecho de que el etíope estuviera leyendo un ejemplar de Isaías durante el camino de regreso a su hogar nos recuerda

* E. Schurer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus*, vol. 2, revisada y editada por G. Vermes, F. Millar, M. Black (Edimburgo: T. & T. Clark, 1979), p. 309.

que en el testimonio del judaísmo ante los gentiles habían otro elemento aún más efectivo que el templo. Era la Biblia. La institución que usaban para la promulgación del mensaje era la sinagoga de la comunidad judía local. En muchos lugares, esa comunidad judía podía ser pequeña, incapaz de respaldar una sinagoga, como aparentemente sucedía en Filipos, ciudad en la que, en el lugar «donde solía hacerse oración», Pablo encontró sólo mujeres (16:13-14). Pero en otros lugares, como Alejandría en Egipto, existían comunidades judías grandes y florecientes. Fueran grandes o reducidas, en la época del Nuevo Testamento los judíos habían fundado sinagogas prácticamente por todo el mundo antiguo.

Y tuvieron un impacto considerable. El propio libro de Hechos da testimonio de que entre los visitantes procedentes de Roma durante Pentecostés hubo algunas conversiones de gentiles (2:11), así como en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (13:43). Y aunque hoy día se discute el significado preciso de las expresiones de Lucas «temeroso de Dios» y «adorador de Dios», es evidente que el centurión romano Cornelio, en Cesarea (10:2), la vendedora de púrpura (originaria de Tiatira) en Filipos (16:14) y el ciudadano romano Tito Justo en Corinto (18:7) habían creído en el verdadero Dios de Israel. El centurión del Evangelio de Lucas (Lc. 7:5) había llegado a edificarles la sinagoga a los judíos de su ciudad. Además, basándonos en Josefo, sabemos que en la primera mitad del siglo I d.C. la reina Elena de Adiabene y su hijo Izates se convirtieron al judaísmo, y es probable que muchos de sus súbditos adoptaran la misma fe. Existe incluso cierta evidencia de que Flavio Clemente, cónsul romano en 95 d.C. y tío del emperador, junto con su esposa Flavia Domitila, se convirtieron al judaísmo.

Por consiguiente, en la agenda del cristianismo no está el minimizar el valor del testimonio misionero de los judíos ante los gentiles, o negar que fue la verdadera fe en Dios y en su palabra los que les convirtieron en la fuerza misionera que constituían:

«... la creencia en la universalidad futura de la verdadera religión, el advenimiento de una era en la que «el Señor será el rey de toda la tierra», cuando «el Señor será uno, así como su nombre», les llevaban a esforzarse para convertir a los gentiles a la adoración del único Dios verdadero, y a la fe y la obediencia de acuerdo con la revelación que él había dado; todo esto convirtió al judaísmo en la primera gran religión misionera del mundo mediterráneo».*

Sin embargo, la historia de Felipe y el etíope pone el énfasis en una diferencia entre el judaísmo y el cristianismo que se encuentra en el mismísimo centro del segundo, y que constituye la fuente principal del movimiento misionero cristiano. Cuando Felipe se acercó al carro del etíope, éste iba leyendo su ejemplar de Isaías y había llegado a las palabras: «Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia; mas su generación, ¿quién la contará? Porque fue quitada de la tierra su vida» (8:32-33 = Is. 53:7-8).

Este pasaje confundía al etíope, y desde su inocencia preguntó: «Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?» (8:34) Y Felipe, por supuesto, le dio la respuesta cristiana: «Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús» (8:35).

Felipe no tendría dificultad en demostrar cómo los sufrimientos de Jesús, su juicio y ejecución, encajaban con los que describía Isaías. Pero no contento con esto, siguió proclamándole las «buenas nuevas» de que Jesús había resucitado de los muertos. Y seguramente adujo, como Pedro (3:17-18) y Pablo (13:27-37), que la resurrección de Jesús no sólo probaba que era el Mesías a pesar de su sufrimiento en la cruz, sino que

* G.F. Moore, *Judaism*, vol. 1 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1927), pp. 323-4.

ese mismo padecimiento era la prueba de su condición mesiánica, dado que cumplía lo que habían dicho los profetas sobre el Mesías.

Si la explicación de Felipe no hubiera pasado de ahí, ya habría señalado una característica de las buenas nuevas que ha cautivado la imaginación, el corazón y en definitiva la adoración respetuosa de millones de personas de muchas nacionalidades: la proclamación de un Mesías que no busca venganza, y que, aun siendo el Rey enviado de Dios y teniendo un poder celestial, amó a sus enemigos y «cuando le injuriaban, no respondió con maldición; y cuando padeció, no amenazaba»; el Rey que no sólo murió deliberadamente por sus compatriotas y amigos (aunque también es cierto), sino por los hombres y mujeres de todas las naciones, por los enemigos de dios y del hombre, por las mismas personas que le crucificaron.

Pero podemos estar seguros de que Felipe no se sintió satisfecho de predicarle al etíope el hecho, por glorioso que sea, de que Cristo sufrió sin deseos de vengarse. Lucas dice que comenzó por el pasaje que estaba leyendo el etíope cuando se encontró con él, lo cual era algo tremendamente sensato. Pero sobrepasa todos los límites de la credibilidad sugerir, como hacen algunos, que no siguió explicando al etíope cómo esos versículos de Isaías 53 se aplicaban también a Jesús. Según esas personas, Felipe le hubiera indicado que los sufrimientos de Cristo no sólo fueron los de un inocente, sino que tenían una cualidad sustitutoria y expiatoria:

«Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días... por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos» (Is. 53:5-6, 10, 11).

Por tanto, aquí tenemos el evangelio puro. Los primeros cristianos insistían en la santidad de Dios tanto como los judíos, así como en las exigencias de la ley divina y en la maldad y perversidad del pecado humano; veamos los dos primeros capítulos y medio de la carta de Pablo a los romanos. Y esos primeros cristianos también insistían en que una vez una persona se ha reconciliado con Dios, ha sido redimida, perdonada y justificada por medio de la fe en el Señor Jesús, esa persona debería aplicarse la ética de Cristo, de un modo riguroso y constante. Pero nada de esto es el evangelio mediante el cual los enemigos de Dios se reconcilian con él, los pecadores son perdonados y los transgresores justificados.

«Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado... por el cual asimismo... sois salvos... Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras...» (1 Co. 15:1-4).

No sólo es el evangelio: es la fuente principal de la motivación misionera que tienen los cristianos evangelistas. Hay un motivo evidente para que la ley de Dios y la ética cristiana no nos lleven a muchos de nosotros por todo el mundo como misioneros: estamos muy lejos de sus estándares y exigencias. ¿Quién soy yo para ir y decirle a alguien que debe ser bueno? Pero hasta yo mismo sería capaz de ir y decirle que, aunque yo era un pecador, Cristo murió por mí y mediante esa muerte compró para mí el don del perdón y la redención eterna; con el corolario de que, si Cristo me amó y salvó de esta manera, es evidente que hará lo mismo con todos aquellos que se arrepientan y confíen en él.

Hoy en día no podemos decir que el judaísmo sea un movimiento misionero. No cabe duda de que existen innumerables motivos para que sea así, pero uno de ellos es éste: no tiene un evangelio que ofrecerle a la humanidad. Su testimonio

del único Dios verdadero y su protesta contra las formas modernas de la idolatría siguen siendo tan válidos y necesarios como lo fueron en tiempos de Isaías. Su defensa del valor que tiene la vida humana, y sus premisas éticas en general, al estar basadas en la ley divina revelada, son dignas de toda alabanza. Pero cuando se trata de solventar el problema fundamental de la raza humana, la culpa auténtica que se deriva de haber quebrantado la ley de Dios, el judaísmo no tiene una respuesta satisfactoria. En siglos anteriores sí tenía una respuesta: el sistema de sacrificios que Dios dispuso junto con su ley. Es cierto que era sólo un símbolo, pero era algo. Pero tras la destrucción del templo perdieron incluso esos símbolos, y ya no tuvieron una realidad convincente con que sustituirlos. El mensaje que satisfizo al etíope y le llevó a la fe era aquel que había rechazado el judaísmo; y sin él, carecía de mensaje de redención, de sacrificios expiatorios y, por tanto, de evangelio.

También la cristiandad corre el riesgo de perder su fe en el evangelio, y con ella su celo misionero. La gente siente que, de alguna manera, nuestro mundo moderno es distinto, que el evangelio que dice que «Cristo murió por nuestros pecados... [y] resucitó al tercer día», el evangelio que salvó al etíope y a los corintios y que fundó iglesias por todo el mundo del siglo I, ya no salva a los pecadores de hoy día. Así, cuando tenemos la oportunidad de predicar al mundo, les hablamos de ética cristiana. Exhortamos a los inconversos a favorecer a los pobres, creer en la familia, luchar por la justicia, y nos olvidamos de decirles que Cristo murió por nuestros pecados para que podamos ser (como necesitamos serlo) salvos, justificados y reconciliados con Dios. Y así es cómo el mundo sigue sin saber que hay una salvación que puede obtener, y cómo los conversos siguen siendo pocos, y las iglesias dejan de ser misioneras. Entonces, hasta el punto en que una iglesia deja de ser misionera, deja de ser cristiana.

MOVIMIENTO 4

El evangelio del Hijo de Dios (9:1-31)

La cuarta y última historia en la Sección Dos es la conversión de Saulo de Tarso. Continúa el tema que se inició antes, el testimonio del judaísmo frente al mundo gentil. Después de todo, Saulo de Tarso, el misionero más grande de todos los tiempos enviado a los gentiles, procedía del judaísmo. Por otra parte, Saulo no fue siempre misionero: fue su conversión a Cristo lo que le convirtió en uno. Y así, al leer su historia, descubrimos una diferencia más entre el judaísmo y el cristianismo.

Hechos contiene tres versiones de la conversión de Saulo. La segunda (22:3-21) y la tercera (26:9-13) las ofrece Pablo con sus propias palabras. La primera es la versión de Lucas y, en su nivel básico, se puede analizar como las tres etapas de un viaje:

1. Viaje de Saulo a Damasco (9:1-9)
2. Estancia de Saulo de Damasco (9:10-22)
3. Regreso de Saulo a Jerusalén y su partida de Tarso (9:23-30)

Incluso a este nivel es evidente que la conversión de Saulo no fue cuestión de un somero reajuste de sus creencias anteriores, una pequeña y útil adición a su judaísmo. Implicó un cambio radical. Nunca llegó a completar su viaje previsto a Damasco. Una vez abandonó esa meta, se convirtió en un tipo de viaje muy diferente, a medida que el que fuera brillante y enérgico perseguidor Saulo (9:1-2), ahora ciego y guiado de la mano, llegó a Damasco, para esperar las instrucciones de su nuevo superior.

Y también su vuelta a Jerusalén fue distinta a la que había planeado. Cuando era joven, había abandonado su ciudad natal,

Tarso, para estudiar en la capital de su fe, Jerusalén, y en el momento de su conversión se dirigía a Damasco para llevar de vuelta a Jerusalén a los herejes cristianos. Ya era bastante malo que la nueva herejía se extendiera dentro de las murallas de Jerusalén, y había hecho lo que había podido para erradicarla. Pero ver cómo se extendía por Judea y Samaria hasta llegar a Damasco era, sinceramente, intolerable. Había que devolver a aquellos herejes a Jerusalén y someterlos a la disciplina del Sanedrín (9:2) antes de que empezaran a infectar las sinagogas de la Diáspora. A los ojos de Saulo, Jerusalén debía ser (y él haría lo posible para conseguirlo) la que impusiera la doctrina ortodoxa para preservar los intereses del judaísmo mundial.

Pero cuando regresó a Jerusalén lo hizo con las manos vacías, convertido en «hereje», que ya caminaba por el «Camino» que se había propuesto destruir (9:2). Y lo que es más, al cabo de poco tiempo, las circunstancias le forzaron, siguiendo las órdenes del Señor y muy en contra de la voluntad de Saulo (ver 22:17-21), a abandonar Jerusalén y regresar a Tarso. Jerusalén nunca volvería a ser su base de operaciones. Tarso, y luego Antioquía, serían los lugares que adoptarían ese rango, cuando Saulo se convirtió en misionero de los gentiles, que no aceptaban la autoridad del Sanedrín de Jerusalén, ni lo harían nunca; eran personas que llegarían a creer en el verdadero Dios de Israel, pero que jamás serían judíos.

Si bien los efectos externos de la conversión de Saulo fueron dramáticos, para qué hablar de lo que supuso para su corazón: una verdadera revolución, un concepto radicalmente nuevo de Dios. Por supuesto que, aun antes de su conversión, era un creyente apasionado en el único Dios verdadero. No era un pagano idólatra ni tampoco abogó, tal y como lo hicieron algunos sumos sacerdotes pre-macabeos, por el sincretismo. Era un heredero fiel y perseverante de la revelación divina a Abraham. Esa fue la revelación que sacó a Abraham de entre los gentiles y de sus conceptos idólatras de la deidad, convirtiéndole en el fundador de la raza hebrea. La fe en aquel mismo Dios único y verdadero había convertido a Saulo en un «hebreo

de hebreos» (Fil. 3:5). Si los gentiles estaban dispuestos a abandonar sus conceptos idólatras de Dios, a poner su confianza en el Dios de Israel y a convertirse según las normas estrictas del fariseísmo, estaba dispuesto a darles la bienvenida como auténticos miembros de Israel. Pero lo que no pensaba hacer era negociar. No iba a aceptar que Jehová era más o menos lo mismo que el Zeus griego o el Baal sirio, admitiendo que eran simplemente nombres distintos para un mismo dios supremo. Y lo que más le sacaba de sus casillas era que sus compatriotas judíos abandonaran el glorioso monoteísmo en el que les habían educado, atribuyendo honores divinos a Jesús de Nazaret. Y según este celo sincero por el sagrado honor del nombre de Dios, les persiguió con todas sus fuerzas.

Y esa fue la tragedia. Fiel a lo que sabía de Dios, estaba tan convencido de que su comprensión monolítica del monoteísmo era todo lo que podía saberse de Dios que, al principio, no permitió que éste le enseñara más; tenía tanta confianza en su propio concepto de Dios que estaba dispuesto a luchar por defenderlo frente a la realidad desvelada de Dios. Cuando el Dios en quien profesaba creer se encarnó, le persiguió despiadadamente, como a cuantos creían en él; así, no sólo demostró que era incrédulo sino, como más adelante confesó (1 Ti. 1:12-17; Ro. 5:10), era enemigo, perseguidor y blasfemo de Dios. ¿Quién puede decir que su blasfemia era menos grave que la del politeísmo gentil? Es evidente que Saulo jamás olvidó lo que le hizo al Dios encarnado y a sus discípulos y santos (ver 1 Co. 15:9; Ef. 3:8; 1 Ti. 12:17), y que eso le curó para siempre de todo sentimiento de superioridad sobre sus compatriotas cristianos gentiles, que antes habían sido politeístas.

El encuentro de Saulo con el Señor resucitado

Cuando la luz del cielo resplandeció de repente en torno a él y una voz le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (9:4), Saulo inmediata e instintivamente se dirigió a aquel que

le hablaba, sea quien fuere, usando el término «Señor»; y fuera cual fuese el matiz que quiso darle en aquel breve instante, muy pronto se dio cuenta de que el Jesús al que se dirigía con ese apelativo era Señor en el sentido más absoluto del término.

Primero se habían sucedido los preliminares de su persecución contra los cristianos. Aquella gente tenía la costumbre de orar a Jesús, y se referían a esas oraciones diciendo que «invocaban el nombre del Señor». El Ananías de esta misma historia constituye un ejemplo claro. Hablando con Jesús (cfr. v. 17 con vv. 10-16) y llamándole Señor le dice: «Señor, he oído de muchos acerca de este hombre [Saulo], cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a *todos los que invocan tu nombre*» (9:13-14). Además, los judíos, incluso los que estaban en Damasco, ya sabían (como vemos en el 9:21) que los cristianos tenían esta práctica de invocar el nombre de Jesús. «Invocar el nombre del Señor» era, como vemos en el Antiguo Testamento, una descripción estándar de la oración a Dios. Por consiguiente, en ningún lugar del Antiguo Testamento vemos que un judío invoque el nombre de un ángel, por la sencilla razón de que a Israel no se le permitía orar a los ángeles. Cuando los israelitas comenzaron a «invocar el nombre de Baal» cayeron en una apostasía radical, que colocaba a Baal en el lugar de Dios, por lo cual Elías ejecutó a todos los que respaldaban tal práctica (1 R. 18:16-46).

Por tanto, podemos entender la ira de Saulo contra los primeros cristianos. Al invocar el nombre de Jesús estaban orando a Jesús como si fuera Dios, tal como diría más adelante Plinio el romano. Saulo conocía esta práctica, la consideraba blasfemia y se dirigía hacia Damasco para erradicarla cuando le envolvió una luz tan celestial, y una voz tan especial le interpelló, que se dio cuenta de inmediato de que se trataba de una teofanía, y se dirigió al que le hablaba como «Señor», para descubrir que ese Señor no era otro que Jesús.

No podemos simplificar en exceso las cosas diciendo que en un segundo se desmoronó su concepto de Dios. Cuando el

Dios de la gloria se apareció a Abraham, éste percibió de inmediato la superioridad del Dios verdadero sobre los conceptos de la divinidad que presentaba el paganismo, carentes de base. Ahora, cuando la luz del conocimiento de Dios en el rostro de Jesucristo brilló en torno a Saulo, éste se dio cuenta enseguida, en medio de su sorpresa y temor, que la realidad del Dios vivo y verdadero era infinitamente superior a la verdadero pero parcial revelación que de él dieron los patriarcas y profetas de Israel.

Cuando Moisés descubrió por qué la zarza ardiente no se consumía, y le preguntó al Dios que brillaba en ella «¿Cuál es tu nombre?», también descubrió algo que le dio unos ánimos extraordinarios: que el Dios de sus padres no era tan sólo un personaje remoto de la historia pasada, ni tampoco el Señor exaltado en los cielos, sino que había «descendido» a la tierra para libertar a su pueblo (Éx. 3:8), y que se identifica con los sufrimientos de ellos. Y toda la persecución que Faraón pudiera lanzar contra ese pueblo no podría destruirlo.

Pero, ¿con qué temor y consternación veía Saulo ahora la inextinguible gloria del Señor resucitado y le oía decir «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (9:5)! La visión le cegó físicamente, lo cual es lógico, porque en el plano espiritual había convertido todo el conocimiento que tenía de Dios en profundas tinieblas. Dios había descendido a la tierra como un misionero, «a buscar y salvar lo que se había perdido» (Lc. 19:10), y Saulo no le había reconocido. En la persona de Jesús Dios habitó entre nosotros, ardiendo en el fuego del Calvario, y Saulo, en esa tremenda visión, no había visto nada. Habiendo regresado a su cielo, seguía siendo inseparable de sus creyentes perseguidos, de sus discípulos y santos; y ahí estaba Saulo, el supuesto campeón de la ortodoxia, ¡metido en el papel de un Faraón moderno!

El corazón del etíope había quedado cautivado por el mensaje del humilde Siervo del Señor, conducido como un cordero al matadero, mudo ante sus trasquiladores, herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados. Pero este

siervo humilde era el Señor exaltado; el Nazareno era la encarnación de Dios. Ahora, un atisbo de su gloria había derribado por tierra al enemigo, a Saulo; su misericordia le perdonó la vida, y su autoridad divina le ordenó llegar a Damasco y esperar instrucciones. Saulo de Tarso había descubierto a Dios tal y como él es.

El Señor Jesús recibe a Saulo y le da instrucciones

Resulta chocante y significativo que, para detener a Saulo y ponerlo a sus pies, Cristo se le apareciera directa y personalmente, sin intermediarios; pero sin embargo, para completar su recepción formal, para llenarlo del Espíritu Santo, restaurar su vista física y darle órdenes, Cristo no se le apreció directamente, sino que trató con él por medio de un agente humano, un tal Ananías. Esto es mucho más destacable si tenemos en cuenta que, para preparar a Saulo para presentarse ante Ananías y para asegurarle que éste sería el agente indicado por el Señor, Saulo tuvo que recibir otra visión aparte de su experiencia en el camino (9:11-12).

El motivo para usar un agente humano fue que, como en otros casos que ya hemos considerado, Saulo debía tener la oportunidad de demostrar que su arrepentimiento y su fe eran genuinos. La multitud de Jerusalén el día de Pentecostés, muchos de cuyos componentes habían pedido a gritos la crucifixión de Jesús, tuvieron que demostrar que su arrepentimiento era sincero bautizándose públicamente en el nombre de Jesús y apartándose de sus asesinos (2:38-40). Los samaritanos tuvieron que demostrar que se arrepentían de su rechazo de la palabra de Dios relativa a Jerusalén sometiéndose a que los apóstoles provenientes de esa ciudad les impusieran las manos (8:14-17). Ahora Saulo tiene que esperar a ser lleno del Espíritu Santo, su bautismo, la restauración de su vista física y sus órdenes, a que Ananías venga y le imponga las manos (9:17).

¿Por qué? Por aquel pecado específico y aborrecible que había constituido la expresión de la enemistad entre Saulo y el Señor Jesús. El había respirado literalmente amenazas de muerte contra los discípulos del Señor (9:1); había infligido un gran daño a los santos del Señor en Jerusalén (9:13); había perseguido a los que invocaban el nombre del Señor (9:21); tenía la intención de encarcelar a los cristianos de Damasco (9:21).

Pero ahora se dirigía al Jesús exaltado como «Señor». Pero, ¿lo hacía sabiendo lo que esto significaba? ¿Era la expresión sincera de un corazón arrepentido? ¿O se trataba de una mera respuesta superficial y transitoria que le había arrancado a su voluntad el potente efecto de una visión? ¿Cómo podríamos saberlo? ¡Muy sencillo! Si Saulo había aceptado sinceramente a Jesús como Señor, estaría dispuesto a reconocer como pueblo del Señor a aquel al que había despreciado y perseguido; admitiría que eran hermanos, y no sólo lo haría sino que les aceptaría e identificaría con ellos tanto en privado como en público.

Ananías, al que usó el Señor como su agente en esta ocasión, no era uno de los apóstoles. Por lo que sabemos, no desempeñaba ningún cargo en la iglesia. Era un creyente «normal», del que la Escritura no habla con anterioridad, y que sólo menciona una vez después de esto (22:12). En sus dedos no se concentraba ninguna magia sacerdotal. Pero cuando puso sus manos sobre el que había sido perseguidor del despreciado Nazareno, ese gesto expresaba la realidad de sus palabras: «Hermano Saulo» (9:17). Y lo que dijo después denotó cómo se había iniciado esa nueva relación y cuál era su fuerza vital: «el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo» (9:17).

Por tanto, aquí tenemos un principio de la genuina conversión. Podemos llegar a la fe salvadora en Cristo, como lo hizo Saulo, nosotros solos, aceptando personalmente a Jesús como Señor. Pero si esa fe es genuina, nos llevará a aceptar al pueblo del Señor. A mí me pueden interesar los pájaros sin que me acerque jamás a una sociedad local de ornitólogos. En realidad,

puedo muy bien negarme a relacionarme con sus miembros, y, sin embargo, seguir siendo un observador «amateur» muy bueno. Pero no puedo aceptar sinceramente a Cristo y no querer tener nada que ver con su pueblo. Son sus discípulos, sus santos, los que invocan su nombre; y al concederles a todos el Espíritu Santo, les une en un solo cuerpo (cf. 1 Co. 1:2, 12:13). No puedo recibir el Espíritu Santo y rehusar formar parte de ese cuerpo. No puedo profesar que amo al Señor Jesús y rehusar amar a sus santos. No puedo decir que me identifico con él y no querer hacerlo con su pueblo.

Otra de las evidencias de que la conversión de Saulo fue genuina es su respuesta a las órdenes del Señor. Antes de su conversión, «había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret» (26:9). Ahora, ciego en una habitación, en Damasco, Ananías le informó de las instrucciones del Señor: tenía que llevar su nombre ante los gentiles, ante sus reyes y ante el pueblo de Israel, y tendría que padecer gravemente por causa de ese nombre (9:15-16). Y, como dice Lucas, «en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios» (9:20) y «demostrando que Jesús era el Cristo» (9:22).

Por supuesto, podemos decir que el caso de Saulo era especial. Y lo era, porque era un apóstol. Pero lo que le era aplicable en su elevado nivel se nos puede aplicar, en principio, a todos nosotros: aún no ha tenido lugar una verdadera conversión si la persona que dice haberse convertido no está dispuesta a confesar de inmediato la plena deidad del Señor Jesús. Sabemos que a muchas personas les cuesta mucho tiempo llegar a la plenitud de la fe en Cristo; como el ciego de la famosa historia de Juan (Jn. 9), empiezan a creer en una parte antes de creerlo todo.* Pero nadie es un pleno y sincero con-

* Un buen ejemplo de esta aceptación gradual de la fe sería la conversión de C.S. Lewis, registrada en su libro *Cautivado por la alegría* (Londres: Collis Fount, 1977).

verso, ni un auténtico cristiano, si no cree y confiesa la plena deidad de Jesús. Si Jesús no es Dios encarnado, no puede ofrecernos salvación. Moral sí, y también un ejemplo y ciertas exhortaciones, todas ellas de un alto nivel. Pero salvación, no. Si se limitara a ser el Siervo sufriente de Dios pero no su Hijo, su muerte no podría expiar nuestros pecados; tampoco podría impartir su Espíritu Santo a nadie, ni incorporar a los millones de creyentes a su persona.*

Finalmente, Saulo no sólo estaba dispuesto a confesar públicamente la deidad de Jesús sino también a sufrir por causa de esa confesión. No tardaría en llegar la primera ocasión y, cuando llegó, lo hizo no dentro de un contexto mundano sino religioso y teológico. Suele pasar. Pero aun hoy día, la disposición de sufrir por el Nombre sigue siendo una señal indispensable de la verdadera conversión.

Saulo escapa de Damasco, regresa a Jerusalén y parte hacia Tarso

Ahora Lucas registra brevemente el tercer elemento en el proceso que convirtió al «hebreo de hebreos», Saulo, en el apóstol de los gentiles. Este elemento fue el rechazo de su mensaje por parte de sus compatriotas judíos y la persecución a la que le sometieron.

Cuando regresó a Jerusalén, al principio los cristianos le miraron con sospecha, temiendo que no fuera un verdadero converso (9:26). Pero gracias a los servicios de Barnabás al

* Notemos la implicación de la expresión de Ananías, «tus santos» (9:13). Todo el mundo puede tener discípulos: Moisés los tuvo, e incluso Saulo, después de su conversión (9:25). Pero según el lenguaje bíblico, sólo Dios tiene santos; cf. 1 S. 2:9: «sus santos»; Salmo 50:5: «mis santos»; Sal. 79:2: «tus santos». Ananías, al conversar con el Jesús resucitado, usa la expresión «tus santos» de una forma natural. Ananías, como todos los cristianos desde buen principio, creía en la plena divinidad del Señor Jesús,

final le aceptaron; y él probó su autenticidad mediante su valiente testimonio público en el nombre del Señor Jesús. Además, como el que fue el cabecilla de la persecución anticristiana se había convertido, la iglesia de Judea, Galilea y Samaria disfrutó de paz, y comenzó a crecer espiritual y numéricamente (9:31). Según su propia versión de los hechos (22:17-21), se hubiera quedado muy a gusto en Jerusalén, y cuando el Señor se le apareció en visión, cuando estaba en el templo, y le dijo que los judíos de Jerusalén no le prestaría oído, y que por tanto Saulo tendría que marcharse de allí y llevar el evangelio a los gentiles, no pudo por menos que quejarse. Había demostrado mucho celo por la fe de Israel, había sido más activo que cualquiera de ellos en su oposición al cristianismo. Si ahora recibía una revelación personal de Dios, ¿acaso no le escucharían? ¿O al menos no le respetarían? Pero no, no funcionó. Tuvo que huir de los judíos de Damasco para conservar la vida (9:23-25), y al fin tuvo que repetir la experiencia con los judíos helenistas de Jerusalén (9:29-30).

Este fue un patrón que se iría repitiendo una y otra vez, y que le causaría un tremendo pesar (Ro. 9:1-2). Pero al ver que algunos judíos en Damasco, en Jerusalén y por todo el mundo ponían su fe en Jesús como Señor, comenzó a entrever la promesa de Dios, de que no había abandonado al pueblo al que conoció de antemano. Un día, toda Israel sería salva. Mientras tanto, según la sabiduría divina, el propio rechazo judío del evangelio tendría el efecto de propagar ese mensaje entre los gentiles; y la conversión de los gentiles por millones, su aceptación de la fe no en algún viejo dios sino en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que al fin había hablado por su Hijo, al final haría que Israel experimentara una sana envidia y se arrepintiera. Se les caerían las escamas de los ojos, como sucedió con Saulo. También ellos verían al Señor y serían salvos (Ro. 11:1-31).

Sin embargo, Saulo sabía claramente, por propia experiencia, qué tenía que suceder si Israel debía ser salva. En cierto sentido, él siempre había creído en Dios, y además con fuerza

(23:1); pero, si Jesucristo era Dios encarnado, entonces durante algunos años él había sido inconverso, alguien desobediente, que rechazaba a Dios. Para él, la conversión implicaba antes que nada descubrir que no creía en Dios como pensaba que lo hacía. Y esto es lo mismo que tendría que sucederle a su nación.

Explicando la estrategia divina para la conversión final de su amada Israel, les escribió a los cristianos gentiles de Roma: «Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la obediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia» (Ro. 11:30-31). El término que usa para denotar «desobediencia» no se refiere tanto a la transgresión de un mandamiento como a la obediencia a la fe. Cuando recuerda a los gentiles que una vez fueron desobedientes, está pensando en lo que dijo antes (Ro. 1:18-28), que Dios al principio se reveló a las naciones pero que a éstas no les gustó lo que vieron de él, y rehusaron aceptarle o creerle. Fue una tragedia, y sin embargo Dios está dispuesto a hacer que redunde en beneficio de ellos. «Porque Dios sujetó a todos a desobediencia, para tener misericordia de todos» (Ro. 11:32). El primer paso indispensable hacia la fe, y así hacia la salvación, es descubrir que hasta ese punto uno ha sido incrédulo. Para las personas religiosas eso puede ser muy difícil. Esto es lo que sucedió con Saulo de Tarso. Durante algunos años, luchó para no tener que admitirlo, pero en el camino de Damasco dobló su rodilla, y confesó que a pesar de toda su fe sincera en Dios, nunca había creído en él en el único sentido trascendente. Y en aquel momento encontró la fe, la misericordia y la salvación. Y esto es aplicable a todos nosotros, seamos paganos, judíos o cristianos nominales (1 Ti. 1:12-16).*

* Recomiendo el siguiente artículo para saber más sobre los temas que aparecen en la Sección Dos: I. Howard Marshall, «Church and Temple in the New Testament», *Tyndale Bulletin*, 40.2 (1989), pp. 203-222.

Sección Tercera

La santidad y su teoría
y práctica cristianas
(9:32–12:24)

Observaciones preliminares

Los movimientos

Movimiento 1: El evangelio liberado del
aislacionismo social judío
(9:32–11:18)

Movimiento 2: El evangelio liberado del
centralismo administrativo judío
y del sacralismo político
(11:19–12:24)

Sección Tercera

La santidad y su teoría y práctica cristianas (9:32–12:24)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Llegamos ahora a la tercera división de los caminos entre el cristianismo y el judaísmo. Tuvo lugar en el área general de lo que podemos denominar, a grandes rasgos, la teoría y la práctica de la santidad. Sucedió como resultado del notable avance que en aquella época estaba teniendo la expansión del evangelio entre los gentiles.

Es evidente que, desde buen principio, una parte de la comisión del Señor para sus discípulos fue la de que fueran sus testigos hasta los confines del mundo (1:8), y que hicieran discípulos en todas las naciones (Mt. 28:19). Pero, hasta este momento, poco se había hecho en este sentido y, cuando en esta fase empezaron a aceptar su responsabilidad, se enfrentaron a diversos obstáculos que había que superar y demoler, cosa que hicieron los discípulos.

Se cuenta la historia en dos movimientos. El Movimiento 1 (9:32-11:18) se centra sobre todo en el viaje evangelístico y pastoral que hizo Pedro, que fue desde Jerusalén a Lidia, Jope, Cesarea y de vuelta a Jerusalén (9:32, 38; 10:1, 24; 11:2). Contiene dos pares de historias. Uno es la visita de Pedro a Lidia y Jope, y el otro lo forman su viaje a Cesarea y la secuela de este viaje en Jerusalén. Sin embargo, el movimiento se centra en el enorme paso adelante que dio el evangelio cuando Pedro lo predicó a Cornelio en Cesarea.

Cornelio era gentil, como su familia y amigos. Si hubiera dependido de él, Pedro jamás habría visitado a Cornelio ni hubiera comido con él, ni siquiera para llevarle a la fe de Cristo. Según sus tradiciones y creencias, hacerlo hubiera contradicho las leyes veterotestamentarias sobre la santidad. Podemos decir que... ¡la santidad era un obstáculo para la expansión del evangelio!

Por consiguiente, en esta fase del desarrollo del cristianismo, intervino el propio Dios para enseñar a Pedro que la base y la práctica de la santidad dentro del cristianismo iban a ser cosas muy distintas a las que enseñaba el judaísmo. Como cristiano, tenía libertad para socializar con los gentiles, y comer con ellos, y debía estar dispuesto a hacerlo con miras a llevarles el evangelio. Pedro obedeció y fue. Y cuando entró en la casa de Cornelio, el cristianismo dio un enorme paso alejándose del judaísmo y convirtiéndose en lo que sería más adelante. Cayó para siempre aquella barrera que llevaba en pie tantos siglos, el muro divisorio y hostil entre judíos y gentiles, cuya base ya había socavado la cruz. En su lugar se levantó la paz y una nueva unidad en Cristo (Ef. 2:14).

El Movimiento 2, como el 1, contiene dos pares de historias. Uno se centra en el establecimiento de la iglesia en Antioquía y sus asuntos propios (11:19-26 y 27-30); el otro en el encarcelamiento de Pedro a manos de Herodes Agripa y sus consecuencias (12:1-19 y 20-24). El tema unificador en estos dos pares es la persecución, y su relación con la expansión del evangelio.

El primer par nos cuenta cómo la persecución contribuyó, sin desearlo, a la predicación del evangelio. Supuso un final radical a todas las intenciones que pudieran tener los primeros cristianos a quedarse en Jerusalén y Judea, y les proyectó al mundo gentil, mucho más amplio. También tomó la iniciativa para, y el control administrativo de, la misión a los gentiles, que ya no estaría en manos de la iglesia de Jerusalén. De esta forma garantizó que cuando el evangelio llegara a los gentiles no lo hiciera a cargo de personas mantenidas y dirigidas por

una organización judía con sede en Jerusalén; como resultado, cuando se formó la primera iglesia predominantemente gentil en un país gentil, no estuvo, ni siquiera en sus comienzos, bajo el control administrativo de una iglesia que, para ellos, estaba en un país extranjero.

El segundo par de historias en el Movimiento 2 trata también de la persecución. Fue la que puso en práctica Herodes Agripa, ateniéndose a la antigua idea de que el estado tiene la obligación de controlar las creencias religiosas del pueblo, y a suprimir las religiones minoritarias para respaldar y obtener favores de la mayoritaria. Los judíos respaldaron a Herodes en su propósito, dado que el Antiguo Testamento ordenaba que los líderes religiosos en Israel acudieran al poder civil para erradicar las herejías. La narración nos cuenta cómo Dios intervino para demostrar que no estaba de acuerdo con las actitudes sacralistas, y para liberar a su pueblo de ellas. Semejante sacralismo ya no era el medio adecuado para que Israel se enfrentara a una supuesta ortodoxia en aras de mantener pura su religión. Ahora era, como iba a demostrarse, una perversión de la santidad.

Viendo que el tema central de esta sección es el contraste existente entre la teoría y práctica de la santidad cristiana y judía, deberíamos también darnos cuenta del énfasis que se pone en una característica que tiene en común el concepto de santidad cristiano y el judío: la importancia de las buenas obras. No es necesario decir nada para hacer propaganda de la poderosa y compasiva tradición judía de dar limosna y hacer buenas obras: su fama es universal. Quizá sí hayamos de decir algo para recordar a los cristianos que el verdadero cristianismo pone un énfasis idéntico en el deber de hacer buenas obras.

En el 9:36 se nos habla de una mujer llamada Dorcas, que siempre hacía el bien y ayudaba los pobres. Su especialidad era hacer vestidos para las viudas.

También se nos dice que Cornelio el gentil (10:2, 4) daba generosamente a los que tenían necesidad, y que sus dádivas a los pobres fueron un recordatorio ante Dios.

O tomemos esta descripción del Señor Jesús, el hacedor supremo de buenas obras, que hallamos en el párrafo introductorio del sermón de Pedro en la casa de Cornelio: «Vosotros sabéis... cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando...» (10:37-38).

Y una vez más, en el 11:27-30 se nos dice cómo la recién fundada iglesia de Antioquía envió dinero para aliviar del hambre a los cristianos de Judea.

La santidad no es solamente un concepto negativo que tenga que ver con hacer cosas malas y no tocar cosas impuras, aunque por supuesto, como sucede con un cirujano y los gérmenes, mantener una actitud negativa hacia la impureza es extremadamente saludable. Pero la santidad también es positiva, en su consagración a Dios y a su servicio, y en su servicio entregado hacia otros.

Una breve tabla de contenidos selectos nos ayudará, en este punto, a ver cómo se relacionan entre sí las historias principales de ambos movimientos, y cómo se imbrican en la Sección Tercera como un todo (ver página siguiente).

Observamos que durante el transcurso de esta sección, Pedro, por propia confesión, aprende no una sino dos lecciones importantes, y que cuando manifiesta cuáles son, las introduce con un lenguaje prácticamente idéntico. La primera es la Historia 3, en 10:34: «En verdad [gr. *ep' alétheias*] comprendo que Dios no hace acepción de personas» (N.V.I.: «Ahora entiendo que es cierto que Dios no muestra favoritismos»). La segunda aparece en la Historia 7, en 12:11: «Ahora entiendo verdaderamente [gr. *aléthos*] que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba». La similitud del lenguaje y la posición paralela de ambas historias dentro de la estructura de la narración nos invita a compararlas de cerca y con interés. La primera lección es bien conocida, y tuvo implicaciones obvias y continuadas para el desarrollo del cristianismo y para la evangelización del mundo. La pregunta que surge es: «La

<p>MOVIMIENTO 1: El evangelio liberado del aislacionismo social judío (9:32-11:18)</p>	<p>MOVIMIENTO 2: El evangelio liberado del centralismo administrativo judío y del sacralismo político (11:19-12:24)</p>
<p>1. ENEAS (9:32-35)</p> <p>Los viajes de Pedro por diversos lugares (9:32)</p> <p>Santos (9:32)</p> <p>Paralítico sanado; todos los de Lida y Sarón se vuelven al Señor</p> <p>2. DORCAS (9:36-43)</p> <p>Obra social: vestidos para las viudas</p> <p>3. PEDRO Y CORNELIO (10:1-48)</p> <p>El final de la separación religiosa y social entre judíos y gentiles</p> <p>Oración: Cornelio (10:4) y Pedro (10:9)</p> <p>Visiones; ángel (10:3, 16)</p> <p>Pedro: «En verdad comprendo...» (10:34)</p> <p>4. PEDRO: LA SECUELA (11:1-18)</p> <p>«Disputaban con él los que eran de la circuncisión...» (11:2)</p> <p>«Oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios...» (11:18)</p>	<p>5. ANTIOQUÍA (11:19-26)</p> <p>Discípulos dispersados y viajan (11:19)</p> <p>Discípulos llamados cristianos (11:26)</p> <p>«Varones de Chipre... hablaron también [del evangelio] a los griegos; ... y gran número creyó y se convirtió al Señor» (11:20-21)</p> <p>6. ANTIOQUÍA 2 (11:27-30)</p> <p>Obra social: alivio de la hambruna</p> <p>7. HERODES Y PEDRO (12:1-19)</p> <p>Discriminación política sobre la base de la religión</p> <p>Oración: de toda la iglesia (12:5)</p> <p>¿Visión? ¡Ángel! (12:7-9)</p> <p>Pedro: «Ahora entiendo verdaderamente...» (12:11)</p> <p>8. HERODES: LA SECUELA (12:20-24)</p> <p>Herodes «estaba enojado contra los de Tiro y de Sidón» (12:20)</p> <p>Herodes «les arengó... un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios» (12:21-23)</p>

segunda historia, ¿tuvo la misma importancia, y del mismo modo tiene implicaciones para nosotros? ¿O el único interés que tiene es meramente histórico?»

También hemos de tener en cuenta las similitudes verbales entre las historias 4 y 8. La 4 nos cuenta que los hermanos cristianos de Pedro en Jerusalén dejaron de tener objeciones y glorificaron a Dios (11:18). La historia 8 nos cuenta cómo Herodes dio un discurso en público, no glorificó a Dios y un ángel le hirió (12:21-23). El contraste es evidente. Por supuesto que podría quedarse en el mero nivel verbal, superficial; por otra parte, vale la pena considerar si existe alguna otra relación entre ambas historias.

Dentro de cada movimiento, no sólo su posición sino también su función son las mismas. En la historia 4, las preguntas que le hacen a Pedro sobre su visita a Cornelio sus hermanos judíos cristianos de Jerusalén, es una consecuencia lógica de esa visita, contada en la historia 3. En la historia 8, la muerte de Herodes, también es una secuela razonable a la historia 7, la persecución a la que Herodes sometió a la iglesia de Jerusalén. Ambas secuelas se cierran con una nota triunfal: la 4 anuncia el final de la oposición de la iglesia de Jerusalén contra el anuncio del evangelio a los gentiles; y la 8 anuncia la muerte del perseguidor de la iglesia de Jerusalén, y por tanto el final de esa oposición.

Por supuesto, ambas secuelas ofrecen un clímax natural a sus movimientos. El Movimiento 1 comienza con el relato de los viajes de Pedro a través de diversos lugares; la historia 4 finaliza esos viajes de una forma triunfante, cuando Pedro regresa a su cuartel general en Jerusalén. El Movimiento 2 se inicia con una mención de la persecución que se generó en Jerusalén y Judea en base al asunto de Esteban, y el efecto que tuvo sobre la iglesia de Jerusalén. El movimiento continúa con la persecución ulterior de la iglesia de Jerusalén, a manos de Herodes. En la historia 8 acaba, por el momento, la persecución, gracias a la muerte del perseguidor, ignominiosa e infligida por Dios. Sin embargo, la cuestión sigue siendo si las

historias 4 y 8 tienen alguna relación temática entre ellas; más adelante lo analizaremos.

No cabe duda de que todas las historias de Lucas son interesantes e informativas. Pero se nos podría perdonar que a primera vista algunas de ellas nos parecieran más importantes que otras, y las proporciones de algunas un poco extrañas. Pero la selección cuidadosa que hace Lucas y su disposición del material en la Sección Tres sugiere que al menos en su mente esta narración no era una colección desigual de detalles más, menos o nada importantes. Eligió cada tema y lo dispuso de forma que contribuyera de una forma particular al mensaje del todo.

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

El evangelio liberado del aislacionismo social judío (9:32-11:18)

El primer movimiento importante de la Sección Tres tiene que ver con los viajes de Pedro. Quizá un punto que vale la pena mencionar sea que, según Hechos, Pedro viajó: Pablo no fue el único que lo hizo (cf. 1 Co. 9:5). De hecho, sus viajes le llevaron a un punto en el que tuvo que confrontar el mundo de los gentiles, un punto en que Dios le usó formal y oficialmente para abrir el camino que llevaría el evangelio a los gentiles. Puede que su visita a Cornelio no fuera la primera que le hizo un judío cristiano a un gentil. Esta no es la idea que nos interesa. La idea es que la visita de Pedro a Cornelio sacó a colación, explícitamente, los principios teóricos y escriturales implicados en tales visitas, y resolvió el asunto de una vez por todas, y al nivel más elevado posible.

Pero antes de que Lucas se embarque en este registro de la tan crucial visita de Pedro a Cornelio, selecciona dos incidentes que tuvieron lugar en una fase anterior del viaje predicador de Pedro. La brevedad de estas dos historias sugiere que, a pesar de ser importantes por propio derecho, en cierto sentido son preliminares a la historia central. La primera de ellas sólo contiene cuatro versículos, y la segunda no más de ocho. Si la historia central va a hablarnos de la santidad, ¿qué tienen que decirnos estas dos historias previas que tenga relevancia sobre ese tema?

Eneas (9:32-35)

Dice: «Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida» (9:32). Notemos ese término, «santos». En Hechos, Lucas usa diversos términos para hablar de sus compañeros en la fe. Su favorito es «discípulos»: lo usa unas treinta veces. «Cristianos» es poco frecuente, lo cual es normal: registra la primera vez que se le aplicó a los discípulos (11:26), y más adelante sólo lo usa una vez (26:28). Pero «santos» tampoco es frecuente: aparece en 9:13, aquí en 9:32, otra vez en 9:41, más adelante en 26:10, y en ningún otro versículo de Hechos.* Por consiguiente, es posible que Lucas usara los términos «discípulos», «santos» y «cristianos» como una pequeña variación, sin ningún énfasis especial en sus connotaciones exactas. Pero el hecho de que use «santos» en dos ocasiones en estas historias preliminares, antes de la central, que nos habla de la santidad, seguro que no es accidental. Aquí tenemos dos historias previas que hablan de santos, judíos y cristianos. Ambas contienen un milagro, y ambos milagros provocan numerosas conversiones entre el

* No cabe duda de que «santificados» en 20:32 y 26:18, es un término relacionado.

público general: es así porque ambos son manifestaciones de lo que puede hacer el Señor Jesucristo en relación con ese asunto de la santidad.

Las dos historias presentan ciertos contrastes: una tiene que ver con un hombre, la otra con una mujer. Mientras vivía, la mujer no cesaba de hacer buenas obras. Como contraste, el hombre no tenía muchas buenas obras en su haber: era parálítico y había estado postrado durante ocho años. Por supuesto, no era culpa suya que no pudiera trabajar. De cualquier forma, era triste ver a un hombre adulto tan incapacitado, permanentemente, indefenso, sin tener fuerzas para hacerse su propia cama o prepararse la comida. Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama» (o «prepara tu comida»; el griego se presta a las dos interpretaciones). Inmediatamente lo hizo, con el resultado de que, cuando los habitantes de Lida y Sarón vieron a aquel que había sido parálítico levantado y trabajando, capaz de cuidar de sí mismo, «se convirtieron al Señor» (9:36).

La parálisis era literal, y la sanación un milagro físico. Pero no nos equivocaremos mucho si pensamos que, como sucedía con las sanaciones físicas y milagrosas de nuestro Señor, este milagro estaba enseñando una lección más profunda. La multiplicación de los panes y los peces que hizo el Señor apuntaba a él como el Pan de Vida (Jn. 6). Su don de la visión física a un ciego iba más allá de sí mismo, indicando su capacidad de otorgar la visión espiritual (Jn. 9). Su sanación de un parálítico, y en consecuencia la capacidad del hombre de moverse y trabajar fueron una demostración de la realidad del perdón que había recibido aquel hombre (Lc. 5:17-26). Lo mismo sucede con la sanación de Eneas. En primer lugar, fue una manifestación de un poder físico sobrenatural, que anunciaba la realidad del Cristo resucitado. Pero ciertamente era algo más. Por supuesto que no llevaba implícita la promesa de que todo parálítico o parapléjico se curaría en cuanto se convirtiera en cristiano. La historia nos ha demostrado lo contrario. Pero sí indicaba la capacidad que tiene Cristo de conferir poder a su

pueblo; en el lenguaje metafórico de Hebreos 12:12-13, para dar nuevas fuerzas a las manos caídas y las rodillas endebles. O, como lo expresa la Nueva Biblia Inglesa, «el miembro incapacitado no será descoyuntado, sino que recuperará la fuerza que perdió».

Para los cristianos es muy sencillo ofrecer a las personas una imagen de santidad que las repela. Es cierto, qué duda cabe, que todos los creyentes son «santos» por su llamamiento. Han sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, una vez y para siempre (He. 10:10). En este sentido, no hay ningún creyente que sea más santo que otro. Los miembros de la iglesia de Corinto, a pesar de estar cargados de fracasos, errores, impurezas y divisiones, son llamados «santos» (1 Co. 1:2), igual que los creyentes de Roma (Ro. 1:7), o de Filipos (Fil. 1:1), o de cualquier otro lugar.

Pero esa es sólo una parte de la historia. La verdadera santidad, tarde o temprano, empezará a hacer notar su presencia, porque no se trata de un tipo de debilidad, que anima a las personas a seguir siendo inmaduras y dependiendo espiritualmente de otras, mientras siguen obsesionadas con las «dificultades» y «problemas». La verdadera santidad es positiva, vigorosa, activa, sabe cuidar de sí misma con madurez, y es capaz de mantenerse de pie a nivel espiritual. Jesucristo, nuestro Señor, tiene el poder de hacernos santos en su sentido práctico; de liberarnos de nuestras debilidades y enfermedades insanas; de hacernos fuertes y activos en la obra que nos da para que hagamos, haciendo así de nosotros anunciadores al mundo de lo que es la auténtica santidad cristiana.

Dorcas (9:36-43)

Dorcas no estaba paralítica: siempre estaba haciendo buenas obras y dando limosna (9:36). Además, seguramente no nos equivocamos al decir que habría aprendido a hacer buenas obras siendo judía, aun antes de convertirse al cristianismo. El

cristianismo no tiene el monopolio de las buenas obras. El auténtico judaísmo tiene una tradición dilatada y constante de atención a los pobres, que inculcaron, a través de las generaciones, Moisés y los profetas. ¿Qué pudo, pues, añadir Cristo a esa atención que prestaba el judaísmo a la santidad práctica?

La historia nos cuenta que Dorcas murió, pero que Pedro la resucitó de los muertos. Es probable que su vuelta a la vida sólo fuera una resucitación, como los casos relatados en los Evangelios, porque Dorcas volvería a morir al cabo de cierto número de años. Aun así, para ella debió ser una experiencia inolvidable, que permaneció con ella hasta el fin de sus días. Imaginemos su situación. Había estado muy ocupada con su obra social cuando le llegó la muerte, acabando así con todo su trabajo. Pero de repente vuelve a abrir los ojos, y allí estaba nada menos que el propio apóstol Pedro, que la levantó, al puso en pie y la llevó a la habitación contigua. Y allí estaban las personas por las que había trabajado tanto y con tanta intensidad, que la saludaban con un gozo y una gratitud ilimitados. Y también estaba allí el trabajo que ella había hecho, los vestidos, y las viudas se los habían estado mostrando al propio apóstol (9:39). ¡Qué gratitud, qué honor, qué reconocimiento de su trabajo! Si hubo alguna mujer que captara el efecto y valor permanentes de su trabajo, esa fue Dorcas cuando resucitó de los muertos. Seguro que esto le dio unas nuevas fuerzas para seguir trabajando, con todo su ser, durante el resto de su vida.

Ahora bien, si lo deseamos podemos considerar que su historia es simplemente una pieza de museo perteneciente al mundo antiguo, un tipo de milagro extraordinario, muy poco frecuente incluso en la época de nuestro Señor y sus apóstoles, e infinitamente poco frecuente desde entonces, como nos ha demostrado la historia. Pero si pensamos así, saldremos perdiendo. La resurrección de Lázaro a manos del Señor (Jn. 11), como la de Dorcas a manos de Pedro, sólo fue una resucitación, pero nuestro Señor la usó como una señal de cosas más importantes: como indicador, antes que nada, de sí mismo como

la resurrección y la vida, y luego de la resurrección de todos sus santos y su Segunda Venida. Y si usó con este propósito la resucitación de Lázaro, podemos extraer el mismo ánimo de la historia de Dorcas. Nuestro trabajo para Dios y para el hombre es valioso en sí mismo, por el bien que produce en esta vida. Pero su valor y significado no terminan en la tumba. El hecho cierto de la resurrección de Cristo, la perspectiva gloriosa de nuestra propia resurrección y transformación cuando él vuelva, nos garantizan que nuestro trabajo por el Señor no es en vano (1 Co. 15:50-58). También nosotros veremos las consecuencias de nuestro trabajo.

Por tanto, aquí encontramos un acicate para perseverar en nuestra labor, y una advertencia para que no descuidemos la calidad de ésta. Cuando el Señor vuelva y los muertos resuciten y se reúnan con los vivos para encontrarse con él, todos compareceremos «ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Co. 5:10). Si nuestras obras superan la inspección de Cristo, nuestro gozo será cuadruplicado. Primero, será el puro gozo de saber que hemos complacido al Señor. Segundo, el gozo de experimentar la gratitud y la amistad eternas de aquellos a los que servimos en este mundo (Lc. 16:9). Tercero, el gozo de ver que las obras que hicimos en esta tierra duran eternamente. Y por encima de todo, será la recompensa del propio Salvador (1 Co. 3:12-14).

Pero también será posible que nuestras obras se juzguen indignas, que caigan por debajo del listón, y ardan bajo la investigación del Señor. Un creyente que se encuentre en esa posición seguirá siendo salvo, porque la salvación es un don, y jamás fue, en ningún estadio, una recompensa por nuestras obras. Pro ese creyente sentirá una pérdida cuádruple. Primero, al darse cuenta de que no ha complacido al Señor. Segundo, al ver las oportunidades que desperdició de hacer amigos: nadie tendrá que darle las gracias ni mostrarle una especial amistad. Tercero, no tendrá obras que recordar. Y cuarto, quedará sin recompensa (1 Co. 3:15).

Por consiguiente, asegurémonos de que nuestra santidad es del tipo práctico, como la de Dorcas, y que la resplandeciente certeza de la resurrección nos tenga «creciendo en la obra del Señor siempre» (1 Co. 15:58).

Pedro y Cornelio (10:1-48)

Suena bastante raro cuando escuchamos por primera vez que la preocupación por la santidad constituyera inicialmente un obstáculo contra la propagación del evangelio a cargo de los primeros cristianos. Pero eso es lo que sucedía. Si hubiera dependido de Pedro, él jamás habría entrado en las casas de los gentiles incircuncisos para comer con ellos, porque según su forma de pensar eso hubiera contravenido las leyes del Antiguo Testamento sobre la santidad. Pedro, y todos aquellos que guardaban aquellas leyes, eran «santos»; las personas que no las guardaban eran «impuras». Y para los «santos», aquellos que deseaban complacer a Dios al mantener su santidad, era un error mezclarse socialmente y compartir alimentos con las personas «impuras». Y por lo tanto, si llevar el evangelio a los gentiles implicaba entrar en sus hogares y compartir su comida, era imposible que lo hicieran. La santidad no se lo permitía.

Nuestra primera reacción al oír esto puede que sea la de dejar de lado el concepto de la santidad, como una tontería o algo peor, y atribuirlo a una estrechez mental considerable por parte de Pedro y su círculo particular de compatriotas judíos. Pero eso es algo que no podemos hacer. Quizás hubieran exagerado las normas de la ley del Antiguo Testamento, debido a su deseo de no transgredirlas. Pero era Dios quien les había dado esas leyes. Y hemos de considerar que, cuando el Señor le dio a Pedro aquella lección tan vívida y Pedro puso objeciones a la orden del Señor «Levántate, Pedro, mata y come» (10:13), Dios no le dijo: «¡Venga, Pedro, no seas tan obcecado! Olvida esas supersticiones estúpidas, esas restricciones. Come,

hombre, y disfruta». No, claro que no. Era Dios mismo quien había establecido esas leyes, y lo que ciertamente no hizo fue echarle en cara a Pedro que éste hubiera hecho todo lo posible por ser fiel y obedecerlas. Lo que le dijo el Señor es que ahora esas leyes quedaban abrogadas (10:15).

Pero eso nos hace dar un paso más en esta cuestión. ¿Por qué estableció Dios esas leyes al principio?

El propósito de las leyes del Antiguo Testamento sobre los alimentos

Hay un punto de vista, muy extendido, que dice que Dios lo hizo porque se preocupaba por la salud e higiene de su pueblo. En aquellos días lejanos y primitivos, dice este argumento, cuando la gente no tenía un conocimiento científico de los gérmenes y virus, ni neveras para impedir que se pudriera la carne, Dios prohibió la consumición de determinados animales, aves y peces, para proteger a su pueblo del veneno que fácilmente podían transmitirles.

Pero esta explicación es poco correcta. Cuando el Señor Jesús estuvo en este mundo canceló esas leyes sobre los alimentos; ver Marcos 7:19: «Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos». Y eso no fue porque en aquella época la ciencia y la tecnología hubieran avanzado tanto que ya era posible consumir alimentos que, hasta aquel momento, eran nocivos para la salud. Si eran peligrosos en tiempos de Moisés, lo seguían siendo entonces. Si ahora podían comerse, era porque estaban consagrados mediante la palabra de Dios y la oración, como diría más tarde Pablo (1 Ti. 4:4-5).

Otra explicación más plausible sobre estas leyes alimentarias del Antiguo Testamento es la que se desprende del motivo por el cual el Señor las abrogó:

«¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino

en su vientre...? ... Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Mr. 7:18-23).

Por tanto, lo que le interesaba al Señor era la auténtica impureza *moral*, y dejó bien claro, con énfasis, que los alimentos físicos que entran en el cuerpo no pueden ensuciar a un hombre moral o espiritualmente: porque lo que tocan es su estómago, no su corazón.* Ahora bien, el mismo hecho de que los discípulos no le entendieran al principio (ver Mr. 7:15-18), de forma que tuvo que repetirles la lección, demuestra que los apóstoles habían confundido estas dos cosas. Originariamente pensaron que comer «alimentos impuros» contaminaba moralmente a las personas, cuando en realidad no era así.** Lo que hacía que algunos alimentos fueran impuros era la prohibición de Dios sobre ellos, no los alimentos en sí.

Y esta es la idea central que le transmite a Pedro su visión. Cuando él protesta que no debe comer nada común o impuro, la voz le contesta: «Lo que Dios limpió, no lo llames tú común» (10:15). Y nos preguntamos: ¿en qué sentido lo limpió Dios? Evidentemente, no lo hizo limpiando la comida de sus agentes

* Por supuesto que comer alimentos robados contaminaba al hombre, porque ese acto inmoral afectaba a su corazón. La comida en sí no podía contaminarle.

** Por supuesto que transgredir un mandamiento de Dios vuelve a un hombre impuro, tanto moral como espiritualmente. Por eso el Señor tuvo que cancelar las leyes alimentarias. Ahora los discípulos podían comer todo tipo de alimentos con una conciencia limpia, y la comida, en sí misma, no les contaminaría moralmente. Pablo demuestra que es así como entendía las palabras del Señor: «Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es» (Ro. 14:14).

químicos nocivos o sus virus, para que a partir de entonces se pudiera comer cerdo sin enfermar de triquinosis. Lo limpió en el sentido de eliminar la prohibición que un día había emitido, y permitiendo a Pedro y a los demás que comieran esos alimentos: ahora podían hacerlo con una conciencia limpia.

Por tanto, si hemos dicho que lo que al principio había hecho que ciertos alimentos fueran impuros era la prohibición de Dios, y no algún veneno intrínseco a la comida, nos queda en pie la pregunta: ¿por qué al principio Dios le había prohibido a Israel la consumición de ciertos alimentos?

La respuesta es: para enseñarles ciertas lecciones, introduciendo las categorías de pureza a impureza ceremoniales.

Dejemos de lado, por el momento, estas leyes alimentarias. Como nación, Israel estaba apartada de otras naciones para disfrutar de una relación especial con Dios y desempeñar un papel específico entre las naciones. Tal y como lo expresó Balaam, «porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde los collados lo miraré; he aquí un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las naciones» (Nm. 23:9). Como Dios mismo les explicó en el Sinaí: «...vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (Ex. 19:5-6). Por tanto, en consonancia con este papel especial, recibieron el mandamiento de mantenerse puros frente a la impureza moral y espiritual que contaminaba tanto a las naciones gentiles. Dios les explicó, haciendo una lista y prohibiendo las inmoralidades sexuales, las idolatrías religiosas, los fraudes económicos, el infanticidio, el satanismo y el incesto, cosas que prevalecían en las naciones cananeas:

«En ninguna de estas cosas os mancillaréis; pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo echo de delante de vosotros, y la tierra fue contaminada; y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores... no sea que la tierra os vomite por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes de vosotros» (Lv. 18:24-28).

Por tanto, estas eran las prohibiciones morales y espirituales. Pero para reforzarlas, Dios añadió otras leyes relativas a la limpieza ceremonial:

«Por tanto, vosotros haréis diferencia entre animal limpio e inmundo, y entre ave inmunda y limpia; y no contaminéis vuestras personas con los animales, ni con las aves, ni con nada que se arrastra sobre la tierra, los cuales os he apartado por inmundos. Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y s he apartado de los pueblos para que seáis míos» (Lv. 20:25-26).

Estas leyes ceremoniales y rituales tuvieron un efecto positivo y otro negativo.

El positivo fue que reforzaron, dentro del pensamiento israelita, la idea de que como nación estaban separados *para* el Señor, apartados especialmente para él. Por muy limpios que fueran, a nivel moral y espiritual, los miembros de otras naciones, ellos no tenían el papel que estaba destinado sólo para Israel. El papel de Israel, como reino de sacerdotes, era especial, único. La separación ritual de ciertos tipos de alimentos consumidos por otras naciones reforzaba y enfatizaba el hecho de que, en cierto sentido muy especial, estaban separados para el Señor, eran «santos» de una forma ritualista.

El efecto negativo de estas leyes fue inmediato: hicieron difícil que los israelitas se relacionaran con las naciones gentiles, dado que no podían compartir sus alimentos. Esto no sólo reforzaba el hecho de que Israel era una nación especial, sino también constituía un recordatorio constante de que debía evitar la impureza moral y espiritual de los gentiles.

Ahora bien, como es lógico, no todos los gentiles eran tan corruptos e inmundos como los cananeos. Pero aquí había un problema: muchos gentiles eran culpables de tener hábitos corruptos. Entonces, ¿cómo podía protegerse Israel de su influencia? El método que usó Dios fue el de levantar un muro entre Israel y *todos* los gentiles. Esto es lo que un padre hace con un niño: no todas las personas abusan de los niños, pero

sí el número suficiente como para que unos padres sensatos prohíban a sus hijos que acepten caramelos o suban al coche de *cualquier* persona a la que no conozcan.

Y esta analogía se sostiene también en un sentido ulterior. Los padres de una quinceañera le pueden prohibir que vaya a determinados lugares de la ciudad. Y lo hacen no porque crean que su hija es mejor que otras chicas, sino porque saben que, esencialmente, no lo es. Tiene la misma naturaleza humana que las demás. También ella se puede corromper, como ha sucedido con otras. Una manzana sana entre otras podridas no hace que dejen de serlo: las podridas *sí* la afectan *a ella*.

Pablo nos dice que Israel, bajo la ley, era como un niño (Gá. 4:1-3), y Dios los trató en consecuencia. Los rodeó de un muro de leyes alimentarias para recordarles que eran un pueblo separado para Dios, y para protegerlos, en lo posible, de la contaminación gentil. Y a partir de su historia podemos ver la importancia que tuvo ese muro: cuando lo echaron abajo, por lo general se volvieron tan corruptos como las demás naciones.

La abrogación de las leyes alimentarias del Antiguo Testamento

Pero, claro está, la técnica del muro tenía sus limitaciones y puntos débiles. Primero, llevó (sin intención) a los israelitas a pensar que eran intrínsecamente mejores que los gentiles, mientras que, como es evidente, no lo eran. El propio Antiguo Testamento les enseñaba que la elección que hizo Dios de ellos era atribuible no a su superioridad sino al amor soberano de Dios. En segundo lugar, les llevó a confundir entre la santidad moral y espiritual, por un lado, y la santidad ceremonial por otro. Incluso los discípulos se sorprendieron cuando el Señor les dijo que ningún alimento, por sí mismo, contamina a un hombre moral o espiritualmente: no toca su corazón, sino sólo su estómago (Mr. 7:14-23). Y siendo como es la naturaleza humana, la tentación era la de concentrarse en los aspectos

externos de la santidad ceremonial descuidando la santidad auténtica, la interna, moral y espiritual, como aquellos fariseos de los que el Señor dijo: «Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad» (Lc. 11:39).

Y en tercer lugar, les llevó a la falsa idea de que los israelitas eran los favoritos de Dios, a pesar del mal que hicieran, mientras que los gentiles eran rechazados por Dios a pesar del bien que hicieran. Pablo tuvo que recordar a sus compatriotas judíos:

«Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley» (Ro. 2:25-27).

El hecho de que los judíos no admitieran este principio les llevó al malentendido, y generó un alto grado de hostilidad por parte de los gentiles. De cualquier forma, siempre hubo unos celos naturales y cierto resentimiento contra Israel porque decía mantener una relación especial con Dios, y por tener un papel especial. A los gentiles les resultaba difícil aceptar lo que ellos consideraban el esnobismo de los israelitas, su actitud de superioridad. Pero cuando los judíos individuales podían carecer de principios a la hora de hacer sus negocios, y sin embargo seguir considerándose «santos» y dignos de comer con otros judíos, mientras consideraban a gentiles íntegros y de gran honradez en los negocios como personas indignas de aquellos «santos»... entonces es cuando el potencial del disgusto, el resentimiento y la ira se volvían ilimitados.

Con la encarnación del Hijo de Dios, «había llegado la hora» (Gá. 4:4). Ahora el pueblo de Israel debía abandonar su infancia y aprender a vivir, y a que los trataran, como a hijos adultos.

Una de las primeras cosas que se iban a perder sería la de las leyes alimentarias. El propio Señor fue quien las abrogó, como ya hemos visto antes (Mr. 7:18-23). Al principio los discípulos no habían captado las implicaciones de esta política, e incluso cuando las asimilaron, algunos de ellos resultaron ser muy lentos a la hora de ponerlas en práctica. Pero había llegado el momento crucial: el evangelio tenía que llegar a los gentiles; no se podía permitir que nada lo obstaculizara o hiciera sombra a su mensaje. Pedro tenía que recibir del propio Señor una lección directa, personal, vívida, respecto al hecho de que las leyes alimentarias habían quedado canceladas, y que por tanto era libre de comer con los gentiles durante el proceso de predicarles el evangelio.

Imaginemos qué situación tan extraña se hubiera producido si Pedro no hubiera aprendido la lección. Cornelio era un hombre con una moral y una piedad ejemplares. A pesar de ser gentil, había abandonado su idolatría originaria y se había dedicado a la adoración del único Dios de Israel, y de hecho sus vecinos judíos le respetaban. Daba con generosidad a los necesitados, y oraba a Dios con regularidad. Además, había oído hablar del Señor Jesús y quería saber más sobre él. Y sin embargo, como no estaba circuncidado y no observaba las leyes alimentarias, no era uno de los «santos». Pedro hubiera rehusado comer con él, o incluso entrar en su casa. Por otra parte, consideremos a aquellos fariseos y saduceos a los que denunció el Señor (porque no todos ellos eran malos o dignos de denuncia). En su corazón, eran rapaces, hipócritas, crueles. Lo eran hasta tal punto, estaban tan apartados de Dios, que habían matado a su Hijo. ¡Y sin embargo eran «santos»! Si hubieran invitado a comer a Pedro, éste hubiera sido perfectamente libre de aceptar la invitación.

No, había llegado el momento del cambio. Dios, que había instituido las leyes sobre los alimentos, ahora las abrogaba. Había hecho puros (es decir, consideraba puros) todos los alimentos. Pedro no podía seguir llamando común (es decir, aquello que desde el punto de vista ceremonial no era digno

alimento de un «santo») a aquellos alimentos que Dios ahora consideraba dignos. Podía ir y comer alimentos gentiles, en una casa gentil, junto con los gentiles. Dado que ya no suponía transgredir un mandamiento divino, no afectaba a su corazón o su conciencia, y por supuesto que el alimento en sí no contaminaría su corazón, su moral o su espíritu.

Por tanto, el cristianismo estaba rompiendo las amarras con el judaísmo cuando Pedro entró en casa de Cornelio. Pero, si el cristianismo se apartaba de un elemento tan importante para la santidad judía, ¿qué pondría en su lugar? El muro primitivo se había levantado con un propósito necesario y práctico. No era la solución ideal, pero era mejor que nada. El mundo no había cambiado. Seguía siendo un mundo contaminado, enemigo de la gracia y de Dios. ¿Iba a limitarse el cristianismo a derrumbar el muro, adoptar una actitud permisiva y decir que la impureza ya no importaba? ¡Claro que no! Serían necesarios unos baremos más elevados que los del judaísmo, más realistas, más exigentes. Pero, al mismo tiempo, ofrecería un poder para vivir santamente que el judaísmo nunca había conocido.

La forma de la santidad cristiana

Por tanto, el resto del Movimiento 1 se dedica a establecer la forma de la santidad cristiana: primero en el sermón de Pedro cuando estaba en casa de Cornelio, y luego en la explicación que ofrece a sus hermanos cristianos en Jerusalén.

Cuando entró en casa de Cornelio, éste le recibió y se postró a sus pies con reverencia. Pedro le hizo incorporarse de inmediato. Porque ahí estaba la primera lección: «Pues yo mismo soy también hombre» (10:26). Era judío, pero daba igual: era un simple ser humano, como los gentiles. No hay dos clases de personas, una de mayor rango que la otra. Sólo hay una: seres humanos.

Pedro también era un apóstol del Señor. Y aun así, no iba a permitir que Cornelio se postrara ante él como respeto a la

función que cumplía. A pesar de su misión, era un ser humano, al mismo nivel que Cornelio.

Entonces Pedro admitió cómo él mismo había tenido que aceptar la corrección del Señor. Les dijo: «Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo» (10:28). Con mucha frecuencia, el hombre que demuestra ser el mejor aceptado como maestro es aquel que admite que han tenido que corregirle, que ha tenido que cambiar su punto de vista.

Pero debemos detenemos un momento en la lección que Pedro dijo que le había enseñado Dios. «Me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo» (10:28). La lección que Dios le había enseñado por medio de la visión tenía que ver con la comida: el Señor había levantado todas las prohibiciones, había declarado que todos los alimentos eran puros; por tanto, Pedro debía dejar de considerarlos comunes, es decir, indignos de que los santos los tomaran. Pero Dios había ido más allá, para enseñarle otra lección a Pedro. No podía considerar a ningún ser humano común o inmundo («impuro o inmundo», N.V.I., resulta tautológico).*

¿Qué quiere decir esto? No puede querer decir que en este mundo no hay personas inmundas, ¿no? Pablo habla de algu-

* Notemos la terminología. El antónimo de «santo» en el pensamiento del Antiguo Testamento puede ser dos cosas o una sola. Por ejemplo, el día de reposo es santo en el sentido de que está consagrado al Señor. Los otros días, no consagrados, no es que sean necesariamente «inmundos», sino comunes. Lo mismo sucede con los utensilios. Las vasijas consagradas al servicio de Dios eran santas (y aparte, por supuesto, debían estar limpias). Las vasijas no consagradas eran comunes, no necesariamente inmundas, aunque por supuesto podían volverse inmundas. Lo mismo sucede con el pan. El Pan de la Presencia en el tabernáculo era santísimo. Sólo los sacerdotes podían comerlo. Esto no implicaba que el pan normal, el que podía ingerir cualquier israelita, fuera «inmundo». Lo mismo es lo que les dice Pablo a los cristianos sobre la comida: «Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado» (1 Ti. 4:4-5).

nas personas que, «después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza» (Ef. 4:19). Pedro no intentará contradecirle, ¿verdad? Incluso él mismo, cuando hablaba sobre la forma de vivir de los gentiles, dice que viven en «lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías» (1 P. 4:3).

No, para entender el significado de sus palabras debemos tener en cuenta lo que dice en su contexto. Como israelita se consideraba, por definición, «santo», porque era miembro de una nación «santa» y porque respetaba las leyes alimentarias y de limpieza ceremoniales. Por el contrario, a los gentiles había que considerarlos, por definición, «comunes»: no eran miembros de la nación santa; y los consideraban inmundos porque no estaban circuncidados y no guardaban las leyes ceremoniales sobre los alimentos y las abluciones. Esta era una situación que ahora Pedro veía que estaba cambiando. Si Dios había derogado las prohibiciones sobre la comida y había declarado que todos los alimentos eran puros, los gentiles ya no eran «inmundos» por comer determinadas cosas. A un nivel más profundo: si ahora Dios acababa con el privilegio especial de Israel, destruyendo el muro divisorio entre judíos y gentiles, éstos ya no podían ser «comunes» por definición, ni «santos» los israelitas. Los judíos y los gentiles estaban ya a la misma altura. Ya no había naciones de primera o segunda clase.

A Pedro le llevaron al interior de la casa, presentándole a las personas que se habían congregado. Sus palabras introductorias fueron: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (10:34-35).

¿Es esta otra lección? Y si lo es, ¿cómo la aprendió? Vaya, acabamos de enterarnos de la explicación que da Cornelio sobre qué le hizo invitar a Pedro: cuatro días antes un ángel se le apareció mientras estaba orando, y le dijo: «Cornelio, tu oración ha sido oída, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios» (10:31); y esa explicación le había enseñado a

Pedro que las buenas obras son buenas obras, y el temor de Dios es el temor de Dios, sea quien sea el que las haga o muestre ese temor. No importa de qué nación procede una persona: Dios no acepta las buenas obras de un hombre porque sea judío y rechaza las de otro porque es gentil. Dios no ignora el temor de Dios que siente una persona porque ésta sea gentil y acepta el de otra porque es judía. A los ojos de Dios no hay diferencia entre ellas, y en este sentido nunca la ha habido. No es nada nuevo. Dios había establecido una distinción entre Israel y los gentiles en el área de la misión, santidad y consagración que esperaba de Israel, pero no en el área de la moralidad. El pecado de Israel era pecado, como el de los gentiles. Y las buenas obras de éstos eran tan válidas como las de los israelitas.

Por tanto, Pedro ha aprendido lo que más adelante Pablo les diría a los Romanos:

«[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras... [Habrás] tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios» (Ro. 2:6, 9-11).

Pedro no está diciendo (ni Pablo tampoco) que cualquier hombre, sin importar su nación, puede hacer méritos ni basar su salvación en las buenas obras. Porque este principio de que Dios no muestra favoritismo se aplica en otros lugares: «Porque no hay diferencia [es decir, entre judíos y gentiles], por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:22-23). Lo que dice es que Dios valora y acepta las buenas obras de las personas sin parcialidad, e independientemente de la nacionalidad de cada uno.

Por tanto, es muy positivo que Pedro aprendiera esta lección antes de empezar a predicarle a Cornelio. Imaginemos qué desgracia si hubiera entrado en aquella casa y lo primero que le

hubiera dicho a Cornelio es que era un gentil inmundo, y que incluso sus mejores obras eran trapos de inmundicia. Porque Cornelio le hubiera respondido: «¡Pues qué raro, porque el otro día vino un ángel y me dijo que Dios había escuchado mi oración y recordado mis limosnas a los pobres!»

No debemos confundir dos temas distintos. Juzgando a la luz de los estándares absolutos de Dios sobre la santidad, las buenas obras de las personas no son más que trapos de inmundicias. Ciertamente, si intentáramos depender de ellas para obtener la salvación, la ley divina no tendría otra opción que condenarlas, junto con nosotros. Y hemos de tener en cuenta que, aunque su ángel le había dicho a Cornelio que Dios había recordado sus buenas obras, también le dijo que tenía que ser salvo (11:13-14), y Cornelio nunca pretendió que sus buenas obras le hubiera ganado la salvación. Cuando escuchó la posibilidad de obtener perdón y salvación por medio de Cristo, no protestó: «No necesito la salvación. Mis buenas obras son tan buenas como las tuyas». No, él admitió humildemente su necesidad de perdón y aceptó la salvación solamente mediante la fe en Cristo.

Pero el hecho de que las buenas obras de las personas no les pueden garantizar la salvación no quiere decir que Dios no le interese que se hagan, ni que las personas intenten hacerlas. También es posible que les estemos dando la impresión equivocada: al enfatizar tanto que no deben depender de las obras para salvarse, corremos el riesgo de dar la impresión de que no vale la pena que hagan buenas obras antes de ser salvas, y que al final no importa tampoco mucho si siguen haciéndolas a pesar de haber sido salvas, porque «la salvación no es por obras». Así corremos el riesgo de generar una raza de evangélicos que piensen que son automáticamente mejores que los no salvos por el mero hecho de ser creyentes, discípulos, santos, incluso si su vida familiar, su ética profesional y sus obras de caridad son muy inferiores a las de las personas que no hacen profesión de fe.

Lo cierto es que Dios ama las buenas obras, y *sí* se interesa

en las de las personas que no son salvas. El «se acordó» de las limosnas que daba Cornelio a los pobres (10:31). Las entendió como la expresión práctica del deseo de Cornelio de complacer a Dios. Cornelio temía a Dios, Cornelio buscaba a Dios, deseaba la salvación y la comunión: sus obras eran la evidencia de la sinceridad de su búsqueda. Y Dios, como respuesta, le envió a un ángel que le dijo cómo encontrar a un evangelista que le diría cómo ser salvo.

Y aunque la salvación no sea por obras, el resultado de la salvación es el de producir buenas obras. «... nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tit. 2:13-14).

En lugar de comenzar su sermón enfatizando el pecado de Cornelio y su necesidad de ser salvo, Pedro empezó de una forma muy diferente. Le presentó el evangelio como las buenas nuevas de salvación por medio de Jesucristo (10:36): fue enviado al pueblo de Israel (no podemos negar el papel especial de Israel como mensajero), pero Jesucristo es «Señor de todos». Como lo diría Pablo, ese mismo Señor «es rico para con todos los que le invocan» (Ro. 10:12).

En segundo lugar, presentó la vida y actividad del Señor Jesús. Les recordó que la historia comenzó con el bautismo que predicaba Juan, llamando a las personas al arrepentimiento y a que se prepararan para la venida del Señor. Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y él fue «haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (10:37-38).

¡Qué maravilla! Cornelio era un hombre que procuraba sinceramente hacer el bien y ayudar a los pobres. Pedro presenta, para suscitar su admiración y su fe, al supremo hacedor de bienes. Incluso a este nivel Cristo une a judíos y gentiles. Los moralistas serios, las personas que aman sinceramente la bondad y procuran hacer el bien, sea cual sea su raza, nación o trasfondo, deben admirar -y admiran- la bondad de Jesucristo. «Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo

en la tierra de Judea y de Jerusalén» (10:39). Y así hablaba un apóstol, elegido con ese mismo propósito (1:8, 21-22).

Pero ahora viene la bomba: «a quien mataron colgándole en un madero» (10:39).

¿Quién lo hizo? ¿Y por qué? La mente se llena de un aluvión de preguntas. ¡Es una afirmación tan dura! Es evidente que Lucas nos está ofreciendo un resumen, no un informe detallado. Aun así, la brevedad de la aserción es extraordinaria. ¡Menuda admisión! Pedro no dice que «los judíos le mataron». Hubo otros que se aliaron con ellos: Herodes, Pilato. ¡Pero vaya cosa como para que se la dijera un judío a un gentil! Que los judíos, los santos, el pueblo bendecido con una religión dada por Dios, celosos de justicia, con un papel privilegiado entre las naciones, ¡mataron al supremo hacedor de bienes! Y no sólo le mataron, sino que lo hicieron colgándole de un madero. Ese era el castigo que recibían los peores criminales. Cualquiera clavado en un madero, dentro del pensamiento judío, era alguien maldecido por Dios (ver Dt. 21:22-23). ¿Cómo podía un corazón humano, una mente religiosa, ser tan perversos como para condenar al ser vivo más perfecto que existió como si fuera el más despreciable? ¿Qué es lo que ha conseguido el privilegio, la «santidad», la actitud «soy mejor que un gentil», si hemos llegado a esto? ¡Qué bancarrota de religión, qué cortas se quedan las buenas obras! Y no se trata de un judío acusando a los judíos: ¡Pedro era un judío confesando lo que su nación judía había hecho con Jesús!

Pero, ¿es que los gentiles son mejores? ¡Claro que no! Durante las últimas décadas los judíos se han quejado cada vez más de que el terrible pecado del antisemitismo se ha visto potenciado gracias a la enseñanza cristiana, destinada a diversas generaciones de niños, de que fueron los judíos los que mataron a Jesús. Esa protesta tiene algo de razón. La cristiandad es culpable de un doloroso orgullo y crueldad. Pero ha sido el orgullo y la crueldad de una cristiandad no regenerada, malvada. Cada cristiano gentil y auténtico confesará sin dudar lo que no es mejor que los judíos que crucificaron a Jesús.

Tramaron su muerte y usaron a los romanos para hundir los clavos, pero todo gentil cristiano dirá que fue también su propio pecado el que crucificó a Jesús. Porque este es el verdadero meollo del evangelio: él llevó nuestros pecados en su cuerpo, sobre aquel madero. La enemistad contra Dios evidenciada en la crucifixión de Dios encarnado es un mal que yace en cada corazón humano, judío o gentil.

Por tanto, es aquí, al pie de la cruz de Cristo, donde los judíos y los gentiles están a un mismo nivel: no hay sitio para la jactancia ni el orgullo, ninguno es superior al otro. Su pecado les hace estar en el mismo barco.

Pero «a éste levantó Dios al tercer día» (10:40), y ordenó a algunos de sus siervos que fueran testigos de esa resurrección: «a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos» (10:41). Predicar la resurrección es predicar un hecho. No es una forma mítica de decir que esperamos y creemos que en otro mundo, en algún lugar al otro lado de la muerte, los fracasos del mundo se resolverán. Es la afirmación de un hecho literal. Dios le ha dado la vuelta a las decisiones de los hombres: su Hijo resucitó de entre los muertos, físicamente.

Y «nosotros comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos» (10:41). Por consiguiente, ¡qué significativo es que ahora se le ordenara a Pedro que fuera y comiera y bebiera con los gentiles!

Por tanto, aquellos que fueron testigos de su resurrección tenían la misión de explicar su importancia: «Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos» (10:42). Esto es algo que hemos oído con tanta frecuencia que puede que haya perdido su capacidad de sorprendernos. Pero consideremos lo que dice: no que «Dios será el juez», sino «Jesús de Nazaret será el juez». Si Dios lo eligió para ser juez es debido a su naturaleza humana sin pecado. Es hombre: ha vivido en nuestro mundo. Su juicio será justo, porque nunca buscó hacer su propia voluntad (Jn. 5:30). Es el baremo de toda comparación.

No deja opción a que los gentiles respondan: «Soy tan bueno como tú. ¿Qué derecho tienes a condenarme?» Y no permite que los judíos se sientan superiores, porque fueron ellos los que le crucificaron.

Pero el punto siguiente y sorprendente –gozosa sorpresa– es que: todos los profetas dan testimonio de esto, y todos los que creen en él reciben el perdón por medio de su nombre (10:43); *perdón*, no condenación, a pesar de que tanto judíos como gentiles son culpables. Porque, una vez más, no hay diferencia entre unos y otros: el mismo Señor es el Señor de toda riqueza que imparte a todos los que claman a él, porque «todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo» (Ro. 10:12-13).

Por tanto, aquí hallamos la base de la verdadera santidad cristiana: está al pie de la cruz. Judíos y gentiles, todos en un mismo nivel: pecadores ante Dios, a pesar de su religión y sus buenas obras. Ambos perdonados en los mismos términos: como regalo por medio de la muerte y resurrección de Jesucristo. Sin que tengan nada de que jactarse comparándose unos con otros. Y con un gozo común.

Este es el primer elemento de la verdadera santidad: el descubrimiento realista del pecado. Pero existe un segundo elemento. Mientras Pedro estaba hablando, el Espíritu Santo vino a todos los que escuchaban el mensaje. Los creyentes judíos que habían acompañado a Pedro estaban asombrados. Porque, por supuesto, el don del Espíritu Santo demostraba que Dios aceptaba a aquellos gentiles arrepentidos y creyentes exactamente igual que aceptaba a los judíos. Y lo había hecho, démonos cuenta, sobre la base de su fe en el Señor Jesús. El y su muerte expiatoria no sólo eran la base, sino la base perfecta y adecuada. La fe en él lleva a todos a la aceptación completa: no es necesario añadir nada, ni nada puede añadirse. Y sobre esta base Pedro les ordenó ser bautizados con agua. Si Dios los había aceptado, también debían hacerlo los cristianos judíos (10:44-48).

Pedro: la secuela (11:1-18)

Pero Lucas añade una secuela a esta historia, secuela que nos ayudará a entender mejor la importancia de la venida del Espíritu Santo sobre aquellos creyentes gentiles.

Cuando Pedro regresó a Jerusalén, los cristianos de Judea le criticaron por haber entrado en la casa de un incircunciso y compartido su comida (11:1-3).

De modo que Pedro les explicó, pacientemente y en detalle, toda la historia: la lección que Dios le había enseñado, la visión, la invitación a visitar a Cornelio, a quien un ángel le había ordenado buscar a Pedro y, luego, la acción decisiva de Dios para conceder el Espíritu Santo a los gentiles. Les dijo: «Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también. Dios les concedió el mismo don que a nosotros. ¿Y quién soy yo para oponerme a Dios? No pude evitarlo. Yo me limité a hablar, y Dios hizo el resto» (11:15-17). ¡Buen argumento, Pedro!

Sin embargo, para nuestro propósito lo importante es cómo describió la venida del Espíritu Santo: «Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo» (11:16).

Aquí hallamos el segundo elemento en la verdadera santidad: primero, el perdón por medio de la muerte y resurrección de Cristo, pero luego, el poder transmitido por el Espíritu Santo para llevar una vida de auténtica santidad y testimonio del Señor.

Y ahora entendemos por qué Dios se podía permitir, por así decirlo, derribar el muro que había levantado en torno a Israel. En aquellos días no sabían nada del bautismo en el Espíritu Santo, ni de la morada de éste en ellos para capacitarles a llevar vidas santas. Por tanto, lo mejor que podía hacerse era rodearles de un muro que les impidiera mezclarse con la corrupta sociedad de los gentiles. Pero esto, claro está, tenía sus puntos débiles. Un muro *exterior* y *rodeándoles* no conseguía que los

israelitas de dentro fueran más santos. Y, ¿qué tipo de respuesta definitiva sería si la santidad depende de aislar a las personas del mundo real?

Pero con una redención y una limpieza derivadas de la muerte de Cristo, el Espíritu Santo podía venir y habitar en cada creyente dándole así la capacidad de llevar una vida santa, de modo que el Espíritu de vida en Cristo Jesús nos liberara de la ley del pecado y de la muerte, y que las exigencias de esa ley se cumplieran en nosotros, que andamos no según la carne sino según el Espíritu. Ahora, sin el muro divisorio, pero con el Espíritu Santo dentro de ellos, los creyentes eran libres de ir donde quisieran en el mundo, llevando con ellos el evangelio a toda criatura.

Y hay algo más. En aquel momento, puede que Pedro y sus compañeros de apostolado no se dieran cuenta de que el hecho de que los gentiles fueran bautizados en el Espíritu Santo, como los judíos, tenía una implicación adicional. Pero no pasarían muchos años antes de que Pablo fuera inspirado para escribir: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu» (1 Co. 12:13).

Este era el final de la pared divisoria: judíos y gentiles, compañeros que compartían una misma vida, incorporados en el mismo cuerpo de Cristo.

Esta es, pues, la santidad cristiana, distinta de la judía.

Pero volvamos a los creyentes judíos en Jerusalén. Cuando escucharon la historia de Pedro dejaron de lado todas sus objeciones, y glorificaron a Dios (11:18). Eso dice mucho de ellos, y bueno. Perder una posición privilegiada, conservada durante siglos, pudo suponer para algunos una pérdida terrible. Pero para ellos no. Aquellos que habían experimentado la inefable e inconmensurable gracia de Dios en Cristo, como un regalo absoluto, se sienten tan ricos que pueden permitirse compartir con los demás lo que tienen. Dieron la gloria a Dios, porque éste se les manifestó como un Dios de gracia incomparable: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios

arrepentimiento para vida!» (11:18). ¿No suena un poco raro lo de «incluso a los gentiles» (N.V.A.)? ¿Por qué no «gentiles», sencillamente? Reformulemos, pues, la afirmación para ver la sublime gracia del concepto: «¡De modo que Dios nos ha concedido incluso a *nosotros* el arrepentimiento para vida!»

Con este clímax glorioso, hemos llegado al final del Movimiento 1.

MOVIMIENTO 2

El evangelio liberado del centralismo administrativo judío y el sacralismo político (11:19–12:24)

Como el Movimiento 1, el 2 trata de la propagación del evangelio entre los gentiles. Como en el caso del 1, se centra en los obstáculos que se levantaron al principio contra esta expansión del evangelio, y en el modo en que se superaron. Como el Movimiento 1, contiene dos pares de historias. En el Movimiento 1, el factor común entre ambos pares era los viajes de Pedro. En este movimiento, el factor común es la persecución. El primer par nos cuenta cómo la persecución inició, sin proponérselo, la expansión del evangelio. El segundo par nos explica cómo la persecución hubiera bloqueado el evangelio de raíz si Dios no hubiera intervenido. Naturalmente, la base de referencia en ambos casos es Jerusalén.

La fundación de la iglesia de Antioquía (11:19-26)

El Movimiento 1 explica con gran detalle cómo Pedro abrió oficialmente la puerta de la fe a los gentiles, y cómo mediante

su visita a Cornelio Dios suscitó y resolvió deliberadamente las cuestiones relativas a la santidad.

Pero, según leemos en Hechos, la primera gran incursión del evangelio en territorio gentil y la fundación de la primera iglesia predominantemente gentil no fueron obra de Pedro ni de ninguno de los apóstoles. Ni tampoco la inició, ni la dirigió luego, la iglesia de Jerusalén.

Esto es algo notable, y cuanto más pensamos en ello, más lo es. Lo que nos va a describir este párrafo es algo totalmente nuevo: no la fundación en Antioquía de una sinagoga judía cristiana, a la que pudieran asistir los gentiles una vez convertidos al cristianismo, sino el establecimiento de una comunidad en la que los creyentes gentiles y judíos se encontraban en igualdad de condiciones, de modo que hubo que acuñar un término nuevo, «cristianos», para aplicárselo a los miembros de esa comunidad (11:26). Lucas no nos dice si ya se había fundado antes una iglesia de estas características. Por lo que respecta a Hechos, es la primera iglesia que se fundó fuera de Jerusalén y Judea (Lucas tampoco dice qué sucedió en Samaria o en Roma como resultado de Pentecostés, 2:10).

Ahora bien, la comisión originaria del Señor a los apóstoles especificaba que debían ser los testigos de Cristo en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (1:8). Y uno podría esperar que, bajo la presión de esa comisión, los apóstoles de Jerusalén hubieran iniciado y dirigido, como mínimo, la misión a los gentiles, aunque no la pusieran en práctica ellos mismos. Después de todo, ¿era algo trascendente!

Pero la verdad es que sucedió todo lo contrario. Los apóstoles de Jerusalén ni iniciaron, ni dirigieron ni controlaron la misión. De hecho, la iglesia de Antioquía se fundó antes de que la iglesia de Jerusalén se enterara del proyecto.

Lo que puso en marcha la misión fue la persecución que generó el caso de Esteban. Como leíamos en 8:1, «todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles». Lucas no nos dice por qué los apóstoles quedaron atrás. Quizás lo hicieron como los capitanes de los barcos, que

son los últimos en huir en caso de peligro; o quizás el esfuerzo y el sacrificio necesario para mantener la iglesia de Jerusalén en esas circunstancias pesaba sobre sus mentes y energías hasta que, una vez remitió la persecución, muchos de los que estaban dispersos por Judea y Samaria regresaron a Jerusalén, y volvieron a exigir el interés pastoral de los apóstoles.

Sea como fuere, el caso es que incluso los que fueron esparcidos en dirección de Fenicia, Chipre y Antioquía no huyeron con la intención aparente de llevar el evangelio a los gentiles. Al principio sólo predicaron el mensaje a los judíos (11:19). Luego, como si fuera para aprovechar la coyuntura, algunos de los creyentes que eran originarios de Chipre y Cirene empezaron a hablar también a los griegos, contándoles las buenas nuevas relativas al Señor Jesús (11:20). La mano del Señor estaba con ellos, como nos dice Lucas, y ese era el secreto. El propio Señor era quien estaba detrás de toda la operación, iniciando, controlando, dirigiendo y garantizando el buen resultado: «y gran número creyó y se convirtió al Señor» (11:21).

La siguiente cosa interesante fue lo que hizo la iglesia de Jerusalén cuando se enteró de lo que había sucedido en Antioquía. Envio allí a Bernabé (11:22). Y Lucas dice que, cuando éste llegó, vio la gracia de Dios. Es decir, reconoció que lo que había sucedido era una intervención directa de Dios mismo, y una manifestación de su gracia, y se sintió encantado al constatarlo.

Entonces les exhortó a que se entregaran de corazón a... ¿Jerusalén? ¡No!... al Señor (11:23). Esto es muy significativo. Aquí tenemos un progreso incalculable del evangelio, en un nivel totalmente nuevo: judíos y gentiles juntos, sobre una misma base que es la iglesia cristiana (no una sinagoga de judíos cristianos). Y todo este proceso tuvo lugar sin recibir los consejos o el permiso de la iglesia en Jerusalén. Pero Bernabé no dice: «¡Vaya, me alegra que haya salido tan bien la cosa! Pero, como es lógico, tendríais que haber consultado con Jerusalén antes de dar este paso, sobre todo antes de fundar una iglesia. Así que, por favor, a ver si en el futuro tenéis la delicadeza

de sujetaros a Jerusalén y consultar con nosotros antes de tomar una iniciativa propia, ¿eh?»

¡No! Si hubieran tenido que esperar que la iglesia de Jerusalén enviara misioneros a los gentiles, es posible que la iglesia de Antioquía no se hubiera fundado aún. La verdad, aunque no podamos sacar conclusiones a partir del silencio, resulta interesante comprobar que en Hechos nunca leemos que la iglesia de Jerusalén iniciara ningún tipo de misión a los gentiles.

Por tanto, el consejo de Bernabé fue que se mantuvieran firmes en el Señor. Y Lucas nos dice que les dio este consejo porque era un buen hombre, lleno del Espíritu Santo y de fe (11:24). Vemos su bondad en el hecho de que no sintió enojo o envidia alguna al ver que aquellos creyentes habían desempeñado tamaña misión sin haber consultado previamente con Jerusalén. Y vemos su fe en el hecho de que reconoció que la gracia de Dios estaba obrando, y que podían confiar en que Dios, que había guiado a sus siervos prosperándolos, seguiría iniciando, guiando, controlando y protegiendo su obra, y lo único que para ello debían hacer estos nuevos cristianos y esta nueva iglesia era adherirse al Señor, con fidelidad. La lealtad al Señor Jesús requiere obediencia a los apóstoles en doctrina y en práctica, estuvieren donde estuviesen esos apóstoles en aquel momento. Pero la fidelidad al Señor Jesús no implica que una iglesia en Siria (o en cualquier otro lugar) se sometiera al control administrativo y organizacional de la iglesia de Jerusalén. El lugar centralista de Jerusalén dentro del judaísmo no era algo que debiera duplicarse dentro del cristianismo. No necesitaban iniciativas ni guía alguna por parte de Jerusalén. Y cuando (anticipando un poco) descubramos qué iniciativas tan poderosas tomaría la iglesia de Antioquía (ver 13:1-3), veremos la sabiduría del consejo de Bernabé.

Lo segundo que éste hizo para animar y ayudar a que se desarrollara la iglesia de Antioquía fue ir a buscar a Saulo a Tarso y, juntos, estuvieron enseñando a la iglesia durante un año, a un gran número de personas (11:25-26). Parece ser que Pablo se había marchado de Jerusalén, y había regresado a su

ciudad natal. Pero Bernabé se había dado cuenta de que era un hombre con un don especial, llamado a conectar con los gentiles. Así que fue a buscarlo, y juntos enseñaron a la gente, de forma sistemática, la palabra de Dios. Esta es la auténtica receta para que una iglesia crezca y se extienda: no aferrarse a un centro de mando eclesial, sino al Señor; y, por otra parte, no ser independientes y autosuficientes (lo cual es una estupidez), sino aceptar la ayuda de los maestros indicados por Dios, aunque vengan de fuera; y, además, no convertir la «relación con el Señor» en una excusa para seguir nuestras propias ideas y fantasías, sino considerarla una motivación para aprender de su palabra con vigor y constancia.

El tercer punto curioso es que los creyentes fueron llamados «cristianos» por primera vez en Antioquía. En cierto sentido, es muy positivo que fuera así. «Mesías» es un término hebreo que los judíos grecoparlantes ya hacía tiempo que habían traducido como «Christos», Cristo. Pero «cristiano», o sea, «creyente en o siervo de Cristo», era una palabra totalmente nueva, que desde buen principio se aplicó tanto a judíos como a gentiles. Y a la vez, descubrimos otra cosa importante. En el Movimiento 1 vimos cómo se hundía el muro de separación entre judíos y gentiles. Pero eso no quiere decir que a partir de entonces no hubiera distinción alguna entre las personas. Había una nueva división: no ya entre judíos y gentiles, sino entre cristianos (judíos o gentiles) por una parte, y no cristianos.

La iglesia de Antioquía y la labor social (11:27-30)

En el Movimiento 1 vimos cómo, dentro del concepto judío de la santidad, se ponía un énfasis directo y saludable en la práctica de las buenas obras y la ayuda social. Luego vimos lo poco adecuada que resultaba la santidad judía y cómo hubo que sustituirla por la santidad cristiana. En concreto, había que derruir el muro divisorio que había funcionado como una barrera entre judíos y gentiles, y abolir las leyes alimentarias

que dificultaban tanto la relación social. Ahora, en Antioquía, vemos una iglesia basada en los principios de la santidad cristiana.

La pregunta es: ¿cómo funcionará? ¿Qué efectos tendrá en la conciencia social? ¿Nos llevará al abandono de la auténtica labor social y moral? ¡No! Observemos lo que sucedió en Antioquía. Oyendo, por medio de algunos profetas, que iba a producirse una tremenda hambruna en el mundo, los discípulos decidieron, al parecer por propia iniciativa, enviar ayuda, cada uno conforme a su capacidad, a los hermanos de Judea (11:27-30). Esto fue un detalle muy delicado, y una expresión práctica de la unidad en Cristo de judíos y gentiles. En cierto sentido, este interés social espontáneo fue más impresionante que el de Dorcas (9:36-43), porque superaba todas las antiguas barreras del orgullo religioso, los prejuicios y animosidades, las diferencias étnicas y la distancia geográfica. Y aun hoy en día, la unidad en Cristo que existe entre los creyentes por todo el mundo, y que trasciende toda barrera nacional, étnica, social, educativa y política, es una realidad impresionante.

Resulta irónico que la persecución que comenzó a partir de Esteban se volviera contra sí misma. Al principio, la iglesia de Jerusalén perdió muchos de sus miembros. Pero esto no sólo condujo a la no disminución sino a la expansión del cristianismo por todo el mundo, y, al mismo tiempo, la recién fundada iglesia de Antioquía ayudó a mantener la iglesia en Jerusalén.

La persecución de Herodes y la huida de Pedro (12:1-9)

Volvemos a encontrarnos con una persecución, y una vez más se centra en la iglesia de Jerusalén. Una vez más, se supera la persecución. Pero esta vez el tema clave y la lección que podemos aprender son distintos. Fue el rey Herodes el que instigó la persecución y pasó a Santiago a espada (12:2). No se nos dice por qué lo haría, pero sí que viendo «que esto había

agradado a los judíos, procedió también a prender a Pedro» (12:3). Así que nos encontramos con un caso de discriminación política basada en la religión.

Durante este último siglo, dentro de la cristiandad, hemos podido ver cada vez más la tremenda lacra que supone la discriminación política fundada en una base religiosa. Sin embargo, no podemos olvidar que durante la mayor parte de los siglos, su práctica estuvo muy extendida dentro de la misma cristiandad; de hecho era algo casi universal, y constituyó la fuente de inmensas y escandalosas crueldades y opresiones. Así que deberíamos detenernos un instante y considerar las presuposiciones básicas que hacen que tal discriminación parezca algo correcto, saludable, no sólo a los antiguos judíos sino a diversas generaciones dentro de la cristiandad, e incluso a algunos de nuestros contemporáneos.

Herodes Agripa I tenía algo de sangre judía en sus venas, porque aunque los Herodes procedían de unos ancestros edomitas, y no eran muy populares con los judíos, su abuela era la princesa hasmonea Mariamme. Quizá es comprensible que, cuando el emperador Claudio añadió Judea al reino de Agripa en el 41 d.C., Agripa hiciera todo lo posible por ganar popularidad entre los judíos. Pero es triste constatar que la ejecución de Esteban «complació a los judíos», y que eso le animó a prender también a Pedro.

El profesor F.F. Bruce* ha sugerido que el motivo que tuvo Herodes de «atacar a algunos que pertenecían a la iglesia» (12:1), antes que a todos los miembros de la iglesia de Jerusalén indiscriminadamente, pudo ser que Pedro y los otros apóstoles habían estado involucrados recientemente en, o habían aprobado, la supresión de las barreras entre judíos y gentiles, y la concesión de privilegios judíos (como éstos pensarían) a los gentiles sin exigirles que antes se hicieran judíos. Si esto es así,

* F.F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1998), pp. 233-234.

lo que contemplamos ahora sería un resurgimiento de la hostilidad del judaísmo contra el cristianismo. Habían llegado a un tipo de *modus vivendi* con el cristianismo mientras los judíos cristianos habían mantenido todos los privilegios distintivos frente a los gentiles. Pero ahora que empezaban a ver lo que el evangelio cristiano implicaba realmente y qué quería decir la santidad cristiana –la abolición de todo privilegio judío– su animosidad contra el evangelio se recrudeció.

Tanto si esta era de verdad la situación, o tanto si la hostilidad judía era simplemente la antigua animosidad contra el cristianismo *per se*, con una llama reavivada, es importante darse cuenta de que los judíos se estaban oponiendo al mismísimo centro del evangelio cristiano. No se trataba de alguna minucia propia de la creencia y la práctica cristianas respecto a la cual fuera aconsejable que los cristianos, siguiendo el espíritu correcto, se sometieran para mantener una coexistencia pacífica con los judíos.

Pero, claro está, los judíos podían decir que tenían la autoridad bíblica para usar el poder civil para ejecutar a las personas culpables de herejía grave. Deuteronomio 17:2-7 establece la ley de que si alguno se ha involucrado en la idolatría, ya sea hombre o mujer, debe sufrir la pena capital. Deuteronomio 13: 6-18 también contiene esa ley, y añade que si se descubre que toda una ciudad en Israel se ha pasado a la idolatría, el resto de la nación debe unir sus ejércitos y arrasar aquella ciudad, a sus habitantes y todo lo que contenga. Por tanto, Israel podía haber argumentado que, al adorar a Jesús como a Dios, los cristianos eran culpables de una grave idolatría, y de blasfemar el nombre de Dios, y por tanto era correcto que los ejecutara el poder civil. Es cierto que durante siglos la cristiandad adoptó la misma postura, de que las autoridades eclesiásticas y espirituales tenían la obligación dada por Dios de destruir a los herejes entregándoles al poder secular para que les ejecutara, y que estas autoridades civiles tenían la responsabilidad de respaldar a las eclesiásticas y de mantener limpia la religión del estado.

Pero aquí llega el quid de la cuestión. La antigua Israel era una teocracia, fundada por Dios mismo. No sólo sus sumos sacerdotes, sino también muchos de sus reyes, eran «ungidos del Señor». Todo miembro del estado tenía que profesar la religión estatal. Cada niño de ocho días tenía que ser circuncidado. Cualquier niño que no lo fuera sería «cortado de entre el pueblo». La religión y la política eran las dos caras de una misma moneda. El estado era sacralizado. Bajo estos términos, la herejía era un crimen contra el estado, y éste tenía el derecho y la obligación de castigarla.

Sin embargo, hacia el primer siglo d.C., Israel hacía tiempo que ya no era un estado sacralizado. No sólo las diez tribus, sino también Judá, habían perdido el poder político. Los asirios habían destruido la monarquía del norte, y los babilonios la del sur. La casa de David ya no existía. Incluso, tras el regreso del exilio, cuando el templo y la ciudad de Jerusalén se habían restaurado, la monarquía seguía sin estarlo. Podemos dejar de lado la cuestión de si los reyes hasmoneos se hubieran podido considerar «los ungidos del Señor»: su dinastía también había acabado. Herodes el Grande no era, por supuesto, un ungido del Señor. Era un idumeo, y según Deuteronomio 17:15 no estaba cualificado para reinar sobre los judíos.

Por tanto, éstos habían perdido su auténtica cabeza política, un rey de la casa de David, y no por accidente. Era Dios el que había cerrado la dinastía de David y había arrebatado de manos de Israel el poder político, entregándolos a los gentiles en el exilio, debido al pecado de la nación y a su rebelión contra Dios. Y para empeorar las cosas, hacía poco que Israel había rechazado y ejecutado al auténtico rey de la línea de David, el Ungido del Señor, Jesús. A la luz de todo esto, Herodes Agripa I, el delegado del emperador romano Claudio, no estaba reconocido por Dios, ni mucho menos, como ungido del Señor, nombrado (entre otras cosas) para ejecutar a los herejes y mantener puras la fe y la práctica religiosa de Israel.

Por tanto, hacía ya tiempo que Israel había perdido su derecho de acudir al poder civil, mucho menos a un poder

gentil o semi-gentil, para ejecutar a las personas que los líderes religiosos del momento consideraban herejes. Y para empeorar las cosas, cuando Herodes encarceló a Pedro era la época de la Pascua (12:4). Sólo hemos de recordar qué simbolizaba la Pascua para apreciar la triste ironía de la situación. La Pascua originaria simbolizaba la libertad religiosa para adorar a Dios según la conciencia de cada uno. En aquella época Israel estaba bajo la autoridad política de un monarca gentil, el Faraón. En el nombre de Dios, Moisés le exigió a Faraón: «Deja ir a mi pueblo, para que me sirva» (Éx. 10:3). Faraón le propuso muchos compromisos, pero Moisés insistió en que lo único que le satisfaría, a él y a Dios, sería que la nación tuviera una libertad completa para adorar a Dios conforme a sus conciencias y creencias.

Pero ahora, en otra Pascua, Israel estaba animando a su autoridad política semigentil a que negara a los judíos cristianos su derecho de adorar a Dios según su conciencia; de hecho, les negaba su derecho a la propia vida.

Podemos estar seguros de una cosa: esta discriminación política sobre la base de la religión no era una auténtica santidad, ¡ni complacía a Dios! Los propios israelitas, cuando fueron obligados a vivir como expatriados en países extranjeros, rogaron y a menudo obtuvieron la libertad de practicar su propia religión. Y cuando se la negaron, hubo una larga lista de mártires que fueron testigos de su noble protesta. Pero la libertad religiosa que había ganado para ellos el profeta Daniel, pagando un alto precio él mismo, sus colegas y su gente; y aquello que habían defendido desde entonces todas las generaciones de judíos, aquello por lo que habían padecido; aquello por lo que habían sufrido los valerosos judíos durante muchos siglos a manos del así llamado gobierno cristiano... eso es lo que los judíos de la época de Pedro se complacieron en negarles a los primeros cristianos, Santiago y Pedro.

El cristianismo no está en posición de acusar al antiguo judaísmo. Cuando al final forjó una alianza entre iglesia y estado, que nada tenía de santa, llegó a considerarse un estado

tan sacralizado como el del judaísmo. En realidad fue la iglesia la que usó su poder para instigar la discriminación de los judíos y su posterior persecución;* y al final llegó a perseguir a cristianos que eran herejes, o eran acusados de ello. Y la cristiandad utilizó los mismos métodos que usó el judaísmo para mantener su estado sacralizado. En el judaísmo, una de las maneras para asegurarse de que un miembro del estado lo era también de la religión estatal, era la de insistir en que cada varón fuera circuncidado cuando era niño. Dentro del cristianismo llegó a considerarse que el bautismo era equivalente a la circuncisión; luego, en diversos países, y durante distintos siglos, la ley civil obligaba a bautizar a cada niño, bajo pena de muerte o discapacitación política. No debemos detenernos a lamentarnos por las tremendas crueldades y la discriminación injusta que se han perpetrado en nombre del sacralismo, y hasta hace bien poco tiempo. Ya nos hemos lamentado bastante. Pero no debemos olvidar los hechos históricos, ni permitir que se olvide la falsedad de las presuposiciones de ese sacralismo. Éste *no* constituía una forma válida de santidad. Casar la iglesia con el estado y luego usar la discriminación política para respaldar la privilegiada posición de la iglesia y mantener puro al estado (!) era completamente opuesto a la santidad cristiana.

Pero volvamos con Pedro. Habiendo sido testigo de la ejecución de Santiago, ahora se veía encarcelado (12:4). No hace falta tener mucha imaginación para darse cuenta de qué estaría pensando y sintiendo durante aquellos días críticos. No sólo había sido el líder natural de los cristianos de Jerusalén desde el día de Pentecostés, sino que había sido el primer promotor de la demolición de antiguas barreras entre judíos y gentiles, el que había empezado a llevar el evangelio a estos últimos, y en aceptar a los creyentes gentiles como cristianos genuinos sin necesidad de que se convirtieran al judaísmo.

*. Véase E.M. Smallwood, *From Pagan Protection to Christian Oppression* (The Queen's University of Belfast, 1979).

Ahora se había desatado una persecución. Santiago ya estaba muerto. Él mismo, si no era por intervención divina, pronto lo estaría. Sospecho que eso no le importaba demasiado. Pero si mantenía su postura cristiana y las recientes visiones que Dios le había mostrado sobre las implicaciones del evangelio para la evangelización de los gentiles, muchos de sus hermanos judíos en la fe seguirían su ejemplo, y probablemente acabarían muertos. Hablando en términos humanos, él sería el responsable de sus muertes.

¿Qué debía hacer? Por una parte veía lo que él entendía que era la verdad, el evangelio del que dependía la salvación de multitud de gentiles. ¿Cómo iba a comprometer algo así?

Sin embargo, por otra parte, estaba el peso masivo del aparato religioso judío, la inmensa mayoría de los judíos fieles y, ahora, todo el poder del rey y del estado. Cuando en los primeros tiempos el tribunal religioso judío les había prohibido a él y a Juan que predicaran en el nombre de Jesús, ellos les habían desafiado sin dudarlo. Pero ahora el poder civil, establecido por Roma, se había unido a los enemigos y se convertía en el instigador de la persecución. No sabemos cómo se sentía Pedro porque no nos lo ha transmitido. Pero sabemos cómo se sentía Lutero cuando tuvo que enfrentarse no sólo al representante del Papa sino también al Emperador de España. ¿Estaría en lo cierto, y todas aquellas eminentes autoridades estarían equivocadas? ¿Tenía el derecho de oponerse incluso al emperador? ¿Podía dar el paso de dividir a la cristiandad?

Si no sabemos cómo se sentía Pedro en aquella situación crítica, sabemos el alivio que experimentó cuando se vio fuera de la cárcel, y lo que para él significó aquella liberación. Eso sí nos lo ha dicho. Su liberación fue un milagro. Al principio no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, y pensó que era una visión (12:9). Pero cuando se vio fuera de la prisión, y respiró la fría brisa nocturna, dijo: «Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba» (12:11). Démonos cuenta de lo que estaba en juego.

No se trataba de : «¿Estoy fuera de la cárcel o lo estoy soñando? Ah, pues sí, estoy fuera de la cárcel»: Era más bien la forma de su liberación: *quién* le había sacado de allí. Era un milagro. El Señor era el responsable. Y la implicación era evidente: igual que Dios había intervenido para levantar a Jesús de entre los muertos, dándole así la vuelta al juicio del Sanedrín judío y a sus diabólicas maquinaciones con Pilato y Herodes, Dios había intervenido ahora para anular la discriminación política de Herodes Agripa y su persecución religiosa, y para repudiar y cancelar la actitud sacralista del judaísmo. El propio Dios había libertado a Pedro, y con él al evangelio. El estado judío, en tanto que estado, ya no tenía el poder de imponer el monopolio de la religión estatal frente a la verdad revelada por Dios. El evangelio era libre para reclamar las bendiciones de Abraham (Gá. 3:14) para los gentiles, y éstos podrían recibirlas sin hacerse judíos. El evangelio era para el mundo entero, más allá del control del gobierno de Judea, tanto fuera como dentro de las fronteras del estado. Y al liberarlo del control del estado de Judea, podemos estar seguros de que Dios nunca dispuso someterlo al control de cualquier otro estado gentil.

Por tanto, la lección que aprendió Pedro, rodeado del aire fresco de la noche, fuera de la cárcel, era tan importante como la aprendida mediante la visión que le envió a casa de Cornelio y los acontecimientos que tuvieron lugar allí. La intervención divina para enviar a Pedro a Cornelio el gentil liberó al evangelio de las barreras restrictivas de las leyes alimenticias religiosas judías, y del aislacionismo. Su intervención para sacar a Pedro de la prisión liberó al evangelio del control de un estado sacralista, el judío. Ambas intervenciones eran igualmente necesarias para que el evangelio llegara a todas las naciones del mundo. ¿Cómo podría extenderse libremente el evangelio a las personas de otras naciones si estaba, en última instancia, sometido al poder del estado judío? O, ya puestos, bajo el control de cualquier estado. Hasta nuestra época muchos países tienen miedo (y sobre todo los que aún tienen un estado sacralizado –incluyendo algunos estados comunistas) a que el

evangelio sea en realidad un arma del imperialismo o la democracia occidentales. Y, dentro de algunos países, los gobiernos tienen miedo de que el evangelio sea un arma del capitalismo, o del comunismo, dependiendo del color del gobierno en cuestión. Si el evangelio debe llegar al corazón de personas de todas las naciones, primero debe estar libre, y debe quedar claro que es libre, de todo control político y estatal. Ciertamente, el evangelio se interesa por fomentar la unión entre judíos y gentiles. Pero esa unidad es la unidad en Cristo, y no una unión internacional de estados. Es cierto que el evangelio promueve las buenas obras, la conciencia social y la responsabilidad. Esto queda ilustrado claramente en esta misma sección de Hechos. Pero esas obras sociales nacen del propio evangelio y de la salvación que provee Cristo; el evangelio no es el producto, ni tampoco el criado, de cualquier teoría política, ni tampoco es el arma de ningún gobierno o movimiento político.

Pero volvamos a Pedro. Cuando se dio cuenta de que su liberación de la cárcel no era una visión sino una realidad, fue a casa de la madre de Juan Marcos, María (12:12). En esa casa había cierto número de creyentes que oraban por la libertad de Pedro. Cuando le oyeron llamar a la puerta, cuando oyeron su voz, les dominaron el gozo y la incredulidad durante unos momentos, antes de dejarle entrar. A aquel relativamente pequeño grupo de creyentes que quedaban en Jerusalén les resultaba muy difícil creer que Dios hicieran un milagro del calibre de sacar a Pedro de la cárcel, liberando a la vez al evangelio. De cualquier forma, demuestra que los primeros cristianos no esperaban milagros cada hora del día, ni cada día de la semana. Cuando le comunicaron este milagro a Lucas, le dijeron que para ellos era una sorpresa tan grande como para cualquier otro.

Ahora bien, la credibilidad de los milagros depende, en primer lugar, del carácter y fiabilidad del testigo y del informe. Pero también depende de un cierto sentido de la proporción. Si leyéramos que Dios intervino enviando a un ángel para que ayudara a Pedro a encontrar un botón que se le había soltado,

el medio empleado estaría tan fuera de proporción con la importancia de la situación que resultaría una historia difícil de creer.

La credibilidad de la historia de la liberación milagrosa de Pedro depende, en primer lugar, del grado de credibilidad que le atribuyamos a Lucas, el historiador inspirado. Pero también depende de nuestra evaluación de la importancia de lo que estaba en juego. Algunos comentaristas han sugerido que la historia del ángel sólo es una forma poética extrema de decir que, debido a la providencia de Dios, alguna autoridad presente en la cárcel dejó marchar a Pedro. Pero esta explicación no funciona. Primero, porque Pedro dice que fue un ángel (12:7, 8, 9, 10). Pero, además, es que sólo una intervención directa y milagrosa de Dios bastaba para resolver la situación. Del mismo modo que Dios había entregado a Israel las leyes sobre la comida, también había establecido el estado de Israel como un estado sacralizado, con el poder civil necesario para imponer la creencia y la práctica religiosas. Por tanto, cuando Dios abrogó las leyes alimentarias, lo había hecho él mismo. No hubiera estado bien que Pedro sugiriera a sus colegas de Jerusalén que él pensaba que ya podían pasar por alto las leyes sobre el alimento. Dios tenía que resolver el asunto, tomando el relevo de Pedro y derramando el Espíritu Santo sobre los gentiles. De igual manera, si Dios quería que la gente comprendiera que la autoridad divina ya no respaldaba al estado sacralizado de Judea, la única forma de hacerlo era interviniendo personalmente. La simple opinión de Pedro, o de todos los apóstoles combinados, no hubiera bastado.

Y en lo que respecta a las proporciones: la liberación de la fe, y de la práctica y predicación del evangelio, del control del estado judío (y de cualquier otro estado sacralizado) era, después del propio mensaje del evangelio, un asunto de una importancia crucial para la evangelización del mundo.

Pero, claro está, Herodes Agripa no estaba convencido. Insistía en la opinión de que los guardias no habían prestado atención, o que se trataba de una jugarreta interna. Hizo eje-

cutar a los guardias (inocentes) (12:19), que fueron unas víctimas más que añadir a todas las que ha asesinado el sacralismo carente de toda autorización.

Herodes: la secuela (12:20-24)

Herodes Agripa ni siquiera era un verdadero judío. Aun si el sacralismo propio del judaísmo hubiera estado aprobado por Dios, el ascenso de Herodes al trono del estado de Judea hubiera contravenido la escritura del Antiguo Testamento (Dt. 17:15). Eso no impidió que los judíos se sintieran complacidos cuando usó su poder político para suprimir al evangelio y a sus ministros (12:1-5). Pero si los líderes religiosos, sin la autoridad divina, animaron al poder civil para que arbitrara las cuestiones religiosas, entonces no debían sorprenderse de que el poder civil se empezara a comportar como si fuera Dios.

Al menos eso es lo que hizo Herodes Agripa I. Durante el curso de ciertas negociaciones políticas, dispuso un gran espectáculo para impresionar al pueblo. Con su ropaje real, se sentó en el trono e hizo un discurso (12:21). La multitud reaccionó dándole honores divinos: «Es la voz de un dios», dijeron, «no de un hombre» (12:22). El aceptó su adulación idólatra y absurda, y «al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios, y expiró comido de gusanos» (12:20-23).

La estructura de la narración de Lucas nos invita a la reflexión. Ya nos hemos dado cuenta de ese eco literario entre el 11:18: «callaron, y glorificaron a Dios» y 12:21, 23: «les arengó... no dio la gloria a Dios».

Pero este contraste es más profundo. Hechos 11:1-18 habla del bautismo de judíos y gentiles en el Espíritu Santo. Este bautismo provocó la unión inmediata entre los creyentes judíos y los gentiles, unión que carecía de todo precedente histórico. Aun así, es improbable que en aquel momento se apercibieran de sus sorprendentes implicaciones. Pero más tarde le fueron reveladas a Pablo, y Lucas las aprendió de él antes de escribir

Hechos: «por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos» (1 Co. 12:13). El cuerpo al que hace referencia es, nada menos, que el de Cristo, ese nuevo elemento, único dentro del universo de Dios, que nació en Pentecostés, el cuerpo de Cristo; ese maravilloso organismo, creado al trasladar a los seres humanos al Espíritu de Dios, permitiéndoles beber de él. De esta forma están en el Espíritu de Dios, y éste está en ellos (Ro. 8:9). El resultado es que ha nacido un cuerpo cuya cabeza es Jesús el Hombre, dentro del cual todos los miembros gozan de una nueva vida y, sin perder su responsabilidad individual, ya no son meros individuos, sino miembros juntamente con el Señor Jesús, y todos los demás creyentes, de ese gran organismo, el cuerpo de Cristo. ¡El hombre fue recibido en Dios!

Y lo que nos presenta este último párrafo del Movimiento 2 (12:20-23) es una imitación triste y absurda: el hombre intentando ocupar el lugar de Dios, imitándole como un mono, cediendo a la ambición que plantó en el corazón humano en los albores de la historia el gran tentador en persona: «y seréis como Dios» (Gn. 3:5). Era un ejemplo reducido de un espíritu que alcanzará la plenitud máxima cuando el Anticristo, «el hombre de pecado», camine por la tierra y «se oponga... y levante contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Ts. 2:4).

Y hay otra comparación que vale la pena considerar. Si es cierto que en Hechos existen seis secciones principales, este episodio de la deificación y muerte de Herodes está al final de la tercera sección, y por tanto, a nivel estructural, en el centro del libro. Ahora bien, el punto central del evangelio de Lucas está en 9:50, porque en 9:51, según Lucas, el Señor Jesús empieza el viaje que le llevará a Jerusalén, de regreso a la gloria de la que procedía. Al ser así, es interesante darse cuenta de que el primer incidente importante en la primera mitad del Evangelio de Lucas es la glorificación de Jesús el Hombre, en el monte de la transfiguración (Lc. 9:28-36).

El contraste entre los dos episodios es evidente. En el Evangelio de Lucas, hablando del Hombre Jesús, dice: «la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente» (Lc. 9:29), y nos cuenta la llegada de la nube de gloria de la presencia de Dios, y la voz que vino de ella: «Este es mi Hijo amado; a él oíd...» (Lc. 9:35). Y luego, en Hechos, Herodes Agripa I, vestido con sus ropajes reales, sentado en su trono, da un gran discurso, acepta los honores divinos... ¡y muere comido de gusanos! (12:20-23)

Por supuesto, Lucas no intentaba resaltar las similitudes y contrastes. Pero dado que ambos eran dos incidentes históricos que Lucas tuvo que registrar, no hay motivo por el que no pudiera compararlos y contrastarlos en su mente. El progreso del hombre a través de los siglos; el fenomenal aumento del poder que hace unas décadas recae en sus manos; la creciente tendencia del mundo a convertirse en una aldea global, dentro de la cual unas cuantas religiones y filosofías principales competirán entre sí; la necesidad, por tanto, de que los gobiernos del mundo encuentren la manera de detener a las religiones militantes y a las filosofías para que no destruyan el mundo en su fanatismo; todo esto puede tentar a alguien a que vuelva a utilizar el método que usaron los emperadores romanos para unificar su imperio, con todas sus diversas religiones, y para acabar con las luchas y el derramamiento de sangre que había hundido a la República romana: a saber, la deificación del estado en la persona de su cabeza visible, y la superimposición de esta adoración sobre las demás religiones. Si esto sucede, no cabe duda de que provocará una especie de paz mientras dure, pero al precio de suponer la esclavitud espiritual más enorme que haya concebido jamás el mundo.

Sección Cuarta

La doctrina cristiana de la salvación (12:25–16:5)

Observaciones preliminares

Los Movimientos

- Movimiento 1:* La predicación de las buenas nuevas de salvación (12:25 - 14:28)
- Movimiento 2:* El debate sobre los términos de la salvación (15:1- 16:5)

Sección Cuarta

La doctrina cristiana de la salvación (12:25–16:5)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Llegamos ahora a la cuarta división principal entre los caminos del cristianismo y el judaísmo. Esta vez el tema es la salvación, sus términos y condiciones.

Esta es una cuestión presente en el mismísimo centro del evangelio. Como sabemos, Jesús significa «salvador», y le fue concedido a nuestro Señor, como le explicó el ángel a José, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21). Por tanto, la salvación es el tema central del evangelio. Como lo diría Pablo, «no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree» (Ro. 1:16).

Por consiguiente, puede parecer extraño a primera vista que el debate formal entre los apóstoles relativo a los términos y condiciones exactas de la salvación, y su pronunciamiento formal sobre el tema, llegue tan tarde en la narración de Lucas. Por supuesto, se proclama al Señor como salvador bien pronto, en el 5:31: «A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados»; y en el 4:12 se afirma que: «en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». Además, queda claro desde el principio que, para que las personas se salven, deben arrepentirse y creer. Pero no encontramos un debate o afirma-

ción formales sobre si para ser salvos hay que cumplir también otras condiciones, como la de ser circuncidados y guardar la ley de Moisés... hasta que llegamos a esta cuarta sección de Hechos.

Hay un motivo muy sencillo y práctico. Al principio, todos los que creyeron que Jesús era el Mesías, Hijo de Dios y Salvador, eran judíos. Todos los varones entre ellos ya habrían sido circuncidados. Todos ellos, desde su tierna infancia, llevaban la impronta de su responsabilidad de conservar la ley de Moisés. Por tanto, cuando se arrepintieron de sus pecados, y pusieron su fe en el Salvador, muchos de ellos nunca dejaron de pensar en cómo se relacionaba su circuncisión y su observancia de la ley con su salvación; tanto si eran las precondiciones necesarias para ser salvos, de modo que si uno no estaba circuncidado y no guardaba la ley no podía ser salvo, sin importar si se arrepentía de verdad y creía en el Salvador, o si bien eran cosas que, una vez salvos, habría que hacer como expresión de amor y lealtad hacia Dios.

Luego, a medida que se propagaba el evangelio, los gentiles empezaron a arrepentirse y creer en el Señor Jesús a cientos. Sin embargo, no estaban circuncidados, ni habían sido educados para guardar la ley de Moisés. Y sin embargo allí estaban, como por ejemplo en Antioquía, reuniéndose en iglesias como cristianos. Es comprensible que no pasara mucho tiempo hasta que surgió la cuestión, con una precisión afilada como un cuchillo y una urgencia ineludible: los gentiles, ¿podrían ser salvos sin ser circuncidados y guardar la ley de Moisés? Y si era así, ¿qué papel jugaba la circuncisión en la salvación? ¿No contribuía en absoluto? ¿Y la ley de Moisés tampoco?

Una vez formulada, había que resolver la cuestión de forma clara. El cristianismo tenía que definir su doctrina de salvación. Y lo hizo, y al hacerlo se apartó otro paso del judaísmo.

La Sección 4 se extiende del 12:25 al 16:5, donde Lucas coloca una de las líneas divisorias de su narración. La sección se compone de dos movimientos. El Movimiento 1 comienza con el regreso de Bernabé y de Saulo desde Jerusalén a

Antioquía (12:25), y su partida en su primer viaje misionero juntos (13:1-4). El relato de Lucas sobre el viaje se centra en cuatro episodios principales: el viaje por Chipre, con especial atención a la conversión en Pafos del procónsul, Sergio Paulo, a pesar de la oposición de un falso profeta judío llamado Elimas (13:4-12); el sermón de Pablo en Antioquía de Pisidia y sus consecuencias (13:13-52); su predicación en Iconio, Listra y Derbe, pero dedicando una atención especial a un milagro realizado en Listra y en su resultado (14:1-20); y, finalmente, el regreso a su base de Antioquía a través de Listra, Iconio, Antioquía de Pisidia, Panfilia, Perga y Atalia, tras lo cual informaron a la iglesia (14:21-28).

El Movimiento 2 describe otro viaje, esta vez desde Antioquía a Jerusalén, ida y vuelta (15:1-35), y el principio de un tercer viaje (15:36-16:5). También se compone de cuatro episodios principales. El primero cuenta cómo llegaron desde Judea a Antioquía unos falsos maestros y cómo, al suscitarse una violenta disputa, encomendaron a Pablo, Bernabé y a algunos otros que fueran ante los apóstoles y ancianos en Jerusalén para consultar el problema (15:1-5). El segundo habla del concilio resultante en Jerusalén, y de la decisión que tomaron en él (15:6-21). El tercero narra cómo los participantes en la conferencia escribieron una carta a los creyentes gentiles de Antioquía y otros lugares, y cómo algunos hombres escogidos, junto a Pablo y Bernabé, se encargaron de llevarla (15:22-35). El cuarto relata que, al cabo de estar un tiempo en Antioquía, Pablo y Bernabé se separaron, Bernabé llevándose a Marcos y Pablo a Silas y Timoteo (15:36-16:5).

Por tanto, lo que tenemos en la Sección 4 es dos movimientos principales que contienen cuatro episodios cada uno. Para ver una sencilla tabla de los contenidos de esta sección, conteniendo algunos de los detalles básicos de cada episodio, ver página siguiente.

El material de esta sección no está dispuesto de una forma tan simétrica por mero accidente. Es el resultado de la intención que tenía Lucas de presentar un informe equilibrado de este

<p>MOVIMIENTO 1: La predicación de las buenas nuevas de salvación (12:25-14:28)</p>	<p>MOVIMIENTO 2: El debate sobre los términos de la salvación (15:1-16:5)</p>
<p>1. DE ANTIOQUÍA A PAFOS (12:25-13:12) El falso profeta Bar-Jesús (13:6) intenta apartar a un gentil de la fe (13:8) Pablo castiga al falso profeta con la ceguera (13:9-11)</p> <p>2. ANTIOQUÍA DE PISIDIA (13:13-52) «De la descendencia de éste... Dios levantó a Jesús por Salvador» (13:23); «a vosotros es enviada la palabra de esta salvación» (13:26); «te he puesto para luz de los gentiles... para salvación hasta lo último de la tierra» (13:47) David (13:22, 34-37) y Moisés (13:39) Cita del Antiguo Testamento referente a los gentiles (13:46-48)</p> <p>3. DE ICONIO A DERBE «Los judíos... excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles» (14:2) Pablo y Bernabé a apartan a los gentiles de la idolatría (14:11-18)</p> <p>4. EL REGRESO (14:21-28) «... exhortándoles a que permaneciesen en la fe... Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (14:22) «... refirieron... cómo [Dios] había abierto la puerta de la fe a los gentiles» (14:27)</p>	<p>5. DE ANTIOQUÍA A JERUSALÉN (15:1-5) Los falsos maestros de Judea (15:1) enseñan que los gentiles deben circuncidarse para ser salvos. Pablo y Bernabé discuten con los falsos maestros (15:2)</p> <p>6. EL CONCILIO (15:6-21) «Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos [los gentiles]» (15:11) David (15:16) y Moisés (15:21) Cita del Antiguo Testamento referente a los gentiles (15:14-19)</p> <p>7. LA CARTA (15:22-35) «algunos... os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas» (15:24) «... que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos...» (15:29)</p> <p>8. EL REGRESO (15:36-16:5) Pablo y Bernabé tienen un serio desacuerdo y se separan. Pablo circuncida a Timoteo (15:36-16:3) «Así que las iglesias eran confirmadas en la fe...» (16:5)</p>

dogma fundamental de la fe cristiana, y del modo en que se definió.

Consideremos el ejemplo más fundamental: la posición del punto divisorio, el resumen, en 16:5. A primera vista resulta extraño. Lucas no lo ha colocado al final del primero viaje misionero de Pablo, en 14:28, donde hubiera resultado natural; ni tampoco al final de su viaje de ida y vuelta a Jerusalén, en 15:35. En cambio, comienza el relato del segundo viaje misionero de Pablo, lo continúa durante unos versículos, 15:36-16:4, y luego lo interrumpe con el punto divisorio en 16:5, antes de seguir con el resto de ese viaje misionero. ¿Por qué colocar esa división en medio del segundo viaje misionero?

Una explicación posible es que, cuando la narración de Lucas ha alcanzado el 16:4, Pablo sólo ha conseguido cubrir un terreno que él y Bernabé ya habían cubierto en su primer viaje misionero. La entrada en nuevos territorios empieza en el 16:6. Pero hay otra explicación más importante que nos salta a la vista. En el 15:1-5, Pablo, junto con Bernabé, lucha con todas sus fuerzas contra la imposición de la circuncisión, y al final todos los apóstoles se unen en un punto de vista, que decía que la imposición de la circuncisión sería un obstáculo para la doctrina de la salvación. Sin embargo, en el 16:1-3, ¡Pablo circuncida a Timoteo! La aparente incoherencia en este asunto tan importante es tan evidente que, como contraste, el tiempo y la geografía se vuelven insignificantes. Da igual dónde y cuándo circuncidó Pablo a Timoteo, tanto si fue en su primer viaje misionero, en el segundo o en el vigésimosegundo. El hecho de que lo hizo debemos interpretarlo a la luz de su oposición a la circuncisión en Antioquía y Jerusalén. Y Lucas ha hecho lo posible para garantizar que lo leamos así, colocando el elemento divisorio en el 16:5, encerrando así entre paréntesis los dos incidentes dentro del mismo movimiento.

Por supuesto, un estudio más profundo demostrará que la inconsistencia era sólo aparente, no real. En Antioquía Y Jerusalén había falsos maestros que insistían en que la circuncisión era necesaria para la salvación. Por tanto, Pablo y

Bernabé se opusieron a ellos implacablemente. Pero Timoteo fue circuncidado no como condición para ser salvo, porque ya lo era, sino por respeto a la conciencia de los judíos, cristianos o no, que esperaban que cualquiera que pretendiera ser salvo tendría que poner en práctica las exigencias de la ley.

Tomemos otro ejemplo de este tipo de equilibrio. En el Episodio 2 oímos a Pablo insistiendo, en su sermón en Antioquía de Pisidia, que la justificación es por la fe y no por medio de las obras de la ley (13:38-39); pero en el Episodio 3 insiste con igual vigor en la obediencia a las exigencias de la ley: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (14:13-28).

Por tanto, Lucas nos muestra el hermoso equilibrio de la doctrina y la práctica de la salvación, mediante su cuidadosa selección y combinación de incidentes, como hace Pablo con su rotunda afirmación de, por ejemplo, la carta a los Romanos: «concluimos, pues, que el hombre sea justificado por fe sin las obras de la ley» (Ro. 8:4).

Pero echemos otro vistazo a la tabla de contenidos. El Episodio 1 dice que la oposición a la fe y a la doctrina del Señor (13:8, 12) vino, como podríamos esperar, de fuera de la comunidad cristiana. El Episodio 5 apunta lo que no era de esperar, que las falsas ideas sobre la doctrina de salvación las enseñaban personas que estaban dentro de la comunidad cristiana (15:1-5). Lucas es muy honesto al decirnos que eso es lo que pasaba en sus días. Pero es más que eso. Las falsas ideas sobre la cuestión de la salvación no desaparecieron del todo simplemente porque todos los apóstoles, los ancianos y la iglesia de Jerusalén al completo las denunciaran. Has resistido, dentro de la cristiandad, a través de los siglos y hasta hoy día. Por consiguiente, la sincera historia de Lucas se convierte en una exhortación para nosotros, para que examinemos nuestras propias creencias sobre el tema. Hoy en día es tan peligroso como en tiempos de Lucas suponer que la doctrina de la salvación, tal y como la enseñan unos líderes ostensiblemente cristianos en una iglesia ostensiblemente cristiana, está de acuerdo, porque sí, con la que enseñaban los apóstoles. La

única seguridad se deriva de confrontar tales enseñanzas con los escritos apostólicos.

Por supuesto, existen muchas otras similitudes y contrastes entre los detalles de los dos movimientos. Pero por el momento ya basta; más adelante comentaremos su importancia.

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

La predicación de las buenas nuevas de salvación (12:25-14:28)

De Antioquía a Pafos (12:25-13:12)

Si la Sección 3 de Hechos se centraba en las implicaciones sociales y políticas de la teoría y práctica de la santidad según el evangelio, esta Sección 4 tiene que ver con la doctrina evangélica de la salvación.

Por tanto, desde buen principio se enfatizan la doctrina y la enseñanza. Lucas, explicando cómo se inició el primer viaje misionero de Pablo, nos dice: «Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo» (13:1). Fue mientras estos profetas y maestros estaban ayunando y adorando al Señor cuando el Espíritu Santo dijo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado» (13:2). Más adelante Pablo describiría su obra en estos términos: «Para esto yo fui constituido predicador y apóstol... y maestro de los gentiles en fe y verdad» (1 Ti. 2:7). Por tanto, es muy natural que los hombres a los que Dios había señalado como profetas

y maestros esperaran juntos a Dios, para que les mostrara cómo tenían que poner en práctica la vasta misión de predicar a los gentiles y de enseñarles las doctrinas de la fe cristiana. Y también es muy lógico que los hombres que el Espíritu Santo había de elegir para esta misión salieran de entre esos profetas y maestros. Suele suceder así. Son los hombres que han recibido el don, y no la iglesia al completo, los que tienen la visión tanto de la necesidad como del modo en que deben satisfacerla. Felices aquellos que en esa situación tienen la confianza, la bendición y el respaldo de la iglesia en la obra que el Espíritu Santo (no la iglesia) les impone (13:4).

Fueron a Seleucia, y de allí a Chipre. En Chipre predicaron la palabra de Dios en las sinagogas judías de Salamis. Notemos el plural «sinagogas» (13:5). Como mínimo esto implica dos sermones, y seguramente más. Luego viajaron por toda la isla y llegaron a Pafos. Hasta ahora Lucas no ha querido decirnos ni una sola palabra de los sermones que predicaron o de la reacción frente a ellos. Pero ahora nos cuenta con detalle lo que sucedió en Pafos, debido a la especial relevancia que tiene para el tema: en Pafos, la enseñanza de Pablo sobre la salvación fue atacada por un falso profeta (13:6-12).

Pafos era el cuartel general de la administración romana de la isla, y tenía un procónsul, un tal Sergio Paulo, que vivía allí. Lucas nos dice que era un hombre inteligente (13:7), y envió a buscar a Bernabé y a Pablo porque deseaba escuchar la palabra de Dios. Sin embargo, en el entorno del procónsul estaba ese judío, Bar-Jesús de nombre. Desgraciadamente, no era un Daniel, confiado en la revelación de Dios en el Antiguo Testamento, y osado en su testimonio, rodeado de las tinieblas del paganismo. Aunque afirmaba ser profeta, se había pasado a la magia negra y al espiritismo propios del paganismo. Como muchos otros, incluso dentro de la cristiandad, había descubierto que más allá de las cábalas espiritistas hay un mundo espiritual real con el que pueden comunicarse los humanos. Precisamente fue porque ese mundo es real por lo que Dios prohibió estrictamente a Israel que contactara con él (Dt. 18:9-

14). Pero el mundo de los demonios provoca la fascinación de muchas personas. Les parece mucho más real que Dios y la Biblia. Dios y la Biblia hablan a nuestra consciencia y a nuestro juicio moral. El espiritismo no. Éste apela al hambre de poder que tiene el hombre. Sus profecías permiten a las personas, o así lo creen ellas, a predecir las dificultades venideras, las pérdidas y heridas, evitándolas. Ofrece a las personas el poder de controlar sus circunstancias y, si hay necesidad, a otras personas. No habla para nada de la moralidad, no exige arrepentimiento. Como la gente descubre que es algo real, en el sentido de que existe y manifiesta ciertos poderes, no se plantean si es cierto, es decir, si es verdad desde un punto de vista moral y espiritual, si es fiel al Creador, que es *la* verdad.

Pero los espíritus que se mueven dentro del espiritismo, aunque son reales, no son veraces. Están en rebelión contra la Verdad. Cuando se trata de asuntos morales y espirituales, los demonios son, por definición, espíritus engañosos, como lo son las enseñanzas que propagan (ver 1 Ti. 4:1-2). Por eso las protestas más fieras y flagrantes que lanzaron contra nuestro Señor mientras él estaba en el mundo se oponían a su enseñanza de la palabra de Dios en las sinagogas (ver Mr. 1:21-27). Siempre que puedan atacarán la palabra de Dios, y en especial intentarán infiltrar en la iglesia ideas equivocadas sobre la persona de Cristo (ver 1 Jn. 2:18-23; 4:1-6; 2 Jn. 7). Impresionan a las personas con milagros de poder sobrenatural y con profecías que a veces son ciertas, para engañarlos respecto a la Verdad. Por eso la doctrina cristiana, la enseñanza del evangelio, la exposición de la palabra de Dios y de la verdad, son tan importantes en la evangelización del mundo gentil. Un error crucial, básico, es cuando el pueblo cristiano pierde su fe en la palabra de Dios como instrumento de evangelización; porque lo que está en juego, en última instancia, no es «¿Dónde podemos contactar con los poderes sobrenaturales?», sino «¿Cuál es la verdad?»

Pero volvamos a Bar-Jesús, o Elimas (= Hechicero), como también se le llamaba (13:8). Por supuesto, no era un judío

ortodoxo. Era un apóstata declarado. Pero no se contentaba con haber abandonado la palabra de Dios él mismo; como podríamos esperar de la naturaleza de sus contactos con el otro mundo, hizo lo posible por apartar al procónsul de la fe. Observemos de nuevo el término que usa Lucas: la fe (13:8), es decir, el cuerpo de la verdad revelada de Dios. Elimas no se había embarcado simplemente en impedir que el procónsul desarrollara una fe personal en no-importaba-qué: lo que pretendía era evitar que escuchara *la fe*, la verdad de Dios. Por eso Pablo le denunció por lo que era, un instrumento del diablo, y anunció que Dios le heriría allí y entonces con una ceguera física temporal. Y eso es lo que sucedió (13:11).

Fue una lección muy vívida, que ajustaba el castigo al crimen. Aquí tenemos al procónsul, nacido en las tinieblas del paganismo pero buscando la luz de la verdad divina y pidiendo que Pablo y Bernabé lo guiaran; y Elimas pervierte deliberadamente «los caminos rectos del Señor» (13:10) e intenta mantener al procónsul en la oscuridad. Así que Elimas queda ciego físicamente y tiene que buscar a alguien que le guíe tomado de la mano; de esta forma, la experiencia de la ceguera física quizá le hiciera entender, antes de que fuera demasiado tarde, la gravedad de su condición y actividad espirituales.

Tanto si fue así como si no, Lucas concentra nuestra atención en el efecto que tuvo esto sobre el procónsul. Y otra vez es instructivo observar los términos que emplea. «Entonces el procónsul, viendo lo que había sucedido, creyó, maravillado de...» (el poder de Dios, decimos. ¿De qué si no? ¡Pero no!) «... la *doctrina* del Señor» (13:12).

Lucas no se detiene para decirnos qué profundidad tuvo la fe del procónsul, y si hubieron o no más conversos. Ha dejado clara la idea que quería destacar: la importancia táctica, como arma evangelística, de *la fe* (13:8); es decir, de la *palabra* de Dios (13:5, 7), es decir, de la *enseñanza* sobre el Señor (13:12); es decir, de la doctrina cristiana. Haremos bien en tomar nota. Elimas era un judío apóstata. Pero el cristianismo no está exento de apóstatas. Pablo nos advierte que tengamos cuidado:

«Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios... que prediques la palabra... porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina...» (1 Ti. 4:1; 2 Ti. 4:2-3).

Antioquía de Pisidia (13:13-52)

La atmósfera en la sinagoga de Antioquía de Pisidia era muy distinta. Aquí tenemos al máximo exponente del judaísmo, estudiando y predicando la palabra de Dios, y atrayendo a la sinagoga a los gentiles, impresionados por el mensaje del Antiguo Testamento; tan impresionados que habían sido guiados a la adoración del único Dios verdadero junto con los judíos, aun sin haberse convertido al judaísmo (ver 13:16). Cortésmente, los líderes de la sinagoga invitaron a Pablo y a Bernabé, como judíos visitantes, a que le hablaran a la congregación. Pablo se levantó para predicar, y su tema fue el que debe ser central a toda predicación del evangelio: la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo.

La justificación por la fe aparte de las obras de la ley

Tras una cuidadosa introducción, llegó al punto central: «Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel» (13:23), y enfatizó a la congregación que esta era la salvación que les era ofrecida: «a vosotros es enviada la palabra de esta salvación» (13:26). Además, al conseguir el punto culminante de su sermón, indicó que por «salvación» entendía algo que no era posible obtener mediante la ley de Moisés, y sin embargo Dios ofrecía a todos simplemente sobre la base de la fe en Cristo, es decir, «el perdón de los pecados» y la completa «justificación» (13:38).

Pablo ya debía saber antes de empezar a hablar cuál sería el resultado de esta exposición directa, agresiva y sin ambages

de la superioridad de Cristo sobre Moisés, de la justificación por la fe sobre el intento de guardar la ley; y ya sabía cuál podía ser la reacción cuando les dijera a aquellos religiosos que a pesar de sus muchos esfuerzos, seguían necesitando ser salvos. Si hubiera denunciado vigorosamente sus pecados, y exhortado a todos a que renovaran sus esfuerzos para guardar la ley de Moisés más estrictamente, puede que no hubiera encontrado apenas oposición, o puede que ninguna. Eso es, después de todo, lo que la mayoría de las congregaciones espera que digan los predicadores o profetas, y los oradores judíos, en general, podían ser muy directos y expresarse con rotundidad. Pero predicar que las personas no pueden aspirar a justificarse mediante la ley de Moisés, por mucho y muy sinceramente que procuren guardarla, para mucha gente supone una burla del sincero esfuerzo humano de ser buenos. Y les molesta. Predicar que las personas pueden justificarse sin obras, simplemente por la fe en Jesús, les choca como algo propenso a minar los esfuerzos morales, y lo rechazan como un antinomianismo moralmente irresponsable.

Por tanto, Pablo dedicó toda la introducción de su sermón a indicar que la doctrina de la justificación y salvación por la fe no era una extraña novedad inventada por los cristianos: es una doctrina de la que dan testimonio la Ley y los profetas del Antiguo Testamento (cf. Ro. 3:21).

El testimonio que dan de la salvación por fe la Ley y los profetas

Para probar su afirmación, Pablo cita tres casos de salvación de la historia pasada de Israel. Concedió que estaban en un nivel inferior de salvación, por así decirlo, que el de la salvación espiritual ofrecida en Cristo. Sin embargo, eran experiencias auténticas de Dios como Salvador, y por tanto podían servir de precedente que establecían las condiciones básicas sobre las que Dios basa su salvación en cualquier nivel.

Primero citó la larga historia de la elección que hizo Dios de la nación y su establecimiento en la tierra de Canaán. Fue un largo proceso, que abarcó unos 450 años (13:20).* Pero en cada recodo del camino, fue Dios el que salvó al pueblo, no ellos mismos. Para empezar, fue Dios quien eligió a los patriarcas, y eso, como declara el Antiguo Testamento, no tenía nada que ver con el mérito de ellos (ver Dt. 9:6-8). Entonces, fiel a la promesa que había hecho a Abraham aun antes de que éste tuviera un hijo, Dios aumentó la pequeña tribu de los descendientes de Abraham hasta convertirlos en una nación numerosa en Egipto, preservándoles a pesar de la persecución, y al final liberándoles de la esclavitud de los campos de trabajo forzado (13:17) mediante unos actos de poder sobrenatural. Luego, «por un tiempo como de cuarenta años los soportó en el desierto» (13:18). Todos los judíos de la congregación sabrían exactamente a qué se estaba refiriendo Pablo. A pesar de la magnífica liberación divina del pueblo en Egipto, la generación que salió de ese país resultó ser completamente apóstata (excepto dos o tres de ellos). Sólo la gracia e inmerecida misericordia de Dios libró a la nación de la completa extinción (ver Éx. 32:10.14; 34:5-10), llevando al final a Canaán a la siguiente generación. Y allí también estuvo Dios, destruyendo a las siete naciones de Canaán y entregó la tierra a Israel, como herencia nacional. La conquista de Canaán jamás habría comenzado si Dios no hubiera dividido milagrosamente las aguas del río Jordán, si no hubiera hecho caer los muros de Jericó. Todo lo que Israel ganó luego mediante sus combates dependía de estos actos iniciales de la «salvación» divina.

Por tanto, hasta aquí la primera analogía. La propia creación de la nación a partir de Abraham y Sara (cuando estaban prácticamente muertos), su liberación de la esclavitud, el don de la libertad política, el perdón de su rebelión nacional en el

* La N.V.I. traduce correctamente «todo esto duró unos 450 años», donde «todo esto» se refiere a todo el proceso descrito desde el versículo 17.

desierto, y al fin el don de una herencia nacional y su asentamiento en ella, todos estos eran actos de la salvación inmerecida de Dios. El hecho de que Israel guardara la ley no merecía nada de esto. Deuteronomio 9:4-6 lo resume bien:

«No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti. No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos... Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla...»

Un segundo ejemplo de la salvación por gracia

Con esto Pablo ha pasado a su segundo ejemplo sacado del Antiguo Testamento. «Después, como por cuatrocientos cincuenta años, les dio jueces hasta el profeta Samuel» (13:20). Para nosotros, hoy día, los jueces son los que presiden los tribunales, y sentencian a los culpables a diversos grados de castigo. Pero los jueces de Israel a los que se refería Pablo eran los salvadores y libertadores del pueblo. Jueces 2:18 dice: «Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libertaba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez».

Según el libro de Jueces, la situación recurrente era que, a pesar de haber recibido la tierra de Canaán, Israel nunca guardó consistentemente la ley de Dios. Cada generación rompió el pacto con Dios y fueron tras las crueldades y absurdos de la idolatría de las naciones que les rodeaban (Jue. 2:10-23; 3:5-7). En consecuencia, una y otra vez cayeron bajo el poder de esas naciones y se convirtieron en sus siervos y esclavos. Si en aquellos días su salvación como nación hubiera dependido de guardar la ley, hubieran seguido siendo siervos para siempre. Pero cuando, en su desespero, clamaron a Dios, él les

proporcionó libertadores, salvadores (p.e., Jue. 3:9, 15). Por supuesto que esas personas juzgaban al pueblo en el sentido de que denunciaban su pecado y les exhortaban al arrepentimiento. Pero hacían algo más que eso. Capacitados por el Espíritu Santo (p.e., Jue. 6:34), liberaron al pueblo del servicio a sus opresores. De hecho, todo el libro de Jueces no es un informe que afirme la bendición divina sobre aquella nación por guardar meritoriamente la ley, sino un relato del pecado constante de Israel, el juicio divino de su pecado, y el perdón misericordioso de Dios y la salvación de su pueblo mediante la gracia.

Un tercer ejemplo de la salvación que proviene de Dios, mediante un salvador enviado por Dios

Sin embargo, al final Israel se cansó del modo en que Dios les salvaba, y le pidieron, de forma impertinente, que les diera un rey que les gobernara y librara de sus enemigos (1 S. 12:8-12). Para enseñarles que ni ellos ni su rey tenían el poder o la sabiduría para salvarles, Dios le dio a Saúl como rey (13:21). Fue un desastre. En dos ocasiones condujo a la nación a la desobediencia deliberada a Dios en situaciones críticas. Luego resultó no estar a la altura de enfrentarse al campeón de los filisteos, Goliat, en un combate singular. Lo que es peor, cuando David derrotó a Goliat, salvando tanto a la nación como a Saúl, éste rechazó y persiguió al salvador nombrado por Dios, expulsándolo del país. Luego se pasó a la brujería y acabó llevando a la nación a una aplastante derrota a manos de los filisteos, suicidándose al final. La congregación recordaría bien aquel episodio. La respuesta de Dios fue la de apartar a Saúl, la idea que tenía el pueblo de un salvador, y ofrecerles otro que él había designado: «les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaf, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero» (13:21-22).

David no fue perfecto ni estuvo libre de pecado. Pero nunca fue apóstata como Saúl, e hizo lo que Dios le ordenó: salvó a Israel de los filisteos y de todos sus enemigos, estableciendo el fundamento para la paz durante el reino de Salomón. Lo que es más, al hacerlo se convirtió en un prototipo del Mesías prometido. Muchas veces, en los siglos posteriores, cuando Dios prometió por medio de grandes y pequeños profetas que enviaría al Mesías como salvador último y supremo de la nación, les indicó que éste sería un descendiente de David. Una vez más, todos los judíos de la sinagoga estarían familiarizados con esas profecías mesiánicas.

Jesús, el Salvador supremo

Ahora Pablo llega al centro de su mensaje: ¡ese Salvador prometido ya había venido! De los descendientes de David, Dios había traído a Israel a Jesús, el Salvador, como prometió que haría. Juan el Bautista fue enviado para preparar al pueblo para su venida, exhortándoles a arrepentirse, y después, como mensajero oficial del Mesías, para presentarle a la nación. «Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros teméis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación» (13:23-26).

Hasta ahora, todo bien. Pero Pablo tenía que decir a los habitantes de Antioquía (que, en su distante país, no habrían oído muchas noticias, si es que alguna, de lo que sucedió en Jerusalén) aquello que, cuando lo escucharan, les sonaría tan extraño: este Salvador, Jesús, al cual les estaba recomendando, había sido ejecutado gracias a la petición conjunta de los habitantes y gobernantes de su religiosa capital, Jerusalén. ¿Qué credenciales eran esas? ¿Cómo se le ocurría a Pablo presentárselas?

El no ocultó este hecho, como si fuera un punto débil en su argumento. La muerte y resurrección de Jesús son, en primer lugar, una fuerte evidencia de que Jesús es el Mesías. Pero, lo

que es más importante, son el medio por el que Dios ha provisto la salvación en el sentido más pleno y al nivel más elevado. Los profetas habían dicho que el Mesías sería rechazado por la nación. Isaías lo había anunciado explícitamente (Is. 53). Y no sólo eso. La historia de David y Saúl, en el primer libro de Samuel, ofrecía una clara analogía profética: David, el salvador designado por Dios, también fue rechazado, como hemos visto, y expulsado de la nación, a manos de Saúl. Por tanto, al no reconocer a Jesús como el Mesías, y siendo extrañamente sordos a las voces de los profetas, el pueblo de Jerusalén y sus gobernantes, en su intento de acabar con las pretensiones de Jesús, las corroboraron (13:27-29). Le hicieron todo aquello que los profetas dijeron que Israel le haría al Mesías. Y no se les podía acusar de estar confabulados con él: ¡intentaban demostrar que *no* era el Mesías!

David, tras haber sido rechazado y expulsado del país por Saúl, regresó y se convirtió en rey. ¡Igual que Jesús! Dios le levantó de entre los muertos, y la gente que antes había viajado con él desde Galilea, y que por tanto le conocían bien, le vieron tras muchos días de haber resucitado, y dieron testimonio a la nación (13:31).

Además, con todo esto, Pablo no estaba acusando o denunciando a Israel por crucificar a Jesús: la muerte y resurrección de éste, en su opinión, eran buenas noticias. *Eran* el evangelio. «Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros» (13:32-33). Israel ahora había cometido la mayor de todas sus locuras: había ejecutado al Mesías enviado por Dios, al Salvador. A pesar de ello Dios, coherente como siempre, le había resucitado y por medio de él estaba enviando a Israel en general, y a la congregación de Antioquía en particular, un mensaje de salvación. Y lo que es más, Jesús, habiendo resucitado, nunca moriría de nuevo. Ahí estaba un Salvador que había conquistado a la misma muerte. En él, Dios había dado la vuelta a los resultados de la locura de Israel, para inesperado y eterno beneficio de ésta. ¿Cómo

podía no ser el ejemplo más glorioso de salvación que jamás experimentara Israel en su larga historia de la salvación a manos de Dios (13:32-34)?

El testimonio del Antiguo Testamento sobre la resurrección del Mesías

Pero Pablo no se estaba dejando llevar por las fantasías momentáneas de un predicador. Si la Escritura había profetizado que el Mesías iba a morir, también dijo que iba a resucitar de entre los muertos. Y Pablo citó tres pasajes para probarlo.

Primero apeló al Salmo 2:7. El salmo empieza con un ataque de las naciones contra el Señor y su Mesías (Sal. 2:1-3). Como respuesta a su locura, Dios replica: «Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte» (Sal. 2:4-6). Entonces el Mesías así instalado dice: «Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy» (Sal. 2:7).

Pablo afirma que la situación plasmada en este salmo tuvo lugar con la vida y muerte de Jesús. Los líderes religiosos judíos se unieron a los gobernantes gentiles, Herodes y Pilato, para asesinar a Jesús. «Y sin hallar en él causa digna de muerte, pidieron a Pilato que le matase» (13:28). La ejecución se llevó a cabo colgándole de un madero (13:29), que dentro de la ley judía suponía la sentencia peor y más vergonzosa que se le podía infligir a un hombre (ver Dt. 21:22-23). Y cuando estuvo muerto le descolgaron del madero, como exigía la ley, y le metieron en un sepulcro (13:29). Era un ataque no sólo contra el Mesías sino contra el mismo Dios: la propia ley divina, ¡usada para ejecutar y enterrar al Ungido de Dios! Es evidente que la ley no puede cambiar la hostilidad básica del corazón hacia Dios, y convertir a un pecador en un santo.

Dios dio su respuesta. En palabras del salmo, Jehová dice «he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte». Y el Mesías, justificado por la resurrección, proclamó a todo el universo el decreto del Señor, para que todos escucharan lo que ha demos-

trado su resurrección y ascensión: «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy». Por consiguiente, el primer gran paso en la salvación era el de librar al Mesías de la muerte (He. 5:7), y exaltarle hasta la diestra de Dios como el Príncipe y Salvador del mundo.*

La siguiente cita de Pablo hizo avanzar un paso más el argumento. El propio Antiguo Testamento registra casos de resurrección (ver 1 R. 17:19-23 y 2 R. 4:20-37). Pero en realidad sólo eran resucitaciones: las personas implicadas volvieron a morir. Pablo señaló que la resurrección del Mesías pertenecía a un orden totalmente superior: nunca morirá de nuevo, nunca sabrá qué es la corrupción (13:34, citando Is. 55:3).

No sirve de nada filosofar sobre la muerte y la corrupción del cuerpo, ni intentar convencernos con la idea de que son algo natural. En algunas personas, los procesos de la enfermedad y la muerte comienzan aun antes de que nazcan. Es algo tremendamente antinatural. Intentemos decirle a una hermosa joven, una madre de veintiocho años a la que acaban de decirle que tiene un cáncer incurable, ¡que la muerte es natural! La muerte no es «natural» para la raza humana. Es un enemigo que se inmiscuyó en nuestra raza debido al pecado. Y extiende un sudario de profunda insatisfacción en torno a la vida, sobre todo cuando a las personas que tienen la inteligencia para entender qué estupenda podría ser la vida se les niega esa satisfacción a través de la enfermedad grave y de la muerte.

Sigamos, entonces, la dirección en la que apunta la cita de Pablo, Isaías 55:3, y escuchemos a Dios hablando a la antigua

* Muchos comentaristas creen que la frase «resucitando a Jesús» en 13:33 se refiere a la presentación oficial del Señor a la nación en su bautismo, cuando el Padre dijo al Hijo esas palabras, «Tú eres mi hijo». (Algunos manuscritos añaden en ese punto, erróneamente, las palabras «yo te he engendrado hoy»). Pero la interpretación del Salmo 2 dada en Hechos 4:24-28 sugiere que los primeros cristianos comprendían que el Salmo 2:4-7 se refería al momento *después* de la cruz, no al de *antes* (es decir, a la resurrección y ascensión, no al bautismo).

Israel sobre la salvación satisfactoria que tenía reservada para ellos y para el resto del mundo:

«A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinaid vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David. He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado» (Is. 55:1-5)

Por tanto, aquí tenemos la salvación satisfactoria de Dios; pero, ¿qué eran exactamente esas «misericordias» prometidas por Dios a través de David? Pablo las identifica con la profecía que transmitió David sobre el Mesías en el Salmo 16:9-11. En español la relación entre estos pensamientos es oscura, pero en hebreo descansa sobre la aparición de formas diversas de la misma raíz en los dos pasajes. Podemos intentar expresarla en nuestro idioma de la siguiente manera. En Isaías Dios describe su salvación como «fieles e inquebrantables bondades». Más tarde añade que son las de David porque así aparecían en un salmo que escribió este rey, cuando Dios profetizaba a través de él, y le garantizaba la fidelidad divina al descendiente de David, el Mesías. El Salmo 16, que según Pablo es el pasaje en el que Dios hizo estas promesas, habla de lo que Dios hará por su «Santo»: «ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (Sal. 16:10). Pero el término que aquí se traduce como «Santo», está relacionado con el que habla de «fieles e inquebrantables bondades» en Isaías 55. Quiere decir algo así como «Tu fiel y consagrado». Unamos los dos pasajes, y tendremos lo que consideramos en un pasaje anterior (pág. 62): la fidelidad inmutable del Mesías, su devoción y obediencia a Dios (Sal. 16),

a la que éste responde con su fidelidad y bondad (Is. 55) cuando no permite que vea corrupción, sino que le levanta de entre los muertos, mostrándole el camino de la vida y llenándole de gozo y placer eterno a la diestra de Dios (Sal. 16:10-11).

Ahora bien, como argumenta Pablo, esta promesa de no ver corrupción no iba destinada a aplicarse, en primer término, al rey David: David murió, fue sepultado y su cuerpo se deshizo, dado que era un hombre pecador como todos nosotros. Pero Jesús no tenía pecado, y su fidelidad pura a Dios le supuso obtener la resurrección inmediata a una vida sin muerte. Y no sólo para él, sino también para todos nosotros (13:32-33). Por medio de Cristo también nosotros obtendremos un día el don de la resurrección y la vida eterna, porque esto también está incluido en el campo de salvación. Por tanto, aquí tenemos una salvación que satisface las más profundas necesidades de la vida: la muerte y la corrupción no pueden frustrar y burlarse eternamente de la necesidad de vivir.

El meollo de la salvación

Pero no todo el mundo se alegra de tener la certeza de la resurrección; porque la conciencia, como la Escritura, testifica de que si existe una resurrección, habrá también un juicio final. Y muchas personas, que no saben con certeza cuál será el juicio divino sobre ellos, ven esta promesa como algo angustioso, que les produce temor. Pero –y aquí llegamos al meollo de la salvación, y a lo que es, en cierto sentido, lo más glorioso– no es necesario que nadie viva esa incertidumbre.

Escuchemos a Pablo mientras llega al clímax de su sermón sobre la salvación. Aquí tenemos el resumen: «Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados» (13:38). Dios quiere que sepamos que tenemos disponible la salvación. Y cuando hemos puesto nuestra fe en Cristo, Dios quiere que sepamos que estamos perdonados. No hay ninguna incertidumbre en eso, ni tampoco

sobre los medios y métodos que nos proporcionan la salvación. Se puede resumir uniendo dos frases de la proclamación: «a vosotros... por medio de Jesús». Este es el don directo e inmediato, personal, que el Señor resucitado concede a todos los que ponen su fe en él.

Podríamos pensar que esto está bastante claro. Pero para Pablo aún se podía aclarar más. La oferta del perdón podía, en sí misma, y en muchos casos aún es así, dejar que las personas siguieran sin saber muy bien si Dios les había aceptado de verdad. El perdón les choca como algo que se hace por partes, repetido a menudo, algo descoyuntado, un asunto que, a la larga, no se acaba nunca. Perdonados hoy por algún pecado concreto, y moderadamente seguros de que si hace falta la semana que viene se les perdonarán otros pecados concretos, sienten que a pesar de todo no pueden estar seguros de cuál será el veredicto final de Dios sobre ellos u otras personas. ¿Les aceptará o les rechazará? No lo saben, e imaginan que a este lado de la eternidad esto es algo imposible de saber.

Afortunadamente, lo contrario sí es cierto: puede saberse, y saberse aquí y ahora. Dios mismo quiere que se sepa. De aquí la frase añadida: «y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree» (13:39).

Aquí, pues, está la naturaleza del perdón divino definido en el término «justificado»; y hay cuatro cosas respecto al uso que hace la Escritura de este término y que debemos recordar. Primero, tanto en hebreo como en griego, «justificar» no significa «hace justo a alguien», sino «declarar justo a alguien». En segundo lugar, el que justifica siempre es Dios. En el momento en que alguien pone su fe en Jesús, Dios le declara justificado; es decir, libre de cualquier cargo del que pudiera acusársele en el tribunal de Dios (Ro. 8:33); declara que ha hecho las paces con Dios, que éste le acepta. Y en tercer lugar, la justificación en este sentido no es un proceso diferido, ni tampoco un veredicto que se enuncia hoy y que mañana probablemente ya no servirá y tendrá que ser sustituido por otro.

Es un acto instantáneo que no se debe repetir, por no ser necesario. En el momento en que uno pone su fe en Cristo, Dios emite el veredicto sobre esa persona: «¡Justificado de todo!» Y el veredicto, una vez pronunciado, es eterno. En cuarto lugar, la validez del veredicto depende únicamente de Cristo: su muerte y resurrección libera a los creyentes de la deuda de sus pecados, los primeros y los últimos, y les protege de toda posibilidad de condenación o rechazo divinos (Ro. 8:34). Así que, habiendo sido justificados por la fe, como dice Pablo, tenemos, aquí y ahora, y para siempre, paz con Dios (Ro. 5:1).

Reacciones frente a la oferta de la salvación

Hacia el final de su sermón, Pablo debió ver nubes tormentosas acumulándose sobre los rostros de sus oyentes, porque de repente adopta un tono grave. «Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare» (13:40-41).

El sentido que tienen ciertas personas sobre los valores es extraño. Valoran mucho una religión que les impulsa a una conducta moral pero no les ofrece nunca la sensación de ser totalmente aceptos para Dios. La salvación, que les da el perdón y la aceptación completa de Dios, y una esperanza para el futuro... eso no sólo lo rechazan, sino que lo desprecian. Parece que este es un fenómeno muy extendido, pero para los judíos de tiempos de Pablo, y para los de Antioquía de Pisidia, era algo especialmente ominoso. Estaban a punto de ver cómo Dios hacía una obra entre los gentiles que jamás habían visto antes. Al siguiente sábado, prácticamente toda la ciudad se reuniría para escuchar la palabra de Dios. La sinagoga les recibiría con los brazos abiertos, ¿no? Ya había muchos gentiles, algunos de ellos personas de peso, que asistían a la sinagoga; y la predicación que en ella se hacía de la ley de

Moisés había hecho un trabajo preparatorio excelente para ayudarles a renunciar al paganismo, para creer en el Dios verdadero y para educar sus conciencias llevándolas al punto en que admitieran su necesidad de salvación, perdón y justificación. ¿Y los miembros de la sinagoga no debían sentirse encantados al ver que los gentiles alcanzaban la salvación?

Además, si Pablo tenía razón al decir que las «misericordias firmes» a David en Isaías 55 se referían a que Dios resucitaría a Jesús de entre los muertos, lo lógico era esperar que se cumpliera el resto de la profecía. Ésta decía (ver pág. 280) que el Mesías resucitado resultaría ser una atracción universal para los gentiles, que acudirían a él corriendo. Bueno, como resultado del sermón de Pablo y de las conversaciones derivadas de él, los gentiles, en un número sin precedentes (para Antioquía de Pisidia) —de hecho casi toda la ciudad— se reunieron a la semana siguiente para oír predicar a Pablo (13:42-44). ¿Podía ser éste el tipo de rey del que hablaba Isaías? Y aunque no fuera así, ¿no le complacería a la sinagoga ver a tantísimos gentiles con interés en escuchar la predicación de la palabra de Dios?

¡Pues no! No sólo se opusieron a lo que predicaban Pablo y Bernabé, sino que rechazaron tanto a ellos como a su mensaje (13:45). Lucas dice que lo hicieron por envidia, y podemos creerlo. El cristianismo conoce ese mismo fenómeno. Los líderes religiosos que conocen y comprenden la religión, pero que no tienen una experiencia personal de la salvación, cuyos sermones no son más que exhortaciones a la honestidad, el amor, la responsabilidad social, en una palabra, la moral, y que casi nunca hablan de la salvación, pueden sentir envidia y criticar públicamente a los evangelistas que atraen a multitudes al predicar la salvación. Pero para los judíos de Antioquía, era algo más grave que un ataque de celos, como nos dice Lucas.

«Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles» (13:46). Duras palabras, pero justas. Pablo y Bernabé no les

dicen: «En vuestra opinión, ni siquiera vosotros sois salvos». No, afirman un hecho objetivo: «no os consideraréis dignos de la vida eterna». Dios les estaba ofreciendo el don de la vida eterna. Eso es lo que es la salvación. Rechazar este mensaje y aferrarse meramente a la moralidad religiosa es rechazar el don de la vida eterna. Podemos decirlo con rotundidad, o de un modo aparentemente humilde («No creo que nadie en este mundo pueda estar seguro de tener la vida eterna»), pero el resultado es el mismo: «no os juzgáis dignos de la vida eterna».

El rechazo del judaísmo del mensaje de salvación no iba a impedir que se cumpliera la profecía de Isaías, ni que Pablo y Bernabé se unieran a la misión del Mesías a los gentiles. «Nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra».

Lucas nos dice que cuando los gentiles oyeron esto se alegraron. Es natural. Glorificaron la palabra del Señor (13:48). También esto es natural. La moralidad es necesaria, es muy sana, como la higiene y la limpieza; pero, como éstas, no es el todo de la vida, ni su meta última, que no es otra que la aceptación personal de Dios y la comunión cotidiana y eterna con él. La moral no puede ofrecernos eso, pero la salvación, el perdón y la justificación pueden hacerlo y lo hacen. No es de extrañar que el mensaje del evangelio llevara a los gentiles a la fe y a la adoración de un modo que la predicación de la ley jamás había conseguido. Y tampoco es extraño que siguiera extendiéndose (13:49).

Pero los judíos, dice Lucas, usaron su influencia con las personas de las clases superiores de Antioquía, fomentaron una persecución y expulsaron a los apóstoles de la ciudad (13:50). Quizás argumentaran que la predicación de Pablo sobre la gracia (13:43; cfr. 14:3), es decir, sobre la justificación por la fe apartada de las obras de la ley, era un puro antinomianismo. Es una forma sencilla de malinterpretar el evangelio, y aún se usa con frecuencia. Pero si es así, lo que sucede en el siguiente episodio de Lucas rebatirá esta acusación.

De Iconio a Derbe (14:1-20)

Tras un esbozo preliminar de la predicación de Pablo sobre la salvación por gracia (14:3) en Iconio, y la creciente oposición de los judíos, que al final forzó a los apóstoles a marcharse a Listra, Lucas llega al punto central de su tercer episodio. En Listra, Pablo sanó milagrosamente a un hombre que había sido paralítico de nacimiento. El efecto sobre la población local fue eléctrico. Después de todo, eran paganos, y en esa parte del mundo no tan sofisticados como otros. Inmediatamente gritaron en su dialecto local: «¡Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros!» (14:11) Decidieron que Bernabé era Júpiter y Pablo Hermes y, conducidos por el sacerdote local de Júpiter, trajeron a las puertas de la ciudad guirnaldas de flores y bueyes, y propusieron ofrecer sacrificio a aquellos «dioses bajo la semejanza de hombres» (14:8-13).

Podemos imaginar fácilmente qué hubiera hecho alguien como Simón el Mago con la oportunidad que se presentaba. En cuestión de días hubiera habido en Listra un templo dedicado a Simón el Mago, pagado por ofrenda popular; y a Simón no le hubiera faltado nada durante el resto de sus días.

Pero Pablo y Bernabé no eran charlatanes. Ni su doctrina de la «justificación por la fe, por medio de la gracia» era antinomianismo. Es cierto que predicaban lo imposible de conseguir la aceptación de Dios guardando la ley, y que la salvación ha de ser, por tanto, completamente por gracia. Pero eso no implicaba que animaran al pueblo a transgredir la ley. Aquí, en Listra, lo que estaba en juego era el mandamiento fundamental de la ley: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éx. 20:3). Sin la menor vacilación, Bernabé y Pablo se metieron entre la multitud y, usando todos los gestos que pudieron para hacerse entender, les impidieron romper este primer mandamiento; y procedieron a exponerles, con toda la fuerza que hubiera desplegado un judío ortodoxo, los males del politeísmo y la idolatría, predicándoles que abandonaran su paganismo y adoraran al único Dios verdadero, el Creador (14:14-18).

Aun así, dice Lucas, no resultó fácil que el pueblo abandonara la idea de hacerles un sacrificio (14:18), hasta que llegaron unos judíos de Antioquía e Iconio. «Y cuando descubrieron que Pablo y Bernabé predicaban con denuedo a los paganos que guardaran la ley de Dios, ya no procuraron atacar a los apóstoles, pues tal cosa habría dado la impresión a los paganos de que los judíos estaban en contra de guardar la ley de Dios. En su lugar, unieron sus fuerzas a las de Pablo y Bernabé y animaron a los paganos para que adoraran al Dios verdadero».

¡Ay, no! Eso no es lo que dice Lucas. «Entonces vinieron unos judíos de Antioquía y de Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto» (14:19).

Quizás podamos entender el súbito cambio de actitud entre la multitud, que pasó de la gratitud al odio asesino. Muchos de ellos se habrían sentido rechazados cuando Pablo no les permitió hacer el sacrificio, y habrían considerado las palabras «os anunciamos que de estas vanidades os convertiréis al Dios vivo» (14:15) como un insulto a su religión y su sacerdote. Por tanto, los judíos de Antioquía e Iconio lo tuvieron relativamente fácil para aprovecharse de su orgullo herido y de su indignación, propagándolos contra Pablo.

Pero, ¿qué podemos decir de los judíos que lo hicieron? ¿Qué podemos decir, excepto que en ocasiones algunos religiosos preferirían que otros siguieran en su paganismo, idolatría, pecado y mundanalidad en lugar de «ser salvos»? ¡Hasta este grado puede oponerse la religión a la salvación!

El regreso (14:21-28)

Lo sucedido en Listra nos ha enseñado lo siguiente: la doctrina cristiana de la salvación por gracia mediante la fe insistía tanto como los judíos en mantener la ley moral de Dios; de hecho, lo hacía más que algunos de ellos. Y ahora, en esta breve parte final del primer movimiento, descubriremos un

nuevo aspecto de la doctrina cristiana. El perdón, la justificación, la aceptación divina, la vida eterna, todo esto son dones completamente gratuitos; pero los que los reciben pueden descubrir que el hecho de hacerlo implica un alto precio.

Recuperándose del ataque casi fatal que sufrió en Listra, Pablo continuó (era un hombre sorprendente) hasta Derbe, donde predicó el evangelio e hizo muchos discípulos (14:20-21). Por el momento, ese era su destino más lejano. Desde allí, Pablo y Bernabé iniciaron el regreso. Visitaron de nuevo, pero en dirección contraria, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Desde aquel punto, y regresando hacia Antioquía (de Siria), su iglesia local, predicaron en Perge. Pero Lucas no nos dice qué dijeron y cuáles fueron los resultados.

En lo que centra Lucas es en lo que dijeron e hicieron en las iglesias recién fundadas en Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Fortalecieron las almas de los discípulos, exhortándoles a permanecer en la fe (14:22). Observamos una vez más la expresión «la fe», esto es, el cuerpo de doctrina cristiana, que ha dominado esta sección de Hechos. Pero consideremos el verbo «permanecer» (en la N.V.I., «seguir fieles a»). La salvación es por gracia, el don de Dios a todo creyente. Pero la evidencia de que alguien es un verdadero creyente es que él o ella permanecen en la fe. Esto es lo que dijo nuestro Señor a los que profesaban creer en él: «Si vosotros permanecierais en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (Jn. 8:31). E indicó que, los que no «permanecieran» en su palabra, no eran, ni habían sido nunca, hijos de Dios. Este es el mensaje que nos presentan también todas las epístolas. «Continuar en la fe» no es una condición para la justificación. Pero es el resultado lógico y la evidencia necesaria de ser un auténtico creyente.

En segundo lugar, Pablo y Bernabé recordaron a sus recientes creyentes que entramos en el reino a través de mucha tribulación (14:22). Una vez más debemos darnos cuenta de que padecer tribulación no nos compra la entrada en el reino eterno. La entrada es gratuita. Pero si aceptamos ese don, el mundo y el diablo tarde o temprano se unen para lanzar contra

nosotros toda la tribulación de que sean capaces. «En el mundo tendréis aflicción», dijo Cristo (Jn. 16:33). «No os extrañéis si el mundo os aborrece», dice Juan (1 Jn. 3:13). El propio Pablo es un ejemplo vívido del principio que enseñaba a sus convertidos. Antes de su conversión, en los días en que intentaba ganarse la aceptación de Dios guardando la ley, no padeció tribulación. Era él quien perseguía a otros. Pero cuando descubrió que la aceptación divina es un regalo, y la recibió, comenzó una vida de tribulación casi incesante (ver Fil. 3).

Al final, Pablo y Bernabé regresaron a su base en Antioquía. Reunieron a la iglesia e informaron de lo que Dios había hecho con los gentiles a través de ellos. La frase que usaron es interesante. Cuando Pablo, tras un viaje parecido, regresó a Jerusalén e informó de lo que Dios había hecho por los gentiles a través de él, sus hermanos judíos en la fe comentaron: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» (11:18). Pero, informando a la iglesia de Antioquía, Pablo y Bernabé contaron cómo «[Dios] había abierto la puerta de la fe a los gentiles» (14:27). Es una pequeña diferencia, pero es importante a la luz del tema principal de la Sección Cuatro: la salvación y justificación por la gracia, por medio de la fe, aparte de las obras de la ley, y sin embargo con el objetivo de guardarla y la voluntad de pagar el precio del discipulado.

MOVIMIENTO 2

El debate sobre los términos de la salvación (15:1–16:5)

A través de todo el Movimiento 1 hemos presenciado una oposición al evangelio. Ahora, en el Movimiento 2, veremos cómo se repite este patrón. Pero en este caso hay una diferencia. En el Movimiento 1 la oposición venía del judaísmo, tanto apóstatas como ortodoxos. En el Movimiento 2 la oposición

viene de dentro de la comunidad cristiana. En el Movimiento 1 escuchamos un evangelio expresado en términos populares, a menudo ante grandes congregaciones de no cristianos. En el Movimiento 2 escucharemos el evangelio definido en términos teológicos, dentro de la iglesia cristiana.

De Antioquía a Jerusalén (15:1-5)

Resulta chocante decir que la oposición a la doctrina cristiana de la salvación provino, en sus primeros años, de dentro de la propia iglesia cristiana. Pero así fue. Lucas dice: «Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos» (15:1).

Inmediatamente, Pablo y Bernabé se les opusieron. No era el momento de andar con tolerancias. Lo que estaba en juego era el propio evangelio, los términos básicos de la salvación. Haberse mantenido en silencio hubiera supuesto una deslealtad tanto a la verdad divina como a la salvación y libertad de las personas. Hubiera sido, como diría Pedro más tarde (15:10), tanto tentar a Dios como poner un yugo intolerable sobre los cuellos de los discípulos. Dentro del cristianismo hay muchas materias secundarias respecto a las cuales los cristianos que tienen formas de pensar distintas deben concederse cierto margen mutuo. Pero los términos y condiciones de la salvación no son una de esas cuestiones. Pablo y Bernabé no podían guardar silencio mientras algunos enseñaban a los creyentes «un evangelio diferente... no que haya otro» (Gá. 1:6-7); un presunto «evangelio» que, si lo hubieran recibido consciente y deliberadamente, hubiera supuesto que para ellos Cristo carecía de todo valor; una adición al verdadero evangelio tan contraria a su principio básico que aceptarlo es partir en dos el verdadero evangelio, implicar que Cristo murió por nada, para dejar al pueblo sin salvación y cargado con el yugo de la esclavitud (Gá. 2:21; 5:1-4). Pablo y Bernabé tuvieron «una

discusión y contienda no pequeña con ellos» (15:2), con los abogados de este falso evangelio, y se opusieron a ellos sin hacer concesiones.

El resultado fue que Pablo y Bernabé fueron nombrados, junto con otros creyentes, para ir a Jerusalén a ver a los apóstoles y ancianos y consultarles sobre esta cuestión (15:2). Esto no fue porque Pablo no tuviera una autoridad apostólica plena para establecer los términos y condiciones de la salvación sin consultarlos con otros (ver Gá. 1:1; 11:2-10). Fue porque los falsos maestros habían venido de Judea, y no cabe duda de que habían insinuado que los apóstoles y ancianos de Jerusalén estaban de acuerdo con ellos. Esto lo vemos gracias al hecho de que cuando los apóstoles y ancianos escribieron una carta a Antioquía ofreciendo su punto de vista sobre el tema, empezaron rechazando a los falsos maestros: «Por cuanto hemos oído que algunos que salieron de nosotros, a los cuales no dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas» (15:24).

De camino a Jerusalén, pasando por Fenicia y Samaria, Lucas dice que iban «contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos» (15:3). Esta es la reacción natural de las personas que han sido salvas, al escuchar acerca de la salvación de otros; y cuanto más «apartadas» hubieran estado esas personas antes de su conversión (y para los judíos los gentiles lo estaban), más contentos estarían de escucharlo. La reacción en Jerusalén, cuando oyeron el informe de Pablo y Bernabé, fue la misma.

Exceptuando a algunos. «Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés» (15:5).

Lo primero de lo que nos damos cuenta es que esta exigencia vino de dentro de la iglesia, de las personas a las que Lucas describe como creyentes. Más adelante tendremos que preguntarnos en qué sentido lo eran, porque su pretensión no era tan inocua como al principio parecía. Si no conociéramos el resto

de la historia, podríamos suponer que esos fariseos «creyentes» lo único que decían era: «Sí, estamos de acuerdo. Esos gentiles que se han arrepentido y han puesto su fe en el Señor Jesús han sido salvos, han sido justificados y Dios los ha aceptado únicamente por fe. Pero ahora, claro está, debemos enseñarles cómo vivir vidas agradables a Dios, y eso implica circuncidarles y guardar la ley de Moisés».

Pero no era eso lo que querían decir. Lo que hacían era ponerse de parte de los hombres que habían venido desde Judea a Antioquía. Decían que *para ser salvos* había que circuncidarse y guardar la ley de Moisés. Vemos que era así juzgando por lo que dice Pedro cuando los apóstoles y ancianos se reunieron para debatir esta cuestión, y Pedro se levantó para dar su opinión. Tal y como él lo entendía, la cuestión que los fariseos les estaban planteando no era «¿Cómo deben comportarse los gentiles?», sino «¿Cómo y bajo qué términos pueden salvarse los gentiles (o los judíos, da igual)?» (15:10-11).

Sin embargo, no debería sorprendernos que los primeros creyentes debatieran este tema. Durante siglos se ha debatido dentro del cristianismo, y hoy en día también. Hoy ningún cristiano sostiene que haya que circuncidarse para ser salvo. Pero está muy extendida la creencia de que el bautismo de los niños es equivalente a la circuncisión judía; que este bautismo de hecho hace posible la regeneración del niño; y que el bautismo es normalmente necesario para la salvación, de tal manera que un niño que muere sin ser bautizado no puede ir al cielo; y que en el caso de los adultos, el bautismo les limpia del pecado, y es necesario para ser salvo excepto en casos extremos, como el del ladrón moribundo, en los que el bautismo es físicamente imposible y Dios usa otros medios.

Y aún está más extendida la opinión de que uno no sólo tiene que guardar la ley ceremonial, sino ciertamente la ley moral de Moisés, para ser salvo. Por eso, tanto en el púlpito como en los bancos, la idea de que las persona puedan saber en esta vida que han sido, son o serán salvas se rechaza a menudo como un absurdo evidente. Evidente porque, dicen, la

salvación depende de guardar la ley moral, y uno no puede saber si ha hecho lo suficiente en esa dirección como para saber si es salvo/a, hasta el Día del Juicio al menos. Ellos piensan que cualquiera que dice ser ya salvo, es como un estudiante que celebra haber superado un examen aun antes de hacerlo.

Ahora bien, es cierto que en el Nuevo Testamento se habla de algunos elementos futuros de la salvación. Uno de ellos es la resurrección de nuestros cuerpos físicos (Fil. 3:20-21; Ro. 8:23-25); la salvación de la ira de Dios es otro: Pablo dice que «por él [Cristo] seremos salvos de la ira [de Dios]» (Ro. 5:9). Pero estos aspectos futuros de la salvación no implican incertidumbre. En este mismo pasaje, Pablo señala que (debido al carácter consistente del amor divino), una vez hemos sido justificados por la fe, la salvación de la ira de Dios es incluso más cierta que el que Cristo muriera por nosotros cuando éramos pecadores (Ro. 5:8-9). Esperamos en Cristo como nuestro libertador de la ira venidera, afirma en 1 Tesalonicenses 1:10, y, mientras esperamos que regrese, hemos de saber que Dios no nos ha puesto para «ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo», que murió por nosotros (1 Ts. 5:9-10). Un creyente cuya labor por Cristo sea de segunda categoría, de manera que no sobreviva al juicio de Cristo, sufrirá una pérdida irreparable; pero no perderá la salvación (1 Co. 3:15), porque su salvación jamás dependió de sus obras, y por tanto siempre fue segura.

Además, aunque algunos elementos de la salvación son necesariamente futuros, otros, para el creyente, ya han tenido lugar. Dos de ellos son la justificación por la fe y el don de la vida eterna, de modo que Pablo informa a sus convertidos: «por gracia *sois* salvos» (Ef. 2:8-10). Puede que esta fórmula sea antigua, pero sigue siendo cierta: el creyente ha sido liberado del castigo del pecado, está siendo salvado del poder del pecado, y un día será libre de la presencia de éste.

Por tanto, la cuestión suscitada primero en Antioquía y luego en Jerusalén, para Pablo y Bernabé no era un asunto de mera teología académica. Tenía que ver con las personas, con

su paz con Dios, con su sensación de aceptación, su libertad, su gozo. Y durante todo el debate se les llenaría le mente de rostros, rostros de gentiles que se habían convertido gracias a su predicación. Se habían arrepentido y habían puesto su fe en Cristo: ¿eran salvos? Es cierto que no estaban circuncidados. Si la salvación dependía de esto, no eran salvos. Y si la salvación y la aceptación de Dios dependieran de la decisión, el día del juicio, de si habían guardado en sus vidas la ley lo bastante bien... entonces, claro está, no habría certeza alguna: nunca serían salvos. Porque sobre esa base nadie puede declararse justo delante de Dios. (Ro. 3:20).

El concilio de Jerusalén (15:6-21)

Pedro presenta la verdadera doctrina de la salvación

Cuando se reunió el concilio, al principio hubo un debate bastante largo, y luego Pedro se levantó y emitió su juicio. Por supuesto, tenía la autoridad apostólica como para hacerlo. Pero no se limitó a apelar a esa autoridad para zanjar la discusión anunciando su decisión arbitrariamente. Señaló ciertos actos de Dios en el pasado reciente mediante los que el propio Dios indicaba cuál era la postura válida.

El primer acto de Dios había sido la elección de Pedro como uno a través del cual los gentiles escucharían el mensaje del evangelio y creerían (15:7). Pedro se refería al incidente de Cornelio, y cuando recordamos cómo Dios preparó a Pedro mediante una revelación inmediata y especial, y luego esa serie de provisionales «coincidencias» que despejaron todas las dudas respecto a la guía del Espíritu, queda clarísimo que fue la elección divina la que apartó a Pedro del resto como aquel que llevaría el evangelio a los gentiles. En la superficie hallamos inserta una implicación: si aquellos «fariseos que habían creído» tenían razón en cuanto a su doctrina de que los gentiles tenían que circuncidarse y guardar la ley para ser salvos, ¿por

qué Dios no les había escogido en lugar de a Pedro para que le llevaran el mensaje a Cornelio? Y lo que es más, aquellos gentiles incircuncisos habían creído en el Señor Jesús como resultado de la predicación de Pedro, mientras que multitud de judíos circuncidados y guardianes de la ley no lo habían hecho.

Pero Dios hizo algo más que elegir a Pedro para que llevara el evangelio a los gentiles. Su segunda acción fue que, cuando ellos creyeron en el Señor Jesús, Dios intervino directamente para demostrarles que les había aceptado, por medio de la entrega de su Espíritu Santo. Nadie podía cuestionar que fue Dios quien lo hizo, porque Pedro no participó en aquella acción. Por supuesto, ningún simple mortal, por elevado que fuera su rango de apóstol, podría conceder el Espíritu de Dios a nadie. Sólo aquel que es Dios puede hacerlo. Pero en esta ocasión Dios ni siquiera lo hizo *por medio* de la imposición de manos de Pedro, como por ejemplo había hecho en Samaria (8:17-18). Pedro aún estaba hablando, sin haber alcanzado el final de su sermón, cuando el Espíritu Santo vino sobre aquellos que escuchaban la palabra (10:44). No hubo ninguna ceremonia. No fueron circuncidados. No fueron bautizados (todavía). No «habían pasado al frente», como diríamos con nuestro léxico evangélico moderno. Nadie les había aconsejado, ni impuesto las manos, no habían firmado ningún contrato ni hecho ninguna confesión pública. Simplemente estaban ahí, sentados, escuchando el mensaje del evangelio, y creyeron. E inmediatamente Dios les concedió su Espíritu, dándoles a entender que les había aceptado, y demostrándolo luego a los que le rodeaban. Estaban justificados. Eran salvos. Tenían paz con Dios.

Pero ahora, en el concilio, Pedro tenía algunas lecciones que extraer de la acción divina, lecciones duraderas.

Primero, al concederles el Espíritu, Dios «ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos» (15:9). Como si dijera: «Nosotros ya estábamos circuncidados cuando nos dio el Espíritu. Ellos no, y sin embargo se lo concedió exactamente lo mismo

que a nosotros. Eso demuestra que la circuncisión es irrelevante para recibir al Espíritu Santo».

Segundo, el hecho de que alguien que se une con el Cristo viviente, reciba y se convierta en la morada del Espíritu de Dios, no es una simple ayuda para la salvación: *es* la salvación.

Tercero, es evidente que Dios no pone su *Santo* Espíritu en corazones impuros. Por tanto, si lo puso en los corazones de aquellos gentiles, no fue porque no conociera la verdadera situación de éstos: él es el Dios que conoce el corazón de todo hombre (15:8). Por tanto, sus corazones debían haber sido purificados para satisfacción de Dios, de forma que pudiera hacer morar en ellos su Espíritu Santo. ¿Cómo fueron purificados? Está claro que no mediante la circuncisión, porque no habían pasado por ella; y, de cualquier forma, ¿cómo podía purificar el corazón semejante operación? Ni tampoco por medio del bautismo: cuando recibieron al Espíritu Santo no estaban bautizados. Y cuando lo fueron (10:46-48), lo que autorizó ese bautismo fue el hecho de que ya habían recibido el Espíritu Santo, y no al revés.

Por tanto, ¿cómo fueron purificados sus corazones? ¿Quién los purificó, a través de qué medio y cuándo? Pedro responde estas tres preguntas.

Primero, fue Dios quien los limpió (15:9). No es que aquellos gentiles, mediante una disciplina espiritual cuidadosa, se las arreglaran para purificar sus corazones hasta el punto en que Dios fuera capaz de darles su Espíritu Santo. No, fue Dios quien les purificó. Segundo, el medio que Dios usó fue su fe: «purificando por la fe sus corazones» (15:9); y es en este sentido que podemos decir que los creyentes han purificado sus almas, como en 1 Pedro 1:22. Pero, para dejar claro qué significa esto, debemos comprenderlo en el contexto de la respuesta a la tercera pregunta: ¿por qué purificó sus corazones por medio de la fe? ¿Fue un proceso largo según el cual, a medida que su fe se fortalecía gradualmente, Dios fue capaz de ir limpiando más y más sus corazones hasta que alcanzaran el estándar de limpieza necesario para recibir al Espíritu Santo?

¡No! Pedro dice: «ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos» (15:9); y para clarificar esta idea más allá de toda duda, podemos recordar lo que había dicho Pedro al respecto en una ocasión anterior: «Dios... les concedió también el mismo don que a nosotros *que hemos creído en el Señor Jesucristo*» (11:17).

Las graves implicaciones de la falsa doctrina de salvación

En este punto, Pedro tenía algunas palabras muy duras destinadas para «los fariseos que habían creído». «Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni vuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?» (15:10)

«Tentar» al Señor es algo muy grave. Quiere decir, por expresarlo llanamente, probar la paciencia de Dios, ver hasta dónde podemos llegar antes de provocar en exceso a Dios haciendo que intervenga. Eso es algo que la propia ley prohíbe, en Deuteronomio 6:16. La importancia que tiene dicha prohibición para el tema que se debatía en el concilio es la siguiente.

Si Dios había purificado los corazones de los gentiles por medio de la fe, declarándose tan satisfecho con esa purificación que les concedió su Espíritu Santo, suponía todo un insulto y una tremenda impertinencia contra Dios que alguien dijera (por muy buenos que pudieran ser sus motivos) que la purificación que Dios había efectuado por medio de la fe no era lo bastante buena, que no podía salvar a la persona ni hacerla acepta ante Dios, sino que tenía que complementarse por medio de la circuncisión y el guardar la ley. ¿Hasta qué punto podía alguien insultar a Dios de esa manera y revocando la decisión divina, atrayendo de ese modo grave condenación sobre su cabeza? Predicar el ritual y el cumplimiento de la ley para ser salvos puede sonar moralmente estricto, santo y recomendable. Era, y sigue siendo, un insulto a Dios.

En segundo lugar, es tanto inútil como cruel. Ni nosotros ni nuestros padres hemos sido capaces de soportar ese yugo, les dijo Pedro (15:10). Hablaba partiendo de una amarga experiencia personal. (No se trata de un malentendido cristiano, sino de un judío que describe cómo había encontrado las cosas.) No es sólo que supusiera una tremenda carga intentar cumplir hasta la última tilde de la ley, en especial tal y como la interpretaban los rabinos más severos en el primer siglo d.C. Pero eso no provocaba nunca paz en la conciencia ni la sensación de ser aceptado por Dios, ni siquiera cuando, mediante unos firmes esfuerzos y disciplina, uno sentía que estaba un poco más cerca de la meta. Todo lo que podía hacer, quizás, era hacer que uno se sintiera mejor que otros que no lo habían intentado con tantas ganas. Pero nunca podía producir la paz con Dios. Y eso, a su vez, hacía que la labor de intentar guardar la ley se convirtiera en una carga interminable.

Y hoy día sigue pasando lo mismo. Nadie adquiere la paz con Dios y una sensación de aceptación sobre la base del cumplimiento de la ley. De esa forma es inaccesible. Dios no nos dará bajo esos términos a su Espíritu Santo. Sugerir o enseñar eso es colocar el yugo de la esclavitud sobre el cuello de las personas.

Después de todo, la salvación es salvación. Es una liberación de la esclavitud, no una exigencia de trabajo duro. Pensemos en las analogías que usó Pablo en Antioquía de Pisidia (13:16-23). La salvación, para los israelitas que estaban en los campos de trabajo de Egipto, no les exigía un trabajo duro adicional, aparte de la esclavitud en que estaban, si es que querían ser aptos para la libertad. No, la salvación y la libertad eran dones, que Dios les concedía en su gracia y según su poder. Lo mismo sucede con el perdón, la justificación y el don del Espíritu Santo. Pablo dice, corroborando las palabras de Pedro: «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud» (Gá. 5:1).

El resumen de Pedro

Desde el punto de vista histórico, doctrinal, teológico y experimental, el resumen de Pedro tiene una importancia tan radical que exige que lo examinemos línea por línea.

«Nosotros creemos...», dijo Pedro, y en ese «nosotros» incluía a todos los apóstoles y ancianos sin excepción. Obviamente, para ser cristianos debemos identificarnos sin reservas con las creencias de ellos.

«Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús...» Al usar «gracia» *no* se se estaba refiriendo a que el Señor Jesús da gracia para realizar los rituales, guardar la ley u hacer todas las obras que esperamos que un día nos cualifiquen para ser aceptados por Dios, para salvos. Eso es lo que hubieran dicho los «fariseos que habían creído», y Pedro intentaba decir exactamente lo opuesto. Por consiguiente, «por gracia» quiere decir «*no* mediante ritual, ceremonia, obras o cumplimiento de la ley».

«Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos». Y al decir esto, Pedro estableció dos principios. El primero, que la circuncisión no era necesaria para la salvación. Y el segundo, que si los judíos incircuncisos son y deben ser salvos del mismo modo que los gentiles incircuncisos, la circuncisión no sólo es innecesaria para la salvación, sino que, además, *no contribuye* en absoluto a la salvación de nadie, como no lo hace tampoco guardar la ley.

Habiendo concluido este resumen, Pedro se sentó; y quizás podamos preguntarnos cómo reaccionaron «los fariseos que habían creído». Ellos habían insistido antes que la circuncisión y el cumplimiento de la ley eran requisitos para la salvación. Eso debía significar que su fe para salvación debía estar puesta, al menos en parte, en esas cosas. Y eso es un asunto grave. Porque tener algo de fe en Cristo y algo de fe en guardar la ley es no tener fe. Añadamos la obra más pequeña como condición para la salvación, y ya no tenemos salvación por gracia

(Gá. 5:2-4). Si, por tanto, ante el concilio, su fe para salvación se basaba en parte en la circuncisión y en guardar la ley, ¿eran realmente salvos? Lucas nos dice que habían creído (15:5), en el sentido, seguramente, de que habían creído en que Jesús era el Mesías. Pero en relación a la salvación, su punto de vista era claramente opuesto a la doctrina cristiana de la salvación tal y como Pedro la definía; y es importante lo que cree la gente. Esperemos que se arrepintieran, creyeran y aceptaran la salvación por gracia, como un don gratuito del Señor Jesús.

Pedro había hablado con una autoridad tal y una verdad tan evidente, que cuando se sentó «toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles» (15:12). Eso debió ser tremendamente interesante, pero no iba destinado a ser un breve descanso tras el duro debate teológico. Era parte de la evidencia de que la doctrina de la salvación por gracia, por medio de la fe, era cierta. Asegurémonos también nosotros de que comprendemos su importancia para este tema sometido a debate. Los primeros grandes pioneros que llevaron el evangelio a los gentiles eran hombres que creían que la purificación del corazón, necesaria para recibir al Espíritu Santo y su testimonio de la aceptación divina, viene mediante la fe; y que es mediante la fe en el sentido de que una persona escucha el mensaje del evangelio, cree y sobre esa base recibe el Espíritu Santo, siendo salva. Eso es lo que Pedro creía, y lo que creían Pablo y Bernabé; y Dios autentificó su evangelización mediante señales y maravillas, de las cuales no era la menor los prodigiosos efectos de la salvación que se hicieron visibles en las vidas de sus convertidos.

El veredicto de Jacobo

Al final, Jacobo se levantó para emitir su veredicto: estaba de acuerdo con la doctrina de la salvación expuesta por Pedro, Pablo y Bernabé, al cien por cien. Hallamos ciertas dificultades

en los detalles textuales de su cita de Amós 9:11-12, pero la línea argumental central está bien clara.*

Jacobo comenzó observando que lo que Pedro (al ser palestino, Jacobo le llama por su antiguo nombre, Simón) había descrito era el primer paso que daba Dios para sacar de entre los gentiles un pueblo para sí. A primera vista, esta afirmación les sonaría un poco extraña a los judíos, casi una contradicción de términos. Israel, según su forma de pensar, era «el pueblo para el nombre de Dios». Es cierto que el fundador patriarcal de la nación, Abraham, era gentil, pero Dios le había sacado a él y a todos sus descendientes de entre los gentiles, en el sentido de que había dejado de serlo convirtiéndose en Israel, una nación especial, un pueblo para la posesión del Señor (ver

* El texto que cita Jacobo difiere del texto masorético en algunos pequeños detalles y en uno importante. Amós 9:11, en el texto masorético, dice: «En aquel día restauraré el tabernáculo caído de David. Repararé sus lugares desmoronados, restauraré sus ruinas, y la reconstruiré tal y como era...» Según la cita de Jacobo, dice: «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar...» La diferencia de sentido es mínima, y no afecta la aplicación de la profecía que hace Jacobo.

La diferencia más grande viene en el versículo siguiente. El texto masorético de Amós 9:12 dice: de manera que posean el remanente de Edom y todas las naciones que llevan mi nombre». La Septuaginta traduce este versículo diciendo: «de modo que el remanente de los hombres y de todas las naciones que llevan mi nombre busquen [al Señor]...» Según la cita de Jacobo, dice: «para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre». Por tanto, Jacobo está más cerca de la Septuaginta que del texto masorético. Puede que la Septuaginta se base en un texto hebreo que difería del masorético (la diferencia en la escritura hebrea entre «Edom» y la palabra «hombre», *adam*, es mínima). Sin embargo, para el propósito con que Jacobo cita a Amós, aun estas diferencias más amplias no afectan su argumento. Finalmente, el texto masorético de Amós 9:12b dice: «...declara el Señor que hará tales cosas». La cita de Jacobo dice: «...dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos». Esta última frase (en cursiva) parece ser una adición de Isafas 45:21. Una vez más, el punto principal de la cita no se ve afectado por tales diferencias.

Éx. 19:5-6). Ahora Jacobo decía que Dios sacaba de entre los gentiles un pueblo para honra de su nombre, en el sentido de que aquellas personas no tendrían que convertirse al judaísmo: llevarían el nombre del Señor, igual que lo hizo Israel, mientras seguían siendo gentiles. Por sorprendente y nuevo que resultara esto para algunos judíos, incluso para algunos cristianos judíos, Jacobo apuntó que en realidad la idea no era nueva. Dios había anunciado, siglos antes (15:8) que esto era lo que pensaba hacer, por medio de los profetas. Por tanto, no tendrían por qué sorprenderse al enterarse de lo que Dios había hecho por medio de Pedro: las palabras de los profetas, según dijo Jacobo, encajaban perfectamente con lo que Dios había realizado por medio de él.

Entonces, ¿qué decían las palabras de los profetas? Dos cosas: primera, que llegaría un día en que Dios volvería a levantar el tabernáculo caído de David. Y segunda, que esta rehabilitación haría que un gran número de gentiles se volviera al Señor (si seguimos las palabras textuales del pasaje, tal y como Jacobo lo cita), o que el tabernáculo de David «poseería» un vasto número de naciones gentiles (si seguimos la traducción del texto masorético).

Esta imagen de «la restauración del tabernáculo de David» ha resultado un problema para mucha gente. Algunos han pensado que se refiere a la nación de Israel, y que lo que decía Jacobo es que ahora muchos gentiles se incorporarían a Israel (la nueva y espiritual). Otros han pensado que «el tabernáculo, o tienda de David» se refiere al nuevo tabernáculo espiritual o templo, compuesto tanto de judíos como de gentiles para adorar a Dios (ver Ef. 2:14-22). Y otros piensan que la reconstrucción del tabernáculo de David se refiere a la restauración de Israel en el tiempo venidero, que irá seguida, según piensan, de una conversión masiva de gentiles.

Pero la metáfora «el tabernáculo de David» no se refiere ni a la nación de Israel ni al templo de Dios en Jerusalén, que seguían existiendo en tiempos de David sin amenazar ruina. Es una metáfora de la casa real y la dinastía davídicas. Estas

habían estado en ruinas desde que Nabuconodosor puso fin a la dinastía de David con el exilio.* Y lo que decía Jacobo es que había llegado el momento en que Dios levantara la tienda de David, su casa real, su dinastía, como prometieron los profetas.

¿En qué sentido lo entendía Jacobo? Exactamente en el mismo en que hemos oído a Pablo exponer las promesas paralelas en Isaías. Recordemos que en Antioquía de Pisidia, Pablo citó las palabras de Isaías 55:3: «te daré las misericordias firmes a David» (13:34; ver también pp. 217-222). Luego explicó que esas promesas se cumplieron cuando Dios levantó al Señor Jesús de entre los muertos, para que no volviera a ver corrupción. Y ya vimos que, según la profecía de Isaías, cuando Dios cumpliera esas promesas que hizo a David, esto haría que el Mesías fuera «testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado» (Is. 55:3-5). Por tanto, Jacobo estaba diciendo lo mismo que Pablo: que un día grandes números de gentiles se volverían al Señor y serían «su pueblo», «gentiles que invocan su nombre», y que esto sucedería cuando fuera restaurada la dinastía davídica; es decir, mediante el nacimiento de Jesús, el Mesías, en la ciudad de David, y más concretamente mediante su resurrección de los muertos (ver también Hch. 2:25-31; 2 Ti. 2:8).**

Pero démonos cuenta de lo que pensaba Jacobo que *no* decía la profecía de Amós. No decía que esta gran afluencia de

* Este era el problema que ocupaba al escritor del Salmo 89. Se acordaba de las promesas divinas a David, de que su línea sucesoria duraría para siempre, como su trono (89:36), pero luego comentaba con desaliento que Dios había rechazado, humillado a su ungido, con el que se había airado en gran manera: «Rompiste el pacto de tu siervo; has profanado su corona hasta la tierra. Aportillaste todos sus vallados; has destruido sus fortalezas» (Sal. 89:38-40).

** Realmente es extraño decir, como sostienen algunos, que la casa de David sigue en ruinas, cuando el Hijo mayor de esa casa se ha levantado de entre los muertos, para no volver jamás a la corrupción.

gentiles hacia el Mesías, este nuevo pueblo que invocaría el nombre de Dios entre los gentiles, serían judíos, parte de la nación de Israel.* Dijo exactamente lo contrario. Estaba de acuerdo con Pedro en que los gentiles no tenían que circuncidarse como judíos para ser salvos y convertirse en pueblo de Dios. También dijo que, a su juicio, no había que pedirles que lo hicieran ni que vivieran como judíos *después* de haber sido salvos. (Imaginamos que no hubiera dicho algo así acerca de los conversos *judíos*.) Por eso les dijo: «Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre» (15:20).

El peso del juicio de Jacobo sobre la doctrina de la salvación por gracia

Por supuesto que Jacobo no estaba contradiciendo, conscientemente o no, la doctrina de la salvación de Pedro con la que acababa de decir que estaba de acuerdo. Para comprender lo que estaba recomendando, volvamos a repasar la lista de cosas que se debía pedir a los gentiles. Todas eran negativas: eran cosas de las que debían abstenerse. No se mencionan obligaciones positivas del creyente, como la de «amar al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente y todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo». E incluso esta lista de cosas de las que abstenerse no incluye puntos morales tan cruciales como el asesinato, la mentira, el robo y la avaricia. Jacobo no estaba pensando en los grandes mandamientos morales de la ley. Ni siquiera sugería que ahora había que enseñar a los gentiles salvos que debían incorporar a sus vidas las exigencias justas

* Jacobo tampoco piensa en términos de la formación de una Israel espiritual compuesta ni de judíos ni griegos. De hecho piensa en la *diferencia* entre los judíos cristianos y los gentiles cristianos.

de la ley, por medio del poder del Espíritu de Dios que habitaba en ellos, por necesario y verdadero que esto fuera, y por mucho que hubieran estado de acuerdo los presentes en aquel concilio. El pensaba, como dijo, en el hecho de que «Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo» (15:21). Por tanto, en todas esas ciudades los gentiles, en general, sabrían, gracias a esa predicación constante en la sinagogas, y sobre todo a su contacto social con los judíos, que habían ciertas cosas sobre las que los judíos estaban muy concienciados: no comían alimentos que se hubieran ofrecido a los ídolos; su lista de relaciones dentro de las que se prohibía el matrimonio era más larga que la de los gentiles;* no comían la carne de animales que hubieran sido estrangulados, ni consumían sangre. No podía esperarse que los creyentes gentiles tuvieran conciencia sobre esto. Pero si los creyentes gentiles no respetaban la conciencia de sus hermanos judíos, eso imposibilitaría la comunión social; y en unas ciudades predominantemente paganas, el hecho de tener dos grupos de cristianos uno de los cuales no podía tener comunión social con el otro y mantener a la vez la conciencia clara, hubiera hablado mal del evangelio delante de los inconversos. Y si los creyentes judíos iban en contra de sus conciencias y se comportaban como gentiles, eso les produciría un perjuicio espiritual. Por tanto, Jacobo estaba pidiendo a los creyentes gentiles que, cuando fuera necesario, olvidaran su libertad en esos aspectos por respeto a las conciencias ajenas, y por amor a la reputación y extensión del evangelio. Más adelante Pablo escribirá lo mismo a sus convertidos (1 Co. 8-10; Ro. 14).

* Y para un judío, casarse dentro de estas relaciones familiares prohibidas, era «fornicación» (y para un griego también; la N.V.I. traduce «inmoralidad sexual»). Aquí Jacobo no estaba pensando en la inmoralidad sexual en general.

La carta (15:22-35)

Así que los apóstoles, los ancianos y toda la iglesia (démonos cuenta de que no fueron sólo los apóstoles los que actuaron, ni siquiera éstos más que los ancianos, sino toda la iglesia), eligieron a dos hombres para acompañar a Pablo y Bernabé de regreso a Antioquía, y junto con ellos enviaron una carta dirigida a los creyentes gentiles de Antioquía, Siria y Cilicia.

En ella primero repudiaban toda relación y autorización de los falsos maestros que habían venido a Antioquía desde Judea. Esos hombres, dijeron, «os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas» (15:24; N.V.I. «os han perturbado, confundiendo vuestras mentes con lo que dijeron»). Ese era un lenguaje muy fuerte. Se parece a la expresión que Lucas usó en 14:2 para describir las tácticas empleadas por los judíos inconversos de Iconio, que intentaban evitar que los gentiles escucharan el evangelio: «excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos» (N.V.I.: «soliviantaron a los gentiles y envenenaron sus mentes contra los hermanos»). Enseñar, dentro de la comunidad cristiana, que la salvación es por obras, no supone una expresión válida y alternativa de la fe cristiana: es un ataque contra el verdadero cristianismo, tanto como el que puedan lanzar los opositores externos.

En segundo lugar, en la carta alababan a Pablo y Bernabé en los mejores términos: «hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (15:26).

En tercer lugar, señalaban que estaban directa e inequívocamente con Bernabé y Pablo en el evangelio que predicaban. Los gentiles creyentes no tenían por qué circuncidarse y guardar la ley para ser salvos, como habían dicho los falsos maestros. «Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas» (15:28); y esas exigencias eran los puntos menores en los que se pedía a los creyentes gentiles que respetaran la conciencia de sus hermanos en la fe judíos (15:29).

A su debido tiempo, los emisarios llegaron con la carta a

Antioquía, y tanto su contenido como el ministerio de los dos hermanos de Jerusalén supusieron un gran ánimo, alegría y fortaleza para los creyentes gentiles (15:30-32).

De hecho, quizá más de lo que se daban cuenta, habían obtenido una enorme victoria. Ahora se habían definido, para los siglos venideros, los términos y condiciones de la salvación: la salvación y la justificación eran por gracia, por medio de la fe, sin las obras de la ley. No eran dos evangelios igualmente válidos, uno para judíos y otro para gentiles, uno para una rama del cristianismo y otro para la otra. Sólo había un evangelio. Y todos los auténticos cristianos estaban de acuerdo sobre este punto. Jacobo y Pedro respaldaban a Bernabé y Pablo. Cualquiera que enseñara algo distinto sobre el tema de la salvación (y algunos lo hacían) era blanco de la condenación explícita de todos los apóstoles y ancianos, sin excepción.

El regreso (15:36–16:5)

La discusión entre Pablo y Bernabé

No es extraño que en la vida cristiana, después de una gran victoria, venga alguna derrota poco importante, pero dolorosa y triste. Después de que Pablo y Bernabé hubieron pasado algún tiempo en Antioquía, decidieron regresar y visitar a todos los hermanos en los pueblos donde habían predicado la palabra del Señor, y ver qué tal les iba (15:36). Pero se suscitó una polémica tan grande entre ellos que se separaron. Aquellos dos hombres que habían estado hombro con hombro en la dura disputa y el duro combate contra los falsos maestros, ahora se volvían uno contra el otro en medio de un amargo desacuerdo.

Por triste que eso sea, debemos intentar verlo dentro de su contexto adecuado y en su auténtica proporción.

Primero, el tema de la disputa. No tenía que ver con las doctrinas de la fe cristiana. Sobre esos temas, según lo visto en los párrafos anteriores, Pablo y Bernabé, y todos los demás

apóstoles, estaban en un pleno acuerdo. La discusión se centró en los detalles prácticos de los procedimientos de la obra del Señor. Bernabé quería llevar con ellos a un joven, Juan Marcos, como parte del equipo del segundo viaje misionero (15:37). Pablo no estaba de acuerdo. Sus razones eran que Juan Marcos ya les había abandonado en el curso de su primer viaje misionero, y no había seguido en la obra con ellos (15:38). Parece ser que Pablo opinaba que esa irresponsabilidad y falta de fiel persistencia le incapacitaban para ser un miembro del equipo en ese segundo viaje. Pablo no abrigaba dudas sobre la salvación de aquel hombre, ni cuestionaba su aptitud para ser miembro de la iglesia cristiana. Pero las condiciones para formar parte de un equipo apostólico evangelístico eran, claro está, más estrictas y exigentes. Una iglesia debe cuidar y proteger a los débiles, temerosos e inconsistentes. Un equipo misionero pionero tiene derecho a pensar que no es conveniente incluir en él a ese tipo de personas. La obra del Señor no es un juego en el que la gente puede participar a ratos y dejarlo cuando sus normas se vuelven más estrictas.

Es evidente que Bernabé pensaba que el abandono de Juan Marcos no era tan grave como pensaba Pablo, y que habría que darle otra oportunidad. Se ha dicho en repetidas ocasiones que al final Marcos lo hizo bien, incluso según el estándar del propio Pablo, y que cuando éste fue encarcelado pidió que le enviaran a Marcos como ayudante (2 Ti. 4:11). Pero incluso si Pablo hubiera sabido eso de antemano, seguramente hubiera seguido pensando que habría que dejar que aquel joven madurara en condiciones menos difíciles antes de involucrarse en los rigores del evangelismo pionero.

De cualquier modo, Pablo y Bernabé no se ponían de acuerdo, quizás precisamente porque lo que estaba en juego no era un principio básico de la fe: era un asunto práctico, en el que ambas partes podían decir muchas cosas, y es lógico que personas con temperamento concedieran más o menos peso a determinadas situaciones.

Así que se separaron. Pero no sé si deberíamos derramar

muchas lágrimas por ello. El primer efecto de esa separación fue que ahora había dos equipos misioneros, ambos encabezados por hombres capaces, en lugar de uno solo. Eso no era malo necesariamente. El mundo era un lugar enorme: ¡cabían perfectamente dos equipos misioneros!

En segundo lugar, Pablo y Bernabé no produjeron el cisma de la iglesia sobre este tema. Lucas nos dice que cuando Pablo y su nuevo compañero Silas se fueron, los hermanos los encomendaron a la gracia del Señor (15:40). En el caso de Bernabé y Marcos no se menciona que hicieran algo así. Pero tampoco se nos habla de una discusión en la iglesia, ni que ésta llegara a una decisión que Bernabé y Marcos debieran acatar. Es evidente que la iglesia de Antioquía no controlaba esos equipos misioneros, y menos aún la iglesia de Jerusalén.

Pablo y Bernabé tampoco cometieron esa grave ofensa contra el nombre y la causa de Cristo que se ha vuelto tan normal en nuestro siglo. No fundaron distintos grupos de iglesias y las etiquetaron «Iglesia Paulina» o «Iglesia de Bernabé», cada una con sus oficinas centrales, su organización y unas fidelidades repartidas entre diversos temas, garantizando así que todo el mundo se enterara de aquella disputa, y siguiera siendo consciente de esa división aun mucho después de haberse olvidado aquélla. Se limitaron a fundar iglesias cristianas, y el mundo, en general, jamás se enteró de aquella discusión, ni se dividió el cuerpo de Cristo.

Pablo circuncida a Timoteo

El último episodio del Movimiento 2 presenta otro contraste, chocante y muy importante, con respecto al primero. En 15:1-5, enfrentados a la exigencia de que los creyentes gentiles debían circuncidarse, Pablo y Bernabé se habían opuesto radicalmente a esa demanda; en consecuencia, habían obtenido una carta de los apóstoles, ancianos e iglesia de Jerusalén respaldando su punto de vista unánime de que esa exigencia

era contraria a la doctrina fundamental de la fe. Mas, en 16:1-5, nos enteramos de que como Pablo y Silas iban de pueblo en pueblo dando su carta a las iglesias, «fortaleciéndolas en la fe» (16:5), en cierto momento llegaron a Listra. Allí hallaron a un joven discípulo llamado Timoteo y, decidiendo que les acompañara en su viaje misionero, ¡Pablo decidió circuncidarle!

La tan cuidada estructura sobre la que Lucas ha levantado su narración nos demuestra que quería que nos diéramos perfecta cuenta de esta aparente incoherencia en la conducta de Pablo; porque de hecho, cuando la miramos de cerca, resulta no serlo. El motivo por el que Pablo se opuso a la circuncisión en la primera ocasión fue que los falsos maestros la exigían como algo necesario para la salvación; por otra parte, la circuncisión de Timoteo no tenía nada que ver con la salvación de éste. Si alguien le hubiera exigido que se circuncidara para ser salvo, Pablo se hubiera opuesto, como lo hizo en el caso de su compañero de fatigas, Tito. En aquella ocasión lo que estaba en juego era la verdad del evangelio, y también la necesidad de actuar de tal manera que a los creyentes no les cupiera duda de cuál era la verdad del evangelio y las condiciones de la salvación (Gá. 2:3-5).

Con Timoteo la situación era muy distinta. Para empezar, su madre judía (16:1). Es por eso posiblemente por lo que no lo circuncidaron de pequeño. Pero a los ojos de los judíos, el hecho de que su madre lo fuera hacía que Timoteo fuera judío.

En segundo lugar, todos los verdaderos judíos cristianos hubieran estado de acuerdo con Pablo sobre el punto de que la circuncisión no era necesaria para la salvación, ni siquiera para los judíos, ni contribuía a ella en absoluto. Por otra parte, muchos de ellos pensarían que, dado que la circuncisión era algo estipulado por Dios en el Antiguo Testamento para que lo practicaran todos los judíos, también los judíos cristianos debían hacerlo, simplemente para complacer al Señor.

La situación en que se hallaban era la misma en que se encuentran hoy en día los gentiles cristianos respecto a, por ejemplo, el día de reposo (excepto en el sentido de que los

cristianos judíos creían que la circuncisión era un mandato sólo para judíos, fueran cristianos o no). Todos los auténticos cristianos estarán de acuerdo en que no es necesario guardar el día de reposo para ser salvos. Pero a partir de ese punto, las opiniones varían. Algunos, quizá la mayoría, sostienen que el día de reposo era parte de esa ley ceremonial de Israel que quedó revocada, como las leyes alimentarias, los rituales y el templo, y que por tanto no ata a los cristianos para que la guarden. Otros sostienen que ese día forma parte de la ley moral que sigue vigente hoy. Por tanto, sostienen que todos los creyentes deben guardar el día de reposo, no para ser salvos, sino porque es la voluntad de Dios para su pueblo; y que los que caminan según el Espíritu y no la carne deberían guardar las justas exigencias de la ley. Además, mientras entienden claramente que guardar el día de reposo no es necesario para la salvación, lo consideran como un resultado obvio de ésta, obligatorio por tanto para todos los verdaderos creyentes, de tal modo que si cualquier presunto creyente rehusara guardarlo consistentemente, la genuinidad de su fe se podría poner en tela de juicio.

Por tanto, imaginemos a un evangelista que en su corazón está convencido de que no necesita guardar el día de reposo; pero se siente llamado a predicar el evangelio en una parte del mundo en que la mayoría de creyentes piensa que todos los verdaderos cristianos tienen la obligación de guardarlo. ¿Qué haremos? Si conduce su coche o va en bicicleta los domingos, ofenderá la conciencia de los creyentes locales, y los volverá en su contra. Por tanto, si tiene algo de sentido común, por no hablar ya de amor cristiano, seguirá las instrucciones que le da Pablo sobre este asunto en Romanos 14:1-18 (ver especialmente 14:5-6). Dejará de lado lo que considera su derecho y libertad, y guardará el día de reposo para no ofender la conciencia de sus hermanos creyentes.

Además, bien puede haber personas que no sean salvas pero sí muy religiosas, que piensen que guardar el día de reposo y la ley son requisitos para obtener la salvación. El evangelista intentará demostrarles que la salvación no viene por guardar

la ley, sino por la gracia. Pero si le ven transgrediendo el día de reposo una y otra vez, que ellos consideran parte de la ley moral, despreciarán su mensaje de la salvación por gracia como un puro antinomianismo. Es como si se pasara la semana robando en el supermercado local y luego predicara la salvación por gracia los domingos.

Por consiguiente, y con unos motivos parecidos, Pablo circuncidó a Timoteo no como requisito para su salvación, sino por respeto a la conciencia de los judíos, tanto cristianos como no, para poder predicarles el evangelio con mayor efectividad. Como explicaría más tarde a los corintios:

«Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley» (1 Co. 9:19-20).

Por tanto, una vez más, la estructura literaria de la narrativa de Lucas, cuidadosamente equilibrada, nos llama la atención al saludable equilibrio entre las creencias y la conducta de los primeros cristianos. Ojalá el Santo Espíritu de Dios produzca un punto de vista tan equilibrado en nosotros.*

* Debemos cuidar de no abusar de este principio. Si alguna práctica, sea en la iglesia o en la vida privada, es claramente contraria a la palabra de Dios, que la prohíbe, no debemos intentar justificarla aduciendo que no la practicamos para obtener la salvación, sino sólo para encajar con nuestra cultura o tradición. Si la práctica es contraria a la palabra de Dios, hay que interrumpirla, sea cual sea el efecto sobre la cultura y la tradición. Además, la circuncisión y la observancia del día de reposo no eran simples temas culturales en Israel. Eran mandamientos claros del Señor, que los impuso a Israel en el Antiguo Testamento. De aquí que la conciencia de muchos creyentes judíos se opusiera a interrumpirlos. Era muy distinto lo que sucedía con las prácticas que los fariseos habían añadido sin tener autoridad escritural, y que entraban en conflicto con la palabra de Dios. Por muy arraigados que estuvieran en la cultura judía, nuestro Señor no siguió respaldando tales prácticas por amor a la paz, sino que las denunció (ver Mr. 7:1-23).

Sección Quinta

El cristianismo y el mundo pagano (16:6–19:20)

Observaciones preliminares

Los Movimientos

- Movimiento 1:* El Espíritu Santo y los poderes de las tinieblas (16:6-40)
- Movimiento 2:* El Mesías divino y la política, religión y filosofía gentiles (17:1-34)
- Movimiento 3:* El Mesías divino y el nuevo pueblo de Dios (18:1-28)
- Movimiento 4:* El Espíritu Santo y el Nombre del Señor Jesús (19:1-20)

Sección Quinta

El cristianismo y el mundo pagano (16:6–19:20)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La Sección Quinta de Hechos experimenta un notable cambio de atmósfera. La geografía es en parte responsable, dado que al principio de la sección Pablo y sus compañeros misioneros entran en Europa, visitando una larga lista de ciudades (algunas de ellas muy famosas), como Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto, antes de regresar finalmente a Asia Menor, y su ilustre capital, Éfeso.

Aún más responsable de este cambio de atmósfera es la selección que hace Lucas del material del que dispone para su narración. Hasta ahora ha definido las señas distintivas del cristianismo casi enteramente en términos de las diferencias entre diversos partidos dentro del judaísmo, o bien de la hermana adoptiva de éste, el samaritanismo. Ha extraído sus largos y detallados resúmenes de los discursos de Pedro, Esteban y Pablo de sus conferencias a diversas audiencias judías o judeocristianas, o bien a gentiles como Cornelio, que ya compartía, como el cristianismo, la creencia central del judaísmo: la existencia de un único Dios verdadero. La única excepción ha sido la denuncia que hicieron Pablo y Bernabé de la idolatría pagana en Listra (14:11-18).

Pero ahora llegamos a un cambio. En la Sección Cinco no hallamos ningún resumen detallado de ninguno de los nume-

rosos sermones que predicó Pablo a los judíos en sus sinagogas o en cualquier otro lugar. A veces se nos da el tema de cada predicación (p.ej., 17:3 y 18:5), pero ningún resumen amplio. No cabe duda de que sus sermones y discursos siguieron la misma pauta de los que ya ha registrado Lucas hasta este punto, por lo que no tendría sentido ofrecer más resúmenes. El único discurso de esta época que Lucas registra con cierto detalle es la predicación de Pablo ante el tribunal del Areópago, en Atenas. Algunos (si no todos) de los miembros del tribunal tenían cierta sofisticación intelectual, pero todos ellos eran paganos, lo cual es bastante lógico. Al explicar ante el tribunal los rasgos distintivos del cristianismo, Pablo lo hace, inevitablemente, frente al trasfondo no del judaísmo sino de las religiones paganas, el pensamiento y la práctica filosófica y política. Y Lucas nos ofrece un resumen relativamente amplio de este sermón porque es típico del énfasis especial que desea que permee esta sección de Hechos.

El elemento específico en el sermón de Pablo que suscitó la sorprendente curiosidad de ciertos miembros de la corte ateniense y condujo a que le invitaran a predicar ante ella fue su mención constante de los términos «Jesús» y «resurrección». Tenían la impresión de que estaba introduciendo en Atenas un par de dioses extranjeros. Así que le pidieron que se explicara (17:18-19). Por tanto, Pablo tenía la oportunidad de exponer ante los paganos el meollo del mensaje cristiano, tan distintivo, y según vemos en el resumen de Lucas, Pablo aprovechó a fondo esta ocasión. Su explicación de «Jesús» y de la «resurrección» compuso el gran clímax de su discurso (17:30-31). Al mismo tiempo, no servía de mucho que proclamara a los atenienses paganos, como lo hizo, que Jesús era el Juez de toda la humanidad si antes no especificaba a qué Dios se refería, y cuál era su naturaleza. Tenía que empezar, necesariamente, con una doctrina a la que debía dedicarle mucho tiempo, esa doctrina fundamental del evangelio que el cristianismo heredó de Israel y sostiene con tenacidad: la existencia de un Creador único, trascendente, personal, autosuficiente,

omnipotente y santo, Sustentador y Gobernador del universo y de toda la humanidad (17:23-29). Esta es, pues, la creencia primera y básica que distingue al cristianismo del paganismo.

La proclamación que hizo Pablo de Jesús como el Juez venidero de toda la humanidad expresó en palabras lo que los gentiles paganos podían entender inmediatamente, un aspecto de la segunda doctrina básica con la que el cristianismo se enfrenta al paganismo, a saber: que Jesús es el Mesías prometido, que Dios había prometido en el Antiguo Testamento israelita. Por supuesto que Hechos ya ha predicado con mucha antelación que Jesús es el Mesías (p.ej., 2:36) y el Juez de todos (10:42). Pero en la primera mitad de Hechos 17 encontraremos a los judíos de Tesalónica manteniendo con vigor delante de los magistrados gentiles de la ciudad que, con los cristianos, «Mesías» es un término político; que el evangelio cristiano es básicamente un manifiesto político, que respaldaba a Jesús como un rival para el César reinante dentro del orden político de este mundo; y que la evangelización cristiana era un intento de fomentar una extendida lucha política con miras a destruir las estructuras del imperialismo romano, sustituyéndolo por una forma de gobierno distinta (17:5-8).

La acusación tenía su miga, porque había algunos partidos dentro del judaísmo para los cuales el término «Mesías» sí tenía una connotación política; esto era algo que ya había provocado alguna insurrección en el pasado (ver, p.ej., 5:36-37; 21:37-39), y que más tarde llevaría a rebeliones masivas contra la Roma pagana. Además, uno de los propios discípulos del Señor Jesús, Simón el celote (Lc. 6:15), antes de convertirse había formado parte de tal grupo mesiánico. Pablo no tuvo ocasión de responder a esa acusación en aquel momento: lo echaron de la ciudad. Pero era imperativo, por amor al evangelio, tanto entonces como ahora, que Lucas demostrara, con lo que había dicho Pablo en Tesalónica, y lo que más tarde diría en Atenas, que esa acusación era falsa; y que explicaría claramente qué quiere decir el cristianismo al proclamar a Jesús como el Mesías, Rey y Juez, y qué relación tiene su reinado con la política de los gentiles.

El tercer tema que está en juego entre el cristianismo y el paganismo en esta sección es qué quiere decir el cristianismo al hablar de Espíritu Santo. Como hemos visto ya desde el principio de Hechos, los primeros cristianos, como era natural tras Pentecostés, hablaban mucho de recibir el Espíritu Santo, de ser llenos del Espíritu, y en especial de ser guiados por el Espíritu (p.ej., 8:29, 39; 10:19; 11:12; 13:2). Para el judío medio, esta terminología sería, al menos, inteligible, porque sabría que hacía referencia al Espíritu de Dios. Pero en el antiguo mundo pagano había miles de personas, en todos los ámbitos de la vida, acostumbradas a buscar una guía para sus asuntos personales, familiares y profesionales en agoreros, astrólogos, clarividentes, espiritistas, oráculos, dioses y demonios. En Oriente aún hay mucha gente que lo hace, y cada vez hay más personas que practican estas cosas en Occidente. Qué duda cabe de que en las mentes paganas se suscitarían muchas preguntas, como también en las de los cristianos recién convertidos (19:18). ¿Qué diferencia había entre la experiencia cristiana de ser guiados por el Espíritu y la práctica pagana de buscar una guía en las diversas formas del espiritismo? El espiritismo, ¿era compatible con el evangelio cristiano? ¿Era aceptable que los creyentes en el Señor Jesús siguieran adorando a los espíritus de sus antepasados, consultando a adivinos y contratando los servicios de médiums y sanadores espirituales?

La selección de material que hace Lucas responde con decisión a estas preguntas. El primer cuarto de la Sección Quinta se abre mencionando dos veces, en sendos versículos, que durante sus viajes Pablo y sus compañeros misioneros eran guiados por el Espíritu Santo (16:6, 7). El último cuarto de la sección se inicia con la historia de doce hombres que, siendo discípulos de Juan el Bautista pero sin creer personalmente en el Señor Jesús, nunca habían recibido el Espíritu Santo. Inmediatamente tras creer, reciben el Espíritu, y Pablo considera obviamente que esto es tan indispensable para ser cristiano que entonces hace que aquellos hombre vuelvan a bautizarse, esta vez en el nombre del Señor Jesús (19:1-7).

En el otro extremo, la historia principal en el primer cuarto de la Sección Cinco nace del exorcismo que practica Pablo de un espíritu maligno en una adivina de Filipos (16:16-19). Parece que ella estaba bien dispuesta hacia el evangelio, y lo recomendaba a los transeúntes, así como alababa a sus mensajeros. Pero Pablo consideró que el testimonio de ella y de sus espíritus era inaceptable. Obviamente consideraba que el espiritismo era incompatible con el cristianismo, y demostró la diferencia entre los dos expulsando al espíritu de aquella mujer.

De forma parecida, la historia principal en el último cuarto de la Sección Cinco habla también del demonismo (19:11-20); lo único que en este caso la diferencia no es entre el cristianismo y el demonismo, sino entre el verdadero cristianismo y unos presuntos exorcistas que, sin ser cristianos, y sin intención de llegar a serlo, mezclaban la terminología cristiana con el respeto de su repertorio, en un intento de multiplicar sus éxitos en los exorcismos. En Éfeso hubo siete judíos que usaban así el nombre del Señor Jesús. Pero el espíritu maligno en el endemoniado demuestra ese uso inválido, y ataca físicamente a los presuntos exorcistas. Esto conduce a un amplio fomento del nombre y el poder exclusivo del Señor Jesús, y a un poderoso triunfo público de la palabra de Dios sobre las artes ocultas, por las que era famoso Éfeso a nivel internacional.

Resumamos. Cuando Lucas defina el cristianismo contra el trasfondo del paganismo, las 3 áreas de interés centrales serán:

1. La proclamación cristiana de la existencia y naturaleza de un único Dios, y de la relación entre él y el hombre, contraponiéndola al politeísmo de la religión pagana y las teorías de algunos filósofos paganos sobre el origen y funcionamiento del universo, y sobre el lugar y propósito que en él ocupa la humanidad.

2. El significado e importancia de la afirmación del evangelio de que Jesús es el Mesías, Rey y Juez del mundo, a la luz tanto de la política mundial y los sistemas de moralidad que exponían ciertos filósofos paganos.

3. La importancia de la experiencia cristiana del Espíritu Santo, resaltada gracias a la experiencia de algunos judíos que habían aceptado el bautismo de Juan pero sin creer en el Señor Jesús; y la fuente de esta experiencia, contrastada con los contactos paganos en el ámbito del espiritismo, el demonismo y las prácticas ocultas.

Sin embargo, el interés de Lucas en la confrontación entre cristianismo y paganismo no significa que desea que olvidemos el judaísmo y la parte que éste desempeñó, y que seguía desempeñando, en el mundo gentil. Lucas indica que las tácticas de Pablo siguieron siendo, en aquel período, las de siempre. Estuviera en la ciudad que estuviese, siempre iba primero a la sinagoga judía (si había una), y predicaba el evangelio a los judíos y a los gentiles simpatizantes (16:3; 17:2, 10, 17; 18:4, 19; 19:8). El buen testimonio de la sinagoga atrajo a muchos que antes fueron paganos a la fe en el único Dios verdadero, y por tanto les había preparado (aun sin intención de hacerlo) para tener fe en el Señor Jesús como Mesías. Lucas nos informa, sin rencor alguno y repetidamente, que fue de este círculo de simpatizantes gentiles en concreto de donde salieron muchos de los convertidos de Pablo en las ciudades helenísticas y romanas. Y, por supuesto, también se convirtieron muchos judíos (17:4; 18:8), así como paganos declarados (16:30-34; 17:12; 18:8).

Por supuesto, por otra parte, Lucas no oculta el hecho de que mientras que en la mayoría de las sinagogas recibían a Pablo con una gran cortesía (17:1-4, 11; 18:4, 19-20; 19:8), una oposición fuerte y a veces violenta por parte de algunos de sus miembros acababa echando a Pablo y a sus conversos de la sinagoga local (17:5; 18:6-7; 19:9), así como de las demás de la zona (17:13). Esto ya había sucedido antes (13:45-46; 14:2, 5; notemos aquí la referencia a los líderes/gobernantes); pero ahora, en la Sección Cinco, Lucas introduce un elemento significativo: en dos ocasiones los judíos persiguieron a los cristianos ante las autoridades paganas, acusándoles de traición

contra el estado (17:7), y con fomentar un tipo ilegal de religión (18:12-17). Ninguno de estos cargos era cierto, como Lucas procede a demostrar. La oposición judía de este tipo era triste,* pero produjo unos resultados positivos para el mundo gentil. Precipitó la formación de iglesias cristianas independientes (como la de Tesalónica, Corinto y Éfeso); condujo a una expansión masiva y al triunfo de la palabra del Señor en el mundo pagano (como en Éfeso y Asia, 19:9-10 y 20), y lo llevó hasta lugares donde el judaísmo ya era conocido (aunque el pueblo en general sólo lo conocía vagamente), y contribuyó a que la gente se diera cuenta de que el nombre del Señor Jesús tenía poder para salvar y bendecir, más del que poseía el judaísmo aun en su mejor momento (19:1-7), por no hablar de su momento menos brillante (19:13-17).

Por supuesto, existen temas secundarios que van reapareciendo de vez en cuando. Uno de ellos es la relación del evangelio con los negocios y la obtención de dinero. En el mundo antiguo se daba por hecho (como suele pasar en algunos rincones del mundo moderno) que había mucha gente que debía usar la religión como un negocio. Los propietarios de la médium agorera de Filipos son un buen ejemplo (16:19), y los editores de libros ocultistas en Éfeso son otro (16:19). Por consiguiente, será interesante ver cuál es el papel que jugaban los negocios en el evangelismo pionero de Pablo. Lidia, en Filipos, estaba metida en el mundo de la moda (16:14); Aquila, Priscila y Pablo en Éfeso se dedicaban a fabricar tiendas (18:1-3). En ambos casos, los negocios seculares le ofrecieron a Pablo un punto de apoyo en Europa, y el dinero necesario para predicar el evangelio gratuitamente a los oyentes (cf. 1 Ts. 2:9; Fil. 4:15-16 con Hch. 18:5, 1 Co. 9:18 y 2 Co. 11:7-9).

Veamos otro caso. En su discurso en el Areópago Pablo comenta que Dios «ha prefijado el orden de los tiempos, y los

* Aún es más triste que en los siglos posteriores a Constantino el cristianismo usara su influencia política para suprimir, difamar y perseguir a los judíos a gran escala.

límites de su habitación [de las naciones]; para que busquen a Dios y... puedan hallarle» (17:26-27). Dentro de este contexto, Pablo se estaba refiriendo al control providencial de Dios sobre las naciones a través del curso de la historia; pero, a un nivel inferior, veremos el mismo principio que funciona en los viajes misioneros de Pablo. Cuando abandona Asia y pasa a Europa, hogar tras hogar le abren sus puertas: el de Lidia (16:15); el del carcelero de Filipos (16:34); el de Jasón, aparentemente, en Tesalónica (17:5-6); el de Priscila y Aquila (18:1-3), y más adelante el de Tito el Justo en Corinto (18:7). Todos estos hogares jugaron un papel esencial en el establecimiento del cristianismo en Europa. Por tanto, es interesante observar, cuando podamos, cómo llegaron a estar esos hogares donde estaban, cómo y según qué circunstancias y providencias llegó Pablo a ellos, y cómo, a su vez, le abrieron las puertas.

Hace un momento decíamos que la Sección Cinco de Hechos se compone de cuatro partes o movimientos. El primer indicio de que es así lo hallamos en la siguiente serie de cuatro episodios, en cada uno de los cuales se acusa o malentende a Pablo y al evangelio, y al final de los que se les justifica o defiende:*

16:16-34 (a) *Una acusación falsa*. Pablo y Silas son acusados ante unos magistrados civiles de ser judíos que «alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer» (16:20-21). Son azotados y encarcelados.

(b) *La justificación*. Lejos de obstruir el poder del evangelio, el encarcelamiento de Pablo y Silas lleva,

* Como ya hemos visto, se lanzó una acusación muy grave contra el evangelio ante los magistrados de Tesalónica, en 17:5-9. Pero en ese caso Pablo no tuvo ocasión para responder a la acusación. Sin embargo, el propio Lucas ha dispuesto la estructura de su narración de tal modo que sus lectores hallarán la respuesta final a la acusación en el discurso de Pablo en el Areópago, al final de ese mismo capítulo (Hch. 17).

por medio de un terremoto providencial, a la conversión del carcelero y de su familia. Además los magistrados, al descubrir que son romanos, se ven obligados a acudir y escoltarlos con toda deferencia.

- 17:16-31 (a) *Un malentendido*. Los epicúreos y los estoicos piensan que Pablo aboga por dos dioses extranjeros, «Jesús» y «la resurrección».
- (b) *La clarificación*. Pablo explica al tribunal del Areópago que el Dios al que predica no es una deidad extranjera: es el Creador y Sustentador de toda la humanidad. Y Jesús y la resurrección tampoco son deidades foráneas. La resurrección histórica del personaje histórico, Jesús, es la afirmación divina a todos los pueblos del mundo de que Jesús ha de ser el Juez universal para toda la humanidad.
- 18:12-17 (a) *Una acusación falsa*. Los judíos apelan al procónsul Galión contra Pablo, sobre la base de que «persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley [presumiblemente, la judía]» (18:13).
- (b) *La justificación*. Galión desprecia la acusación por tratarse de un simple asunto de teología judía, que carecía de interés para el tribunal romano.
- 19:13-16 (a) *Una malversación*. Ciertos exorcistas profesionales no cristianos se ponen a utilizar indebidamente el nombre de Jesús, e intentan usarlo como conjuro o hechizo para potenciar el éxito de sus exorcismos.
- (b) *La justificación*. La auténtica naturaleza y autoridad de Jesús quedan justificadas, cuando el espíritu maligno les responde: «A Jesús conozco... pero vosotros, ¿quiénes sois?» (19:15), y procede a apalear a los presuntos exorcistas.

Los cuatro movimientos están además marcados por la línea de pensamiento que une sus cuatro episodios principales:

Movimiento 1 (16:6-40):

Sucesos en el camino a, y en, Filipos

- a) El Espíritu Santo conduce a Pablo y a su equipo (16:6-7) por medio de una visión, hasta que llegan a Filipos. Lidia le abre el corazón al Señor; cree e invita a Pablo y a Silas a que se queden en su casa (16:14-15).
- b) Pablo expulsa a un espíritu maligno de una agorera. Como resultado, él y Silas van a parar a la cárcel. Pero Dios usa un terremoto para abrir todas las puertas (16:26). El carcelero cree (16:34) y les lleva a su casa (16:32). Los magistrados de la ciudad les escoltan con deferencia sacándoles de la prisión, y les ruegan que abandonen Filipos (16:39).

Movimiento 2 (17:1-43):

La persecución hace que Pablo abandone Tesalónica y vaya a Berea, y de allí a Atenas

- a) En Tesalónica, y también en Berea, Pablo demuestra que, según las Escrituras, el Mesías tenía que morir y resucitar; y que la muerte y resurrección de Jesús demuestran que era el Mesías predicho en las Escrituras (17:2-3, 11).
- b) En Atenas, cuando le piden que explique el significado de los términos «Jesús» y «la resurrección», Pablo afirma que la resurrección de Jesús es la garantía divina para toda la humanidad de que Jesús es el Juez del mundo (17:18-19, 30-31).

Movimiento 3 (18:1-28):

Sucesos centrados en Corinto

- a) Pablo llega a Corinto, donde testifica a los judíos de que Jesús es el Mesías (18:1, 5). Los judíos se ponen en contra de él, y Pablo abandona la sinagoga y acude a los gentiles; muchos se convierten (18:6-11). Pablo se queda en Corinto un año y medio (18:11).
- b) Los judíos persiguen a Pablo ante el tribunal de Galión. Este no tiene en cuenta el caso (18:12-17), y tras un breve lapso Pablo se marcha de Corinto a Asia (18:18-23); pero Apolo

acude desde Asia a Corinto (18:24-28; «Acaya», en el versículo 27, se refiere a Corinto, ver 19:1), y «fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras [lo que antes había predicado Pablo] que Jesús era el Cristo» (18:27-28).

Movimiento 4 (19:1-20):

Sucesos en Éfeso

- a) Doce hombres a quienes había bautizado Juan el Bautista aprenden a creer en el Señor Jesús. Entonces son bautizados en su nombre y reciben el Espíritu Santo. Después de tres meses en la sinagoga, la oposición expulsa a Pablo. Predica diariamente en el salón de Tirano durante dos años, «de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús» (19:10).
- b) Siete no cristianos intentan exorcizar a un espíritu maligno: «Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo» (19:13). El espíritu revela cómo se han apropiado indignamente del nombre de Jesús, y el resultado es que «era magnificado el nombre del Señor Jesús» (19:17). Esto, a su vez, provoca una gran quema de libros ocultistas: «así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor» (19:13-20).*

Para finalizar, dentro de cada movimiento la narrativa sigue la misma pauta. Pero esto se aprecia mejor en una tabla de contenidos, que también nos ayudará a percibir la relación de los componentes entre sí y con el todo (ver pp. 336-337).

* Aquí es preferible la traducción «prevalecer» (es decir, «tener una fuerza superior a alguien o algo», «vencer»), como en 19:16 y Apocalipsis 12:8.

MOVIMIENTO 1: El Espíritu Santo los poderes de las tinieblas (16:6–19:20)

A. DE FRIGIA A FILIPOS

1. *De Frigia a Troas y el hombre macedonio*

La guía del Espíritu Santo: «les fue prohibido por el *Espíritu* hablar la palabra en Asia» (16:6); «intentaron ir a Bitinia, pero el *Espíritu* no lo permiti^ó» (16:7). Un varón macedonio se le aparece a Pablo en una visión nocturna (16:9-10).

2. *De Troas a Filipos y la casa de Lidia*

En el «lugar de oración, el Señor abre el corazón de Lidia para que prestara atención a lo que decía Pablo: «Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos» (16:15).

MOVIMIENTO 2: El Mesías de Dios y la política, religión y filosofía gentiles (17:1-34)

A. TESALÓNICA Y HEBREA

1. *Tesalónica y la casa de Jasón*

Pablo argumenta en la sinagoga que Jesús es el Mesías predicho en las Escrituras. Los judíos acusan a Pablo y a Silas de enseñar cosas contrarias a *los decretos de César* (17:1-9).

2. *Berea: expulsados de la sinagoga y de la ciudad*

Los miembros de la sinagoga de Berea «eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así». Por lo tanto, muchos creyeron, pero los perseguidores judíos de Tesalónica expulsaron a Pablo y a Silas (17:10-15).

MOVIMIENTO 3: El Mesías de Dios y el nuevo pueblo de Dios (18:1-28).

A. LA ESTANCIA DE PABLO EN CORINTO (1)

1. *Corinto y la casa de Aquila y Priscila*

Un decreto de César procura indirectamente un punto de apoyo para Pablo en Corinto. Predica en la sinagoga cada día de reposo, ante judíos y griegos (18:1-4).

2. *Corinto: expulsados de la sinagoga, acogidos en casa de Tito, la puerta de al lado*

Pablo dedicaba todo su tiempo a predicar que Jesús era el Mesías. Cuando los judíos se opusieron y blasfemaron, Pablo les dijo: «Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza», y pasó a la casa de Tito, al lado mismo. Muchos corintios creyeron. El Señor habló a Pablo en una visión nocturna, y éste se quedó en Corinto un año y medio, predicando la palabra (18:5-11).

MOVIMIENTO 4: El Espíritu Santo y el Nombre del Señor Jesús (19:1-20)

A. LA ESTANCIA DE PABLO EN ÉFESO (1)

1. *Éfeso y los doce discípulos*

La recepción del Espíritu Santo: «¿Recibísteis el *Espíritu Santo* cuando creísteis?» «Ni siquiera hemos oído *si hay Espíritu Santo*... vino sobre ellos el *Espíritu Santo*» (19:1-7).

2. *Éfeso: expulsados de la sinagoga a la sala de conferencia de Tirano*

Pablo predica tres meses en la sinagoga. cuando algunos judíos se enfadan y blasfeman del Camino delante del pueblo, Pablo se marcha al salón de Tirano, donde cada día predica durante dos años, «de manera que todos los que habitaban en Asia... oyeron la palabra del Señor Jesús» (19:8-10).

B. EN FILIPOS**1. La acusación falsa**

Pablo expulsa un espíritu maligno de una médium (16:16-18). Sus amos acusan a Pablo y Silas que «alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir o hacer» (16:19-21). Pablo y Silas son azotados y encarcelados (16:22-24).

2. La justificación

Lejos de detener el éxito del evangelio, el encarcelamiento de Pablo y Silas conduce, por medio de la intervención de un terremoto providencial, a la conversión del propio carcelero y de su familia. El carcelero lleva a Pablo y Silas a su casa (16:25-34).

3. La secuela

Los magistrados se ven obligados a acudir y sacar personalmente de la cárcel a Pablo y Silas. Entonces les ruegan que se marchen. Pablo y Silas se van a casa de Lidia, animan a los hermanos, y se van de Filipos (16:1-34).

B. EN ATENAS**1. El malentendido**

Algunos estoicos y epicúreos piensan que Pablo está anunciando a los dioses extranjeros, «Jesús» y «la resurrección» (17:16-21).

2. La explicación

Pablo no aboga por deidades extranjeras. Dios es el Creador y Sustentador de la humanidad. Ha creado a *todos* a partir del primer hombre, y está cerca de *todos*. Ahora «manda a los hombres en *todo lugar*, que se «arrepientan». Juzgará *al mundo* con justicia según el Hombre al que ha designado. Garantía: la resurrección de Jesús (17:22-31).

3. La secuela

Al oír hablar de la resurrección, algunos se ríen, otro aplazan el tema. Pablo abandona el tribunal del Aerópagoi. Pero hay algunos que se unen a Pablo y se convierten en creyentes (17:32-34).

B. PABLO EN CORINTO (2)**1. La acusación falsa**

Los judíos persiguen a Pablo ante el tribunal de Galión: «Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley» (18:12-13).

2. La justificación

Galión ignora el caso, al ser una disputa teológica interna entre los judíos, irrelevante para un tribunal de justicia romano: «yo no quiero ser juez de estas cosas» (18:14-17).

3. La secuela

Pablo se marcha a Éfeso, Cesarea y Antioquía; comienza su tercer viaje misionero. Mientras, Apolo va a Éfeso y predica el bautismo de Juan (o sea, el del arrepentimiento). Cuando Aquila y Priscila le asesoran, pasa a Corinto y da testimonio a los judíos de que Jesús es el Mesías (18:18-28).

B. PABLO EN ÉFESO (2)

1. El intento de malversación Dios realiza «milagros extraordinarios» por medio de Pablo. Siete exorcistas judíos intentan expulsar a un espíritu inmundo en el nombre de Jesús, «aquel que predica Pablo» (19:11-14).

2. El desenmascaramiento

El espíritu maligno responde: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Entonces la víctima ataca a los presuntos exorcistas, que huyen de la casa desnudos y heridos» (19:15-16).

3. La secuela

El hombre del Señor Jesús se engrandece por todo Éfeso. Se queman públicamente libros esotéricos por valor de 50.000 dracmas: «así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

El Espíritu Santo y los poderes de las tinieblas (16:6-40)

El evangelio y las culturas extranjeras

Es un hecho que para muchos millones de personas, en especial en Asia, el cristianismo sigue siendo una religión occidental, extraña a sus costumbres e incompatible con su carácter nacional. Puede que lo respeten a cierta distancia, pero les molestan los intentos de los misioneros cristianos que procuran convertirlos; para ellos es un insulto a sus propias religiones y culturas, una forma insensible, por no decir arrogante, de imperialismo occidental.

El cristianismo tiene parte de culpa por esta opinión, dado que en el pasado los misioneros han relacionado a menudo el evangelio con las iglesias nacionales, incluso con los gobiernos, de sus propios países, de modo que las personas de otros pueblos han sacado la impresión, comprensiblemente, de que el evangelio cristiano es un brazo del imperialismo occidental. Y esta impresión se ha visto reforzada por el fracaso ocasional de los misioneros a la hora de distinguir entre el evangelio que predicán y los restos de cultura, música, arquitectura, forma del culto, etc., que han traído de sus respectivos países, acumulando estos elementos a lo largo de los años. Por tanto, hay otras naciones que temen al cristianismo como algo ajeno a ellas, que ahogaría la manifestación de su carácter nacional.

Está claro que hoy día estos errores se admiten ampliamente y se confiesan libremente. Lo cierto es que el peligro está en que la reacción a tales cosas lleve a la gente al otro extremo. Cada vez se oye más la sugerencia de que el intento de convertir a otras personas de distinta fe al cristianismo es una

traición al espíritu de Cristo, una forma deplorable de fundamentalismo religioso que se imagina que él, y solamente él, tiene la verdad. La actitud cristiana correcta, se nos dice, es abandonar todas las pretensiones exclusivistas sobre Cristo y dialogar abiertamente con personas de otras creencias. Esto supone admitir la validez de todas las grandes religiones, confesando las limitaciones de todas ellas, incluyendo al cristianismo, y avanzando juntos en la búsqueda de la verdad última. Y se afirma que sólo así podrá el cristianismo obtener el respeto de los pueblos asiáticos y africanos, evitando la tan válida acusación de que es una religión occidental imbuida del deseo de dominar el resto del mundo.

Pero el hecho es, como indicará Lucas a continuación, que cuando Pablo y Silas llevaron el evangelio a Europa, la primera oleada de europeos con los que se encontraron se opusieron a ellos precisamente en este punto, diciendo que el evangelio se oponía al carácter de su nación. La única diferencia entre su reacción y la moderna es que ellos se quejaban de que el evangelio era una religión oriental, asiática, incompatible con su cultura occidental. Si Pablo hubiera aceptado esta objeción como una razón válida para dejar de intentar convertir a Cristo a las personas de otras creencias y religiones, entonces y allí hubieran cesado sus esfuerzos de evangelizar Europa, hubiera hecho las maletas y se hubiera vuelto a casa.

La gente de Filipos, orgullosos de la posición de su ciudad como colonia romana, y de su propio rango como romanos, objetaron violentamente contra Pablo y Silas sobre la base de que: «Estos hombres, que son judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos» (16:20-21). La segunda parte de la acusación no era cierta, por supuesto, como más adelante nos demuestra Lucas al informarnos del juicio emitido por el procónsul Galión en Corinto (18:12-16). Y la primera parte de la historia era verdad a medias: Pablo era ciertamente judío, pero también era ciudadano romano, al igual que cualquier hombre o mujer filipense. Pero ni la multitud ni el magistrado les dieron tiempo

de afirmar ese hecho o, si lo hicieron, lo pasaron por alto. Les azotaron y les metieron en la cárcel.

El hecho es que en general a los romanos no les gustaban los judíos, como vemos a partir de las vívidas expresiones que usó el satírico romano Juvenal más adelante. Le escandalizaba su bárbaro (para él) rito de la circuncisión, el hecho de que guardaran el día de reposo y la ley esotérica de Moisés, que les hacía desmarcarse de las normas culturales de la sociedad romana; satirizó duramente su rechazo a adorar otros dioses que no fueran el propio; y lo único que guardaba para sus pequeños lugares de oración era desprecio, porque estaban ocultos en las callejuelas, y las comparaba con los grandes templos de la religión estatal romana, magníficos desde el punto de vista estético.* Ahora bien, en Filipos había un «lugar de oración» (o al menos un lugar de encuentro donde se oraba) al que solían acudir mujeres,** y según lo que sabemos los ciudadanos locales los habían dejado tranquilos, como les exigía que lo hicieran la ley romana. Pero cuando Pablo y Silas acabaron con las actuaciones de unos agoreros locales, el resentimiento y el orgullo étnico herido de los filipenses rebasó los límites y, yendo en contra de su propia ley, encarcelaron a los misioneros.

Sin embargo, es probable que los filipenses se hubieran mostrado más tranquilos si se hubieran dado cuenta de que el orgullo étnico y la cultura nacional eran irrelevantes para cuestionar si el mensaje que proclamaban Pablo y Silas era cierto o no. Pablo no estaba intentando, como más tarde pensarían los atenienses (17:18), introducir dioses extranjeros en la cultura local; tampoco fomentaba de forma chauvinista sus propios dioses nacionales, frente a los dioses nacionales

* Ver Juvenal, *Sátiras* III, 14, 296; VI, 543; XIV, 96, 103.

** La mejor traducción en 16:13 parece ser la de «un lugar donde se tenía la costumbre de orar»; cf. A.V. Quizás no habían hombres suficientes para formar una sinagoga local.

filipenses. En primer lugar, proclamaba al único Creador de toda la humanidad, tan Creador de los filipenses como de cualquier otro país. El judaísmo ciertamente creía en él, mientras que ninguno de los dioses filipenses pretendían ser creadores. Pero ese Creador no era ni el producto ni la propiedad nacional de los judíos. «¿Acaso Dios es sólo Dios de judíos?», como diría Pablo. «¿Es que no es también Dios de gentiles? Sí, también de los gentiles, puesto que sólo hay un Dios...», cuyos términos de salvación deben ser los mismos para todos (Ro. 3:29-30). Y en segundo lugar, Pablo no abogaba el judaísmo como religión; predicaba a Cristo como la autorrevelación suprema y final de Dios a toda la humanidad. La religión de Israel, tal y como la había dado Dios originariamente, era pura y santa; pero Pablo ni siquiera les estaba vendiendo esa religión a los gentiles. El judaísmo contemporáneo, aunque conservaba muchos rasgos nobles de la religión originaria israelita, había corrompido otros, y oficialmente había rechazado y ejecutado al Hijo de Dios. Dios un día juzgará al judaísmo por ello. Ciertamente, Pablo no propugnaba el judaísmo como una religión para los filipenses. Y podemos apresurarnos a añadir que si interpretamos el término «cristianismo» como un vasto sistema político-religioso que ha crecido en torno al nombre de Cristo, llamado también cristiandad, entonces los cristianos modernos no tienen por qué intentar convertir a los inconversos al cristianismo, tomado en ese sentido. Esa forma de cristianismo ha cometido a menudo, y sigue haciéndolo, muchas cosas que incluso un niño entendería que son contrarias al Espíritu de Cristo y las enseñanzas del Nuevo Testamento. Dios también juzgará esto, y quizás con más severidad que cualquier otra cosa.

Por tanto, Pablo no estaba predicando el judaísmo, sino al único y verdadero Dios, el Creador de todos los hombres; y obviamente no pregonaba el cristianismo oriental u occidental, sino a Cristo. Además, al llamar a personas de diferentes grupos étnicos y nacionalidades a que abandonaran sus dioses inventados por el hombre, y sus idólatras interpretaciones del uni-

verso, Pablo sólo les exhortaba a hacer lo que sus antepasados habían hecho siglos antes. Y, claro está, nosotros, los llamados cristianos occidentales, admitiríamos sin problema que también nuestros antepasados adoraban a deidades producto de la imaginación humana, hasta que el evangelio les llegó desde Asia a Europa y les conminó a enfrentarse a la realidad y a regresar a la creencia originaria de la humanidad, en un único Creador, y a inclinarse entonces ante su revelación, que es Jesucristo.

En todo esto no hallamos una base genuina para quejarse de orgullo étnico herido, ni resentimiento cultural, como tampoco el planeta Neptuno se podría molestar si la Tierra intentara convertirlo (si necesitara conversión) a la creencia de que gira en torno al Sol, como lo hacen todos los demás planetas. Cuando se trataba de asuntos puramente culturales, Pablo (como sabemos por sus escritos) era el más adaptable de todos los hombres, estando dispuesto a vivir como judío entre judíos o como griego entre griegos (1 Co. 9:19-22). Pero nunca hubiera admitido la afirmación de que la elección entre monoteísmo y politeísmo fuera una mera cuestión de preferencia, según el modo tradicional de interpretar el universo; o que la revelación única y final de Dios en Cristo se puede rechazar impunemente si no encaja con las predilecciones nacionales, étnicas o culturales de cada uno.

Pero volviendo a los filipenses... Quizás en aquellos momentos no podían conservar la mente fría por otros motivos. Al registrar que Pablo expulsó a un espíritu inmundo de una adivina (16:16-18), Lucas mete el dedo en dos áreas muy sensibles para el paganismo. La primera no merece nuestra simpatía; la otra nos pide, al menos, una comprensión compasiva.

La adivina estaba controlada por ciertos hombres de negocios que la manipulaban, a ella y a su condición, para hacer mucho dinero. Cuando Pablo liberó a la mujer del dominio del espíritu maligno, acabó con esa fuente de ingresos (16:19). Por supuesto que no se les ocurrió citar ésta como la razón por la que perseguían a los misioneros; prefirieron jugar con los

prejuicios de la multitud (y de los magistrados) y su orgullo étnico. Pero la auténtica causa de su oposición era la amenaza que suponía el cristianismo para sus intereses económicos. A través de los siglos, hacer dinero gracias a la religión ha sido un escándalo —y sigue siéndolo—. Y el cristianismo no se ha visto libre de él: el reciente desenmascaramiento de algunos tele-evangelistas americanos nos ofrece tan sólo un ejemplo más del modo en que se ha utilizado mal el cristianismo en diversos lugares, para acumular montones de dinero en el nombre de Cristo.

Pero la acción de Pablo cuando puso fin a la capacidad de la médium para adivinar el futuro tocaba un nervio más sensible del paganismo: bloqueaba una fuente de guía espiritual que muchas personas de la ciudad buscaban con afán, porque consideraban que era una ayuda indispensable para una vida de éxito. ¡Por supuesto que les molestó!

Debe haber muy pocas personas que no hayan sentido, en algún momento de su vida, el deseo de ser capaces de ver lo que está en su futuro. Y ese deseo no tiene por qué ser mera curiosidad, o la simple avaricia de las personas que consultan a espíritus, como hacen algunas, para elegir los números correctos de la lotería o las combinaciones de la quiniela. De vez en cuando la vida nos enfrenta con decisiones inevitables que conllevan consecuencias a muy largo plazo para nuestras vidas o las de otros. La angustia se deriva del hecho de que debemos decidir sin saber con seguridad cómo será el camino por el que hemos optado, si acabará bien o en un auténtico desastre. En estas circunstancias, como mínimo es comprensible ver cómo reaccionan las personas que nunca han conocido a Dios como Padre amante, que nunca han tenido una experiencia personal de su salvación, perdón, cuidado y guía, que no tienen confianza en la sabiduría de sus detalladas providencias ni garantía alguna de que todas las cosas ayudan para el bien de aquellos que aman a Dios, porque no conocen nada de su gran propósito último que reúne y da sentido a todas las circunstancias de la vida. Es comprensible que se sientan atraídos por el mundo de

los espíritus, los oráculos, los adivinos, las/los médiums y astrólogos, a los que acuden buscando esa guía que tanto necesitan. Lo mismo sucede con los que han padecido la pérdida de un ser querido. Es comprensible que a las personas que no tienen el consuelo cristiano de saber que «estar ausente del cuerpo es estar presente con el Señor» (2 Co. 5:8), les resulte insoportable el dolor de la pérdida, y desearán aceptar como verdadera la consoladora (pero engañosa) información acerca de los movimientos de sus seres queridos que les suministran los espíritus malignos disfrazados, a través de los médiums espiritistas.

En el mundo antiguo, muchas personas contemplaban esas prácticas con una mezcla de incredulidad y temor supersticioso. Los filósofos insensibles, como los epicúreos (de los que hablaremos en breve) rechazaban de plano toda pretensión de comunicarse con el mundo del Más Allá.* Pero en aquella época había pocos filósofos de duro corazón, y para muchas personas, como para los millones de hoy en día, era algo muy real. Por tanto, cuando el cristianismo, como el genuino judaísmo, cortó de raíz el espiritismo, denunciándolo y considerándolo en parte un camelo y en parte como un mal demasiado real, peligroso y degradante, es comprensible que muchas personas se resintieran y pensaran en el cristianismo como en una religión ajena a ellos, insensible, puritana y entrometida, que ni se interesaba ni se compadecía de las necesidades psicológicas del individuo atrapado en las espantosas complejidades de la vida.

Lo que era cierto es exactamente lo opuesto, claro está, pero ya es hora de que dejemos a Lucas hablar por sí mismo, y con mayor detalle.

* Los estoicos, por el contrario, parece que pensaban que, dado que según ellos el universo era un todo racional y coherente, se podían sacar deducciones sobre sucesos futuros partiendo de las anomalías en los hígados de los animales sacrificados, o de la dirección en que volaban las aves.

Dios y el individuo

Las proporciones de la narración en el Movimiento 1 de la Sección Quinta son muy notables. El relato se centra en un acontecimiento que fue, considerado desde cualquier ángulo, muy significativo en la historia de la Iglesia: el primer viaje evangelístico de Pablo a Europa y el inicio de la nueva iglesia que se fundaría allí como resultado de su trabajo. Pero la narración no se centra, ni mucho menos, en la fundación de una iglesia. Es cierto que nos dice que, tras la conversión de Lidia y del carcelero, los miembros de los dos hogares también se convirtieron (16:15, 31, 33-34), aunque no se nos dan detalles sobre ellos. También es verdad que se nos dice que, cuando Pablo y Silas salieron de la cárcel, fueron a casa de Lidia, se reunieron con los hermanos y los animaron; aunque, una vez más, no sabemos cuántos eran. Podemos deducir, partiendo de la propia narración, que probablemente Lucas se quedó en Corinto una vez se fueron Pablo y los demás, aunque hay que ser muy hábil para encontrar esa pista.* En general, podemos observar que cuando Pablo salió de Filipos se había formado, al menos, el núcleo de una iglesia; aunque es cierto que Lucas no menciona en ningún momento lo que seguramente sabía cuando más adelante recopiló Hechos, a saber, que ese núcleo al final creció convirtiéndose en una iglesia vigorosa que contribuyó de forma importante a la evangelización que hizo Pablo en Europa y Asia. En cambio, el noventa y cinco por ciento de su narración se centra en dos individuos, Lidia y el carcelero. La línea argumental completa de la primera mitad del movimiento tiene su clímax en la conversión de Lidia, y en la llegada de Pablo y su equipo a su espacioso hogar (16:6-15); y todos los detalles emocionantes del clímax de la segunda mitad (no el que los magistrados tuvieran que ir a la

** El primer pasaje donde habla de «nosotros» empieza en 16:10; el último «nosotros», por el momento, está en 16:16.

prisión a sacar a Pablo y Silas y luego pedirles, por favor, que se fueran de la ciudad, porque ése sería un clímax de lo más triste), es decir, la conversión del carcelero y la alegre escena nocturna en que «les llevó a su casa y dispuso mesa ante ellos», regocijándose con toda su familia (16:34). Desde la historia de Cornelio (cap. 10) la narración no se había concentrado con tanto detalle en la conversión de los individuos.

Por tanto, aquí tenemos nuestra primera lección: a partir de las proporciones de la narración de Lucas, aprendemos también el sentido de la proporción que tiene Dios. Dios ama a todo el mundo. No es que no se interese en la conquista de continentes y países enteros para el evangelio. Esta misma sección nos dirá que, como resultado de la enseñanza de Pablo en Éfeso, todos los judíos y griegos que vivían en la provincia de Asia, escucharon la palabra del Señor (19:10). Pero cuando se trata de la salvación, Dios no piensa en términos de continentes y masas ingentes de personas: le interesan las personas como individuos. Conoce a cada uno de ellos, sus corazones, sus aspiraciones, sus deseos; conoce su trabajo, sus negocios, familias y viajes; sabe exactamente dónde están; de hecho, «ha prefijado... los límites de su habitación... para que busquen a Dios... [y] puedan hallarle» (17:26-27); y conoce a los que ahora mismo le buscan, y recompensa su búsqueda.

Detrás del encuentro entre Lidia y el evangelio, y de su puesta de confianza en el Señor Jesús, hay toda una cadena de sucesos intrincados e interrelacionados. Por una parte estaba Dios, que guiaba directamente a Pablo y a su equipo (16:6-10). Cuando partieron en su segundo viaje misionero, no tenían intención, por lo que sabemos, de visitar Filipos. Su plan inicial era «visitar a todos los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor [durante el primer viaje misionero], para ver cómo están» (15:36). No se nos dice qué pensaban hacer después. Pero ahora la Sección Cinco se abre con el anuncio de que el Espíritu Santo intervino y les prohibió predicar la palabra en Asia (16:6). La prohibición, como indica la misma Sección Quinta (18:18-21; 19:1-20), sólo fue

temporal. Más adelante Dios llevaría a Pablo a Éfeso, para realizar una obra espectacular que tuvo repercusiones por toda la provincia de Asia Menor. Pero, por el momento, parece ser que Dios tenía en mente algún objetivo más urgente; aunque parece que no les comunicó a Pablo y a sus compañeros cuál era éste. Después de atravesar Frigia y Galacia, intentaron entrar en Bitinia, y Dios tuvo que intervenir de nuevo: «pero el Espíritu no se lo permitió» (16:7). Así que bajaron a Troas, y allí Dios intervino otra vez. Durante la noche, Pablo tuvo una visión: había un hombre macedonio que le rogaba diciendo: «Pasa a Macedonia y ayúdanos» (16:9-10). Por tanto, ya eran tres las intervenciones de Dios en el espacio de cinco versículos de la narración; lógicamente, el suspense se acumula: ¿en qué gran objetivo se centra toda esta intervención y guía divinas? Y la respuesta es: en el corazón y el hogar de una tal Lidia, vendedora de telas púrpuras en Filipos. Sí, está claro que había otros objetivos que Dios no perdía de vista, tanto en Macedonia como luego en Acaya. Pero esta era la primera meta de la guía de Dios.

Pero esta historia tiene otra parte. Hasta ahora hemos visto la guía especial que llevó a Filipos a Pablo y a sus compañeros, donde su estrategia usual le llevó primero a aquel lugar junto al río donde solían celebrarse las reuniones de oración. Pero, ¿cómo es que Lidia estaba allí, donde podía encontrarse con Pablo, oír el evangelio y depositar su fe en Cristo? Los versículos del 12 al 15 nos ofrecen su versión de la historia.

Ella había nacido en Tiatira, en lo que una vez había sido el antiguo reino de Lidia (de ahí su nombre, «la mujer lidia»), una ciudad famosa por su producción de tinte púrpura. ¿Qué la llevó a Filipos? Parece ser que los negocios. Tenía que ganarse la vida, como cualquier otra persona, y como es muy natural había aprendido el comercio de la púrpura en su ciudad natal. Filipos, al ser una ciudad romana, tendría muchas personas con el dinero suficiente para invertirlo en tejidos teñidos de púrpura. Las inscripciones nos dicen que, en realidad, había un gremio de mercaderes de púrpura en aquella ciudad. Así que

ella fue allí y se dedicó a la importación y venta al detall. Su negocio prosperó: cuando se convirtió tenía una casa lo bastante grande como para acomodar a Pablo y a sus compañeros (16:15). Y podemos estar seguros de que nada de esto fue por pura casualidad. El Dios que determina los lugares en que hemos de vivir estuvo atento a su nacimiento, su crecimiento, la elección de su carrera, su emigración a Filipos, la prosperidad de su negocio y el papel que al final jugaría dentro de la evangelización de Europa.

Aun así, podía no haberse encontrado nunca con Pablo. Pero se había convertido en adoradora del Dios único y verdadero (16:14); no sabemos dónde, si en su ciudad natal de Tiatira o cuando vino a Filipos. Sin embargo, sí sabemos que en Filipos había acudido al lugar junto al río, donde solía orar la gente, quizás como una sinagoga judía (aunque embrionaria). Para ella no valían los estúpidos prejuicios étnicos y culturales de los romanos de Filipos. Por medio de los judíos había descubierto la verdad de que sólo existe un Dios. Y no sólo la había descubierto como un hecho: centró su corazón en buscar al Dios vivo y verdadero, como vemos partiendo de su asistencia a aquel humilde lugar de oración. Y el Señor trascendente, que conoce los corazones de todos, leyó sus deseos, escuchó sus oraciones, y envió a Pablo y a sus compañeros (que no sabían nada de esto) en su largo viaje, dirigido por Dios, hasta que encontraran a Lidia y satisficieran su deseo. Y aún hizo más: «abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía» (16:14). Sólo aquellos que han pasado por una experiencia similar sabrán lo que esto significa: esa iluminación del Espíritu que cautiva la atención y llena la mente con la consciencia intuitiva y con la certeza de que lo que uno está escuchando es la verdadera palabra de Dios, que el Señor habla directa y personalmente a su corazón. Y Lidia reaccionó creyendo en el Señor Jesús. Se había encontrado con el Dios al que buscaba.

Antes de que dejemos su historia, hay una o dos cosas más que debemos considerar. Primero, que la evidencia de su fe era

genuina y su experiencia espiritual auténtica. Apenas había creído y sido bautizada cuando se dio cuenta, instintivamente, de que todo lo que había ganado con sus negocios, y en especial su casa, eran cosas que le había dado Dios, y que ahora debía devolvérselas usándolas para la expansión del evangelio. No fue Pablo el que tuvo que rogarle y convencerla de que era obligatoria para ella contribuir a la causa del evangelio. Fue ella quien persuadió a Pablo y a sus compañeros para que fueran y se quedaran en su casa. Tal y como lo expresa el Profesor F.F. Bruce, «No aceptaba un no por respuesta».* Insistió en que, si la consideraban una auténtica creyente en el Señor Jesús, debían permitirle que se identificara con el testimonio de éste en la ciudad; debían dejarla convertir su hogar en un punto de apoyo para el evangelio en Filipos, y una fuente de ayuda para su constante expansión por todo Macedonia, Acaya y el resto del mundo. Cuando más adelante la iglesia de Filipos envió dinero para respaldar el evangelismo pionero de Pablo (Fil. 4:15-16), podemos estar seguros de que la contribución de Lidia formaba una parte importante de ésta.

Partiendo de todo lo cual podemos concluir que el interés divino en el individuo, su selección de Lidia para que la visitara su gracia, no sólo fue por amor a ella. La salvó como individuo, pero no para su exclusivo beneficio personal, sino para que también ella formara parte de la gran marea del amor de Dios por el mundo.

La segunda cosa sobre la que debemos reflexionar es la siguiente. Lucas se ha centrado con mucho detalle en el caso de Lidia, como a continuación lo hará con el del carcelero. Pero ciertamente no quería darnos la impresión de que el caso de Lidia era infrecuente o especial. Más bien pretendía ofrecernos un ejemplo de lo que hacía Dios constantemente en todos los lugares donde enviaba a Pablo, y sigue haciéndolo adonde

* F.F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1988), p. 310.

envía a sus mensajeros hoy en día. Lidia buscó al Dios vivo y verdadero, y él removió cielos y tierra para garantizar que le encontraría. El Creador, que ha dispuesto los tiempos para nosotros, sus criaturas, y los lugares exactos en que debemos vivir para que podamos buscarle y hallarle, nos dio esta garantía cuando vino a morar entre nosotros: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis... Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla» (Mt. 7:7-8).

La naturaleza de la guía divina

Antes de pasar a la considerar el interés que sentía Dios por el segundo individuo, el carcelero, debemos de retroceder un instante para reflexionar sobre la naturaleza de la guía divina hasta ahora, al menos, la que puede apreciarse en la experiencia de Pablo y sus compañeros en este momento. Como ya hemos observado, hubo tres casos de intervención divina que alteraron el curso de su viaje y los llevaron a Filipos.

Se suscitan algunas preguntas. ¿Cuál es la relación entre este tipo de guía directa y el poder de decisión propio de las personas, su sentido común, su juicio moral y espiritual, y su responsabilidad última por las decisiones que toman? Y, ¿todos los cristianos deberían esperar este tipo de guía? Y si es así, ¿con qué frecuencia? ¿Cada día de la semana? ¿O en cualquier decisión importante? ¿O solamente de vez en cuando? Por supuesto, hemos de tener cuidado de no generalizar demasiado partiendo de la experiencia particular de Pablo y sus compañeros en esta ocasión. Pero hay algunos principios que destacan con claridad.

Por tanto, en primer lugar Lucas no nos dice que este segundo viaje misionero se iniciara por una guía especial del Espíritu. En el primer viaje misionero de Pablo fue así (13:1-13), pero este segundo viaje tenía un origen mucho más prosaico. Para verlo debemos retroceder al 15:36: «Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los

hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están». En otras palabras, respondían a su deber pastoral general, de encaminar y alimentar a los convertidos que hicieron en su viaje anterior. Para hacer eso no necesitaban una guía celestial especial. Tenían las órdenes básicas del Señor para evangelizar el mundo, enseñar y pastorear a la iglesia. Por tanto, normalmente, se suponía que debían seguir adelante con esas órdenes; porque, a menos que el Señor les diera una contraorden, aquéllas constituían su guía, sin necesidad de posteriores o constantes intervenciones directas de su guía especial. Después de todo, yo no espero, o al menos no debería, esperar una carta especial de los reyes cada semana para decirme cómo pagar mis impuestos.

Este mismo principio es aplicable a todos los creyentes. Dios nos ha dicho cuál es su gran objetivo para nosotros: debemos conformarnos a la semejanza de su Hijo. Mientras tanto, y con ese objetivo, nos ha expuesto claramente nuestras tareas generales. Hemos de amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Hemos de buscar primero su gobierno en todas las facetas de nuestra vida. Hemos de trabajar para ganarnos el pan diario; amar y proteger a nuestra familia; dar testimonio al mundo del Señor Jesús y del camino de salvación divino; involucrarnos, según nuestros dones y recursos, en el evangelismo mundial; amar, respaldar y animar a nuestros hermanos y hermanas en la iglesia; obedecer «a los gobernantes» de este mundo; pagar nuestros impuestos; hacer bien a todo el mundo, etc. estas son nuestras órdenes básicas. No necesitamos una guía especial que nos diga si tenemos que ponerlas en práctica o no. ¿Qué madre, en circunstancias normales, oraría con fervor al Señor para que le concediera una guía especial para saber si era su voluntad que le diera el desayuno a su hijo?

En segundo lugar, resulta instructivo que la guía especial que recibieron Pablo y sus compañeros en las dos primeras ocasiones (es decir, 16:6 y 7), fuera negativa y prohibitiva,

destinada a detenerles e impedir que fueran a predicar donde, de otra manera, habrían ido y predicado. Primero el Espíritu Santo les prohibió hablar la palabra en la provincia de Asia. Pero obviamente esta prohibición no conllevaba una información previa y detallada de cuál iba a ser su objetivo final, porque cuando llegaron a la frontera de Misia, intentaron entrar en Bitinia, y el Espíritu de Jesús no se lo permitió (16:7). Por supuesto, no lo habrían intentado si hubieran sabido desde buen principio a dónde tenían que ir.

Lo que nos demuestra lo siguiente: la guía divina especial no levanta necesariamente el velo del futuro durante largos períodos antes de que algo suceda. A menudo nos permite ir de día en día, dando el próximo paso obvio en nuestro proceso de poner en práctica las órdenes generales, y sólo interviene cuando si no fuera así tomaríamos otro rumbo que entraría en conflicto con un objetivo particular que el Señor tiene en mente. Aun cuando se les impidió ir a Bitinia, no se les dijo que el Señor pretendía que fueran a Macedonia y a Filipos. Sencillamente, se fueron a Troas, y hasta que no recibieron la última información especial, bajo la forma de una visión, no pasaron a Macedonia. No se nos dice cuánto tardaron en llegar a Troas desde Derbe, pero está bastante claro que no recibían instrucciones especiales cada día de la semana. Dios no usa demasiado esas intervenciones directas, porque si lo hiciera, reduciría a sus siervos al grado de niños a los que no se les puede pedir, por ejemplo, que quiten las malas hierbas del parterre de flores, sino que habría que especificarles en cada caso qué es una mala hierba y qué una flor. Dios quiere que su pueblo sea un pueblo de adultos en los que se pueda confiar para tomar decisiones detalladas dentro de la amplia estructura de las órdenes generales, y, por supuesto, que siempre estén sujetos a las intervenciones divinas cuando sea necesario.

Entonces, podemos reflexionar provechosamente las formas que adoptó su guía especial, y los términos empleados para describirla. «Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia», dice Lucas (16:6), y «el Espíritu no se lo

permitió» (16:7). Ahora bien, en el Nuevo Testamento hay lugares en los que se usa el adjetivo «santo» en conjunción con «Espíritu» para enfatizar su carácter santo. Uno de esos pasajes es 1 Tesalonicenses 4:8, donde leemos que rechazar las instrucciones divinas de que hemos de vivir vidas santas es «desechar a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo». Pero en otros pasajes, el adjetivo «santo» parece usarse para indicar que el Espíritu en cuestión es el Espíritu de Dios, distinto a cualquier otro espíritu. Puede que en nuestro pasaje actual sea así. Aun así la frase «el Espíritu de Jesús», tan poco frecuente, quedaría por explicar. De inmediato podemos ver qué es lo que no significa. No implica que Jesús, el hombre, había muerto pero su espíritu vivía aún en el mundo, y era capaz de ayudar a las personas que buscaban su guía. Eso sería caer en el espiritismo, en la teosofía, y en algunas formas del budismo. No, Jesús ciertamente murió. Pero ahora no está muerto. Hechos ya ha descrito hace bastante su resurrección de los muertos. Por tanto, no se trata de una cuestión de que su espíritu haya sobrevivido a la muerte de su cuerpo. El «Espíritu», o «Espíritu de Jesús» de algunas versiones, no es otro que el Espíritu Santo, llamado Espíritu de Jesús porque éste, en su ascensión, envió al Espíritu Santo de Dios, al otro Consejero (Jn. 14:16-17), para instruir y guiar a su pueblo.

Pero entonces, el Espíritu de Dios enviado por el Señor Jesús nunca guiará a nadie a que diga o haga algo contrario al carácter moral del Señor Jesús, contrario a lo que hizo y enseñó cuando estaba en este mundo. El Espíritu Santo no es un poder amoral. Todos pasamos, de vez en cuando, por ideas y necesidades poderosas. Pero no podemos suponer que todas provienen del Espíritu Santo. Somos responsables de someterlas a nuestro juicio moral y espiritual; ya, con este objetivo, el Nuevo Testamento nos ofrece unas pruebas que podemos aplicar a nuestras ideas y deseos, para determinar si vienen del Espíritu Santo o no (p.e., Ro. 8:15; 2 Ti. 1:7; 1 Co. 12:1-3; 1 Jn. 4:1-3); y entre ellas, está la pregunta: Esta idea o deseo que tengo, ¿es compatible con el carácter, conducta, guía y

mandamientos del Señor Jesús? La auténtica guía del Espíritu Santo no nos libera de nuestra responsabilidad de usar nuestro juicio moral y espiritual de una forma crítica, para evaluar esa guía. De hecho, insiste en que usemos ese juicio.

Finalmente, por el momento, tenemos la guía que se le ofreció a Pablo mediante una visión en Troas (16:9-10). Esta vez fue positiva, no una prevención o prohibición, sino una invitación. Ahora bien, en algunas visiones que tuvo Pablo, como por ejemplo la otra que mencionamos en esta sección (18:9-10), el propio Señor habló a Pablo directamente. Pero esto no siempre es necesariamente así, como en esta visión de Troas. Pablo vio a un macedonio que estaba en pie y le rogaba (y su actitud respaldaba y reforzaba elocuentemente su petición): «Pasa a Macedonia y ayúdanos» (16:9). Pablo hubiera sido un evangelista de lo más raro si jamás hubiera sentido, sin la ayuda de una visión, el llamamiento silencioso de los miles de hombres y mujeres «ahí fuera», en ese mundo tan grande sumido en las tinieblas. Por tanto, el contenido de la visión no nos sorprende; pero la viveza de ésta da la impresión de que podría constituir una forma especial de guía del Señor. Aun así, Pablo no decidió que así era en cuanto se despertó. Lo comentó con sus compañeros, y Lucas dice que, como conclusión, «dieron por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio» (16:10).

Aquí debemos dejar este tema por un instante, aunque lo retomaremos cuando consideremos la naturaleza de la guía que el Señor dio a Pablo y Silas para llevarles al lugar y circunstancias exactas para que se encontraran y ganaran para la fe en Cristo a otro individuo en quien Dios había puesto los ojos, el carcelero a cargo de la prisión de Filipos.

Pero, mientras tanto, podemos resumir la lección hasta este punto: en los asuntos de la vida cotidiana, y en especial en esa relación laboral maravillosa entre Dios y su pueblo, que él estableció, Dios ya nos ha informado ampliamente sobre sus objetivos finales, estableciendo también las órdenes generales que nos guiarán para alcanzar tales metas. Dentro de estos

parámetros, él nos guía hacia la madurez, permitiéndonos tomar las decisiones detalladas de la vida y el trabajo, usando nuestro sentido común, nuestro juicio moral y espiritual bajo su atenta mirada, a la luz de sus objetivos finales y sus órdenes generales. Si nunca se nos permitiera tomar una decisión, sino que constantemente estuviéramos controlados por su guía directa, seguiríamos siendo siempre niños a nivel moral y mental. Pero entonces, cuando sus planes o nuestras necesidades lo requieren, él interviene, en su gracia, de un modo especial, sea cual sea la forma que éste adopte. Pero ni siquiera entonces su guía positiva no supera o suprime nuestro juicio moral y espiritual. Nunca podemos eludir la responsabilidad de pecar o desobedecer la palabra de Dios afirmando que el Espíritu Santo nos llevó a hacerlo. El nos exige que probemos todo lo que pretenda ser la guía del Espíritu según este principio básico: nada que el Espíritu Santo nos lleve a hacer será contrario al carácter y enseñanzas del Señor Jesús.

La «guía» del poder de las tinieblas

La esclava a la que se encontraron Pablo y Silas en Filipos, y que les seguía día tras día cuando iban y venían del lugar de oración, era una vidente. Profesaba ser capaz de ver el futuro y, así, mediante su información y consejo, salvar a las personas de los problemas a los que se enfrentarían si seguían caminando a ciegas, ignorantes de lo que se les venía encima. Es evidente que muchas personas de la ciudad creían en ella y valoraban sus servicios, porque sus propietarios sacaban mucho dinero de sus predicciones. Pablo la hizo callar, y como resultado acarreó para él y Silas un tremendo problema. Entonces, ¿por qué lo hizo?

Primero, porque las profecías de ella no eran tonterías, tales como las que escriben los columnistas de un periódico que se las arreglan para predecir, en dos o tres frases, la misma fortuna para los miles de lectores cuyo cumpleaños cae en el mismo

día. Las profecías de ella provenían de un demonio: estaba poseída por un espíritu «de adivinación», dice Lucas (16:6).

Por supuesto que había mucho de charlatanería entre los médiums y adivinos del mundo antiguo, como la hay en nuestra época. Pero la Biblia insiste en que, pese a esta cantidad de tonterías y supersticiones falsas, también hay un mundo espiritual: hay ángeles fieles a Dios, y demonios que no lo son. Por supuesto que muchas personas (entre ellas teólogos), desechan como una superstición primitiva el testimonio bíblico de que la humanidad no es la forma de vida más elevada en el universo creado por Dios; pero resulta extraño ver qué rápidamente aprueban las investigaciones científicas, sobre la premisa de que, hablando en términos estadísticos, es altamente probable que en el vasto y misterioso universo existan seres de inteligencia superior a la nuestra, y que, por consiguiente, vale la pena «peinar» el espacio exterior con radiotelescopios con la esperanza de recoger mensajes provenientes de esos seres. El punto de vista de la Biblia no es una especulación ni una superstición. Incluye el testimonio del Hombre que fue y es Dios, el Creador encarnado, que dice que hay espíritus malignos que no sólo se pueden comunicar con los seres humanos sino también, en casos extremos, poseerlos. Si desestimamos este testimonio, lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo.

Aun así, podemos muy bien preguntarnos por qué Pablo metió la mano en semejante avispero exorcizando al espíritu y silenciando a la muchacha. Después de todo, ella les alababa públicamente: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación» (16:7). ¿Acaso las personas que se tomaban en serio sus profecías no se sentirían impresionadas por su recepción favorable de los evangelistas, y estarían más inclinadas a escuchar el evangelio? ¿Por qué, pues, buscarse problemas rechazando públicamente su cooperación, cuando era evidente que ella intentaba mostrarse agradable y tener la mente abierta frente al cristianismo?

Porque, para empezar, aun si lo que ella decía tenía visos de verdad (y hay dudas al respecto, como veremos ahora

mismo), el espiritismo es, por definición, incompatible con el cristianismo, y en realidad el espíritu que hablaba por medio de ella era hostil al Señor Jesús. Todos los escritores del evangelio nos dicen que, cuando el Señor estuvo en este mundo, los espíritus malignos, al reconocerle, gritaban cosas como «Yo te conozco: tú eres el Santo de Dios» (Lc. 4:34). Invariablemente, Cristo les hacía callar. Lo que decían era cierto, pero lo decían como reacción al terror que sentían al enfrentarse cara a cara con el Señor encarnado. No era la expresión de su arrepentimiento, y ciertamente no estaba destinado a llevar a nadie más al arrepentimiento y la fe en el Señor Jesús. Además, si Cristo hubiera aceptado el testimonio de los poseídos por los demonios, a los ojos de muchos hubiera parecido que corroboraba el espiritismo. Así sucedió con la muchacha poseída de Filipos. Aun si lo que decía era cierto, si Pablo hubiera aceptado su testimonio hubiera dotado de validez a su forma de espiritismo, a los ojos del pueblo. Pablo estaba obligado a demostrar que la fuente del testimonio de aquella joven era una maldad demoníaca, básica e impiamente hostil al Señor Jesús. A pesar de las apariencias, la médium espiritista y el apóstol Pablo no «estaban metidos en el mismo negocio»: el espíritu dentro de ella era un emisario del poder de las tinieblas.

Lo que es más, existen serias dudas sobre si aquella ostentosa recomendación que profería era tan cierta, en realidad, como pretendía serlo.* Tal y como se usaba entre los judíos, el término «el Dios Altísimo» se refería sin duda alguna al único Dios verdadero. Pero cuando los paganos lo usaban, y lo hacían con frecuencia, solamente se refería al dios concreto que la gente de una localidad cualquiera consideraban el mayor entre los demás dioses. Así es, con toda probabilidad, como los filipenses lo entenderían; por lo tanto, hubiera negado por

* Para un análisis útil de este incidente, ver, de Paul R. Trebilco, «Paul and Silas «Servants of the Most High God» (Acts 16, 16-18)», *Journal for the Study of the New Testament* 36 (Junio 1989), pp. 51-73.

implicación la verdad central que era básica para todo aquello que Pablo había venido a anunciar. Además, la frase final del comentario de la esclava puede que no quisiera decir «que os indican *el* camino para salvaros», sino «que os indican... *un* camino para ser salvos».* Es decir, que la muchacha podía no estar recomendando el evangelio como la única forma de obtener la salvación, sino simplemente como un camino entre otros. Y tampoco está claro que a lo que ella se refería como «salvación» fuera lo mismo que entiende por ella el evangelio. También ella, mediante sus profecías, podía haber ofrecido salvación al pueblo; pero hubiera querido decir que, al ser capaz de ver el futuro, podía informar a las personas de los problemas que se les avecinaban y aconsejarles qué pasos debían dar para intentar evitarlos.

Por tanto, por todos estos motivos, Pablo expulsó al demonio y demostró la inquebrantable hostilidad del evangelio hacia el espiritismo. Pero había otro motivo: lo hizo por compasión hacia la propia muchacha. Imaginemos la terrible distorsión de su personalidad a la que la había conducido el espiritismo. Como al final demostró el exorcismo, había sido invadida y dominada por un poder ajeno a ella. Ya no era libre del todo, ya no se gobernaba a sí misma. Cuando entraba en el trance profético, era el demonio el que pronunciaba las profecías a través de ella; la voz que salía de sus labios no sería la de ella, sino un sonido extraño y antinatural. (Por eso, en épocas posteriores, la gente se refería a esas personas poseídas con el término de «los ventrílocuos», con el significado antiguo del término: «personas que hablan con un espíritu en su vientre».) Los paganos locales habrían entendido esto como una evidencia positiva de que las profecías no provenían de ella sino de

* Cuando la expresión «el camino» se usa metafóricamente en Hechos, el artículo definido suele expresarse normalmente, como p.e., «el camino del Señor» (18:26). En 16:17, se usa «camino» sin el artículo definido. El significado es, por tanto, ambiguo: podría ser «el camino» o «un camino».

una fuente sobrenatural, y hubieran estado dispuestos a pagar mucho más dinero a sus dueños, que explotaban su condición. Pero para cualquiera imbuido del Espíritu de Jesús, esta invasión hubiera supuesto el polo opuesto a ese noble autocontrol, a esa libertad personal y a esa mejora de la personalidad que produce el Espíritu Santo en aquellos en quienes habita. Hubiera provocado una intensa compasión por la víctima, y únicamente repugnancia e ira frente a la obra maligna del espíritu inmundo. «En el nombre de Jesús», unas palabras que no eran una fórmula vacía, porque expresaban tanto la compasión como la autoridad del Señor Jesús, Pablo ordenó al espíritu que saliera de ella (16:18) y, al hacerlo, demostró el interés divino por la sagrada inviolabilidad de la personalidad humana.

«El espíritu que obra en los hijos de desobediencia»

Lo horripilante de este caso extremo de la médium espiritista no debe ensombrecer el hecho de que había otras personas en Filipos que estaban bajo la influencia de lo que nuestro Señor describió una vez como «el poder de las tinieblas» (Lc. 22:53); aunque de una forma menos obvia y práctica, su condición no era menos real que la de aquella esclava. La descripción que hace Pablo de las influencias y presiones que condicionan el aspecto y conducta de los hombres y mujeres no regenerados emplea una terminología parecida: «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Ef. 2:1-2). Otro caso: «en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:4). Por extremo que pueda resultar este diagnóstico, el Nuevo Testamento afirma sobria-

mente que el propio Satanás manipula las presiones de la opinión pública, de los intereses egoístas, de los prejuicios culturales y étnicos (por no hablar de la propia pecaminosidad de cada persona), para hacer que parezca incuestionable rechazar el evangelio de Dios y repudiar a sus mensajeros. Esto es lo que hizo, indudablemente, en Filipos.

Aquí tenemos a una joven que, de vez en cuando, perdía el control de sí misma, caía en un trance frenético y hablaba con un tono de voz horripilante, antinatural, cuando un espíritu extraño y maligno dominaba su personalidad. Pablo acabó con sus gritos, quebró el poder maléfico y devolvió a la mujer su autocontrol, el equilibrio de su mente, la libertad de su espíritu y la sanidad mental. Si ese era el efecto del evangelio y del poder del Señor Jesús, ¿quién podía evitar aplaudirlos?

Pero entonces llegaron los comerciantes, los dueños de la joven, y comprendieron de inmediato que se habían quedado sin fuente de ingresos. Ahora bien, el hecho de hacer dinero no es malo en sí mismo. Pero explotar sin piedad los frenesíes de una joven medio loca para sacar dinero es indeciblemente retorcido. Y objetar a que volviera a estar sana porque se habían quedado sin fuente de ingresos, y fomentar la animadversión pública contra el evangelio basándose en semejante premisa, es inhumano y maligno. Pero entonces, como ahora, Mammón era un dios deshumanizado.

Los dueños de la esclava llevaron a Pablo y Silas ante los magistrados, aunque por supuesto, eran demasiado astutos como para acusarles públicamente de haber acabado con su forma de hacer dinero. Las cuotas que fijaban ellos por una consulta esotérica podían ser exorbitantes, y ni a los magistrados ni al pueblo les hubiera importado mucho que se quedaran sin fuente de ingresos. Y aparte, aquellos dueños de la muchacha tenían un problema de credibilidad. Durante días, la médium espiritista había asegurado al pueblo que Pablo y Silas eran los siervos del Dios Altísimo. Ahora no les convenía llamar la atención de la gente hacia lo que aquellos dos siervos de Dios le habían hecho a la joven. Usando una astucia muy pensada, decidieron

aprovechar los prejuicios raciales y culturales de los romanos contra los judíos para fomentar las ciegas pasiones de sus compatriotas contra el evangelio y los evangelistas. Ahora bien, las diferencias culturales y las distinciones étnicas son cosas hermosas en sí mismas. ¿A quién le podría gustar un mundo repleto de la misma cultura, sin diferencias, monótona? Pero cuando el prejuicio cultural ciega a las personas deja de ser eso tan inocente de por sí; y cuando las diferencias étnicas se usan para provocar el racismo y la persecución, se convierten en armas evidentemente demoníacas, como nosotros, habitantes del siglo XX, tenemos motivos para saber bien.

Como era de esperar, la multitud se decantó por la violencia. Pero Filipos era una colonia romana; sus magistrados estaban allí para que se respetaran la ley y la justicia romanas, así como los derechos del individuo; estaba terminantemente prohibido por la ley azotar a un ciudadano romano sin un juicio previo; y Pablo era un ciudadano romano que, además, no había infringido la ley. Pero los magistrados tenían entre manos a una multitud enfurecida, y defender a unos judíos cuyas actividades religiosas habían molestado a unos comerciantes romanos importantes de la ciudad, quizá era algo que los magistrados no podían o no querían hacer. Sin darles oportunidad de probar que eran ciudadanos romanos, los magistrados hicieron azotar a Pablo y Silas y los arrojaron a la cárcel.

Alguien dirá que, por lamentable e ilegal que fuera este comportamiento, era natural dadas las circunstancias. En cierto sentido es así: pero sólo podía ser natural para una naturaleza humana corrompida por el pecado y manipulada por la malevolencia demoníaca. La oscura prisión física en la que metieron a los mensajeros de Cristo era, en cierto sentido, un reflejo del dominio de las tinieblas de las que ellos mismos eran prisioneros, ciegos frente a la luz del evangelio. Si alguno de ellos tenían que ser libre del poder de las tinieblas, Dios tendría que irrumpir, de alguna manera, en su cárcel espiritual. Su próximo paso en esa dirección era el de sacar de la prisión física a sus dos siervos en Filipos.

El triunfo sobre el poder de las tinieblas

La acusación pública lanzada contra Pablo y Silas y el evangelio era falsa, el veredicto injusto, y el castigo cruel. Dios se encargaría de que fueran justificados, y que los mismos magistrados que emitieron el veredicto tuvieran que anularlo, incluso si para ello hacía falta un terremoto.

Pero aún había más en ese asunto. El insulto público al evangelio fue el resultado del ataque de Pablo contra el espiritismo. Comprometerse con el espiritismo les hubiera dado la libertad de predicar. Tal y como fue, ahora estaban encarcelados, y el nombre del Señor Jesús se había desacreditado públicamente. ¿Acaso no había vencido el poder de las tinieblas? Además, si hemos ido siguiendo el énfasis que pone el Movimiento 1 en la guía divina de sus siervos, la pregunta lógica es «¿Qué ha pasado con la guía de Dios?» Esta pregunta podía surgir sobre todo en la mente de los paganos. Hasta el día de hoy, en oriente la gente se jacta del poder superior de los dioses a los que adora, y de las increíbles hazañas físicas que son capaces de efectuar los espíritus por medio de los cuerpos de sus devotos;* y se mofarán de la incapacidad de los cristianos para hacer cosas parecidas.

Y aún queda una pregunta más grande. Todo el libro de Hechos, en general, y este movimiento en particular, representa a los misioneros cristianos como los emisarios y embajadores del Creador todopoderoso, enviados por el mismo Dios para extender la afirmación de Jesús de ser Hijo de Dios por todo el mundo, para lo cual les guiaba el propio Espíritu Santo. Cuando vemos el pequeño equipo de Pablo recorriendo Asia, llegando a Europa y compitiendo con mil y un más predicadores errantes, filósofos callejeros, exorcistas y hacedores de «milagros», se nos puede perdonar que pensemos que su pre-

* Como, por ejemplo, en los festivales Taipusa de Malasia.

tensión de representar al todopoderoso y majestuoso Gobernador del universo parecía un poquito excesiva. Pero, ¿qué diremos al verlos públicamente condenados, azotados e indefensos, arrojados a la cárcel gracias a las maquinaciones de unos pocos comerciantes sin escrúpulos y el racismo del pueblo? Ahora, ¿dónde está su Dios, dónde su guía? Para la mente pagana, el propósito de la guía espiritual es el de evitarse problemas, no meterse en ellos.

Pero como decíamos, llegó un terremoto, y justificó sus pretensiones de que predicaban al Dios de la creación. Y eso hicieron. No hay motivos sólidos para desechar la historicidad del milagro, a menos que uno decida de antemano que los milagros no existen, y que por tanto, la historia de este milagro debe ser falsa.

Y sin embargo, apenas hemos dicho esto, ya aparecen otros críticos que atacan la historia desde un punto de vista distinto, literario. Dicen que la historia del encarcelamiento, el terremoto y la huida es una más de las muchas historias de fugas presentes en la literatura del mundo antiguo. En la famosa obra de Eurípides *Las bacantes*, por ejemplo, cuando el dios Dionisio visita Tebas bajo la forma de un joven, el rey Penteo le encarcela; pero un terremoto derruye la prisión y Dioniso escapa. Estos críticos sostienen que Lucas extrajo este relato de la fuga-de-la-cárcel de otro contexto literario distinto, insertándolo en su narración de la experiencia de Pablo y Silas en Filipos con miras a potenciar su efecto dramático.* Así que ahora, ¿qué podemos decir?

* Y para respaldar su teoría apuntan a que, si quitamos los versículos 25-43, el lector no percibiría ningún salto en la estructura de la narración. Pero esto mismo se puede decir de muchos párrafos en miles de historias. No prueba nada, excepto que si uno desea eliminar la historia de un milagro de un relato, con el motivo que sea, lo puede hacer basándose en la crítica literaria. Ver también el análisis de C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J. C. B. Mohr, 1989), pp. 442-3.

Lo primero que hay que decir es lo que observa con agudeza el profesor R.N. Longenecker: «¡La historia de Lucas no es una historia de fugas!»* Nadie escapó, ni Pablo ni Silas ni los demás prisioneros. Podían haberlo hecho, pero deliberadamente no lo hicieron: «¡No te hagas ningún mal!», gritó Pablo desde la oscuridad al carcelero, que estaba a punto de suicidarse porque pensaba que se le habían escapado los prisioneros de quien era responsable: «No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí» (16:27-28). Por lo cual el carcelero, «pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas»; entonces, sacándoles de allí, les preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» (16:30). Ellos contestaron: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (16:31). Y así fue, como nos cuenta la narración acto seguido.

Por tanto, aquí tenemos el meollo y la idea central de la historia: la salvación del carcelero de Filipos y de su casa, y en concreto los notables pasos que dio Dios para llegar a él, y para salvarle junto con los suyos. Ahora vemos que había tres individuos que Dios tenía en mente cuando dirigió a Pablo y Silas a Filipos con su guía especial: Lidia, la médium y el carcelero. De éstos, el más fácil de localizar era Lidia, porque ella ya buscaba a Dios, y estaba presente en el lugar de oración cuando ellos llegaron. La médium era un caso más complicado: implicaba enfrentarse directamente con los poderes maléficos del mundo espiritual; y, como resultado, el dios de este mundo devolvió el golpe a través de sus siervos, que encarcelaron a Pablo y a Silas. Pero aquello que parecía una derrota se convirtió luego en la estrategia divina para buscar y salvar al carcelero. Casi no sabemos nada de su pasado. Probablemente era un veterano del ejército, a quien adjudicaron el control de

* R. N. Longenecker, «The Acts of the Apostles», en Frank E. Gaebelin (ed.), *The Expositor's Bible Commentary*, vol. 9 (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1981), p. 464.

la prisión en aquella colonia, cuando se retiró del servicio activo. No sabemos si hasta este punto aquel hombre había buscado a Dios o no. Pudo muy bien ser uno de aquellos a los que se refería Pablo cuando citaba aquellas palabras de Dios: «Fui hallado de los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí» (Ro. 10:20). Puede que hubiera oído las palabras de la médium acerca de Pablo y Silas; puede que se enterara del exorcismo; incluso pudo estar presente cuando les azotaron. Pero, por lo que sabemos, la primera vez que se encontró con ellos dos pudo ser cuando, recién azotados, les entregaron a su cargo con órdenes específicas de que no permitiera que huyeran bajo ninguna circunstancia, y cuando les metió en el ala de máxima seguridad de su cárcel.

Está claro que no había mejor manera de garantizar que el carcelero escuchara el evangelio que metiendo a los misioneros en la cárcel, justo bajo sus narices. Y nada mejor para garantizar que captaba la necesidad que tenía de éste que un buen terremoto providencial que haría que inmediatamente un hombre pagano sintiera la inseguridad de su vida, y su necesidad de hacer las paces con los dioses o el Dios que controlaba la tierra. Y tampoco había una mejor manera de corroborar en su mente la verdad del evangelio cuando lo escuchó que ponerlo frente a aquellos extraordinarios hombres que lo predicaban. Les había llevado, magullados y sangrantes, y les había encadenado en el cepo en una posición que les hubiera mantenido en agonía toda la noche. Y sin embargo, allí había unos hombres que, liberados de sus cadenas por un terremoto, no intentaron huir, sino que le salvaron la vida al carcelero quedándose en su sitio. Para aquel hombre no hacía falta una mayor justificación de lo genuino de su evangelio y del Dios a quien servían: creyó en el Señor Jesús y fue salvo.

Pero, si suponemos que esta es la táctica divina para hacer que el carcelero creyera, ¿no debemos preguntarnos si resulta creíble? El Dios Todopoderoso podía, con un simple movimiento de uno de sus dedos, haber hecho un milagro ante la multitud y los magistrados que los hubiera hecho caer de

rodillas ante Pablo y Silas en lugar de azotarles y meterles en la cárcel. ¿Resulta creíble que prefiriera llevar a sus mensajeros a semejante vergüenza, abuso, injusticia, violencia y agonía con el único fin de llevar al carcelero a la fe? ¿Y que les permitiera padecer tanto por un solo hombre y su familia?

Formular esta pregunta conlleva inevitablemente plantearnos otra mayor, esta vez sobre el meollo del evangelio y su credibilidad. Este afirma que el Creador todopoderoso de los doscientos cincuenta billones de soles de la galaxia de Andrómeda, y de todas las demás galaxias, entregó a su Hijo encarnado, mediante el firme propósito de su voluntad y conocimiento previo, en manos de hombres pecadores, para que padeciera un juicio injusto, abusos y violencia física, y finalmente la agonía de una crucifixión, y todo esto por amor a un diminuto planeta; de hecho, lo hizo por el carcelero de Filipos personalmente, y, como todos podemos decir, también por mí. No hay duda de que esto es lo más difícil de creer en todo el evangelio.

Y sin embargo es creíble. Porque lo que está en juego entre Dios y el poder de las tinieblas nunca ha sido «¿Quién tiene más poder?» o «¿Quién puede hacer los milagros más impresionantes?» La respuesta a ambas preguntas siempre ha sido evidente: el Todopoderoso. Hay demasiados humanos fascinados por el poder, que suponen que el poder puro es el mediador final en este universo. Pero no es cierto. Lo que está en juego siempre ha sido (al menos desde el Edén) la validez o no de la acusación de Satanás que puso en tela de juicio no el poder de Dios, sino su amor. Ese insulto ha penetrado y envenenado la raza humana desde entonces. Es la cabeza de playa del poder de las tinieblas en la mente humana. Por definición, no es algo que pueda resolverse mediante una exhibición de poder milagroso, por fantástico que éste fuera. El poder, por sí mismo, podría conseguir que todo el mundo se encogiera de terror, o se quedara con la boca abierta frente al poder del Todopoderoso; pero en sí mismo el poder nunca podría convertir el corazón humano para que pasara de la sospecha, la

desobediencia y la orgullosa independencia y el miedo frente a Dios, al amor, la confianza, la gratitud y la obediencia a él. Eso sólo podía hacerlo un Amor todopoderoso. Y el Calvario fue el lugar donde ese amor quedó demostrado para siempre, más allá de toda duda.

Después del sufrimiento de Cristo en la cruz se produjo un terremoto, y también aquella poderosa resurrección que demostró que Aquel que padeció era realmente Dios encarnado. Pero lo que reconcilia a nuestros corazones con Dios son los sufrimientos de Cristo. Lucas afirma que un temblor de tierras en Filipos liberó providencialmente a los evangelistas, de modo que pudieran demostrar con mayor efectividad la verdad del evangelio, haciéndola llegar al carcelero y a su familia. Una gran historia, qué duda cabe. Pero si el mensaje central del evangelio es verdad, un terremoto providencial es algo muy pequeño en comparación.

Hay una pregunta que sigue en pie: ¿qué derecho tenía Dios a meter a Pablo y Silas en semejante sufrimiento, aunque fuera con el propósito de salvar al carcelero? Bueno, pues Pablo y Silas no parece que se quejaron. La historia dice que, a medianoche, Pablo y Silas, doloridos y magullados, con los pies en el cepo, oraban y cantaban himnos a Dios (16:25). ¿Y es que eso resulta creíble? Dejemos que sea el propio Pablo quien responda. Algunos años después, otra vez en la cárcel, tuvo ocasión de escribir una carta a algunos cristianos en Colosas. Les recordaba que tenían la gozosa obligación de dar gracias al Padre, «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Col. 1:13-14). Un párrafo o dos más adelante añade: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col. 1:24). Si el carcelero de Filipos llegó a tener una copia de esa carta y leyó esas palabras, ¿cómo recordaría aquella noche inolvidable en que llevó a Pablo y Silas a su casa, donde lavó sus heridas, y cuando toda la casa «se regocijó... de haber

creído en Dios» gracias a los sufrimientos de Pablo y Silas (16:33-34).

Este es el auténtico Dios. Este es su evangelio. Estos son sus fieles y genuinos representantes.

La secuela

Con la conversión del carcelero y su casa, el objetivo que tenía Dios para la visita de Pablo a Filipos ya se había alcanzado, y cuando al día siguiente los magistrados pidieron a Pablo y Silas que abandonaran la ciudad, ellos se fueron.

Es cierto que no salieron disimuladamente por la puerta trasera, como los magistrados sugerían. Los magistrados habían infringido la ley al azotar y encarcelar a Pablo y Silas, sin juicio previo. Era una grave ofensa el tratar así a unos ciudadanos romanos; y si Pablo y Silas hubieran tenido los recursos y la intención de acusarles delante de un tribunal superior, aquellos hombres hubieran tenido un enorme problema.

Pero Pablo y Silas carecían de esos recursos, y tampoco lo hubieran hecho de haberlos tenido. ¿Cuál hubiera sido el propósito? No buscaban venganza, y si lo hubieran hecho sólo habrían conseguido poner aún más en contra a los romanos de Filipos del evangelio y de su propia salvación, y hubiera fortalecido sus prejuicios contra judíos y cristianos.

Tampoco clavaron los talones en tierra y se negaron a abandonar la ciudad. Eso hubiera renovado la oposición. Podían permitir que los nuevos convertidos se mantuvieran sobre sus propios pies (junto con Timoteo), y que tranquilamente pero con vigor evangelizaran a sus paisanos, cosa que, como sabemos por la carta que les envió Pablo, hicieron con éxito.

Por tanto, la mejor táctica de Pablo y el resto de sus compañeros era marcharse, aunque hizo que los magistrados vinieran en persona a sacarles de la cárcel. Eso formaba parte de la misma táctica deliberada. Eso grabó en sus mentes la ilegalidad de su proceder anterior; les obligó a reconocer esa ile-

galidad hacia Pablo y sus compañeros en presencia del carcelero; y el hecho de que se enteraran los oficiales de los magistrados (16:35-38), así como los conversos cristianos, evitó seguramente que los magistrados volvieran a hostigar a los cristianos, al menos por el momento. Pablo estaba dispuesto a padecer injustamente y sin tomar venganza por amor a la salvación de otras personas. Pero haría todo lo que estuviera en su mano para evitar a sus convertidos una persecución innecesaria.

MOVIMIENTO 2

El Mesías divino y la política, religión y filosofía gentiles (17:1-34)

El segundo movimiento en la Sección Cinco de Hechos comprende la visita de Pablo a Tesalónica, Berea y Atenas. Lucas las ha agrupado porque tuvieron lugar una tras otra, pero también porque tienen el mismo tema: la respuesta divina al problema que ha acosado a la raza humana desde el Edén: el problema del mal. Luchar contra ese problema sigue consumiendo una gran cantidad de energía, ingenuidad y recursos humanos. En algunas áreas y en diversos grados se ha alcanzado un éxito genuino, pero jamás ha sido completo ni permanente. El mal, tanto público como privado, individual o colectivo, ha resultado ser una hidra: le cortas una cabeza y le crece otra. Las instituciones y organizaciones que existen con el propósito de limitar el mal a menudo se ven afectadas por éste; y a veces se han convertido en ejemplos de la maldad en lugar de en su cura. Las teorías y planes grandiosos y universales, como el de Platón en el mundo antiguo o el de Marx en el moderno, son sospechosos: cuando sus abogados han estado en posición de imponerlos, las utopías prometidas se han convertido

en ser pesadillas de injusticia, que han costado millones de vidas. Ciertamente, la propia Biblia parece advertirnos de que es posible alcanzar la paz mundial, pero al precio inaceptable de una sutil pero espantosa esclavitud del espíritu humano.* Por tanto, ¿debemos sacar la conclusión de que el mal es y será siempre una plaga universal que no se puede erradicar, que sólo se puede contener, más o menos, que siempre hemos de padecer y que nunca podremos eliminar de nuestro mundo?

¡No! Dios tiene una respuesta: el establecimiento universal del reino mesiánico de nuestro Señor. Lucas ya hace rato que ha descrito con detalle el programa para el establecimiento de ese reino (ver especialmente la Sección Uno), y no tiene necesidad de volver a repetirlo. De lo que nos informa ahora es de ciertas malas interpretaciones y apropiaciones indebidas que aparecieron en las mentes gentiles acerca de la predicación cristiana sobre ese reino. En Tesalónica las autoridades civiles fueron informadas (desgraciadamente por ciertos judíos) de que el evangelio cristiano en realidad era un programa político destinado a socavar el estado romano. En Atenas, por otra parte, algunas personas tuvieron la impresión, cuando oyeron hablar a Pablo por primera vez, de que todo lo que pretendía era introducir a dos dioses nuevos, y más bien raros, a la inacabable colección de religiones, dioses, filosofías y teorías que los atenienses, con su enfoque académico de la vida, habían inventado para explicar el universo y ayudar a la humanidad a enfrentarse al problema del mal. Lucas dedica todo el Movimiento 2 a eliminar la mala interpretación primero, y luego el malentendido.

En la primera parte del movimiento (17:1-15), la mala interpretación nace de la reacción de ciertos judíos en Tesalónica cuando Pablo expuso la esperanza cristiana. Hablando con los judíos en la sinagoga, Pablo usa con naturalidad el término

* Cf. 1 Tesalonicenses 5:3 con 2 Tesalonicenses 2:3-12; Apocalipsis 13:4-8.

«Mesías», dado que formaba parte de un conocido vocabulario judío, a pesar de lo que pudieran discrepar sobre su significado los diversos grupos dentro del judaísmo. Por este mismo motivo Pablo puede apelar al Antiguo Testamento, con vigor y extensamente, para demostrar cuál entiende el cristianismo que es el programa divino para la introducción del reino mesiánico de nuestro Señor.

En la segunda parte del movimiento (17:16-34) expone la esperanza cristiana a los atenienses. Por supuesto, se trata de la misma esperanza, pero ahora la debe explicar a unos paganos que jamás habían leído, en toda su vida, el Antiguo Testamento, y no estaban familiarizados con sus términos técnicos. Por tanto, no habla de Jesús como el Mesías, ni del establecimiento de su reino mesiánico. En su lugar, elige otro término del Antiguo Testamento que los paganos reconocerían más fácilmente, y anuncia a Jesús como «el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó [Dios]» (17:31).

Era una actitud muy sensata por parte de Pablo. También lo sería que nosotros, los gentiles modernos, que sólo disponemos de un breve resumen del discurso de Pablo en el Areópago, recordáramos que Pablo seguía siendo judío, y que la frase que usa, «juzgar al mundo con justicia», está sacada del Antiguo Testamento. Para nosotros el término «juez» está confinado a las estrechas actividades de un juez en un tribunal, o a los jueces deportivos. De modo que cuando la gente lee que Jesús ha sido designado para juzgar al mundo con justicia, sus pensamientos saltan directamente al juicio final, cuando, tal y como lo presenta la mente popular, sonará el silbato final para las actividades terrenales, se acabará el juego, el campo quedará vacío cuando los jugadores se vayan (no sólo aquellos que durante el juego fueron expulsados por mal comportamiento, o para que algún otro les sustituyera), y entonces se darán los premios para los hombres y mujeres del partido, y a otros y otras se les impondrán castigos y sanciones por haberse comportado fatal durante el juego que ahora habrá cesado para siempre.

Pero esa sería una interpretación demasiado restringida de la frase «juzgará al mundo en justicia». Para comprender su verdadero significado necesitamos examinar su trasfondo. el uso que se le da en el Antiguo Testamento.

Por ejemplo, en los primeros tiempos de Israel, los jueces eran personas que no sólo juzgaban a sus compatriotas israelitas denunciando sus pecados, llamándoles al arrepentimiento y haciendo que se cumpliera la ley; no sólo luchaban contra los enemigos de Israel, los derrotaban y libraban al pueblo de la esclavitud; además, gobernaban al pueblo y administraban la justicia de éste durante períodos que abarcaban muchos años. Así, por ejemplo, leemos que «Tola... juzgó a Israel veintitrés años» y que «Jefé juzgó a Israel seis años» (Jue. 10:1-2; 12:7), mientras que «juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió» (1 S. 7:15).

La propia frase «juzgar al mundo en justicia», que usó Pablo en su discurso en el Areópago, está sacada de contextos del Antiguo Testamento, como los siguientes:

«Decid entre las naciones: Jehová reina. También afirmó el mundo, no será conmovido; juzgará a los pueblos en justicia. Alégrense los cielos, y gócese la tierra... rebosarán de contento delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad» (Sal. 96:10-13).

Y una vez más:

«Cantad alegres a Jehová, toda la tierra... delante del rey Jehová. Brame el mar y su plenitud, el mundo y los que en él habitan; los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud» (Sal. 98:4-9)

Aun dejando espacio para el lenguaje metafórico, este lenguaje sobre la tierra, los ríos, el mar, las montañas, los campos y los bosques que cantan de gozo y dan palmadas no está

destinado a describir la reacción del planeta frente a la experiencia de ser totalmente destruido por el fuego, cuando «los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas» (2 P. 3:10), y la tierra y los cielos huirán de la presencia del Juez en el juicio final (Ap. 20:11). En términos de la admitidamente cruda analogía, sin duda inadecuada, que presentamos hace un momento, esto suena mucho más como la bienvenida de la tierra, cuando fallan todos los demás referentes, al Referente Perfecto, que controlará y dominará el juego tal y como había que controlar hasta que al final se acabe, y se instituyan nuevos juegos en otros campos. En realidad describe la alegría de la tierra por el establecimiento del reino mesiánico de Cristo, cuando Dios juzgará al mundo en justicia mediante el Hombre al que ha designado. Ese reino se iniciará sin duda con unos juicios severos y drásticos, como veremos a continuación, pero su continuidad se puede describir en términos extraídos, una vez más, del Antiguo Testamento:

«Saldrá una vara del tronco de Isaf, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová... No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará el impío... Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte...» (Is. 11:1-9).

No cabe duda de que este atractivo lenguaje es poético, pero, como toda buena poesía, está destinado a describir una realidad práctica, la de un reino universal de justicia y paz cuando, como dicen las últimas líneas del poema, «la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Is. 11:9).

Por tanto, la esperanza cristiana es la misma tanto si se predica a judíos como a gentiles; se basa en las mismas promesas del Antiguo Testamento, que Cristo cumplirá. Sin embargo, la cuestión es cuáles serán los medios empleados para hacer realidad esa esperanza, y qué relación tiene con nuestro mundo actual, en su mayor parte pagano, y con su política, religiones y filosofías.

Para responder a esta pregunta, primero hemos de regresar a la exposición de Pablo sobre la esperanza, en las sinagogas de Tesalónica y Berea.

El Mesías divino y la política gentil: la predicación de Pablo en Tesalónica

Los contemporáneos judíos de Pablo, como nos recuerda el Profesor M. A. Fishbane,* que es judío, discreparían sobre la cuestión de quién y qué sería el Mesías, y sobre lo que haría. En concreto, hubieran discutido, como siguen haciéndolo los cristianos, si el Mesías introduciría una era de paz y justicia en este mundo o bien sólo después de la destrucción de éste, en un nuevo mundo y unos nuevos cielos, o en ambos sucesivamente.** Pero fueran cuales fuesen sus diferencias en interpretación, todos estarían de acuerdo en que la primera y última autoridad sobre este asunto eran las Escrituras.

Para los judíos ortodoxos sigue siendo así, aunque el judaísmo liberal moderno, si bien retiene la esperanza bíblica para el futuro, parece rechazar los medios bíblicos para su consecución. Siguiendo el Amora babilonio, Rav sostiene que «Todos los fines predichos ya han pasado; ahora todo depende del

* M.A. Fishbane, *Judaism, Revelation and Traditions* (San Francisco: Harper & Row, 1987), p. 144.

** Para más detalles, ver E. Schurer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, vol. 2, revisado y editado por G. Vermes, F. Millar, M. Black (Edimburgo: T. & T. Clark, 1979), pp. 448-554.

arrepentimiento y las buenas obras». Es decir, considera que todas las predicciones específicas del Antiguo Testamento sobre un Mesías personal ya se han cumplido en la historia pasada. Para el futuro, los judíos liberales

afirman la esperanza de una era «mesiánica» en el amplio sentido de la redención de la humanidad, pero no creen que tenga lugar de repente, de una forma dramática, milagrosa y sobrenatural, por medio de un individuo (el Mesías), sino lenta, gradual y progresivamente, por medio de los esfuerzos espirituales, las luchas morales y la reforma social de todos los hombres y naciones... Es la esperanza universal expresada en oraciones como la siguiente: «Confiado en Ti, oh Señor Dios nuestro, esperamos contemplar pronto la gloria de Tu poder, cuando los ídolos dejarán de tener cabida en el corazón del hombre, y el mundo se perfeccionará bajo tu mandato incuestionable; cuando toda la humanidad clamará a Tu nombre y, rechazando la maldad, se volverán a Ti... Entonces el Señor será el rey de toda la tierra; en aquel día el Señor será el único, así como su Nombre...»... «Ya no habrá violencia alguna, y el mal se desvanecerá como el humo; el gobierno de la tiranía pasará de la tierra y sólo Tú, oh Señor, tendrás el dominio sobre todas tus obras».*

Por consiguiente, cuando Pablo acudió a la sinagoga de Tesalónica para proclamar a Jesús como el Mesías, las diversas interpretaciones de las promesas mesiánicas le obligaron a probar no sólo una cosa, sino dos. Primero tuvo que demostrar que según el programa expuesto en el Antiguo Testamento el Mesías (fuera quien resultase ser), tendría que padecer y resucitar de entre los muertos. Y entonces, pero sólo entonces, tendría que tomar los datos sobre la vida, muerte y resurrección del Señor Jesús y, comparándolos con el programa profetizado

* J.D. Rayner y B. Hooker, *Judaism for Today* (Union of Liberal and Progressive Synagogues, 1978), pp. 37-8.

en el Antiguo Testamento, demostrar que el Mesías prometido era, en realidad, el Jesús a quien él predicaba (17:1-3).

No tenemos necesidad de volver a tocar los pasajes que Pablo citaría del Antiguo Testamento para probar la primera parte de su caso; Lucas ya hace rato que nos ha ofrecido ejemplos detallados tanto de los sermones de Pablo como de Pedro. Lo que necesitamos es considerar algunas de las implicaciones que se derivan de este hecho de que la muerte y resurrección del Mesías estaban incluidas en el programa bíblico para el establecimiento del reino mesiánico.

Primero, el elemento de los sufrimientos del Mesías. En la época de nuestro Señor, se sostenía generalmente que Dios establecería el reino mesiánico levantando a una figura política y militar que conduciría a la nación a una rebelión armada contra los imperialistas romanos, acabando así con su tiranía, impuestos e injusticias, y liberando a Israel política y económicamente. Esta idea ya había fomentado algunas rebeliones contra Roma en el pasado. Apareció de nuevo en el año 66 d.C., y en el 131-2 d.C., cuando el rabino Akiba proclamó como Mesías a un tal Bar Koziba,* y condujo a la nación en una revuelta contra Roma. Obtuvo una independencia temporal de Judea, pero pronto acabó en una desastrosa derrota.

Había muchos, incluyendo a los apóstoles, que al principio imaginaron que nuestro Señor resultaría ser este tipo de Mesías. Pensaban que su anuncio de que «el reino de Dios se ha acercado» era un manifiesto político, y que él mismo pronto reclamaría el poder político supremo en la nación, reformaría sus estructuras políticas y derrocaría el dominio romano. Esta idea incuestionada fue la que hizo que los apóstoles tuvieran tanta dificultad el comprender la repetida insistencia de Cristo en que, como Mesías, debía padecer, como decían las Escrituras. Esta insistencia eliminaba de un plumazo su interpretación

* El rabino Akiba le llamaba Bar-Kochba, «el Hijo de la Estrella», en alusión a la promesa mesiánica de Números 24:17: «Saldrá estrella de Jacob».

política de la posición del Mesías, y, para su gran consternación y decepción, les prohibió volver a usar la espada para establecer o protegerle a él o a su reino. Como le explicó al gobernador romano: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (Jn. 18:36).

Además, su insistencia en el que Mesías debía padecer no significaba simplemente que por el momento se sometería a sus enemigos, sufriría, moriría, pero luego resucitaría y conduciría a Israel a un conflicto político y militar contra el emperador romano Tiberio y sus sucesores. El enseñó explícitamente que su reino se establecería en su primera fase mediante la predicación de la Palabra en este mundo. Y en cuanto a los tiranos, no tenía ninguna intención de usar su poder como si fuera el ejecutor de Dios, que tenía que desarraigarlos y destruirlos antes del fin de la era (Mt. 13:24-29, 37-43). Y, lo que es más, su apóstol Pedro, aprovechándose de los errores cometidos anteriormente en este área, exhortaba en consecuencia a sus hermanos y hermanas de este modo:

«Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos...

Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:13-15, 20-23).

Por tanto, esto es lo primero que Pablo debió dejar claro cuando predicaba en la sinagoga de Tesalónica. Algunos de los judíos en la congregación quedaron convencidos, y se unieron

a Pablo y Silas, como un buen número de griegos temerosos de Dios y algunos hombres destacados (17:4). Más tarde ellos formarían el núcleo de la iglesia cristiana en la ciudad. Pero Lucas nos dice que muchos de los judíos reaccionaron de una forma muy distinta. Agitaron a la muchedumbre, fomentaron un alboroto y, al no hallar a Pablo y Silas en la casa de un cierto Jasón, donde esperaban encontrarles, arrastraron a Jasón y a algunos otros hermanos ante los oficiales de la ciudad, gritando: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús» (17:5-7).

Pablo no tuvo ocasión de responder a este cargo. Los magistrados se aseguraron por Jasón de que Pablo abandonara la ciudad de inmediato, cosa que hizo. Nosotros tampoco hemos de molestarnos en refutar la acusación; era una mala interpretación muy evidente del evangelio cristiano en general y de la exposición de Pablo en particular. Pero obviamente tenemos la obligación hacia el evangelio de seguir el ejemplo de Pablo, y nunca interpretarlo en nuestro mundo moderno de tal modo que deje abierta la posibilidad de recibir una acusación de este estilo. Esto no quiere decir que en un estado ateo debamos dejar de predicar el evangelio porque éste contradiga las presuposiciones básicas del gobierno. Lo que sí quiere decir es que el mensaje del evangelio no debe incitarnos a la revolución política o la insurrección armada contra el gobierno. No fue mera prudencia lo que hizo que los predicadores y escritores del Nuevo Testamento exhortaran a los cristianos a que no se unieran a las revueltas contra el despiadado y perseguidor emperador Nerón, como sucedió con los judíos de Palestina, que se levantaron contra él en el año 66 d. C. Lo hicieron por consideración tanto por los contenidos como por el espíritu del evangelio.

Pero, según Pablo, el programa de la Escritura para el establecimiento del reino mesiánico conllevaba no sólo la muerte del Mesías, sino también su resurrección de entre los

mueritos; y podemos recordarnos brevemente algunas de las implicaciones de esa resurrección corporal, que tienen relevancia para esta materia que discutimos.

Primero, demuestra que el Señor no ha ajejado la tierra y se ha trasladado, con espíritu incorpóreo, a un cielo puramente espiritual. Sigue teniendo un cuerpo que, aunque glorificado, es un cuerpo literal y físico, como lo fue cuando estuvo en este mundo. Como vimos en un capítulo anterior, la resurrección de su cuerpo tiene implicaciones para el resto del universo físico (ver pp. 32-33). En él ya ha comenzado la restauración de todas las cosas. Los cristianos pueden discrepar, y lo hacen, sobre cuántas fases habrá en esa restauración, pero podemos afirmar con certeza que el programa divino para el establecimiento del reino mesiánico de nuestro Señor involucra al mundo. La creación misma, por mucho que ahora gima, será liberada de su esclavitud a corrupción. Sus gemidos cesarán, así como su frustración y futilidad (Ro. 8:20-22). Se nos dice que, aun en ese estado eterno, habrá una nueva tierra, así como un nuevo cielo. Dios siempre tendrá una expresión material de sus propósitos: eso está garantizado por la retención eterna del Señor de su naturaleza humana, incluyendo su cuerpo físico. Haremos bien en recordar que la última visión que recibió Juan de la ciudad eterna no fue la de esa ciudad apartándose a toda velocidad de la tierra en dirección a algún cielo inmaterial, sino descendiendo de los cielos a la tierra (Ap. 21:2).

En segundo lugar, como Hechos ya nos ha recordado, después de la resurrección física y la ascensión de Cristo vendrá su regreso físico. Ciertamente, el énfasis del Nuevo Testamento está siempre en el hecho de que el Señor Jesús *vendrá* otra vez: no solamente en que los hombres y las mujeres serán emplazados algún día para reunirse con él en un cielo distante, sino que él mismo regresará. Vaciamos al lenguaje del Nuevo Testamento de su evidente importancia si reducimos toda esta idea del regreso a pensar que él está donde estaremos nosotros un día. La tierra donde fue crucificado aún no le ha visto por última vez (Ap. 1:7).

Y en tercer lugar, la muerte y resurrección físicas del Señor, como diría luego Pablo a los tesalonicenses en una carta que les escribió tras marcharse, conlleva la garantía de que esos creyentes que mueran antes de su regreso no se perderán el gozo de participar en su reino mesiánico futuro. Pablo escribe:

«Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... Porque el Señor mismo... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts. 4:13-17).

Y esto, creo yo, tiene una importancia personal inmensa para cada uno de nosotros. Al ardoroso marxista se le pide que se esfuerce y, si es necesario, entregue su vida por amor a la supuesta aparición de una era dorada que, por definición, él o ella nunca contemplará. Entonces, ese ardoroso marxista, ¿qué es sino un medio contingente que la evolución en la que él cree usa para sus propósitos, y luego descarta? De forma parecida sucede con los judíos liberales, muchos de los cuales no están seguros o incluso son escépticos sobre la inmortalidad espiritual y la otra vida.* Como hemos visto, su visión de una era mesiánica en esta tierra es muy noble, aunque remota, como sugiere la historia, si todo depende de los esfuerzos que hagan hombres y naciones para conseguir ese propósito. Pero si aquellos que creen en ella, que trabajan, oran y se sacrifican por ese reino, están destinados a no verlo jamás, podemos preguntarnos, ¿qué *son*? ¿Diminutas criaturas que viven y mueren

* J. D. Rayner y B. Hooker, *Judaism for Today* (Union of Liberal and Progressive Synagogues, 1978), p. 35.

para construir una isla de coral que jamás contemplarán, para una generación favorecida que vivirá dentro de diez mil años? El cristianismo tiene una esperanza mejor para el individuo.

Finalmente, en el programa para el establecimiento del reino mesiánico había un elemento que los judíos de Tesalónica podían haber malinterpretado como un ataque traidor, si bien encubierto, contra el emperador romano. Pablo dijo, cuando estaba con ellos (2 Ts. 2:5), que cuando el Señor Jesús regrese con el resplandor de su majestuosa gloria empezará juzgando al mundo en justicia, en el sentido estricto y estrecho de la palabra «juzgar». El mal será destruido. La maldad, erradicada, anulada. El «hombre de pecado», esa expresión boyante y representativa de la arrogancia humana y la independencia rebelde de Dios, será derrocado, junto con todos aquellos que no conocen a Dios ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús (2 Ts. 1:7-10; 2:8-12).

Pablo describió al «hombre de pecado» o «inicuo» como aquel que carece de ley, cuya venida «es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden» (2 Ts. 2:9-10). Pero sería una mala interpretación grotesca sugerir que con esta descripción Pablo se estaba refiriendo al emperador que estaba en el poder en aquel momento, Claudio, o incluso a su sucesor, Nerón. ¡Ninguno de ellos era sospechoso de realizar imitaciones de milagros para evitar que la gente creyera el evangelio cristiano! Los primeros emperadores, Augusto y Tiberio, habían emitido decretos prohibiendo a los astrólogos y adivinadores que usaran sus artes para descubrir y predecir las fortunas de los emperadores o del estado. Es comprensible. Si algún adivinador predijera que el emperador estaba destinado a morir al año siguiente, podría haber motivado a los políticos que no estuvieran contentos con él a acelerar el cumplimiento de la profecía. Pero incluso si Pablo se estuviera refiriendo al emperador en funciones, sus palabras no hubieran constituido una incitación para que nadie, ni siquiera los cristianos, se rebelaran contra él, y menos aún que intentaran

reemplazarle. Cuando el Mesías venga a acabar con la maldad y a establecer su reino, no será como una especie de Bar-Kochba sobrenatural, o algún Che Guevara, ni siquiera como un Alejandro Magno celestial, compitiendo con los gobiernos del momento. Vendrá como el Señor encarnado, Hijo del Amo del Universo; hará lo que crea conveniente con cada gobierno terrenal; y que los cristianos digan que va a hacerlo no supone una traición contra ningún gobierno.

El Mesías divino y la política gentil: la experiencia de Pablo en Berea

El que Pablo predicara que Jesús era el Mesías provocó una reacción violenta y hostil por parte de algunos judíos de Tesalónica; y quizás, en cierto sentido, es comprensible que así fuera. No estaba predicando un punto de vista ligeramente controvertible sobre un punto secundario de la ética. Estaba predicando que Jesús era el Mesías enviado por Dios para juzgar al mundo en justicia; cuya segunda venida traería el juicio de Dios sobre todos aquellos, por religiosos que fueran, que habiendo oído y conocido el mensaje del evangelio, se negaran a aceptarlo y obedecerlo (2 Ts. 1:8). Esto dice claramente que toda religión, por sincera que sea, que rechaza con conocimiento el evangelio de Jesucristo es inválida o algo peor. Es comprensible que algunas personas se sintieran muy resentidas por esta crítica radical contra ellas mismas y su religión; y cuando la gente se siente así, a veces explotan. Algunos está claro que lo hicieron, en Tesalónica. Tomaron las calles, montaron una manifestación, asaltaron la casa donde pensaban que estaba Pablo, levantaron una protesta en masa, denunciaron a Pablo y a Silas delante de los magistrados, y exigieron que éstos tomaran una acción legal contra ellos.

Hoy día puede que haya algunos que echen la culpa de todo esto al propio Pablo y a lo que ellos llamarían su actitud fundamentalista, consistente en pensar que su interpretación de

la Biblia era la única correcta, y en intentar convertir a todos los demás judíos para que aceptaran este punto de vista. Es obvio que este tipo de fundamentalismo es algo que molesta cada vez más a muchos líderes religiosos, porque no paran de quejarse de ello en sus declaraciones públicas y emisiones en los medios de comunicación. Quizás es lógico que así sea, porque hoy día ya hay bastante violencia repleta de odio en el mundo, provocada por la religión, para que encima le añadamos algo gratuitamente.

Aun así, no siempre es fácil descubrir el sentido de la palabra «fundamentalismo», tal y como suele usarse. Un activista político que, afirmando que le motivan los principios cristianos, adopta la violencia y dispara o asesina de cualquier otra manera a sus rivales políticos, e incluso a veces a hermanos en la fe, no suele ser considerado un fundamentalista. De hecho, es posible que los líderes de la iglesia le defiendan con vigor, le respalden, y en una época pasada puede que incluso le hubieran financiado con los recursos del Consejo Universal de Iglesias. Sin embargo, las contrapartidas actuales de Pablo, que se comprometen firmemente y sin hacer concesiones a las doctrinas esenciales de la fe cristiana, tanto entre cristianos como en conversaciones con personas de otras creencias, pero que, fieles al evangelio que predicán, jamás usarían la violencia ni atacarían a nadie... esas personas son acusadas de fundamentalismo, y se les acusa de fomentar las luchas religiosas. Está claro que «fundamentalismo» es un término especializado, que hay que usar con buen juicio y cierta discriminación, pero no nos sirve de nada para comprender cuál debería ser la verdadera actitud cristiana.

Afortunadamente, para evaluar la actitud de Pablo y sus métodos de evangelismo, tenemos el informe de Lucas sobre el modo en que se comportaron los judíos de Berea (17:10-15). Como en Tesalónica, Pablo acudió a la sinagoga y predicó el mismo mensaje, apelando sin duda a los mismos pasajes del Antiguo Testamento. Lucas nos dice que los de Berea «eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron

la palabra con toda solícitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres» (17:11-12). Por supuesto, hubo quien no se convenció ni creyó. Pero no hubo violencia, sólo la disposición a aceptar que Pablo creía sinceramente que lo que predicaba era la verdad no negociable de Dios, así como una conciencia, en ambas partes, de que lo que él predicaba tenía que ser respaldado o refutado según una interpretación cuidadosa y razonada de la Escritura, y la voluntad de examinar vigorosamente si la Escritura aprobaba o no lo que decía Pablo, sin rechazarlo a priori. Por graves que fueran las implicaciones (como las entendía y predicaba Pablo) para aquellos que rechazaban el mensaje, no hubo violencia, ni por parte de él ni de ellos, no hasta que los judíos de Tesalónica aparecieron en Berea, agitaron a la multitud y una vez más expulsaron a Pablo de la ciudad.

¿Por qué hicieron eso los tesalonicenses? Después de todo, eran judíos, como Pablo. Aceptaban el Antiguo Testamento, como él. Vivían en ciudades paganas, que no creían en el único Dios verdadero. Entonces, ¿por qué recurrir a marchas protesta, hacer quedar mal deliberadamente a Pablo ante los magistrados, intentar que la ley le castigara, y luego acudir a Berea e infringir ellos esa misma ley intentando producir un tumulto callejero? No es posible imaginar una forma más segura de provocar la ira y el desprecio del gobierno romano tanto contra cristianos como judíos.* Entonces, ¿por qué lo hicieron?

Lucas nos dice que lo hicieron por envidia (17:5). Vieron que algunos judíos y un gran número de gentiles de la sinagoga en Tesalónica se convertían. Si Pablo estaba predicando la verdad o no les daba igual. Estaba atacando a su religión. Usarían la violencia y/o la ley del país —no veían contradicción alguna en usar ambas cosas— para defenderla. Quizás no se daban cuenta de que una religión que debe protegerse

* Véase 18:2 y el comentario en p. 6.

usando la violencia y/o la ley contra el argumento racional está confesando que su fe es muy insegura.

La propia cristiandad se rebajó al uso de esas mismas tácticas contra los infieles y los «herejes» a escala masiva, durante ciertos períodos de la historia; y, en algunos países, siguió usando la discriminación civil contra las personas hasta bien entrado el siglo XIX, y en algunos lugares hasta el XX. Ahora todos los cristianos se avergüenzan profundamente de esto. Pero si recordáramos lo que las iglesias de la cristiandad han hecho en el pasado (y no muy distante), y nos arrepintiéramos públicamente de ello, esto nos ayudaría a mejorar el tono y la legitimidad de muchas de las denuncias modernas del así llamado fundamentalismo, antes de colgarle a otras personas esa etiqueta despectiva y mal fundamentada.

El Mesías divino y la religión y filosofía gentiles: la experiencia de Pablo en Atenas

Por tanto, la muerte y resurrección del Señor Jesús eran términos clave en la predicación de Pablo a los judíos de Tesalónica (17:3). También lo fueron, claro está, cuando Pablo predicó la esperanza cristiana tanto a judíos como griegos en Atenas, y declaró que el Señor Jesús resucitado era el Hombre designado por Dios para juzgar al mundo en justicia; esto fue porque algunos de los griegos, concentrados en esos términos tan repetidos, «Jesús» y «la resurrección», se sintieron confusos y le pidieron que los aclarara. Tenían la impresión de que Pablo estaba intentado introducir dos dioses extranjeros y un tanto extraño, «Jesús» y «la resurrección», y no sabían cómo eso podía ayudarles a resolver los grandes problemas de la vida con que se enfrenta toda persona que usa su mente. Algunos de ellos eran epicúreos, otros eran estoicos; y fueran cuales fuesen los errores de esos sistemas filosóficos, como podemos pensar hoy día, al menos eran intentos serios de comprender el universo, de sacarle un sentido a la existencia humana dentro

de él, y para desarrollar principios de conducta inteligentes, que capacitaran a las personas a sacarle el máximo partido a la vida, evitando sus males y potenciando sus beneficios.

Por supuesto, la cuestión es que cuando Pablo llegó a Atenas en el primer siglo d.C., Atenas ya había perdido en parte su relumbramiento intelectual del período clásico. De los dos sistemas filosóficos mencionados, en especial el estoicismo original se había modificado mucho con el paso del tiempo, y es imposible saber con exactitud qué tipo de estoicismo aceptaban las personas que invitaron a Pablo a dirigirse al Areópago.* Pero la base común que compartían los estoicos nos permite tener una buena idea de la actitud que tenían ante la vida, qué consejos ofrecían para enfrentarse con la maldad y qué esperanza tenían para el futuro. Lo mismo sucede con los epicúreos. Ambos sistemas entendían claramente que en la cuestión del mal está involucrada una verdadera comprensión del universo, su origen, funcionamiento y fin probable: de dónde viene, por qué está aquí, cómo se puede superar, qué esperanza puede haber para el futuro, a la luz de estas cosas. Y podemos decir ya mismo que, a pesar de los rasgos excelentes presentes en estas filosofías, cuando llegamos al tema de la esperanza futura, ninguna de ellas ofrecía demasiada, por no decir ninguna.

Les presento a los epicúreos

Empecemos con el movimiento epicúreo. Se ha malentendido consistentemente como si fuera una receta y una excusa para la permitirse los placeres del tipo más aberrante. Pero eso es, en realidad, exactamente lo opuesto de lo que representaba.

* Sobre la historicidad de la visita de Pablo al Areópago y la autenticidad del discurso que recoge Lucas de forma resumida, ver C.J. Hemer, «The Speeches of Acts II. The Areopagus Address», *Tyndale Bulletin* 40.2 (1989), pp. 239-59.

Es cierto que este movimiento filosófico hacía del placer el bien máximo al que aspirar en la vida, pero por placer entendía un estado de tranquilidad libre de problemas. Y dado que los placeres más burdos suelen conllevar una turbulencia emocional, así como dolor y resaca, el movimiento epicúreo aconsejaba evitar por completo tales placeres. De hecho, esta filosofía produjo individuos que, dentro de su propio círculo, eran conocidos por su amabilidad, amistad y lealtad. Al mismo tiempo, compró esta tranquila felicidad al precio de apartarse excesivamente del duro y ajetreado camino de la vida. No era una filosofía que pudiera seguir el trabajador corriente, el ama de casa o el hombre de negocios.

La paz mental de los epicúreos quedaba reforzada por su creencia de que los hombres y mujeres no son responsables delante de un Creador que se interesa por si la gente se porta bien o mal. Creían en la existencia de dioses, pero, según ellos, éstos eran productos de la materia que compone el universo, igual que los hombres. Esos dioses habitaban en los espacios inter-cósmicos y (¡como ellos mismos eran buenos epicúreos!) no se interesaban para nada en los seres humanos, sus necesidades, sus asuntos o su conducta, sino que vivían una vida libre de problemas, de gozo constante. Los epicúreos creían que podían imitar su ejemplo.

En lo relativo a la física, los epicúreos adoptaron las teorías de los filósofos que les precedieron, Leucipo y Demócrito, que sostenían que el universo estaba compuesto de un número infinito de átomos indestructibles, y un espacio ilimitado, ambas cosas eternas. Los átomos en un principio estaban cayendo por el espacio cuando experimentaron una ligera desviación,* causando una congestión múltiple, donde los átomos chocaban, rebotaban y, algunos de ellos, se asentaron en combinaciones

* Nadie explicó cómo tuvo lugar esa desviación o cuál fue su origen, o por qué, si el espacio es infinito y no hay arriba ni abajo, cómo es que los átomos *caían*.

permanentes. De esta manera se fueron formando el cielo, el aire, el mar y todo lo que ellos contienen. No hubo ningún Creador. Según esta teoría, la vida humana, así como todo lo demás, estaba destinada a aparecer al final (aceptando, claro está, esa desviación causal e inicial que vino nadie sabe de dónde), porque las formas variadas y básicas de los átomos garantizan que, con tiempo suficiente, unos átomos chocarían con otros con los que podrían ensamblarse, de forma que se irían formando progresivamente combinaciones más complejas de átomos; y entonces, el principio de la supervivencia del más fuerte garantizaría que las mejores combinaciones fueran las que sobrevivieran para formar el mundo como lo conocemos hoy.* Sin embargo, la teoría también predecía que el equilibrio de fuerzas que mantiene nuestro mundo y la vida humana en su estado actual estaba destinado, tarde o temprano, a desmoronarse; en ese punto, todo se desintegraría y el universo entero ardería en llamas. Por lo tanto, no hubo ningún Creador que formara la raza humana, ninguna inteligencia que la dotara de propósito, y nada de importancia que sobreviviera a su destrucción.

Mientras tanto, creían los epicúreos, el hombre se compone de cuerpo y alma, pero ambas cosas se componen a su vez de átomos. Tras la muerte, los átomos del cuerpo y el alma se desligan, se dispersan y se van a componer otras personas o cosas. Del hombre no sobrevive nada en absoluto. La muerte acaba con todo. Fue este aspecto de la filosofía epicúrea la que atrajo especialmente a su famoso patrocinador romano, el poeta Lucrecio (94-55 a. C.), que escribió una larga obra en seis tomos sobre la teoría epicúrea. Con el celo de un evangelista,

* Las modernas teorías de la evolución, como las del Dr. Richard Dawkins (ver, p.e., su libro *The Blind Watchmaker*, Londres: Longman, 1986), que enfatizan el efecto del desarrollo gradual acumulativo que efectúa la selección natural, son tan sólo versiones más sofisticadas de esta antigua teoría. En realidad, la propia teoría de la evolución no es una teoría moderna, sino muy antigua.

proclamaba lo que para él era la máxima gloria y beneficio de ese sistema: liberaba a las personas del miedo a un juicio en la vida por venir, del castigo y del infierno.*

Pero, por supuesto, no predicó la otra cara de ese evangelio, a saber: si es cierto, no sólo libera del miedo al juicio en la vida venidera, sino que acaba con las esperanzas de millones de personas de que se haga justicia. Para ellos, la esperanza de obtener justicia resulta no ser más que un espejismo. Tomemos un ejemplo espeluznante, aunque bastante trillado.** La evolución produjo seis millones de judíos. La evolución produjo a Hitler. La selección natural eligió al más fuerte y, por el momento, Hitler sobrevivió. No hace falta decir que eso es una injusticia. Según esta teoría, no hay ningún tribunal independiente de justicia al que puedan acudir los seres humanos para apelar contra la evolución, ni ningún baremo de justicia para poder juzgar la conducta de ésta. La justicia es solamente una sensación, un gusto o una preferencia que la evolución produjo en algunas personas sin pensar en ello, mientras que, al mismo tiempo, también produjo impensadamente el sentimiento, gusto o preferencia opuestos en otros. A menos que argumentemos que la evolución ayudada por la selección natural acabará produciendo una mayoría de personas que se decanten por la justicia, que se las arreglarán para eliminar a los que opten por la injusticia. Pero, entre tanto, ¿qué hacemos con los que padecen injustamente? ¿Hemos de dejarlos de lado, como residuos de la evolución en su progreso inconsciente y despiadado hacia un mundo con una justicia perfecta? Y esta es una forma de argumentar no sólo inútil, sino

* Lucrecio, *De Rerum Natura*, i. 63-79, 102-19; iii. 1014 y ss.

** Pero no hemos de pensar tan sólo en los ejemplos más espectaculares (como el genocidio de Hitler, las purgas de Stalin y las masacres del Khmer Rouge), sino también de la innumerable cantidad de casos de corrupción en los negocios, el sistema legal, la política, y en las injusticias despiadadas en las relaciones humanas, que no matan a nadie pero les hacen sufrir angustia, vergüenza, pobreza o mala salud de por vida.

también peligrosa. Las mayorías siempre consideran que sus puntos de vista y sus valores son correctos, en oposición a los de las minorías. Supongamos que un día la evolución y la selección natural producen una mayoría que prefiera la justicia, y ésta elimina a todos aquellos cuya preferencia no coincida con la propia. ¿Qué estándar objetivo o qué tribunal independiente garantizará que la justicia que prefiere la mayoría sea verdadera justicia? Quizá la cuestión no fuera importante si la historia no nos hubiera demostrado que las mayorías siempre han preferido y han hecho aquello que resultaba ser lo más justo. Pero la historia a menudo ha demostrado lo contrario, quizás en nuestro propio siglo más que en los anteriores.

Por supuesto, siempre podemos hacer que el último argumento epicúreo se aplique a este tema: que a aquellos que son asesinados, torturados o abandonados para que mueran de hambre, todo esto injustamente, no les importa estar muertos una vez lo están, dado que de ellos no sobrevive nada que pueda lamentarse de la muerte. Pero esto quiere decir que, para millones de personas en el presente y el futuro, como también en el pasado, la muerte siempre ha sido y siempre será preferible a la vida, lo que pasa es que no lo saben. ¡Esto es pesimismo!

Por tanto, la filosofía epicúrea alcanzó ciertamente algunas percepciones sorprendentes (para su época) sobre el funcionamiento de la naturaleza;* y, además, produjo una amistad genuina y una gran tranquilidad dentro de sus círculos estrechos y, en ocasiones, apartados del mundo. Pero, como su contrapartida moderna, cuando se enfrentaba al problema del mal, no ofrecía una auténtica esperanza para el mundo.

* Tanto en su contexto básico atomista (aunque éste estaba muy alejado de lo que es nuestra moderna teoría atómica) como en algunos particulares. Por ejemplo, su teoría del olfato se acercaba notablemente a lo que, hoy día, sabemos que es cierto.

Les presento a los estoicos

Los estoicos estaban hechos de una pasta más dura. No aceptaban que el placer, de cualquier tipo, fuera la meta central de la vida. Sostenían que el único bien es tener virtud, es decir, vivir en armonía con la razón; no ser virtuoso es el único mal. Su filosofía se fue modificando mucho a través de los siglos, pero en todos sus períodos produjo personas con un carácter noble y un valor a prueba de todo. En su forma tardía ganó la adherencia de muchos romanos destacados; e incluso tras su decadencia, su influencia pervivió en la Edad Media y llegó incluso a nuestra época. Los Padres Cristianos fueron muy influidos por sus enseñanzas morales y, cuando hoy en día, la gente habla de «tomarse las cosas con filosofía», o dicen que «en todo el mundo hay un chispazo divino», o hablan de «ser ciudadanos del mundo» o de «la hermandad de toda la humanidad», demuestran que han sido influidos por el estoicismo, tanto si lo saben como si no.

Pero volvamos a la pregunta que nos interesa por el momento: «¿Qué esperanza tenemos de que un día el mal será erradicado de este mundo?» El estoicismo daba una respuesta desoladora. Enseñaba que el universo es un todo racional en el que todo sucede según una cadena ininterrumpida de causa y efecto, que podría llamarse «destino», y en la que todo lo que sucede contribuye al bienestar del todo, que podría llamarse «providencia». Esto es así porque en el centro del universo, y presente en todas sus partes, está la razón, que es el agente activo en la creación y el control de todo lo que sucede. Se referían a este agente activo con infinidad de nombres (naturaleza, razón, Zeus, Dios), y algunos pensadores estoicos se referían a Zeus o a Dios en unos términos que, mirándolo superficialmente, podría dar la impresión de que halaban del Dios del judaísmo y del cristianismo. Pero de hecho el Dios estoico no era ese Creador trascendente, personal y amoroso; formaba parte como todo el mundo de la sustancia del universo: él (sería mejor decir «ello») era, sencillamente, la fuerza vital

que permea todo lo que existe.* En otras palabras, los estoicos eran panteístas.

Dado que la razón impregnaba y controlaba todo, los estoicos creían que el universo, tal y como es, es «el mejor de todos los mundos posibles». No se podía mejorar. Lo que al individuo le parece malo, y en cierto sentido lo es, contribuye sin embargo al bienestar del todo. Por tanto, vivir con virtud era vivir según la razón, y eso conllevaba aceptar que todo lo que pasa de verdad forma parte del todo racional, y contribuye al bienestar global. Por consiguiente, sería racional y bueno que un hombre, por ejemplo, intentara resistirse a algún acto individual o movimiento nacional que le pareciera malo; pero si aquel mal tenía lugar a pesar de sus esfuerzos, entonces lamentarse por ello no sería ni virtuoso ni racional. El hecho de que sucediera demostraba que era parte de la operación de la razón universal, y que era para el bien de todos. Lamentarse por ese mal que le había sucedido sería contrario a la razón. Debía sobreponerse, controlar sus emociones y aceptar con filosofía lo que le había sucedido.

Además, el único bien en esta vida era la virtud, definida como vivir y actuar en armonía con la razón. Todas las demás cosas aparentemente buenas eran indiferentes. De modo que si un hombre sabio veía cómo estaban a punto de meter en la cámara de gas a seis millones de judíos, sería bueno y virtuoso intentar salvarles, porque esa acción tendría un respaldo racional. Pero si, a pesar de sus esfuerzos, los mataban a todos, no tenía que lamentarse: su esfuerzo para salvarles era racional, y por tanto absolutamente bueno; los seis millones de vidas no eran un bien absoluto, eran un asunto indiferente. Además, el hecho de que murieran demostraba que sus muertes formaban parte de la operación de la razón que gobierna el mundo, y contribuía al bienestar del todo. La única sabiduría de aquel

* Esto se parece vagamente al concepto moderno de energía; pero en el estoicismo, la fuerza vital no se convertía en materia, sino que la impregnaba.

hombre sería ahora la de aceptar lo que quedaba demostrado que era el destino. El hombre necio, y por tanto malo, intentaría resistirse al destino, y permitiría que sus emociones le angustiaran al contemplar la pérdida de tantas vidas. Pero al final, la única diferencia era que los irresistibles procesos de la razón universal, Zeus o Dios (llamémosle como queramos) arrastraban al necio, con su pataleta incluida, al lugar donde podía haber llegado totalmente tranquilo.

A primera vista, esa enseñanza estoica se parece a la doctrina cristiana de que «todas las cosas ayudan para bien de aquellos que aman a Dios» y que, por tanto, podemos y debemos consolarnos al someternos a la voluntad de Dios. En realidad se trata de algo que está a años luz de distancia. Según Cristo, el «bien» para el que todas las cosas contribuyen no es el bien de la mayoría a costa del individuo, sino el bien del individuo así como el de los demás; no es el mundo tal y como es, sino como será: es el «bien» prometido de que todo creyente será conformado tanto en cuerpo como el carácter al Hijo de Dios, una meta que obtendremos en la gloria de la vida por venir, en un mundo en el que reine la justicia.

El estoicismo no decía esto. Sostenía que el mundo actual, tal y como es, con todas sus maldades y sufrimientos, es el mejor mundo que podría existir; no se podría mejorar dado que está iniciado, sostenido y controlado en todas sus partes por una razón que todo lo subyace, para el bien del todo en general. Hasta tal punto es así, que los antiguos estoicos enseñaban que cuando las estrellas, en sus cursos, llegaran de nuevo al punto en que iniciaron su recorrido, el universo entero estallaría en llamas, siendo luego renovado, y todo el proceso de la historia, con todos sus detalles, volvería a suceder de nuevo, exactamente igual que lo hizo antes. Los estoicos tardíos abandonaron esta idea de una destrucción y repetición cíclicas, pero no idearon ninguna meta alternativa que colocar en su lugar. Por lo que se refiere a la supervivencia de la vida después de la muerte, los estoicos no se pronunciaban con claridad, y entre ellos había división de opiniones. Algunos sostenían que el

alma seguiría existiendo durante un tiempo: las almas más débiles se desintegrarían primero, y las almas de los perfectamente sabios conseguirían sobrevivir hasta que fueran alcanzadas por la conflagración del mundo venidero. Sin embargo, había algunos que no creían en absoluto en la supervivencia del alma.

Por consiguiente, cuando se tocaba la cuestión de la eliminación del mal de este mundo, o la consecución de una justicia universal, ni los estoicos ni los epicúreos ofrecían ninguna esperanza de que existiera otra cosa que el mundo tal y como es. Como más tarde diría Pablo, estaban sin Dios, sin el Mesías y sin esperanza en el mundo (Ef. 2:12).*

Les presento a los demás miembros del tribunal

Está claro que no todos los miembros del tribunal del Areópago eran estoicos y epicúreos. Algunos puede que respaldaran otras filosofías, o ninguna; algunos puede que siguieran incluso la religión estatal. Sus mitos crudos y contradictorios acerca de los dioses nunca compusieron nada parecido a un credo formal, y carecían de teología sistemática. No hace falta decir que la conducta inmoral e irresponsable de los dioses, tal y como se relata en sus mitos, no ofrecía fundamento alguno sobre el que basar la esperanza de que el mundo que supuestamente controlaban se viera libre del mal alguna vez. Es difícil saber cuántos de estos mitos creía el creyente ordinario. No había exigencias mínimas. Algunos de los más

* Volviendo al tema de la «guía», que ocupó el principio de esta sección: dado que los estoicos creían que todo sucedía según una cadena indestructible de causa y efecto, sostenían que las personas que tenían un don especial, como los videntes, los astrólogos y los médiums, podían predecir acontecimientos futuros a partir del vuelo de las aves, el estado del hígado de los animales sacrificados, o cualquier suceso inusual. Esto llevó a los estoicos a todo tipo de supersticiones.

intelectuales lograban depositar algo de fe en los dioses desmitificándolos. Los estoicos, por ejemplo, igualaban a Zeus con su razón mundial panteísta, y consideraban a los dioses como nombres distintos aplicados a los diversos procesos que tienen lugar en el cosmos. Pero podemos deducir, a partir del modo en que hoy en día grandes multitudes consideran sus templos en el Lejano Oriente (o incluso del modo en que muchos occidentales tratan a sus iglesias) que en el mundo antiguo muchísima gente seguía aferrada a la religión estatal debido a la fuerza de la tradición, la belleza de los templos, los espectáculos y la mística de los rituales, el atractivo artístico de sus imágenes y el ambiente general de misterio; sobre todo, cuando podían creer más o menos en lo que quisieran sobre su contenido doctrinal, y no tenían que formularse preguntas difíciles sobre su base racional.

El discurso de Pablo ante el tribunal del Areópago

Por tanto, cuando Pablo se alzó para dirigirse al Areópago, el público era muy heterogéneo. Debido a las diferencias en sus presuposiciones y creencias, tenía una difícil labor delante de él, la de hallar una base común lo bastante sólida entre todas aquellas opiniones y la suya propia, para demostrar que la esperanza cristiana era relevante para sus ideas; tenía la misión de expresarla en términos que fueran inteligibles para todos; tenía que exponer las doctrinas esenciales del cristianismo sin comprometerlas, y a la vez sin olvidar su glorioso atractivo.

Y estuvo a la altura de la situación. Es cierto que a algunos les ha parecido que en lo que dijo había poco del evangelio específicamente cristiano. Pero con el fin de evitar caer en un error hemos de recordar dos cosas. Primero, lo que Lucas nos ha ofrecido es sólo un resumen, aunque sin duda fidedigno, del discurso de Pablo. Segundo, incluso si Lucas nos hubiera presentado un registro literal del discurso, aun así no nos

hubiera expuesto todo lo que Pablo dijo a los atenienses. Cada día había estado razonando con ellos en el mercado aun antes de que le invitaran a dirigirse al tribunal; y al menos algunos miembros de éste le oyeron o incluso tomaron parte en el debate. En aquellas discusiones Pablo obviamente había expuesto el evangelio específicamente cristiano, enfatizando a la persona del Señor Jesús y su resurrección, igual que había hecho en la sinagoga en Tesalónica (aunque, sin duda, usando una terminología diferente). De hecho, fueron las constantes referencias de Pablo a Jesús y a la resurrección las que llamaron la atención de los estoicos y los epicúreos, y a la invitación de que los aclarara delante del tribunal.

Había dos cosas que les preocupaban sobre el uso que hacía Pablo de esos términos. Una era que «Jesús» y «la resurrección» les sonaban a dos dioses. Su mitología pagana estaba repleta de deidades menores, algunas de las cuales habían sido héroes mitológicos en esta tierra, y tras la muerte fueron elevados, como Heracles, al rango de dioses; mientras que había otros que eran venerados en capillas que la piedad pública había erigido para que sus espíritus las habitaran tras la muerte. Los estoicos también estaban acostumbrados a interpretar los dioses del panteón tradicional como los grandes y misteriosos procesos que mantenían en funcionamiento el universo. Fue, pues, la necesidad de tratar estas dos dificultades lo que determinó, en gran medida, la forma y proporción de su discurso. Tuvo que corregir el concepto pagano de deidad: Jesús no era una deidad, uno entre muchos dioses, en el sentido pagano; la resurrección tampoco era un dios, sino un acontecimiento histórico, y ninguno de ellos era un dios *extranjero*.

El cristianismo no es una religión extranjera

De modo que empezaremos contemplando el discurso de Pablo en general, y veremos cómo destruye la idea de que lo que está predicando es un concepto extranjero. El Dios al que

proclama es «el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay... quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (17:24-25). No se puede decir que sea extranjero en ninguna parte de su universo. Además, dada la multiplicidad de razas y culturas sobre la faz de la tierra, ese Dios hizo a todas las naciones sin excepción y, lo que es más, las creó a partir de un solo hombre (17:26). Por consiguiente, ninguna nación se puede apoyar en su orgullo nacional o cultural, y considerar a ese Dios como de exclusiva propiedad de alguna nación o cultura, inadecuado para la suya propia. Este Dios también preserva a todos los miembros de cada pueblo, porque «en él vivimos, y nos movemos, y somos» (17:28). Los asiáticos y los europeos no tienen un Dios distinto de acuerdo con el continente o país en que habitan. Por tanto, viendo que Dios es el Creador y Sustentador de la humanidad, tiene derecho a mandar «a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan» (17:30). No es un Dios que tiene derecho a interferir en algunas naciones o culturas porque encaje con su carácter distintivo y no tenga derecho a intervenir en otras porque no encaja en su forma de pensar. Él las creó a todas, él las sustenta a todas, y ordena a todo el mundo que se arrepienta. Además, él es el que juzgará al mundo en justicia; no sólo a una parte del mundo, sino a todo (17:31). Tiene derecho a juzgarlo entero, y la más pura justicia exige que juzgue a todos con igualdad, imparcialmente. Ya está fijada la hora del juicio, y ahora «todos los hombres» saben con certeza que ese juicio tendrá lugar, y se les ha comunicado de un modo que lo hace inmediatamente relevante para todos los seres humanos en todo el mundo, sea cual sea su nacionalidad o cultura: un hombre, un ser humano, ha resucitado de entre los muertos (17:31).

Observamos que Pablo no intenta explicar, al menos en este punto de su discurso, que el Jesús que murió y resucitó era el Hijo de Dios, por cierto que esto fuera, ni a exponer los misterios de la relación que mantiene la Trinidad. Eso hubiera sido muy difícil de entender en la primera conferencia que tenían sobre el tema unos paganos tan convencidos, cuyas ideas

estaban condicionadas por los mitos de los dioses que venían a este mundo y tenían hijos con las mujeres humanas. Pero incluso si hubiera podido hacerlo sin darles una mala impresión, esta no era la idea que Pablo quería transmitirles. Decir que el Hijo de Dios había resucitado de los muertos, aunque era cierto, les hubiera hecho pensar que era alguien ajeno a la humanidad. En este punto ni siquiera dijo que Dios había resucitado a Jesús de entre los muertos, porque para los griegos «Jesús» sonaba a nombre extranjero. La idea no es que fuera judío, y además un judío muy especial, sino que era un ser humano. La resurrección física de ese ser humano tenía, y sigue teniendo, implicaciones para todos los humanos de todos los tiempos, de toda raza, nación, lengua y cultura, simplemente porque ellos, como él, son humanos.

La resurrección de Jesús: el momento que cambió el curso de la historia

Pero la resurrección de un hombre, Jesús, no sólo es la garantía de que Dios juzgará al mundo en justicia: también es la explicación de por qué, habiendo pasado por alto los siglos pasados de pagana ignorancia de él, Dios ordenaba ahora a todos los pueblos que se arrepintieran.

Aquí tendremos que ir despacio, y considerar cuidadosamente los términos de los que se sirve Pablo, para estar seguros de que damos a sus afirmaciones el sentido que realmente tenían.

Para empezar, ¿cómo es que la resurrección de Cristo constituye un motivo para que *ahora* Dios ordene a todo el mundo, en todo lugar, que se arrepienta? Está claro que nos ofrece la evidencia de que habrá un juicio. Pero, ¿es que eso no era ya un hecho cierto? Y todas las gentes de los siglos pasados, ¿acaso no tenían que arrepentirse a la luz de ese hecho? Ese llamamiento al arrepentimiento, ¿por qué se ha vuelto tan universal y urgente?

En segundo lugar, al destacar que Dios había pasado por alto todos esos siglos de ignorancia, ¿acaso Pablo no está diciendo que los pecados que los gentiles cometieron antes del nacimiento, muerte y resurrección de Cristo no se les echarán en cara jamás? ¿No está diciendo que todos están automáticamente perdonados, o que sus obras se han pasado por alto y nunca se les podrá acusar de ellas?

Pues no, en absoluto. Pablo no está contradiciendo de antemano, ni siquiera comprometiendo, lo que un día escribiría en su carta a los Romanos: que todo el mundo, judíos y gentiles, de todos los tiempos y lugares, serán llamados a dar cuentas ante el tribunal divino (Ro. 1:18–2:16). Entonces, ¿cómo es que la resurrección de Cristo hacía necesario *ahora* llamar a las gentes de todas las naciones al arrepentimiento, de un modo que no se había hecho en los siglos anteriores?

Hallaremos la respuesta si nos acordamos de nuestro análisis anterior de la frase «juzgar al mundo en justicia» (pp. 282-84). Pablo no está pensando simplemente en el juicio al que hay que enfrentarse tras la muerte, tal y como lo describe el escritor de Hebreos: «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después del juicio» (He. 9:27). Por supuesto, habrá un juicio así, y será Cristo el que juzgue. Como dice Juan en Apocalipsis, «vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios... y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y el mar entregó a los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron a los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras» (Ap. 20:12-13). Por tanto, se habla de un juicio a los muertos tras la muerte; el pasaje no podía ser más explícito.

Pero Cristo hará algo más que juzgar a los muertos: juzgará igualmente a los vivos, como afirma repetidamente el Nuevo Testamento: «él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos» (10:42); «ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos» (1 P. 4:5); «... del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos» (2 Ti. 4:1).

Entonces, ¿cuándo juzgará a los vivos? En su segunda venida, por supuesto. El Nuevo Testamento habla de la «ira venidera», no sólo en el sentido de que es futura, sino en que vendrá al mismo tiempo que el Señor Jesús. Recordemos de nuevo qué escribió Pablo más adelante a los creyentes de Tesalónica, no mucho después de haber salido de Atenas:

«... cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día...» (2 Ts. 1:7-10).

Fue precisamente la predicación de Pablo sobre esta venida del Señor Jesús y de la ira que la acompañaría lo que llevó a muchos tesalonicenses a convertirse «de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1 Ts. 1:9-10).

Por tanto, Pablo estaba predicando ante el elegante tribunal del Areópago el mismo evangelio que predicó en Tesalónica (y en cualquier otro lugar): Dios había resucitado a Jesús físicamente de los muertos, con un cuerpo que, aunque era distinto al que tenía antes, sigue siendo sin embargo un cuerpo físico que puede interactuar, y lo hace, con este mundo físico, en su estado actual (ver p. 28). Y vendrá de nuevo con ese mismo cuerpo (1:11), y cuando regrese juzgará a los vivos. Su resurrección física es la garantía divina de que así será.

Aquí tenemos, pues, el motivo por el que Pablo llama a los atenienses a que se arrepientan *ahorá*. Es cierto que en los siglos pasados los gentiles habían pecado, y su ignorancia del verdadero Dios les convertía en culpables, como veremos ahora. Cuando murieran, si no se habían arrepentido, si no habían puesto su confianza en Dios y se entregaban a su misericordia, hubieran estado «bajo custodia» hasta el día en que

los muertos fueran juzgados (cf. 2 P. 2:4-9). Pero durante esos largos siglos, a pesar del pecado de las naciones y su culpable ignorancia, Dios no intervino ni envió a su Hijo al mundo para juzgarlo. En su paciencia y amor, pasó por alto aquellos tiempos de ignorancia. E incluso cuando, al final, envió a su Hijo al mundo, no fue para que lo juzgara, sino para que lo salvara. Por tanto, a través de todos los siglos precristianos, la venida de Cristo para juzgar al mundo no era inminente. Antes tenía que venir y morir. Pero su muerte y resurrección han cambiado las cosas. Ahora, su segunda venida no sólo está garantizada, sino que está cerca. Todos vivimos en esa última hora. Y cuando regrese, juzgará a los vivos de todo el mundo. Por tanto, Dios ordena a todo el mundo que se arrepienta, y este mandamiento debe extenderse a todo el planeta, incluyendo a los atenienses. También ellos necesitaban arrepentirse urgentemente.

Pero aún no ha venido: ¿no tenemos motivos para dudar de la historia después de todos estos largos siglos? Esa misma objeción es la que se puso a la predicación sobre la segunda venida relativamente poco tiempo después de la muerte del propio Pablo (2 P. 3:3-4), y la respuesta que se le dio entonces sigue siendo válida (2 P. 3:9).

La culpabilidad de la ignorancia pagana de Dios

Hemos dicho que la ignorancia que tenían los paganos del Dios verdadero antes de la primera venida de Cristo implicaba una culpabilidad. Hemos dicho más: que la fuerza del argumento de Pablo a lo largo de la mayor parte de su discurso ante el tribunal del Areópago iba destinada a probar que era una ignorancia culpable. Ahora hemos de respaldar esta afirmación.

Primero, veamos la frase introductoria de Pablo: «Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos» (17:22). No hemos de saltar a la conclusión de que Pablo realmente les

estaba felicitando. Antes se había preocupado, como nos dice Lucas (17:16), al pasear por la ciudad y ver cómo todo el lugar estaba repleto de ídolos. No es posible que ahora les felicitara por ese hecho. El término griego que usó para «religiosos» puede significar tanto religioso como supersticioso. En algunos contextos está claro qué quiere decir el hablante; en otros se deja a discreción de los oyentes o lectores, para que lo interpreten como quieran. Este es uno de esos casos. Pablo podía estar admitiendo que eran muy religiosos: era un hecho. No tenía por qué expresar crudamente su evaluación de ese hecho, sobre si su religión era válida o mera superstición, en esa primera frase. Ya lo evidenciaría a medida que avanzara. Esta palabra, por tanto, demostraba el tacto de Pablo: por sí misma no era un halago. Y aparte, en la religión tradicional habían muchas cosas que los estoicos y los epicúreos desaprobaban con toda la razón. Pablo no pretendía perder su respeto ya de entrada al ponerse de parte de los tradicionalistas y alabarles por su sinsentido falso y supersticioso.

Les explicó que había sido la inscripción en uno de sus altares lo que le había impresionado por su religiosidad (17:23). La inscripción se puede traducir como «a un dios desconocido» o «al dios desconocido»; pero, sea como fuere, no era una admisión, por parte de los atenienses, de que existía un Dios supremo y verdadero, al que por desgracia ellos no conocían. Era una expresión de su politeísmo. Creían en incontables dioses, y habían levantado altares para docenas de ellos. Si alguna vez, que solía pasar, tenían que restaurar un altar antiguo, y ya no era legible la inscripción original, de forma que no sabían a qué dios había estado dedicado, inscribían una frase nueva: «al (o a un) dios no conocido». También había una leyenda, relacionada con un tal Epiménides, de uno de cuyos poemas Pablo hará una cita más adelante. Durante una plaga, aconsejó a los atenienses que sacrificaran corderos en distintos lugares para el dios adecuado, y como no sabían qué dios correspondía a cada uno de los lugares, dedicaron el altar «al dios desconocido», es decir, al dios de aquel lugar concreto.

Por tanto, este era el patetismo del error politeísta. Una vez aceptamos que existen muchos dioses, nunca podemos estar seguros de que nuestra adoración les llega a todos: siempre hay la posibilidad de que haya más, aunque desconocidos. Y sin embargo, mientras se considera al Dios verdadero como un dios más desconocido entre cientos de otros, no se le puede conocer como realmente es.

Sin embargo, Pablo fue misericordioso: «Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle» (o «en la ignorancia»), les dijo, «es a quien yo os anuncio» (17:23).

Ni siquiera adoraban vagamente al verdadero Dios, porque no lo consideraban casi ni una persona. Como mucho, y como suele hacer la mayoría de personas instintivamente, adoraban a lo «sobrenatural», lo «sobrehumano», lo «divino»; y lo que Pablo iba a hacer a continuación era decirles la verdad acerca de lo divino, es decir, que sólo existe un Dios verdadero. Y era muy distinto a aquellos a los que adoraban ellos. Para adorarle y servirle, como dijo Pablo a los tesalonicenses (1 Ts. 1:9), había que abandonar los ídolos. No se podía adorar a ambos a la vez. Y para demostrárselo, empezó indicando el grave malentendido sobre el que se basaba su multiplicidad de templos y que éstos, a su vez, perpetuaban.

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas» (17:24).

El hecho es tan obvio que su afirmación casi supone una proyección: si Dios hizo todo el universo, es evidente que no podemos pensar que se le puede contener o confinar en un edificio hecho por el hombre. Los estoicos hubieran estado de acuerdo, y los epicúreos, cuyos dioses no eran creadores, sino sólo parte del universo material, hubieran estado también de acuerdo en que no les podía contener en un templo fabricado por el hombre. Los filósofos no solamente lo habían entendido así, sino que siglos antes, el poeta dramático Eurípides había expresado la misma idea: «¿Qué casa edificada por los arquitectos podría confinar la divina forma entre unos muros

circundantes?»* Por tanto, si algún ateniense seguía pensando y actuando como si fuera posible algo así, esa actitud ignorante era culpable por ignorar lo que era evidente, y lo que podía haber sabido de desearlo.

Por supuesto, ahora sabemos lo que los atenienses quizá no podían saber, que los judíos aún tenían un templo para Dios en Jerusalén, y que hacía siglos que lo tenían. Ciertamente, el Antiguo Testamento decía que lo habían levantado bajo las órdenes de Dios (2 S. 7:12-13). Entonces, ¿es que Pablo estaba diciendo ahora que el templo judío estaba basado, y siempre lo había estado, en un concepto radical y gravemente erróneo? No, claro que no.

Pero hay dos cosas que hemos de resaltar de la experiencia de Israel. La una es que, desde la inauguración del primer templo, su constructor, Salomón, y la nación, se habían dado cuenta de que, si bien Dios se complacería en hacer acto de presencia en él, nunca podría contenerle, ni lo había hecho (1 R. 8:27); y el profeta tardío Isafías vio (Is. 66:1-2) lo que más tarde proclamaría Esteban (7:48-50), que el templo de Israel no era el ideal definitivo; como máximo, era un símbolo de la realidad.

Pero lo segundo que hemos de destacar sobre el templo de Israel es lo siguiente: mientras duró, Israel tenía prohibido estrictamente construir otro. Sólo había una «casa de Dios»: la intención de Dios nunca fue que hubieran muchas «casas de Dios». Y el motivo de esta prohibición se ve cuando observamos qué sucedió cuando los israelitas, desobedeciendo las instrucciones de Dios, construyeron templos por todas partes. Esto condujo, inevitablemente, a un concepto idólatra de Dios. El único Dios verdadero, Yahvé, se convirtió inevitablemente en un número de «presencias»: «el Yahvé de Betel», «el Yahvé de Dan», «el Yahvé de Arad», etc.; y al final, el templo

* Eurípides, fragmento 968; citado de F. F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1998), p. 336, n° 65.

de Yahvé en una aldea estaba compartiendo la zona con el «templo de Baal» y, antes de saber qué estaba pasando, Yahvé se había convertido en una más de las deidades locales.

Lo que sucedió en Israel en sus períodos degenerativos pasó con el paganismo en general. Puede que el gran dios Zeus tuviera un templo en una ciudad, pero el pequeño dios Apolo tenía otro, y puede que otros dioses también. Y si hubiéramos preguntado a los lugareños, nos habrían dicho que no creían que Zeus estuviera confinado a su templo: vagaba por los cielos y la tierra. Pero, en su ciudad en concreto, Zeus habitaba en su propio templo, y Apolo en el suyo, y Atenea se mantenía en el suyo sin invadir el ajeno. Por tanto, en el pensamiento de la gente, y en sus ciudades, el todopoderoso Zeus estaba confinado, en la práctica, a un templo, lo cual era absurdo. Esto era el resultado, claro está, de partir de un concepto falso e idólatra del universo; pero a su vez, reforzaba el falso concepto en la mente del público en general. Y lo mismo sucedía —y sucede— con los altares y capillas, donde uno se dedica a la adoración de un dios, demiurgo, héroe u hombre deificado, y otro adora en otro lugar.

Los estoicos hubieran estado de acuerdo con lo que Pablo dijo luego (y también los epicúreos, a su manera, aunque por motivos equivocados). Pablo afirmó que «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, no... es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (17:24-25). La verdad de esta afirmación es evidente: si el Creador nos da, como lo hace, todo lo que tenemos, nosotros no tenemos nada propio para satisfacer sus necesidades, si las tuviera. Y en ese sentido, claro está, no las tiene. Ni tenemos nada que necesite, que pudiéramos ofrecerle a cambio de algo.

Pero la idea de que las personas tienen cosas que a los dioses les gustan y necesitan, y que por tanto pueden comprarles favores de éstos, era algo muy difundido en el paganismo. Y no sólo en el paganismo: en ciertos períodos estuvo presente incluso en la antigua Israel.

Tomemos el ejemplo del sacrificio. Desde los tiempos más tempranos, como nos dice el Antiguo Testamento, Dios enseñó al pueblo a presentar sacrificios por el pecado. Nunca pretendieron ser un pago a Dios, como si le comprarán el perdón, y menos aún sobornos para obtenerlo. Eran símbolos instaurados por Dios, que le enseñaban a la humanidad que el pecado no puede ser perdonado sin pasar por un castigo. Los sacrificios de animales jamás pagaron ese precio: no eran más que símbolos y atisbos del gran «pago por el pecado», que un día Dios mismo, en la persona de Cristo, pagaría en la cruz.

De forma parecida, Dios ordenó que las personas trajeran animales y otras cosas como ofrendas que le expresaran su gratitud por sus muchos dones. Pero, una vez más, esas ofrendas eran simbólicas; ninguna de ellas era el pago a Dios por los bienes recibidos.

Sin embargo, este sistema de sacrificios se corrompió muy pronto. En la literatura antigua del Oriente Próximo, se retrata a los dioses revoloteando apiñados como moscas en torno a las ofrendas de los hombres. Mucho más tarde, en Israel, se impuso la sutil idea de que, de algún modo, las ofrendas por el pecado pagaban a Dios su perdón, y que los sacrificios podían ganar las bendiciones divinas. Esto condujo a la protesta de Dios: «No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus apriscos, porque mía es toda bestia del bosque... Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud» (Sal. 50:9-12). No se le puede pagar a Dios con unas monedas que son tuyas. La idea de que es posible hacerlo es, evidentemente, falsa.

Ha habido otras versiones más sofisticadas de esta mentira básica que han causado problemas no sólo al paganismo, sino también al judaísmo y al cristianismo. Una de ellas es que, si somos buenos, y en especial si somos super-buenos, acumulamos unos méritos que podemos usar para obtener el perdón de Dios, o un lugar en su cielo, o bien liberar de alguna manera a nuestros amigos de los sufrimientos que merecen. Y otra es que el trabajo de nuestras manos y la ofrenda de nosotros

mismos al servicio de Dios se pueden convertir en parte del sacrificio de Cristo para cubrir el pecado, ayudándonos así a ganarnos parte del perdón por nuestros pecados.

Todo esto no es más que una expresión refinada de la idea pagana que Pablo expuso en Atenas. Lo triste es que ésta malinterpreta el corazón y carácter del Dios verdadero. Pero Dios no es un mercader. No vende su amor o su perdón a nosotros, pecadores en bancarrota espiritual, ni podemos comprar su salvación. Ni necesitamos hacerlo. Su amor nos la regala. Si usa la metáfora de comprar y vender, lo hace para enfatizar que no tenemos que pagar ningún precio: «A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche» (Is. 55:1). Que Dios nos libre de volver a caer en el paganismo; o, si lo hemos hecho, que nos dé la sabiduría para arrepentirnos, como se les exhortó que hicieran a los atenienses.

Finalmente, Pablo tenía que enfrentarse a una mentira que era y sigue siendo muy común en el mundo pagano: que dado que las naciones se han desarrollado en distintas partes del mundo, creando así sus propias culturas y puntos de vista, tienen derecho a concebir a Dios, o a los dioses, de una forma coherente con su modo particular de pensar. Por ejemplo, si el hecho de que los atenienses pensaran de un modo politeísta en los dioses les parecía bien, entonces es que era algo tan válido como pensar en un Dios dentro del monoteísmo, que a los judíos les atraía más dada la idiosincrasia de su cultura. La idea era falsa, aunque tenía, y tiene, la cantidad suficiente de verdad como para que a mucha gente le parezca verdad.

Si usted y yo contemplamos un tulipán, veremos muchas cosas en común, pero también es posible que usted o yo veamos unos detalles de los que el otro no se dé cuenta. Pero si contemplando ese tulipán yo afirmo que veo un gato, un mono y un elefante, o bien mis ojos funcionan mal o el problema es de mi cerebro, o puede que ni siquiera me esté fijando en el tulipán. Está claro que no puedo apelar a mi cultura para justificar el modo en que veo el tulipán.

Pablo no sólo admite que Dios ha colocado a la humanidad en diversas partes del mundo y les ha dado distintas fronteras y climas, condiciones e historia: Pablo lo afirma, y lo atribuye a la soberanía determinante de Dios (17:26). (¡Eso debió gustarles a los estoicos!) Por tanto, hay que considerar la verdad resultante y las sanas diferencias culturales como la voluntad de Dios, a quien le gusta la variedad.

Pero por debajo de esas diferencias culturales, indica Pablo, existe una unidad básica. No se trata solamente de que haya un Creador que formó a toda la humanidad, sino que lo hizo partiendo de un antepasado común, Adán (17:26). Podemos exagerar la importancia de nuestras diferencias. La tabla de multiplicar es la misma para todos. Las leyes de la lógica no pueden variar según las diferencias culturales. La justicia, para que lo sea, se debe aplicar a todas las naciones y culturas con imparcialidad. Los estoicos de la época de Pablo hacía tiempo que lo habían entendido así, y deploraban las estrechas diferencias nacionalistas y culturales si éstas ocultaban el hecho de que todos somos ciudadanos del mundo.

Además, dice Pablo, la soberanía de Dios ha distribuido a hombres y mujeres por todo el mundo, y les ha dado a cada cual sus circunstancias, para que a su vez ellos usen la iniciativa que Dios les concedió para que le busquen personal e individualmente, y le encuentren (17:27). Pablo reconoce que esa búsqueda para muchos será como ir a tientas.* Pero en realidad, la misión que Dios nos ha encomendado no es tan difícil. No tenemos que ir buscando durante mucho tiempo: de hecho, Dios no está lejos de ninguno de nosotros. El quiere que cada individuo le busque y le halle, de modo que se ha puesto al alcance de cada uno de nosotros: «en él vivimos, y nos movemos, y somos» (17:28).

* Notemos la traducción de la expresión, buscar «palpando», como lo haría alguien en una habitación a oscuras.

Esta tampoco era la mera visión de un judío favorecido con la revelación especial de Dios a Israel. La cita que acaba de hacer Pablo es de un antiguo poeta griego.* No se refería al verdadero Dios tal y como lo conocen los cristianos, por supuesto, sino al Dios supremo, fuera quien fuese. Pero lo que sí entendió claramente es lo que debe ser evidente para todos aquellos que se preocupen de abrir los ojos: no nos hicimos a nosotros mismos, no mantenemos el mundo en que vivimos, ni tampoco el sol que es indispensable para vivir. Somos constante y totalmente dependientes de Aquel que nos dio vida y la sustenta. Él es quien nos da el mismo aire que respiramos, y el que ha dispuesto todo lo que tenemos dentro y alrededor.

Además, Pablo señala (17:28-29) otra cosa, citando esta vez a otro poeta griego, un tal Arato, que era paisano de Pablo (ambos provenían de Cilicia) y que, para más datos, era estoico: «linaje suyo somos.** Ahora bien, el concepto que Arato tenía de Dios debía ser panteísta, y por tanto inadecuado. Pero encajaba con la idea que Pablo quería expresar. Si nosotros, como criaturas, hemos nacido de un Creador, podemos conocer bastante sobre él examinándonos a nosotros mismos. Los estoicos lo habían hecho, y habían avanzado un poco hacia el conocimiento del Dios verdadero. Descubrieron que poseían una razón, y en consecuencia razonaron que la Fuente de la que provenían no podía ser menos racional que ellos mismos. De hecho, debía tratarse de una Razón Suprema, de la que se deriva toda la racionalidad presente en el universo.

Y esto, como Pablo pasó a indicar a continuación, eliminaba de inmediato la práctica pagana de representar a Dios bajo la forma de imágenes de piedra o metal. Es cierto que los

* Quizás se trate de Epiménides de Creta (600 a.C.), pero la autoría es discutible.

** Si traducimos el griego como «hijos», hemos de darnos cuenta de que Arato no estaba hablando del nuevo nacimiento mediante el que las criaturas de Dios se convierten en hijos de Dios (Jn. 1:12; 3:3). En este sentido, no todos los hombres y mujeres son hijos de Dios.

intelectuales paganos dirían que esas imágenes sólo eran recordatorios visuales de los dioses. Pero incluso como recordatorios, eran falsos. Eran menos que seres humanos; como decía el salmista hebreo: «Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen» (Sal. 115:5-6). Por el contrario, no deberían ser menos sino más que los seres humanos. En realidad, Dios es tan inconcebiblemente grande, comparado con el ser humano, que ha prohibido cualquier intento por parte de éste para representarle en una forma tangible.

Pero la idea sigue ahí: no cabe duda de que Dios es infinitamente más grande que nosotros, los humanos, pero no es menos que nosotros. No tiene ojos como nosotros, pero aquel que nos dio la vista no puede ser ciego. No tiene oídos físicos como los nuestros, pero, como lo expresaba el poeta hebreo: «El que hizo el oído, ¿no oírás?» (Sal. 94:9)

Esto es lo que evidencia la mentira de todas las formas de la teoría epicúrea sobre los orígenes del hombre, sean antiguas o modernas. Nosotros, los seres humanos, sabemos que somos personales: el Origen del que provenimos no puede por menos que ser personal. Los estoicos tenían razón al decir que, si somos racionales, nuestro Origen también debe serlo. Pero no fueron más lejos. Nosotros somos personas, no meros amasijos computerizados ni procesos racionales impersonales. Por tanto, nuestro Creador no es menos personal que nosotros mismos, sino más.

Por consiguiente, Dios no está lejos de ninguno de nosotros, ni lo estuvo de las naciones gentiles del mundo antiguo. La creación en torno a ellas les decía, si querían oírlo, que el Creador de los cielos y la tierra no puede estar confinado a un templo. La creación les demostraba, con que tan sólo la contemplaran, que su Creador, que debía darles (y lo había hecho) todas las cosas, era autosuficiente e independiente del hombre. Y sólo tenían que mirarse a ellos mismos para saber que su Creador no era menos personal, sabio, racional y justo que ellos. De hecho, muchos de ellos se dieron cuenta de que era

así; Sócrates fue un buen ejemplo de ello. En los casos en que prevaleció la ignorancia, constituía una culpa.

Fue la negación de estas verdades la que arrebató la esperanza a tanta gente del mundo antiguo, y mucho más en nuestro mundo actual. Si no existe un Creador personal, si los seres humanos hemos nacido de la materia ciega e impersonal, trabajada por fuerzas ciegas e impersonales, entonces los que vivimos hoy en día, como nuestros antepasados, estamos encerrados en una horrible prisión. Un día en nuestro cuerpo entrará un virus y procederá gradualmente a destruirnos, a destruir nuestros cuerpos, nuestros cerebros, nuestro sentido estético, nuestro poder para planificar racionalmente, para amar. Tendremos la inteligencia suficiente para saber qué se propone y, sin embargo, la inteligencia necesaria para ver que, del mismo modo que no controlamos nuestra venida al mundo, no seremos capaces de evitar que nos destruya esa porción de materia impersonal, incapaz de pensar. La ironía final es que, cuando nos haya destruido, jamás sabrá que lo ha hecho. Y más allá de eso, carecemos de toda esperanza eternamente.

No es de extrañar que Dios, en su misericordia, llamara a los atenienses al arrepentimiento —a que abrieran sus ojos apartándose de la ignorancia y se enfrentaran a ese hecho glorioso: a Dios se le puede hallar; Jesús, el hombre, resucitó de los muertos; hay esperanza para la humanidad y para el mundo.

La secuela

La secuela del Movimiento 2 es breve, pero no insignificante. Algunos han escrito acerca del discurso de Pablo en el Areópago como si hubiera sido un fracaso. Pero hubieron algunos convertidos, al menos cuatro; y a una predicación que Dios usa para reconciliar consigo aunque sea a un solo ser humano, que lo restaura a la comunión personal con su Hacedor, que le concede la gloria eterna, no se le puede llamar fracaso.

No debe extrañarnos que en aquel momento no se convirtieran más personas, al menos basándonos en las presuposiciones cristianas. La relación incorrecta del hombre con su Creador se manifiesta, en su máxima expresión, en este intento de ser independiente de Dios. El rico pone su fe en las riquezas, el inteligente en su capacidad de razonar, que entonces convierte en un absoluto que excluye su fe en Dios. Pero eso conlleva abusar de la razón, y exigirle que cumpla una función para la que no fue diseñada.* En las ciencias físicas, la razón no crea la evidencia en la que se basan.**

La evidencia –en este caso, todo el universo físico– ya está ahí. Está aquí. La razón la acepta y la estudia, y luego llega a comprenderla. Pero no la creó. Y en todos los casos, la razón suele comenzar con cosas que aún no logra entender, que no encajan con sus teorías actuales. No deja de lado tales cosas porque no encajen con las teorías tentativas que ya ha desarrollado.

Lo mismo sucede con el conocimiento y la comprensión de Dios. La evidencia, en este caso, es la revelación divina de sí mismo como Persona, percibida por la fe, y que nos lleva a la comprensión por medio tanto de la fe como de la razón. Pero si un hombre se queda con la razón excluyendo la fe, automáticamente rechaza una gran parte de la evidencia, e imposibilita que Dios se la revele (Lc. 10:21; 1 Co. 1:18-31). ¡Esa es la misma actitud que imposibilitaría que su esposa le demostrara que le ama!

Algunos del tribunal, cuando oyeron hablar de la resurrección, ridiculizaron la idea de inmediato.*** Era una actitud

* Ver E. H. Andrews, *Christ and the Cosmos* (Welwyn: Evangelical Press, 1986), pp. 9-20.

** Ver, p.e., T. F. Torrance, *Theological Science* (Oxford: Oxford University Press, 1969); Michael Polanyi, *Personal Knowledge* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1958); y Leslie Newbigin, *Foolishness to the Greeks* (Londres: SPCK, 1986).

*** Ver la traducción de F.F. Bruce en su *The Book of Acts*, New In-

gratuita. Si eran tradicionalistas, podemos pensar que en los mitos de su cultura había montones de estupideces evidentes, como para que se entretuvieran en ridiculizarlas durante años. Si eran estoicos y epicúreos, sólo podemos asumir que estaban tan confiados en que sus propias presuposiciones eran correctas que tenían la impresión de que no merecía la pena examinar cuidadosamente la evidencia de la resurrección: podían rechazarla sin más ni más. Pero también hemos de recordar que en Atenas la sabiduría decía que cuando un hombre estaba muerto, no podía resucitar.

Esquilo, su gran poeta trágico, en una obra de teatro que escribió sobre el origen del tribunal del Areópago, lo había dicho.* Nadie había probado que era así. Pero es que nadie había sentido la necesidad de probarlo, y formaba tanta parte de la sabiduría aceptada a priori, que en aquella época sugerir otra cosas hubiera resultado absurdo.

Los epicúreos, claro está, creían que su teoría atomista había probado que la muerte acababa para siempre con el individuo implicado. No había ninguna posibilidad de que sobreviviera el alma, y mucho menos el cuerpo. Quizá sus risas fueron las que sonaron más fuerte.

Pero los epicúreos también creían que su teoría atomista había probado que los átomos son indivisibles. Por eso se les llamaba átomos. Sugerir que pudieran escindirse les parecería contrario a toda razón. Eso también les haría reír.**

ternational Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 21998), p. 342.

* Esquilo, *Eumenides*, 647-8.

** Los epicúreos modernos (¡si es que había alguno!) quizás hubieran sostenido que las partículas subatómicas son indivisibles.

MOVIMIENTO 3

El Mesías divino y el nuevo pueblo de Dios (18:1-28)

En Corinto había dos edificios que estaban uno al lado del otro. Uno era una sinagoga, y el otro una casa particular. Los judíos se reunían para adorar y estudiar las Escrituras en una, y los cristianos en la otra. Yuxtapuestas y a la vez separadas; nada podría expresar mejor, de forma más elocuente o gráfica, el abismo que se había abierto entre judíos y cristianos en Corinto. El tema del Movimiento 3 será cómo se produjo esa escisión, qué significaba y cuáles fueron sus implicaciones. Y dado que lo que sucedió en Corinto se iba a repetir a través de todo el mundo gentil, sus historias siguen vivas hoy en día.

Pablo, como apóstol a los gentiles, llegó una y otra vez al punto de ruptura en el que tienen lugar esas divisiones, y la reiterada y constante tristeza que provoca esa situación le dolía en el corazón (Ro. 9:1-3). Era una situación triste en tres sentidos. En primer lugar, que los judíos y cristianos, que adoraban al mismo Dios y meditaban en las mismas Escrituras, tuvieran que publicar sus diferencias de esta forma, ante los ojos de una ciudad pagana como era Corinto, y que no hicieran nada para fortalecer su testimonio común sobre el mismo Dios y la prevaleciente idolatría e inmoralidad de aquella ciudad. Para los judíos era vergonzoso perseguir al cristianismo delante del tribunal romano, intentando que éste lo vetara, como hizo más tarde. Además, era una política muy triste.

En segundo lugar, el judaísmo había hecho una obra excelente entre los gentiles, llevando a muchos de ellos a la fe en Dios, enseñándoles la Palabra de Dios, y presentándoles la gloriosa esperanza de Israel, de que «Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él» (Is. 11:10; Ro. 15:12). Tito Justo, el romano, el hombre cuya casa estaba al lado de la sinagoga, se había vuelto un

adorador de Dios gracias a la influencia de los judíos. Era muy triste ver cómo ahora esa sinagoga rechazaba a los gentiles que habían creído que Jesús era esa raíz de Isaí; y no sólo a ellos, sino también a otros gentiles, que en un número cada vez mayor ponían su fe en el Señor Jesús, y al creer en él abandonaban sus idolatrías paganas creyendo al verdadero Dios de Israel. Cuando esos gentiles cristianos, a su vez, intentaban dar testimonio a sus compatriotas gentiles diciéndoles que sus ídolos paganos eran falsos, y que el único Dios verdadero era el que los judíos adoraban, la actitud de la sinagoga hacia los gentiles cristianos complicaría enormemente esa labor evangelizadora.

Pero lo que para Pablo era tremendamente triste, como verdadero hijo de Israel, eran las inevitables implicaciones que para sus compatriotas tenía el rechazo de aquel cuyo nombre es el único bajo el cielo dado a los hombres, el nombre por el cual pueden ser salvos. El problema que presentaban los judíos exigía, sin duda, una explicación teológica. Todos los auténticos cristianos creían, y siguen creyendo, que Israel era una nación especial, elegida por Dios para que fuera su pueblo, y bendecida con el papel de ser los testigos de Dios ante un mundo pagano, de proclamar la gloria única del Creador y Salvador de los hombres (Is. 43:10-13), y para señalar la venida del Mesías divino como Luz y Redentor de los gentiles (Is. 42:1-9). ¿Que ocurría si Israel, el testigo oficial de Dios, rehusaba ahora reconocer al Mesías divino, injuriaba su nombre (18:6) y hacía lo posible para impedir que los gentiles creyeran en él? ¿Acaso eso invalidaba la afirmación del Antiguo Testamento de que Israel era el pueblo elegido por Dios para llevar testimonio de él? No, los cristianos no podían aceptar eso: el propio evangelio que predicaban asumía la verdad de las Escrituras del Antiguo Testamento (Ro. 1:2-3; 3:21), y dependía de él para su validación. Entonces, ¿qué le estaba pasando a Israel, a su postura como pueblo de Dios, a su misión como testigos de Dios? ¿Cómo se podía explicar aquella situación? ¿Cómo podría entenderse?

Mientras seguía confeccionando tiendas, predicaba y viajaba, Pablo meditó largamente sobre esta cuestión. La respuesta que Dios le dio hizo que su corazón se inclinara en profunda adoración ante la sabiduría de Dios y sus estrategias, destinadas a «tener misericordia para con todos»; y, cuando al final regresó a Corinto, escribió la respuesta a fondo en una carta que envió a los cristianos en Roma (Ro. 9-11). El mensaje que recibió del Señor por medio de una visión, una noche durante su primera estancia en Corinto, contribuiría a esa respuesta.

Mientras tanto, Lucas, consciente de la enorme importancia de lo que sucedió en Corinto (y en otros lugares, como por ejemplo Éfeso) registra no sólo la historia de la primera visita de Pablo a Corinto, sino también la visita de un cierto Apolos. La historia de esas dos visitas está preñada de esa sanción de la guía providencial de Dios. No fue un mero accidente que después de que el testimonio de Pablo a los judíos de Corinto fuera rechazado en la sinagoga, y Pablo abandonara la ciudad, Apolos, el ilustrado expositor judío del Antiguo Testamento, proveniente de Alejandría, llegara y, desde su punto de vista particular, corroborara el testimonio de Pablo frente a esos mismos judíos, diciéndoles que el Mesías era, en verdad, Jesús (18:5 y 27-28).

Corinto, el primer período: la formación del nuevo pueblo de Dios

Al principio del Movimiento 2 oímos a los judíos acusando a los cristianos ante los magistrados de que iban en contra de los decretos de César, y de que fomentaban revoluciones políticas (17:6-8). Al principio del Movimiento 3, leemos sobre el César de Roma y sobre cómo uno de sus decretos, sin saberlo, condujo al establecimiento de una gran iglesia cristiana en Corinto.

La historia es la siguiente. Parece ser (ver p. 6) que la llegada a Roma de unos judíos convertidos al cristianismo

produjo revueltas en una o más de las sinagogas de Roma; y el emperador Claudio reaccionó publicando un decreto que expulsaba a todos los judíos de la ciudad. No sabemos cuánto duró esa expulsión, pero al principio a los cristianos debió parecerles un desastre, la mayoría de los cuales, por supuesto, eran judíos. En realidad, al final, a los judíos no sólo se les permitió regresar y al cristianismo florecer en aquella ciudad, sino que el decreto de Claudio fomentó significativamente la extensión del evangelio en otros lugares.

Una pareja de judíos, llamados Aquila y Priscila, expulsados de Roma como los demás judíos, buscaron (como lo había hecho Lidia) un lugar adecuado para seguir adelante con sus negocios, que consistían en la fabricación de tiendas; y sucedió que eligieron Corinto. La ciudad era un puerto famoso, a la vez que un lugar hermoso y saludable; desde un punto de vista comercial, era una elección sensata.

Poco después de que se hubieran asentado en Corinto, Pablo llegó a la ciudad. Estaba solo, no tenía dinero, y para sobrevivir tuvo que dedicarse a su negocio, que consistía en la fabricación de tiendas. Y así, aparentemente, se encontró con Aquila y Priscila que, descubriendo la fe y el negocio que tenían en común, le invitaron a permanecer con ellos y trabajar en su tienda. Podemos considerar que fue una afortunada coincidencia, pero entonces recordamos la historia de cómo Pablo llegó a Filipos y encontró un punto de apoyo en el hogar de Lidia, la mujer de negocios. Obviamente, el control y la providencia de Dios son el hilo conductor que les da a estas historias una estructura común. Por tanto, durante los tres meses siguientes, Pablo, agobiado por penurias económicas, tuvo la oportunidad de ganarse la vida, cubriendo sus gastos y haciéndose un hueco en la ciudad hasta que sus colegas, Silas y Timoteo, llegaron de Macedonia con un regalo de las recién establecidas iglesias del lugar (2 Co. 11:9), lo cual permitió que Pablo dejara de fabricar tiendas y desarrollara una acción evangelística masiva en la ciudad, dedicando todo su tiempo a predicar (18:5).

El meollo de su mensaje a los judíos era, como siempre, que el Mesías de las Escrituras del Antiguo Testamento era, en realidad, Jesús (18:5). La oposición de la sinagoga acabó estallando en un abuso de poder, como había sucedido en otros lugares. De modo que Pablo abandonó la sinagoga y toda su casa, y fundó una iglesia cristiana en la puerta de al lado, que se vio fortalecida por un buen número de gentiles corintios que creyeron y fueron bautizados (18:6-8). Pero no podemos evitar darnos cuenta de la solemnidad de las palabras que usó Pablo en esta ocasión, cuando se fue de la sinagoga. Cuando unos años antes se había producido una situación similar en Antioquía de Pisidia, Pablo había declarado: «A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles» (13:46). Sus palabras en la sinagoga de Corinto fueron más graves todavía: «Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles» (18:6).

Diremos una vez más, porque nunca insistiremos lo bastante sobre este punto, que aquí Pablo no estaba dando rienda suelta al antisemitismo, respaldándolo. Estaba hablando con ese tremendo sentido de la responsabilidad que siempre habían sentido todos los auténticos profetas de Israel, en especial Ezequiel (Ez. 3:16-21; 33:1-5), y, sobre todo, el propio Señor Jesús (Lc. 10:10-16; 11:49-52; 13:34-35; 19:41-44). Ningún hombre de Dios verdadero puede creer que Dios le ha encomendado transmitir un mensaje vital para la salvación del resto de su raza y creer, al mismo tiempo, que puede comprometer ese mensaje cuando se enfrente a la oposición, con impunidad para sí mismo o para los demás, y consolar a los que rechacen el mensaje con el pensamiento de que rehusar la palabra de Dios y la salvación no resultarán inevitablemente en un desastre. Lejos de intentar, traicioneramente, vengarse de su propio pueblo judío, Pablo les estaba diciendo que por orden divina ellos estaban a su cargo; que había hecho todo lo posible por salvarlos; y sólo ahora, cuando la fuerte y constante oposición que

ellos le mostraban le imposibilitaba seguir con su misión, se sentía liberado de su responsabilidad y libre, aunque con gran relucancia, a ver cómo ellos padecían las inevitables consecuencias de su oposición. Dios le había conferido una responsabilidad parecida respecto a los gentiles. Si sus compatriotas judíos creían no sólo que ellos debían rechazar al Mesías Salvador, sino que debían insultar y acusar tanto a él como a su mensaje delante de los gentiles en la sinagoga, entonces Pablo debería trasladarse a la puerta de al lado, donde podría cumplir en paz su misión divina de hablar a los gentiles que deseaban oír acerca del Salvador.

De modo que Pablo abandonó la sinagoga, y el dolor que le causaba, así como la renovada tristeza al ver cómo sus compatriotas judíos se reunían en un edificio y los cristianos en el de al lado; esa tristeza le pesaba en el corazón, y no cabe duda de que empezó a suscitar con mayor intensidad las cuestiones teológicas que antes mencionamos.

Una noche, el Señor habló a Pablo en una visión para animarle a persistir en su predicación; y no fue sólo lo que dijo, sino también las palabras que usó para hacerlo, lo que resultó tan productivo para que Pablo comprendiera la situación que se estaba desarrollando. Lo único que no debemos ignorar son las connotaciones del lenguaje bíblico, cuando leemos las palabras que acompañaron a la visión. «No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (18:9-10). Si no tenemos cuidado, leeremos el sintagma «mucho pueblo» como si sólo significara «muchas personas», como si el Señor dijera que «hay muchos individuos en esta ciudad que se van a convertir». Por supuesto que eso hubiera sido cierto, pero, al centrarse en los individuos, pondría el énfasis en el lugar incorrecto. El término griego en cuestión, *laos*, se refiere a las personas como grupo, multitud o nación. Su plural no quiere decir «personas», «individuos», sino «pueblos» (es decir, «naciones»). La versión de la Biblia que suele estar más extendida, la Reina Valera, traduce correctamente el

pasaje diciendo «tengo mucho pueblo». Aun así, para entender todo el sabor de la expresión en este contexto, debemos recordar que *laos* es la traducción de la palabra hebrea que, a lo largo del Antiguo Testamento, designa a Israel: Dios les llama «mi pueblo». Por medio de Moisés explicó (Dt. 7:7-8), que no les eligió porque fueran un pueblo numeroso; de hecho, eran pocos en comparación con otros pueblos. Pero les amó y les eligió, y se convirtieron en su pueblo.

Y ahora el Señor le dice a Pablo que tiene «mucho pueblo» en Corinto, que serán parte de «su pueblo» en el mismo sentido en que Israel lo fue durante muchos siglos. La diferencia está en que en los tiempos del Antiguo Testamento, mientras que los israelitas eran el «pueblo del Señor», los gentiles no lo eran. Ahora se había producido el cambio: el pueblo del Señor estaría formado tanto por judíos como por gentiles.

En los meses siguientes, tanto en Corinto como cuando se fue de la ciudad, Pablo no dejó de darle vueltas a estas palabras del Señor. Las entendía, por supuesto, como una expresión de la magnificente gracia de Dios: los gentiles, que en los siglos anteriores no había sido pueblo de Dios, ahora iban a recibir esa nueva posición.* Pero Pablo llegó a entender también que el que Dios confiriera ese rango a los gentiles que creyeran no fue un plan de emergencia que había pensado rápidamente cuando los que hasta entonces habían sido su pueblo rechazaron al Mesías. Dios ya había previsto hacía mucho tiempo ese rechazo, y había formulado sus planes para arreglar las cosas cuando se produjera.

Partiendo de Romanos 9:23-26 descubrimos un pasaje que Pablo consideró especialmente iluminador en esta relación: los primeros capítulos de Oseas. En aquellos lejanos tiempos en que vivió el profeta, las diez tribus de Israel se había apartado tanto de Dios que éste ordenó a Oseas que les informara en su nombre de que «vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré

* Cfr. los comentarios de Pedro en 1 Pedro 2:9-10.

vuestro Dios» (Os. 1:9). Por tanto, rechazó a las diez tribus. Pero la gracia de Dios fue tan grande que un instante después (1:10), anunció que llegaría un día en que las diez tribus que ahora «no eran su pueblo» serían restauradas: «Y en el lugar donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío, les será dicho: Sois hijos del Dios viviente». Un poco más adelante Dios repitió la misma promesa: «Y diré a Lo-hammi: Tú eres pueblo mío, y él dirá: Dios mío» (2:23).

Pablo encontraba un gran consuelo en esas promesas: aun si la mayor parte de Israel estaba a punto de rechazar al Mesías y caer, un día sería restaurada; y Pablo refutaba con indignación la idea de que Dios había rechazado de una forma final y permanente a su (antiguo) pueblo Israel, al que conoció de antemano, o que alguna vez lo haría. Es cierto que la nación, en general, titubeaba. ¡Pero no irrevocablemente! De hecho, un día la nación sería salva (Ro. 11:1-2, 11, 26).

Pero aún hay más. En los términos en que Dios había anunciado hacía siglos la restauración de Israel, Pablo discernía tanto los bien establecidos planes divinos como sus intenciones de hacer llegar a los gentiles el honor de convertirse en su pueblo, así como el principio según el cual lo haría. Cuando Israel fuera restaurada, primero tendrían que reconocer que había perdido el derecho a ser llamados «pueblo de Dios». Dios había declarado que «no eran su pueblo». Si les perdonaba y restauraba, y les volvía a conceder el honroso estatus de ser llamados «mi pueblo», esto sería un acto de la pura e inmerecida gracia divina. Por tanto, la conclusión es que si la gracia de Dios estaba dispuesta a y era libre para hacer lo que iba a hacer por los israelitas que habían dejado de ser «pueblo de Dios», ciertamente conferiría la misma salvación y honor a los creyentes gentiles que, en el pasado, nunca formaron parte de ese pueblo.

Por consiguiente, esto era lo que el Señor le estaba recordando a Pablo en su visión nocturna en Corinto. Pablo ya lo sabía de antes, claro está. Hacía mucho tiempo, en el concilio de Jerusalén (15:14), Jacobo había recordado a todos los pre-

sentos que Dios había empezado a «sacar de entre los gentiles un pueblo para sí». Pero la afirmación del Señor en Corinto fue más que un recordatorio. Hizo que Pablo se diera cuenta, con adoración, de que el Señor que estaba con él controlaba la estrategia de evangelización del mundo. «Tengo mucho pueblo en esta ciudad», le dijo a Pablo, y por ello «nadie te atacará o herirá, porque yo estoy contigo» (18:9). Dios siempre había sabido qué pretendía hacer en Corinto, y cuál sería el resultado. Por eso había usado el decreto de Claudio (aunque éste no pudiera sospecharlo) para llevar a Aquila y Priscila a Corinto justo a tiempo para dar a Pablo el punto de apoyo que necesitaba en la ciudad. Ciertamente, desde el punto de vista de Dios, no era un accidente que, mucho tiempo antes, Aquila y Priscila o Pablo (o sus padres), por propia iniciativa, hubieran decidido dedicarse a la fabricación de tiendas como forma de vida.

Ahora, el ser «pueblo de Dios» confería a Israel el honor de ser lo que Pablo definiría más tarde como el gran olivo del testimonio divino al mundo (Ro. 11:17-24). Si los judíos de la sinagoga en Corinto acababan rechazando al Señor Jesús como Mesías, si le insultaban a él y a su evangelio delante de los gentiles, entonces, por su propia acción, se descalificaban del papel que Dios les había concedido; su rama sería desgajada del olivo. Pero Dios siempre había sabido qué hacer después. Lo había previsto. Muchos gentiles (claro está, junto con algunos judíos como Crispo y su familia) creerían en el Señor Jesús como Mesías, y serían bautizados. El les conferiría el honor de ser «el pueblo de Dios», en el mismo grado en que lo fue Israel. A pesar de haber sido ramas silvestres del olivo (algunas de ellas, más bien salvajes, 1 Co. 6:9-11), serían injertadas en éste (Ro. 11:17). Se convertirían en los testigos del Señor en Corinto.

Lo que sucedió en esa ciudad tendría lugar, a la larga, en todo el mundo. Los creyentes gentiles serían predominantemente (aunque no exclusivamente) los que dieran testimonio del Dios verdadero; hasta el momento en que, según una vez

más la estrategia maestra divina, el éxito de ese testimonio a la hora de llevar a billones de personas que antes fueron paganas e idólatras a la fe en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, provocaría en la Israel incrédula envidia, arrepentimiento y restauración como pueblo de Dios y testigos suyos en el mundo (Ro. 11:13-14).

Corinto, el segundo período: el llamamiento renovado al antiguo pueblo de Dios

Cuando la oposición de la sinagoga a la afirmación de que Jesús era el Mesías condujo en la práctica a la fundación de una iglesia cristiana vigorosa y creciente en la puerta de al lado, los judíos hicieron otro intento de oponerse, si no destruir, al cristianismo de la ciudad: persiguieron a Pablo ante el gobernador romano recién llegado, Galio. Alegaron que Pablo estaba persuadiendo a la gente a «honrar a Dios contra la ley» (18:13). Hay cierto debate sobre lo que implicaba esta acusación. Es poco probable que estuvieran acusando a Pablo de traición política, como hicieron los hombres de negocios de Tesalónica (17:6-7); porque, en ese caso, Galio no hubiera podido rechazar la acusación tan fácilmente como lo hizo.

La mejor manera de entender esta acusación es pensar que, al decir «contra la ley» se estaban refiriendo a la ley judía. Afirmaban que la creencia de Pablo de que Jesús era el Mesías era tan radicalmente contraria a las creencias del judaísmo que ni él ni su iglesia en el local de al lado (un tercio de judíos y dos de gentiles), con todas sus prácticas peculiares, tenían derecho a que se les considerara parte del judaísmo.

El objetivo para formular tal acusación contra los cristianos ante el gobernador romano era este: los judíos de Corinto, como los de otras ciudades, eran una «comunidad autorizada», es decir, el gobierno romano la autorizó, por lo que gozaban de todos los privilegios derivados de esta autorización, y de la protección de la ley romana. Por consiguiente, lo que querían

dejar claro es que, dado que las creencias de los cristianos los alejaban del judaísmo, ya no formaban parte de su comunidad autorizada, y no eran una comunidad por propio derecho; no podían apelar a la protección de la ley romana, y quizás* merecieran un castigo por actuar sin la debida autorización.

La validez de su caso dependía de si las creencias de los cristianos eran una herejía tan declarada e incompatible con el verdadero judaísmo como afirmaba la sinagoga local. Por supuesto, eso era una cuestión teológica, y Galio dictaminó que un tribunal romano no tenía por qué pronunciarse sobre el tema. «Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría. Pero si son cuestiones de palabras, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas» (18:14-15).

Así que Galio desestimó el caso y echó a los judíos del tribunal. Por lo cual, el antisemitismo presente siempre bajo la superficie en una ciudad gentil salió a flote: el público rodeó al líder judío de la sinagoga local y le dio una paliza delante del tribunal. Se nos dice que a Galio no le interesó en absoluto. Pero las gentes de otra fe, o que no tengan ninguna, pronto se cansan de las disputas sectarias entre personas que ellas creen que pertenecen a una misma fe, sobre todo cuando una de esas facciones intenta sacar ventaja sobre otra llevándola ante el tribunal. Pocas cosas molestan más al público general.

La secuela

No cabe duda de que la decisión de Galio hizo la vida más fácil para los cristianos en Corinto, y quizás en otros lugares, pero no podía dirimir la disputa básica entre el judaísmo y el

* Como sugiere F.F. Bruce en su libro *The Book of Acts*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1988), p. 353. Ver también C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989), pp. 119-20.

cristianismo. Por supuesto que no. Esa disputa, como otras del estilo, no las pueden dirimir los tribunales humanos. El día de la resolución final debe esperar aquel día del que habló Pablo a los atenienses, cuando Dios juzgará al mundo en justicia por medio de aquel Hombre al que ha designado (17:31).

Bastante tiempo después de que Galio emitiera su veredicto, Pablo abandonó Corinto y se fue a Siria; y ahora Lucas resume en unos pocos versículos (18:18-23) –del mismo modo que lo hizo al principio de la Sección Cinco, cuando Pablo fue conducido a Europa–, los dilatados viajes de Pablo por Éfeso, Cesarea (y seguramente Jerusalén), regresando luego a la base en Antioquía; y después, los inicios de su tercer viaje misionero por las regiones de Galacia y Frigia.

Casi no se nos ofrecen más detalles sobre estos largos viajes, excepto una información crucial; es decir, según lo que Dios aún quería decir a los judíos de Corinto. Cuando Pablo se fue de esa ciudad, se llevó a Aquila y Priscila. Quizás los judíos exhalaban un suspiro de alivio al ver cómo se iban aquellos perturbadores. Pero si fue así, esa paz no iba a durar mucho.

Cuando Pablo llegó a Éfeso, fue, como siempre, a la sinagoga –aún no había una iglesia cristiana en la ciudad–, y razonó con los judíos (18:19). Como solía suceder, al principio le recibieron bien y le invitaron a quedarse más. Pero la voluntad de Dios le hizo declinar con la promesa de que «otra vez volveré a vosotros si Dios quiere» (18:21). Así que se fue, dejando a Aquila y Priscila en Éfeso, y ellos, por supuesto, siguieron asistiendo a la sinagoga.

Un día de reposo, apareció un hombre que venía de Alejandría. Su nombre era Apolos, y parece ser que un cierto relumbramiento de la erudición por la que una vez había sido famosa la ciudad se le había pegado. Era un hombre muy culto, con un experto conocimiento de las escrituras del Antiguo Testamento, y fuego en el espíritu. Había sido instruido en el camino del Señor, pero sólo hasta cierto punto; lo que enseñaba acerca de Jesús era bastante preciso, según nos dice Lucas, pero el

único bautismo que conocía era el de Juan. Sin embargo, se dedicó a exponer en la sinagoga todo lo que sabía. El bautismo de Juan y lo que simbolizaba no era todo lo que se puede conocer y experimentar del cristianismo, como nos demostrará la primera historia del Movimiento 4 cuando llegemos a ella. Pero para Israel era un preludio y una preparación muy importantes para la venida del Mesías. Juan era el precursor oficial de éste, y su bautismo cumplía dos funciones. Objetivamente, servía para anunciar al Mesías y señalarlo delante de Israel: era Aquel que, cuando viniera, y estaba a punto de hacerlo, bautizaría a hombres y mujeres con el Espíritu Santo (Lc. 3:15-17). Pero, subjetivamente, estaba destinado a preparar al pueblo abriéndoles los ojos para que reconocieran al Mesías cuando éste apareciera, y a «ver» su salvación mediante su propia experiencia personal. La preparación absolutamente indispensable, según Juan, era el arrepentimiento. Juan era un profeta judío, al estilo clásico. Su predicación era una exposición y denuncia del pecado de la nación, y su bautismo era tanto una exhortación al arrepentimiento como una manifestación pública de éste por parte de los que lo recibían (Lc. 3:2-6). Sin ese arrepentimiento, ni siquiera Israel reconocería al Mesías cuando viniera.

Básicamente, todos los seres humanos son iguales. El mensaje de Pablo a los atenienses, tanto si eran religiosos como filósofos o ambas cosas, era una exhortación divina a reconocer su propia ignorancia y pecaminosidad, y a arrepentirse. El mensaje de Juan para Israel había funcionado igual. Ahora llegaba Apolos, que recordaba a los judíos efesios la historia reciente del bautismo de Juan, e intentaba convencerles de que Jesús era el Mesías, y prepararles para recibir la salvación.

Por supuesto, en el evangelio cristiano había algo más que el bautismo de Juan; y cuando Priscila y Aquila oyeron predicar a Apolos le invitaron a casa y le explicaron el camino de Dios con mayor exactitud. Fue providencial que estuvieran en Éfeso en aquel momento y fueran capaces de hacer esto por él antes de que él partiera, como lo hizo, a Corinto; porque de otra

manera hubiera resultado un poco embarazoso y confuso para los recién convertidos en la nueva iglesia cristiana de esa ciudad tener entre ellos a un erudito del Antiguo Testamento, un predicador cristiano, que hubiera sabido menos del cristianismo que ellos mismos.

Tal y como sucedió, fue a Corinto totalmente informado, y «fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, mostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo» (18:27-28). A pesar de la división entre judíos y cristianos, parece ser que quedaban vías de comunicación aún abiertas. Apolos las aprovechó al máximo; y podemos estar seguros de que no se olvidó de recordarles el bautismo de Juan, su importancia histórica, así como moral y espiritual.

Y fue una gran bondad por parte de Dios disponer así este testimonio final a los judíos de Corinto. Nos acordamos de lo que sucedió durante la última semana de Jesús en Jerusalén. Los principales sacerdotes, los maestros de la ley y los líderes del pueblo, por aquel entonces ya se habían propuesto destruirle, y se le acercaron mientras predicaba el evangelio al pueblo. Le exigieron imperiosamente que les dijera qué autoridad tenía para hacer lo que hacía, y quién le concedía semejante autoridad.

Y él les replicó usando otra pregunta: «Decidme», les dijo, «el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?» Ellos captaron de inmediato las implicaciones a largo plazo de la pregunta, y como estaban delante de la multitud, no supieron cómo responderla (Lc. 19:47-20:8).

Los judíos de Corinto también habían rechazado violentamente al Jesús que Pablo les había predicado como Mesías, y había denunciado públicamente a los cristianos delante del gobernador romano. Ahora Pablo se había ido, y la iglesia recién nacida podría haber temblado en sus zapatos. Pero Dios les enviaba a Apolos para que debatiera en público con los judíos; Apolos, aquel poderoso erudito y exégeta, que ponía el énfasis en el bautismo de Juan. Fue una gran ayuda para los

creyentes, nos dice Lucas. Esperemos que, en la misericordia de Dios, ayudara también a muchos en la sinagoga; porque muy a menudo lo que impide que las personas entiendan que Jesús es el Cristo no son las dificultades intelectuales, sino el fracaso a la hora de arrepentirse del pecado.

MOVIMIENTO 4

El Espíritu Santo y el nombre del Señor Jesús (19:1-20)

El Movimiento 4 vuelve al tema que destacó en el Movimiento 1: el Espíritu Santo como contraste con los espíritus malignos del paganismo. El Movimiento 4 llevará ese tema a un grandioso clímax, con el triunfo de la palabra del Señor sobre el espiritismo y las prácticas ocultas por las que era tan famosa la ciudad de Éfeso.

En esta relación, el Movimiento 4 también enfatiza el nombre del Señor Jesús. En la primera mitad del movimiento es cuando los doce discípulos de los versículos 1-7 son bautizados en el nombre del Señor Jesús cuando reciben el Espíritu Santo. En la segunda mitad del Movimiento, el uso indebido de ese nombre por parte de ciertos exorcistas judíos (19:13) es lo que conduce a su derrota a manos de un espíritu maligno (19:15-16), y de paso a una nueva revitalización del Nombre del Señor Jesús por todo Éfeso (19:17).

Este énfasis nos lleva de vuelta a ese elemento básico y esencial en el evangelio cristiano, que aparecía en la primera Sección de Hechos: la relación entre el Señor Jesús resucitado y el Espíritu Santo de Dios. El derramamiento del Espíritu Santo a cargo del Jesús ascendido demostró que Dios le había hecho tanto Señor (en el sentido más elevado posible de ese término) como Mesías (2:33-36). El derramamiento del Espíritu Santo ofrecía a todos los que creyeran en el Señor Jesús

un rango espiritual y una experiencia muy superiores a las que podían acceder antes. Pero ahora el Movimiento 4 analiza para nosotros la experiencia de dos grupos de judíos muy distintos, cuya experiencia del Señor Jesús y del Espíritu Santo era incorrecta; por tanto, nos enseña una vez más, y desde un punto de vista muy especial, qué es el verdadero cristianismo.

La estancia de Pablo en Éfeso (1): El Espíritu Santo y una experiencia cristiana incorrecta

El caso de los doce hombres de Éfeso se ha debatido mucho, y sigue debatiéndose, y por lo tanto nuestro intento de comprenderlo debe seguir la línea argumental de la narración tan de cerca como sea posible.

A esos doce hombres se les llama «discípulos»; no se especifica de quién lo eran, y por tanto podemos suponer que en este caso la expresión, como en Hechos en general, significa que eran o afirmaban ser discípulos del Señor Jesús. Al encontrarse con Pablo éste les preguntó: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» (19:2) Es probable que el motivo por el que les hizo esa pregunta fue porque detectó en ellos cierta carestía espiritual. Pero tanto si fue así como si no, su contestación reveló que ciertamente sí existía una deficiencia en su experiencia cristiana. «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo» (19:2), dijeron. Su expresión parece extraña, pero se parece a la de Juan 7:39: «pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado». El significado de Juan 7:39 es claro: el Espíritu Santo aún no había venido, y no lo haría hasta que el Señor Jesús resucitara de los muertos y ascendiera (ver Jn. 16:7); por eso muchas versiones traducen este texto como «el Espíritu aún no les había sido concedido...» Es probable que haya que darle el mismo significado a la respuesta de aquellos doce hombres. Pero, ¿cómo era posible que los discípulos del Señor Jesús no se hubieran

enterado de que el Espíritu Santo ya había venido? ¿Dónde habían estado todo ese tiempo? ¿Y en qué sentido eran discípulos, dada su ignorancia?

«¿En qué, pues, fuisteis bautizados?», les preguntó Pablo. «En el bautismo de Juan», dijeron ellos. Y eso explicó las cosas. El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, como hemos estado considerando. Aquellos que lo aceptaban respondían a la exhortación de Juan de arrepentirse para prepararse para la venida del Mesías. Por tanto, aquellos hombres se habían arrepentido, habían confesado sinceramente sus pecados, se habían bautizado públicamente para expresar ese arrepentimiento, y sin duda habían hecho lo posible, desde entonces, para vivir consistentemente con la posición que habían adoptado.

Ahora bien, el arrepentimiento es de cierto necesario para ser cristiano, pero por sí solo no basta. Se necesita algo más. Y ese «algo» es lo que Pablo pasa a explicarles al decirles lo que el propio Juan el Bautista había dicho que era necesario aparte del arrepentimiento. Pablo les dijo: «Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo *que creyesen en aquel que vendría después de él*, esto es, en Jesús el Cristo» (19:4).

Es evidente que esto era algo nuevo para ellos, pues, de no haber sido así, ¿por qué se lo habría dicho Pablo? ¿Y por qué enterarse era tan importante y decisivo en su experiencia? Lucas dice: «Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo» (19:6). Y no sólo eso. Su caso sentó un precedente. Iba a demostrar, para el resto de los siglos, la diferencia vital entre un discípulo que se ha arrepentido pero que no ha creído personalmente en el Señor Jesús y otro que sí lo ha hecho. De modo que en esa ocasión el Espíritu Santo marcó públicamente la diferencia mediante una señal evidente y especial: «y hablaban en lenguas, y profetizaban».

Más adelante, en Hechos, Pablo nos ofrece la afirmación clásica de los pasos necesarios para convertirse en cristiano en

el sentido auténtico y pleno de la palabra; esto aparece cuando se dirige a los ancianos de la iglesia de Éfeso (20:21). Hay dos pasos, no sólo uno: el arrepentimiento delante de Dios y la fe en nuestro Señor Jesús. Es posible dar el primer paso sin dar el segundo, tal y como evidencia esta historia de los doce hombres; y hemos de temer que puede haber muchas personas que siguen en prácticamente la misma situación que ellos antes de encontrarse con Pablo. También esas personas se han arrepentido sinceramente; confiesan constantemente sus pecados ante Dios; y, en general, aceptan como un hecho que Jesús es el Salvador del mundo. Pero en esa admisión les falta la paz con Dios y la seguridad en sus corazones de que serán salvos de la ira de Dios ciertamente por medio de Cristo. Ahora bien, el Espíritu Santo se complace en impartir esa paz y seguridad a todos los que creen en el Señor Jesús (Ro. 5:1-11). Por tanto, donde falta esta paz y esta seguridad, uno de los motivos puede ser que la persona ha dado el primer paso del arrepentimiento, pero no el segundo, quizás por no entender lo que significa creer personalmente en el Señor Jesús, o, como los doce efesios, al no saber que hay que dar un segundo paso.

Aún queda en pie una pregunta. ¿Por qué, cuando aquellos hombres creyeron, Pablo insistió en que fueran bautizados de nuevo? Ya se habían bautizado con el bautismo de Juan. ¿Por qué hacerles pasar por lo mismo, esta vez en el nombre de Jesús? Podemos estar seguros de que no fue por motivos legalistas de mente estrecha o ritualismos. Fue para establecer una idea sana y necesaria: las personas que aún no han creído personalmente en el Señor Jesús aún no son cristianas, en el sentido más amplio y auténtico de la palabra. Cuando, por primera vez, dan ese feliz paso y se convierten en creyentes, es entonces, y sólo entonces, cuando tiene sentido para ellos bautizarse en el nombre del Señor Jesús. Pablo hubiera incurrido en un triste abandono de su misión si hubiera permitido a la gente pensar que la experiencia deficiente y carente del Espíritu de los doce hombres antes de creer era el verdadero cristianismo.

Esa deficiencia en la experiencia de aquellos hombres tenía un motivo obvio: su falta de conocimiento de la palabra del Señor. Y la consecuencia es que la forma de superar ese tipo de deficiencia espiritual es predicar la palabra de Dios. Resulta estimulante ver cómo se dedicó Pablo a esa tarea. Durante tres meses predicó valientemente en la sinagoga. Cuando ésta rechazó su mensaje, como lo había hecho en Corinto, cuando se opuso al Camino, Pablo les abandonó, se llevó a los discípulos al local de un cierto Tirano, donde predicó durante dos años, hasta que todos los que vivían en la provincia de Asia, tanto judíos como griegos, escucharon la palabra del Señor (19:8-10). Como resultado, no sólo se fundó y creció la iglesia en Éfeso: aparecieron iglesias en lugares que Pablo nunca visitó personalmente, cuando los convertidos en Éfeso se convirtieron en predicadores de la palabra. La iglesia de Colosas, fundada por un converso de Pablo, Epafrodito, es sólo un ejemplo.

La estancia de Pablo en Éfeso (2): Los malos espíritus y la falsa práctica cristiana

La historia de la médium de Filipos ya ha dejado claro que hay que distinguir el cristianismo del espiritismo, que el primero está radicalmente opuesto al segundo, y eso no es negociable. Ahora la última historia principal del Movimiento 4, y de la Sección Cinco en general, vuelve a esta misma idea y la enfatiza: el cristianismo no es magia, ni blanca ni negra, sino su constante enemigo.

Éfeso era famosa ya en el mundo antiguo por sus innumerables formas de magia y práctica ocultas; eso es decir mucho, si consideramos que todo el mundo antiguo estaba a rebosar de éstas. Desgraciadamente, la magia no sólo prevalecía en el mundo pagano: había invadido ciertas esferas del judaísmo, del mismo modo que siglos más tarde invadió el cristianismo, como lo sigue haciendo hoy día. «No tener en cuenta la magia», escribe el Dr. P.S. Alexander, «sería pasar por alto un área de

inmensa importancia para el estudio del primitivo judaísmo... La magia floreció entre los judíos a pesar de la incisiva y persistente condena de las autoridades religiosas».* Ahora presenciaremos un triste ejemplo de ello, y la moraleja de la historia, tal y como la registra Lucas, es exponer que la magia puede pretender ser una forma legítima o una aplicación del cristianismo.

Pero antes que nada, en nuestra reacción contra la magia debemos evitar ir al otro extremo, igualmente erróneo. El Nuevo Testamento demuestra en muchos lugares su creencia en la existencia de un demonio personal, y en los espíritus malignos, y en la posibilidad de la posesión demoníaca y la necesidad del exorcismo. La teología liberal ha negado a menudo la existencia de tales cosas, y o bien las ha atribuido a la calenturienta imaginación de los cristianos que vivían en una era precientífica, o las ha explicado como elementos mágicos que se colaron en el cristianismo procedentes del mundo pagano que lo rodeaba. Pero esta explicación no funciona, porque impugna la autoridad y la práctica del propio Señor Jesús. A menudo se nos dice que expulsó a espíritus malignos, y alguien que se equivocara de tal manera acerca del problema del mal, hasta el punto de luchar con espíritus que no existían, no podría pretender ser el Salvador del mundo, y mucho menos el Dios encarnado.

Este mismo pasaje de Hechos comienza mencionando unos milagros extraordinarios que Dios realizó a través de Pablo cuando éste estaba en Éfeso. Pero no eran magia. Observemos el cuidadoso lenguaje que usa Lucas en el versículo 11: Dios hizo los milagros mediante Pablo, su instrumento. En esta ocasión, Dios utilizó métodos poco frecuentes. Lucas no sólo lo admite, sino que centra la atención en ese punto. Dios usó

* Ver E. Schurer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, vol. 3.1, revisada y editada por G. Vermes, F. Millar, M. Black (Edimburgo: T. & T. Clark, 1979), p. 342.

incluso los pañuelos y delantales de Pablo. Pero fue Dios quien ejerció el poder e hizo los milagros; en los pañuelos y delantales no alentaba poder mágico alguno. Cuando un oficial de la reina descansa su cetro en el hombro de alguien y le ordena hacer esto o aquello, es cierto que el cetro expresa la autoridad de la reina delegada en el oficial, y respalda la orden; pero el cetro carece de poder mágico en sí mismo. ¿Cuál es la diferencia entre lo que hizo Pablo y lo que hicieron (o intentaron hacer) los siete judíos sobre los que estamos a punto de leer?

El mundo antiguo, como hemos dicho, estaba repleto de practicantes del ocultismo, que iban por ahí ganándose la vida afirmando curar enfermedades y expulsar demonios. Entre ellos había judíos, y Lucas nos llama la atención sobre una familia en particular, un padre y sus siete hijos. Lucas nos dice que el padre era un sumo sacerdote judío. No podemos saber si este era un título falso que el hombre había adoptado para potenciar su prestigio profesional o si en realidad era hijo de una familia sacerdotal judía. Si era así, es muy triste contemplar a un hombre procedente de semejante trasfondo degradándose hasta tal punto. Sea como fuere, sus siete hijos, como muchos otros magos judíos, se dedicaron a invocar el nombre del Señor Jesús sobre aquellos que estaban poseídos por demonios. Decían algo así como «Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo» (19:3). Y aquí tenemos la esencia de la superstición y la magia, y su distinción de la fe.

Alguien puede protestar diciendo: «Pero debían tener fe en Jesús si invocaban su nombre. Después de todo, se ganaban la vida practicando exorcismos y cosas parecidas, y seguro que lo que no iban a hacer era usar un nombre en el que no tendrían fe».

Pero eso vuelve a suscitar la pregunta: ¿qué es la fe? El hecho de que aquellos hombres consideraran que el nombre de Jesús tenía cierta potencia no implica que creyeran en el Señor Jesús en el sentido bíblico de la frase. Por ejemplo, una de las técnicas de los exorcistas paganos era incluir, entre los muchos nombres que usaban como conjuros y encantamientos, el

nombre que se le da a Dios en el Antiguo Testamento. C.J. Hemer cita como ejemplo una estela pagana de Puteoli, que contiene una invocación donde figuran entre otras las palabras Sabaoth, el nombre santo Iao (= Yahvé) y Él, junto con otros nombres como Miguel y Nefto;* y el tan citado «papiro mágico» de París contiene la frase: «Te conjuro por Jesús, el Dios de los hebreos». En los tiempos del Nuevo Testamento los judíos consideraban que el nombre de Dios, Yahvé, era tan sagrado que en los círculos ortodoxos nadie lo pronunciaba. Usaban un sustituto, como lo hacen hoy en día. Así se había convertido en una especie de nombre arcano, y a los ojos de los practicantes de la magia, el conocimiento de ese nombre les confería un gran poder. Era, literalmente, un nombre para conjurar.

Este uso que le daban los paganos al nombre de Dios es evidente que no implicaba una fe genuina en él. Más bien al contrario. Su uso, tanto del nombre de Dios como del arcángel Miguel y de Nefto era, por implicación, una negación de la unicidad de Dios: Iao (una forma de Yahvé) era para ellos meramente un nombre poderoso entre muchos. Eso, en sí mismo, ya era una blasfemia.** Además, no tenía en cuenta el carácter moral de Dios: para ellos Iao era simplemente un poder espiritual sobrenatural, y lo único que les interesaba era poder usar en beneficio propio ese poder. No les interesaba más el carácter moral de Dios que al hombre de nuestro tiempo le interesa la electricidad a la que conecta sus electrodomésticos. En realidad, lo que les interesaba no era Dios como Persona; era simplemente su nombre, usado como conjuro o encantamiento.

* C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989), p. 121.

** La expresión de Pablo en 1 Timoteo 5:21 es un mandamiento formulado en la presencia de Dios, Cristo Jesús y los ángeles elegidos; no es un conjuro basado en sus poderes combinados.

Lo mismo pasaba con los hijos de Esceva. No les interesaba la enseñanza moral de Cristo, ni tampoco la espiritual. No habían creído en el Señor Jesús en el sentido bíblico de la frase: no se habían arrepentido de sus pecados, ni habían buscado el perdón y la reconciliación con Dios por medio de la fe en el Señor Jesús. No eran cristianos: nunca pretendieron serlo. Para ellos Jesús era simplemente el nombre de algún gran poder espiritual en el mundo transvisible, que un mago experto podía controlar para usarlo si conocía la fórmula exacta, el conjuro o el encantamiento. Habían contemplado los milagros que Pablo había hecho en el nombre del Señor Jesús, y pensaron que ese nombre era lo bastante útil como para añadirlo a su repertorio. No disfrutaban de una relación personal con el Señor, como evidencia la propia fórmula que intentaron usar: «Os conjuro por Jesús, *el que predica Pablo...*» (19:13). Su actitud era la de la moderna teosofía o de algunas formas del budismo, según la cual Jesús es uno de los miembros de la así llamada «hermandad blanca», o un buda que ha superado la necesidad de reencarnarse, y que está disponible, junto con muchos otros seres semejantes, para ayudar a hombres y mujeres si conocen y aplican la técnica correcta para inducirle a hacerlo.

Esto no es ni auténtica doctrina cristiana ni verdadera fe. Cómo mínimo es una burda superstición y, como máximo, demonismo. Quedó bien patente qué era la versión particular de Éfeso: lo único que consiguió fue permitir que ese mundo espiritual que es tan real contraatacara a aquellos hombres. Y aún hoy día, aquellos que afirman ser capaces de dominar los poderes del mundo espiritual no son en realidad sus señores, sino sus víctimas.

La secuela

Cuando se extendió el rumor del incidente, dice Lucas, todos sintieron temor, y el nombre del Señor Jesús fue magnificado (19:17). Ciertamente, el uso tan estudiado que

hace Lucas de «Señor Jesús» a lo largo de todo este movimiento (19:5, 13, 17), contrasta marcadamente con el modo en que los siete hijos de Esceva y el espíritu maligno se refieren simplemente a «Jesús» (19:13, 15),* y no cabe duda de que establece un patrón de debida reverencia.

El efecto sobre aquellos que ya eran creyentes fue especialmente saludable. El miedo al espiritismo a veces tarda en morir en aquellos que se han convertido del paganismo, al estar reforzado por las prácticas de sus familias y las presiones sociales. Pero, liberados por esta demostración de la autoridad del Señor Jesús, y forzados a contemplar la verdadera naturaleza del espiritismo, vinieron y confesaron que habían seguido practicando algunas de aquellas cosas en secreto. Muchos también trajeron sus libros sobre artes ocultas convirtiéndolas en una fogata pública y de lo más cara.

«Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor»; y, aunque este comentario es uno de los resúmenes formales con que Lucas indica el final de una sección y el principio de otra (19:20), no está ahí sólo por eso. La fortaleza contra la superstición es la fe, y la auténtica fe viene por la Palabra de Dios, su lectura y su predicación (Ro. 10:17). El Señor Jesús se enfrentó a las tentaciones del diablo en el desierto (Lc. 4:4, 8, 12) precisamente con estas afirmaciones detalladas y autorizadas de la Palabra de Dios, entendidas con la mente, creídas con el corazón y aplicadas en la vida. Debilitemos o destruyamos la fe en la Palabra de Dios, y lo que obtendremos no será siempre la incredulidad, pura y simple, sino la apertura de las puertas para que el cristianismo se vea invadido por las espantosas supersticiones y prácticas ocultas tanto del antiguo como el moderno paganismo, como por ejemplo el del movimiento de la Nueva Era. Todos los cristianos

* Ver 1 Corintios 12:2-3. La inacabable repetición del nombre «Jesús», aislado, en manos de grupos hiper-espirituales, como si fuera una especie de encantamiento, es una práctica preocupante.

deben mantener la guardia alta. El deseo de experiencias espirituales inmediatas puede conseguir que los individuos y las congregaciones se impacienten por tener que estudiar a fondo la Biblia y predicarla, y les lleven a la tentación de dejar de lado la Escritura a favor de otros programas y procedimientos más excitantes. Pero es una tentación que hay que resistir a toda costa, si deseamos vencer en la batalla espiritual.

Sección Sexta

El cristianismo y la defensa y
confirmación del evangelio
(19:21–28:31)

Observaciones preliminares

Los Movimientos

- Movimiento 1:* La defensa de la adoración a la naturaleza y la defensa de la iglesia de Dios (19:21 - 21:16)
- Movimiento 2:* El evangelio juzgado por su respeto a la conciencia (21:17 - 23:11)
- Movimiento 3:* El evangelio juzgado por su actitud respecto a la moral y a la ley (23:12 - 24:27)
- Movimiento 4:* El evangelio juzgado por su mensaje para César y para el mundo (25:1 - 26:32)
- Movimiento 5:* Las tempestades naturales y el gobierno de Dios, el Rey (21:1 - 28:31)

Sección Sexta

El cristianismo y la defensa y confirmación del evangelio (19:21–28:31)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

En la sexta y última sección de su narración, apreciamos en Lucas un nuevo y notable cambio. Esta sección se abre con la afirmación de que, al cabo de dos años y tres meses de constante y tremendamente provechoso ministerio en Éfeso, Pablo notó en su espíritu una fuerte tendencia a regresar a Jerusalén y, después de eso, por primera vez en su vida, ir a Roma (19:21). Por tanto, cuando se fue de Éfeso lo hizo con estas intenciones en mente.

Si las cosas hubieran salido como había planeado, puede que hubiera seguido predicando el evangelio del mismo modo que hasta entonces, y puede que la narración de Lucas hubiera contenido más resúmenes de sus sermones. Pero no iba a ser así. Al abandonar Éfeso pasó a Macedonia, afirmando las nuevas iglesias. Después pasó tres meses en Grecia, seguramente haciendo lo mismo. Pero justo cuando estaba a punto de zarpar hacia Siria, descubrió un complot que habían organizado contra él los judíos locales y, en lugar de ir por mar, se dirigió por tierra al norte, atravesando Macedonia. Pero, a medida que seguía viaje, en cada ciudad por la que pasaba el Espíritu Santo empezó a advertirle que tenía por delante muchas dificultades, problemas y prisiones (20:22-24). Sin

amedrentarse, siguió adelante, pero apenas llevaba dos semanas en Jerusalén cuando las advertencias empezaron a traducirse en realidades. En el templo se produjo un tumulto, y se encontró en medio de él. Los soldados romanos lo detuvieron, y pasó los cuatro años siguientes prisionero.

Atrás quedaron los días en que predicaba libremente el evangelio en las sinagogas o los mercados. En su lugar, comenzaron los interrogatorios, las investigaciones judiciales, las apelaciones y los juicios. Pese al cansancio que esto le produciría, y a lo frustrante de todos aquellos meses y años de esperar en prisión o sometido a un arresto domiciliario, la situación debió proporcionar a Pablo muchas oportunidades para hacer lo que antes no se le había pedido que hiciera. Hasta entonces había predicado directamente, había dado conferencias y expuesto el evangelio; ahora se vio obligado a defenderlo.

No hace falta un argumento demasiado dilatado para probar la sabiduría de Lucas, demostrada cuando dedica el resto del libro a relatar la defensa de Pablo. Si hubiera querido, no cabe duda de que Lucas podría haber ofrecido muchos más ejemplos de los sermones de Pablo, y haber relatado todos sus viajes y mencionado todas las iglesias que fundó después de que le liberaran de la cárcel. Pero unos cuantos ejemplos más de sus sermones no hubieran añadido gran cosa a nuestra comprensión del evangelio que predicó, dado que no hubieran diferido mucho de los resúmenes que ya hemos leído. Y una descripción de sus viajes posteriores y de las iglesias que levantó tampoco nos hubiera proporcionado información significativa sobre el tipo de trabajo que hacía, sino sólo acerca de su extensión.

Por otra parte, no podemos leer esta última sección de Lucas sin darnos cuenta de que, en los relativamente pocos años que Pablo había estado predicando el evangelio y fundando iglesias cristianas por toda Asia Menor y Europa, se habían puesto en circulación graves malentendidos tanto de su actitud como del evangelio que predicaba, cada vez a mayor escala. Si hubiera permitido que esas malas interpretaciones hubieran echado raíces y se hubieran extendido sin control, sin refutarlas pú-

blicamente, y en el grado más elevado por si fuera poco, pronto hubieran habido muchos lugares donde las personas sensatas e inteligentes hubieran rechazado escuchar el evangelio, y mucho menos creerlo. Y lo que es más, muchos cristianos, en especial en lugares como Jerusalén, confundidos por los extendidos pero falsos rumores acerca de qué era lo que Pablo defendía, podrían haber llegado a la conclusión de que era una influencia peligrosa, por no decir un hereje descarado. Por consiguiente, era urgente que Pablo dejara de dedicarse al cien por cien a su evangelismo misionero, y en lugar de predicar simplemente el evangelio, lo defendiera al máximo tanto en Jerusalén en el este como en Roma, en el oeste.

Los malos entendidos y tergiversaciones no cesaron, inmediatamente después de que Pablo defendiera públicamente el evangelio. Era, pues, necesario y urgente que Lucas pusiera por escrito su defensa y la extendiera lo máximo posible por el mundo antiguo. Y aun hoy día, Pablo no es el apóstol más querido ni su evangelio el más fácilmente comprendido y aceptado, en muchos lugares. Las personas reaccionan bien a la exposición del amor de Dios que hace Juan; se identifican con Pedro, el apóstol que negó Señor, apreciando sus cálidas y comprensivas exhortaciones; y admiran las exigencias directas que hace Santiago sobre llevar una vida correcta y practicar buenas obras. Pero Pablo, con su insistencia en la justificación por la fe por medio de la gracia, y su denuncia de la salvación por obras, a algunos les parece demasiado legalista y poco atractivo, y a otros justo lo contrario: peligrosamente antinomista. Por tanto, fue la propia sabiduría de Dios la que llevó a Lucas a dedicar la última sección de su libro a la defensa que hizo Pablo tanto del evangelio como de sí mismo, para que, si habíamos caído en algún malentendido, seamos libres de él.

Algunos de esos malentendidos que rodeaban a Pablo eran, sencillamente, absurdos. El tribuno militar que le libró de las manos del populacho en Jerusalén, ¡creía que Pablo era el líder egipcio de un grupo terrorista de cuatro mil miembros (21:37-39)! Otras de las cosas de que se le acusaba eran, cuanto

menos, plausibles. El retórico orador que habían contratado los judíos para encargarse de la acusación ante Félix afirmó: «Hemos hallado que este hombre es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos» (24:5). Bueno, la verdad es que en ciudades como Tesalónica y Berea la predicación de Pablo había producido alborotos, pero quién era el que los inició es otra cuestión muy distinta, como ya vimos.

Otras tergiversaciones de la doctrina y conducta de Pablo eran más comprensibles. Nacieron porque las personas habían recibido un informe unilateral de lo que hacía y enseñaba Pablo, y habían pasado a sacar conclusiones aparentemente justificables pero en realidad falsas a partir de aquellos informes. A medida que escuchamos cómo Pablo aclara esos malentendidos para sus contemporáneos, también nosotros eludimos la posibilidad de sacar deducciones incorrectas sobre lo que hemos leído hasta ahora de su doctrina y práctica, en las primeras secciones de Hechos.

Tomemos sólo un ejemplo. Pablo hubiera estado de acuerdo, tanto en la teoría como en la práctica, con la lección que recibió Pedro en la Sección Tres, de que Dios abrogara las leyes alimenticias y las de pureza ritual que hubieran impedido que Pedro entrara en casas de gentiles y hubiera comido con ellos. Ese «muro de división» había sido derrumbado. Pedro no sólo era libre de comer con los gentiles, sino que, en círculos cristianos, tenía la obligación de hacerlo. Rehusar comer con ellos, o incluso evitar esa situación, hubiera supuesto una negación implícita del evangelio, como le recordó agudamente Pablo en una ocasión (Gá. 2:11-21). Pero por muy firmemente que Pablo creyera y practicara este principio, nunca hubiera soñado con extenderlo para abarcar al judaísmo. Cuando visitaba el templo de Jerusalén, jamás intentó cambiar sus leyes de pureza ritual y ceremonial, ni tampoco las menospreció. Contrariamente a lo que afirmaron los judíos de Asia (21:28-29), jamás intentó llevar a los gentiles, ni siquiera cuando eran cristianos, a las zonas del templo adonde tenían prohibido el acceso.

Resulta sencillo apreciar la sabiduría de Lucas al dedicar la última sección de su obra a la defensa que hizo Pablo del evangelio. Lo que no es tan fácil de ver, a primera vista (al menos para muchos lectores) es por qué tuvo que registrarlo con esa extensión —es casi un tercio del libro— y tanto detalle, y con lo que parece ser, a primera vista, una cierta repetición.

En cierto nivel podemos explicar esa cantidad de detalles apuntando al hecho de que, durante la mayor parte de ese período, Lucas fue de nuevo un compañero de viajes de Pablo y testigo de algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar. Por consiguiente, estaba en posición de reunir una gran cantidad de información detallada. En segundo lugar, es obvio que tenía buenos ojos para detectar las grandes historias, una tremenda tendencia a los informes vívidos, detallados y precisos, y una magistral capacidad para esbozar, con cuatro movimientos de su pluma, las idiosincrasias, puntos fuertes, debilidades, actitudes y reacciones típicas de las personas a las que retrata en su relato. Su descripción del naufragio, en Hechos 27, tan larga, detallada —técnica y geográficamente precisa—, es famosa y con razón.* Pero también lo son muchos deliciosos episodios, como la forma en que el tribuno, en su carta al gobernador, se las arregla para «matizar» el orden de los acontecimientos y dar la impresión de que él ya había descubierto que Pablo era ciudadano romano antes y en mejores circunstancias en que lo hizo;** o ese modo tan abrupto en que Félix puso punto y final a la exposición de Pablo, tan molesta para su conciencia, cuando se dio cuenta de que ésta podría interferir con el verdadero propósito de sus frecuentes visitas, que según decía eran para enterarse del punto de vista de Pablo (24:24-27).

Sin embargo, podemos estar seguros de que Lucas tenía un propósito más profundo que el de simplemente esbozar con

* Para un debate reciente y completo sobre su precisión e historicidad, véase, de C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989), pp. 133-52.

** Cf. 23:27 con los hechos reales, en 21:31-39 y 22:24-29.

detalle las circunstancias que rodearon la vida de Pablo durante ese período. Pablo estaba dedicado a la defensa del evangelio, como diría más tarde en una carta a la iglesia de Filipos (Fil. 1:16). Pero, para defender correctamente el evangelio, tendría que hacer algo más que defenderlo: tendría que defenderse a sí mismo, su carácter y su conducta. En las diversas reuniones públicas, en las investigaciones judiciales y los juicios, no cabe duda de que tanto el público como el tribunal estarían interesados en escuchar su exposición del evangelio y en descubrir que no se trataba de propaganda política subversiva, ni de las enfermizas lucubraciones de una secta rocambolesca. También sopesarían su carácter y personalidad, filtrando los informes sobre su conducta presente y pasada, con el resultado de que cualquier impresión que se formaran del evangelio estaría inseparablemente unida e influenciada por su evaluación del propio Pablo. En ese sentido, Pablo *era* el evangelio.

Es evidente que Pablo era consciente de este hecho, y por eso no se contentó simplemente con corregir la versión de sus acusadores sobre lo que había hecho o no en el templo. Seguramente, por propia iniciativa, decidió relatar dos veces la historia de su conversión (22:1-21; 26:9-23); porque el efecto que produjo el evangelio sobre su vida y conducta, su punto de vista, sus aspiraciones, objetivos y métodos, formaba parte integral de la defensa del propio evangelio.

No sólo Pablo era consciente de esto, también Lucas, de modo que sus largas y detalladas descripciones de las actitudes de Pablo, de sus reacciones y conducta en general, en muchas y diversas situaciones durante este período, permitieron a los primeros lectores de Lucas —y aún hoy a nosotros— contemplar a Pablo en acción, estudiar su carácter y personalidad, compararle con las otras figuras clave de la historia que se iba desarrollando, sacando así sus propias conclusiones acerca de él.

Entonces, ¿qué clase de hombre era Pablo? La detallada narración de Lucas nos permite percibir la estudiada cortesía y propiedad con que se comportaba tanto en lo que respecta al templo pagano de Éfeso como a los objetos de su veneración

(19:37); su actitud hacia el dinero (20:33-35), comparada con la de los hombres de negocios de la ciudad (19:24-27) y con la del gobernador Félix (24:26); su valor moral y físico (20:19-20, 23-24, 27; 21:10-13; 21:31-32 con 21:39-22:21; 27:20-26, 30-35), y su equilibrada actitud ante el sufrimiento: estaba dispuesto a pasar por lo que fuera, incluyendo la muerte, por su lealtad hacia el Señor Jesús y hacia el evangelio, si fuera necesario (20:24; 21:13), y hacerlo sin deseos de venganza (28:19); pero tampoco es que estuviera deseoso de padecer innecesariamente (22:24-29; 25:10-11). En la narración de Lucas vemos a un hombre preocupado por la alta teología y la pureza doctrinal (20:30), pero que insistía también en la responsabilidad social de la iglesia (20:35); un hombre que lleva su parte (y más) de las cosas prácticas propias de esta vida (20:33-34; 27:30-36; 28:3). Lucas escribe fielmente sobre la opinión que voceaba en público Festo, que decía que Pablo era un erudito loco (26:24); pero, al mismo tiempo, su informe preciso y vívido nos permite sacar nuestras propias conclusiones sobre quién era el fanático (19:34; 23:12-13); en qué sentido Pablo era sectario, si lo era (24:14; 26:4-7); si tenía o no prejuicios contra su propia nación, Israel (24:17; 28:17-20) cuando él, a diferencia de muchos, disfrutaba del rango superior de ciudadano romano (22:27-28); y el modo en que reaccionaba frente a la corrupción cada vez que se enfrentaba a ella, tanto en la religión (23:1-3, 14-17) como en la administración civil (24:26; 25:3, 9-11).

Por tanto, podemos apreciar al menos parte del motivo por el que Lucas ha llenado la última sección de Hechos con tantos detalles. Pero, ¿qué diremos sobre sus aparentes repeticiones machaconas? Hay dos alborotos relacionados con templos, uno en Éfeso (19:23-41), otro en Jerusalén (21:27-22:22). Dos largos viajes, uno de Éfeso a Jerusalén (20:1-21:16), el otro desde Cesarea a Roma (27:1-28:16). Dos interrogatorios, uno ante el Sanedrín (22:30-23:10), otro ante Festo y el rey Agripa (25:23-26:32). Dos juicios formales, uno ante Félix (24:1-23), el otro ante Festo (25:6-12). Dos intentos de emboscar y asesinar a Pablo, uno cuando iba desde el castillo hasta el Sanedrín, en

Jerusalén (23:12-21), el otro en el camino desde Cesarea a Jerusalén (25:2-3). Pablo cuenta dos veces su conversión (22:3-21 y 26:4-18), y nos informa de dos cartas importantes, una escrita por el tribuno Lisias al gobernador Félix (23:25-30) y otra que Festo tuvo que escribir al emperador, pero sin saber qué escribir en ella, como explicó luego al rey Agripa (25:13-27).

Lo primero que hay que decir sobre estos aparentes pareados es que nos recuerdan ese otro conjunto de pares que aparecían en la Sección Uno.* Al examinar aquéllos más atentamente, resultaron no ser una mera figura retórica, sino relatos de acontecimientos similares pero independientes. Lo mismo sucede en la Sección Sexta. Esos pares aparentes no son el resultado de una ficción literaria. Los acontecimientos que describen tuvieron lugar de verdad, y cuando examinamos de cerca los elementos de cada pareado vemos que, aunque son parecidos, en cierto sentido importante son distintos, y a menudo podemos usarlos para presentar aspectos diferentes y complementarios de sus temas comunes.

Después de todo, Pablo tuvo que efectuar dos grandes viajes, uno para ir desde Éfeso a Jerusalén y el segundo más de dos años después, de Cesarea a Roma; pero las condiciones del segundo fueron notablemente distintas de las del primero. Se produjeron dos revueltas relacionadas con un templo, pero el primero era pagano y generó unas preguntas distintas a las que lo hizo el segundo alboroto, en el templo de Jerusalén.

Hubieron dos interrogatorios formales, intentos por parte de los oficiales romanos de llegar al fondo de las acusaciones de los judíos contra Pablo. Pero éstas tuvieron lugar delante de dos organismos muy distintos. El tribuno romano, que sabía

* Ver pp. 32-33. Existen otras notables similitudes entre la Sección Seis y la Uno: el arresto de Pedro y Juan y el de Pablo, en el templo; el encarcelamiento de Pedro y Juan (y luego el de todos los apóstoles) y el de Pablo; la aparición de Pedro y los apóstoles dos veces ante de los sumos sacerdotes y el Sanedrín, y la aparición de Pablo ante el sumo sacerdote y el propio Sanedrín; y la mención explícita de los saduceos (4:1-6; 5:17 y 23:1-10).

que no podría encontrarle un sentido a lo que gritaba la multitud que pedía la cabeza de Pablo, lo llevó ante el Sanedrín en un intento de averiguar cuál era el auténtico problema. Festo, incapaz de descubrir la auténtica verdad en el tribunal formal que presidía, llevó a Pablo ante el rey Agripa y su hermana Berenice. Por tanto, es bueno tener los resultados de estos dos interrogatorios ante distintos organismos; también es importante disponer de las dos afirmaciones explícitas tanto del tribuno romano como del gobernador Festo: por lo que ellos podían entender, Pablo no había cometido ningún crimen.

La acusación original contra Pablo era la de haber llevado a unos griegos al templo de Jerusalén. Por supuesto, esta era una ofensa capital. En el templo había advertencias suficientes que decían a los gentiles a partir de dónde no podían pasar, bajo pena de muerte. Era una prohibición que respaldaba tanto la ley judía como la romana. De haber podido probar que Pablo metió en el templo a unos gentiles, los romanos le hubieran entregado al Sanedrín, para que hicieran con él según la ley.

Pero, tras una investigación, realizada repetidamente en dos interrogatorios y dos juicios, resultó que la acusación carecía de fundamento, y fue rechazada. Pero la intensidad del odio de los judíos contra Pablo seguía sin mermar; y los oficiales romanos decidieron al final que la causa real era, como expresó Festo, «ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo» (25:19).

Con esto llegamos al centro de la defensa del evangelio a cargo de Pablo. Desde su primera aparición ante el Sanedrín en Jerusalén hasta su encuentro con los ancianos de la comunidad judía en Roma, Pablo insistió en que lo que estaba en juego en realidad no era su propia conducta, sino la resurrección de Jesús. La verdadera contienda entre el cristianismo y el judaísmo, hasta hoy en día, no es, pese a todo lo que se diga, quién fue el verdadero responsable de la muerte de Cristo. La verdadera piedra de tropiezo entre ambas religiones (y entre el cristianismo y cualquier otra religión y filosofía, por extensión) es si Jesús, que murió, resucitó en realidad de entre los muertos.

Lucas ha entendido la importancia de la insistencia paulina sobre este punto; y, obviamente, no se detuvo por temor a que le acusaran de repetitivo, y la repitió cuatro veces:

23:6 «Acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga».

24:14 «Teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos».

26:6-8 «Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio... Por esta esperanza... soy acusado por los judíos. ¡Qué! ¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos?»

28:20 «Por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena».

Resulta fácil decir que los fariseos, que eran mucho más numerosos que los saduceos, creían que un día habría resurrección de entre los muertos. Ciertamente, no estaban acosando a Pablo ante el tribunal romano por creer en esta resurrección. También ellos respaldaban la esperanza de Israel, pero, al mismo tiempo, se hubieran opuesto a la afirmación de Pablo de que Jesús había resucitado de los muertos.

Esto es así hasta cierto punto. Pero no toca el verdadero fondo del asunto. Si Pablo hubiera sostenido que algún otro hombre desconocido había resucitado de entre los muertos, incluso los saduceos lo hubieran dejado de lado como el lunático que Festo pretendía que era. No hubiera habido motivo para la dura animosidad y la persecución y acusación de Pablo.

Entonces, ¿a qué se debía toda esa intensidad e ira? A que Pablo decía que la esperanza de Israel prometía que había algo más que una resurrección general de los muertos, algún día. Según Pablo, la esperanza de Israel, de la que eran testigos Moisés y los profetas, era que el Mesías debía padecer (es decir, morir) y luego, como el primero en resucitar de los muertos, estaba destinado a proclamar la luz para todo el pueblo (de Israel) y para los gentiles (26:22-23).

Ahora Jesús había afirmado ser ese Mesías y, para poder destruir esa afirmación, los líderes de la nación, irónicamente,

le habían empujado a la muerte. Ahora tenían que negar, a toda costa, que había resucitado. Esa era la auténtica razón, según Pablo, de que le persiguieran con tamaña persistencia y vigor; pero, al hacerlo, estaban negando lo que, en definitiva, era la esperanza más gloriosa de Israel, e intentando apagar la luz que esa resurrección proyectaba sobre Israel y todas las naciones.

Por supuesto, no estaban de acuerdo con Pablo al respecto, como se dio cuenta Festo con cierta agudeza (25:19). Pero ahí esta el *quid* de la cuestión.

La disposición formal que hace Lucas del material de esta sección en cinco movimientos viene determinada, en su nivel básico, por las divisiones geográficas principales del viaje de Pablo, primero a Jerusalén y luego a Roma (19:21). El primer movimiento toca el viaje de Éfeso a Jerusalén (19:21-21:16).

El segundo relata qué le sucedió en Jerusalén (21:17-23:11); y concluye con un mensaje especial del Señor a Pablo, alabando cómo había dado testimonio en Jerusalén, e indicándole que en Roma tenía que hacer lo mismo.

El tercer movimiento (23:12-24-27) describe cómo y por qué fue llevado desde Jerusalén ante el tribunal del gobernador romano Félix, en Cesarea; y también por qué, aunque Pablo era claramente inocente, Félix difirió su veredicto y dejó encarcelado a Pablo dos años.

El cuarto movimiento (25:1-26:32) nos cuenta cómo, cuando Festo sucedió a Félix, y un juicio delante de éste resultó no arrojar luz alguna, Festo se sintió inclinado a ceder a la petición de los judíos de que Pablo fuera enviado de nuevo a Jerusalén para investigar más a fondo su caso. Por lo que, para evitar esto, Pablo apeló al César.

El quinto y último movimiento describe cómo Pablo fue enviado directamente desde Cesarea a Roma, cuenta qué sucedió en el camino, y concluye con un breve esbozo de cómo invirtió el tiempo allí esperando que su caso se juzgara (27:1-28:31).

Por supuesto, esta disposición hace algo más que enseñarnos geografía. Podemos apreciar qué más nos enseña echando un vistazo a la siguiente tabla de contenidos.

MOVIMIENTO 1:

La defensa de la adoración a la naturaleza y la defensa de la iglesia de Dios (19:21-21:16)

DE ÉFESO A JERUSALÉN

A: El tumulto y su apaciguamiento (19:24-25)

1. *La queja*

«... este Pablo... ha apartado a muchas gentes con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos... hay peligro de que... el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada...» (19:26-27)

2. *El peligro*

«Y la ciudad se llenó de confusión» (19:29). «... algunas de las autoridades de Asia, que eran sus amigos, le enviaron recado, rogándole que no se presentase en el teatro» (19:31); «Pero... todos a una voz gritaron casi por dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!» (19:34)

MOVIMIENTO 2:

El evangelio juzgado por su respeto hacia la conciencia (21:17-23:11)

JERUSALÉN

A: El tumulto y el rescate (21:17-36)

1. *Las acusaciones*

«Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo... y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar» (21:28).

2. *El peligro*

«Así que toda la ciudad se conmovió, y se agolpó el pueblo... y procurando ellos matarle...» (21:30-31)

MOVIMIENTO 3:

El evangelio juzgado por su actitud hacia la moral y la ley (23:12-24:27)

CESAREA - FÉLIX

A: La emboscada fallida y la escapatoria (23:12-24)

1. *El complot*

Más de cuarenta judíos «se juramentaron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo» (23:12).

2. *El peligro*

El sobrino de Pablo informa del complot al tribuno (23:19-22). «Los judíos han convenido en rogarte que mañana lleves a Pablo ante el concilio... Pero tú no les creas... más de cuarenta hombres de ellos le acechan» (23:20-21).

MOVIMIENTO 4:

El evangelio juzgado por su mensaje para César y para el mundo (25:1-26:32)

CESAREA - FESTO

A: La emboscada planeada y la escapatoria (25:1-12)

1. *El complot* (25:1-3)

Los líderes judíos «le rogaron [a Festo] que le hiciese traer a Jerusalén [a Pablo]; preparando ellos una celada para matarle en el camino» (25:3).

2. *El peligro* (25:4-9)

Festo, con total inocencia pero deseando hacer un favor a los judíos, estaba dispuesto a enviar a Pablo a Jerusalén para que le juzgaran.

MOVIMIENTO 5:

Las tempestades naturales y el gobierno de Dios, el Rey (27:1-28:31)

DE CESAREA A ROMA

A: La tormenta, la supervivencia y la llegada a tierra (27:1-44)

1. *La decisión insensata* (27:1-13)

«... la mayoría acordó zarpar también de allí, por si pudiesen arribar a Fenice... Y soplando una brisa del sur, propiciándoles lo que deseaban, llevaron anclas» (27:12-13).

2. *El peligro* (27:14-20)

«Y no apareciendo sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos» (27:20).

3. *El aljivo*

«Entonces... cuando había apaciguado a la multitud...» (19:35)

B. Las falsas ideas de la multitud acerca de Pablo, corregidas por el escribano (19:35-41)

«... habéis traído a estos hombres, sin ser sacrilegos ni blasfemadores de vuestra diosa» (19:37)

3. *La escapatoria*

El tribuno romano absuelve a Pablo (21:31-33)

B. La idea falsa que el tribuno tenía sobre Pablo, corregida por el idioma que éste emplea (21:37-39)

«Sabes griego?... ¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto los cuatro mil sicarios?» (21:37-38)

3. *La escapatoria*

El tribuno romano absuelve a Pablo enviándole con una guardia a Cesarea (23:23-24)

B. La carta del tribuno a Félix le informa de que no se ha fundamentado ningún cargo criminal contra Pablo (23:25-35)

«... hallé que le acusaban por cuestión de la ley de ellos, pero que ningún delito tenía digno de muerte o de prisión» (23:29)

3. *La escapatoria*

(25:10-12)
Pablo se libra de esa situación apelando a César.

B. El informe de Festo ante Agripa impugna la acusación de los sacerdotes contra Pablo (25:13-22)

«... se me presentaron los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo condenación contra él... Y estando presentes los acusadores, ningún cargo presentaron de los que yo sospechaba, sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su religión» (25:15, 18-19)

3. *La escapatoria*

(27:21-44)
«[Pablo dijo]... no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros»; «[un ángel dijo]... Dios te ha concedido todos los que navegan contigo»; ... Y así aconteció que todos se salvaron saliendo a tierra» (27:22, 24, 44)

B. Los acontecimientos corrigen las falsas ideas de los malteses acerca de Pablo (28:1-6)

«Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir»; ... «mas habiendo esperado mucho... cambiaron de parecer y dijeron que era un dios» (28:4-6)

C. El viaje de Éfeso a Jerusalén
(20:1-21:16)

1. *A Mileto, pasando por Macedonia, Grecia, Filipos, Troas, Asos, Samos, con una estancia de una semana (y un milagro) en Troas* (20:1-6).

«Y [las gentes] llevaron al joven vivo, y fueron grandemente consolados» (20:12).

2. *Pablo se dirige a los ancianos de la iglesia de Éfeso* (20:17-38)

1. «... y muchas pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos» (20:19).

2. «Ahora... ligado yo en espíritu... [que] me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones» (20:22-23).

3. *Guardad el rebaño contra los líderes sectarios* (20:30-31).

C. Las investigaciones del tribuno
(22:1-23:11)

1. *La defensa de Pablo ante la multitud* (22:1-21)

Cuenta la historia de su vida... y comisión de llevar el evangelio a los gentiles»... orando en el templo me sobrevino un éxtasis. Pero [el Señor] me dijo: Vé, yo te enviaré lejos a los gentiles» (22:17-21).

2. *La propuesta ilegal del tribuno, de interrogar a Pablo bajo tortura* (22:24-29)

«¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?» (22:25)... «Dime, ¿eres tú ciudadano romano?... lo soy de nacimiento» (22:27); «y aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado» (22:29).

C. El juicio ante Félix
(24:1-27)

1. *El caso para el fiscal* (24:1-9)

«... hemos hallado que este hombre es una plaga, promotor de sediciones entre los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos. Intentó profanar el templo» (24:5-6).

2. *El caso para la defensa* (24:10-23)

1. «[Mis acusadores] no me hallaron disputando con ninguno, ni amotinando a la multitud... ni en las sinagogas ni en la ciudad» (24:12).

C. El interrogatorio ante Agripa
(25:23-26:32)

1. *La defensa de Pablo ante Agripa* (26:1-23)

Cuenta la historia de su vida, conversión y comisión de llevar el evangelio a los gentiles. «Por esta causa los judíos, prendiéndome en el templo, intentaron matarme» (26:21).

2. *Festo se altera* (26:24-25)

«Estás loco, Pablo»; «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que estoy hablando palabras de verdad y de cordura»

C. El viaje de Malta a Roma
(28:7-31)

1. *A Roma, pasando por Siracusa, Regio, Puteoli, el mercado de Apio, con un milagro en Malta y una estancia de una semana en Puteoli* (28:7-15)

«... y, al verlos [a los hermanos], Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento» (28:15).

2. *La exposición de Pablo ante los líderes de la comunidad judía en Roma* (28:16-22)

1. «... no habiendo hecho nada contra el pueblo... he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos» (28:17).

2. «Porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena» (28:20).

3. *Las advertencias del Espíritu Santo a Pablo por medio de los profetas en Tiro y Cesarea* (21:1-14)

«Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles» (21:11)

4. *El alojamiento de Pablo en Jerusalén* (21:15-16)

«... trayendo consigo a uno llamado Mnasón, de Chipre... con quien nos hospedaríamos» (21:16)

3. *La investigación ante el Sanedrín* (22:30-23:10)

Pablo afirma haber vivido con la conciencia tranquila. Los sumos sacerdotes ordenan que sea azotado, algo contrario a la ley. «¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!» (23:3)

4. *La secuela* (23:11)

«... el Señor... le dijo: Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma» (23:11)

3. «... teniendo esperanza en Dios, la cual también ellos abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos» (24:15).

4. «Vine a hacer limosnas a mi nación y presentar ofrendas» (24:17).

5. «Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros» (24:21).

3. *La conversación entre Félix y Pablo* (24:24-26)
Pablo razona sobre «la justicia, del dominio propio y del juicio venidero» (24:25). Félix tiene miedo, pero intenta sacar un soborno ilegal.

4. *Pablo encarcelado en Cesarea* (24:27)

«Pero al cabo de dos años recibió Félix por sucesor a Porcio Festo, y... dejó preso a Pablo» (24:27)

3. *La apelación final de Pablo a Agripa* (26:26-29)

«¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas?; «Por poco me persuades a ser cristiano» (26:28).

4. *La secuela* (26:30-32)

«Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César» (26:32).

3. «Porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella» (28:22)

3. *La advertencia del Espíritu Santo, a través del profeta Isaías, a la comunidad judía de Roma* (28:23-28)

«Bien habló el Espíritu Santo... Sabed, pues, que a los gentiles les es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán» (28:25, 28).

4. *El alojamiento de Pablo en Roma* (28:30-31)

«Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada... predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo» (28:30-31).

LOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO 1

La defensa de la adoración de la naturaleza y la defensa de la iglesia de Dios (19:21 - 21:16)

El elemento más importante en la primera mitad del Movimiento 1 es la historia del tumulto que protagonizaron los ciudadanos de Éfeso, para proteger su religión contra lo que ellos pensaban que era la amenaza del cristianismo (19:23-41). Antes de que les condenemos por esto, deberíamos observar que el tema principal en la segunda mitad de este Movimiento es la apelación que hace Pablo a los ancianos de Éfeso de que protejan la iglesia de Dios tanto de amenazas externas como internas (20:17-31).

Cuando nos atacan, nos defendemos instintivamente. Si la gente realmente cree en la religión que dice profesar, entonces, cuando presienten que eso que consideran lo más sagrado de sus vidas está amenazado, lo más comprensible es que se muevan para defenderlo. Si no lo hicieran, entonces su fe o su lealtad serían cuestionables. Esto es lo que sucedió, por tanto, con los adoradores de Artemis y con los del Señor Jesús en Éfeso.

Pero, si bien no podemos criticar a las personas por defender su fe, podemos cuestionar los métodos que utilizan en esa defensa. Y dado que muy a menudo estos métodos estarán condicionados por la naturaleza de la fe que defienden, debemos formular ciertas preguntas en este sentido respecto a los dos casos que aparecen en este movimiento.

La adoración a la naturaleza y su defensa

La diosa Artemis, a cuya adoración estaba dedicado el enorme templo en Éfeso, era un personaje compuesto de varios elementos. Por un lado se pensaba en ella como en una virgen casta y, al mismo tiempo, como la madre divina de todos. Desde ambos puntos de vista, era una diosa protectora. Casta virgen, conocida como «la de las cosas salvajes», era la protectora de los animales silvestres, y, en especial, de sus cachorros. Simultáneamente, era la patrona de los cazadores. «Esto no es tan contradictorio como parece», escribe W.K.C. Guthrie:

El cazador nunca se considera el enemigo de las presas a las que mata. Se supone que un zorro disfruta de la caza que le dan, el terrateniente habla de «conservar» los gamos y le encanta multar a aquellos que los molestan en las temporadas equivocadas o usando métodos irregulares. Ahora su sanción viene dada por la ley, pero en los tiempos antiguos era la religión la encargada de imponer multas. Quizás el ejemplo más temprano de una reserva de ciervos es el bosque de Artemis, donde Agamenón mató un ciervo y fue alcanzado por la ira de la guardiana.*

Sin embargo, la gente no pensaba en Artemis sólo como una virgen protectora de los animales salvajes y de sus crías, sino también como la madre de todos, tal y como declaran las numerosas imágenes donde se la representa con muchos pechos. Como tal, era considerada la protectora de los niños, y la que ayudaba a las madres a dar a luz, porque, aunque era virgen, ella misma había pasado, de alguna manera, por esa experiencia.

Por tanto, con Artemis estamos en la presencia de ese temor y ese misterio que las personas sienten naturalmente al contemplar los instintos básicos y los procesos de la vida humana

* W. K. C. Guthrie, *The Greeks and their Gods* (Londres: Methuen, 1954), p. 100, una obra a la que le debo mucho.

y animal y, junto a ellos, la urgencia natural que impele a protegerlos. Pero Artemis es más que eso: es ese temor, ese misterio, convertidos en religión. Es la Naturaleza Virgen y la Madre Naturaleza deificada. Por consiguiente, decir que no era una diosa, como hizo Pablo, socavando así los fundamentos de su culto, suponía amenazar los niveles más profundos de la psique humana. El instinto más crudo se lanzó a la defensa, que no venganza, y eso fue lo que avivó las llamas del alboroto en Éfeso. Pero no es así realmente como empezó, de modo que demos un paso atrás y leamos la historia desde su principio.

El culto a «la imagen que cayó del cielo»

El Movimiento 1 empieza con una situación bastante tranquila. Pablo había llegado al final de dos años de un ministerio extremadamente provechoso en Éfeso. Su predicación, regular y sistemática, había inundado toda la provincia de Asia con la Palabra de Dios, y el reciente desenmascaramiento de los hijos de Esceva había dado como resultado un renovado respeto por el nombre del Señor Jesús en la ciudad.

Por tanto, en este punto Pablo sentía que era el momento de partir en busca de otros lugares, y planificó su visita a Jerusalén, y luego a Roma (19:21).

Lucas no nos dice qué objetivos tenía Pablo en mente al planear estas dos visitas, aunque la referencia a sus escritos nos sugiere antes que nada que había decidido acompañar la colección que las iglesias gentiles iban a enviar a los creyentes en Jerusalén (24:17; Ro. 15:25-29); y, en segundo lugar, que deseaba tener comunión con los creyentes en Roma antes de seguir abriendo camino misionero en España (Ro. 15:23-28). De todos modos, fueran cuales fuesen las metas que tenía en mente, su plan, nos dice Lucas, fue elaborado «en el espíritu»,*

* 19:21; la N. V. I., que omite esta frase, incurre en un error en este punto.

es decir, con una cuidadosa dependencia del Espíritu de Dios, que le guiaba en sus deliberaciones y decisiones. Convencido por tanto de la guía divina, envió a Timoteo y a Erasto a Macedonia, antes que él, mientras se quedaba un poco más en Asia (19:22).

Y entonces empezaron los problemas. El enorme y espectacular templo de Artemis en Éfeso era una de las siete maravillas del mundo. Entre las ingentes multitudes de adoradores locales y los miles de visitantes de todo el Oriente Medio, era una lucrativa fuente de ingresos para los orfebres de la plata, cuyo gremio elaboraba capillas de este material para el comercio con los ciudadanos y los turistas. Pero ahora, al cabo de dos años, la predicación persistente de Pablo y el constante número de nuevos creyentes, empezó a influir en sus cuentas bancarias. Alarmados por esta situación, un platero influyente, Demetrio, convocó al resto a una reunión donde les informó de que, si permitían que Pablo siguiera haciendo conversos a su punto de vista, que decía que los dioses hechos por manos no eran dioses, los resultados serían graves. En primer lugar, su negocio de elaboración de ídolos perdería reputación. Esa era, por supuesto, una observación muy sensata. Cuando las personas pierden interés en la idolatría, la elaboración de ídolos, aun de plata, se convierte en una ocupación vergonzosa; y producirlos en masa para comerciar con los turistas se vuelve una operación tremendamente cínica.

Pero es evidente que Demetrio no quería dar la impresión de que lo único que le interesaba era el dinero que le proporcionaba la religión. De modo que, en segundo lugar, indicó que Pablo conseguiría que «el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada, y comience a ser destruida la majestad de aquella a quien venera toda Asia, y el mundo entero» (19:27).

Eso arrimó la cerilla a la pira. Los plateros se pusieron furiosos y empezaron a gritar: «¡Grande es Diana de los efesios!» (19:28) La furia se propagó, y en poco tiempo la ciudad entera se lanzó al teatro, arrastrando con ella a dos compañeros de viaje de Pablo. Este quería aparecer ante la

multitud, pero algunos cristianos y ciertas autoridades simpatizantes le aconsejaron no lo hiciera. La doble necesidad instintiva de proteger su religión y sus ingresos había convertido a los adoradores de Artemis en una confusa jauría de animales salvajes, que oliscaban el peligro pero no sabían situarlo, pero que estaban en tensión dispuestos a destruir al atacante. Si Pablo hubiera aparecido ante ellos en el teatro, lo hubieran matado allí mismo.

Los judíos locales, quizás queriendo distinguirse de los cristianos a los ojos de la multitud, presentaron a un tal Alejandro para que se encargara de la defensa (19:33). Pero cuando el pueblo vio que era un judío, se pasaron dos horas vociferando: «¡Grande es Diana de los efesios!» (19:34)

Esto era la naturaleza en su estadio más crudo: ciega, irracional, instintiva. Pero claro, ¿qué era la Artemis a la que adoraban sino una deificación de los instintos naturales, comunes tanto para los animales como para el hombre? Y si esto era lo que representaba Artemis, quizá fuera adecuado que la defendieran de esta forma.

El escribano de la ciudad, que en Éfeso era también el magistrado supremo, pacificó a la multitud mediante una demostración maestra y autoritaria de lo que es la diplomacia.

Primero, afirmó como hecho indiscutible que Éfeso era la ciudad guardiana del templo de la gran Artemis y de su imagen, que cayó del cielo, y que la multitud sabía que era así. Viendo que esos hechos eran innegables, debían quedarse tranquilos y no hacer nada precipitado. Después de todo, no hay peligro cuando lo que se ataca son hechos innegables, por la simple razón de que lo son. Y si todo el mundo sabe que es así, es imposible que nadie intente negarlo (19:35-36).

En segundo lugar, indicó que en realidad los cristianos no habían atacado esos hechos innegables. Ni habían robado el templo ni insultado a su diosa (19:37).

En tercer lugar, les recordó la ley. Si Demetrio y sus colegas tenían alguna acusación legal contra los cristianos, el lugar donde había que arreglar el tema era el tribunal (19:38). Si la

multitud abrigaba alguna queja política o social contra ellos, habría que solventarla en una asamblea pública (19:39).

Tal y como estaba la cosa, añadió, teniendo en cuenta la administración romana de la provincia, se les podría acusar de organizar un alboroto público, que además no podrían explicar, dado que, según la anteriormente mencionada inmutabilidad de los hechos, no había ni necesidad ni motivo alguno para la conmoción (19:40).

Hay una o dos cosas en el discurso del escribano que vale la pena comentar. Primero, la imagen que cayó del cielo, a la que apeló como forma de autentificar la adoración de Artemis. La opinión de los expertos dice que se trataba de un meteorito. Si es así, ¡vaya jugarretas le hace la Naturaleza a sus adoradores! Aquello que fomentaba su temerosa veneración y devoción no era más que un trozo de gastados residuos del universo. La naturaleza es una maravillosa sierva-guardiana de la humanidad, como los movimientos ecologistas actuales enfatizan correctamente. Pero jamás se pensó en ella como en una diosa, ni se dijo que debíamos convertir nuestro cuidado de ella en una religión. Cada vez que los seres humanos han convertido en diosa a la naturaleza, ésta ha degradado invariablemente a las personas, arrebatándoles su dignidad de señores de la tierra, convirtiéndolos en esclavos de sus instintos naturales, con menos importancia, en última instancia, que el mundo material y las fuerzas del universo que los controlan.

En segundo lugar, tenemos esa valoración de la conducta de los cristianos. Aquí estaba pisando un terreno peliagudo, porque no cabe duda de que Pablo habría predicado muchas veces que los dioses hechos por la mano del hombre no lo son, y habría exhortado a las personas que abandonaran su idolatría volviéndose al Dios verdadero. Los ingresos de los plateros no habían descendido porque sí, sin motivo. Las implicaciones que tenía la predicación de Pablo para Artemis eran fatales.

Por otra parte, la primera parte de la afirmación del escribano era cierta: «habéis traído a estos hombres, sin ser sacrílegos» (19:37). En este sentido, Pablo y sus compañeros nos

ofrecen un ejemplo permanente. El rechazo que puedan sentir los cristianos por los ídolos no justifica que éstos demuestren hacia los templos paganos otra cosa que no sea cortesía y respeto. Si una persona que se hace cristiana destruye sus propios ídolos personales, eso es correcto. Pero un cristiano no tiene por qué ir por ahí tratando sin respeto los templos e ídolos de otras religiones.

Y la segunda parte de la afirmación del escribano también era, en cierto sentido, verdad: «ni blasfemadores de vuestra diosa» (19:37). Pablo predicó regularmente contra la idolatría en general. Pero seguramente no denunció públicamente a Artemis, ni a alguna otra deidad, usando un lenguaje ofensivo, abusivo. Y nosotros tampoco debemos hacerlo.

Finalmente, la referencia del escribano a los tribunales y la asamblea pública nos recuerda que la vida humana civilizada y auténtica se vuelve imposible cuando se permite que los instintos humano-animales más crudos pisoteen la razón, la moral y la ley. No cabe duda de que la religión apela a las emociones más profundas del ser humano. Pero una religión que anima a sus seguidores a dejar de lado la ley civilizada y a acosar a los que pueden haberla ofendido, como si fueran animales persiguiendo a sus atacantes... llamémosla como queramos, pero no es más que la vieja Artemis vestida con ropas nuevas. Su propia defensa de sí misma hace trizas su credibilidad, porque destruye lo que distingue al hombre de los animales.

El caso del joven que cayó de la ventana de un tercer piso

La segunda parte del Movimiento 1 consiste en tres elementos principales:

1. El detallado itinerario de Pablo desde Éfeso a Mileto (pasando por Macedonia, Grecia, Filipos, Troas, Asos, Mitilene y Samos), con una lista de sus compañeros de viaje y un relato del retorno milagroso de Eutico a la vida en la última noche de la estancia de una semana de Pablo en Troas (20:1-16).

2. Pablo se dirige a los ancianos de la iglesia en Éfeso, convocados para encontrarse con él en Mileto (20:17-38).
3. El detallado itinerario de Pablo de Mileto a Jerusalén (pasando por Cos, Rodas, Patara, Tiro, Ptolomeo y Cesarea), con un comentario sobre sus compañeros de viaje (21:16), y un relato de las advertencias del Espíritu Santo sobre la persecución y encarcelamiento que le esperaban, que recibió durante su estancia de una semana en Tiro y luego, otra vez, en Cesarea (21:1-16).

Por tanto, como algo central en esta parte del movimiento, tenemos la exposición de Pablo ante los ancianos de Éfeso; se centra en la defensa de la iglesia de Dios, y con los motivos y métodos de esa defensa.

Consideremos primero el caso del joven Eutico de Troas. La última noche que pasaba Pablo allí, éste se dirigió a la iglesia durante largo rato, pues no esperaba volver a verles más. La iglesia estaba reunida en un edificio de tres pisos, y Eutico estaba sentado en el alféizar de una ventana. Con el calor de las lámparas de aceite, y de todos los cuerpos encajonados en la habitación, la temperatura subía cada vez más. Eutico estaba cansado. El sermón seguía y seguía. La naturaleza siguió su curso. Eutico se adormiló, y cayó al suelo desde tres pisos de altura. Lucas dice que al levantarlo ya estaba muerto (20:9); pero Pablo se acercó, le abrazó y dijo «No os alarméis, pues está vivo» (20:10). Entonces volvió a subir a la plataforma, partió el pan, y siguió hablando hasta el amanecer. Cuando Pablo se fue, trajeron al joven vivo y se sintieron muy consolados.

¿Fue un milagro? Algunos dicen que sí; porque si Lucas, como médico, informa de que el muchacho estaba muerto, seguramente es que lo estaba. Su regreso a la vida fue milagroso. Otros no están tan seguros. Apuntan al comentario de Pablo, que interpretan como diciendo «*Aún* está vivo». Piensan que el joven quedó inconsciente y que su respiración se interrumpió justo cuando Lucas y Pablo se le acercaron, pero que el abrazo de éste le hizo reaccionar y seguir respirando. Resulta difícil elegir entre las dos interpretaciones, porque en aquellos

remotos días probablemente el cese de la respiración se hubiera interpretado como indicio de muerte, y por tanto, volver a respirar hubiera resultado milagroso.

Sea cual fuere la verdad de este asunto, esta historia, tal y como está ahí, recoge los ecos de la historia anterior, que a su vez reverberan por las historias siguientes. Los adoradores de Artemis tenían «una imagen que cayó del cielo», un trozo de viejo meteorito, y alrededor de él levantaron un enorme templo y un comercio turístico muy lucrativo. ¡Podemos imaginar qué habrían hecho con un joven que murió y resucitó! Hubieran tenido a los turistas haciendo cola para ver al «hombre milagroso», a dracma la visita. Demetrio y la cámara de comercio local hubieran estado encantados.

La característica más notable de la historia milagrosa de Lucas, por otra parte, es la falta total de bombo y platillo, y su sentido de la proporción: se trata el milagro simplemente como una breve y efímera interrupción del asunto al que se dedicaba la iglesia. Los creyentes se habían reunido para partir el pan, es decir, para conmemorar la Cena del Señor (20:7). Pablo llevaba horas predicando; cuando Eutico se cayó, Pablo lo resucitó y volvió de inmediato a proseguir con la Cena, partió el pan y predicó hasta el amanecer (20:11).

En segundo lugar, la historia recibe su verdadera proporción gracias a todo lo que sucede el resto del movimiento. Allí hallaremos a Pablo, que acababa de realizar ese milagro, así como otros muchos extraordinarios (19:11-12), enfrentándose a repetidas advertencias de persecución y encarcelamiento. Sin arredrarse, sigue adelante, esperando, y perfectamente dispuesto para morir por amor al Señor y al evangelio (20:23-24; 21:12-13). Sus hermanos/as creyentes se sienten muy tristes cuando le oyen hablar así. Pero él no hace intento alguno de consolarles o aumentar su propio coraje con afirmaciones triunfantes que digan que Dios hará los milagros necesarios para salvarle de la muerte o, si muriera, para devolverlo a la vida. Sabe que el coste de su ministerio será, tarde o temprano, la muerte. Está dispuesto a pagarlo, y se prepara para ello (21:13).

La defensa de la iglesia de Dios

El discurso de Pablo a los líderes efesios resulta notable porque su exhortación a defender a la iglesia de Dios ocupa apenas más de cuatro versículos; pero el modelo que ofrece sobre cómo hacerlo ocupa, al menos, trece. Por supuesto, el modelo que ofrece es él mismo y su conducta hacia la iglesia en los años que pasó con ellos. A medida que analizamos este modelo, el contraste entre él y la forma que tenía Demetrio de defender la religión de Artemis en la misma ciudad se vuelve más y más obvio.

El modelo cubría todo el tiempo que Pablo pasó en Éfeso, desde el primer momento en que llegó hasta el último. Este es un período que ya se ha descrito en 19:1-20 y, si ése fuera el único relato al respecto, podríamos haber sacado la conclusión de que se trataron de dos años y tres meses de intensas predicaciones públicas de un hombre convincente, realizando milagros extraordinarios y consiguiendo triunfos impactantes. Pero este discurso pinta las cosas desde un ángulo muy distinto. Aquí vemos cómo fue realmente la obra de servir al Señor, y ahí tenemos al hombre real que la realizó: distinguido por su humildad, reducido a menudo a las lágrimas al ver los complots de los judíos contra él (20:19, 31), y acosado constantemente con juicios.

Pero contemplemos su valor moral y su generosidad: «cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros», declara en el versículo 20, y una vez más en el 27: «porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios». En esa expresión reiterada, «no he rehuido» detectamos algo más que la superación de una labor y un temor que suponían todo un reto. El hecho de predicar cada día durante dos años, como Pablo hizo en el ateneo de Tirano, ya hubiera sido una tarea descomunal para un hombre. Pero el versículo 20 revela lo que no hubiéramos adivinado a partir del capítulo 19, que Pablo complementaba esa enseñanza pública con una instrucción privada y constante que ofrecía a individuos y familias, casa

por casa. Un trabajo hercúleo pero, como decía Pablo, si os resultaba de provecho, mi labor era ayudaros. Y no cobraba nada por hacerlo (20:33-34). De hecho, el poco tiempo que le dejaba su enseñanza pública e instrucción privada tenía que dedicarlo, sobre todo, a su trabajo profesional, para obtener un dinero con el que pagar sus gastos y los de su equipo.

Y además, concedía su atención a todo el mundo, sin discriminación: «... testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe con nuestro Señor Jesucristo» (20:21). Justo aquí es donde podía haberse introducido el miedo. A pocas personas les importa que les digan que hay que arrepentirse si por ello se entiende «lamentarse de algo que han hecho mal». Pero Pablo creía en la necesidad de un arrepentimiento mucho más radical que ése. «Arrepentirse para con Dios», como él mismo hizo (Fil. 3:1-9), implicaba darse cuenta y confesar que los mejores estándares religiosos, morales y espirituales que podamos alcanzar nos dejan muy lejos de las exigencias divinas, completamente perdidos, en bancarrota, necesitados de aceptar como un regalo de la gracia inmerecida (en los mismos términos que el peor pecador imaginable) la salvación que sólo Dios puede proporcionarnos. Intentemos decirle eso a un orgulloso fariseo como Pablo antes de su conversión, y comprobemos si, en ocasiones, no recibimos una respuesta indignada y hostil a nuestro mensaje «moralmente pesimista». Y rematemos la cuestión diciendo que, tanto para judíos como gentiles, la única forma de obtener la salvación es por medio de la fe en el Señor Jesucristo, y notemos si no nos acusan de fundamentalismo de mente estrecha. Sería mucho más sencillo predicar un mensaje general sobre el amor de Dios, o sobre los derechos de los pobres, o algo sobre lo que todo el mundo estuviera de acuerdo. Pero predicar el verdadero mensaje del evangelio conlleva un «escándalo», como había probado el propio Pablo cuando estuvo en Corinto (1 Co. 1:18-2:5). «Pero no rehuí declararos», dice Pablo a los efesios. ¡Un hombre fiel y valiente! Tengamos en cuenta que seguramente padeció los mismos temores en Éfeso

que los que confesó mientras predicaba en Corinto, y a pesar de ello perseveró.

Y ahora les abandona, y por supuesto, desea exhortarles a que sigan su labor de alimentar y proteger al rebaño de Dios. Pero antes de que llegue a pronunciar esa exhortación, tiene que indicar algo más sobre su propia conducta: el poder y el sentido de sus valores, elementos que le constreñían a realizar su trabajo.

Y les dice: «Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu,* voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones» (20:22-23).

Entonces, ¿por qué va? Pablo no se arroga el crédito por esa fuerza que le impulsa a ir; ésta la ha generado en su interior el Espíritu Santo, con sus perseverantes exigencias, llenas de gracia. Al mismo tiempo, no camina ciego a las consecuencias de su trabajo. Es ese mismo Espíritu que le impulsa el que le advierte explícitamente de los padecimientos que le esperan.

Entonces, ¿por qué seguir? Se trata, como dice Pablo, de un sentido de valores comparativos. El Señor Jesús le ha concedido una carrera que debe seguir, una misión que debe realizar. Por sí solo este hecho, sin importar cuál fuera el curso que siguiera la misión, era, ante sus ojos, el honor supremo que podría concederse a alguien; y, completar la carrera y acabar la misión encomendada por el Señor Jesús, ¡el gozo supremo que puede conocer el hombre!

Pero consideremos entonces la misión. Se trataba de testificar y proclamar el evangelio de la gracia divina (20:24). La majestuosa magnificencia de esa gracia era fuente de ánimo constante para Pablo, para su motivación y energía. Por supuesto, no fue necesaria más gracia divina para salvarle a él que a nosotros. La diferencia está, si es que existe, en que él jamás

* Estoy convencido de que la N. V. I. tiene razón a la hora de interpretar esto como una referencia al Espíritu Santo.

olvidó la maravilla y el esplendor de ello (Ef. 3:7-8; 1 Ti. 1:12-14). Cambió sus valores. La vida dejó de tener sentido para él si no la invertía en vivir y trabajar para Cristo. Si, para completar esa tarea que Cristo le había encomendado, debía entregar hasta su vida, no había problema: lo haría alegremente.

También había otro valor que animaba a Pablo a cumplir su misión: el valor de las personas. Y, claro está, ahora no pensamos en términos de cuentas corrientes o previsiones de beneficios para una empresa. La fábrica de baratijas de Demetrio ya ha quedado atrás hace rato. Pensamos en aquello que los antiguos predicadores denominaban el valor de un alma. ¿Qué implicará para un ser humano, hecho originariamente a imagen de Dios, perecer, padecer tormentos (Lc. 16:23), padecer un castigo eterno (Mt. 25:46), tal y como lo expresó el Salvador? Permitir que las personas murieran físicamente por no hacer nada para evitar esa muerte, cuando fuera posible, sería una actitud criminal. Entonces, ¿qué decir de los predicadores que rehúsan predicar el evangelio por el que las almas pueden salvarse? ¿O de los que se niegan a advertir a las personas sobre la ira venidera? Sabemos qué le dijo al respecto Dios a Ezequiel: «Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano» (Ez. 33:8). Fue en relación a este trasfondo del tremendo valor de un ser humano que Pablo quería indicar que había hecho todo lo posible para obtener su salvación: «Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios» (20:25-26).

«No he rehuído»: de nuevo esta frase, que nos lleva a pensar en las presiones y tentaciones que acosan a predicadores, maestros y ancianos, para que se contenten con proclamar una parte de la voluntad y consejo divino, pero no necesariamente todo. Isaías, hace tantos siglos, sabía qué era enfrentarse a personas

que no deseaban escuchar la instrucción del Señor; personas que decían a los profetas: «No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras; dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel» (Is. 30:10-11). Pero, ¿qué dirá el Jefe de los Pastores a los pastores que han rehuído advertir a sus corderos del enemigo más mortal al que se enfrentan? ¿Aquellos que sólo les ha dicho qué verde es la hierba, pero que jamás les advirtieron de la existencia de los lobos? ¿Aquellos que han confortado a los corderos con el pensamiento de que el León rapaz y rugiente no pasa de ser un mito?

Y ahora Pablo ha terminado de mencionar su propio ejemplo y comienza su exhortación, aunque ésta no durará mucho, y pronto volverá a su propio ejemplo. Una exhortación es más fácil de digerir cuando va metida entre dos grandes lonchas de ejemplo personal del que exhorta.

«Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos» (20:28). La vigilancia constante es un requisito esencial para los pastores. Y antes que nada, la vigilancia sobre sí mismos. Un pastor que crece descuidando su propia vida espiritual, su conducta moral, el estudio de la Escritura, el progreso en el conocimiento de Dios, se vuelve incapaz de pastorear a otros.

«... para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre» (20:28).* Con esto tocamos la fuente principal de toda auténtica defensa y pastoreo de la iglesia: el precio que Dios pagó por ella. Ese precio fue la sangre de su propio Hijo, querido, amado, su propia sangre. Es una historia que aún tiene el poder de derrotar a la imaginación. Porque aquí no tenemos una imagen de un dios que cayó del cielo, sino al verdadero Dios que descendió deliberadamente; el Padre y el Hijo en un concierto santo, pagando el precio que sólo Dios podía medir, para obtener el arrepentimiento, la fe y el amor de gente como nosotros. ¡Qué barata es la plata de las capillas

* Cf. la frase en Colosenses 1:13: «su amado Hijo».

de Demetrio comparada con esto! «... Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo» (1 P. 1:18-19). Esta no era Artemis protegiendo a las crías de animales y hombres y vengando la violación de la naturaleza con sus letales flechas. Ni la naturaleza, haciendo lo que es natural, destruyendo al enemigo para salvar su vida. Aquí se trataba del Creador de la naturaleza que, consciente y deliberadamente, por propia voluntad, entrega su vida por nosotros, criaturas pecadoras (Jn. 10:15-17). Esta no era la naturaleza, magnificente pero caída. Era la triplemente santa Gracia divina.

El Pastor arquetípico ha establecido el patrón para la defensa del rebaño (Jn. 10:7-13): toda defensa auténtica del evangelio y de la iglesia debe seguir su ejemplo. ¿Cómo podría ser uno tan falso frente al Pastor como para intentar proteger el evangelio o la iglesia por medio de soliviantar a las masas o usar la espada contra los enemigos?

Pero hemos de defender a la iglesia, hasta la última gota de nuestra sangre, y contra dos peligros principales, uno de dentro y otro de fuera. Pablo advierte que entre vosotros habrá lobos rapaces que no perdonarán al rebaño (20:29). No se detiene a especificar qué tipos de lobos serán esos. Pero es posible que, a la cabeza de los candidatos para este papel estuvieran aquellos hombres a los que más tarde Judas se referiría como los que «han entrado encubiertamente... hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo» (Jud. 4). Pedro añade su matiz sobre el tema: «introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató» (2 P. 2:1). No hay nada más destructivo para la iglesia, nada que confunda más a las ovejas, que aquellos hombres que profesan ser pastores enseñen al rebaño que el Jefe de los Pastores no era el Dios encarnado, no nació de una virgen, que en según cuáles de sus doctrinas estaba equivocado (en especial en la de la segunda venida), que no murió como propiciación por los pecados, y que no resucitó corporalmente de los muer-

tos. Esos hombres no son verdaderos pastores. Ni siquiera son verdaderas ovejas. Son lobos venidos de fuera, acerca de los cuales nos advirtió el propio Pastor: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15).

El otro tipo de personas de la que deben guardarse los pastores viene de dentro, quizás de parte de los propios «obispos» o supervisores. Su rasgo principal es que distorsionan la verdad, elaborando doctrinas extrañas, retorcidas, aberrantes; esto, claro está, ya es bastante malo en sí mismo. Pero peor que lo que hacen es el motivo por el que lo hacen: su meta, aunque no lo admitan, es conseguir que los discípulos* los sigan a ellos (20:30). Bajo la pretensión de guiar el rebaño, quieren dominarlo. Parecen olvidarse de que el rebaño no les pertenece a ellos sino a Aquel que lo compró: es el rebaño de Dios, no el suyo propio. Son los Diótrefes de la iglesia (3 Jn. 9), dispuestos a murmurar maliciosamente sobre otros siervos de Dios para poder fomentar su tiranía sobre el rebaño.

«Estad en guardia», dice por tanto Pablo y, así, vuelve a su propia práctica como ejemplo de cómo hay que hacerlo. Acordaos de que «por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno» (20:31).

Pero ahora que se marcha, y ya no puede pastorearlos, ¿de qué recursos dispondrán? De uno doble: Dios y la palabra de su gracia (20:32). Primero Dios, por supuesto, el Dios vivo, y no un meroconjunto de reglas y normativas. Pero no sólo Dios, sino la palabra que revela y manifiesta su gracia. Puede que el temperamento nos incline a poner más énfasis en un elemento que en el otro, o incluso excluir uno a favor del otro. Pero tanto Dios como su palabra nos son necesarios, y entre ellos se bastan para edificar tanto a pastores como a ovejas, y a darles a cada uno la herencia entre todos aquellos que son santificados (20:32).

* La traducción de la N.V.I., de «discípulos» en lugar de «los discípulos» es inadecuada.

Podríamos pensar que Pablo acabaría con este clímax espiritual. Pero los pastores o ancianos de una verdadera iglesia cristiana tienen más cosas que hacer aparte de controlar el estado espiritual de la iglesia. De modo que una vez más Pablo cita su propia práctica como un modelo que pueden seguir los ancianos efesios: no se había dedicado a su obra espiritual sin perder de vista el dinero o la ropa que podía sacar de él. Extendiendo las manos para que las inspeccionaran, les dijo: «Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido» (20:34). Pablo tampoco se jactaba ni se presentaba como un héroe muy especial. Se dedicó a un trabajo secular deliberadamente, para establecer un ejemplo para que los ancianos de la iglesia vieran cuál era su obligación. «En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados» (20:35). Es muy fácil que los maestros y ancianos se conviertan en meros teóricos, diciendo a los demás qué deben hacer. Pero, ¿de qué sirve la teoría si no está respaldada por la práctica? No se trata de una adición a la responsabilidad normal de un maestro, sino de una parte integral de su ministerio (un deber, según Pablo): deben trabajar duro para tener el dinero suficiente para cubrir sus gastos y ayudar a los pobres (20:33-35).

Por supuesto, es cierto que en otros lugares Pablo establece que un evangelista tiene derecho a vivir de su predicación; que apóstoles como Pedro, incluso ciertos ancianos, tienen el derecho concedido por Dios de que la iglesia les sostenga (1 Co. 9:1-14; 1 Ti. 5:17-18). Está claro que ni estos pasajes ni los comentarios de Pablo a los ancianos de Éfeso pretenden convertirse en absolutos rígidos e inalterables. En cada situación hay que hacer lo que más beneficie a la obra del Señor. Pero aun así, si nos limitamos a insistir en nuestros derechos es que no hemos entendido bien la cuestión. Pablo dejaba de lado a menudo sus propios derechos, para gozar de la bendición superior que es ser capaz de ayudar a los demás financieramente y materialmente, no sólo a nivel espiritual. Es evidente que es el camino más bendito y feliz; tenemos la autoridad del Señor

Jesús para ello. Sí, y los ancianos tienen la obligación, dice Pablo, de recordar sus palabras sobre este punto (20:35).

Los vv. 36-38 reflejan una escena muy conmovedora, que hay que sentir más que analizar. ¡Qué amigos había hecho Pablo en Éfeso! No volvería a verlos en este mundo, pero un día le darían la bienvenida a los tabernáculos eternos (Lc. 16:9).

Acabando la carrera

El resto del Movimiento 1 está lleno, en parte, de los detalles geográficos del reanudado viaje de Pablo a Jerusalén (21:1-10). Los dos puntos de especial interés son dos mensajes que el Espíritu Santo transmite a Pablo, uno en Tiro (21:4) y el otro en Cesarea (21:11). En Tiro, los discípulos le dijeron a Pablo, mediante el Espíritu, que no pusiera los pies en Jerusalén; y en Cesarea, un profeta llamado Agabo tomó el cinto de Pablo, se ató con él pies y manos, y le dijo: «El Espíritu Santo dice: «De este modo los judíos de Jerusalén atarán al propietario de este cinto y le entregarán a los gentiles». Pero Pablo decidió seguir adelante.

En consecuencia, algunos han sacado la conclusión de que Pablo, excesivamente confiado en su celo, rehusó escuchar la voz del Espíritu Santo y la desobedeció, con el resultado de que perdió su libertad cuando pudo haberla conservado para dar un testimonio más efectivo del Señor.

Antes de que nos convenza este punto de vista extremista, hemos de reflexionar un poco. Pablo no tenía como hábito desobedecer consciente y deliberadamente lo que creía ser una prohibición categórica del Espíritu. Entonces, ¿hemos de pensar que en estas dos ocasiones admitió que el mensaje que le era transmitido era una prohibición absoluta y, sin embargo, optó por desobedecer? Resulta una conclusión poco creíble.

Quizás pensó que los discípulos de Tiro y el profeta Agabo habían confundido la voz del Espíritu. Pero si es así, Lucas no lo menciona. Pensémoslo de nuevo. Cuando Pablo decidió por

primera vez irse de Éfeso «se propuso en el espíritu» ir a Jerusalén. Eso es lo que nos dice Lucas (19:21; cfr. 20:22), tan claro como más adelante nos dice que los discípulos de Tiro apremiaron a Pablo, por comisión del Espíritu, a que no fuera a Jerusalén (21:4). No tenemos derecho a asumir que unos estaban más equivocados que el otro.

Por otra parte, Agabo no era el primero en advertir a Pablo que los judíos de Jerusalén le apresarían y entregarían a los gentiles. En cada ciudad donde había estado en su camino a Mileto, el Espíritu Santo le había dicho lo mismo (20:23). Pero en lugar de interpretarlo como una prohibición a que fuera, lo tradujo como la exhortación, la compulsión del Espíritu Santo en que persistiera en su propósito de ir. El Señor Jesús había establecido su curso, y el Espíritu Santo le impulsaba a concluirlo (20:22-24).

Las gentes de Tiro, y más aún las de Cesarea, estaban cerca de Jerusalén. De modo que cuando oyeron que Pablo iba allí, anticiparon lo que le sucedería en la ciudad. Aun así, Agabo sólo le advirtió sobre lo que iba a padecer, no le prohibió que fuera. Fueron los demás creyentes quienes, al oír la profecía de Agabo, le rogaron que no fuera; y Pablo les amonestó por intentar quebrantar su resolución, que el Espíritu Santo había formado en él, según creía, de enfrentarse a las prisiones y a la muerte, si fuera necesario, en Jerusalén, haciéndolo por amor al Señor (21:12-13). Pablo, el hombre que derramaba abundantes lágrimas por los problemas espirituales de las personas (20:19, 31), no tenía tiempo para lamentarse de cosas que provocaran en él autocompasión e hicieran vacilar su voluntad para concluir la tarea que el Señor le había encomendado.

Por tanto, lo que nos queda es un solo caso, en Tiro, de una aparente prohibición del Espíritu para que Pablo no fuera a Jerusalén. No es necesario leerla como un error o una contradicción. Cuando la esposa de un hombre le dice que para su cumpleaños le va a comprar la cadena de alta fidelidad más moderna fabricada en Japón, puede que él conteste: «No, no debes hacer eso. Más vale que inviertas el dinero en un abrigo

nuevo para ti». Pero si, cuando llega el cumpleaños, ella le regala el equipo estéreo, él no la amonestará por su desobediencia; la admirará más bien por su sacrificio totalmente voluntario de sus necesidades por amor a él y sus deseos. Del mismo modo, llega un punto en que Dios mismo da los pasos necesarios para que nuestro sacrificio y devoción sean voluntarios. El Espíritu Santo, que había estado empujando a Pablo para que fuera a Jerusalén y se enfrentara a los sufrimientos de que le había avisado, por amor al nombre del Señor, ahora dejaba el asunto al libre albedrío de Pablo: no tenía que ir si no lo deseaba. Muchos de nosotros hubiéramos leído alegremente el mensaje de Tiro como una prohibición absoluta, y nos hubiéramos aferrado a la escapatoria que ofrecía. Pablo optó por lo contrario. Pero también es cierto que encontramos más fácil interpretar algo como la guía del Señor cuando nos libra del sufrimiento y cuestionarla cuando nos mete en problemas. La medida de la devoción de Pablo por Cristo se aprecia en que no consideró que ir a Jerusalén fuera necesariamente una prohibición. En realidad, pensó que la defensa del evangelio era una labor que podría esperarse razonablemente que exigiera la vida de una persona.

MOVIMIENTO 2

El evangelio juzgado por su respeto a la conciencia (21:17–23:11)

El Movimiento 1 se inició con un tumulto callejero en defensa del templo de Artemis en Éfeso; el Movimiento 2 lo hace con otra asonada en defensa del templo del Señor en Jerusalén. Resulta deprimente que las personas usaran el mismo método para defender la casa del Señor que usaron los paganos en su caso. Sin embargo, la gravedad de la acusación

que generó el alboroto en contra de Pablo es innegable: «Este es el hombre... que... ha metido a griegos en el templo» (21:28). Los grandes carteles en hebreo y en griego en las entradas del templo advertían a los gentiles que no entraran en el patio interior bajo pena de muerte. Los judíos tenían el derecho, respaldado por el gobierno romano, de ejecutar aun a un ciudadano romano si violaba esa prohibición. Los gentiles puede que objetaran que ésta era exclusivista o incluso racista. Pero eso estaba fuera de la cuestión: nadie les obligaba a asistir al templo si no lo deseaban; y, si lo hacían, ya se había dispuesto que se les acomodara en el atrio exterior, el de los gentiles.

Pero Pablo no era gentil. Había crecido con la creencia que subyacía en esta estricta exclusión de los gentiles del patio interior. Tal creencia no era otra que esta: que el Dios todopoderoso se dignaba hacer acto de presencia en la capilla interior del templo, que así quedaba consagrada como lugar santísimo. Sólo el sumo sacerdote de Israel tenía la santidad suficiente como para entrar en esa capilla, y además sólo una vez al año. Fuera del lugar santísimo había otro espacio con un grado de santidad ligeramente inferior. Aun así, sólo los sacerdotes consagrados de Israel, y no el público judío en general, podía entrar en él. Rodeando al propio templo estaba el patio interior, pero también éste, a pesar de que poseía un grado menor de santidad, era santo. Ningún gentil podía entrar en él, sólo los israelitas, e incluso sólo después de la debida purificación.

Había diversos motivos para esto. El primero y más importante es que Israel creía que era una nación santa, en el sentido en que no lo era ninguna otra nación. Habían sido llamados por Dios y señalados para ser «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx. 19:6). Sacerdotes que debían actuar a favor de todas las naciones del mundo, pero que, por tanto, disfrutaban de una santidad de rango y de oficio y de una cercanía a Dios que no poseía ninguna otra nación. En consonancia con su rango sacerdotal, se les exigía, durante su vida cotidiana, que observaran unas normas especiales de santidad, tales como la circuncisión, las abluciones y las leyes alimenticias; y se les

prohibía terminantemente toda participación en la idolatría (incluso comer los alimentos sacrificados a los ídolos), y toda indulgencia en las perversiones sexuales que eran tan comunes entre los gentiles.

Pablo había crecido en esta fe, para reverenciar al templo y al papel especial que tenía Israel en conexión con él. Ahora, según sus acusadores, enseñaba «a todos contra el pueblo, la ley y este lugar [es decir, el templo]» (21:28). ¡Qué lástima que ahora enseñara en contra de lo que había establecido el Antiguo Testamento! ¡Qué lástima que se hubiera decidido a atacar a su propio pueblo judío, que le había encaminado en la verdadera fe! Pero, al menos, ¿por qué no se mantenía alejado del templo? ¿Por qué tenía que ir y pisotear su santidad llevando a gentiles al patio interior y entrando él mismo en un estado de impureza ceremonial?

Los cargos eran falsos, qué duda cabe, pero por el momento demos a sus acusadores el beneficio de la duda, pensando que creían sinceramente que Pablo había hecho aquello de lo que le acusaban. Cuando le sacaron a rastras del patio interior y cerraron las puertas (21:30), estaban luchando para proteger la santidad del Dios todopoderoso.

Las críticas modernas de la conducta del Pablo en el templo

Pero los judíos de Asia que fomentaron el alboroto contra Pablo (21:27-29) no han sido los únicos que le han criticado respecto a este incidente. Muchos admiradores de la exposición que hacía Pablo de la justificación por la fe también se han sentido muy molestos por su conducta en el templo. ¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntan ya de entrada. ¿No creía en lo profundo de su corazón lo que Esteban había declarado hacía tanto, que Cristo había convertido en obsoletos el templo, su sacerdocio, sus sacrificios y sus purificaciones? El hombre que había enseñado a los conversos de todo lugar a celebrar la Cena

del Señor, que había tomado parte tan recientemente en esa Cena en Troas, que había recordado solemnemente que el perdón sólo se obtiene mediante el sacrificio de Cristo en el Calvario... ¿Pero qué hacía ese hombre purificándose según los ritos ceremoniales del templo y uniéndose al sacrificio de animales sobre su altar?

La comprensión que tienen esas personas de cómo sucedió este episodio (para ellos calamitoso) tiende a ser la siguiente. Los cristianos de Jerusalén, que no tenían clara al cien por cien la relación entre el evangelio y el judaísmo, y que por su pusilanimidad no querían ofender a la opinión pública judía, sugirieron a Pablo una forma de aplacar públicamente las objeciones que su nación le ponía al cristianismo. Cuatro cristianos habían abrazado el voto nazareo, y estaban a punto de cumplirlo. Se sugirió, por tanto, que Pablo llevara a esos hombres al templo, se uniera a los rituales de purificación establecidos, y pagara los gastos correspondientes al final de ese voto.

Estas personas siguen diciendo que Pablo aceptó erróneamente tamaña sugerencia, y así, de una forma tan desgraciada y poco propia de él, comprometió el evangelio. Pero, como todos los compromisos, no funcionó: no logró impresionar a las personas a las que iba destinado, y acabó en un desastre. Como resultado, durante los próximos cuatro años Pablo fue forzado a predicar el evangelio lo mejor que supiera, pero encadenado, mientras que, si no se hubiera comprometido, podría haber seguido predicándolo como antes, libre.

En realidad, estas dos críticas contra Pablo están equivocadas en sus hechos básicos. El primer error está en suponer que Pablo había llevado a unos griegos al templo: en realidad, él siempre tuvo mucho cuidado en no hacer algo así. Si había metido a unos griegos en el patio interior, ¿cómo es que la multitud no los detuvo también a ellos? Los judíos de Asia, que fueron los primeros en liarlo todo, no pudieron respaldar su acusación en ninguno de los interrogatorios o juicios que siguieron. Ciertamente, su propia incapacidad de personarse en el tribunal (24:18-19) era una admisión de su incapacidad.

Pero la otra crítica también tiene equivocados sus hechos básicos, al menos en este sentido: supone que los ancianos de la iglesia en Jerusalén estaban intentando calmar y pacificar a los judíos en general, a las personas que fomentaron el alboroto y al Sanedrín, que en consecuencia estaba haciendo todo lo posible por sacarle partido a la situación y ejecutar a Pablo. Pero ni Pablo ni los ancianos intentaban hacer algo así. Los ancianos fueron bastante explícitos sobre el grupo particular de personas al que estaban intentando ayudar: no a los judíos incrédulos, sino a los creyentes. «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay *que han creído*» (21:20). ¡No fueron ellos los que convulsionaron a la multitud, arrestaron a Pablo e intentaron matarle! Es posible que se vieran favorecidos por lo que hizo, y sus conciencias, al ser tan débiles como eran, se vieron libres de futuros escándalos. Además, cuando contemplaron el trato irracional e implacable que los judíos dispensaban a Pablo, expulsándole del templo, es posible que sus conciencias se avanzaran un poco más para abandonar del todo el templo y sus ritos.

Por tanto, lo que había sucedido según los ancianos era lo siguiente. A estos millares de judíos creyentes, cristianos, les habían informado de que Pablo enseñaba a todos los judíos que vivían entre los gentiles a apartarse de Moisés, diciéndoles que no circuncidaran a sus hijos ni vivieran según las costumbres judías (21:21). Esta información contenía un grado de verdad suficiente para hacer que pareciera plausible, pero, como sabemos a partir de otros capítulos pasados de Hechos (ver pp. 251-3) y de las epístolas de Pablo, en realidad era incorrecta. Pablo no había exigido a los judíos cristianos que abandonaran de una forma tan radical las costumbres mosaicas.

Lo que sí había enseñado, y jamás quiso disimular, tanto si estaba en los confines del mundo conocido como en Jerusalén, era que la circuncisión no era necesaria para la salvación, ni contribuía a ella en absoluto. Y si la circuncisión no servía de nada en este sentido, tampoco valían las abluciones rituales, el agua bendita, los sacrificios de animales, las ofrendas al

tesoro del templo, el incienso ni las ceremonias realizadas por los sacerdotes o el sumo sacerdote. Además, esta doctrina fundamental de la salvación la respaldaba firmemente, no sólo Pablo, sino también Pedro, Santiago y los demás apóstoles y ancianos en Jerusalén. Recordemos la famosa afirmación de Pedro, que había hecho unos años antes (15:11) en la propia Jerusalén: «Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús [y no por la circuncisión o cualquier otra ceremonia establecida por la ley mosaica] seremos salvos [los judíos], de igual modo que ellos [los gentiles]» (15:11). Recordemos también su solemne denuncia de cualquiera que enseñara a gentiles o judíos que la circuncisión o cualquier otro ritual prescrito por la ley de Moisés era necesario o contribuía para la salvación de una persona: «Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni vuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?» (15:10)

Sin embargo, por claras que tuvieran las cosas respecto a la relación entre la circuncisión y la salvación, ni Pablo ni ninguno de los otros apóstoles y ancianos enseñaban que todos los creyentes judíos debían dejar de circuncidar a sus hijos desde aquel momento, a rajatabla. Por tanto, muchos judíos cristianos, seguían movidos por su conciencia a continuar con este rito, no para obtener o conservar la salvación, sino simplemente para complacer al Señor. No esperaban que los creyentes gentiles circuncidaran a sus hijos: en ningún pasaje del Antiguo Testamento había ordenado Dios que los gentiles se circuncidaran, a menos que quisieran convertirse en judíos; y los cristianos judíos tenían bastante claro que no tenían que convertirse al judaísmo para ser salvos, o para vivir como judíos después de eso.* Pero muchos de ellos (de hecho, según lo que los ancianos dijeron a Pablo, miles de ellos), sostenían

* Aunque pidieron a los cristianos gentiles que respetaran la conciencia de sus hermanos judíos en la fe, cuando fuera apropiado. Ver 21:25; 15:28-29 y el análisis de estos versículos en pp. 247-249.

que los creyentes judíos aún estaban bajo la obligación de observar los ritos establecidos para los israelitas en el Antiguo Testamento. Eran «celosos por la ley» (20:21). Para ellos era una cuestión de conciencia, basada en la palabra de Dios tal y como la interpretaban; del mismo modo que la observancia del domingo como el día de reposo sigue siéndolo para miles —quizá millones— de creyentes, que jamás soñarían en decir que guardar el día de reposo es necesario para la salvación.

Ahora bien, ni en Hechos ni en las epístolas encontramos ningún caso en que Pablo se oponga a este tipo de conciencia. Más bien al contrario. Estaba dispuesto a vivir como judío entre los judíos (1 Co. 9:20), y del mismo modo estaba preparado para hacerlo entre los gentiles (1 Co. 9:21). Pero eso no implica que exigiera a todos los cristianos judíos debían vivir como gentiles. Si la conciencia seguía diciéndoles que vivieran como judíos, él respetaba esa conciencia. Ciertamente, cuando el joven judío cristiano Timoteo, como recordamos (16:1-3; ver págs. 241-243) se unió a su equipo, lo circuncidó. Pablo adoptó deliberadamente esta estrategia flexible, para facilitar que las personas, ya fueran judíos o gentiles, que escucharan el evangelio, lo recibieran y fueran salvas (1 Co. 9:19). Y también tenía otro motivo, pero, antes de que lo consideremos, hemos de contemplar también otras serias objeciones.

La primera dice más o menos esto: estaba muy bien que Pablo permitiera a los judíos cristianos (o incluso animara a alguno, como a Timoteo) que continuaran con la práctica de la circuncisión mientras creyeran que ésta no aportaba nada a su salvación. Pero en Jerusalén Pablo fue más lejos, demasiado lejos a juicio del pueblo. Aceptando la sugerencia de los ancianos, que debieran haber sabido mejor lo que hacían, se purificó de acuerdo con los ritos y ceremonias de la ley (21:24, 26; 24:18), negando así, por implicación, la suficiencia de la santificación definitiva ofrecida por Cristo (He. 10:10, 22). Además, al estar dispuesto a pagar por y asociarse con las ofrendas del altar, las ofrendas por el pecado y las de la paz, prescritas en la ley para cumplimiento del voto nazareo (Nm.

6:13-21), negaba una vez más la suficiencia del sacrificio de Cristo. Y finalmente, está claro que no metió a gentiles cristianos en el patio interior del templo, y por tanto eludió la acusación lanzada contra él por los judíos asiáticos... pero sólo para incurrir en otra: consentía así en la conservación de aquel «muro divisorio» entre judíos y gentiles que él mismo predicó (más tarde) que Cristo había demolido (Ef. 2:14).

Estas son acusaciones muy graves. Implican que el propio Pablo al que Dios envió para defender y confirmar el evangelio se lo saltaba, lo comprometía, en lugar de cumplir con su misión. Pero esas acusaciones no pueden ser verdaderas, porque, cuando en la primera aparición de Pablo ante el Sanedrín había acabado la primera serie de ataques y defensas, a la noche siguiente el Señor alabó a Pablo por el modo en que había defendido el evangelio en Jerusalén: «Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesarios que testifiques también en Roma» (23:11).* El Señor no podía haberle dicho esto si Pablo hubiera comprometido el evangelio en Jerusalén.

Así que formulémonos una pregunta: ¿por qué era correcto que Pablo consintiera que los cristianos judíos siguieran con el rito de la circuncisión, pero no que él tomara parte en los rituales del templo? Nos contestarán que los sacrificios del templo eran meras premoniciones, tipos y sombras del sacrificio de Cristo, y continuar practicándolos cuando la realidad ya había venido era negar, por implicación, la suficiencia de ésta.

¡Pero el rito de la circuncisión también era un preliminar, un tipo y una sombra! Nadie lo sabía mejor que Pablo, como vemos por sus comentarios en Colosenses 2:11: «En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al

* Los críticos liberales tienen una forma muy distinta de exonerar a Pablo. Niegan la historicidad de todo el episodio en la narración de Lucas: Pablo nunca hizo lo que Lucas dijo que hizo en el templo. Su presunto remedio es peor que la enfermedad, por innecesaria que sea. La supuesta acusación era falsa.

echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo». Está claro que Pablo no se refiere en este versículo al rito cristiano del bautismo por agua, porque es innegable que éste se realiza «por la mano del hombre». Está hablando de esa operación profunda, interna, moral y espiritual que tiene lugar en lo más hondo del corazón humano cuando cada persona se arrepiente y confía en el Salvador. Pero aunque Pablo comprendía y enseñaba con bastante claridad que la circuncisión física era un simple tipo, no veía ninguna dificultad en permitir que los judíos creyentes continuaran con su práctica si la conciencia se lo exigía; siempre y cuando, claro está, comprendieran y aceptaran que la circuncisión física no producía, contribuía o mantenía esa operación salvífica que sólo puede efectuar «la circuncisión de Cristo» (Gá. 6:15).

Y si pasaba eso con este tipo de la circuncisión, también era cierto en relación a todos los otros tipos conectados con el templo. Todos los judíos cristianos de Jerusalén celebraban asiduamente la Cena del Señor, que proclamaba a las claras que el perdón se obtiene mediante el sacrificio y la muerte del Señor Jesús, y sólo por él. Ningún creyentes judío, anciano o apóstol, y está claro que Pablo tampoco, sentía que el sacrificio de Cristo había que complementarlo mediante el mantenimiento de los sacrificios de animales en el templo, con el fin de garantizar el perdón de los pecados. Pero por el momento, algunos de ellos sentían que debían seguir usando esos tipos y símbolos.

Por consiguiente, lo que hizo Pablo cuando se unió con los cuatro judíos cristianos a los sacrificios prescritos para la consecución de su voto nazareo no era una contradicción del evangelio. Por supuesto, podemos preguntarnos cómo es que las personas siguen atadas, por su conciencia, al uso de tipos y sombras una vez han disfrutado de la realidad. Seguro que nos sorprendería que el piloto de un Boeing 747 siguiera jugando, en su tiempo libre, con el avión de juguete que tenía de niño. Pero ese juego sería peligroso sólo si él mismo empezara a pensar, y luego a enseñar a otras personas, que ese

aeroplano de juguete era el que les iba a llevar al otro lado del Atlántico.

Aquí también hallamos la respuesta a la acusación de que, al asistir a los oficios del templo, los judíos cristianos estaban manteniendo «el muro divisorio» entre judíos y gentiles que Cristo ya había derruido. En la comunión de las iglesias cristianas, y en la social, ese muro ya no estaba. Si a veces algunos cristianos judíos vacilaban sobre este punto, Pablo les reprendía duramente, como en el caso de Pedro en Antioquía (Gá. 2:11-21). Pero lo que no podía hacerse era llevar la práctica de las iglesias cristianas de vuelta al templo. Los judíos cristianos no eran libres, aun si se hubieran sentido inclinados a ello, para derrumbar el muro que separaba el patio interior del templo del patio de los gentiles, ni para abolir los sacrificios de animales, rasgar el velo y reunirse como iglesia cristiana, junto con sus hermanos en la fe gentiles, ¡en el lugar santísimo! Para empezar, los judíos cristianos no estaban a cargo del templo. Esa responsabilidad la tenían los sumos sacerdotes y sus colegas, y no hace falta decir que ellos no eran cristianos. Y, en segundo lugar, mientras el templo siguiera en pie, todas las prácticas celebradas en él debían regirse por las disposiciones establecidas en el Antiguo Testamento. No se podía cambiar una parte de ellas según los principios cristianos y retener el resto: ese es el error en el que incurrió más adelante la cristiandad. Había que retenerlo todo o abandonarlo todo: no había un camino intermedio.

Entonces, y ahora viene la objeción más grande a lo que hizo Pablo, ¿no hacía ya tiempo que los judíos cristianos tenían que haber abandonado el templo y todo lo relacionado con él? No hacerlo era claramente contrario a la enseñanza directa que se desprende de la epístola a los Hebreos.

Ahora bien, no cabe duda de que la epístola a los Hebreos exhorta a todos los creyentes judíos a abandonar el templo y todos sus ritos y oficios, y les enseña que seguir en él comprometería el evangelio del Señor Jesucristo. Pero apuntar que esta epístola aún no estaba escrita cuando Pablo subió al templo

con aquellos cuatro hombres, para cumplir sus votos, no supone socavar la enseñanza que hallamos en ella.* Tampoco supone una mera excusa para su conducta. El período de tiempo entre la crucifixión de nuestro Señor y la destrucción del templo (como él profetizó) en el 70 d.C. es crucial para el asunto que estamos analizando. Sí, no cabe duda de que la muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesús iba a convertir el templo, su sacerdocio y sus sacrificios en algo obsoleto; de hecho, ya lo había conseguido. Esteban, en su época, ya había empezado a entenderlo así; y Pablo, que como Saulo de Tarso había consentido en la muerte de Esteban, seguro que también lo sabía. Pero Dios no exigió, el día de Pentecostés, o ni siquiera cuando la muerte de Esteban, que todos los judíos cristianos debían repudiar inmediatamente el templo y sus rituales, para no volver a saber más de él. Llegó un momento en que sí lo hizo. Y cuando permitió que los romanos destruyeran el templo en el 70 d.C., forzó no sólo a los cristianos judíos, sino a todos los judíos, a abandonarlo. Pero entre el Pentecostés y el 64 d.C., el mismo Dios permitió un intervalo durante el cual la transición del judaísmo al cristianismo fue un proceso gradual, progresivo y no inmediatamente *impuesto*.

Entonces, ¿por qué hizo Dios esto? La respuesta a esta pregunta nos llevará a dos principios básicos sobre el modo en que Dios trata con las personas. Ambos se encuentran en el meollo de la defensa del evangelio en este segundo movimiento de la Sección Sexta, y ambos tienen una validez permanente.

La hora de arrepentirse, y la existencia de la culpa

La crucifixión del Mesías, el Hijo de Dios, a manos de Israel, su expulsión de la viña del Hijo del dueño, fue una auténtica atrocidad. Daría como resultado, tal y como el propio

* Algunos han pensado que fue escrita durante la estancia de Pablo en Cesarea. Una fecha más aproximada puede ser la del año 64 d.C.

Cristo advirtió a la nación, la destrucción del templo (Lc. 13:31-35; 19:45-20:20; 21:5-6, 20-24). Pero entre el anuncio de la inminente destrucción y su ejecución real, la misericordia divina concedió a la nación un largo período de cuarenta años, para que se arrepintieran. Y no sólo para la nación en general, sino concretamente a los ciudadanos de Jerusalén, y sobre todo a las autoridades responsables del templo, el sumo sacerdote saduceo, los principales sacerdotes y los ancianos.

Después de todo, fue el sumo sacerdote, los principales sacerdotes y la aristocracia saducea laica los que habían tenido la responsabilidad por la muerte del Señor Jesús. Ciertamente, recibieron el apoyo y la ayuda de muchos fariseos destacados, y al final fueron capaces de manipular a la multitud para que exigiera la crucifixión. Pero los sumos sacerdotes saduceos fueron los cabecillas de ese plan. Eran los responsables del templo. Lo que profanaba ese lugar eran sus abusos, y era su odio más impeccedero el que el Señor Jesús había suscitado cuando limpió el templo. Lo que él profetizó que sería destruido era su templo. Y a pesar de ello se les concedió, quizás más que a los demás ciudadanos, un tiempo para arrepentirse.

Está claro que los primeros discípulos de Cristo no se habían unido a la multitud que pedía la crucifixión. Pero cuando tuvo que tratar con los que sí la habían solicitado, Dios estaba dispuesto a hacerlo desde el punto de vista de que actuaron por ignorancia, tanto los gobernantes como el pueblo (3:17). Por tanto, si se arrepentían hallarían misericordia. Miles de personas, como hemos leído que los ancianos dijeron a Pablo, se habían arrepentido y aceptaron a Jesús como Mesías (21:20). Pero la mayoría de los habitantes de Jerusalén, y los gobernantes aristocráticos saduceos en particular, no se habían arrepentido.

Sin embargo, el propio Cristo había dicho que antes de que la ciudad y el templo fueran destruidos, Dios enviaría testigos a los gobernantes, bajo la forma de los cristianos a los que perseguirían, tanto si los llevaban ante el concilio como si lo hacían ante los tribunales gentiles (Lc. 21:12-15). Y eso es lo

que hizo Dios. Primero vinieron Pedro y los otros apóstoles, predicando la resurrección de Cristo. El sumo sacerdote saduceo y la aristocracia intentaron suprimirlos, y les hubieran ejecutado de no haber sido por la intervención del fariseo Gamaliel (5:34-40).

Luego llegó Esteban, afirmando abiertamente que Cristo había hecho que el templo y sus rituales quedaran obsoletos, y que un día el templo sería destruido. Pero ni él ni los cristianos de Jerusalén trataron el templo de otro modo que no fuera con respeto. Nunca intentaron quebrantar sus normas ni despreciar sus lugares santos. Ni siquiera lo ignoraron, como hacía la secta de Qumrán, sino que lo usaban. A pesar de todo, el sumo sacerdote y su concilio habían ejecutado a Esteban.

Al final Dios envió a Pablo, y le dirigió derecho al templo. El círculo de los principales sacerdotes tenían motivos para saber acerca de él. A pesar de que era fariseo, al principio había cooperado con un sumo sacerdote para intentar eliminar a los cristianos. Es cierto que al final se había convertido, y seguro que se habían enterado de su evangelización en las sinagogas de la Diáspora, y de su fundación de iglesias cristianas, separadas de las sinagogas y compuestas tanto de judíos como de gentiles que estaban en términos de igualdad. No cabe duda de que eso no les gustó nada, ni tampoco a los ciudadanos de Jerusalén que no eran cristianos. Estaban de lo más dispuestos a creer las acusaciones de los judíos asiáticos. Pero éstas eran falsas: Pablo había actuado con una corrección impecable hacia el templo, honrando al pie de la letra todas las reglas prescritas en el Antiguo Testamento. Y el sumo sacerdote, los principales sacerdotes y la aristocracia saducea sabían que respecto a ese punto no podían presentar acusación alguna contra él, como Lucas deja totalmente claro a medida que avanza la narración. Por tanto, no tenían motivos para continuar rechazando a Cristo y persiguiendo el evangelio.

Pero este asunto hizo que Pablo se enfrentara una vez más al sumo sacerdote y a sus colegas. Una vez ante el Sanedrín (23:1-10), una en el tribunal de Félix (24:1-23) y otra en el de

Festo (25:1-12), Pablo les había dado testimonio de cuál era el verdadero asunto que estaba en juego (distinto a las falsas acusaciones que le imputaban): la resurrección de aquel Jesús al que habían asesinado. Sin la más mínima intención de arrepentirse, ellos determinaron que, fuera de la manera que fuese, los romanos le ejecutaran, igual que habían conseguido que ejecutaran a Jesús.

Pero ahora el tiempo del arrepentimiento se estaba acabando, la vida del templo llegaba a su fin. Cuando la multitud de Jerusalén, en su esfuerzo tumultuoso para defender su templo, apresaron al testigo final de Dios, Pablo, le sacaron a rastras del patio interior, cerraron tras él las puertas e intentaron matarlo a golpes (21:30-31), cruzaron la línea tras la cual ya no había marcha atrás posible. Y cuando la perversidad del sumo sacerdote y sus colegas (23:12-15; 25:2-3) finalmente forzó a Pablo a apelar a César, estaban sellando su condena como orden sacerdotal, y con ella la de su templo.

No nos sorprende que, el año 64 d.C. (o antes según algunos), Dios hiciera que se escribiera la epístola a los Hebreos y la pusiera en circulación, exhortando a todos los judíos cristianos en todos los lugares que abandonaran el sistema de adoración del templo, que ahora se había convertido en el centro y expresión del rechazo impenitente y decidido del Señor Jesús. Seis años después el templo fue destruido, y la clase sacerdotal dejó de existir, pero no antes de que su culpa quedara probada fuera de toda duda.

El evangelio y la integridad de la conciencia del individuo

Pero había otro motivo por el que Dios no exigió que inmediatamente después de Pentecostés, o tras la muerte de Esteban, todos los judíos cristianos abandonaran los ritos mosaicos, sus rituales y ceremonias. Y el motivo fue el respeto que Dios siente por la conciencia humana.

Los judíos cristianos estaban atrapados en una cambiante marea de proporciones sin precedente. Las leyes ceremoniales, rituales y alimentarias, por las que estaban dispuestos a morir antes que quebrantarlas, porque creían que estaban inspiradas por Dios, estaban a punto de ser abrogadas. El propio Dios no iba a acelerar indebidamente el proceso, sino que concedería a las conciencias del pueblo el tiempo suficiente para ajustarse al nuevo orden.

No se trata de que la conciencia sea el árbitro final de lo que es cierto, de lo que es la voluntad de Dios. Ese papel sólo le pertenece a la objetiva revelación del propio Dios, en y a través de su palabra. La conciencia debe aprender, y estar dispuesta a ajustarse a esa palabra, no a arrogarse una autoridad que no posee. ¡Mi reloj de pulsera no es el árbitro final que controla el Meridiano de Greenwich y su punto horario!

Por otra parte, a Dios no le gusta hacer cabrillas con la conciencia humana, ni tratarla de un modo tiránico o arbitrario. Respetar los mecanismos mediante los cuales se ajusta correctamente, y les da tiempo para que funcionen. Después de haber educado la conciencia de Israel a lo largo de muchos siglos, a través de todo el Antiguo Testamento, para que observaran estrictamente los rituales mosaicos, ahora no les iba a pedir que los cambiaran y abandonaran de la noche a la mañana. Le daría a sus conciencias el tiempo necesario para que percibieran que el Dios que originariamente les dio esas leyes del Antiguo Testamento era el que ahora la abrogaba. Entonces, abandonarlas supondría fe por parte de ellos, no desobediencia ni descuido.*

El progreso de las conciencias más débiles sería más lento que el de aquellas más fuertes, con la capacidad de ajustarse más rápidamente. Mientras tanto, Dios se concentró en que

* No deberíamos abusar de este principio usándolo como excusa para continuar con prácticas que nunca estuvieron respaldadas por la autoridad bíblica, del Antiguo o el Nuevo Testamento, y que en realidad se oponen a las escrituras explícitas.

todas esas conciencias, débiles o fuertes, no se sobrecargaran, sino que desarrollaran el hábito de pensar en estas cosas individualmente, a la luz de la responsabilidad directa de cada persona frente al Señor Jesús resucitado (Ro. 14:1-23). Y ese hábito, una vez formado, tendría que aplicarse constantemente a mil y un asuntos mucho después de que Dios solventara las cuestiones específicas relacionadas con el ritual mosaico, primero mediante la epístola a los Hebreos y luego mediante la destrucción del templo.

Finalmente, había otro elemento importante en la sugerencia que los ancianos apuntaron a Pablo, aunque ni Lucas ni aquéllos le prestan una atención excesiva. Los cuatro hombres habían hecho sus votos delante de Dios antes de que Pablo llegara. Enfrentados entonces a la cuestión de si debían cumplir su voto o no, no cabe duda de que Pablo tenía la obligación de responderles. Es cierto que el evangelio predica la salvación por gracia. Pero a menos que el cumplimiento de un voto sea pecaminoso en sí mismo, el evangelio insiste en que los votos solemnes hechos a Dios hay que cumplirlos. Si no fuera así, el evangelio caería en el error del antinomismo. Es incorrecto que un/a creyente se case con alguien que no lo es (1 Co. 7:39). Pero si ese matrimonio ya ha tenido lugar, y se ha realizado con votos solemnes ante Dios, sería tergiversar el evangelio de la salvación por gracia decir que permite, o incluso exige, que el cristiano implicado deshonor esos votos.

La defensa de Pablo ante la multitud de Jerusalén

Es lógico que las autoridades romanas se sintieran nerviosas por los disturbios religiosos en Jerusalén, porque podían convertirse en la cerilla que encendiera la mecha de la rebelión nacional. Por consiguiente, al enterarse el oficial romano de que había problemas en la ciudad, tomó a un pelotón de soldados, bajaron por la escalinata del castillo Antonino hasta el templo, rescataron a Pablo de manos del pueblo y exigieron enterarse

de qué estaba pasando. Pero la confusión era tan grande que no sacaron una respuesta en claro. De modo que ordenó a sus hombres que llevaran a Pablo al castillo, cosa que ellos hicieron, a empellones, rodeados de la multitud que clamaba pidiendo la sangre de Pablo como una manada de sabuesos.

En lo alto de las escaleras del castillo, Pablo pidió permiso al oficial para dirigirse a la multitud. Habló en griego, cosa que alteró la idea que se había formado en la mente del romano sobre la explicación de los hechos. Unos años atrás, un egipcio que se autodenominaba profeta había guiado a un grupo de personas al Monte de los Olivos, prometiéndoles que Dios iba a llevar a cabo otra Jericó, demoliendo los muros de Jerusalén para que pudieran arrasar el destacamento romano de la ciudad. Por supuesto, no había sucedido. Las autoridades romanas aplastaron la revuelta, matando a algunos y arrestando a otros, mientras aquel astuto individuo se las arreglaba para escapar. El oficial, cuyo recuerdo del incidente era algo confuso, había sacado la conclusión de que Pablo debía ser aquel egipcio, que había osado regresar, provocando el disgusto de la multitud a la que había engañado.

Cuando vio que no era así, el oficial permitió que Pablo hablara a la multitud; quizá así descubriría, a partir de su discurso, cuál era el motivo de los disturbios.

Pero podemos preguntarnos: ¿cómo es que Pablo pensaba que valía la pena dirigirse a la multitud? Debía dolerle todo el cuerpo debido a la paliza que le habían propinado. Por el momento, estaba a salvo en manos romanas. ¿Qué esperaba sacar al dirigirse a aquellos que estaban al pie de las escaleras exigiendo su sangre?

La respuesta es que les amaba. Había hecho en el templo lo que había hecho para ayudar a los creyentes judíos, porque les amaba. Ahora se enfrentaba a la agitada masa de los judíos incrédulos, a los que también amaba. Eran su propio y amado pueblo. Se habían enfurecido por la acusación de que Pablo enseñaba en todas partes en contra de ellos (21:28). Pero esto era falso, un libelo. Enseñaba a los gentiles cristianos que no

sólo debían amar a los judíos cristianos, sino a los judíos en general (ver Ro. 11:17-32). Además, les comprendía. Allí estaban, poseídos de una rabia salvaje, pensando que protegían el honor y la santidad de Dios. Si el oficial no hubiera intervenido, hubieran matado a Pablo a golpes; pero lo hubieran hecho convencidos de que estaban actuando como un servicio a Dios. Sería un acto de amor hacer que abandonaran esa idea. Lo que ellos sentían en el corazón era puro asesinato, alimentado por el orgullo nacional, los intereses propios y maltrechos, la ignorancia y la pecaminosidad previa a la regeneración. Lejos de servir a Dios, habrían asesinado a Dios encarnado si le hubieran puesto las manos encima. Lo que ellos pensaban que era celo por Dios no era más que una expresión de la naturaleza humana cruda e irredimida. ¡Con qué facilidad u y qué a menudo engaña la religión a los hombres para que piensen que están defendiendo a Dios, mientras que es Artemis la que los inspira, y son sus métodos los que ellos adoptan!

Pablo comprendía esto muy bien. Una vez se había sentido como se sentía ahora la multitud. Había creído que era fiel a su nación cuando perseguía, arrestaba, encarcelaba, castigaba y ejecutaba a los judíos cristianos. Había hecho todo lo posible para oponerse al nombre de Jesús de Nazaret, y lo había hecho con la conciencia tranquila, convencido de que estaba sirviendo y protegiendo el honor de Dios. Pero lo que estaba protegiendo mientras tanto no era el honor de Dios, sino su propio orgullo religioso de fariseo, y protegiéndolo con la rabia, el desprecio, el veneno y la crueldad de un hombre no regenerado. La conversión a Cristo le había abierto los ojos para ver la realidad, cómo era el Dios al que supuestamente servía, y cuál era la auténtica naturaleza de su celo supuestamente religioso. La conversión a Cristo no sólo había cambiado sus creencias, sino que había alterado sus métodos para defenderlas. Es patético cuando la conversión a Cristo hace lo primero pero no lo segundo.

Por tanto, Pablo entendía qué motivaba a aquella gente, y les amaba, a pesar de que ellos le habrían asesinado libremente.

Necesitaban desesperadamente que se les abrieran los ojos, que se les desengañara de su imaginado cielo por Dios, porque si persistían en él condenarían sus almas. El les hablaría. Sería inútil decirle a Pablo que no había esperanzas de convertirles. Hubo un tiempo en que lo mismo se podría haber dicho de él, y sin embargo se convirtió. Siendo como era un verdadero evangelista, decidió contarles la historia de su conversión.

Tenía una ventaja sobre ellos: ellos carecían de cultura bíblica, mientras que él había sido educado por aquel famoso erudito, Gamaliel, allá en el centro de estudios bíblicos más importante, la propia Jerusalén (22:3). Ellos eran «celosos de Dios», pero no llegaban a la altura de Pablo. Sus disturbios eran simplemente una erupción espontánea de emoción; la persecución de Pablo había sido deliberada, sistemática, contando con el respaldo de la autoridad oficial del sumo sacerdote del momento, intensa e implacable. ¿Qué podía enseñarle ninguno de ellos sobre el celo de Dios? ¿Y sobre la protección de los privilegios de Israel o la santidad del templo?

Si ahora había recibido una visión proveniente del mismo cielo, y en su luz irresistible había visto la auténtica realidad, que el Jesús de Nazaret al que perseguía era, de hecho, el Mesías resucitado y glorificado, ¿cómo podía interpretarse eso diciendo que le era infiel a su nación? ¿Acaso Moisés, Isaías y otros profetas no habían recibido visiones similares de Dios? ¿Por qué a él había que rechazarle como a un hereje por el hecho de haber tenido una?

Pero, ¿no podía ser que no hubiera entendido la visión, que la hubiera malinterpretado?

Pues no. La visión la había interpretado para él un miembro de la comunidad local judía de Damasco, un devoto observador de la ley y muy respetado por todos los judíos que allí vivían. No era ningún hereje. Sin embargo, el mismo Dios autentificó sus palabras, permitiendo que apartara de Pablo la ceguera física que había provocado el esplendor sobrenatural de la visión: «El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca.

Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído» (22:14).

Esto tampoco se trataba de una herejía, porque no negaba al único Dios verdadero que Israel había conocido por medio de los patriarcas: era el mismo Dios de éstos el que había elegido a Pablo para su misión especial. El le había dicho a Pablo, y le había encomendado para que dijera a los demás, que Jesús de Nazaret era el Justo. No era el impostor que la nación había decidido que era. El tenía razón y ellos estaban equivocados. El no había sido otro hombre justo, sino *el* Justo, el Mesías de Dios.

Esa era una potente medicina para la multitud, y es quizá una maravilla que no le interrumpieran en ese punto. Pero entonces Pablo, al relatar todo esto como parte de la historia de su conversión, había dejado claro que no estaba pretendiendo ser superior a ellos, diciendo que ellos eran culpables y él inocente. El compartía su culpa. De hecho, había sido más culpable que ellos, había perseguido con más saña a Jesús de Nazaret. Había admitido su culpa y recibido el perdón, y por tanto ellos también podían hacerlo.

Pero —y aquí empezaba a pisar terreno delicado—, ¿por qué no se había quedado en Jerusalén guardando celosamente los privilegios y el templo de esa ciudad, en lugar de irse a los gentiles invirtiendo en ellos los derechos que le correspondían a Israel?

Fue porque, al regresar desde Damasco a Jerusalén, estaba en el templo cuando una vez más el Señor se le apareció en una visión y le dijo que huyera rápidamente de Jerusalén, porque los habitantes de la ciudad no recibirían su testimonio de Jesús (22:17-18).

La profecía sí se había cumplido: ellos mismos eran la prueba. Pero decir que el Señor tenía una opinión tan pobre de los ciudadanos de Jerusalén suponía meter el dedo en la llaga.

Pero Pablo, defendiendo al pueblo como siempre, dijo al Señor que no eran tan malos. Eran personas razonables. Sabían con qué celo había perseguido Pablo a los cristianos. Sabían

cómo había estado de parte de la multitud, azuzándola, cuando mataron a Esteban. Seguro que serían razonables y le escucharían como a alguien que siempre había estado de su parte, y no le rechazarían a ciegas, porque sí.

Pero el Señor se limitó a repetir su orden: «Vé, porque yo te enviaré lejos a los gentiles» (22:21).

Hasta ese momento la gente había escuchado en silencio, pero ahora explotó, y el punto en que reventó la tensión demostró cuál era la verdadera causa de su ira. Ya era bastante humillante decirles que el Jesús al que rechazaron era el Mesías, pero pensar que debido a su rechazo Dios había ofrecido al Mesías de Israel a los gentiles, y que éstos le estaban aceptando, era insoportable. Eran como el niño mimado de mamá a quien ésta le regala un bonito juguete. Pero por algún motivo él lo rechaza, y no quiere jugar con él. Entonces mamá se lo ofrece a otro niño, que está encantado de recibirlo. La reacción del primer niño es estallar de rabia. El celo de Dios de los habitantes de Jerusalén no era un verdadero celo destinado a proteger los intereses y la santidad de Dios: estaba destinado a proteger sus propios privilegios egoístas. Eso fue lo que les hizo imaginar que vieron a unos gentiles invadiendo su templo santo, cuando, en realidad, no había ningún gentil a la vista.

Pablo también reconocía esto. Los celos «anti-gentil» que sentían ellos acababan de intentar asesinarle. Pero aún le quedaban esperanzas en el corazón. No estaba todo perdido. Un día Dios usaría esos mismos celos para que la nación se arrepintiera, para que siguiera a los gentiles en la aceptación de su verdadero Señor, Jesús, como el Mesías divino (Ro. 11:11-16).

La propuesta del tribuno de interrogar a Pablo

Es posible que el discurso de Pablo ante la multitud no ayudara mucho al tribuno, pues Pablo había hablado en arameo (22:2). Pero estaba decidido a llegar al fondo del asunto. Era el responsable de la defensa de la ley y el orden en aquella

ciudad tan problemática, donde la religión y la política formaban una mezcla altamente volátil, y donde el vapor de un cerebro calenturiento pronto podía convertirse en la chispa que hicieran saltar por los aires toda la ciudad. Y también tenía que dar cuentas a unos señores muy duros, y a veces poco razonables. Estaba dispuesto a hacer justicia, pero, a la hora de proteger la ley y el orden, uno no se puede permitir ser remilgado. La ley le daba el derecho de interrogar a los presuntos revolucionarios bajo tortura, y él decidió usar ese derecho. Ordenó que dispusieran a Pablo para ser azotado (22:24).

Sin que él lo supiera, aunque tenía que haberse informado antes, Pablo era ciudadano romano, y era tremendamente ilegal que le ataran y le azotaran. Pablo se lo comentó, y él desistió inmediatamente. Sin embargo, le sorprendió que un personaje tan dudoso como Pablo debió parecerle en aquel momento, resultara ser un ciudadano romano. Le dijo: «Yo con una gran suma adquiriré esta ciudadanía». Y Pablo contestó: «Pero yo lo soy de nacimiento» (22:28).

Así se había descubierto otro asuntillo: el dinero que el tribuno había pagado por la ciudadanía romana era un soborno, y por tanto ilegal; aunque, claro está, miles de personas pagaban estos sobornos y muchos peces gordos obtenían grandes ingresos recibéndolos. Pero claro, ¿en qué país podemos esperar que todos los defensores de la ley y el orden estén por encima de la corrupción? Y cuando al final escribió su informe al gobernador, Félix, se las arregló para disfrazar un poco las cosas y tapar el hecho de que había atado a un ciudadano romano y que casi le manda azotar, para interrogarle bajo tortura. Y Pablo, podemos estar seguros, nunca le denunció.

El tribuno interroga a Pablo ante el Sanedrín

Al día siguiente, decidido aún a llegar al fondo del asunto, para pacificar la ciudad, el tribuno ordenó que se reuniera el Sanedrín, y llevó a Pablo ante ellos. Pablo empezó la defensa

mirando a los ojos a los miembros del tribunal y declarando: «Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy» (23:1). No pretendía ser una declaración jactanciosa, ni burlarse del tribunal. Sabía que su conducta desde su conversión les había enfurecido; a sus ojos era un peligroso renegado y un apóstata. El les ofrecía una sincera explicación: por increíble que les pareciera, siempre había actuado conforme lo que a él le parecía que era el servicio que Dios le pedía. ¿Acaso ellos, como miembros responsables del tribunal religioso más elevado de la nación, no pretendían vivir según ese mismo principio? ¿Es que ni siquiera tenía en común esto con ellos? Por mucho que discreparan de lo que él hacía y enseñaba, seguro que podían concederle que actuaba con buena intención delante de Dios. ¿Qué debate, qué discusión, qué investigación justa podía ser posible si una de las partes no estaba dispuesta a asumir, al menos para empezar, que la otra estaba motivada por una conciencia sincera aunque equivocada? Si la conclusión que había sacado de antemano el tribunal es que se trataba de un fraude religioso deliberado, ahí terminaba todo posible debate. Y lo mismo sucede hoy en día. Sería falso pretender que las diferencias respecto a los dogmas fundamentales de la fe son cosas sin importancia, sobre las que podemos estar de acuerdo en que no coincidimos y, sin embargo, seguir unidos. Pero debemos empezar suponiendo que aquellos que están al otro lado, sea cual sea éste, actúan, por lo que sabemos, con una conciencia limpia.

Pero, nada más decir esto Pablo, el presidente del tribunal ordenaron que le golpearan en la boca, lo cual provocó una inmediata reacción por parte de Pablo: «¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?» (23:3)

Los críticos de sofá han acusado a Pablo de conducta poco cristiana al reaccionar de esta manera. Pero el propio Cristo protestó (aunque con más moderación) cuando otro oficial de un sumo sacerdote, con la misma injusticia, le golpeó el rostro (Jn. 18:22-23). Era evidentemente abyecto que el sumo sacer-

dote quebrantara abiertamente la ley en el mismo tribunal donde tenía la responsabilidad de defenderla y aplicarla. La corrupción religiosa es la peor de todas: hay que rebatirla en los términos más duros.

Pero en aquel instante los hombres que estaban cerca de Pablo se quejaron: «¿Al sumo sacerdote de Dios injurias?» (23:4) E inmediatamente Pablo se disculpó por haber transgredido la ley sin saberlo, ley que luego citó: «No injuriarás a los jueces, ni maldecirás al príncipe de tu pueblo» (Éx. 22:8). No podemos saber con certeza cómo es que Pablo no se había dado cuenta de que era el sumo sacerdote el que había dado orden de que le golpearan, aunque se pueden adelantar ciertas explicaciones. Pero el incidente proporcionó una evidencia incontestable de que allí había un hombre que sentía lo que decía cuando afirmaba haber vivido con una conciencia limpia delante de Dios. Ese sumo sacerdote particular, quizás más de lo que supiera Pablo debido a su larga ausencia de la ciudad, era un perfecto sinvergüenza, como la historia nos confirma, dispuesto a robar a los sacerdotes inferiores de todos sus privilegios, recurriendo al asesinato cuando fuera necesario. En esta ocasión también había quebrantado la ley flagrantemente; sin embargo, Pablo se disculpó ante el oficio que representaba, si no ante él. Pablo conocía la ley bíblica, y su conciencia no quedaría tranquila si la transgredía, por poca intención que tuviera de hacerlo y muy grande que fuera la provocación, si luego no se disculpaba.

Pero el sumo sacerdote ya había enseñado sus cartas. ¿Qué tipo de atención y de justicia podía esperar Pablo de semejante tribunal? Las acusaciones con las que los judíos de Asia habían incitado los disturbios eran falsas y, en cualquier caso, no eran el auténtico motivo de la animosidad del Sanedrín contra él. Pablo había conocido bien a este órgano en sus primeros tiempos, en especial cuando también él había cooperado con un antiguo sumo sacerdote para perseguir a los cristianos. También sabía, por supuesto, por qué mucho antes habían intentado suprimir a los apóstoles, y les hubieran ejecutado de no haber

sido porque el maestro Gamaliel les había convencido con sus sabios consejos. Es evidente que le odiaban desde su conversión, y el verdadero motivo no era otro que su predicación sobre la resurrección de Jesús.

Pero, ¿dónde, en un tribunal plagado de saduceos, iba a poder defender la evidencia de la resurrección de Jesús? Los saduceos, como explica Lucas (23:8), no aceptaban siquiera la posibilidad de la resurrección, para nadie, y menos para Jesús. No creían en los ángeles, ni en la supervivencia del espíritu humano después de la muerte. Por tanto, los miembros más poderosos del tribunal, tenían unos prejuicios fundamentales, prejuicios que predeterminarían el veredicto; porque los fariseos presentes, que admitían la posibilidad de la resurrección, y que podían estar abiertos a la presentación razonada de la evidencia de la resurrección de Jesús, eran minoría. Si el tribuno romano quería sacar una conclusión clara de las indagaciones del tribunal, y la vida de Pablo podía depender de que lo hiciera, era vital que quedara manifiesto el prejuicio básico que tenía la mitad o más de los miembros del tribunal.

Y Pablo lo hizo. Gritó ante el tribunal: «Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga» (23:6). Eso dividió al tribunal en dos, y los eruditos bíblicos entre los fariseos, decididos a que los saduceos no los avasallaran, empezaron a argumentar intensamente de parte de Pablo, diciendo que no había hecho mal alguno, que tenía derecho a tener ese punto de vista, incluso concediendo la posibilidad de que, en el camino de Damasco, hubiera recibido una revelación genuina por medio de algún ángel o espíritu (23:9).

Al final, la conmoción era tan violenta que el tribuno temió por la integridad física de Pablo. Ordenó que entraran los soldados y escoltaran a Pablo al campamento. Pero la táctica de Pablo había conseguido el loable fin de que el tribuno apreciara la verdad de todo aquel asunto, y entendiera el verdadero problema. Al final, su informe al gobernador decía: «Y queriendo saber la causa por qué le acusaban, le llevé al concilio

de ellos; y hallé que le acusaban por cuestiones de la ley de ellos, pero que ningún delito tenía digno de muerte o de prisión» (23:28-29).

El auténtico veredicto

Una vez más, muchos críticos de sofá han acusado a Pablo de usar esa táctica, como si fuera un golpe bajo, como si ocultara deliberadamente la verdadera cuestión, que no era la de si iba a producirse una resurrección general de todos los hombres, sino si aquel hombre en concreto, Jesús, había resucitado o no. Presumiblemente, se hubieran sentido muy felices de que el sumo sacerdote hubiera pronunciado un veredicto negativo, incluso condenatorio, contra Pablo, y de paso contra el evangelio, sin que el tribuno se hubiera dado cuenta de la cantidad de prejuicios latentes en el tribunal. Y en ese caso, ¿dónde hubiera quedado la justicia?

Pero Pablo, al menos, no tenía que preocuparse. Esa noche el Señor emitió el único veredicto importante. Alabando el modo en que Pablo había dado testimonio en Jerusalén, le informó que haría lo mismo en Roma (23:11).

MOVIMIENTO 3

El evangelio juzgado por su actitud frente a la moral y la ley (23:12–24:27)

La conspiración de los asesinos

El tribuno militar estaba a punto de descubrir, si no lo sabía de antemano, que la religión no siempre se siente obligada a seguir una estricta moralidad del mismo modo que se supone

que deben hacerlo los simples mortales. Cuando pretende defenderse o atacar a un enemigo, puede convencerse de que la defensa de la verdad justifica saltarse un poco la moral. De manera que, al día siguiente del encuentro del Sanedrín, más de cuarenta judíos decidieron defender el honor de Dios y la santidad del templo atándose con un solemne juramento ante Dios, de no comer o beber nada hasta que hubieran engañado al tribuno romano, quebrantado la ley, ¡y cometido asesinato! (23:12-13) Es evidente que entre ellos no lo pintaron de esa manera, por que la religión es capaz de encontrar términos que hagan que el crimen parezca santo y noble. Pero lo que estaban proponiendo en nombre de Dios era un crimen; y su plan implicaba la voluntaria cooperación del sumo sacerdote y los ancianos, que tenían que pedirle al tribuno que llevara a Pablo ante el Sanedrín bajo la pretensión de que deseaban más información sobre su caso, de modo que los asesinos pudieran tenderles una emboscada y matarle en su camino al tribunal. Y este sumo sacerdote, y esos ancianos, eran los mismos hombres que más adelante se sentarían en el tribunal romano de Félix, ¡acusando a Pablo de quebrantar la ley!

De algún modo, los rumores de la conspiración llegaron hasta un pariente de Pablo, que se lo comunicó a él, y (por consejo de éste) al tribuno (23:16-18). El, un hombre sensato, decidió que todo aquel asunto se le estaba escapando de las manos. Era responsable de proteger la vida de un ciudadano romano hasta que se hiciera una verdadera justicia. Si el tribunal más supremo del país estaba dispuesto a rebajarse a jugar sucio para destruir a Pablo, era el momento de traspasar todo el asunto al gobernador provincial, antes de que la situación se descontrolara del todo. Así fue como Pablo se encontró enviado, con escolta militar, a Cesarea, para aparecer en el tribunal de Félix, acompañado por la carta explicativa del tribuno que, como hemos visto, señalaba los detalles del caso hasta el momento. Félix se informó de que la ciudad de origen de Pablo lo ponía bajo su jurisdicción (23:34), e hizo los preparativos para el tribunal oficial.

El juicio ante Félix

El tribunal de Félix no era como el Sanedrín, lo cual supuso toda una suerte para Pablo. Aquel tribunal, el cuerpo legal judío más elevado, basaba sus leyes en el Antiguo Testamento interpretado según el consenso al que podía llegar un organismo compuesto de saduceos y fariseos. ¡Ay de aquel miembro del tribunal que discrepara de saduceos y fariseos en la interpretación del Antiguo Testamento! Lo que Félix presidía era un tribunal romano de ley civil, donde las creencias religiosas de una persona carecían de importancia a menos que entraran en conflicto con las leyes estatales.

Además, la sesión del Sanedrín ante la que el tribuno romano presentó a Pablo era una investigación, no un juicio oficial. Lo había presidido el sumo sacerdote, que era el enemigo principal de Pablo. No se menciona que estuvieran presentes otros fiscales o testigos. Su propósito fue el de permitir que el tribuno descubriera qué tenía el Sanedrín en contra de Pablo. Pero la sesión celebrada en el tribunal de Félix era un juicio oficial. Félix era el juez (supuestamente) imparcial, ante el que la fiscalía tenía que presentar acusaciones definidas, relevantes para ese tribunal civil; y las personas que formulaban tales acusaciones tenían que estar presentes en el tribunal, para que el acusado supiera quién era el que le acusaba, y pudiera verle.

En el tribunal, la fiscalía se compuso del sumo sacerdote y de ciertos ancianos, algunos de los cuales debían ser fariseos, según la referencia ulterior que a ellos hizo Pablo (24:15). La fiscalía estaba representada por un orador, Tértulo, el equivalente antiguo del abogado fiscal. Presentó su caso con los habituales cumplidos al juez (aunque en este caso algo exagerados), y luego lanzó cuatro acusaciones contra Pablo:

1. Era una «plaga» (24:5). La palabra «plaga» (o «alborotador») era un insulto vago pero poderoso, uno que se usaba cuando se quería insinuar que el acusado se había visto envuelto en una

actividad que supondría una traición a César, pero no se podía especificar cuál era ésta. Dado que se trataba de una afirmación carente de base y que no contenía una acusación más específica, Pablo, cuando le llegó el momento de defenderse, la ignoró.

2. Había sido el «promotor de sediciones entre los judíos por todo el mundo» (24:5).
3. Era el «cabecilla de la secta de los nazarenos» (24:5).
4. Había intentado «profanar el templo», así que le prendieron (24:6).

Esta última acusación requiere un comentario preliminar. La acusación originaria que habían formulado los judíos asiáticos era que Pablo había metido a unos griegos en el patio interior del templo (21:28). Si esa acusación era cierta, entonces Pablo no sólo había intentado profanar el templo: lo había hecho. Pero ahora, ante el tribunal de Félix, la fiscalía había ignorado esa acusación, sustituyéndola con un «intento de profanación». Y la fuerza del verbo que utiliza a continuación, «prendiéndole», sugiere que le arrestaron antes de que su intento tuviera éxito. No se especifica qué forma habría adoptado la profanación, si hubiera tenido lugar.

Ese comentario de que «le prendimos» requiere también un cierto análisis. Lo que sucedió en realidad es que la multitud agarró a Pablo, le sacó a rastras del patio interior y empezaron a golpearle con ganas de matarle, hasta que llegó el tribuno romano y le rescató de ese «arresto» (21:30-33). El sumo sacerdote y los ancianos, ¿estaban ahora aceptando la responsabilidad y el crédito de ese arresto?

Desgraciadamente, el griego de este pasaje es poco claro. En la gran mayoría de manuscritos, el abogado se limita a añadir: «Tú mismo, pues, al juzgarle, podrás informarte de todas estas cosas de que le acusamos» (24:8). Por tanto, la mayoría de eruditos sostiene que esto fue lo que Lucas escribió.

Merece la pena mencionar, sin embargo, que el texto occidental de Hechos contiene una adición en este punto que convierte el final de la cuarta acusación en una queja por la interferencia del tribuno romano:

«... y prendiéndole, quisimos juzgarle conforme a nuestra ley. Pero interviniendo el tribuno Lisias, con gran violencia le quitó de nuestras manos, mandando a sus acusadores que viniesen a ti. Tú mismo, pues, al juzgarle [es decir, a Lisias], podrás informarte de todas estas cosas de que le acusamos [a Pablo]».*

Esta adición, por tanto, presenta a la acusación abrogándose el derecho de juzgar a un profanador del templo en su propio tribunal, el Sanedrín, lo cual era cierto; afirmando que eso era lo que intentaban hacer antes de que llegara el tribuno (lo cual era mentira, porque si Lisias no hubiera rescatado a Pablo, éste nunca hubiera sido juzgado en ningún tribunal, porque la «ley del disturbio» hubiera acabado con él); afirmaban también que el tribuno romano no tenía derecho alguno para interferir, que, una vez más, era mentira (tenía derecho a intervenir para proteger a un ciudadano —en especial si era romano— y para asegurarse de que había un caso sólido contra él antes de presentarlo ante el Sanedrín, no ante la multitud, para que le juzgaran oficialmente); y, finalmente, afirmaban que el tribuno había usado una fuerza excesiva a la hora de arrebatárles a Pablo (esto es interesante, teniendo en cuenta que se estaban dedicando a apalearle hasta la muerte).

Tanto si la adición del texto occidental es correcta como si no, hemos de darnos cuenta de dos cosas. Primero, que Félix anunció que diferiría su veredicto hasta que Lisias llegara a Cesarea (24:22). Segundo, y más importante, que si la acusación se quejaba ante Félix de la interferencia de Lisias, eso no era de la incumbencia de Pablo: éste debía responder, meramente, a los cargos de los que se le acusaban.

* Esta es una adición que recogió la Authorised Version, pero que suprimieron incluso Z.C. Hodges y A.L. Farstad, *The Greek New Testament According to the Majority Text* (Nashville: T. Nelson, 1982), p. 459. Ver también el debate en Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament*, edición corregida (Londres/Nueva York: United Bible Societies, 1975), p. 490.

La defensa de Pablo ante Félix

Los comentarios iniciales de Pablo eran una cortesía para el juez (esta era la forma estándar), pero tenían mucho que ver con el caso de Pablo. Félix, como indicó Pablo (24:10-11), era alguien experto: había sido gobernador de Judea durante muchos años, y conocía bien la política interna de Jerusalén, los puntos de vista de fariseos y saduceos, y muchas cosas sobre la religión judía, dado que su propia esposa era judía (24:24). Además, estaba bien familiarizado con el cristianismo y lo que éste representaba (24:22). No habría necesidad de responder ante él de la difusa acusación de la fiscalía de que el cristianismo era una forma de traición.

Por consiguiente, Pablo procedió de inmediato a tocar la primera acusación sustancial (la número 2 de nuestra lista anterior). Esta se refería a que Pablo había fomentado disturbios entre los judíos de todo el mundo (24:5). Ahora bien, era cierto que en muchos lugares se habían producido alborotos debido a la predicación de Pablo en la sinagogas, como en Tesalónica y Berea, por poner sólo dos ejemplos. Pero, como vimos antes, no había necesidad de tales disturbios. Todo pudo haberse producido en calma y con orden, como pasó en Berea. Los que se lanzaban a la calle y fomentaban los problemas eran los fanáticos a los que no les gustaba la predicación de Pablo, los que le seguían de ciudad en ciudad con la intención de provocar disturbios.

Sin embargo, Pablo decidió no volver a tocar esos casos. Estos habían tenido lugar fuera de la jurisdicción de Félix, por lo que no podían juzgarse en su tribunal. Y lo que es más, Galio, el gobernador romano de Corinto, ya se había declarado a favor de Pablo. Por tanto, éste se dedicó a responder a la acusación de «promover sediciones entre los judíos», dado que esto sí se aplicaba a su conducta actual, que caía bajo la jurisdicción de Félix. Hasta que llegó a Jerusalén no se habían producido alborotos, y los hechos acerca de su conducta en esa ciudad eran los siguientes:

«Como tú puedes cerciorarte, no hace más de doce días que subía a adorar a Jerusalén; y no me hallaron disputando con ninguno, ni amotinando a la multitud; ni en el templo, ni en las sinagogas ni en la ciudad; ni te pueden probar las cosas de las que ahora me acusan» (24:11-13).

En realidad, Pablo habría tenido derecho legal de sostener debates teológicos con el pueblo en el templo, en las sinagogas o en la calle. Pero se había abstenido deliberadamente de hacerlo. Era razonable que expusiera sus puntos de vista en una sinagoga, como por ejemplo en Antioquía o Corinto, donde era de esperar que la mayoría le escuchara de una forma civilizada, aunque algunos fanáticos acabaran usando la violencia. Pero en Jerusalén era un hombre marcado, y los judíos de Asia contemplaban cada uno de sus movimientos, esperando provocar problemas. La predicación no sólo hubiera resultado inútil, sino contraproducente. Si hubiera intentado discutir con alguien, en cualquier lugar, se hubiese producido una respuesta fanática y un revuelo público. Había tenido el sentido común de no hacerlo. No había predicado, sermoneado, debatido o discutido en público. No era responsable del altercado en el templo.

La siguiente acusación decía que era el cabecilla de la secta de los nazarenos (24:5). El término traducido como «secta» es ambiguo; su connotación emocional depende de quién lo usa o en referencia a quién. En 5:17 se utiliza para describir a los saduceos, pero allí los traductores suelen vertirlo como «partido».* Los saduceos eran aristócratas de sangre azul, y el sumo sacerdote y los principales sacerdotes, como hemos observado muchas veces, eran saduceos, el grupo líder en el Sanedrín. Resultaría un poco extraño llamarles «secta», en el sentido actual del término. Por otra parte, los pequeños grupos religio-

* No así en la Reina-Valera, donde se mantiene el término «secta» (N. del T.)

sos que se apartaron del cuerpo central del judaísmo, como los cristianos, solían considerarse sectas, en nuestro sentido actual del término; y, como hoy, la palabra conllevaba un significado negativo en sí misma, y solía incluir el significado añadido de «secta herética». En este sentido del término suele ser suficiente, para condenar a un grupo de personas, llamarlo «secta», y no cabe duda de que la fiscalía deseaba condenar a Pablo alegando que era el cabecilla de una secta reducida pero de lo más peligroso.

La respuesta de Pablo fue... ¡aceptar la acusación! No es que reconociera ser su líder, pero era, ciertamente, uno de sus miembros y dirigentes. «Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres» (24:14), dijo. Pero entonces procedió a definir las creencias de la presunta secta. Al que adoraba era al «Dios de nuestros padres», no a una deidad extraña y foránea. Además, creía «todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas» (24:14). ¿Qué podía ser más ortodoxo? Por supuesto, dejó abierta la cuestión de la correcta interpretación de la Escritura. Sin embargo es curioso que muchos grupos reducidos tienen la tendencia a creer en todo lo que está en la Escritura de una manera en que aquellos que los acusan de «secta» no suelen creerlo. Pero, ¿se puede considerar «sectario» creer en la totalidad de la Escritura?

Además, como dijo Pablo, «teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan», señalando sin duda a los fariseos que estaban entre los acusadores, «de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (24:15). Y, ¿eraposible imaginar a alguien más ortodoxo que los fariseos? No cabe duda de que se les podría describir como un partido, y a los saduceos como otro, porque discrepaban sobre muchas cosas, y en particular sobre este tema de la resurrección, pero a nadie se le había ocurrido nunca acusar a los fariseos de ser una secta.

Pero la fealdad, como la belleza, se halla en los ojos que la miran, y a Pablo le importaba poco que algunos oponentes

acusaran al cristianismo de ser una secta. Lo que importaba en aquel momento era la relevancia de la acusación para un tribunal civil. Lo que Félix querría saber es: ¿qué efecto tenían las creencias de esa secta sobre la actitud de sus miembros hacia el estado y sus leyes? y ese es el punto en el que se centra Pablo ahora. Como elemento central de su fe hallamos la creencia de que habría una resurrección tanto de justos como de injustos, y no se trataba de una simple teoría, sino que ejercía su dominio sobre todo lo que él decía y hacía: «Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres» (24:16).

Observemos la segunda parte de la afirmación. Al declarar ante el Sanedrín, Pablo había afirmado que actuaba con buena conciencia delante de Dios (23:1). Pero aquello era un tribunal religioso. Ahora estaba siendo juzgado ante el gobernador romano, en un tribunal civil, y al declarar el grado que alcanzaba su conciencia, su uso de los términos «ante Dios y *ante los hombres*» no era mera retórica. El Dios ante el cual debía presentarse Pablo en la resurrección había establecido, como Pablo creía y enseñaba, a las autoridades actuales, que en aquel momento era el gobierno romano. Rebelarse contra ellas, por tanto, sería rebelarse contra Dios, porque esas autoridades eran un siervo de Dios, agentes de la justicia para castigar al malhechor. Por consiguiente, todos los cristianos deben someterse a las autoridades, no sólo debido a un posible castigo, sino también *por causa de su conciencia* (Ro. 13:1-2, 4-5). Quebrantar la ley de la tierra, a menos que ésta se opusiera a la ley del propio Dios, era pecar contra él. Los cristianos, al creer sinceramente, como creían, en la resurrección de tanto justos como injustos, no podían saltarse deliberadamente la ley romana del país; antes bien, desearían obedecerla puntillosamente, presentando así el evangelio bajo una luz favorable ante las autoridades gobernantes.

El sumo sacerdote y sus ancianos saduceos no creían en la resurrección de justos e injustos. Lo que les privaba de actuar como debieran ya era, por supuesto, asunto suyo. Pero una

buena dosis de la creencia cristiana (y farisea) sobre esa resurrección les hubiera ido muy bien. Hasta puede que les hubiera evitado conspirar con un hatajo de asesinos para quebrantar la ley romana, hacer una emboscada a un pequeños destacamento de soldados romanos y asesinar a Pablo, ¡todo ello para defender la santidad del templo de Dios! Por supuesto, Pablo no hizo esta observación delante de Félix. Pero quizá no fuera necesario: Félix había leído la carta de Lisias (ver 23:30). Pero si nosotros, en nuestros días, queremos estar en posición de defender el evangelio ante las autoridades civiles, como lo hizo Pablo, es evidente que debemos tener el mismo punto de vista sobre éstas que Pablo tenía, y ejercitarnos para obedecerlas meticulosamente, por amor a nuestra conciencia, por amor al evangelio y por amor a Dios.

La última acusación que lanzaron contra Pablo afirmaba que éste había intentado profanar el templo (24:6).

La parte de la acusación originaria, que decía que había metido a unos griegos en el patio interior del templo, ya había quedado pulcramente archivada: ni habían encontrado a ningún griego en el patio interior ni, por tanto, habían arrestado a nadie. Lo mismo sucedió con la parte que decía enseñaba a todo el mundo en contra de los judíos. Y la que le acusaba de enseñar contra la ley y el templo (21:28). La fiscalía había tenido la inteligencia de olvidar esos cargos, porque según la ley romana los acusadores tenían que estar presentes en el tribunal para formular sus acusaciones; y los judíos asiáticos que habían incitado originariamente a la multitud a alborotarse ahora no estaban en el tribunal, como era de esperar (24:18-19). En cuanto a la acusación que seguía en pie, de que había intentado profanar el templo de una forma no especificada, el hecho era que, en aquella ocasión, lo que hacía era llevar una ofrenda a los pobres de su nación, y presentando ofrendas. Estaba en un estado de pureza ceremonial; con él no había multitud alguna, ni estaba implicado en alterar a nadie (24:17-18).

En ausencia de los judíos de Asia, la única acusación que el sumo sacerdote y los ancianos podían lanzar contra él debía

nacer de los descubrimientos de la investigación que llevaron a cabo en el Sanedrín, en presencia de Lisias. ¿Y qué pruebas podían presentar? ¿Que había gritado: «Acercas de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros»? (24:21) ¿Eso era un crimen o una ofensa? Todos los fariseos del Sanedrín (y en cualquier otro lugar) creían en la resurrección. ¿Es que el sumo sacerdote y sus colegas pretendían que los romanos ejecutaran también a todos los fariseos?

Tras escuchar ambas partes, Félix difirió el veredicto. Lucas nos dice que estaba «bien informado de este Camino», y seguro que se dio cuenta de que el caso contra Pablo no sólo carecía de pruebas, sino que era ridículo. Entonces, ¿cómo es que no absolvió a Pablo en aquel momento? Dio como motivo que debía esperar que Lisias viniera desde Cesarea, para poder interrogarle en persona antes de llegar a su veredicto (24:22).

Mientras tanto, mantuvo a Pablo bajo custodia, aunque le concedió una considerable libertad y privilegios. Pero o bien Lisias nunca vino de Cesarea o Félix se olvidó de interrogarle, porque, cuando Félix abandonó su cargo dos años después, Pablo seguía bajo custodia. Ahora veremos por qué.

La secuela

La tercera esposa de Félix, Drusila, era una princesa judía. Había sido la esposa del rey de Emesa, y el rumor de cómo llegó a ser la esposa de Félix alegraría la columna de chismorreos de cualquier revista del corazón. Algunos días después del juicio, él, junto con su esposa, «llamó a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Jesucristo» (24:24). Suele darse el caso de que la gente de su rango, que se mueven en una esfera particular, una vez tras bastidores sienten una cierta fascinación por aquellos que tienen una fe profunda y personal, y obviamente genuina, en Cristo; gente que no son como los destacados líderes religiosos con los que deben codearse en el curso de su vida pública, como el sumo sacerdote judío, para quien

la religión significaba poco más que poder, riqueza y política (a menudo sórdida). Y es posible que el cristianismo hubiera atraído a Félix y a Drusila como una nueva religión con una atracción inusual y novedosa.

Pero Pablo sabía juzgar los caracteres con gran agudeza. Lucas no nos dice qué les dijo acerca de Cristo. Pero aparentemente la conversación se centró en el tema de «la justicia, el dominio propio y el juicio venidero» (24:25). ¿De qué hubiera servido presentarles a Jesús como Salvador, a menos que primero se enfrentaran a las graves implicaciones morales y espirituales del modo en que habían vivido y seguían viviendo?

En un momento dado, la conversación empezó a perturbar la conciencia de Félix, y comenzó a sentir algo de miedo. Y eso miedo de repente indujo otro miedo, a medida que se iba dando cuenta de a dónde podía guiarle su conciencia si le permitía obrar en él. De modo que, controlándose, cortó la conversación, aunque más adelante se reunió varias veces con Pablo. Pero nunca le permitió llegar a las peligrosas profundidades de la primera reunión, porque tenía razones muy diversas para interesarse por Pablo y cultivar su amistad. En el juicio, Pablo había mencionado que vino a Jerusalén con una gran cantidad de dinero que había recogido por las iglesias cristianas de todo el mundo, destinado a los pobres de Jerusalén (24:17). Y si no, Félix se había enterado gracias a sus medios de comunicación clandestinos. Quizá ya se había distribuido el dinero. ¿Quién sabe? Pero, en cualquier caso, si Pablo tenía prisa para salir de la cárcel, y quería convencer a Félix de que resolviera el caso y le dejara marchar, seguro que podía dedicar una buena cantidad de «persuasión» a llenar los bolsillos de Félix. Después de todo, ¿por qué aferrarse al alto oficio de defender la justicia y la ley si, de vez en cuando, uno no puede estar abierto a una razonable persuasión?

Pero el evangelio que Pablo defendía en público, con su charla sobre la resurrección, el juicio, la justicia, la obediencia a la ley del país por amor a la conciencia, no le permitía quebrantar esa ley en privado, sobornando para salir de la

prisión, ni siquiera si el mismísimo defensor de la ley romana estaba dispuesto a colaborar. Félix jamás obtuvo su soborno.

Y entonces le reclamaron desde Roma, y su mente se ocupó de otras consideraciones. Su reciente manejo de los asuntos judíos le había ocasionado una mala imagen ante ellos. Si ahora enfurecía aún más al Sanedrín liberando a Pablo, las quejas graves le acosarían por todo el camino que llevaba a Roma. Por tanto, Félix pensó en ofrecer a los judíos un regalo de despedida: dejó a Pablo en la cárcel (24:27). Después de todo, el encarcelamiento prolongado de un hombre inocente era un precio muy pequeño por resolver los problemas del defensor de la justicia, ¿no?

MOVIMIENTO 4

El evangelio juzgado según su mensaje para César y el mundo (25:1–26:32)

El juicio ante Festo

Al acceder a su cargo, el nuevo gobernador de la provincia, Festo, se encargó de contactar con los más destacados ciudadanos de Judea tan pronto pudo. Tres días después de llegar a Cesarea, se acercó a Jerusalén (25:1).

Cuando se encontraron, los principales sacerdotes y la aristocracia le presentaron el asunto de Pablo, y le pidieron que le llevaran a Jerusalén y se resolviera la cuestión de una vez por todas. Al ser nuevo en la provincia, no cabe duda de que Festo no podía saber que ellos seguían teniendo una patrulla de asesinos organizados para emboscar y matar a Pablo en el camino, si alguna vez iba a Jerusalén (25:3). Debido a su inocencia, y respetando el protocolo como un niño nuevo en

el colegio, Festo insistió en que los acusadores de Pablo fueran al palacio del gobernador y juzgaran a Pablo allí (25:5).

Así que, al final, se organizó otro tribunal romano en Cesarea, esta vez con Festo como juez. No cabe duda de que el proceso siguió las mismas líneas generales que el primero, y Lucas no se molesta en entrar en tantos detalles. Pero aparece una noticia nueva y significativa. Entre las muchas acusaciones, graves pero sin probar, que presentó la fiscalía contra Pablo (25:7), en esta ocasión debió de haber una o dos más que le acusaban directamente de actuar o enseñar algo que supusiera una traición a César, porque Pablo, en su defensa, se enfrentó específicamente con el cargo de traición: «Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, *ni contra César* he pecado en nada» (25:8).

Sólo podemos conjeturar sobre cuáles serían los términos concretos de la acusación, pero es muy probable que siguieran la misma línea que iniciaron los judíos de Tesalónica: que, al predicar el reino de Dios, y al Señor Jesús como Rey, en realidad Pablo estaba defendiendo cierto tipo de mesianismo político, y estaba involucrado en fomentar los disturbios civiles, destinados a comenzar una revuelta popular contra el imperialismo romano. Como vimos antes, se trataba de una acusación absurda, pero que valía la pena probar, apto para impresionar a los nerviosos gobernadores romanos, que eran muy conscientes de qué fácilmente los activistas políticos podían manipular la religión, entre los judíos, para convertirla en una incitación a la rebelión. Antes ya se habían producido estos levantamientos mesiánicos, y volverían a producirse.

Al mismo tiempo, era una acusación que a un gobernador romano, en especial a uno nuevo, le resultaría difícil de resolver. Festo sentía, como vemos a partir de sus comentarios a Agripa (25:18-19) y sus afirmaciones durante el interrogatorio (25:25), que Pablo era completamente inocente de toda conducta traicionera, así como del resto de las acusaciones; y eso pondría seguramente bajo una luz nada favorable a los acusadores, a sus ojos. Por otra parte, la acusación estaba

compuesta por el presidente y los miembros aristocráticos del más alto tribunal religioso judío del país. Un nuevo gobernador no se podía permitir añadir su nombre a la lista negra de aquellas personas, y menos recién llegado a su cargo. Si lo hiciera, le buscarían graves problemas. Si ellos contaban en Roma, siendo los miembros más responsables de la comunidad judía, que, en contra de sus consejos, Festo había sacado de la cárcel a un hombre que, como ellos decían, era un agitador político en contra de César, se hubiera visto en graves aprietos. Un sumo sacerdote anterior había chantajeado de esta manera a Poncio Pilatos, para persuadirle a que crucificara a Jesucristo, dado que Pilatos no pensaba igual (Jn. 19:12). Era posible repetir la técnica.

Por consiguiente, antes de dar su veredicto, Festo decidió hacer un gesto de buena voluntad hacia los judíos. Le preguntó a Pablo si estaría dispuesto a subir a Jerusalén y ser juzgado allí de esos mismos cargos (25:9). Pero Pablo comprendió de inmediato cómo, aparte del riesgo que corría de que lo mataran, ir a Jerusalén para ser juzgado podría dañar no sólo a sí mismo, sino también al evangelio. Si la acusación se hubiera contenido con los cargos de falta de respeto por la ley de los judíos, y con un intento de profanación del templo, quizá Jerusalén, la escena de los supuestos crímenes, fuera el lugar adecuado para resolver el asunto. Pero ahora habían añadido la acusación explícita de traición contra César y, a diferencia de los otros cargos, ésta no se refería solamente a su actividad en Jerusalén, sino a lo que había estado haciendo por todo el Imperio Romano. No sólo se refería a los supuestos actos de haber visitado el templo en un estado de impureza ceremonial o de meter en él a unos gentiles: tenía que ver con lo que enseñaba, el mismísimo tema central del evangelio. El no predicaba el mesianismo político, y acusarle de ello era tergiversar la verdad, pero sí que predicaba que Jesús era el Mesías Rey.

Por tanto, el lugar donde había que escuchar tal acusación era un tribunal romano, bajo la autoridad de César. A Pablo ya le juzgaban así ante un tribunal así, en el cuartel general de la

administración provincial romana. No tenía sentido que trasladaran el tribunal a Jerusalén. Pablo comprendía que Festo ya se había dado cuenta de que era inocente de los cargos relativos a la ley judía, al templo y al pueblo (25:10). Pero llevarle a Jerusalén para que le juzgaran en relación a un cargo de traición contra César sería tremendamente perjudicial para el caso de Pablo. Porque allí Festo estaría sometido a la tremenda presión de los sumos sacerdotes, los principales sacerdotes y el resto de la aristocracia saducea. Los que habían formulado ese cargo de traición habían sido aquellos judíos, y no ningún oficial romano, cónsul, pretor, tribuno o magistrado; y lo habían hecho no porque se lo creyeran de verdad, ni porque se preocuparan de salvaguardar los intereses de César, sino porque podría ser una forma muy efectiva de suprimir no sólo a Pablo sino el mensaje que éste predicaba, que Jesús de Nazaret se había levantado de entre los muertos. Si un buen número de judíos de alto rango –miembros destacados y responsables del tribunal judío más elevado (no una mera multitud callejera, como en Tesalónica)– acusaban a un judío de mesianismo político, esto podría sonar muy convincente para un nuevo gobernador que aún no conocía a los hombres con los que estaba tratando.

Ahora bien, Pablo, como todo ciudadano romano, tenía todo el derecho de apelar a César; si lo hiciera, todo el asunto escaparía al alcance del tribunal provincial. Podría resultar arriesgado. La justicia, en el tribunal de Nerón, no siempre era de lo más puro pero, al menos, a Nerón no le podían presionar como a un recién llegado gobernador provincial en Jerusalén. Pablo no intentaba eludir la sentencia de muerte si la mereciera (o si Nerón pensaba que la merecía, que no es lo mismo). Pero rehusaba que el tribunal provincial le entregara, prácticamente, a los prejuicios y presiones del sumo sacerdote y la aristocracia de Jerusalén, y entonces, sobre esa base, emitir un veredicto que dañara tanto a Pablo como al evangelio, en nombre de la justicia romana. Que la justicia romana fuera justicia romana, y no un prejuicio saduceo escondido tras ese nombre (25:10-11). Además, si en Jerusalén Festo exculpaba a Pablo, el asunto

no acabaría ahí: los judíos le acusarían de lo mismo en otras provincias, como hicieran en Tesalónica, provincia de Macedonia. Mientras que, si obtenía un veredicto favorable en Roma, eso resolvería las cosas de una vez por todas, por todo el imperio.

Así que Pablo apeló al César, y seguro que lo que más le llevó a hacerlo fue recordar que el propio Señor, dos años antes, le había informado de que tenía que dar testimonio de él en Jerusalén (23:11).

Festo consultó con sus consejeros, y decidió permitir la apelación (25:12).

Festo consulta con el rey Agripa

La apelación de Pablo al César suponía una dificultad para Festo. Ya había examinado los cargos de la acusación, y se había dado cuenta de que el origen de todo el asunto, y su motivación, era una disputa sobre creencias religiosas judías (25:18-19). El cargo de traición era absurdo. Pero darse cuenta de ello le creaba un problema. Cuando a Pablo le enviaran a Roma para ser juzgado, Festo tendría que escribir un informe sobre el caso, para Nerón. ¿Y qué podía decir? ¿Cuál era el caso que debía juzgar el emperador? (25:26-27)

Por suerte para Festo, por esas fechas el rey Agripa II y su esposa Berenice vinieron a Cesarea en visita de cortesía, y Festo pudo consultar a Agripa sobre el asunto. Pero el hecho de que Festo se viera en este apuro, y que Lucas considerara importante incluir la conversación detallada de Festo con Agripa (25:13-22), es muy significativo. Si Festo hubiera tenido la más remota sospecha de que Pablo se hubiera involucrado en la subversión política, no hubiera dudado un segundo sobre qué debía decir en su informe a Nerón. En Roma hubieran considerado una grave negligencia o incluso conspiración no haberlo mencionado, aunque hubiera sido la sospecha más ligera al respecto. Pero si tenía que escribir que, en su opinión, aquel hombre no era culpable de traición, ¿entonces por qué le enviaba a Roma? No podía pedirle a Nerón que

juzgara una disputa teológica entre judíos, ¿no? Ahora bien, Agripa II tenía la reputación de ser un experto en la religión y costumbres judías (26:3); y cuando Festo le expuso la situación, expresó su deseo de escuchar él mismo a Pablo (25:22). Así que se preparó una audiencia pública para el día siguiente.

El interrogatorio ante el rey Agripa II y Berenice

Festo instruye el tribunal

La instrucción oficial del tribunal que hizo Festo estableció unos cuantos puntos importantes:

1. *El caso hasta aquel momento.* La comunidad judía, en general, pretendía la pena de muerte para Pablo (25:24), sobre la base de cierto número de cargos.
2. *Los descubrimientos de Festo hasta el momento.* Aunque no había sido posible llegar a un veredicto formal en el juicio (porque Pablo había interrumpido el procedimiento apelando a César), ahora Festo anunció públicamente que él personalmente había descubierto que todas las acusaciones carecían de base: Pablo no había hecho nada digno de muerte (25:25).
3. *La apelación a César.* Pablo había ejercido su derecho de apelar a César, y Festo había permitido la apelación (25:25).
4. *La naturaleza de los procedimientos actuales.* No se trataba de una continuación del juicio, dado que *éste* había terminado con la apelación de Pablo. No se trataba de un nuevo juicio, porque *éste* es el que tendría lugar ante César. Se trataba de un interrogatorio (25:26). No podía emitir un veredicto oficial, porque *éste* era responsabilidad de César.
5. *El propósito del interrogatorio.* Al permitir la apelación a César de Pablo, Festo se había sometido a la obligación de informar a César del caso que debería juzgar. El interrogatorio era para enterarse por Pablo de qué era lo que en realidad creía, enseñaba, predicaba y practicaba, de modo que, con esta información en sus manos, el César pudiera decidir si constituía, total o parcialmente, una amenaza contra el estado o una traición contra su propia persona.

Por importante que fuera para los presentes entender cuál era el propósito del interrogatorio, para Pablo lo era doblemente. Ya no tenía que enfrentarse a los falsos cargos de presunta profanación del templo, ya no tenía que luchar por la libertad de la conciencia individual dentro del judaísmo, como había hecho en el interrogatorio ante el Sanedrín; ya no tenía que argumentar, como en el tribunal de Félix, que no había quebrantado leyes concretas contra el templo o el estado, y que las creencias básicas del cristianismo obligaban a los cristianos a vivir según esas leyes particulares. Ahora tenía que, nada más y nada menos, exponer el tema central y la esencia del evangelio cristiano, demostrando que el evangelio en sí mismo no era una forma de traición contra César o su gobierno. Mientras expusiera el evangelio delante de aquel tribunal, tenía que ser consciente de que no sólo estaba informando al rey Agripa sobre los dogmas del cristianismo, por importante que esto fuera. En cierto sentido se estaba dirigiendo al César, porque lo que dijera ahora constituiría la base de la carta de Festo para el emperador. Por medio de Pablo, ahora el evangelio declararía su mensaje para beneficio del César y del mundo.

La defensa de Pablo del evangelio

Resultó correcto que Pablo comenzara su defensa del evangelio alabando al rey Agripa, la persona más eminente de todo el tribunal, por cuya petición se había dispuesto aquella entrevista (25:22). Pero Pablo sentía de verdad aquello que le dijo (26:2-3), por dos motivos. Primero, la acusación de que el evangelio que Pablo predicaba era una traición no la habían formulado los romanos, sino los judíos. Segundo, estaba a punto de argumentar que el evangelio que predicaba, que César debía juzgar, no era de hecho otra cosa que la esperanza tradicional de Israel, entendida, claro está, e interpretada según él y otros cristianos, pero, básica y esencialmente, la esperanza de Israel. Por tanto, para Pablo era todo un alivio y una fuente

de ánimo ser capaz de manifestar la comprensión cristiana de esa esperanza ante un eminente experto en tradiciones y asuntos judíos (26:3), que sin embargo no tenía prejuicios propios del punto de vista minoritario, y a quien no influían los agudados intereses de los saduceos que mandaban en Jerusalén.

Coherentemente con su intención de presentarse como el conservador de la esperanza tradicional de Israel, Pablo comenzó dando su *Currículum Vitae*. Sus credenciales eran impecables. Nacido, criado y educado en el corazón de su país, tanto en Tarso como en Jerusalén, desde su juventud había sido miembro del más estricto entre los principales partidos religiosos, el de los fariseos (26:4-5). Eso era algo que sabían todos los judíos. ¡Y nadie había sugerido hasta la fecha que las doctrinas de los fariseos supusieran una traición!

De joven, había adoptado la esperanza tradicional de la nación, que aprendió de los fariseos; y sin embargo, por perverso que pareciera, era por sostener y promulgar esta esperanza por lo que los judíos le habían sometido a juicio:

«Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus,* sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos» (26:6-7).

Entonces, ¿cuál era esa esperanza? Es innegable que se trataba de la esperanza mesiánica de Israel. Nadie que supiera algo sobre los profetas del Antiguo Testamento, o del pensamiento y aspiraciones contemporáneas de Israel, podría o querría negarlo. Puede que los distintos sectores dentro de la nación lo interpretaran de maneras distintas; pero lo que no podía negarse era básicamente que la esperanza se refería a la

* Este es, por supuesto, un lenguaje convencional, pero la expresión «doce tribus» enfatiza deliberadamente el hecho de que todas las secciones de la nación sostenían la misma esperanza.

venida del Mesías, para establecer la era mesiánica, cuando el mal sería aplastado, cuando se eliminarían la influencia y actividades de Satanás, se garantizaría la justicia universal y se gozaría de una paz a escala mundial. Que los judíos acusaran a Pablo ante el emperador romano de sostener y propagar esa esperanza de Israel no sólo era irónico, sino también trágico. Esta era la esperanza que distinguía a Israel de todas las demás naciones y religiones. Otras naciones y religiones tenían códigos éticos y filosofías morales. Pero sólo Israel tenía este mensaje de esperanza. Era una esperanza que todo el mundo deseaba inconscientemente. ¡Qué tragedia sería si ahora Israel la negaba!

El verdadero cristianismo sigue aferrado a esa esperanza, por la simple razón de que, como estamos a punto de escuchar a Pablo afirmarlo, ésta constituye el corazón del evangelio. Si presentamos el cristianismo como un simple código moral, respaldado por unas pocas ceremonias religiosas, que enseña a la gente a comportarse tan bien como puedan a la vista del hecho de que un día, en las oscuras sombras más allá de la muerte, puede que haya un juicio, entonces le estamos arrebatando su corazón y su alma. El verdadero cristianismo sostiene y predica la esperanza de la venida del Mesías de Dios, resucitado ahora físicamente de entre los muertos, para acabar con el mal, juzgar y administrar al mundo con justicia, establecer su reino de justicia y paz universales.

Por supuesto, podemos comprender por qué algunos contemporáneos de Pablo, que profesaban el judaísmo, querían dejar de lado la esperanza mesiánica de Israel, o negarla por completo. En algunos sectores existía la persistente y suicida tendencia de interpretar esa esperanza en términos políticos, pensando en el Mesías como un poderoso líder militar al estilo macabeo, que armaría a Israel y la conduciría a la batalla contra los romanos para quebrantar su poder en el país, y expulsar a los aborrecidos imperialistas. Pero era un escándalo acusar a los cristianos de esta mentira. Ellos sostenían que el Antiguo Testamento predicó a un Mesías cuya política deliberada era

la de padecer sin resistirse y morir a manos tanto de romanos como de su propia nación; alguien que, cuando regresara a establecer su reinado mesiánico, no competiría con otros como un poder político o militar, sino que descendería con la gloria divina y sus ángeles para establecer el gobierno universal del propio Dios.

Sabemos que los sacerdotes saduceos tenían razones particulares para rechazar incluso esta interpretación (cristiana) de la esperanza de Israel, para querer ejecutar a Pablo y erradicar el evangelio cristiano. Antes que nada, consideremos que sus predecesores en el cargo habían ejecutado al Jesús que Pablo afirmaba que era el Mesías. Pero, en segundo lugar, habían llegado a un acuerdo con los romanos. Eran la clase dirigente de Israel, y ejercían todo el poder político de que disponía este país. Controlaban el sumo sacerdocio y la escala de principales sacerdotes, y derivaban inmensas riquezas de los beneficios que les proporcionaban los judíos de todo el mundo a través del templo. No tenían intención de ceder a estos privilegios sin defenderlos, o permitir que Pablo predicara un evangelio que podía recortar su autoridad. Estaban muy contentos tal y como estaban las cosas. ¿Quién quería un reino mesiánico?

Pero al cabo de unos años su templo ya había desaparecido, así como su cargo político-religioso, y ellos mismos se hundieron paulatinamente en el olvido. Tenían poco o nada que ofrecer al judaísmo, y nada al mundo en general. Y aun hoy en día, lo único que Israel puede ofrecer al mundo no es su ética, por buena que ésta sea, y menos aún su sistema político, sino su esperanza mesiánica.

Pero ahora, abierta y explícitamente, Pablo debía suscitar ante Agripa la cuestión de la resurrección del Señor Jesús. No sólo era la clave y el meollo de la interpretación cristiana de la esperanza mesiánica israelita; era el elemento que evidenciaba, más allá de toda duda, que el evangelio cristiano no era un mensaje político ni una traición contra el emperador romano.

Sin embargo, Pablo era claramente consciente de la reacción instintiva que provocaría la mención de la resurrección del

Señor Jesús en la mente de Agripa: incredulidad. Siempre fue y siempre será así: los pueblos del mundo antiguo tenían tantos problemas para creer en la resurrección corporal del Señor Jesús como las personas de hoy día. Pero hay que enfrentarse a esa instintiva reacción de incredulidad viéndola como lo que es: una mera reacción instintiva. Hubo una época en que la gente estaba convencida de que el mundo era plano. Y en aquellos días, cuando se introdujo la idea de que la tierra era redonda, las personas (muchas de ellas eruditas) la rechazaron instintivamente. Ellos decían que esta idea implicaba que, en el otro lado del planeta, había personas caminando boca abajo, antípodas del resto del mundo, con la cabeza colgando en el espacio. El instinto ridiculizaba esa idea. Pero al final los hechos prevalecieron sobre el instinto.

«¡Qué!», le dijo Pablo a Agripa. «¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos?» (26:8).

Usó el plural «muertos» deliberadamente. Los fariseos, que eran el partido religioso dominante de la nación, ya creían que habría una resurrección de los justos. Creían, por supuesto, en la era mesiánica venidera. La Escritura la enseñaba. Pero entendían claramente que, a menos que hubiera una resurrección, todas las generaciones de los santos, excepto la última, se iban a perder la participación en los goces y bendiciones de esa era, a pesar del hecho de que habían esperado, anhelado y orado por su advenimiento, y muchos de ellos habían entregado sus vidas durante momentos de persecución, por amor a Dios. ¿Qué esperanza había en eso? Pero la escritura del Antiguo Testamento enseñaba explícitamente que la era mesiánica estaría precedida e inaugurada por una resurrección de los muertos (p.e., Dn. 12:2).

Pero si era así, ¿cómo podía resultar aún increíble, al menos a los que aceptaban la Escritura (26:27), que Dios levantara al propio Mesías de entre los muertos? ¿O que le hubiera resucitado ya, como el primogénito, las primicias, por así decirlo, para garantizar y probar la esperanza de la gloriosa resurrección futura de todos los redimidos? (26:23)

Bueno, pues eso dependería, en primer lugar, de si el Mesías estaba destinado a morir y había muerto. ¿Realmente los profetas habían anunciado un programa así para el Mesías? Sí, lo cierto es que sí lo hicieron. Esa era la afirmación cristiana, como Pablo argumentaría a continuación (26:22-23). Agripa tenía la posibilidad de investigarla.

Pero Pablo no iba a comenzar por ahí. ¿De qué serviría hacerlo, si no podía ofrecer a Agripa evidencias de que el Señor Jesús había resucitado de entre los muertos? Entonces, ¿qué evidencia podría presentar?

Decidió contarle a Agripa la historia de su conversión, como se la había contado a la frenética multitud al pie de las escaleras del palacio en Jerusalén, dos años antes (22:2-21). ¡Qué diferente era la atmósfera ahora, y las personas! Le exigiría que enfocara la historia desde otro ángulo, dándole otro énfasis. Pero la historia sería la misma. La conversión de Pablo, mediante su encuentro directo con el Señor resucitado en el camino de Damasco (1 Co. 15:4-11). Pero la naturaleza de esta evidencia era doblemente importante para la entrevista con Agripa. Lo que estaba en juego, y en tela de juicio, era el carácter del evangelio cristiano. ¿Era o no era una traición contra el emperador? Y entonces, mucho más allá de esa cuestión, ¿era un evangelio razonable, que presentara una esperanza creíble? En ese contexto, por tanto, el carácter de la esperanza mesiánica cristiana, al estar basada y centrada en la resurrección del Señor Jesús, se podría juzgar y evaluar correctamente según el efecto que había tenido en Pablo, el cambio que había producido en su conducta y el que era previsible que tuviera por todo el Imperio Romano, sobre aquellos que creyeran su predicación.

Mirando fijamente al rey Agripa, Pablo le dijo: «Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret» (26:9).

Dirigiéndose a la multitud de Jerusalén, que se agitaba de rabia por su celo (imaginario) por Dios, Pablo les había dicho que entendía perfectamente cómo se sentían: también él estuvo

lleno una vez del mismo tipo de celo para proteger el honor de Dios y la santidad del templo. De hecho, esa actitud le había llevado mucho más lejos que a ellos: había perseguido a los cristianos sistemáticamente. Ahora se dirigía a un monarca noble, sofisticado, experimentado, de mente clara, racional, responsable. Sabía perfectamente que Agripa sentía incredulidad al oírle mencionar la resurrección de Jesús, y quería que supiera que también él la había experimentado antes. Y además en una dosis muy superior a la que sentía Agripa.

Había perseguido a los cristianos con una persistencia y un rigor implacables, no porque no hubiera escuchado su historia de que Jesús había resucitado, sino precisamente porque la había escuchado. Y pensaba que esa historia no era sólo físicamente imposible, sino, a la luz de lo que Jesús había hecho y afirmado antes de su muerte, moral y espiritualmente increíble. El que aquellos cristianos tuvieran un carácter y una conducta santos (26:10), no le impedía castigarles. La historia de la resurrección de Jesús, que ellos propagaban, era peor que increíble: era una mentira religiosa, teológica y políticamente maligna, que contenía implicaciones blasfemas para el carácter y naturaleza del verdadero Dios. Había intentado forzarles a blasfemar el nombre de Jesús para salvar sus almas de la blasfemia de creer y predicar su resurrección (26:11).

Una pura locura, dirás tú. Sí, lo era, y Pablo lo admite.*

Pero era una locura (como había que recordar a Agripa y al tribunal) que los sumos sacerdotes y los principales sacerdotes aprobaban y autorizaban como una política sabia, astuta y práctica para mantener el buen orden del estado y la dignidad de la religión ortodoxa, así como la genuina autoridad espiritual del Sanedrín (26:10).

Entonces, ¿qué había hecho cambiar a Pablo? Se encontró con el Jesús resucitado, o más bien este Jesús vino en persona

* 26:11: «enfurecido sobremanera contra ellos»; N. V. I., «en mi obsesión contra ellos».

a enfrentarse con él. Lo que le convirtió no fue un argumento o un conjunto de ellos, sino los hechos, o más bien el hecho supremo contra el cual era inútil dar más coques (26:14).

En todos los relatos de su experiencia, y sobre todo en este actual, la impresión más sobrecogedora que recordaba Pablo era la de la luz, una luz en todos los sentidos del término: sobrenatural aunque física, metafórica a la vez, moral, intelectual, emocional y espiritual.

Se acabó para siempre la locura. A partir de aquel momento Pablo no volvió a perseguir a nadie, ni se vengó cuando le persiguieron, aunque él mismo padeciera una persecución tan dura que si no hubiera sido por los rescates divinos prometidos (26:17), ya le habría destruido hacía tiempo.

Simultáneamente, la comisión que recibió de los sumos sacerdotes había quedado anulada por otra muy distinta proveniente del Señor resucitado, que no sólo iluminó su mente sino que amplió dramáticamente su visión: en lugar de su preocupación obsesiva y estrecha por los derechos e intereses de Israel, le dio un amor y un mensaje lo bastante grandes para Israel y el resto del mundo (26:17).

Este era, pues, el mensaje y su objetivo (26:18). Que Agripa juzgara si contenía algo que pudiera considerarse una traición:

1. «Abrir los ojos del pueblo, para que se conviertan de las tinieblas a la luz», algo que cubre una necesidad universal. En medio de nuestros problemas psicológicos y sociales anhelamos un poco de luz; también en medio de las preguntas morales y espirituales; de hecho, en medio de la vida, preguntándonos si tiene sentido; en nuestro mundo, cuestionándonos si la justicia y el juego limpio son una ilusión algo infantil; si el progreso al final se burlará de nosotros, y si la única actitud lógica no será un pesimismo racional, a la luz del hecho de que nuestro mundo un día será destruido.
2. Para que el mundo pase «de la potestad de Satanás a Dios». Es evidente que el problema del mal no es individual. Tampoco se trata simplemente de algo que aparece cuando un montón de individuos se reúnen en asociaciones, grupos o naciones. Ninguno

de nosotros inventó nuestra innata tendencia a hacer el mal. En nuestro mundo opera un poder maligno que es mucho más que humano. Esto no es excusa para el pecado humano, ni niega la responsabilidad de las personas. Pero caeríamos en un diagnóstico falto de corazón y grotescamente desproporcionado si dijéramos que esta situación atribuye a los hombres y mujeres, por sí mismos, toda la responsabilidad por la fatua ceguera y perversidad que llenan nuestro mundo de injusticia y crueldad, empapándolo de sangre y lágrimas. Pero si Satán existe y se mueve, Dios tiene el poder de librarnos de él, y liberar al hombre de una manera que éste no podría alcanzar por su propio esfuerzo independiente.

3. Para que reciban «perdón de los pecados». La verdadera culpa, no la simple culpabilidad psicológica, sigue estando en la raíz de la angustia humana; y a menos que encuentre un perdón verdadero, comprado con honor mediante el sacrificio de Cristo, destruye la paz mental, corroe los demás valores y se cierne sobre el futuro. Necesitamos el perdón más de lo que necesitamos nuestro pan cotidiano.
4. «... por la fe que es en mí [Jesús]... herencia entre los santificados». Después de todo, en esta vida, ¿qué otro logro satisfactorio hay aparte de una herencia eterna, compartida por los verdaderos santos, cuya posesión empieza ya en esta vida y perdurará por siempre? Es posible por medio de la fe en Cristo.

«Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial» (26:19). Pablo no se estaba jactando de su piedad: explicaba su conducta, la motivación que le impulsaba en sus largos viajes de predicación, y la autoridad que respaldaba sus exhortaciones al arrepentimiento para las personas de todo el mundo, para que se volvieran a Dios y probaran ese arrepentimiento mediante sus hechos (26:20).

¿Cómo podría considerar Nerón que un mensaje así llevara implícita una traición? Y sin embargo, como decía Pablo, en realidad era por predicar ese mensaje por lo que los judíos lo detuvieron en el patio del templo e intentaron matarle (26:21). Lo único que le había salvado era la ayuda de Dios, que le mantenía como testigo del evangelio de Cristo (26:22).

Y, después de todo, ¿qué había de poco ortodoxo, qué era tan inherentemente blasfemo en el mensaje que predicaba, para provocar semejante odio asesino en los judíos? No era un mensaje que hubiera elaborado en su propia mente, ni siquiera soñado en una visión. No estaba diciendo nada que los profetas y Moisés (¡todos ellos impecablemente ortodoxos!) no hubieran dicho que iba a suceder: que el Mesías debía padecer, y que, como primogénito en la resurrección, estaba destinado a proclamar la luz a su pueblo y a los gentiles (26:22-23; cfr. Is. 53 y 61).*

La interrupción de Festo

En este punto del proceso, Festo anunció, con una voz que resonó por todo el tribunal: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco» (26:24).

¡Extraño! Se podía disfrutar de los combates de gladiadores en Roma, como lo hacían los ricos y nobles y las masas, y contemplar como una diversión cómo unos hombres se mataban a espadas, sin que nadie le acusara a uno de estar loco. En tiempos más recientes, era posible ser tan fanático en el seguimiento la doctrina comunista como para eliminar deliberadamente a millones de personas, sin que nadie pensara que eso era una locura. Pero iniciar una vigorosa campaña para purificar la moral del Imperio Romano, llamar a la gente al arrepentimiento y a la búsqueda del Dios viviente, predicar un mensaje de perdón, paz y esperanza... eso le parecía a Festo, y a unos cuantos más, una locura. No cabe duda de que la locura es una epidemia de lo más discriminatorio.

* Supone un interesante vistazo a la vida misionera de Pablo el hecho de que Lucas, en su sintaxis, conserve las frases que Pablo en ocasiones hubiera propuesto seguramente como título de sus conferencias: «¿Debe sufrir el Mesías?» «El Mesías, ¿estaba destinado a ser el primogénito en la resurrección?» «¿Debía el Mesías llevar la luz a su pueblo y a los gentiles?»

Pero es que Festo no había sido testigo de la transformación de la médium desesperada de Filipos en un ser humano dueño de sí mismo. Y no tenía ni idea de que una frase de la reciente carta de Pablo a los cristianos en Roma (por no mencionar el resto de la epístola), que decía «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 5:1), iba a conceder la paz mental, la libertad espiritual y la estabilidad tanto mental como espiritual a incontables millones de personas durante siglos y siglos, hasta nuestra época. Y tampoco sabía nada de los profetas hebreos, por lo que apenas había entendido la exposición de Pablo. Su acusación de locura nacía de su profunda ignorancia, como suele suceder con estas acusaciones.

Pero Agripa sí conocía a los profetas (26:27), y también sabía, Pablo estaba seguro, todo lo referente al Señor Jesús, su crucifixión y la afirmación cristiana de que había resucitado de los muertos. Eran cosas que no habían sucedido a escondidas (26:26). La cuestión era, y Pablo casi se había olvidado de que era el sujeto sometido a interrogatorio, que el evangelista que llevaba dentro había estado observando el rostro del rey. Aquí había un hombre que necesitaba encontrar la paz con Dios por medio de la fe en Cristo. Sabía lo que habían dicho los profetas, era un experto en la fe tradicional de Israel. Veía cómo Jesús cumplía esas profecías. La pregunta era: ¿las creía?

Pablo, dejando de lado el estúpido comentario de Festo, y concentrando la atención del rey en su necesidad de no contentarse con su experto pero despegado conocimiento de los asuntos judíos, y en tomarse en serio y personalmente a los profetas, le dijo: «¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees» (26:27).

El rey se dio cuenta de cuál era la meta de Pablo. Pero aquello era un tribunal público, y desvió la estocada de la pregunta de Pablo con un comentario caprichoso pero amable: «Por poco me persuades a ser cristiano» (26:28).

Y Pablo repuso: «¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no sólo tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!» (26:29).

El evangelista más grande de Europa, y del mundo, y el buen embajador de Dios, había derramado su corazón en el nombre de Jesucristo, el divino Salvador de los hombres, por Agripa, por Berenice, por Festo, por el César Nerón, por todo el mundo. Y el tribunal quedó en silencio.

Entonces sus majestades se levantaron y Festo los condujo fuera del tribunal.

La conclusión

Los tres estuvieron de acuerdo en que aquel hombre no estaba haciendo nada digno de muerte o de encarcelamiento (26:31). Además, como comentó Agripa a Festo, podrían haber liberado a Pablo si no hubiera apelado a César (26:32).

MOVIMIENTO 5

Las tormentas de la naturaleza y el gobierno soberano de Dios (27:1 - 28:31)

La tormenta

Y ahora, en el último movimiento de la Sección Sexta, volvemos a la naturaleza. No a la Madre Naturaleza, que protege y nutre la vida, a la que los efesios adoraban bajo el nombre de Artemis; sino a la naturaleza impersonal, con sus fuerzas gigantescas, que es inmisericorde con las vidas humanas, cruel e indiferente, amoralmente destructiva, enfrentando a la mente y al músculo en desigual batalla, para poder sobrevivir.

El Movimiento 5 está dominado por un relato largo, detallado y vívido de la tormenta que estuvo a un paso de hundir el barco que conducía a Pablo a Italia, a la presencia de Nerón.

Teniendo en cuenta que el viaje de Pablo a Roma tenía una importancia espiritual tan grande, la llegada de semejante temporal suscita grandes preguntas. Al llegar a Roma, Pablo continuó predicando sobre su tema central del reino, el gobierno soberano de Dios (28:23, 31). Pero podemos preguntarnos: ¿cuál es la relación entre el gobierno soberano de Dios y las tormentas naturales como la que casi ahogó a Pablo, acallando su predicación y terminando con su evangelismo pionero?

La longitud, el detalle y la precisión técnica y geográfica del relato se deben, sin duda, al hecho de que Lucas era un compañero de viaje de Pablo y observó todo el acontecimiento como testigo presencial.* Pero podemos estar seguros de que Lucas no incluyó todos estos detalles para hacer aparecer a Pablo como una especie de superhombre, dominando y sometiendo a la naturaleza mediante una serie espectacular de milagros. Desde el momento en que subieron al barco condenado, hasta la fría mañana en que encalló en la costa de Malta no hubo un solo milagro. Ningún poder divino calmó el mar, como unos años atrás una tormenta en Galilea se había apaciguado al oír la voz del Maestro. No hubo ángeles que guiaran al barco, ileso, al puerto. Se salvaron todos los pasajeros y la tripulación, pero sólo después de dos semanas o más de un padecimiento agónico y un final desastroso, que pone los pelos de punta, cuando tuvieron que escapar a los restos del naufragio, nadando entre las olas hasta la orilla.

Y ahí está una gran pregunta: si Pablo era el apóstol y embajador escogido por Dios, enviado para representar el evangelio del propio Hijo de Dios a la mayor autoridad en la tierra; y si Dios es el Dios que creó la naturaleza y que la controla, del que se dice: «Tú tienes dominio sobre la braveza del mar;

* Ver el famoso estudio de J. Smith, *The Voyage and the Shipwreck of St. Paul* (Londres, 1848; F.F. Bruce, *The Book of Acts*, New International Commentary on the N.T. (Grand Rapids, MI: Wm B. Eerdmans, 1988), pp. 474-99; y C.J. Hemer, *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989), pp. 132-58.

cuando se levantan sus olas, tú las sosiegas» (Sal. 89:9), ¿por qué, pues, el gobierno soberano de Dios no decretó que el Mediterráneo le ofreciera a su embajador una travesía más tranquila, en lugar de torturarlo día y noche durante quince días para arrojarle luego a la orilla como una rata medio ahogada?

La importancia de la naturaleza tal y como es

Sea cual fuere la respuesta a nuestras preguntas, es evidente, en la historia que tenemos delante, y en los informes de la obra misionera a lo largo del curso de dos mil años, que Dios jamás pretendió cambiar el modo en que funciona la naturaleza para facilitar la transmisión del evangelio. Por supuesto, ha habido milagros, y no cabe duda de que aún los hay. Pero, por definición, son una excepción. La norma es que la naturaleza funcione como siempre lo ha hecho. Para facilitar el paso seguro de todos los misioneros cristianos, los rayos y el granizo, la nieve y las nubes y los mares tormentosos que desde la creación han cumplido la voluntad del Creador en los grandes procesos cósmicos de nuestro mundo y universo (Sal. 148:8) no fueron suspendidos, reorganizados ni domesticados. La naturaleza siempre funcionó como al principio, como lo hará hasta la restauración de todas las cosas. La tormentas siguieron sucediéndose, y los misioneros tuvieron que aprender, como todo el mundo, a evitarlas o capearlas; y jamás hubo garantía de que un misionero, a pesar de toda su buena fe, no se iba a ahogar.

Detengámonos un momento, con permiso de Lucas, y pensemos en los importantes beneficios que la naturaleza, tal y como es, confiere a la humanidad. La misma necesidad de luchar contra ella para sobrevivir ha servido para desarrollar algunas de las sorprendentes capacidades humanas, como el valor, la osadía, la ingenuidad y el conocimiento. Muy pronto en su historia, el hombre descubrió que la naturaleza se podía controlar y aprovechar. Se podía sacar ventaja al mismo viento que derribaba las casas: podía conseguirse que hiciera rotar las

aspas de un molino para moler el grano. Las olas, mareas, corrientes y vientos que constituían obstáculos se podían transformar, mediante la invención del barco, en el medio de transportar a las personas donde quisieran llegar. La ley de la gravedad, que nos confina a la tierra, se puede usar para lanzar una sonda espacial fuera de la órbita terrestre, a cualquier planeta que deseemos investigar.

Además, a menudo ha habido progresos, nuevos y osados, en esta carrera por el dominio de la naturaleza para el servicio de la humanidad, que al final se han convertido en necesidades comunes para la supervivencia humana. La flota de grandes (para la época) barcos mercantes que llevaban el grano cruzando las rutas marítimas desde Alejandría y Egipto a Roma (por una de las cuales navegaba el barco de Pablo cuando casi se hundió), se habían convertido en una necesidad indispensable para la economía romana. Sin las provisiones que llevaban aquellos barcos, la población masiva de la capital se hubiera quedado sin comer. De forma similar, nuestro sofisticado mundo moderno apenas podría funcionar sin los viajes aéreos, la radio, el radar, la televisión, etc. Y lo que es más, la labor cristiana de extender el evangelio se ha visto enormemente facilitada por estos progresos, en especial estos últimos cincuenta años. La idea pietista de que este progreso es antinatural, por no decir pagano, es un error evidente.

Por tanto, hasta este punto, no podríamos desear que la naturaleza fuera de otra forma, al menos en lo que respecta al progreso del hombre y la evangelización del mundo. Por supuesto, la naturaleza puede ser muy peligrosa, letal: si cometemos un error con la electricidad, nos puede matar. No conoce el perdón. Nos cocina la comida con la misma indiferencia que nos incinera. Es impersonal, carece de inteligencia, de compasión, como el resto de las fuerzas de la naturaleza. Son muchísimo más poderosas que el hombre, y hay que tratarlas con respeto. Y Dios no ha cambiado (ni lo hará normalmente) el modo en que funcionan esas fuerzas para hacer un favor especial a los cristianos o los misioneros. El cristiano que salte

desde el pináculo del templo descubrirá que Dios no ha suspendido la ley de la gravedad. La osadía falta de realismo no equivale a la fe.

Pero a la naturaleza jamás la hemos podido domesticar, y mucho menos dominar. La lucha entre el hombre y la naturaleza sigue siendo desigual. El barco moderno más sofisticado que exista seguirá naufragando en medio de terribles tempestades, y los aviones siguen estrellándose por culpa de la niebla. Por tanto, haremos bien en aceptar los términos en los que los siervos de Dios van a evangelizar por el mundo. Sería estúpido negar la capacidad o voluntad divina de intervenir milagrosamente para guardar a sus siervos cuando lo cree convenientes; sería una falta de fe despreciar el ministerio protector de los ángeles (He. 1:14); sería ingratitud cerrar los ojos a las mil y una providencias divinas con que nos encontramos, o dudar de los otros miles que no vemos. Una vez dicho esto, seremos sabios si aceptamos claramente las garantías reales que se nos ofrecen. En ningún momento se nos promete que los misioneros no se ahogarán en el mar. No tenemos la garantía de que jamás un evangelista morirá en un accidente de aviación. No se nos dice que el amor de Dios nos salvará de experimentar tribulación, angustia, hambre, peligros o muerte. Nuestra garantía dice más bien que ninguno de los poderes letales de la naturaleza (ni los de Satanás ni los del hombre tampoco) podrán apartarnos jamás del amor de Dios, ni las alturas ni las profundidades, ni la muerte ni la vida, ni cualquier otro poder creado (Ro. 8:38-39). Eso es lo que escribió Pablo un año o dos antes de subir al barco de grano que casi naufraga en el Mediterráneo.

Las lecciones de la historia de la tormenta

Según Lucas, hubo cuatro ocasiones en que Pablo intervino, durante el curso del viaje, para adelantar una importante observación, y debemos considerarlas por turno.

Primero encontramos una advertencia contra el correr riesgos innecesarios. Por supuesto, cuando nos enfrentamos con la naturaleza no podemos evitar correr algún riesgo. El granjero del mundo antiguo, que sembraba su semilla en primavera, tenía que aceptar la posibilidad de que las malas condiciones meteorológicas hicieran pudrir la semilla en el suelo, destruyendo la posibilidad de tener una cosecha al año siguiente, y por tanto de obtener alimento. Colón jamás hubiera descubierto el Nuevo Mundo ni David Livingstone el Africa Central si no hubieran estado dispuestos a correr enormes riesgos.

La fe abunda cuando corremos riesgos por amor a Dios, pero llega un momento en que el riesgo es injustificado, y correrlo no es ya fe, sino presunción. Pablo estaba dispuesto a morir por amor al evangelio, pero no innecesariamente. No era un marino experto, pero todo el mundo solía aceptar, basándose en años de experiencia en el mundo náutico, que aquel año ya había pasado la época propicia para navegar. Zarpas desde los buenos puertos en esa época tan tardía del año era correr un riesgo enorme y absurdo (27:9-11). El propósito lógico de zarpar en esa época era llegar a otro puerto más cómodo y conveniente, para pasar el invierno. Pero arriesgarse a naufragar, con la pérdida de las mercancías y la vida de las 276 personas a bordo, sólo para llegar a un mejor puerto que el que ya tenían, a los ojos de Pablo era una tontería, y así lo dijo. Pero el capitán y el propietario del barco estaban dispuestos a correr el riesgo. La gran experiencia y el orgullo profesional a veces fomentan la excesiva confianza en uno mismo; y el centurión al mando aceptó su consejo antes que el de Pablo.

De todos modos, es instructivo darse cuenta de la actitud de Pablo. Su fe no era de ese tipo que diría algo así: «Sí, aceptaré todos los riesgos que vengan. Soy el embajador especial de Dios. El no permitirá que me suceda nada malo. Si es necesario, obrará un milagro para mantener el mar en calma hasta que lleguemos al siguiente puerto». No es que no creyera en los milagros, o en la voluntad de Dios de hacerlos cuando fuera absolutamente necesario. Pero no tenían la acuciante

necesidad de zarpar hacia el siguiente puerto, y correr riesgos innecesarios y luego depender de Dios para que haga milagros en la naturaleza para evitar el desastre, eso no es fe sino presunción. Por tanto, en este punto, Pablo aparece en el relato de Lucas no como un héroe super-espiritual, sino como un hombre cuya fe humilde pero real sabía cuáles eran sus verdaderos límites.

La esperanza más allá de la naturaleza

Muy pronto se vieron inmersos en tremendos problemas. Hicieron todo lo que los expertos podían hacer (27:17-19), pero fue en vano. La naturaleza se burló de su impotencia, se llevó sus esperanzas (27:20), usó su experiencia para aterrorizarlos (27:17). Cuanto más expertos eran, más sabían que la siguiente ola descomunal podía arrastrarlos al fondo del mar. Habían perdido toda esperanza de sobrevivir.

En situaciones como esta, cuando la naturaleza inconsciente se burla de todo el conocimiento y experiencia acumulados del hombre, cuando frustra sus empresas, cuando se ríe de sus progresos y le echa a un lado junto con sus invenciones como la hierba seca en una tormenta, es entonces cuando nos formulamos la pregunta más inquietante de la vida: ¿es que la vida humana no es nada más que una parte infinitesimal del sistema cerrado de la naturaleza, atrapada sin remedio en su ciclo infinito y absurdo de calmas engañosas y tormentas destructivas? ¿O acaso existe un propósito para el hombre, más allá de los ciclos naturales? La naturaleza y sus estaciones, ¿son el escenario y a la vez la tragedia que se desarrolla en él? ¿O bien la naturaleza sólo es el escenario donde los humanos interpretamos la parte del drama que nos corresponde, antes de llevarlo a un final glorioso y triunfante en otro escenario distinto?

Demos gracias a Dios por la respuesta que vino, potente y confiada, atravesando el bramar de la tormenta y el acericio de la lluvia, cuando ya no había esperanza:

«Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened bien ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho» (27:21b-25).

No cabe duda de que Pablo era un caso especial, pero sólo era un ejemplo de la verdad general que rodea a todo el pueblo de Dios. Hay un Dios antes, por encima y más allá de la naturaleza, y cada creyente puede describirlo, juntamente con Pablo, como «el Dios de quien soy y a quien sirvo». Somos propiedad suya (para él, de un valor incalculable), comprados, como Pablo recordó a los ancianos de la iglesia de Éfeso, con la sangre de su propio Hijo amado (20:28). Todas las fuerzas combinadas de la naturaleza no podrían arrebatarse a Dios su preciada posesión. Y todo creyente puede añadir con Pablo: «el Dios... al que sirvo». Sea el servicio grande o pequeño, público o privado, las fuerzas carentes de inteligencia de la naturaleza jamás frustrarán el propósito que tenía el Creador al asignarnos ese servicio. La meteorología de Dios no puede obstaculizar su obra.

Dentro de su comisión general, Pablo había recibido una tarea especial y específica en aquel momento: dar testimonio de Cristo y del evangelio delante del César, en Roma. Era algo que ya sabía de antemano (23:11); ahora el ángel aparecía para recordárselo, y para asegurarle que, como era el propósito de Dios, no sólo se salvaría él sino todos los que fueran necesarios para hacerle llegar a tierra, a pesar de la naturaleza y todos sus furores (27:24-25).

A Pablo no siempre se le dijo con semejante certidumbre y seguridad que no iba a morir antes de terminar determinada

misión.* Esto sucede aún menos con nosotros. Pero de una cosa podemos estar seguros: de que, por lo que respecta a Dios, la simple naturaleza jamás podrá acabar con nosotros, no hasta que Dios haya alcanzado la meta que tenía en mente cuando nos confió nuestra misión.

El poder de la fe sobre el pánico y el egoísmo temerario

Hay que darse cuenta de que la promesa que hizo el ángel, de que Pablo y todos los demás pasajeros sobrevivirían, no se cumplió mediante ningún milagro (aparente).** Hacer llegar el barco a tierra siguió exigiendo toda la experiencia en navegación de los expertos. Aun sabiendo cómo controlar el barco, las últimas docenas de metros hasta la costa, atravesando las rompientes y acercándose a la playa lo más que pudieron, exigió hasta la última reserva de su valor. Cuando la nave se había acercado a la playa lo máximo que se atrevían dada la oscuridad, y cuando la anclaron por la popa para poder dirigirse hacia la playa con las primeras luces, parece ser que los marineros tuvieron un ataque de pánico. Anteponiendo su propia seguridad a la de los demás pasajeros, intentaron botar la barca de salvamento y salir huyendo.

Pero Pablo vio lo que intentaban, se lo dijo al centurión e insistió en que los marineros se quedaran en el barco (27:30-32). Pablo había recibido la promesa de que todo el mundo sería salvo, pero esto no les eximía de unos medios, una habilidad y un esfuerzo humanos. Su fe no dejaba de lado el pánico egoísta y descansaba en los milagros. La fe, vigilante y concentrada en las necesidades prácticas, dominaba el egoísmo temerario y el pánico, respaldando el control del centurión

* Consideremos las incertidumbre que invadieron su mente incluso en Filipenses 1:18-30, y en especial en los capítulos previos a esta sección – 20:23-24; 21:13–, donde pensaba que era posible que le mataran en Jerusalén.

** Como el milagro de Juan 6:21.

sobre la situación. Y eso dio buenos resultados cuando los soldados propusieron matar a todos los prisioneros, incluyendo a Pablo, para evitar su huida (27:42). Si los prisioneros hubieran escapado, los soldados hubieran sido ejecutados. Debió hacer falta una gran dosis de autoridad para evitar que mataran a los prisioneros. Pero el centurión lo hizo por Pablo (27:43).

El poder de la fe sobre el miedo y la desesperación

Durante dos semanas, los pasajeros y la tripulación apenas habían comido. No es de extrañar: bajo la cubierta es probable que todo estuviera hecho un caos, si es que no se lo había llevado todo el mar. Y de cualquier modo, debido a su miedo y angustia, la gente no hubiera sido capaz de comer nada, incluso aquellos que no estaban mareados. Pero una vez más, Pablo controló la situación práctica. Se levantó y se dirigió a los 275 pasajeros. Les recordó la promesa divina de que llegarían sanos y salvos a tierra, y les animó a comer algo (27:34). No habría ningún transporte aéreo celestial que les llevara a la playa. Necesitarían todas sus calorías energéticas para la última batalla con las fuertes olas y la resaca. De modo que Pablo dio ejemplo. Demostrando abiertamente el secreto de su calma y confianza, tomó pan, dio gracias a Dios delante de todos ellos mientras la tormenta seguía rugiendo, y les exhortó a hacer lo mismo (27:35-36).

Observemos, por consiguiente, el papel de la fe en este asunto. No se trata de que Pablo simplemente creyera que, como Dios había dispuesto que hiciera un trabajo en Roma, él le pondría a salvo, a él y a los demás, a pesar de la tormenta. Fue la fe de Pablo, en respuesta a la promesa de Dios de que iba a sobrevivir para cumplir su misión de dar testimonio, lo que le permitió tomar el control de la situación psicológica, y asegurarse de que se dieran todos los pasos prácticos necesarios para mantener el barco a flote y llevarlo, como pudieran, a la orilla.

En última instancia, para obtener la fuerza y el valor que son necesarios para bregar con los desaffos de la vida, a pesar de las tormentas naturales, cuando parece que toda esperanza se ha desvanecido, es necesaria una fe y un coraje que estén afirmados en cosas más allá de la naturaleza. De hecho, ¿por qué iba a seguir Dios conservando la naturaleza si no tuviera propósitos magníficos y eternos más allá de toda la furia de ésta? Es por este motivo que incluso si (y cuando) salgamos derrotados en nuestra última lucha con la naturaleza, y ésta nos supere con la muerte, seremos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Ro. 8:37).

Las malas interpretaciones paganas de la naturaleza

Pronto los supervivientes se vieron rodeados de los isleños locales, que se compadecieron de ellos y encendieron una fogata (28:2). Pablo, tan práctico como siempre, reunió un montón de madera, pero, tan pronto la puso en el fuego una víbora, expulsada por el calor, salió y se enroscó en su muñeca. De inmediato los habitantes locales salieron al paso con una interpretación: «Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir» (28:4).

Así cayeron en un laberinto de errores en que las personas supersticiosas, por no decir religiosas, se ven inmersas hoy en día. Suponían que todos los desastres naturales que se enfrentan al ser humano se deben a los pecados de éste y que, por consiguiente, si una persona pasa por un desastre natural, es lógico sacar la conclusión de que él o ella debe haber cometido algún pecado nefasto, aun cuando no exista ninguna otra evidencia de ello.

Pero, para empezar, la naturaleza y sus obras impersonales no son el Juez de la humanidad. Sus procesos son, en sí mismos, amorales. Un cuello irritado no es evidencia de que el paciente haya estado diciendo mentiras. A veces Dios utiliza los desastres naturales para expresar su desaprobación, y el

efecto es evidente para todo el mundo.* El efecto de la conflagración que destruyó a Sodoma y Gomorra acabó con su conducta física y socialmente venenosa. Pero ya se habían ganado una reputación antes de que cayera sobre ellos tal desastre; no es algo que se pueda deducir del hecho de que tuviera lugar aquél.

Pero no todos los desastres naturales son, necesariamente, expresiones del juicio divino. Un coche de lujo, oficial, puede que esté llevando a un mafioso a la cárcel. Ese fue el propósito de la destrucción de Sodoma (2 P. 2:4-9; Jud. 6-7). Pero ese mismo coche negro oficial puede llevar a un héroe nacional a tomar el té con los reyes. Hay muchos desastres naturales que han llevado a creyentes, y a santos, a la presencia del Señor.

Si queremos extraer alguna lección general de los desastres naturales, «los actos de Dios» y las atrocidades, más vale que sea la lección que extrajo Cristo: no supongamos que las personas que los padecen es porque han sido secretamente más pecadoras, mientras que los que escaparon a ellos no lo fueron. Todas las personas son pecadoras. Que los desastres naturales sean recordatorios de que todas ellas deben arrepentirse (Lc. 13:1-5).

Pablo echó la víbora al fuego, y cuando vieron que no había sufrido daño, los isleños llegaron a la conclusión opuesta, que debía ser un dios (28:5-6). Supongamos que se trató de un milagro evidente; sin embargo, ese error nos recuerda que es posible malinterpretar incluso los milagros. Los milagros no son la prueba de resultados inevitables, sino evidencias que hay que interpretar cuidadosamente. El gran Hombre de Pecado también será capaz de manipular extraordinariamente la naturaleza, pero eso no querrá decir que sean ciertas sus

* Por otra parte, hay que respetar los actos de la naturaleza: usemos mal la electricidad y podremos electrocutarnos, o matar a un montón de personas. Abusemos de la capa de ozono y podremos destruir el planeta.

pretensiones de ser Dios (2 Ts. 2:3-4, 9-12). Y los malteses nos recuerdan que es posible interpretar un milagro genuino como corroboración de una presuposición teológicamente falsa.

De Malta a Roma

El centurión no se quedó en Malta más de lo necesario. Lo más pronto posible, en la siguiente estación de navegación, embarcó con sus prisioneros en la siguiente fase de su ruta a Roma (28:11).

Pero aun así, el tiempo que debió esperar fue de tres meses, y durante ese intervalo Dios, en su gracia, capacitó a Pablo para realizar unos milagros de sanación que no sólo beneficiaron a los lugareños, sino que les pagaron por su amabilidad y sus gastos por mantener a aquellos visitantes inesperados y no invitados. Y cuando al final Pablo y sus amigos se fueron, les dieron provisiones para el viaje (28:10).*

Durante el curso del viaje a Roma, a Pablo se le permitió estar siete días con los cristianos de Puteoli (28:13-14), y puede que entonces pudiera participar con ellos en la Cena del Señor como hizo con los creyentes en Troas, y probablemente en Tiro, durante el curso de su viaje anterior desde Éfeso a Jerusalén (20:6-7; 21:4).

Entonces llegó el último tramo del viaje. No podemos saber los sentimientos que nacieron en el corazón de Pablo cuando al fin se aproximaba a la gran ciudad donde debía realizar su onerosa responsabilidad y enfrentarse al riesgo de aparecer delante del monstruo, Nerón. Pero nos los podemos imaginar. Cuando vio al grupo de cristianos, el comité de bienvenida, que

* La enfermedad que padecía el padre de Publio parece haber sido la fiebre de Malta, causada por un microbio presente en la leche de cabra. Hoy en día no sería necesario un milagro para curarla. Pero tampoco un padre que le ata los cordones a un niño de dos años tiene que hacer lo mismo, necesariamente, para uno de dieciséis.

llegaron hasta el Foro de Apio para saludarle, dice Lucas que «dio gracias a Dios y cobró aliento» (28:15). El gran Pablo, cuya fe y fortaleza de carácter habían instilado valor, sin ayuda de nadie, a la tripulación y pasajeros del barco que naufragaba, descubrió él mismo un nuevo coraje en un momento opresivo, un valor derivado de la compañía fraternal de unos hermanos cristianos cuyos nombres no se nos dicen (28:15).

Las instrucciones de Pablo a los líderes de la comunidad judía de Roma

En Mileto, Pablo había invitado a los ancianos de la iglesia de Éfeso a reunirse con él (20:17-38). Reconociendo la responsabilidad que ellos tenían, de guardar y guiar a la iglesia, les había advertido de la amenaza de los falsos profetas de fuera y los falsos maestros de dentro que podían perjudicar a la iglesia. Al cabo de poco de llegar a Roma, invitó a los líderes de la comunidad judía a reunirse con él (28:17). Admitía y respetaba su responsabilidad de guardar y guiar a sus congregaciones en las sinagogas de la ciudad. Puede que ellos hubieran recibido un informe sobre él del sumo sacerdote y el Sanedrín de Jerusalén y, en cualquier caso, encontrar en la ciudad a un erudito y famoso rabino convertido al cristianismo, dispuesto a presentar su caso (fuera cual fuese) ante César, seguro que les causó cierta consternación. Bajo el mandato de Claudio, como resultado de las disputas entre judíos y cristianos en la ciudad, los primeros habían sido expulsados temporalmente de Roma (18:2). Entonces, ¿qué posible peligro para la comunidad judía podía instigar ese rabino cristiano?

Pablo quería aliviar sus mentes exponiéndoles los hechos tal y como los veía. El principal era este: quería asegurarles que, al apelar al César, su propósito nunca había sido, ni lo era ahora, el de acusar o presentar cargo alguno contra el pueblo judío (28:19). En realidad, ni se le hubiera ocurrido apelar al César de no haber sido porque los judíos de Judea le habían

forzado a hacerlo. Le habían acusado falsamente de pecados contra la nación y las costumbres tradicionales que él no había cometido; y como resultado de sus acciones había caído en manos de los romanos. Estos, con su sentido de la justicia y el juego limpio, había querido liberarle como inocente de los cargos (28:18). Ese podía haber sido el final del asunto. Pero los judíos no aceptaban el veredicto, de modo que le habían obligado a apelar al César para salvar su vida.

Sin embargo, no tenían ninguna intención de acusar a los judíos de nada ante el César. Aparecería ante el emperador como representante y campeón de la «esperanza de Israel» (28:20), apelando que esa esperanza no era una traición o subversión contra el gobierno, obteniendo así, de ser posible, la evaluación favorable del César de la esperanza de Israel.

Eso es hablar como un cristiano. Los judíos de Judea habían intentado asesinarle con sus propias manos. Al fracasar, habían intentado que le ejecutaran los romanos. Pero para Pablo continuaban siendo «mi nación», como los llamaba (28:19). Les seguía amando con fidelidad, y del mismo modo que había exhortado a los ancianos cristianos a proteger a la iglesia, haría lo posible por proteger él mismo a su pueblo, Israel.

En realidad los ancianos de las comunidades judías en Roma no habían recibido (aún) ningún informe sobre Pablo proveniente de Jerusalén (28:21). Lo único que sabían es que en todas las comunidades judías se hablaba mal de aquella «secta» cristiana, y aprovecharon la oportunidad para venir y escuchar una exposición de sus dogmas. De modo que Pablo fijó el día y la hora (28:22-23).

La última advertencia del Espíritu Santo al judaísmo

El día fijado aparecieron en gran número, y Pablo les habló en profundidad sobre el tema del reino de Dios, exponiéndoles las escrituras «de la ley de Moisés y de los profetas» que eran relevantes para las pretensiones de Jesús, de ser el Mesías.

Algunos quedaron tan impresionados que casi creyeron, pero otros rechazaron por completo el mensaje. Al final se quedaron discutiendo entre sí (28:23-25).

Pero antes de que se fueran, Pablo pronunció una advertencia muy solemne perfilada no con sus palabras, sino con las del Espíritu Santo por medio de Isaías, destinadas a la antigua Israel. En los oscuros días del pasado de Israel, Dios había ofrecido a Isaías una visión del Rey (Is. 6:5), el único rey que les iba a salvar del pecado individual y del desastre nacional. Dios había ordenado a Isaías que fuera y transmitiera a Israel esta visión del Rey, pero, en el mismo momento en que le ordenó esto, Dios había advertido al profeta de que su predicación iba a hacerles poco provecho. Porque cuando la naturaleza caída y pecaminosa ha guiado a las personas a suprimir sus conciencias, por medio de su orgullo y pecaminosa autosuficiencia, cuando las ha llevado a levantar barricadas en sus mentes, a cerrar sus oídos y cegar sus ojos, llega un momento en que la predicación del evangelio tiene el efecto de agravar la condición en lugar de arreglarla (28:25-27; cf. Is. 6:9-10).

Aun así, quedaba una evidencia que incluso para las personas en su condición era, y siempre sería, inevitable e innegable. Primero observemos, dijo Pablo, que esta salvación de Dios fue enviada a los gentiles: «fue enviada» en el sentido de que el propósito y esquema de Dios estaba destinado que fuera enviado a los gentiles (28:28). Más allá de toda posible negación o contradicción, el anuncio repetido y explícito de Isaías había declarado que Dios levantaría a su Mesías como un punto de encuentro, una luz, una salvación para los gentiles (Is. 42:6; 49:6). En segundo lugar, el profeta había declarado que, cuando Dios levantara a ese Mesías para los gentiles, éstos le escucharían. Ya en aquel momento, cuando Pablo estaba hablando a sus compatriotas judíos en Roma, cientos de gentiles en todo el Imperio Romano habían escuchado y respondido. Y miles de ellos esperaban hacerlo.

Los siglos han probado que era así. Escuchando a Jesucristo, incontables millones de gentiles han llegado a la fe en el

Dios de Israel. Se desgajaron algunas «ramas naturales» debido a la incredulidad. Pero miríadas de gentiles, «contra natura», han sido injertadas. Un día también las ramas naturales serán injertadas de nuevo en su propio olivo (Ro. 11:17-24).

Con esto, Lucas cierra su relato. Nunca pretendió ser un informe completo de la aparición y progreso del cristianismo, pero sí un relato representativo de lo que era el cristianismo y lo que éste, o mejor dicho el Señor resucitado, empezó a hacer y continuó. Naturalmente, no era posible escribir todo aquello que el Señor iba a conseguir. Pero en el punto en que Lucas dejó su pluma, Pablo (aunque encadenado) y el evangelio del gobierno soberano de Dios seguían su imparable camino, sin obstáculos insuperables, a pesar de la oposición humana y las tormentas de la naturaleza (28:31).

Apéndices

Apéndice 1

El cristianismo, ¿es esencialmente antisemita?

Algunos tendrán la impresión de que enfatizar las diferencias entre el cristianismo y el judaísmo, como hemos venido haciendo a lo largo de este libro, desentona tristemente con buena parte del pensamiento moderno sobre la relación entre las dos creencias. Ellos afirman que los siglos que hemos pasado centrándonos en la crucifixión del Hijo de Dios a manos de los judíos es lo que ha fomentado el infamante antisemitismo que culminó, en nuestra época, en las cámaras de gas de Hitler. Después del Holocausto, sugieren, sería aberrante que los cristianos pretendieran convertir a los judíos. Más bien habría que admitir que el judaísmo es una forma de acercarse a Dios tan válida como el cristianismo. Al menos, los cristianos no deberían decir nada sobre los judíos que no pudieran repetir, con total impunidad, en una visita a Auschwitz o Dachau.

Por tanto, y dado que soy el responsable de este libro, quizá me sea permisible hablar en primera persona y explicar el trasfondo en que lo escribí.

Primero, me parecería injusto acusar a toda la nación de Israel de ser responsable de la muerte de Jesús. Por supuesto, no podemos deshacer la historia. Los líderes de la nación *estuvieron* implicados en arreglar la crucifixión a manos de los romanos; y las multitudes de Jerusalén, que hasta el final estuvieron de parte de Jesús, permitieron, como suelen hacerlo las muchedumbres caprichosas, que les llevaran a gritar pidién-

do su muerte. Pero miles y miles de judíos, que en aquel momento vivían en la Diáspora, sólo tuvieron noticia de la crucifixión meses o incluso años después de que tuviera lugar. No se les puede acusar de ser responsables de ese hecho. Además, Dios había anunciado por medio de sus apóstoles que, según su consideración, los principales sacerdotes y la multitud de judíos hicieron lo que hicieron por ignorancia (3:17), y sobre esa base se les ofreció la posibilidad de obtener misericordia si se arrepentían.

En segundo lugar, yo creo, como lo hacen todos los cristianos genuinos, que cuando Jesús murió, lo hizo por y a causa de mis pecados. Los líderes judíos y el pueblo, por su hostilidad, fueron agentes inconscientes en la realización del proyecto divino, de que su Hijo muriera por el pecado del mundo (2:23; 3:17-18). Y, en consecuencia, estoy humildemente agradecido por poder decir que llevó él mismo mis pecados en su cuerpo sobre el madero (1 P. 2:24), y que tengo redención por su sangre, el perdón de pecados (Ef. 1:7); y también sé que el perdón y la salvación se ofrecen en estos términos a todo el mundo, judíos y gentiles, sin discriminación (Ro. 3:22-24). No se me ocurre acusar a ningún judío de la muerte de Jesucristo, excepto en el sentido de que sus pecados, como los míos, fueron la causa de la muerte del Mesías. Pero, al mismo tiempo, creo que no existe otra base para el perdón y la aceptación de Dios de ningún hombre o mujer que no sea la muerte de Jesús. Por tanto, debo sostener, y sostengo, que el hecho de que un judío rechace el sacrificio y la salvación de Cristo tiene las mismas solemnes y eternas consecuencias que para un gentil.

En tercer lugar, afirmo con todo mi corazón las palabras divinas, de que no ha rechazado a su pueblo, al que conoció de antemano (es decir, la nación física de Israel; Ro. 11:1-2). Un día «toda Israel» (es decir, la nación literal de Israel, como un todo) será salva (Ro. 11:26). Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables (Ro. 11:29). La nación a la que un día llamó y concedió un papel especial en el mundo volverá a recibir una honrosa misión encomendada por Dios. No la

tienen por derecho, ni la disfrutan en este momento. Espera el arrepentimiento de la nación y su reconciliación con el Hijo de Dios, su Mesías, pero eso es algo que sucederá. Junto con el profesor C.E.B. Cranfield, y multitud de otros cristianos, creo que es deplorable «la desagradable idea, que además no está respaldada por las Escrituras, de que Dios ha desterrado a su pueblo, Israel, sustituyéndolo por la Iglesia cristiana»;* y lamento el hecho de que amplias secciones del cristianismo, a través de los siglos, llegando hasta nuestra época, hayan caído en la misma arrogancia contra la que nos advierte Pablo a nosotros, gentiles cristianos, de imaginar que Israel, como tal, no tiene futuro (Ro. 11:18, 20, 25).

Pero me parece que si realmente nos arrepintiéramos del lamentable trato que el cristianismo ha dispensado al judaísmo en el pasado, deberíamos formularnos serias preguntas sobre qué nos condujo a ponerlo en práctica.

Mi antigua colega, la profesora E. Mary Smallwood, en una conferencia inaugural titulada triste pero correctamente «De la protección pagana a la opresión cristiana», lo explica de la forma siguiente. Después de indicar que todos los gobernadores paganos de Roma, de Julio César en adelante, habían promulgado o mantenido una legislación especial para proteger a los judíos, sigue diciendo:

«La conversión de Constantino al cristianismo en el año 312 significó, inevitablemente, un cambio en la actitud oficial romana hacia Jerusalén. La iglesia y el estado pasaron de ser enemigos a aliados, casi de inmediato. A diferencia de la Roma pagana, la Iglesia tenía una disputa teológica con el judaísmo, y ahora había adquirido una posición de poder político. La hija del judaísmo se ha llevado mal con su padre toda la vida, pero hasta ahora sólo había dispuesto del arma del sermón y el libelo. Ahora tenía

* C.E.B. Cranfield, *A Critical and Exegetical Commentary on The Epistle to the Romans*, vol. 2 (Edimburgo: T. & T. Clark, 1979), p. 448.

en sus manos el arma de la legislación, si estaba dispuesta a usarla».*

Y más adelante:

«Lo que bajo Constantino comenzó como un intento de proteger al cristianismo frente al judaísmo, mientras, al mismo tiempo, se salvaguardaban los propios derechos religiosos de los judíos, en tiempos de Justiniano se había convertido en el inicio de una grave opresión del judaísmo a manos del gobierno, en el nombre del cristianismo».**

Por tanto, los problemas empezaron cuando la iglesia se unió al estado. Por supuesto, en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando Israel era una teocracia y sus reyes eran «los ungidos del Señor», las autoridades religiosas de Israel recibieron la orden divina de usar el poder civil para castigar, y si fuera necesario eliminar, a los idólatras y apóstatas (Dt. 13:12-18; 17:2-7). E incluso en los tiempos del Nuevo Testamento, cuando los judíos de Jerusalén habían perdido el control del poder civil, Lucas nos dice (12:1-3) que estuvieron encantados cuando uno de los Herodes usó el poder civil para perseguir a la recién nacida iglesia cristiana.

Pero se supone que el cristianismo debía ser distinto al judaísmo. Los cristianos seguían a un Rey que no era de este mundo, quien prohibía a sus discípulos el uso de la espada tanto en la propagación como en la defensa del evangelio (Jn. 18:36-37; Mt. 26:52; 2 Co. 10:4). A nadie se le debía obligar nunca a convertirse en cristiano bajo la amenaza de un castigo civil, ni había que discriminarlo o perseguirlo por no serlo. Por tanto, el enorme desastre sobrevino cuando el cristianismo volvió a

* E. Mary Smallwood, *From Pagan Protection to Christian Oppression* (The Queen's University of Belfast, 1979), p. 7.

** Ibid., p. 24.

convertirse en un estado sacralizado, como la antigua Israel, imaginando que era la continuadora de la Israel terrenal, y se metió en la cabeza que tenía el derecho, e incluso la misión otorgada por Dios, de usar el poder civil como lo había hecho Israel, para oprimir y eliminar a los herejes, a los apóstatas e incrédulos. De esta recaída en el judaísmo se derivó la discriminación política en nombre del cristianismo, las cruzadas contra los infieles, las inquisiciones y masacres de herejes, los ríos de sangre y lágrimas en el nombre de Jesús.

Si nuestro estudio del énfasis que pone Lucas en Hechos, sobre la diferencia entre el cristianismo y el judaísmo, nos ayuda a no volver a caer jamás en ese error, esta obra no habrá sido en vano.*

* Para lecturas posteriores: Menachem Benhayim, *Jews, Gentiles and the New Testament Scriptures: A Study of the charges of alleged anti-Semitism in the New Testament* (Jerusalén: Yanetz, 1985).

Apéndice 2

Si Hechos es una obra literaria cuidadosamente estructurada, ¿se puede seguir considerando como una fuente histórica fiable?

¿Por qué no? Por lo menos, esta exposición se ha basado en la firme convicción de que sí se la puede considerar así. Es cierto que no nos hemos dedicado a probar la historicidad de Hechos. Otros lo han hecho con gran detalle, y nadie más plenamente que C.J. Hemer, al que me he referido mucho en este libro, en su obra *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History* (El libro de Hechos en el contexto de la historia helenística), ed. Konrad H. Gempf (Tübingen: J.C.M. Mohr, 1989), que contiene amplias referencias a los hallazgos de otros eruditos que han trabajado, y siguen haciéndolo, en este campo; también incluye un análisis detallado de los argumentos que respaldan el punto de vista contrario. Por consiguiente, esta exposición no ha creído necesario repetir todos los numerosos y detallados argumentos que otros han presentado para defender la historicidad de Hechos. Ha asumido esa historicidad, y sobre esa base ha pasado a la siguiente fase necesaria en la elaboración de un libro: un estudio del material que Lucas ha seleccionado para incluirlo en su historia; de la manera en que ha dispuesto y reunido los elementos que ha elegido; de la línea argumental que crea la disposición de su narrativa; y de lo que puede decirnos acerca de los temas centrales del libro.

Pero si Lucas, como hemos sugerido, dividió su narración en seis secciones formales, y ha seleccionado y dispuesto de tal modo el material que en cada sección aparece uno o más temas centrales, ¿acaso este procedimiento no invalida toda pretensión de rigurosa historicidad?

¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a hacerlo? Mientras escribo tengo delante mío un libro de historia, escrito por el profesor A.J.P. Taylor, titulado *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (La lucha por el poder en Europa entre 1848 y 1918) (Oxford: Clarendon Press, 1954, reimpr. 1969). El libro está dividido en veintitrés secciones separadas, lo que pasa es que en el libro no se les llama secciones, como yo he llamado a las divisiones de Lucas, sino capítulos. ¡Y no creo que nadie acusara al profesor Taylor de ser poco fiable por haber dividido en secciones el análisis de 71 años de acontecimientos!

Pero aún es peor. Aunque su relato de los sucesos de ese período sigue una secuencia cronológica, los capítulos individuales son muy desiguales en el período de tiempo que abarcan: algunos cubren tres, cuatro o cinco años, y otros sólo uno. A primera vista, pues, las divisiones parecen muy arbitrarias. Lo que es peor, esta imbricación desigual de la cronología en secciones arbitrarias se ha llevado a cabo, aparentemente, para que el contenido de cada sección presente un tema en común. El capítulo 1, p.ej., sólo habla de un año (1848), y lleva el título que el profesor Taylor le ha dado para exponer el tema: «La diplomacia de la revolución». El capítulo 2 cubre los acontecimientos de dos años (1849-1850), de modo que pueda exponer el tema «La diplomacia de la reacción» (y estos dos títulos consecutivos, ¡empiezan a sugerir una peligrosa simetría!). Y el capítulo 17 cubre cuatro años (1899-1902), de modo que pueda desarrollar el tema «La era de la “política mundial”».

Ahora bien, puede que no todos los historiadores modernos acepten las interpretaciones que hace el profesor Taylor de los acontecimientos que selecciona y describe; no soy un historiador, no puedo saberlo. Pero no creo que nadie en su sano juicio acuse al profesor Taylor de poco fiable a nivel histórico porque

no ha incluido absolutamente todos los sucesos que tuvieron lugar en Europa desde 1848 hasta 1918, y porque ha dividido los sucesos seleccionados en secciones o grupos porque, tal y como él lo entiende, los acontecimientos de cada grupo comparten un tema en común. Y si el profesor Taylor no ha renunciado a su pretensión de estar escribiendo historia auténtica, ¿por qué hemos de pensar que Lucas lo hizo sólo porque ha dividido su historia en secciones, y luego ha elegido sus contenidos de forma que compartan uno o varios temas comunes? Casi podríamos decir (y que me perdone el profesor Taylor) que Lucas es el más fiable de los dos, dado que ha añadido el mínimo de comentarios interpretativos a los hechos registrados. Ni siquiera le ha puesto título a sus secciones. Y para el elemento necesariamente interpretativo implicado en la compilación de Hechos, tenía la autoridad del Espíritu Santo, que le inspiraba.

Sí, pero es que Lucas no se ha limitado a dividir su obra en secciones, llenando cada una con unos materiales cuidadosamente seleccionados que hablan de uno o varios temas centrales. También ha dispuesto el material en forma simétrica, o al menos lo ha hecho según mi exposición previa. Y eso, puede decir alguien, debe significar que su obra no es históricamente precisa, porque no podemos empotrar la historia real en la camisa de fuerza de una simetría literaria, al menos sin distorsionarla.

Bueno, lo cierto es que no se puede, si por «historia real» queremos decir un relato de todo aquello que alguien dijo, hizo y experimentó, más todo lo que sucedió durante un determinado período de tiempo. Pero creo que nadie, por lo que yo sé, ha intentado jamás escribir una historia de ese tipo, porque el único que podría hacerlo, en definitiva, es Dios.

Pero supongamos que algún historiador decidiera escribir una breve monografía sobre la Segunda Guerra Mundial, y la dividiera en cinco partes, como sigue:

1. Las causas que llevaron a la declaración de la guerra.
2. El período de la superioridad del Eje.

3. La vuelta de la marea.
4. El período de la superioridad aliada.
5. El alto el fuego y el epílogo inmediato de la guerra.

La forma de su monografía sería simétrica. Pero eso no querría decir que el historiador hubiera impuesto una estructura arbitraria y simétrica a los acontecimientos de la guerra. Su estructura simplemente reflejaría un esquema que estaba implícito en el curso de los propios acontecimientos. Y tampoco hubiera distorsionado los hechos de la historia mediante una indebida selección para que esos sucesos escogidos revelaran ese patrón.

Lo mismo sucede con Lucas. Los dos viajes centrales, uno en el primer movimiento de la Sección Sexta y el otro en el último, por ejemplo, forman parte de una obvia simetría. Pero Lucas no se inventó ninguno de los dos viajes para crear una estructura simétrica. Pablo no podría haber ido de Éfeso a Jerusalén si hacer un largo viaje, ni de Cesarea a Roma sin otro por el estilo.*

Es admisible decir que Lucas ha sido muy selectivo en lo que ha registrado (ver p. 11 ??). Pero es que en ningún punto afirma que ha escrito un relato exhaustivo del nacimiento y propagación del cristianismo; y no podemos criticarle por no hacer lo que jamás se propuso hacer. El problema que tenemos es que muchos asumen, incluso antes de empezar a leer Hechos, que Lucas debía estar intentando escribir una historia exhaustiva de la extensión del cristianismo, y juzgan su obra en consecuencia. Mientras que lo que deberíamos hacer es llegar a Hechos con una mente abierta, y dejar que lo que Lucas escribió de verdad, su selección del material y la proporción que le ha dado, creen en nosotros una imagen de lo que pretendía hacer y lo que, en realidad, ha hecho.

* Véase también el análisis de los aparentes pareados de la Sección Primera.

O consideremos el modo en que el primero y el último movimiento de la Sección Quinta se equilibran mutuamente: ambos hablan con detalle del Espíritu Santo, el primero sobre su guía, el segundo sobre su recepción. Ambos relatan con detalle el caso de una persona poseída por un espíritu; el primero habla del exorcismo que hizo Pablo y el último el intento de exorcismo de unos exorcistas judíos itinerantes. Aquí podríamos atrapar a Lucas, por así decirlo, en el proceso de elaborar una simetría. Justo antes del episodio de los judíos itinerantes, nos dice que, mediante el ministerio de Pablo en Éfeso, muchos espíritus malignos salieron de sus víctimas (19:12). Pero no revela detalles sobre esos exorcismos de Pablo. ¿Qué sentido tendría? Ya ha descrito con detalle cómo Pablo tuvo éxito al exorcizar a un espíritu inmundo, en el primer movimiento (16:16-18), y de los resultados a los que éste condujo. En el último movimiento, Lucas opta por ofrecer una detallada descripción del intento de exorcismo de un espíritu maligno a manos de los exorcistas judíos itinerantes, que no tuvo éxito, y de las consecuencias que se derivaron de él. El tema común, y sin embargo la evidente diferencia, resaltan significativamente la simetría resultante.

Por tanto, no se puede negar que, en el proceso de formar la simetría, Lucas ha sido muy selectivo en los elementos que ha elegido para formular sus descripciones detalladas, y en los que ha relegado a los resúmenes. Pero no hay por qué negarlo, porque no pone en tela de juicio la historicidad de los incidentes que ha descrito con detalle. Lucas ha mantenido una secuencia básicamente cronológica (como el profesor Taylor, ¿recuerdan?); pero también, es evidente, que, como un joyero que compone un collar usando piedras preciosas de distintas formas y colores, ha seleccionado los acontecimientos según el curso de esa secuencia cronológica, sucesos que forman simetrías con un sentido concreto. Pero, ¿en qué sentido constituye eso la base para cuestionar la historicidad de su relato?

Supongamos que hubiera adoptado un método distinto. Supongamos que, en lugar de haber seguido una secuencia

básicamente cronológica, hubiera optado por presentar su historia de un modo temático. Entonces hubiera podido incluir un capítulo que empezara con el anuncio siguiente: «En este capítulo me propongo reunir una representación selectiva de incidentes que muestran la actitud apostólica hacia el espiritismo y los exorcismos, contrastándola con la actitud del paganismo y sus métodos para intentar exorcizar». Entonces el capítulo habría incluido el exorcismo que hizo Pablo (con éxito) del espíritu maligno presente en la médium de Filipos, y el intento por parte de los judíos itinerantes de Éfeso (sin éxito) para exorcizar un demonio. Supongo que entonces nadie se hubiera quejado de que los dos incidentes implicados carecían de historicidad sólo porque Lucas los habría elegido, entre muchos otros, para figurar en este capítulo. Pero, ¿por qué motivo deberíamos decir que el otro sistema de narración que ha elegido Lucas arroja dudas sobre la historicidad de esos dos incidentes, si el actual no las arroja?

Es cierto que algunas personas tienen lo que ellas consideran prejuicios justificados a la hora de ver estructuras, y en especial simétricas, en una narración como Hechos: esto restringe indebidamente su libertad de interpretación. Pongamos un ejemplo. Esas personas se preguntan por qué se las tiene que obligar a leer los seis primeros versículos del capítulo 6, con su referencia a Esteban, como el último elemento de una simetría cuidadosamente establecida, los capítulos 1:1-6:7 (que es lo que he sugerido en esta exposición de Hechos). ¿Por qué no leer 6:1-6 como el inicio del ministerio de Esteban, que luego continúa en detalle en 6:8 y siguientes? La respuesta es que no hay absolutamente ningún motivo por el que no podamos leer 6:1-6 como el inicio del ministerio de Esteban, si queremos. La división que hace un autor de la cadena de acontecimientos, encajándolos en secciones bien definidas, no altera el hecho de que esos sucesos son una parte integral del fluir de la historia. 6:1-6 es el registro de un acontecimiento histórico. El hecho de que el propio Lucas lo haya presentado como el último elemento de la Sección Primera no elimina del

relato ese rasgo que tienen todos los acontecimientos verdaderamente históricos, es decir, que el lector es libre para sacar la conclusión que desee (siempre que pueda derivarla legítimamente del relato), más allá del propósito central que tuviera el autor a la hora de ponerlo por escrito.

Un viajero que encuentra una habitación de hotel libre, al cabo de dieciocho agotadoras horas de viaje por una autopista extranjera, puede considerarlo un hecho tan significativo que lo incluirá en su diario como último acontecimiento de aquel día tan pesado. Puede que su entrada en el diario al día siguiente no mencione que por la mañana salió de aquel hotel, dado que ese hecho al viajero no le parecerá tan importante como encontrar un cuarto la noche anterior. Pero no habría ningún motivo para que un lector del diario no dedujera correctamente que el viajero salió del hotel a la mañana siguiente; además, ese lector podría considerar que en ese hecho hay una importancia interesante que incidió en el resto del viaje, tal y como se describe en el diario.*

Y esto nos lleva a otra característica del relato de Lucas. En la presente exposición, me he concentrado en las estructuras principales del libro, es decir, en seis secciones formales y en la estructura simétrica del material dentro de ellas. Lo he hecho así porque la estructura de este tipo es la que domina y manifiesta la línea de pensamiento de la narración; también porque antes que nada hemos de leer Hechos detalle a detalle, versículo a versículo, como una historia continuada. He dicho poca cosa acerca de estructuras de otros tipos, pero está claro que éstas existen. Quizá sea inevitable, en una obra extensa,

* Para un análisis posterior de la relación entre los métodos literarios de Lucas y la historicidad de Hechos, ver I. Howard Marshall, «The Present State of Lucan Studies», *Themelios* 14.2 (1989), pp. 52-7; *Luke: Historian and Theologian* (Exeter: Paternoster Press, 1970); C.J. Hemer, «Acts and Historicity», capítulo 1 de su obra *The Book of Acts in the Setting of Hellenistic History*, ed. Conrad H. Gempf (Tübingen: J.C.B. Mohr, 1989), y mi propio libro *According to Luke* (Leicester: IVP, 1987), pp. 357-62.

que aparezcan ciertos patrones de pensamiento o acontecimientos, y un estudio comparativo de ellos puede resultar muy fructífero e instructivo.

Por ejemplo, a lo largo de Hechos encontramos tres historias que relatan la huida de una cárcel:

- | | |
|---------------|---|
| Sección Uno | Un ángel libera de la prisión milagrosamente a los doce apóstoles (5:17-32) |
| Sección Tres | Un ángel libera milagrosamente a Pedro (12:5-10) |
| Sección Cinco | Un terremoto abre las puertas de la cárcel en que estaban metidos Pablo y Silas, y deshace sus cadenas (16:25-28).* |

Como instrumento de diagnóstico para discernir el mensaje del libro como un todo, el estudio de una cadena de acontecimientos como esta puede resultar inapreciable. Posibilita un diagnóstico diferencial que primero examina las similitudes que comparten estos tres incidentes; luego, más importante aún, las diferencias significativas; y finalmente, el modo en que los rasgos peculiares de cada episodio, por lo demás idéntico, encajan en el contexto de la sección en que éste tiene lugar.

Sin embargo, los patrones de este tipo no forman parte necesaria de la estructura de un libro —aunque, por supuesto, tampoco entran en conflicto con él. Estructura y patrón son dos cosas diferentes, como podemos ver a partir del hecho de que unos elementos que pertenecen a un mismo patrón no tienen la misma relación, necesariamente, con la estructura del libro. Tomemos, por ejemplo, lo que se ha considerado el ejemplo más famoso de los patrones en Hechos, ejemplo del que se han extraído todo tipo de deducciones: el estudiado equilibrio que aparentemente mantiene Lucas entre las actividades de Pedro y las de Pablo.

Si dividimos el libro, estructuralmente hablando, en dos

* Debo esta observación, junto con otras apreciaciones importantes, al Dr. R.S. Matthews.

mitades (caps. 1-12 y 13-28), con tres secciones en la primera mitad y tres en la segunda, sería cierto, a nivel general, decir que Pedro predomina en la primera mitad y Pablo en la segunda. Pero hay excepciones. Pedro apenas aparece en la Sección Dos. Esteban, Felipe y Saulo (Pablo), son los personajes centrales, mientras que a Pedro se le dedican sólo once versículos (8:14-24, y menos si contamos sólo los versículos donde se le menciona). Por otra parte, en la Sección Cuatro, Pedro y Santiago destacan más, por necesidad, en el Discurso de Jerusalén, que Pablo (15:6-29).

Una vez más, resulta interesante e instructivo observar que Pedro sana a un paralítico (3:1-10), reprende a un falso profeta (8:18-24), resucita a un muerto (9:37-41), es liberado de la cárcel (12:5-10); Pablo también sana a un paralítico (14:8-10), reprende a un falso profeta (13:8-12), resucita a un muerto (20:8-12), es liberado de la cárcel (16:25-28). Pero si disponemos las posiciones en que tienen lugar las similitudes de este tipo, descubriremos lo siguiente:

Pedro sana a un paralítico (cap. 3)	Sección 1	Pablo sana a un paralítico (cap. 14)	Sección 4
Pedro se defiende ante el Sanedrín (caps. 4 y 5)	Sección 1	Pablo se defiende ante el Sanedrín (cap. 23)	Sección 6
Pedro reprende a un falso profeta (cap. 8)	Sección 2	Pablo reprende a un falso profeta (cap. 13)	Sección 4
Pedro resucita a un muerto (cap. 9)	Sección 3	Pablo resucita a un muerto (cap. 20)	Sección 6
Pedro es liberado de la cárcel (caps. 5 y 12)	Secciones 1 y 3	Pablo es liberado de la cárcel (cap. 16)	Sección 5

A partir de todo esto, podría parecer que la estructura y la disposición simétrica del material dentro de cada sección no equivalen a estos patrones más amplios. Ambos son importantes y profundamente significativos; no son mutuamente exclusivos, sino complementarios; y no enriquecerán más si no los confundimos, sino permitimos que cada uno tenga su función especial dentro de la totalidad del tapiz de Lucas, de colores tan ricos.

Pero ahora, al final de nuestro extenso estudio, concedámonos la recompensa de contemplar sólo una serie de correspondencias, pero notable, entre la primera y la segunda mitad de Hechos, que nos pueden servir para resumir el mensaje que hallamos subyacente en el libro.

Primero ésta:

Sección Uno

El Señor Jesús, el Hijo del Rey David, destinado a sentarse en el trono de David (2:29-35).

«Ni permitirás que tu Santo vea corrupción... su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción» (2:27, 31).

Sección Cuatro

El Señor Jesús, el Hijo del Rey David, resucitado como Salvador (13:22-26).

«Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David... Mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción» (13:34-37).

Las similitudes de pensamiento, frase y cita proclaman al Señor Jesús, por tanto, como el Rey que nunca vio corrupción, y que ahora está entronizado en gloria. Hay una diferencia significativamente apta. La Sección Uno describe al Señor Jesús como el Santo de Dios (He. *hasid*; gr. *hosios*): centra nuestra atención en la fidelidad de Cristo al Padre. La Sección Cuatro, como contraste, retoma la respuesta fiel del Padre al Hijo, citando su promesa «os daré las santas [He. *hasde*; gr. *hosia*] y firmes misericordias de David».

Veamos ahora esta otra serie:

Sección Dos

«... si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis?, dice el Señor... ¿No hizo mi mano todas las cosas?» (7:48-50).

Sección Cinco

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas» (17:24).

En la Sección Dos se trata de Esteban dirigiéndose a los judíos, y en la Cinco es Pablo quien habla a los gentiles; pero ya sea mediante Esteban o Pablo, ya sea a judíos o a gentiles, el mensaje es el mismo. Pero la importancia que esto tiene al tema que estamos siguiendo ahora aparece cuando los dos oradores llegan al final de sus discursos.

Aquí tenemos a Esteban ante su audiencia: «Pero Esteban... puestos los ojos en el cielo... dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios». Vio al Señor Jesús como su Abogado Defensor, como su Justificador ante la Corte Suprema, y mientras los judíos le apedreaban, apeló confiadamente a él: «Señor Jesús, recibe mi espíritu», y pedía también compasivamente por sus enemigos: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (7:55-56, 59-60).

Pablo, en su punto culminante, habló del Señor como el Juez: «Pero Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (17:30-31).

Veamos otra:

Sección Tres

Herodes Agripa I encarcela a Pedro, pero éste, con ayuda de un ángel, escapa (12:1-10).

Sección Seis

Pablo, encadenado, presenta su defensa ante el rey Herodes Agripa II, y es declarado inocente (26:1-32).

Más significativas que esta comparación histórica directa son las secuelas a esos dos acontecimientos, que componen el final no sólo de sus respectivas secciones sino de las dos mitades del libro. Al final de la Sección Tres, se nos dice que el rey Herodes Agripa I se sentó en su trono, vestido con sus ropas reales, y por su necio orgullo permitió que el pueblo se dirigiera a él como si fuera un dios. Inmediatamente, un ángel le golpeó: murió comido de gusanos (12:21-23). Por tanto, la primera mitad de Hechos se abre introduciendo al Rey que no vio corrupción, elevado ahora a la diestra de Dios, para sentarse en su mismo trono, habiéndose demostrado que es Señor y Cristo. Y se cierra con un simple rey mortal y pecador que, imitando los honores divinos, pasó por una corrupción del tipo más repugnante y humillante.

Al final de la Sección Seis se nos dice que Pablo se dirigió a los líderes de la comunidad judía en Roma hablándoles sobre el tema del gobierno soberano de Dios, e intentó convencerles respecto a Jesús, basándose en la ley de Moisés y en los profetas. Pero hubo muchos que no creyeron. Por tanto, Pablo les citó la solemne advertencia que Dios dio por medio de Isaías, que la incredulidad de Israel al final les cegaría los ojos, cerraría sus corazones y haría imposible que se salvaran. De modo que la segunda mitad de Hechos se abre con la presentación, otra vez, del Rey que no vio corrupción, destinado a no volver a morir, levantado por Dios como el Salvador de Israel. Y se cierra con las palabras de Dios a Isaías, las que le dirigió cuando Isaías vio al Rey elevado y exaltado en su trono, cuya gloria llenaba el templo... aquel Rey cuya gloria tantos en Israel, por desgracia, jamás verían (Is. 6:1-10; Hch. 28:23-28).